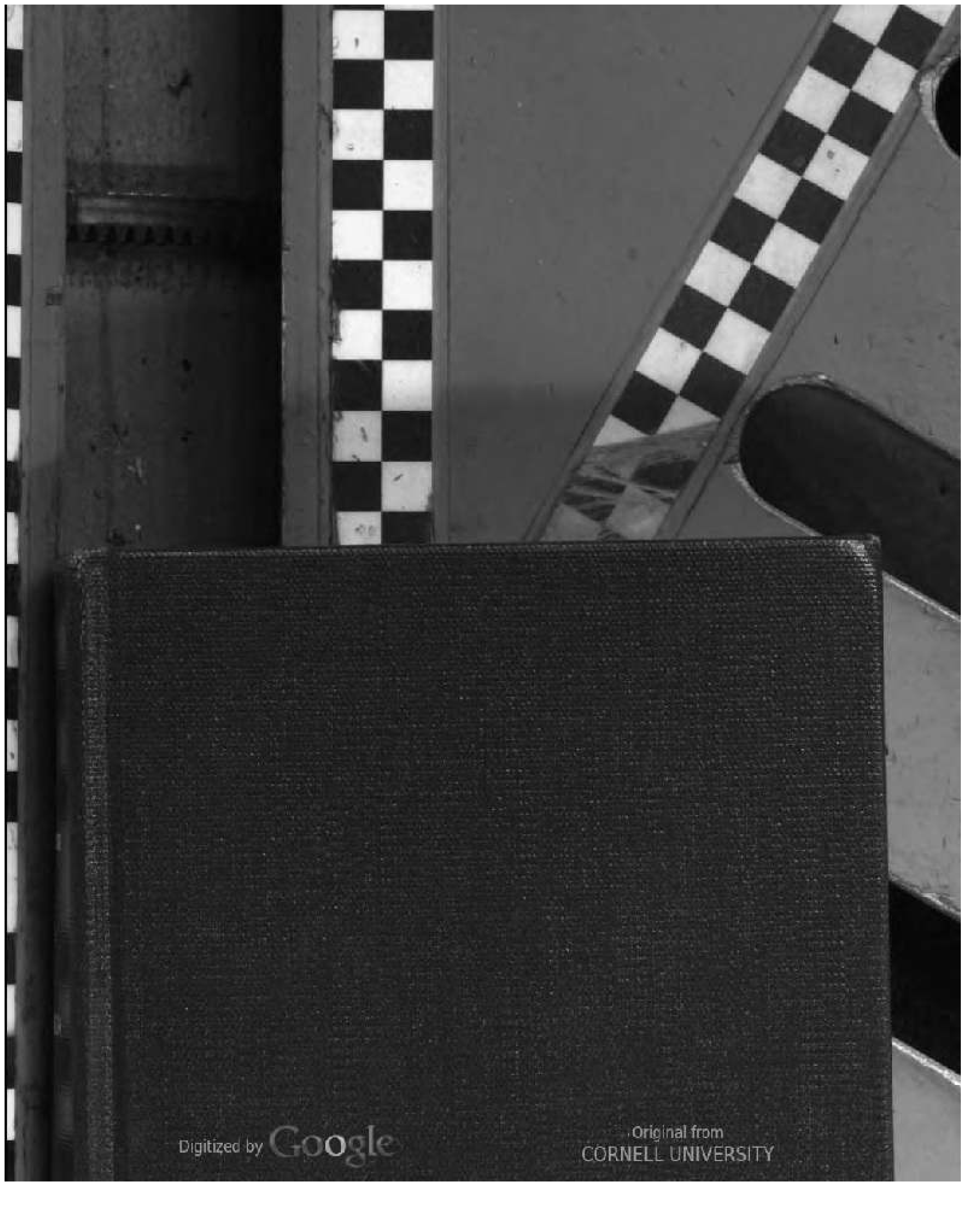
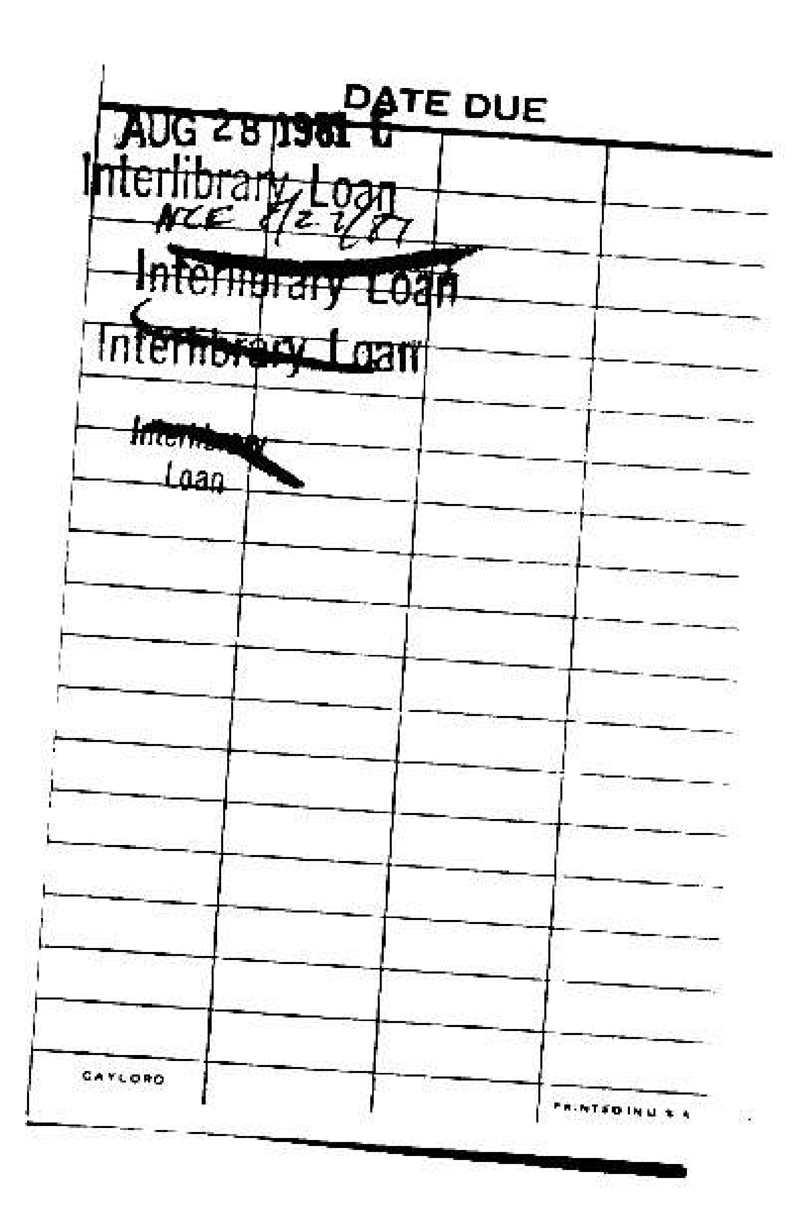
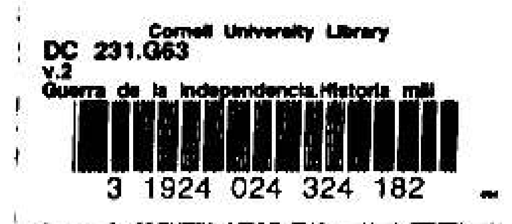

Digitized by Google
Original from
CORNELL UNIVERSITY


DATE DUE
AUG 28 1981
Interlibrary Loan
Interlibrary Loan
Interlibrary Loan
Interlibrary Loan
GAYLORD
PRINTED IN U.S.A.



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA.

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814,

POR EL BRIGADIER

D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE Y MORO,

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y

Oficial que ha sido de los Cuerpos de Artillería y de E. M. del Ejército,

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

TOMO II.

MADRID.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.
1875.

CAPITULO I.

Operaciones preliminares de la primera campaña de 1808 en Castilla, Aragon y Cataluña.

Planes de Napoleon para sujetar á España.—Órdenes que dicta para su ejecucion.—Operaciones proyectadas en Castilla, Astúrias y Galicia.—En Aragon.—En Cataluña.—En Valencia.—En Andalucía.—Defectos de estos planes.—Sistema defensivo de los españoles.—Carencia de plan en la mayor parte de las provincias.—Accion de los generales españoles en algunas.—Primeras operaciones de la campaña.—En Logroño.—En Santander.—En Valladolid.—Ataque de Torquemada.—Combate de Cabezon.—Cuesta se retira á Rioseco y Benavente.—Lasalle entra en Valladolid.—Tres dias despues se retira á Palencia.—Merle se dirige á Santander.—Ataca á los españoles en la cordillera.—Entra en la ciudad.—El general Lefebvre sale de Pamplona en direccion de Zaragoza.—Accion de Tudela.—Acciones de Mallen y Gallur.—Accion de Alagon.—Resolucion heróica de los zaragozanos.—Estado militar de Zaragoza.—Lefebvre emprende la conquista de Zaragoza.—El puente de Lamuela.—La Casa blanca.—Prision de Sangenis.—Salida de Palafox.—Accion de las Eras.—Pérdidas de uno y otro lado.—Efecto de la accion de las Eras.—Operaciones en Cataluña.—Primera accion del Bruch.—Descripcion del terreno.—Los defensores del Bruch.—Retroceden los manresanos.—Son reforzados por los de San Pedor y Sellent y avanzan de nuevo.—Los franceses se retiran.—Entra el desórden en sus filas.—Llegan derrotados á Molins



de Rey.—Marcha de Chabran á Tarragona —Vuelta á Barcelona.—Acciones del Vendrell y de Arbos.—Segunda accion del Bruch.—Chabran es vencido y retrocede á Barcelona.—Expedicion á Mongat y Granollers.—Situacion de Duhesme.—Expedicion á Mataró.—Siguen los franceses á Gerona.—Ataque de la plaza.—Artes de Duhesme para ganarla.—Asalto del baluarte de Santa Clara.—Es rechazado.—Duhesme se retira á Barcelona.

Planes de Napoleon para sujetar á España.

Las noticias de la revolucion que se operaba en España llegaban á Bayona con suma dificultad, y el Emperador, que se habia situado en esta plaza para mejor proveer á lo que resultara de sus planes de usurpacion, tardó mucho en conocer la extension toda de la resistencia que se trataba de oponerle. Lo raro de las comunicaciones en aquel tiempo y la intercepcion frecuente de los avisos que los delegados y agentes franceses pasaban al gobierno de Madrid, le hacian ignorar una gran parte de lo que ocurria en las provincias y, sobre todo, el carácter del alzamiento que él no podia presumir tan general y expontáneo.

En esta ignorancia del estado del país é impresionado, además, con la idea pobre que tenia del espíritu de nuestros compatriotas, á quienes creia sumidos, á la vez que en la barbarie, en la abyeccion más humillante, consideró las fuerzas que habia hecho penetrar en la Península como suficientes para restablecer el órden alterado, en su concepto, por los partidarios de Don Fernando, pocos y sólo influyentes con el populacho más bajo. Las clases en que suponia alguna instruccion y las á que la tranquilidad

y los adelantamientos que él imaginaba establecer y plantear en España habian de proporcionar un bienestar desconocido hasta entónces entre ellas, esperaba le ayudarian en su obra de regeneracion, procurando atraer la plebe á sus propios intereses, y sujetándola, cuando no, con la fuerza de sus recursos é influencia naturales.

Ordenes que dicta para su ejecucion.

En tal concepto, dió las órdenes más apremiantes para que, sin descuidar el uso de estos medios y halagando á los jefes de las tropas y á las personas que por su riqueza ó autoridad estuvieran en el caso de influir eficazmente en las provincias, se destacasen fuerzas de todos los cuerpos del ejército de ocupacion á los puntos sublevados para sofocar el alzamiento y castigar á sus autores de una manera dura y ejemplar. Lo primero á que debia atenderse era á despejar la línea de comunicacion con Francia, en la que, con sólo interceptar los correos, se podia hacer sufrir graves contratiempos á la administracion francesa, y despues acudir á los centros de poblacion, donde, si se dejaba cobrar fuerzas á los revoltosos, podria consolidarse el levantamiento y, más aún, ayudarse de los ingleses, á cuyas intrigas atribuia el Emperador cuanto no le era propicio.

Este plan, formado por partes, segun iban llegando á noticia del Emperador las sublevaciones de las provincias, se reducia en el campo de la práctica á una série de operaciones en su mayor parte aisladas y, de consiguiente, poco decisivas, aunque disculpables en quien creia que *si en España se verificaran levantamientos, serian como los que habia presenciado en Egipto.*

Operaciones proyectadas en Castilla, Astúrias y Galicia.

Algunas de las tropas acantonadas en Vitoria deberian acudir inmediatamente á Logroño y despues de hacer en esta ciudad un ejemplar escarmiento, apoyarian la marcha de otra columna que, partiendo de Búrgos, se dirigiese á sofocar la sublevacion de Santander. La de Astúrias no exigia providencias tan inmediatas; pero la columna de Santander podria distraer las fuerzas que lograsen levantar los revoltosos, para que el general Cuesta, á quien se consideraba identificado con la política imperial, aunque rechazando el vireinato de Méjico que se le acababa de ofrecer, atravesara desembarazadamente las montañas de Leon y sometiese á Oviedo y á Gijon. Castigando rudamente á los revoltosos en estas poblaciones para que no volviesen á tomar las armas, quedarian despejados el frente y los flancos del camino de Madrid, primera necesidad de Napoleon para llevar á esta capital toda la actividad y energía de su espíritu, así como para hacer llegar á ella prontamente y sin dilaciones los refuerzos necesarios, si la sublevacion tomara un carácter de generalidad que, áun cuando no lo esperase por entónces, podria exigirlos despues. Al poco tiempo de haber dictado estas órdenes que, previstas por Bessières, estaban casi todas ejecutándose con ligerísimas variaciones cuando aquellas llegaron á su destino, supo Napoleon el alzamiento de Valladolid, y aunque ya no daba gran importancia á esta ciudad, por haber escogido el camino de Somosierra como el más corto para sus comunicaciones con Madrid, dispuso que partiese á la capital de Castilla la Vieja el general Lasalle con una fuerte columna que, dándose la mano

con la division Loison, que desde Almeida debia extenderse á Miranda de Duero, sujetase la tierra llana que riega este importante rio y observara las altas de Leon y de Galicia. Y temiendo que en este último Reino, y con especialidad en el Ferrol, intentarian los ingleses algun desembarco para auxiliar á los españoles y áun con este pretexto apresar las naves surtas en aquel arsenal, escribió al gran duque de Berg para que la columna que á las órdenes del general Frére debia marchar á Segovia, continuase despues á Valladolid y más tarde á Galicia para ir poniendo en órden todas aquellas provincias y prevenir las intenciones que pudieran abrigar los ingleses en la costa del Océano.

Pero fueron haciéndose cada dia más alarmantes las noticias que se recibian de todo el Noroeste de la Península: organizábanse en su provincias ejércitos numerosísimos que, avanzando hácia el centro de Castilla, se dirigian, al parecer, á cortar el camino de Irún á la córte; y si esto se verificaba, la dominacion francesa iba á recibir, no sólo un golpe rudo, sino decisivo para su terminacion, al ménos en un espacio bastante dilatado de tiempo. Para conjurar este peligro, Napoleon fué aumentando el cuerpo de Bessières en cuanto se lo permitian los escasos recursos que tenia á la mano, y no cesó en todo el trascurso de aquella primera campaña de instar á los generales que operaban en España para que ayudaran eficazmente al duque de Istria, cuya mision concluyó por considerar como la más importante para la ejecucion y éxito de sus planes militares.

En Aragon.

Con las primeras órdenes, Napoleon expidió la de que con las tropas que ocupaban á Pamplona y algunos cuerpos que se estaban organizando en la frontera con las compañías de marcha que, desde la campaña de Prúsia, le servian para completar la fuerza de los regimientos que operaban en el teatro de la guerra, se formara una division que deberia trasladarse á Zaragoza, para ahogar la naciente sublevacion de ciudad tan importante. Con la entrada de estas tropas en Zaragoza, se impediria, además, la agresion ya anunciada de los españoles á los valles franceses del alto Pirineo, en cuyo departamento como en los inmediatos, tambien fronterizos, se establecieron pequeños cuerpos de observacion, compuestos en su mayoría de guardias nacionales que se hicieron salir hasta de Burdeos á las órdenes de los generales Lamartilliere y Ritay, á quienes se confió además el mando de algunos portugueses, sacados de su país hacia poco, pero que por precaucion deberian permanecer siempre en segunda línea. Tan poca importancia daba Napoleon al movimiento insurreccional de nuestra Península, que creia suficientes para sofocarlo los escasos recursos de que podia disponer en la frontera, haciendo como un grande sacrificio con dar la órden para que viniese á Bayona un batallon de su Guardia de los que guarnecian á París. Comprendia, sin embargo, la no fácil tarea que habia impuesto al general Lefebvre, que era el destinado á sujetar Zaragoza, y escribió á Murat para que hiciese salir de Madrid una columna de 3 ó 4.000 hombres con algunos caballos y artillería que, uniéndose á la que partia de Navarra,

cooperase al restablecimiento del órden en la tierra toda de Aragon.

La de Cataluña exigia tambien un escarmiento; y Duhesme, ya instruido de las intenciones de Napoleon, no dejaria que tomara cuerpo un movimiento que, por lo áspero del terreno y la condicion belicosa de los habitantes, podria, creciendo, hacer peligroso el tránsito de los franceses á Barcelona, y poner en cuidado la ocupacion de esta plaza y la de Figueras. En Cataluña.

Otra division, á cuyo frente deberia marchar el mariscal Moncey, conocedor de los españoles y no aborrecido de ellos por su conducta en 1794 y 95, saldria de Madrid en direccion á Valencia por el camino de las Cabrillas, el cual, por ser el más corto, parecia el más propio para imponer á los sublevados y ejercer además una represion pronta y, como tal, decisiva. Para conseguir este fin con toda seguridad de éxito, una columna del ejército de Cataluña se trasladaria tambien á Valencia por el camino de Tarragona y Tortosa; de manera que, despues de tranquilizar y, en un caso extremo, sujetar á los pueblos del litoral, cuyo alzamiento se ignoraba, pero cuya adhesion al nuevo régimen era muy dudosa, se presentaria en las márgenes del Túria cuando Moncey pudiera avistarlas, con lo que Valencia cederia inmediatamente de sus propósitos de resistir, si aún podia abrigarlos en presencia de una sola de aquellas columnas. En Valencia.

Pero lo que llamaba sobre todo la atencion del Emperador era la idea de invadir y sujetar el vasto é importante reino de Andalucía. Lo apartado del En Andalucía.

país respecto á la base de operaciones del ejército francés; lo populoso y rico de sus ciudades; lo frecuentado de sus puertos, relacionados directamente y por las líneas más cortas de navegacion con nuestras colonias de América, que casi exclusivamente explotaban; la circunstancia de hallarse en Cádiz una escuadra francesa, cuya pérdida no podia ménos de afectar sumamente á Napoleon empeñado en elevar su marina al grado de rival de la inglesa; y, más aún, la idea de que por la plaza de Gibraltar podrian los españoles recibir refuerzos y auxilios de todo género que los ingleses se apresurarian á prestarles, le hacian mirar la Andalucía como la clave de su dominacion en España, y con ella el cumplimiento del bloqueo continental, el monopolio en el Mediterráneo, cuya entrada cerraria á la explotacion de las provincias ultramarinas, la muerte, en fin, de la Gran Bretaña. Era necesario, pues, enviar á Andalucía con la mayor premura un cuerpo respetable de tropas con un general á cuyos talentos y energía pudiera sin recelo encomendarse la tarea más árdua en aquellos momentos. Eligióse para llevarla á cabo el cuerpo de ejército del general Dupont, de quien, segun ya hemos dicho anteriormente, tenia el Emperador un concepto muy elevado, y al que deseaba entregar el baston de Mariscal, merecido ya en las campañas de Austria y Prúsia.

Más tarde, segun fueron complicándose los sucesos de la campaña contra lo esperado y previsto por el Emperador, la expedicion á Andalucía fué cediendo en importancia. El temor de que los ejércitos españoles de Galicia y Castilla pudieran interponer-

se, despues de alcanzar una victoria sobre las tropas de Bessières, entre Bayona y el centro de la Península, llamó la atencion toda de Napoleon en derredor suyo; y, allegando cuantos medios tenia inmediatos y los que consideraba necesario trasportar de París y de los departamentos más próximos, los dirigió hácia Búrgos, aconsejando á su mismo hermano, al emprender el camino de Madrid, y á Savary, encargado ya de la direccion de la guerra en esta córte, que empleasen todas sus fuerzas en ayudar al duque de Istria, abandonando á las suyas propias á los generales que combatian en Valencia y Andalucía, donde despues podrian reponerse de los descalabros que se les hiciera sufrir por entónces.

Este plan de operaciones, como producto de una idea errónea, la de la poca consistencia de la sublevacion española, carecia de condiciones estratégicas y, como tal, debia producir un resultado funesto para las armas del Emperador. Si llenaba la condicion, siempre imperiosa, de despejar el frente y los flancos de las líneas de operaciones, los cuerpos que llevaban el objeto más importante, el de herir mortalmente la sublevacion, iban á marchar aislados, sin enlace entre sí por ir en líneas muy divergentes, ni con Madrid por lo que se alejaban de aquel centro de fuerza y de direccion general, y, por fin, no tenian medios en sí suficientes para resistir un choque que aunque no se esperaba, y este era el principal error de los franceses, podia muy bien suceder en países tan poblados como los que debian visitar. Pero los franceses se han mostrado en esto los mismos desde que, empezando á constituir una nacio- Defectos de estos planes.

nalidad independiente, adquirieron, con la satisfaccion de las primeras victorias, ese orgullo que les hace despreciar siempre á los enemigos no experimentados; orgullo que los reveses consiguientes suelen convertir en un abatimiento que pega muy mal con las primeras temeridades. No emitimos en esto una idea nueva, y áun somos algo inexactos al no remontar la causa de ese orgullo más que á la Edad Media; pues César en sus comentarios decia ya hablando de los franceses: «Porque así como son de »ánimo pronto y ligero para emprender la guerra, »así tambien son flojos é inconstantes para resistir á »las calamidades.» Esta condicion debe, pues, ser efecto de carácter de raza en el pueblo francés. En las guerras de independecia contra los ingleses, en las de Italia de fines del siglo décimo quinto, en Bailén, en Roma, en Méjico, en cuantas partes han combatido con enemigos nuevos ó desconocidos, los franceses se han mostrado los mismos; temerarios hasta el desprecio más degradante, y llevando, despues, la parsimonia y las precauciones á una exageracion muy impropia de un pueblo tan valiente y de espíritu tan levantado como el francés. «La viola»cion habitual de este principio (el de no emprender »las operaciones con todos los medios materiales ne»cesarios), dice el General Foy, es la consecuencia »natural de la petulancia y de la impaciencia que »constituyen la base del carácter francés.»

Las tropas que iban á salir de Barcelona tenian una base excelente en esta plaza, miéntras no se alejasen de ella ó fueran escalonándose en los puntos importantes del tránsito á los objetivos de sus

operaciones. Pero si las columnas dejaban á su espalda los puentes de Llobregat y despues Manresa, Igualada y Tarragona sin guarnecerlos con tropas suficientes, pronto quedarian en un aislamiento perfecto, sin noticia siquiera de lo que sucediese en su derredor y mucho ménos entre los compañeros de armas.

El mariscal Moncey iba en mejores condiciones, porque podia hacerse respetar por sí mismo, llevando á sus órdenes una fuerza muy numerosa y partiendo de un punto que era el núcleo de las tropas francesas y el centro del gobierno; pero tenia que alejarse mucho y atravesar un país bastante quebrado; y si era repelido en algun punto, á poca fuerza que reuniesen los españoles y á poca habilidad que desplegaran sus generales, podia darse por perdido; no siendo fácil recorrer vencido una distancia de 60 leguas sin que la desmoralizacion se apoderase de sus soldados que, ántes de unirse al ejército, tendrian que rendirse ó dispersarse.

Sí el mariscal Moncey podia muy fácilmente verse en situacion tan apurada, ¿á cuál no se exponia el general Dupont que iba á internarse en Andalucía, á más de 100 leguas de Madrid, y dejando á retaguardia montañas y desfiladeros cuyo paso, si era practicable en una marcha triunfante, seria imposible despues del vencimiento?

Vemos, pues, que el plan era defectuoso y hasta malo; y si alguna disculpa tenia, áun concebido por el génio eminente del Emperador Napoleon, estaba en la idea errónea de que era querido, de que la sublevacion reconocia sólo su orígen en las intri-



gas de los enemigos de la Françia, no en la voluntad de los españoles, y de que, áun no siendo así, el prestigio de las armas francesas y el de su nombre eran medios más que sobrados para acabar con la resistencia de una nacion que en nada podia compararse con las cultas y poderosas que acababa de vencer y sujetar. Tan obcecado se hallaba en este punto que aún creia sobrada la fuerza que conducia Moncey á Valencia, é inútil acaso la cooperacion de Chabran, y aconsejaba á Murat que enviase la columna de este general de Tortosa á Zaragoza, donde era indispensable hacer un gran escarmiento del 10 al 15 de Junio. No era menor que su obcecacion la confianza que demostraba en que la presencia sola de sus soldados bastaria para sofocar el alzamiento de los españoles. En carta del 9 de Junio, cuando Dupont se hallaba aún en Córdoba, y Moncey no habia llegado á Cuenca, escribia Napoleon al príncipe de Benevento para que, como en reserva, lo supiera Fernando VII, que el primero de aquellos generales habia penetrado en Sevilla á la cabeza de 15.000 hombres con la cooperacion de Socorro y de Castaños, y el segundo en Valencia, y que se calmaba la Península por la accion de las personas de más importancia de la monarquía. El abatimiento de las águilas imperiales en su vuelo al Ebro demostró bien pronto la falsedad de aquellas noticias.

Sistema defensivo de los Españoles.

A un plan como el que acabamos de exponer que, defectuoso y no vasto, porque Napoleon ni tenia á su alcance inmediato ni creia necesarios mayores medios que los reunidos en la Península para llevar á cabo sus pensamientos de traslacion de dominio ó

cambio de dinastía, los españoles no podian ni imaginaban por entónces otro sistema de defensa que el de las resistencias parciales en los puntos de ataque. Sublevados sin concierto prévio y obedeciendo solamente al sentimiento de ódio y de venganza que despertaban en sus corazones el maquiabélico proceder de Napoleon y la conducta altanera de los franceses, no habia contado cada provincia sino con sus propias fuerzas, y si bien esperaban todas cooperacion por parte de las demás y ayuda de la Inglaterra, casi todo lo fiaban á su valor y á la justicia de su causa.

Carencia de plan en la mayor parte de las provincias.

En su aislamiento, sin tropas y sin jefes, en general caracterizados, pues que la sublevacion habia sido eminentemente popular, los pueblos no obedecian á otro plan que el de resistir en sus mismas localidades; y si en alguno se habia logrado organizar fuerza un tanto considerable, se la guardaba para mantener el órden, tan inseguro en todos ellos, ó, á lo más, se la dirigia á vigilar los pasos de las cordilleras ó rios que en este país tan montañoso limitan por lo regular los distintos territorios en que se divide. Esta carencia de plan era en aquellos momentos conveniente, porque de la reunion de tropas bisoñas y de su marcha combinada hácia un enemigo concentrado y con el espíritu militar de que se hallaba poseido el ejército francés, no podian resultar sino desastres que, por su magnitud, hubieran desmoralizado á los españoles y sumídoles en una más dura y permanente servidumbre. Por el contrario, diseminados y decididos á defender sus propios hogares con el vigor que les es característico y con

el patriotismo de que tan relevante prueba estaban dando, el ejército invasor tenia que dividirse en fracciones que nunca podian ser muy numerosas, por ser aquel escaso para empresa de tal magnitud, y marchar en líneas tan divergentes á los principales centros de sublevacion que, al llegar á su destino, tendrian que encontrarse débiles, sin esperanza de apoyo y ante posiciones ó ciudades que, en corta resistencia ó con cerrar sus puertas, casi podrian vencerlos para despues, en su retirada por medio de un país levantado en masa, confundirlos y acabarlos.

Accion de los generales españoles en algunas.

No duró mucho, sin embargo, aquel estado de aislamiento y, especialmente en las provincias lejanas de la accion de los franceses, los militares puestos á la cabeza del alzamiento nacional, pensaron en adelantarse al enemigo y arrojarlo del suelo pátrio. Llamaron las tropas que se hallaban en Portugal; cubrieron las bajas de los regimientos de línea que guarnecian los distritos en que esto sucedia; organizaron é instruyeron en lo posible nuevos cuerpos con oficiales veteranos; y, reuniendo algun material de campaña, regularizaron en lo posible la constitucion de pequeños ejércitos. En la mayor parte de las provincias fueron estos jefes arrastrados al campo de batalla por la voluntad omnipotente de las turbas, y mal podian, obedeciéndola en todos sus caprichos jactanciosos y locos extravíos, alcanzar fin alguno grande y decisivo. Consiguióse en algun punto; pero fué donde lo más defectuoso del plan de Napoleon y los errores de sus tenientes coincidieron con la mejor organizacion de nuestros ejércitos y mayor habilidad de nuestros generales. Aun así,

aquellos triunfos no hubieran dado resultado alguno general sin el éxito de las resistencias parciales en casi todos los puntos atacados por los franceses. Estos hubieran podido reparar el desastre de Bailén si entrando victoriosos en Zaragoza y Valencia, en Lérida y Tortosa, no hubiesen tenido que atender, ya que no á la conservacion de sus comunicaciones con Francia, salvadas en Rioseco, á la enorme masa de españoles que, envalentonados con la victoria, acudirian de todas partes á ahogar, puede decirse, al nuevo monarca, quien al dirigirse á Madrid no habia podido llevar á sus compatriotas más refuerzos que cuatro batallones compuestos de conscriptos y guardias nacionales de la frontera, ni más recursos que cuatro millones de reales y algunos miles de raciones.

Pero no anticipemos los sucesos y vamos á relatar parcialmente las operaciones de una y otra parte de las beligerantes.

Primeras operaciones de la campaña. En Logroño.

Ya digimos que la sublevacion de Logroño habia sido inmediatamente reprimida ó, hablando con más propiedad, ahogada en la sangre de sus promovedores, en quienes, segun recomendaba con insistencia Napoleon, se habia hecho pronta y severa justicia. El general Verdier salió efectivamente de Vitoria el 2 de Junio con 4 batallones, 200 caballos y 4 piezas de artillería, fuerza que constituia la mayor parte de las de su primera brigada, é hizo avanzar la segunda desde Hernani, donde se hallaba acantonada. Hasta el 6 no llegó á avistar Logroño porque, noticioso de haberse fortificado el puente, creyó deber pasar el Ebro por la barca de El Ciego;

pero en aquel mismo dia lanzando sus batallones al ataque de la ciudad, torpemente fortificada y defendida por soldados allegadizos é inexpertos, penetró en ella é impuso con la crueldad más bárbara el órden y la obediencia que su soberano le recomendaba.

Aquel combate, insignificante y todo como fué, sirvió á Napoleon para iniciar en la guerra de la Península su antiguo sistema de falsos boletines, á los que por confesion propia quitó la fé y el aprecio que como documentos históricos debian merecer. Los españoles muertos habian sido de 300 á 400, miéntras Verdier sólo habia experimentado la baja de 3 ó 4 soldados heridos en la refriega. Hubiera publicado que el número de los españoles muertos ascendia al de 20 y, de éste, 3 arcabuceados tras el combate para hacer efectivo el castigo prescrito, y no tendríamos ahora que ocuparnos en rectificaciones que llenarian nuestro libro si hubiésemos de hacerlas en cuantos casos de esta índole nos presentará la falta de veracidad del Emperador Napoleon. Si ésta era disculpable cuando sólo se trataba de impresionar al público, no podia serlo al emplearla con los generales que habian recibido la mision de pacificar la Península. Engañados con los triunfos ilusorios de sus colegas y con la idea del efecto que se les decia habian producido en los españoles, operaban en condiciones desfavorables, no empleando los mismos recursos que, de saber la verdad de los sucesos, hubieran puesto en juego, ni armonizando sus operaciones con el verdadero estado de las cosas que muchas veces exigian distinta conducta de la que les aconsejaban las noticias de su soberano.

El mariscal Bessières habia dirigido sobre Santander una columna compuesta, como la de Logroño, de 4 batallones y 2 escuadrones; pero acompañada de 8 piezas de campaña. Aquella fuerza, poco numerosa en verdad, y sumamente débil por ser bisoños los soldados que formaban el regimiento provisional que constituia la infantería toda, se confió á la direccion del general Merle. Napoleon, que conocia las condiciones de aquella columna, dictó órdenes urgentes y severísimas para que se ejecutasen las que habia expedido anteriormente, encomendando al general Lasalle con mayores fuerzas la expedicion de Santander; pero, presumiendo que Bessières tenia que atender á la vez á la sublevacion de Valladolid, dirigida ya por el general Cuesta, cuyos talentos y energía tenia el Emperador en mucho, mandó á Verdier remontase el Ebro para comunicar con Merle, apoyarle en caso necesario y servirle, de todos modos, de reserva. En Santander.

Las noticias de que la Junta de Santander habia reunido un número muy considerable de tropas, aunque compuestas de paisanos recientemente alistados, de las que se hallaban 7.000 hombres en los puertos de la cordillera pirenáica que cierra el paso á Santander, le hacian considerar el castigo de aquella ciudad como una de las primeras y más importantes operaciones del cuerpo de ejército que ocupaba la tierra de Búrgos y aseguraba en ella el camino de Madrid. No lo consideraba así el mariscal Bessières, más atento á Valladolid, de donde recibia noticias alarmantes que le inducian á no desmembrar sus fuerzas. El general Cuesta, que disponia de algunas aunque pocas

tropas veteranas, habia cubierto las numerosas bajas de los regimientos y formaba nuevos cuerpos con el alistamiento general que llevaba á la guerra la juventud toda de Castilla; susurrábase la marcha de los sublevados de Galicia, Astúrias y Leon; no esperaba, por fin, grandes refuerzos de Francia, cuya frontera carecia ya de toda clase de recursos militares; así que el mariscal Bessières, preocupado tan sólo con los enemigos más próximos y, en su concepto, más temibles, reconcentró sus tropas para hacer emprender á una gran parte de ellas el camino de Valladolid. Merle recibió la órden de retroceder de Reinosa, á donde habia llegado al tiempo mismo que Verdier á Logroño, y marchar al encuentro de Lasalle que salia el dia anterior, esto es, el 5 de Junio, en direccion de Palencia.

Por más que repugnara á Napoleon el movimiento retrógrado de Merle, creyendo muy perjudiciales esta clase de operaciones en una guerra como la que se iniciaba en aquellos momentos, y porque consideraba deberse empezar por la toma y escarmiento de Santander que haria impotente la sublevacion de Valladolid y la de toda Vizcaya, inminente en su concepto; Bessières, bien informado de cuanto pasaba á su frente y á sus flancos, escogió el camino mejor y más seguro. De los paisanos de Santander no debia temer un movimiento envolvente que pusiera en peligro su ejército; pero, si daba tiempo á la reunion de las tropas que venian de Galicia con las de Astúrias y las que se apresuraba á organizar la Junta de Castilla, el general Cuesta podria dirigirse á Búrgos y separado, como le hallaria de Merle y de

Verdier, abrumarle con todo el peso de un ejército no disciplinado ni experto, pero sí bastante numeroso para hacerle retroceder y, cuando ménos, cortar toda comunicacion de la Francia con Madrid y los demás cuerpos que operaban en el interior de la Península. Por el contrario, vencido Cuesta y hecha muy difícil, si no imposible, la concentracion de los españoles en algun tiempo con las tropas que él pudiera destacar á su espalda y las que el Emperador fuese reuniendo al conocer la gravedad que iba presentando la revolucion española, Santander, Vizcaya y los pueblos todos de la costa, que amenazaban la derecha de los franceses, recibirian un castigo pronto y, lo que era más importante, impuesto con toda seguridad de éxito.

El general Lasalle llegó el 6 frente de Torquemada á la cabeza de otros 4 batallones de infantería, 2 escuadrones y 8 piezas. Separábale de la villa el rio Pisuerga, ya bastante caudaloso en aquellos lugares, y el puente que habia de franquearle el paso estaba obstruido con carros, cadenas y toda clase de obstáculos que se apresuraba á oponerle el paisanaje parapetado en ellos y en las casas más próximas. No era empresa muy difícil para Lasalle la de arrojar del puente á los inexpertos defensores de Torquemada que, faltos de la energía y buena direccion que sólo da el hábito de las armas é imprime la presencia de un general acreditado, mal podian defenderse de quien pasaba por ser uno de los más hábiles del ejército francés. En Valladolid.

Así que al primer ataque fué ganado el puente, y aunque en las casas se prolongó algun tiempo la Ataque de Torquemada.

resistencia por unos pocos patriotas más acalorados que la mayoría de los allí reunidos, que se retiró precipitadamente, sólo sirvió para que la poblacion fuese entregada á los ultrajes de los vencedores, al saqueo y, poco despues, al incendio. Aun así, la caballería de Lasalle tuvo tiempo de acuchillar á los que, sin esperanza ya de éxito, hubieron de abandonar por fin aquel teatro de sangre y desolacion.

Al dia siguiente, Lasalle continuó su marcha á Palencia, á cuyas puertas le esperaba el Obispo para suplicarle no tratase la ciudad con rigor. Los sublevados que desde el dia de su alzamiento habian estado instruyéndose bajo la direccion del anciano general D. Diego Tordesillas, elegido para jefe suyo, no se consideraron bastante fuertes para resistir á los franceses y, al aproximarse éstos, emprendieron la retirada por el camino de Leon con el objeto de torcer despues á Valladolid. Unidos allí á las tropas de Cuesta, pensaban ofrecer alguna mayor utilidad que la que habian prestado los paisanos de Torquemada, en cuyo escarmiento recibian ellos una leccion severa pero saludable. Lasalle, sin pretesto para dar otra á los palentinos, accedió á las súplicas del prelado, con el que entró en la ciudad, satisfaciéndose con imponer al vecindario una fuerte contribucion, recoger armas y acopiar buena cantidad de raciones. En esta operacion y esperando refuerzos que le dirigia Bessières, permaneció Lasalle hasta el 10, en que, ya en Dueñas, llegaron á alcanzarle aquellos y la division que traia de Reinosa el general Merle. A la cabeza entónces de un cuerpo de 8.000 infantes y cerca de 1.000 caballos y 12

piezas de campaña, Lasalle se encaminó á la capital de Castilla la Vieja. Antes, sin embargo, de llegar á ella, debia encontrar enemigos más numerosos y algo mejor dispuestos que los de Torquemada, pero cegados tambien por el irreflexivo deseo de llegar á las manos con los franceses en campo abierto y formal batalla.

Las reflexiones que el general Cuesta habia creido deber hacer al paisanaje sobre los peligros á que lo exponia la loca temeridad de una estudiantina extraviada por su fantasía juvenil y patriotismo, habian sido desoidas; y la idea de acogerse al ejército de Galicia que se acercaba apresuradamente á Castilla y pelear despues con él, fué desechada como pensamiento torpe y cobarde: en Valladolid no se escuchaba voz alguna prudente y razonable, y el carácter durísimo de Cuesta hubo de doblegarse ante la voluntad de los que, sin razones que dar, amenazaban con el ejemplo del general Ceballos, asesinado al retirarse de Segovia, á cuantos tratasen de disuadirlos de sus belicosos propósitos.

Combate de Cabezon.

A la noticia de la aproximacion de los franceses, los más entusiastas empezaron á desfilar hácia la villa próxima de Cabezon, en cuyo puente creian poder contener la marcha de los enemigos y aún batirlos y ahuyentarlos. A Cuesta no le quedó, pues, otro recurso que el de seguir el movimiento, áun cuando no fuese más que por no abandonar á sus compatriotas á la infeliz suerte que preveia habia de tocarles, convencido, al mismo tiempo, de que peleando, ya que era preciso hacerlo inmediatamente en Cabezon, evitaria á Valladolid el saqueo y el in-



cendio, natural consecuencia de defenderse en sus casas y calles.

Hállase Cabezon situada á la falda de un lomo empinado y áspero cuyo pié va lamiendo el Pisuerga que, unido al Arlanzon desde Torquemada y al Carrion desde Dueñas, corre ya por allí anchuroso y profundo. Atraviesa por entre las casas la carretera de Valladolid á Búrgos, la cual, salvando el Pisuerga por un puente de piedra, va por algun espacio junto á la márgen derecha hasta que, al pasar á la inmediacion de un antiguo monasterio, llamado de Palazuelos, distante unos dos kilómetros de la villa, por seguir una direccion recta y cómoda, se aparta del turtuoso álbeo del rio, abierto caprichosamente por las ondulantes descendencias del mencionado lomo. Esta última circunstancia revela la dominacion de la orilla izquierda, en que éste se levanta, sobre la derecha que, como casi siempre suele acontecer en las regiones anchurosas y llanas, sólo aparece accidentada por la cuenca que las aguas en su contínuo correr y en sus frecuentes avenidas han ido labrando á su inmediacion.

Esta sola advertencia hará comprender al ménos versado en el arte militar, que la defensa del puente consiste en la ocupacion del pueblo y, más aún, en la de ese lomo montuoso y áspero que lo domina, á la vez que el curso todo del Pisuerga, en el espacio necesario al enemigo para desplegar fuerzas que preparen y protejan el paso, siempre dilatado y lento, de aquel desfiladero artificial, paso único en largo trecho por donde un ejército pueda trasladarse á Valladolid. Con sólo interceptar el puente y, mucho

mejor, defendiendo su entrada con alguna obra de campaña, para lo que habia tiempo de sobra en aquella ocasion, los franceses se hubieran visto expuestos largo rato al fuego de la artillería y de los infantes apostados en puntos convenientes del pueblo y de la montaña; y á poco acierto y á poca insistencia que desplegaran, difícil les sería á aquellos forzar el paso del puente, siéndoles casi imposible atravesar el rio si la caballería de Cuesta, que era la única fuerza veterana con que los españoles contaban, ejercia una regular vigilancia por el flanco izquierdo de la línea de defensa en la parte inferior del Pisuerga. Pero ni el teniente general D. Francisco de Eguía que desempeñaba el cargo de Mayor general y que marchó á Cabezon el 10 con gran número de paisanos, la mayor parte de la caballería y 4 piezas, ni Cuesta que al rumor de la aproximacion de los franceses acudió con algunos más voluntarios, pensaron en interceptar el paso del puente ni en fortificar el pueblo y las orillas del rio. Allí no se hacia más que obedecer hasta la menor insinuacion de unos cuantos estudiantes que, en su juventud y frenético patriotismo, creian que al sólo aspecto de su nuevo y pintoresto uniforme, los veteranos del Imperio iban á cederles el honor y la gloria de la campaña. Y no bastando eso á su ambicion militar, querian combatir en campo raso y dejar á su espalda obstáculos que, como el puente, pudieran dificultar la derrota y alcance de los aborrecidos campeones de Napoleon. ¡A tal espectáculo les hacia creerse llamados su loca fantasía, sin echar una mirada sobre sus informes y mal instruídos batallones, ni re-



cordar el reciente descalabro de los de Torquemada! Cuesta, cediendo, á la vez que á las exigencias de los sublevados, al anhelo que despues demostró con tan lamentable frecuencia de reñir grandes y campales batallas, no intentó siquiera oponerse á plan tan descabellado, dando con esto lugar á que hubiese despues quien atribuyera á despique de las contrariedades que habia experimentado, una conducta inverosímil en quien demostró siempre sentimientos y procederes del más acendrado patriotismo. (1)

Las fuerzas de los españoles consistian en 4 ó 5.000 paisanos, mal organizados por carecer el distrito de tropas de línea de que pudieran sacarse cuadros en que instruirlos; de un destacamento de Guardias de Corps fugados del Escorial y de los que habian acompañado á Fernando VII á Bayona; de otro de Carabineros Reales que, hallándose acantonado en Búrgos para el paso del mismo soberano, habia logrado arrancar, puede decirse, de manos de Bessèires la insistencia suspicaz de Cuesta, y de dos escuadrones del regimiento de la Reina, cuyo personal consistia en unos 200 jinetes y no todos bien montados. Cuatro piezas de campaña que los Cadetes de artillería habian podido salvar en su retirada de Segovia en malas cureñas y con peores atalajes, acompañaban tambien á aquel cuerpo de ejército en embrion, devorado por la indisciplina y árbitro de los que mal pudieran llamarse sus jefes y adalides.

(1) Nos hace opinar así el no ver consignada en el manifiesto que poco despues dió á luz el general Cuesta, oposicion ninguna al plan de la accion que, indudablemente, le fué sugerido por sus noveles subordinados.

La mayor parte de estas fuerzas fueron situadas el 12 por la mañana en una sola línea que casi perpendicularmente á la carretera se extendia en la derecha del Pisuerga, apoyando sus alas en la orilla para abrazar el gran recodo que allí forman las aguas y en cuyo fondo se halla construido el puente. Ocupaban la derecha de la línea los peones, entre los que se distinguia un corto batallon formado de estudiantes de la Universidad de Valladolid, que eran los que habian de resistir principalmente el choque y, en todo caso, defender la entrada del puente. La caballería estaba situada en el ala izquierda para cubrir los vados del rio agua abajo de Cabezon, y dos de las cuatro piezas tenian su emplazamiento en el centro, algo retiradas con el fin de cerrar el paso del puente y, en todo evento, poderlas salvar por él. En la márgen izquierda sólo habian quedado algunas compañías encargadas de impedir á los franceses el uso de los vados en uno y otro de los flancos; y las otras dos piezas fueron colocadas en la entrada de Cabezon, como para cerrar con sus fuegos la salida del puente, con cuyo pretil una compañía de comerciantes se cubria tambien de la accion de los proyectiles enemigos. Estas fuerzas escasísimas componian toda la reserva del ejército, si así puede llamarse, estando, como se hallaba, separada de él por un desfiladero impracticable en los momentos críticos en que pudiera ser necesario reforzar la línea.

En ordenamiento tan impropio se hallaban los españoles, inflamados de aquel valor que habia de hacerles arrostrar cien y cien combates desgraciados, con tal de conseguir con una sola victoria ó con el

cansancio de sus enemigos el levantado propósito que les llevaba á los campos de batalla, cuando una descubierta que habian situado en la venta de Trigueros, á pocos kilómetros á vanguardia, les anunció, al replegarse, la aparicion de las avanzadas de Lasalle.

Marchaba en pós de ellas la division entera formada en columnas, precedidas de la caballería que avanzaba rápidamente por la llanura que hemos dicho se extiende por la izquierda del camino, casi pegado por la derecha á la orilla del Pisuerga. La division Merle se dirigia más á la izquierda, derecha de los franceses; porque enterado Lasalle de la posicion que habian tomado los españoles, suponia en Cuesta el pensamiento de emprender la retirada hácia Leon por el camino de Çigales, y queria, impidiéndosela, acoderarlo al rio y destruir allí su pequeño ejército ántes de que pudiera salvarse por el puente.

Desplegada la caballería francesa y miéntras las columnas avanzaban, la una directamente al puente para romper por el centro la línea de los españoles y la otra en escalon cubriéndose por la izquierda de la primera con el convento de Palazuelos y la corriente del Pisuerga, Lasalle rompió el fuego con 6 piezas que habia situado en batería, enfilando una gran parte de la carretera y el puente en toda su longitud. A los primeros disparos de cañon, mezclados con el tiroteo de las guerrillas que, como siempre, inician el combate, nuestros caballos, potros en su mayor número y no acostumbrados en su totalidad al ruido ni á los extragos de los proyectiles de la artillería,

empiezan á encabritarre y á romper la formacion, sin que los jinetes logren contenerlos ni mucho ménos dominarlos; los dos cañones de nuestro centro, casi inservibles por la imperfeccion y mal estado de sus montajes, responden, pero sin efecto, á los perfectamente servidos de los franceses; y sólo la infantería parece sostener con su fuego, bastante nutrido para ser de reclutas, el ataque combinado de los enemigos. Pero más vivo cada vez el cañoneo, y al frente ya la primera columna de la infantería francesa, no pudiendo los españoles contener sus caballos, de los que algunos empezaban á dispersarse, se da la órden de retirada. Al ver á Cuesta y á Eguía meterse por el puente á la cabeza de los Guardias y de los demás escuadrones, entra el abatimiento natural en los infantes, los cuales, temerosos al verse sin apoyo en el ala más expuesta de la línea, y al observar que avanza rápidamente un escuadron enemigo con el intento indudable de arrebatarles la artillería, su único recurso en aquellos momentos supremos, se desbandan para acudir tambien al puente ó cruzar el Pisuerga por los vados más próximos. Los estudiantes permanecen en su puesto contestando al fuego, ya aterrador, del enemigo; pero sólos y viendo que van á ser envueltos por las tropas todas de Lasalle que traian ya á su derecha las de Merle, deseosas de encontrar con quien batirse, rompen tambien su formacion y se entregan á la fuga. La caballería francesa se apodera de las dos piezas y, ayudada de las tropas ligeras de á pié que, al ver á los nuestros dispersos, se adelantan casi á la par de los jinetes, ocupa el puente y deja, con esto,

la multitud de los fugitivos á merced de los franceses que á cuchilladas y bayonetazos los van precipitando al rio, en cuyas aguas se hunden muchos, pereciendo tambien ó rindiéndose los que se deslizaban á lo largo de las orillas en busca de un paso fácil ó de un refugio seguro.

Cuesta se retira á Rioseco y Benavente.

La mayor parte de la caballería española y los que, á pesar de la confusion y atropellos del puente y de los vados logran alcanzar la orilla izquierda, así como las compañías que habian quedado en ella, toman el camino de Valladolid, sin ser perseguidos por los franceses que, temerosos de una emboscada, se entretienen en cañonear el pueblo hasta que, con la fuga de todos los habitantes, reconocen el abandono absoluto en que habia quedado. Aquella detencion inesperada, tan impropia del carácter emprendedor de los franceses, y al que proporcionó el saqueo de Cabezon y el incendio de las mieses á que se entregaron éstos, dieron tiempo á las reliquias del pequeño é informe ejército de los españoles para ponerse en salvo, y á Cuesta para, despues de conferenciar un momento con las autoridades civiles y eclesiásticas de Valladolid, emprender el camino de Rioseco y Benavente.

Lasalle entra en Valladolid

Lasalle, reunidos y satisfechos que vió á sus soldados con el botin que tan imprudentemente iban recogiendo al principiar una campaña, cuyo éxito no podia estar sino en la dulzura y moderacion que demostraran los que parecian llamados á conquistar el corazon de los españoles mejor que sus bienes é independencia, continuó á Valladolid. A sus puertas le esperaban el clero y las personas más notables que con protestas de sumision y disculpando en lo

posible á la mayoría de los habitantes, libraron á la ciudad de los horrores de la guerra que, por otra parte, habia ordenado el Emperador no se ejercieran en las poblaciones que no ofreciesen resistencia á la entrada de sus soldados.

Tal fué el combate de Cabezon; sin importancia en cuanto á su resultado que debia preverse si se comparaban los medios de que podia disponer cada una de las partes beligerantes; pero de mucha, si se tomaba como leccion para que las tropas recien alistadas y los generales que las mandaban no se comprometiesen en empresas como la de combatir al ejército francés en campo raso y sin abrigar á sus reclutas con obstáculos en que el valor pudiera suplir á la disciplina é instruccion indisputables de sus enemigos.

Las pérdidas, como es de suponer, fueron muy distintas. Los españoles, blanco de una batería de seis piezas servida por artilleros expertos, y perseguidos de jinetes que dirigia quien pasaba por ser el general más diestro en mandarlos, debieron contar muchas bajas. La confusion, además, y los atropellos que tuvieron lugar en el puente y en los vados, defendidos éstos desde el pueblo y las posiciones de la orilla izquierda por soldados bisoños que con su fuego hacian más daño á sus camaradas que á los franceses, causaron muchas víctimas, formando entre unas y otras un total que debe calcularse en 400 ó 500 muertos y heridos. De los franceses sólo fueron muertos 15 ó 20 y unos 30 heridos por el fuego de la infantería en los principios del choque, desigualdad de bajas que se comprende perfectamente con la lec-

tura del combate. El desórden que nuestra caballería introdujo en los infantes al principiar la accion, el uso rápido de la caballería enemiga, apénas observó Lasalle acontecimiento tan propicio para sus armas, y el efecto casi nulo de nuestras piezas, no podian producir otro resultado. Pero si grave y lastimosa fué la pérdida que experimentaron nuestros compatriotas en Cabezon, más sensible fué aún para ellos la de las ilusiones que se habian hecho sobre el talento y pericia del general Cuesta. Las persecuciones que habia sufrido de parte del príncipe de la Paz, que pasaba, infundadamente, por el enemigo más encarnizado de los hombres de talento y de virtud; su destitucion del más elevado cargo de la magistratura militar; su reciente nombramiento para un puesto de tanta confianza como el de la Capitanía general de Castilla la Vieja en aquellas circunstancias; los principios, en fin, rigurosísimos de disciplina que á todos momentos demostraba, habian hecho formar del general Cuesta un concepto tan elevado que hacia presumir fortuna próspera y pronta para las armas confiadas á su talento. Desgraciadamente no era este su primera cualidad, como en Cabezon y otros varios encuentros demostró su mala estrella; pero el patriotismo y la fortaleza de ánimo que en él se albergaban eran títulos, sin embargo, para hacerle querido y respetado por el Gobierno y por sus subordinados. De ahí el que, aún resistiéndose á seguir el movimiento de Valladolid, no tuviese que experimentar ningun atropello y el que, á pesar de sus desgracias militares y de su carácter nada conciliador, se le mantuviera casi constantemente á la

cabeza de ejércitos cuya buena direccion importaba mucho al país. En los momentos mismos del desastre de Cabezon, ni recibió la menor muestra del descontento popular, ni dejó de hacerse respetar en ninguna de sus providencias; y al retirarse á Rioseco, donde el capitan general de la Armada, D. Antonio Valdés, le ofreció sus servicios, y en Benavente, donde empezó á reorganizar su pequeño ejército con voluntarios de todas las poblaciones comarcanas y con batallones que las Juntas de Leon y de Oviedo ponian á sus órdenes, obtuvo las más halagadoras muestras de afecto y consideracion. Esto sólo revela lo elevado del sentimiento popular en España: el patriotismo y las prendas de carácter hacen aquí perdonar la falta de génio y los errores de quien, velando por los intereses de los pueblos, tiene que arrostrar los peligros, no escasos, de la opinion en ellos.

El general Lasalle se detuvo en Valladolid tres dias, los necesarios para recoger las armas y municiones que allí habia logrado reunir la junta ó se hallaban en poder de particulares, imponer la contribucion que representaba el castigo más suave á las poblaciones que desconocian la autoridad del Emperador, y, apoderándose de algunas personas que se proponia llevarse en rehenes, señalar á las demás y á las autoridades locales y eclesiásticas la responsabilidad que Napoleon recomendaba á sus generales exigir por los desórdenes que los pueblos provocaran con un espíritu hostil al nuevo soberano y á la Francia.

Lasalle esperaba, al entrar en Valladolid, la pronta incorporacion del general Frère, con cuyas fuer-

zas podria continuar persiguiendo á Cuesta y áun emprender la ocupacion de Leon y el paso á Astúrias ó á Galicia, si por su parte el general Loison, á quien, como ya hemos dicho, se habia despachado la órden de trasladarse á Miranda de Duero, lograba comunicar con las tropas que operaban en Castilla. El general Frère habia recibido en el Escorial la órden de marchar con su division á reprimir la sublevacion de Segovia, donde habia entrado el dia 7 despues de vencer fácilmente la débil resistencia que le habian opuesto los cadetes del colegio de artillería, ayudados de unos cuantos paisanos que habian huido á los primeros disparos. Pero el general Savary, encargado ya de la direccion de la guerra por el regreso de Murat á Francia, ignoraba la suerte de los cuerpos de Moncey y de Dupont y veia que el movimiento insurreccional de los españoles se hacia más general y grave de lo que le habian hecho presumir. Temió, pues, distraer fuerzas que pudieran serle necesarias en la capital y, más aún, para auxiliar á aquellos generales, comprometidos en expediciones tan lejanas y completamente incomunicados con él, y dispuso la vuelta de la division Frère al Sur de Guadarrama. Ni Bessières ni Napoleon habian logrado hacer llegar á Junot la órden para que la division Loison, situándose en Miranda, contribuyera á la pacificacion de Castilla; y el ejército de Portugal, ocupado por entónces en el desarme de los españoles y en vigilar á los portugueses en quienes se suponia los mismos intentos de sacudir el yugo de la dominacion francesa, mal podia desmembrar fuerzas que, además, necesitaria para impedir un des-

embarco de los ingleses, que se consideraba próximo. Bessières se encontraba, pues, reducido á sus propios recursos; y Lasalle, con los escasos que se le habian proporcionado, tenia que limitarse á las operaciones que tan felizmente habia llevado á cabo, ejecutando en Valladolid las voluntades del Emperador y haciendo respetar su autoridad.

Cumplido este objeto, Lasalle se retiró á Palencia, punto que el mariscal Bessières habia designado como el más propio para vigilar las avenidas de Castilla y Leon y apoyar el movimiento que iba á emprender el general Merle, destinado, de nuevo, á sofocar la sublevacion de Santander.

Tres dias despues se retira á Palencia.

La retirada á Palencia disgustó al Emperador, opuesto siempre á la idea de conceder á sus enemigos esa satisfaccion que produce un movimiento retrógrado por calculado que se suponga, por ventajoso que se considere y por buenas que sean las condiciones en que se haga. «Los movimientos retró»grados, decia, son peligrosos en la guerra y no de»ben adoptarse jamás en las populares: la opinion »hace más que la realidad en ella, y el conocimiento »de una operacion de esa índole que los noticieros »atribuyen á lo que más desean, crea nuevos ejér»citos al enemigo.» Pero si se estudia detenidamente la situacion de Bessières y la especial en que colocaba á Lasalle la ocupacion de Valladolid, se comprenderá que la retirada á Palencia, no sólo era una medida conveniente á todas luces, sino necesaria, además, y urgente. Anunciábase la aproximacion del ejército de Galicia, compuesto en su mayor parte de tropas veteranas, las cuales en combinacion con las

procedentes de Leon y de Astúrias, que empezaba de nuevo á regimentar é instruir el general Cuesta, llegarian á formar un cuerpo muy numeroso y respetable. Ante él ó ante el peligro de encontrarlo en su marcha, Lasalle no tenia fuerzas suficientes para avanzar á Leon y mucho ménos proseguir á Astúrias, como deseaba el Emperador, contando con refuerzos que proporcionarian los generales Frère y Verdier, ocupados en otra parte. La permanencia en Valladolid, por conveniente que pareciese para conservar la fuerza moral que la victoria de Cabezon habia proporcionado á los franceses, ofrecia el peligro de que destacado á Santander el general Merle, los españoles, corriéndose de Leon á Palencia y Dueñas, aislarian á Lasalle, podrian coger entre dos fuegos á Merle, comprometido en los desfiladeros de la cordillera pirenáica, y estarian, de todos modos, en el caso de elegir aquel sobre quien quisieran arrojar el peso todo de su numeroso ejército. Y por más que Lasalle y todos sus colegas en aquella campaña no pensaran en contar el número ni calcular la calidad de los enemigos que se les oponia, lo cierto era, que las dos victorias que tan fácilmente habia conseguido aquel general, como la de Verdier en Logroño, habian sido sobre fuerzas, no sólo inferiores en organizacion y material de guerra, sino que tambien en número y muy considerable.

Por el contrario, en Palencia ocupaba el nudo de las comunicaciones de Valladolid, Leon, Santander y Búrgos; y, cubierto con el Carrion entre aquella ciudad y Dueñas, podria mantener el campo con su numerosa y brillante caballería, para cuyo uso se

presta perfectamente aquel terreno; y cuando, acometido en distintas direcciones, se viera obligado á retirarse, podia hacerlo tranquilamente por el camino de Búrgos, sin temor de verse envuelto, con sólo mantener Torquemada, tan irreflexivamente incendiado por desconocer la importancia estratégica de su puente.

La resolucion, pues, de Lasalle, dictada, como es natural, por el mariscal Bessières, era acertadísima, y Napoleon que la censuró al tener conocimiento de ella, no pudo ménos de aprobarla más adelante y hasta de concederle justos y merecidos elogios.

En su consecuencia, Merle salió el 15 de Valladolid con 10 batallones, 100 caballos y 6 piezas de artillería; pernoctó aquel dia en Dueñas, y el 20 se puso al frente de las posiciones que ocupaban los españoles á retaguardia de Reinosa. Al mismo tiempo se presentaba al pié del puerto del Escudo, una brigada de la division Verdier, la del general Ducos, compuesta de 4 batallones y 50 caballos, que desde Miranda habia ido por Frias y Soncillo, remontando el Ebro para forzar simultáneamente con Merle la cordillera en que se tenia noticia haberse apostado los de Santander. Los dos pasos de Reinosa y el Escudo, se encuentran distantes entre sí unos 20 kilómetros; el 1.° en la comunicacion de Valladolid y Palencia conduce á Santander á lo largo del Besaya por Bárcena de Pié de Concha y Torrelavega; y el 2.° por las márgenes del Pas, en que asientan Entrambas-mestas, Vargas y varias otras aldeas é innumerables caseríos. Los dos caminos, puede decirse

Merle se dirije á Santander.

que por espacio muy dilatado, recorren un contíuno desfiladero, tan elevados y abruptos son los estribos que separan los valles en que han sido abiertos; muy especialmente al cruzar las aguas el escudo de Cabuérniga, una de las sierras paralelas á la cordillera que forman el sistema orográfico de la vertiente septentrional, señalado, más que en ninguna otra, en aquella provincia.

Ataca á los españoles en la cordillera.

Ya hemos dicho que la Junta de Santander habia destacado al paso de Reinosa y al puerto del Escudo, unos 7.000 hombres que al apoyo de algunas compañías del provincial de Laredo se encargasen de impedir á los franceses la entrada en la provincia. El general Merle en su primera expedicion, los habia encontrado, efectivamente, parapetados en la vía; no atacándolos por la órden que recibió en aquellos momentos para retroceder en busca de Lasalle. Esta retirada, que los españoles habian atribuido á otras causas que las verdaderas, los habia envalentonado á punto de atreverse á hacer excursiones por tierra de Búrgos, y no pocos habian vuelto á sus hogares en la confianza de que los franceses tenian bastante ocupacion en Castilla para volver á atacarlos en mucho tiempo. Así es que el 20 de Junio mantenia las posiciones en que se pensaba resistir á los franceses poco más de la mitad de la gente que en el primer calor de la sublevacion se habia prestado á pelear allí, sin cuidar siquiera de fortificarse para hacerlo mejor y con éxito completo. Frente á Reinosa el coronel D. Juan Manuel Velarde, cuyo apellido le valiera el nombramiento de capitan general, mantenia aún reunidos unos 3.000

hombres, y se habia cubierto en segunda línea con un inmenso parapeto de troncos y peñascos, armado de algunas piezas y que obstruia el camino en las Fraguas y Somahoz, pero sin cuidarse de cubrir los flancos por donde pudiera ser envuelta posicion tan fuerte. Un pariente suyo, D. Emeterio Velarde, se habia encargado de la defensa del puerto del Escudo con unos 1.500 hombres y un cañon que, áun sin montaje útil, se habia podido llevar de Santander.

El general Merle, dejando su artillería en Reinosa y haciéndose flanquear de sus cazadores por los montes que forman la divisoria y cierran despues la carretera, atacó á los españoles á quienes fué empujando sin encontrar apénas resistencia. Todos emprendieron la fuga á los primeros disparos de la infantería francesa que veian trepar por los montes para impedir la defensa que se habian propuesto hacer en el desfiladero que recorre el camino hasta Bárcena de Pié de Concha, donde entró Merle despues de hacerse dueño de la mal servida artillería de los españoles. Diestro el general francés en aprovechar el primer efecto de sus armas en los reclutas y voluntarios que tenia á su frente, continuó el ataque á las Fraguas y Mediahoz, haciendo flanquear la posicion por dos columnas miéntras él con la del centro iba ocupando y destruyendo las talas y parapetos que obstruian el camino. A su vista los montañeses se dispersaron completamente, dirigiéndose, el mayor número hácia Astúrias en compañía del obispo de Santander que, al ruido de la marcha de los franceses, se encaminaba al sitio del combate para animar y ayudar en él á sus compatriotas.

El general Ducos encontró en el Escudo alguna resistencia que al principio no pudieron vencer sus soldados, al empeñarse en ganar la empinada cumbre de la cordillera. Pero, al cargar de nuevo, halló abandonadas las posiciones de los españoles que, avisados de la derrota de sus compañeros de armas en Lantueno, se retiraron valiéndose, para hacerlo sin ser vistos, de la densa niebla que cubria aquellas montañas. Sin resistencia despues, el general Ducos descendió á lo largo del Valle de Pas, y en la mañana del 23 se avistó con Merle para juntos penetrar en la ciudad, al tiempo mismo en que se reembarcaban las guarniciones de algunos buques de guerra ingleses que habian saltado en tierra para reventar ó clavar las piezas que defendian la bahía en que se hallaban surtos.

Entra en la ciudad.

Santander se sometió sin resistencia á Merle, quien, en consideracion á la conducta noble que habian observado los habitantes para con los franceses en la época del alzamiento, se contentó con imponerles una fuerte contribucion y hacerles prestar el juramento de fidelidad al nuevo soberano, castigo el más suave que conocian los delegados de Napoleon y de cuantos éste les recomendaba.

El general Lefebvre sale de Pamplona en direccion á Zaragoza.

Miéntras Lasalle y Merle llevaban á cabo la mision de restablecer la autoridad francesa en Valladolid y Santander, el general Lefebvre Desnoëttes encontraba para ejecutar en Aragon los planes del Emperador, dificultades muy sérias y obstáculos casi insuperables. Reunida en Pamplona una division de 3.500 infantes, 1.000 caballos y 6 piezas de campaña, Lefebvre emprendió el 6 de Junio el ca-

mino de Tudela, precedido de una proclama que, suscrita por los diputados de Bayona, dirigia Napoleon á los habitantes de Zaragoza, exhortándoles á entrar en sus deberes y someterse á las autoridades legítimas. En su marcha por las márgenes del Arga, habia tenido el general francés noticias fidedignas de que un número considerable de españoles, así de los navarros sublevados en los pueblos de la Ribera, como de los aragoneses más deseosos de medirse con el ejército francés, ocupaban á Tudela y habian cortado el puente que allí existe sobre el Ebro.

Es Tudela el punto más importante de la línea del Ebro entre Logroño y Zaragoza, desde los tiempos más remotos en que ya se llamaba á su puente *La llave de Aragon*, hasta los actuales en que nuevas comunicaciones y la importancia creciente de Zaragoza, no sólo han mantenido el interés antiguo, sino que lo han aumentado para las operaciones de una guerra en el valle central de aquel rio. Napoleon lo reconocia así y señalaba á Tudela como el punto en que debieran concentrarse las fuerzas imperiales y, sobre todo, su artillería; considerando aquella posicion como eminentemente ofensiva contra Zaragoza, por el dominio del puente en la carretera general de Pamplona, por servir de punto de depósito para el sitio de aquella ciudad, de que sólo dista tres jornadas, y donde, finalmente, podrian establecerse almacenes, hospitales y cuanto fuese necesario al sostenimiento de una campaña. Accion de Tudela.

Érale preciso, de consiguiente, á Lafebvre, apoderarse de Tudela; y, comprendiendo las dificultades que encontraria para hacerlo directamente por

la ruptura del puente y los medios de que allí disponian los españoles, reunió en Valtierra cuantas barcas pudieron hallar sus soldados en las aguas del Aragon, y en la mañana del 8 trasladó sus tropas á la izquierda del Ebro. Así, horas despues, se presentaba á las puertas de aquella ciudad, amenazando envolver con su caballería las posiciones todas de los españoles.

La fuerza de éstos consistia en la que componian los vecinos de Tudela y pueblos alendaños, 1.000 hombres del 1.er tercio aragonés que el marqués de Lazan habia sacado el dia 6 de Zaragoza con 4 piezas de campaña, 400 que llevó el coronel D. José Obispo, pertenecientes á las compañías que habia levantado á su sueldo, y otros tantos voluntarios aragoneses que con él debieron llegar al cuartel general, establecido en las casas del Bocal del Rey á una legua de Tudela. El total de estas fuerzas ascenderia á unos 5.000 hombres, entre los que sólo habia algunos soldados que, burlando la vigilancia francesa, habian desertado de sus cuerpos y presentádose en Zaragoza. No esperando ver á los franceses en la derecha del Ebro, donde asienta la ciudad, los tudelanos no habian preparado la defensa con obras de fortificacion en que pudieran oponer una resistencia obstinada á las poco numerosas tropas de Lefebvre. Por el contrario, despreciando esos recursos, siempre útiles y los únicos eficaces en una guerra popular. los habitantes de Tudela habian desoido los consejos de algunos oficiales veteranos que querian fortificarse para neutralizar la inferioridad de disciplina y de instruccion de sus reclutas; y cuando el

de Lazan penetró en la ciudad y trató de poner algun remedio á aquel abandono, encontró en la exagerada confianza y, sobre todo, en la insubordinacion de aquellas gentes, un obstáculo insuperable á todo proyecto defensivo y á todo plan fundado en principio alguno del arte de la guerra. Más aún; cuando al asomar los franceses por el camino de Alfaro, trató, como último recurso, de distribuir armas que la Junta de Zaragoza enviaba de nuevo para los paisanos que aún carecian de fusiles, tal fué la confusion introducida por éstos con el pretexto de probarlas, que, en vez de utilidad, sólo produjeron un desórden incompatible con toda idea de defensa, y la falta de armamento en quienes podian utilizarlo. Así que el marqués de Lazan hubo de limitar sus providencias á cubrir la avenida principal, que ya venian recorriendo los franceses, con las cuatro piezas de campaña pertenecientes á su division, sostenidas por algunas compañías de fusileros aragoneses, cuyo mando confió al teniente coronel Don Francisco Milagro, con la prevencion de contener á todo trance la marcha del enemigo miéntras él trataba de imponer algun órden en la cindad. Todo inútil: en vano, al intimar Lefebvre la rendicion, consiguió Milagro una suspension de hostilidades que diese tiempo á su general para organizar la defensa; los paisanos hicieron fuego á una partida francesa que andaba explorando el campo y se privaron de aquella única, ya que remota, esperanza de salvacion.

El ataque de los franceses fué, como siempre, enérgico: una fuerte columna se dirigió á la batería, y otras varias amenazaron cercar la ciudad y en-

volver á las tropas que habian acudido á socorrerla, con lo que despues de un vivo, pero corto, cañoneo, entró la consternacion en los habitantes, el desórden en los defensores, y todos se dieron á la fuga, apellidando traidores y amenazando con la muerte á sus jefes, á quienes momentos ántes no habian querido oir ni obedecer (1). Ninguno hubiera sido, á pesar de todo, el extrago sufrido por nuestros compatriotas, si al huir por los campos no los alcanzara la caballería enemiga que los fué lanceando por algun tiempo, y si Lefebvre no se hubiera encarnizado con los habitantes de Tudela, de los que arcabuceó á cuantos hallaron sus soldados con las armas en la mano. No siguió, sin embargo, el alcance de los fugitivos y la marcha á Zaragoza; porque siendo muy escasas sus fuerzas para aventurarse por la derecha del Ebro, necesitaba restablecer el puente de Tudela, y con él las comunicaciones, que tan necesarias le eran, con Pamplona y

---

(1) A pesar de lo rápido y ejecutivo de la victoria de los franceses, allá va una prueba de que no faltaron en la defensa de Tudela rasgos de valor de esos que tanto habíamos de admirar en los aragoneses.

«El Excmo. Sr. Capitan general manda que al aragonés Tadeo »Ubón, natural de Escatron, corregimiento de Alcañiz (á quien á »primera vista regaló S. E. una onza de oro), en premio de la bi»zarría con que se batió con los franceses para impedir su entra»da en Tudela de Navarra y les tomó una bandera (sin embargo »de hallarse ya herido), se le nombra sargento primero en el ter»cio que elija; y lleve el noble distintivo perpétuo de un escudo »de bronce alusivo á su fidelísimo esfuerzo por nuestro Augusto »Monarca, con estas letras: POR F. VII.—Se lo aviso á V. S. para »que tenga efecto esta generosa consideracion de S. E.—Cuartel »general de Zaragoza, once de Junio de 1808.—Tomás de Mateo.— »Sr. Inspector general, D. Raimundo de Andrés.»

(Es copia del oficio original que existe en el archivo del Excelentísimo Señor Duque de Zaragoza).

Francia. Efectivamente; miéntras se le incorporaban el regimiento 1.° del Vistula, el 6.° batallon de marcha y un convoy de artillería que hicieron elevar su fuerza á la de 5.000 infantes, 1.000 caballos y 14 piezas, se ocupó, además del restablecimiento del puente, en desarmar el país vecino, exigirle un número inmenso de raciones y preparar alojamiento seguro y cómodo á un batallon y 50 caballos que iba á dejar en Tudela.

El marqués de Lazan que, temiendo ser envuelto y caer tal vez en poder del enemigo, se habia retirado de Tudela al apoyo de las compañías de Obispo, situadas en una altura próxima, se dirigió al Bocal entre los gritos y las amenazas de sus mismos soldados. Pero reflexionando allí sobre su situacion militar y calculando la imposibilidad de continuar defendiendo hasta Zaragoza un terreno casi todo llano y expuesto, de consiguiente, á la accion de la caballería enemiga, se resolvió á embarcarse, no sin el temor de que los franceses, si acudian pronto, inutilizaran el servicio del canal. El espectáculo de sus compatriotas huyendo en un completo desórden por la carretera inmediata y campos vecinos al canal, sin que los consejos ni las órdenes de sus oficiales consiguieran tranquilizarlos, le impulsaban á no cesar en su marcha hasta Zaragoza; pero encontrando varios destacamentos de tropas que su hermano le enviaba segun se armaban y adquirian algunos rudimentos de instruccion militar, se decidió á desembarcar en Alagon, donde con ellos y dos compañías de fusileros que le traia el coronel Don Antonio Torres, logró contener la fuga de sus sol-

Acciones de Mallen y Gallur.

dados y reunir hasta 3.000 á sus banderas. La detencion de los franceses en Tudela le dió tiempo, no sólo para obtener este resultado que él ni podia presumir, sino para organizar de nuevo su division y, con la llegada de dos batallones, otros 50 dragones y cuatro piezas que en el dia 10 fueron á incorporársele desde Zaragoza, pensar en tomar la ofensiva y dirigirse otra vez al encuentro del enemigo. Y no sólo avanzó hasta Mallen en la noche de aquel dia, sino que, llegando al siguiente su hermano D. Francisco con nuevos refuerzos, lo dirigió á las alturas de Nuestra Señora de la Misericordia, en el camino de Borja, para que con 1.000 infantes impidiera las frecuentes correrías de los franceses y, al atacarles el marqués de Lazan por el frente, amenazase él cortarle sus comunicaciones y hasta la retirada. ¡A este punto habia recobrado la confianza un ejército de paisanos, tan reciente y completamente destruido, y á éste llegaba la obcecacion de su general, á quien la mayor lisonja que podemos dirigir, es la de que marchaba empujado por la voluntad, incontrastable entónces, de sus soldados! Porque allí, como en todas aquellas muchedumbres que alzara el sentimiento de repugnancia á la dominacion extranjera, era desconocida la obediencia; y si alguna vez se seguian las inspiraciones de los jefes, era porque, acordes en el fin á que pudieran dirigirse, exigian un órden, de todo punto imprescindible, si habian de ponerse en ejecucion.

Mallen, situado en una suave eminencia coronada de un antiguo y ruinoso castillo, no ofrece una buena posicion á un ejército regular y disciplinado,

cuanto más al que mandaba el marqués de Lazan, para el cual tenia, además, el grave defecto de campar en una llanura, por donde la caballería enemiga podria envolver á las tropas que al primer asomo de peligro no se apresurasen á levantar el campo. No la habia elegido el Marqués para presentar batalla á los franceses, puesto que, segun ya hemos indicado, pensaba avanzar en su busca. Pero en la tarde del 12 sabe la aproximacion de Lefebvre que se encaminaba á Zaragoza y, sin vacilar en el partido más conveniente en aquella ocasion, saca sus tropas de Mallen y las prepara para el combate. Formáronse todas en una línea de escalones, apoyada en el pueblo con dos de las piezas de que podian disponer, pero tan extensa, con el fin de cubrir los flancos, que, á pesar del refuerzo de nuevos cuerpos aragoneses y navarros que les llegaron aquella tarde, quedó débil en todos sus puntos.

El general Lefebvre, viendo aproximarse la noche, tomó posicion al frente de los españoles con quienes se tirotearon corto rato sus avanzadas, pero sin empeñar accion formal, por hallarse todavía á gran distancia y haber resuelto no hacerlo hasta la mañana siguiente.

Con más actividad, aún hubiera podido Lefebvre sorprender á nuestros compatriotas en los movimientos desordenados con que al amanecer creyeron deber mejorar su posicion para reconcentrarse más en derredor de Mallen; pero, áun así, la accion, entablada á cosa de las diez de la mañana, duró muy corto tiempo. Los fusileros y los soldados de Obispo, que constituian la fuerza más consistente de la di-

vision y formaban á vanguardia, tuvieron pronto que ceder terreno á los franceses y retirarse á la línea de batalla que, al sólo aspecto de aquel movimiento y al del que con la mayor rapidez operaba el enemigo á pesar de la metralla con que nuestra artillería trataba de cubrir sus filas, se rompió totalmente, penetrando en Mallen los cuerpos que la formaban con una precipitacion y en un desórden fáciles, por desgracia, de comprender en aquellas tropas. En vano el marqués de Lazan y muchos oficiales trataron con su voz y ejemplo de llevarlos de nuevo al combate, de mantenerlos, siquiera, en la poblacion; los paisanos, viendo que una columna francesa marchaba como resuelta á cortarles la retirada por la derecha de Mallen miéntras los lanceros polacos se corrian por la izquierda con igual intento, se entregaron á la fuga más desordena, y su general tuvo que retirarse á Gallur y poco despues cruzar el Ebro por Alcalá, unico camino de salvacion que ya le quedara. Su hermano D. Francisco, al escuchar la refriega, acudió en auxilio de los de Mallen, ganando unos cerros que dominan el pueblo; pero supo el desastre y tuvo que emprender la retirada á Calatayud por caminos apartados y escabrosos.

Las pérdidas de los españoles fueron de consideracion, entregados, como se vieron por largo espacio, á la fúria de los polacos que á mansalva los fueron lanceando hasta cerca de Gallur, á donde llegaron á acojerse algunos restos de la completamente desorganizada division del marqués de Lazan.

Pero uno de los rasgos característicos de la na-

cionalidad española, es el de no arredrarse por las derrotas ni dejar por ellas de desafiar al dia siguiente la disciplina y el valor de los vencedores. Los historiadores romanos dicen que en España no se consideraba como deshonrosa la fuga, ni los generales de Roma la tomaban por signo de decaimiento en nuestros compatriotas, pues que al dia siguiente aparecian éstos animados del mismo espíritu y del mismo orgullo que despues de una victoria. Esta cualidad volvió á manifestarse, con más fuerza, acaso, que nunca, desde los primeros sucesos de la guerra de la Independencia, lo mismo en los defensores del puente de Torquemada que tres dias despues desafiaban de nuevo á los soldados de Lasalle, que en Aragon, Cataluña y las provincias todas, donde veremos muy pronto á nuestros compatriotas no descansar un momento ni conceder reposo alguno á los invasores, sin considerar sus frecuentes descalabros como vencimiento decisivo ni escarmentar un punto por ellos. Ya lo hemos dicho; este es el secreto de las largas y tenaces resistencias que el pueblo español ha ofrecido en las varias invasiones de que ha sido objeto su territorio, y éste el del éxito que se obtuvo en la francesa de principios del siglo.

El mismo dia 13 de Junio en que Lefebvre hacia sufrir una derrota tan completa á los aragoneses, volvian éstos á pelear en el Gallur con la misma falta de consistencia, con el mismo desórden y la misma mala fortuna que en Tudela y en Mallen; y en Zaragoza, la noticia de aquellos desastres, en vez de terror y abatimiento, segun esperaban Lefebvre y Napoleon, produjo la resolucion heróica de reunir

nuevas fuerzas, tan colecticias y desorganizadas como las del marqués de Lazan, pero decididas, como ellas, á probar el ímpetu de los franceses.

Accion de Alagon.

Era la noche del 13 al 14: las calles de Zaragoza presentaban un espectáculo conmovedor á la par que lúgubre y siniestro, y miles de hombres, algunos con uniformes, en su mayor número con el traje característico de la provincia, no pocos casi desnudos ó cubiertos de harapos, despues de proveerse de armas y municiones en los depósitos que habia creado la Junta, se dirigian acompañados de sus mujeres, hijos y demás parientes al campo del Sepulcro, punto señalado de reunion para los expedicionarios. Todos iban voluntariamente y hasta entónces la mayor parte de ellos no habian recibido instruccion alguna, ni aún tenian señalado cuerpo; de modo que en la oscuridad y en el desórden de tal masa de gente de diversas clases, edades y hasta de distinto sexo, fué necesario agruparlos y hacerles conocer los jefes y oficiales que se les destinaban. En tal confusion surgió una idea en la multitud, la de reunir en compañías los parientes, los amigos, y conocidos, dándoles oficiales que pudiesen mandarlos, ya que no por el rigor de la disciplina, con la accion de esos mismos lazos de amistad ó parentesco. A falta de organizacion y de arte, se echaba mano de la expresion de los afectos más tiernos en el corazon del hombre, retrocediendo así á la Edad Media, ya que no á la barbarie, en remedo de aquellas bandas, cuya única disciplina consistia en la comunidad de intereses ó en la reciprocidad del cariño fraternal ó de vecinos. El ejercicio de la guerra

es indudablemente el espejo en que con más claridad se reflejan el corazon humano, sus virtudes y vicios.

El entusiasmo de aquellos hombres que, en vez de organizarse para la defensa de sus hogares como lo aconsejaba la prudencia, se adelantaban al encuentro del enemigo, rayó en delirio al ver á su cabeza al caudillo que dias ántes habian elegido para Capitan general. Con él se creian invencibles; como si el valor y el patriotismo, únicas dotes que hasta entónces podian aparecer en su ídolo, fueran suficientes para conseguir el triunfo, y como si ellos mismos encerrasen en sí los elementos todos militares que el génio necesita para brillar con éxito.

Lenta y penosa fué la marcha de los zaragozanos á Alagon. La anterior velada, el desórden en el caminar de tales tropas y la poca prevision de los jefes para el racionamiento de unos hombres que habian dejado sus casas hacia muchas horas sin cuidarse, quizás, de tomar alimento al abandonarlas, (1) produjeron, no sólo el cansancio natural, sino grandes interrupciones y dilacion suma. Así es que, al llegar á Alagon los zaragozanos entre 10 y 11 de la mañana, los franceses, una descubierta de quienes cayó en poder de nuestra vanguardia, asomaban ya por la parte opuesta en ademan de empeñar combate.

Seis mil hombres, entre los que sólo se contaban 500 soldados españoles ó extranjeros desertores, poco más de 100 caballos (2) y los artilleros precisos para

(1) No la de Palafox. El diario de Casamayor, dice: «Reunido el pueblo en las Eras del Sepulcro y cargados los carros de víveres...»

(2) Se vé crecer el número de los caballos porque en la requi-

el servicio de cuatro piezas, iban á medir sus fuerzas con otros tantos franceses disciplinados, aguerridos y con la fama de invencibles. Y como si esto no bastara, Palafox, viendo la imposibilidad de sujetar á sus subordinados á una formacion que, por otra parte, habia de traerle más perjuicios que ventajas, hubo de reducir su plan de defensa á la de las avenidas principales del pueblo, donde pudiera utilizar los escasos medios verdaderamente militares de que disponia.

No tuvieron los franceses que hacer grandes esfuerzos para vencer aquellas bandas desorganizadas. Miéntras dos columnas que se dirigian á Alagon por los caminos de Mallen y la huerta de Cabañas, entretenian un fuego de fusilería y de artillería bastante vivo para hacer creer á los españoles que trataban de romper sus líneas por aquel frente, una tercera se corria hácia la derecha á cruzar el canal por Figueruelas, con el objeto de envolverlos en la villa ó arrojarlos sobre el Ebro para que todos cayesen en poder de su caballería. Los fusileros y soldados veteranos que apoyaban nuestra izquierda, y la artillería situada en los puentes de las varias acequias que, derivadas del canal, riegan la vega de Alagon, ayudados de los paisanos emboscados en los olivares próximos, sostuvieron bizarramente el fuego durante cinco horas, tiempo necesario á los franceses para

se verificada en los dias 8, 9, 10, 11 y 12 de aquel mes se habian incorporado al regimiento del Rey 250 caballos útiles de los 688 presentados.

Así resulta de los documentos oficiales que encierra el archivo del Sr. Duque de Zaragoza.

ejecutar el movimiento de flanco proyectado. Pero á la sola noticia de que una parte del ejército enemigo se dirigia á retaguardia de las posiciones españolas, noticia que el mal servicio de descubiertas hizo llegar á oidos de los paisanos cuando ya los franceses asomaban junto á Alagon, infundió tal espanto que, á pesar de la energía desplegada por los soldados que combatian en primera línea, unos por temor y los demás arrastrados, todos se entregaron á la fuga más precipitada. En vano Palafox trató de detenerlos con la voz y de animarlos con el ejemplo cargando dos veces á la cabeza de los dragones; herido en un brazo, y penetrado de la inutilidad de sus esfuerzos, hubo de retroceder y satisfacerse con el recobro de una bandera que su Ayudante D. Rafael Casellas arrancó de las manos casi de los enemigos (1). Estos siguieron largo rato el alcance de los nuestros, acuchillándolos réciamante y aprisionando un gran número de los que, por falta de reposo desde la tarde anterior, por la fatiga del combate, y sobre todo, el hambre y la sed, no tenian fuerzas para huir

(1) Aquella bandera fue despues entregada para su conservacion á la Regencia del Reino. Hé aquí la copia de la minuta autógrafa del general Palafox que lo revela. Dice así:—«Excmo. Sr.: He tenido la fortuna en medio de mis desgracias de conservar en mi prision una de las banderas nacionales que, perdida en una de las acciones que se dieron cerca de Zaragoza, rescató personalmente uno de mis edecanes y me presentó en el campo del honor. Este trofeo, arrancado de las manos del enemigo, pertenece sólo á la Nacion: á ella le ofrezco, y pido á V. E. tenga la bondad de presentarla á la Regencia, asegurando á S. A. de que con sólo este objeto le he conservado siempre conmigo en medio de los grillos que me oprimian. Dios guarde á V. E. muchos años, etc.» (No tiene fecha, pero se deja suponer que fué en la época de la vuelta del general Palafox á España.)

(Del archivo del Sr. Duque de Zaragoza.)

y á los cuales dió libertad al poco tiempo Lefebvre, diciéndoles que anunciasen su próxima entrada en Zaragoza. Los demás, y con ellos Palafox, fueron llegando á la ciudad en el espacio de toda la noche, prosiguiendo á Alcañiz y otros puntos los que, procedentes de ellos al tiempo del alzamiento, desesperaban de su causa despues de las tres derrotas que en pocos dias acababan de experimentar (1).

Resolucion heróica de los zaragozanos.

No así los zaragozanos, en quienes la impresion de los primeros momentos que sucedieron á la llegada de los fugitivos, dolorosa y desconsoladora cual no podia ménos de ser ante el espectáculo de tantas desgracias y miserias como iban presenciando, no logró abatir un punto el espíritu jactancioso y denodado que los distingue. Los mismos vencidos de Alagon, al contar el desastre que tan mal parados los llevaba, anunciaban la posibilidad de resistir allí donde no fuesen de temer las hábiles maniobras de los franceses, y se mostraban ansiosos por pelear de nuevo con ellos, confiando, por la experiencia de aquel dia, en que, con alguna mayor insistencia y no temiendo por su retirada, aún podrian salir vencedores en otro combate. Al silencio sepulcral que reinaba en la ciudad, custodiada el 14 por ancianos decrépitos en cuyas manos parecian no poderse ya sostener las espadas y chuzos de que se habian armado como para recordar á sus hijos el antiguo va-

(1) Los dragones del Rey y el batallon de Casaus, creyendo muerto á Palafox que, al ser herido, cayó del caballo, manifestaron el propósito de retirarse á Valencia, impidiéndolo el entónces capitan D. Francisco Bellido, presente á la batalla con los voluntarios de Aragon.

lor de los aragoneses, y á la ansiedad, natural en tales momentos en que lo más florido de la juventud zaragozana se hallaba combatiendo con enemigos que, por su valor y pericia en las armas, llevaban por el mundo la fama de invencibles, sucedió muy pronto, con la llegada de los que lograron salvarse de la rota de Alagon, la algazara más estrepitosa; en unos, por la satisfaccion de ver á sus allegados salvos y libres: en otros por la rabia al saber la desgracia de los pedazos de su corazon sacrificados por los enemigos de la pátria; en todos, al fin, por el deseo de tomar pronta y aterradora venganza defendiendo sus hogares.

Si Lefebvre hubiera continuado la persecucion, acaso penetrara en Zaragoza, sumida en el estupor de los primeros momentos ó embriagada poco despues con la heróica resolucion de no rendirse, mas sin poner medio alguno para llevarla á cabo; pero á la llegada de Palafox que, con los principales jefes y los pocos veteranos que en Alagon combatieron á su lado, se habia retirado por los caminos que bordean la márgen derecha del Ebro, se empezaron á tomar medidas para poner la ciudad á cubierto de los primeros embates del enemigo. Al dia siguiente, cuando llegó á avistarla el ejército francés, no sólo habia renacido la esperanza en los habitantes, sino que acababan de hacerse los preparativos más indispensables para resistir con fortuna. La excesiva confianza hizo á Lefebvre desaprovechar la ocasion momentánea, cual suele serlo en la guerra, de teminar completa y satisfactoriamente la mision que el Emperador habia confiado á su reconocido valor y á su

pericia: al dia siguiente al de su victoria de Alagon, empezaba una série interminable de combates de otra índole, en que ni la estrategia ni la táctica podrian influir, decidiendo sólo de su éxito el valor y la pertinacia; y no eran sus soldados, en la manifestacion de estas cualidades, superiores á los que se habian encerrado en las humildes tapias de la ciudad que iba á eclipsar el astro, siempre brillante hasta entónces, de su fortuna militar.

No lo esperaba asi, empero, el impetuoso general; presumiendo que, trás de tantos descalabros, era imposible toda resistencia en los que no habian dado ni una sola muestra de organizacion ni disciplina. En toda la série de fáciles victorias que acababa de alcanzar desde Tudela á Alagon, no habia logrado descubrir entre los enemigos más tropas de línea que algunos de los desertores de Pamplona y unos cuantos dragones, impotentes, unos y otros, por su reducido número y el desórden que inutilizaba sus esfuerzos. ¿Quiénes, pues, habian de resistirle en Zaragoza? ¿Los vencidos del dia anterior, extenuados del hambre y la fatiga? ¿Los imbeles y ancianos, las mujeres, quizás, que habrian quedado rogando al Altísimo librara de la presencia del extranjero su hogar nativo? Y, sin embargo, los que él creia sin fuerzas, los tímidos y achacosos, las mujeres que esperaba saldrian á las puertas á implorar su clemencia, iban á desvanecer sus esperanzas, á herir su orgullo militar, á detenerle, en fin, y vencerle trás las carcomidas y endebles tapias de la ciudad. Cuando las descubiertas francesas, abandonando el camino de Alagon aparecieron por el de La Muela,

en la márgen derecha del canal, eran ya saludadas por los cañones del sargento Lozano, los más adelantados en los puestos establecidos la tarde anterior para cubrir aquella primera é importantísima línea fluvial.

Estado militar de Zaragoza.

Hallábase, efectivamente, guarnecido el puente que lleva el nombre mismo de aquella poblacion, La Muela, situada en la carretera general de Madrid, á 21 kilómetros de Zaragoza, con 450 fusileros del 2.° batallon creado en los momentos de la alarma. Los fusileros y varios paisanos de la compañía de Cerezo, honrado labrador que capitaneaba á los jóvenes más valerosos de su parroquia, llevaron consigo las dos piezas de artillería á que acabamos de referirnos y estaban mandados por los coroneles don Gerónimo Torres y D. José Obispo, tantas veces citados, y los primeros siempre en recibir al enemigo. Hácia su izquierda, en la *Casa blanca*, se habian situado otros muchos paisanos acompañando á algunos voluntarios dirigidos por dos guardias de Corps, D. Juan Escobar y D. Juan Aguilar, escapados de la córte. En el *Embarcadero* y en el puente de *América*, á vangnardia de Torrero y cubriendo los caminos que del canal dirigen á la ciudad, se habian establecido cuatro cañones escoltados tambien por paisanaje á las órdenes del sargento mayor don Alonso de Escobedo que vigilaba la extrema izquierda de la línea del canal.

A retaguardia, y ántes de llegar á las puertas, aún se habian fijado puestos y en ellos cañones que, segun verémos más adelante, abundaban en Zaragoza. Los dos puentes del Huerba, los de San-

ta Engracia y San José, aparecian defendidos con artillería, aunque á descubierto, no habiendo tenido los zaragozanos tiempo para levantar un sencillo parapeto ni para abrir un foso, siquiera, que impidiesen el primer golpe de mano.

La poblacion permanecia sin otras defensas que algunos cañones enfilando el llamado *puente de piedra* sobre el Ebro, y dos ó tres barricadas que se construyeron con gruesos maderos sobre la puerta de San Ildefonso y el convento de Santo Domingo, en la espaciosa avenida que desde la puerta de Sancho conduce al templo de Nuestra Señora del Pilar y al puente sobre el malecon que contiene el rio en su orilla derecha. Zaragoza fiaba su suerte al patriotismo de los habitantes que, á falta de recursos militares, harian muralla de sus pechos denodados y armas de sus brazos vigorosos.

Asienta la ciudad en una extensa llanura, sobre la orilla derecha del Ebro cuyas aguas van lamiéndola en un espacio considerable. Abierta y despejada á Occidente, dando paso fácil á los varios caminos que dirigen á Castilla y Navarra, cúbrela al Sur el rio Huerba, poco caudaloso y, aunque encauzado en márgenes pendientes, transitable en todo su curso hasta confluir con el Ebro en el extremo oriental de la poblacion. Más léjos, y siempre hácia el Sur, el canal Imperial se abre paso serpenteando por entre unas suaves colinas como buscando altura para que sus aguas, además de fertilizar la vega á que el profundo Huerba niega el beneficio de las suyas, puedan dar vida y movimiento á máquinas é ingenios de industrias á que parecen convidar lo privilegiado

del suelo y lo más privilegiado aún de la situacion geográfica de Zaragoza. Entre esas colinas se distingue, más que por la altura, por su proximidad y belleza, Torrero, donde fué erigido y subsiste el establecimiento directivo y administrativo del canal con su arsenal y embarcadero, y donde tantas veces se ha pensado construir un gran campo que cubra y defienda á Zaragoza de las invasiones enemigas. Para un sitio metódico, la ocupacion de Torrero es la primera empresa que se debe acometer: para un golpe de mano, para un ataque brusco, cual el á que ofrecian facilidad y éxito las condiciones en que se hallaba Zaragoza en Junio de 1808, el camino directo, el más corto á sus puertas, era el que aconsejarian á cualquier general lo indefenso de la ciudad, lo despejado del terreno en la parte occidental y las recientes y poco costosas victorias de Tudela, de Mallen y de Alagon.

En esa zona, sin embargo, despejada y abierta, habia, próximos ya á la ciudad y en situaciones sumamente convenientes, obstáculos que una direccion acertada podia aprovechar con fortuna para la resistencia. El castillo de la Aljafería, vasto edificio cuadrangular, incapaz de defensa en un ataque con elementos verdaderamente *poliorcéticos*, ofreceria grande utilidad para resistir el brusco y momentáneo que era de esperar en aquellas circunstancias, rodeado, como se halla, por un ancho y profundo foso y coronado en sus ángulos de cuatro antiguos pero robustos torreones. (1) Flanqueaba aquella for-

(1) El general Palafox en sus notas á la obra de Sarrazin, dice:

taleza la principal avenida de la puerta del *Portillo* que á su vez resguardaban, además, el convento de Agustinos descalzos, edificio *crecido* como le llama un historiador zaragozano, y la iglesia de N.ª S.ª del *Portillo* que puede decirse que casi lo cierra é intercepta. Una tapia endeble y baja, no muy dilatada, por no serlo la distancia al Ebro, cerraba la ciudad hasta la márgen misma de las aguas, donde la puerta de Sancho abria paso al que ya hemos calificado de espacioso tránsito entre ella, el templo del Pilar y el puente de piedra.

Con rumbo opuesto al de la mencionada tapia, inclinado al S. E., se extendia desde el Portillo el antiguo muro que formaba el recinto exterior de la ciudad romana, pero casi borrado del suelo y sustituido por otro endeble encerrando la iglesia del Portillo, el cuartel de Caballería, la Misericordia y huertas y corrales de otros edificios interiores. Así y formando un ángulo hácia Oriente, se llegaba á la puerta del Cármen, en un entrante del muro, cuyos *aproches* vigilaba á corta distancia la torre del Pino, punto avanzado del recinto que, á la vez, flanquea las avenidas de la puerta de Santa Engracia, á muy corta distancia de ella, y del puente del mismo nombre en el curso del Huerba que casi puede decirse que desde allí circuye la poblacion con sus aguas hasta desaparecer en el Ebro. Entre las puertas del Portillo y del Cármen, y junto á ellas respectivamente, se

«El castillo que se llama de Aljafería no es defendible, aunque »en aquella ocasion estuvo dia y noche vomitando fuego durante »todo el sitio; es sólo un verdadero y muy capaz almacen de ví»veres.»

alzaban el convento ya citado de San Agustin y el de la Trinidad; aquel resguardando, como ya digimos, el Portillo; éste cubriendo el camino principal del Cármen, y ámbos atalayando el espacio llano y descubierto que se extiende entre las dos puertas con los nombres de Campo del Sepulcro y Eras del Rey.

Ocupados estos edificios y el convento de Capuchinos que, áun cuando más léjos, frente á la puerta del Cármen, asienta entre el de Trinitarios y el Huerba, cabia defender con alguna esperanza de éxito el frente de la ciudad que acabamos de describir; mas, para hacerlo, era necesario guarnecerlos con tropas que tuvieran la disciplina con que sólo se consigue una resistencia eficaz y verdadera.

Junto á la puerta de Santa Engracia se encuentra el convento que cubria el sitio venerado donde la doncella zaragozana y sus innumerables compañeros recibieron el bautismo de sangre que habia de inmortalizarlos. Edificio ingente, lleno de preciosidades artísticas que se habia esmerado en acumular la piedad de los soberanos de Aragon, iba á arrastrar hácia sí la enérgica defensa de los zaragozanos y los ataques más vigorosos de quienes, al fin, saciarian en la *santa masa* la rábia que habia de causarles su vencimiento. Cubria Santa Engracia la entrada principal, la recta, y, por consiguiente, la más corta al centro de la poblacion, por lo que debia ser el objetivo más interesante de los sitiadores en el vasto perímetro que se verian obligados á ocupar para acometer y rendir á Zaragoza. Desde Santa Engracia, el Huerba, el último de los cuatro recintos

que ha contado la ciudad y la posicion misma de aquellos barrios orientales junto al Ebro y fuera de las comunicaciones de Castilla y de Navarra por donde naturalmente habrian de atacar los enemigos en su primer embestida, alejaban toda sospecha de invasion en los momentos en que se esperaba la aparicion de los franceses la mañana del 15 de Junio de 1808. Además, desde Santa Engracia hasta la puerta del Sol, en la orilla ya del Ebro, no existia más acceso que el de *Puerta Quemada* en el entrante que por la parte oriental ofrece la espaciosa elipse que ocupa Zaragoza, y áun aquel añadia á la fortaleza ó, por mejor decir, al resguardo que le proporcionaba su posicion, el de la proximidad del Huerba cuyo único puente en aquellos lugares se hallaba tambien cubierto por el monasterio de San José en la carretera de Valencia. Zaragoza, pues, desde que los antiguos muros romanos y góticos habian desaparecido entre el polvo de sus mismas ruinas ó confundídose con el caserío, era una ciudad *abierta* en toda la extension militar de esta palabra. A sus condiciones locales, cuales las acabamos de describir, añadia en 1808 la ciudad heróica las á que la sujetaba el carácter especial de sus habitantes. En vez de atrincherarse en la poblacion, para lo que ofrecian ventajosa aptitud la topografía del terreno y la disposicion de los grandes edificios hácia los que hemos dirigido la atencion de nuestros lectores, los aragoneses se habian empeñado en una lucha campal, imposible de sostener ante las aguerridas tropas de Napoleon. Con fortificarse, Zaragoza podia contener al invasor el tiempo necesario á la pro-

vincia y á las limítrofes para organizar la resistencia iniciada en todas las de la monarquía: las batallas campales ofrecerian con su pérdida á los pusilánimes y á los calculistas pretexto para su humillacion ante los que nunca podian presumir vencidos en tales lides.

Los aragoneses creyeron que lo mejor que podian hacer era el retardar lo posible la marcha del enemigo, y, sin embargo, no pensaron en sacar fruto del sacrificio á que se ofrecian fortificando la ciudad á cuyas puertas no tardaria aquel en presentarse. Y cuando avisados por el escarmiento, y convictos de temeridad y de impericia, se proponian reducir su accion á la defensa de Zaragoza, su imprevision anterior iba á exigir de ellos el sacrificio mismo á que tan impremeditadamente se habian presentado para salvarles ahora de la servidumbre que tanto repugnaban. Muy atrasados los preparativos para resistir la entrada de los franceses, era necesario retardar su aproximacion á la ciudad, á fin de poner siquiera algun remedio al desórden que en ella reinaba.

Los soldados eran muy pocos, reducido su ya escaso número en los combates desgraciados de los dias anteriores: sólo algunos voluntarios de Tarragona, reunidos al Sargento Mayor del batallon, Don Francisco Marcó del Pont, en su fuga de Navarra, permanecian, junto al arrabal, prontos á tomar parte en los sucesos que se preparaban. Estos, los del batallon de Aragon que á su arribo á Zaragoza dos dias ántes en número de 250 á 300 habian acompañado á los vencidos en Alagon, algunos artilleros y zapadores acogidos de las plazas de Cataluña ó de

Madrid, los fusileros de Zaragoza y los que formaban el banderin de recluta al tiempo de la sublevacion, componian con los dragones que hemos visto combatir al lado del Marqués de Lazan, la fuerza total veterana apta para un servicio regular y eficaz. La restante de paisanos reglamentados en los tercios, disminuida notablemente en tantos reveses como se acababan de experimentar, se mezcló al pueblo de que en parte procedia, acompañándole, lo mismo que en la manifestacion de su entusiasmo y bizarría, en la de sus caprichos é indisciplina.

El armamento que anteriormente se guardaba en el castillo, habia desaparecido entre los paisanos, ávidos todos de poseer un fusil con que hacerse respetar y defenderse, por lo que escaseaba á punto de no poderse facilitar á los veteranos que habian tenido que abandonarlo en su desercion. Sólo abundaba la artillería, áun cuando toda de campaña, procedente del ejército del Rosellon al tiempo de hacerse la paz en 1795. Pero hacian falta municiones para su servicio como para el de la infantería, agotadas las que existian, más que por su gasto en las acciones anteriores, por el poco esmero que la imprevision de quienes no conocian las necesidades, cadia dia crecientes de la guerra, ponia en su conservacion y economía.

La defensa de Zaragoza tenia, pues, que confiarse á poco más de unos 1.000 soldados veteranos de distintos cuerpos, sin los medios todos orgánicos que dan fuerza á la milicia, no pocos desprovistos de buenas armas, y á los 5 ó 6.000 voluntarios recien alistados en los tercios, sin municiones apénas, sin

disciplina ni confianza, siquiera, en sus jefes y oficiales, tan novicios, en su mayor parte, como ellos, en la ruda, larga y difícil carrera de las armas (1). Unos y otros se hallaban, sin embargo, animados del mayor entusiasmo por causa tan santa y por el que no podia ménos de infundirles con su ejemplo la muchedumbre de todas clases, edades y sexos que, aún inerme, ofrecia Zaragoza en holocausto á los objetos de su veneracion y cariño, amenazados por un extranjero que hasta entónces no habia dado muestra alguna de querer respetarlos (2).

Si al general Lefebvre no le era dable conocer la situacion de Zaragoza con la exactitud con que acabamos de describirla, no debia tampoco ignorar sus condiciones más esenciales. Los combates que acababa de reñir, tan sin daño por su parte, le harian desechar todo temor respecto de los soldados que tenia á su frente; y las degracias que habia hecho experimentar á los aragoneses le inspirarian la confianza de no encontrar resistencia en otros nuevos encuentros fuera ó dentro de las tapias de Zaragoza.

Lefebvre emprende la conquista de Zaragoza.

Así es que desde el momento en que avistó los puestos avanzados de nuestros compatriotas en el Canal, mandó á su vanguardia arrollarlos con el mayor ímpetu y perseguir á los defensores de cerca para penetrar con ellos en la ciudad, si es que los habitantes no le ofrecian expontánea y humildemente la entrada.

(1) Véase el apéndice núm. 1.°, que contiene el estado de fuerza en los primeros dias del sitio.

(2) «La situacion de Zaragoza, dice Schépeller, era desesperada; pero no para españoles.»

Esto sucedia ántes de las diez de la mañana del 15, y á pesar de que las tropas francesas desplegaron el vigor que las caracteriza, aumentado entónces con el orgullo de los triunfos anteriores, eran más de las doce cuando el acalorado Lefebvre preparaba sus columnas de ataque contra el cuerpo de la ciudad que descubria á su frente.

El puente de La Muela.

En el puente de La Muela, nuestra artillería y los fusileros habian demostrado valor y no escasa actividad. Sólo despues de media hora de fuego continuado y mortífero, al observar en los franceses movimientos de flanco que iban á hacer muy comprometida la posicion avanzada que ocupaban, sus jefes D. Antonio y D. Gerónimo Torres y con ellos D. José Obispo, creyeron deber abandonar el puesto. Clavadas las piezas por los artilleros, los dos hermanos Torres y Obispo se dirigieron á la Casa-blanca que suponian atacada inmediatamente despues por los enemigos.

La Casa-blanca.

Mayor allí el número de los defensores, y más propia la situacion para una resistencia obstinada, los aragoneses la prolongaron por cerca de dos horas, no cediendo sino á una superioridad que no les era dado contrarestar. Los soldados de Obispo y los fusileros que se habian situado á la derecha de la posicion, rompieron de nuevo el fuego al aproximarse los franceses. No satisfechos con ésto, y viéndose apoyados por las dos piezas que cubrian la Casablanca con un fuego violento, dirigido con el mayor acierto por el capitan de artillería D. Ignacio Lopez Pinto, hicieron avanzar sus guerrillas hasta el cajero mismo del canal, donde dos de los voluntarios,

adelantándose á sus camaradas, dieron muerte á un oficial francés de Ingenieros ocupado en reconocer el terreno. Por fin, aumentando el número de los enemigos y fuera de combate las dos piezas, tras graves pérdidas del francés y una detencion de cerca de dos horas para reunir y poner en accion los medios necesarios á vencer resistencia tan tenaz, hubieron los nuestros de ceder el puesto al abrigo de sus tiradores y de otras dos piezas que se llevaron de Torrero en relevo de las inutilizadas por su propio fuego y el de los varios cañones que el enemigo estableció á su frente. Los hermanos Torres se retiraron hácia la ciudad, herido el D. Antonio por un paisano rebelde á sus amonestaciones; y, con ellos, lo verificaron los Guardias de Corps, jefes del puesto, pero guardando la formacion de sus soldados y conteniendo siempre la marcha de los franceses por los olivares y viñedos del camino. Obispo se replegó sobre S. José para unirse al marqués de Lazan, con quien le veremos muy pronto en marcha á puntos más distantes.

Los franceses, sin ocuparse de Torrero, hácia el que sólo pusieron en observacion algunos destacamentos, emprendieron el seguimiento de los fusileros, ansiosos de llegar á la ciudad y acometer su conquista.

«Entretanto, dice el marqués de Lazan: (1) los »habitantes de Zaragoza que vieron detenido el ím»petu del ejército enemigo por espacio de tres horas

(1) «Primera campaña del verano de 1808 en los Reinos de Aragon y Navarra.»

»en los puntos dichos del puente de La Muela y Ca»sa-blanca, se entusiasmaron más y más en la de»fensa de la ciudad.»

Prision de Sangenis.

Y como era imposible que á ese entusiasmo se mezclara en las masas de un pueblo tan vehemente como el zaragozano, el espíritu de órden, sólo asequible en colectividades regidas por una disciplina rigurosa, la licencia se elevó á la par que arreciaba y se hacia inminente el peligro de la invasion. El sargento mayor de ingenieros D. Antonio Sangenis que la noche anterior y durante las primeras horas de aquella mañana se habia ocupado en reconocer el perímetro de la ciudad para construir algunas obras de defensa, fué preso por la multitud que pretendió acusarle de traicion; y el Ayuntamiento que, por acuerdo anterior, se reunia á las dos de la tarde con las personas más distinguidas é influyentes de la poblacion para resolver lo más conveniente en circunstancias tan difíciles, era despedido de la sala de sus sesiones, dejando el puesto á los que se proponian defender el edificio desde sus balcones y ventanas. El paisanaje habia extraido del castillo el tren de artillería aparcado en él; y era necesario recurrir á los sacerdotes, mejor que á los regidores y á los oficiales del ejército, para lograr que las piezas fuesen conducidas á puntos más propios á la defensa que las plazas en que aquel las habia establecido. Sólo habia en Zaragoza una persona que infundiera respeto á la vez que el cariño suficientes á regir aquel pueblo.

Salida de Palafox.

Esa persona era la autoridad superior del Reino, un capitan general, más aún, D. José Palafox y

Melci; pero el estudio de la situacion militar de Zaragoza y cálculos de prudencia sobre el carácter de su mision en aquellas circunstancias como tal autoridad, le habian movido horas ántes á buscar en otros puntos la satisfaccion de sus compromisos con el pueblo aragonés y con la nacion entera.

Ha habido quien acuse á Palafox por el abandono en que en momentos tan críticos dejara á Zaragoza. Nosotros no sólo le disculpamos, sino que nos atrevemos á aprobar su conducta, justificada por sucesos que no podian ménos de ofrecerse á la prevision de un hombre medianamente versado en las cosas de la guerra.

Rota y dispersa tan fácilmente la masa de paisanos que constituia la casi totalidad de su ejército, poco ó nada debia esperar Palafox de los habitantes de Zaragoza, cuya parte útil para la defensa acababa de llegar vencida, desmoralizada, exánime de la triste jornada de Alagon. De las tropas, sólo una fuerza escasísima podia entrar en fuego, la que gobernaba el mayor Marcó del Pont, y esa no probada en la guerra, sin el completo de sus oficiales y sin su organizacion ordinaria. El resto de los veteranos, maltratado en aquella brevísima campaña, ni ofrecia solidez para un nuevo choque con los franceses ni áun esperanzas de la suficiente disciplina para una resistencia tenaz al abrigo de las casas ó de las tapias de la ciudad. Podia contar con unos 100 dragones del Rey, de los que se habian batido en Mallen y Alagon; pero penetrados de su impotencia ante la fuerte masa de caballería que conducia Lefebvre y viéndose sin apoyo en aquel ejército

allegadizo é informe, pocos fueron los que quedaron en la ciudad, alejándose los demás de ella, llevados de su propio instinto militar, hácia donde las noticias suponian verificarse la reunion de las tropas fugitivas de las plazas ocupadas por los franceses.

El general Palafox veia en el pueblo zaragozano grande entusiasmo, pero confundido en el desórden y en el tumulto de las pasiones más exageradas, de los más contradictorios y hasta absurdos proyectos. ¿Debia esperar, de consiguiente, que surgiese de entre ellos la unánime y enérgica resolucion de defender la ciudad hasta dar el ejemplo más insigne de una resistencia popular?

Ese es el privilegio de las masas, que desorientan á los sábios y prudentes con la tiniebla cahótica en que las envuelve la indisciplina innata en ellas y sorprenden despues á todos con la luz salvadora que de ellas emana, cuando son nobles y puros los elementos revolucionarios que las agitan. «La resolu»cion de defender á Zaragoza, ha dicho un eminente »escritor francés, no fué el efecto de un plan combi»nado por las autoridades militares ó civiles: la his»toria atribuirá la gloria de toda ella á esa poblacion »leal y generosa que, por su instinto sublime, adi»vinó su fuerza y no dudó en sacrificar sus intereses »particulares á la más santa de las causas.» (1)

Pero áun vislumbrando aquella luz en la oscuridad, ¿qué era más prudente y útil, el luchar inmediatamente, cuando no era posible dar una direccion respetada á la resistencia, ó el proporcionarla recursos y medios con que hacerla afortunada?

(1) El general Foy.

Para comprender la resolucion de Palafox es necesario trasladarse con la imaginacion á aquel foco de pasiones donde el peligro de una invasion inmediata y el dolor y la rábia de ver muy pronto atropelladas las cosas más venerandas y violentados los séres más queridos agitan y mueven ánimos, ya de por sí inflamables y levantiscos, pero inhabilitando toda accion metódica, ordenada, provechosa al objeto militar de una autoridad responsable del éxito de empresa tan importante como la encomendada al general Palafox.

Tras las vacilaciones consiguientes á su posicion y al cariño que profesaba á aquel pueblo que tanta confianza habia depositado en él, Palafox se resolvió, por fin, á buscar, como ya hemos dicho, en otros puntos la satisfaccion de sus compromisos; y, alejándose de Zaragoza para repasar el Ebro hácia Pina, se dirigió á Belchite donde se establecia aquella misma noche. (1)

---

(1) El marqués de Lazan da así razon de la salida de su hermano:

«No podian, dice, ciertamente el entusiasmo, valor y buena fé »de los zaragozanos, ni tampoco su obediencia y confianza en las »autoridades que les mandaban, salir fiadores de la victoria, de»pendiendo ésta únicamente de los medios para lograrla, de los que »se carecia; por lo mismo, el capitan general, hallándose sin tropas, »no pudo jamás esperar en la defensa de una ciudad abierta, cu»yas fortificaciones eran ningunas y cuyos defensores eran paisanos »inexpertos en el arte de la guerra, mayormente en contra de las »tropas enemigas que venian arrollándolo todo y que despues de »haber derrotado nuestro ejército en Tudela, Mallen y Alagon, »acababan de apoderarse de los dos puntos avanzados del puente »de La Muela y Casa-blanca, todo lo que les hacia tener una supe»rioridad efectiva á nosotros y, al mismo tiempo, una confianza »decidida en el ataque, considerándonos absolutamente despro»vistos de toda clase de medios para hacerles resistencia. Nuestra »caballería, que consistia en el regimiento de dragones del Rey, (el »cual habia venido de Madrid muy falto de hombres y caballos y

La salida del general Palafox fué sigilosa y pasó desatendida durante el combate de aquel dia, cuidando el teniente-rey D. Vicente Bustamante, á quien habia entregado el mando, y las autoridades civiles, á quienes éste comunicó inmediatamente suceso tan trascendental, de que no se trasluciese por el pueblo en aquellos momentos supremos y decisivos.

Con la evasion de Palafox coincidió el ataque de los franceses á la Casa-blanca, tan gallardamente resistido por las avanzadas aragonesas. Aquel suceso que dió por resultado indudable la decision del pueblo y la victoria de las Eras, fué como el *mentís* dado por los zaragozanos á la opinion de Palafox respecto á su valor y entusiasmo: los posteriores que hicieron vanos los intentos del enemigo, é inútil la acumulacion sucesiva de tropas y de material de guerra, fueron á su vez consecuencia gloriosa de la prevision del general que distrayendo, primero, á los sitiadores, abasteciendo, despues, la ciu-

»se estaba organizando en Zaragoza) apénas pudo formarse en número de 100 caballos útiles, y esto reuniendo los dispersos de los ataques de Mallen y Alagon; pero como no tenian punto alguno de apoyo ni podian resistir sólos á las fuerzas francesas que iban á atacar ya la ciudad, desampararon ésta dirigiéndose en retirada por el camino de Cariñena hácia Valencia, cuyo mal ejemplo siguieron varios oficiales y soldados veteranos que desconfiaron de la empresa; por manera que nada podia lisonjear del buen éxito, por lo que el capitan general, considerando que si permanecia en la ciudad se exponia á perderlo todo, y que siendo jefe de todo el reino de Aragon podria hacérsele un cargo sobre esto, determinó trasladar el cuartel general y el Estado Mayor á la villa de Belchite, con ánimo de reunir allí á toda la tropa dispersa y volver á formar el pié del ejército de Aragon. Me comunicó él mismo esta órden como á todos los demás que debian seguirle, y dejando el mando de las armas en Zaragoza al teniente-rey de aquella plaza D. Vicente Bustamante, tomó el camino de Belchite.»

dad de víveres y municiones, y reforzándola, por fin, con tropas y con su misma presencia, contribuyó poderosamente á su mantenimiento y libertad. (1)

Accion de las Eras.

Ya hemos dicho que eran más de las doce del dia cuando el general Lefebvre pudo disponer sus tropas para el ataque de la ciudad. El fuego de los que se retiraban de la Casa-blanca y el de algunos paisanos y reclutas, á las órdenes del capitan D. José Laviña, que habian salido de Zaragoza y encontrándose con una avanzada de caballería enemiga, iba conteniendo á los franceses que marchaban lentamente por entre las torres, olivares y viñedos de la llanura.

Lefebvre con la masa de sus tropas se detuvo junto á la torre de Escartin, á cosa de un kilómetro de la ciudad, donde preparó tres columnas de ataque para dirigirlas á las tres puertas de Santa Engracia, el Cármen y el Portillo que tenia á su frente.

No se habian ocupado militarmente, segun ántes digimos, los conventos de Agustinos, Trinitarios y Capuchinos que descollaban á vanguardia de las tres puertas mencionadas, y desde los cuales se podia dominar y enfilar la marcha de las columnas francesas. Los *defensores*, como en aquel dia empezaron á llamarse por autonomasía los de Zaragoza, se descubrian en las puertas y tapias del recinto ó coronando los edificios interiores de la ciudad. Una parte, sin embargo, considerable de ellos, llevados de su ardor marcial, se habian adelantado en una línea pa-

(1) Del tiroteo sostenido por algunos paisanos y soldados desbandados al presentarse los franceses, hace Toreno nacer la defensa de Zaragoza.

ralela á la tapia que media entre el Portillo y el Cármen; pero á la aproximacion de los franceses se acogieron á las puertas y tapia de la Misericordia, desde la que rompieron inmediatamente el fuego.

La columna francesa de la izquierda pudo desde aquel momento y sin obstáculo dirigirse al Portillo, procurando desenfilarse de la Aljafería que dejaba sobre aquel mismo flanco.

Los artilleros del Portillo hicieron oir entónces el estruendo pavoroso de sus cañones, al que no tardó en unirse el de la artillería de la puerta del Cármen como para anunciar á Zaragoza el principio de su hazañosa resistencia. La poblacion toda, envuelta en el desórden y devorada por la licencia de momentos tales, se conmovió al escuchar aquel estampido présago de muerte, y como en vortiginoso movimiento empezó á girar por plazas y calles, aturdiendo el aire con sus alaridos é imprecaciones, para trasladarse al fin al campo de batalla; los valientes con armas, los inermes con municiones y vituallas y refrescos, los ancianos, las mujeres y los religiosos con sus oraciones y simpatías. (1)

El capitan Cerezo que, al abandonarse la Casablanca, habia corrido á cubrir la posicion de Torrero y, viendo que no era atacada, se habia trasladado á la Aljafería para reforzar su guarnicion, aparece en el Portillo con su improvisada compañía al lado de

(1) El fuego debió empezar un poco ántes de las dos de la tarde. Era la hora á que se habian citado los regidores y personas más distinguidas del pais en el Ayuntamiento, quienes ántes de ponerse á deliberar sobre la resolucion más conveniente, tuvieron que evacuar el local para que lo ocupasen los defensores.

su hermano D. Manuel que, á su vez, acababa de acuadrillar una porcion de voluntarios que habian jurado obedecerle. Un sacerdote dignísimo, D. Santiago Sas, se pesenta tambien en aquel punto de peligro y, exortando á sus conciudadanos y animándolos con el ejemplo de su valor temerario, logra formar á retaguardia de las piezas una masa considerable de hombres dispuestos á toda clase de sacrificios para rechazar á los injustos provocadores de su ira. Un teniente retirado, D. Luciano Tornos, preso como Sangenis por sospecharse de su patriotismo, nuevo García de Paredes, rompe las puertas de su calabozo y, con un tambor al lado, asoma al poco tiempo capitaneando un número considerable de paisanos al frente del enemigo; y paisanos y militares, próceres y menestrales, clérigos y hasta mujeres, acuden á las puertas y á las tapias, á los balcones y tejados; unos para pelear, otros para ayudar á los combatientes llevándoles cartuchos y hasta arrastrando cañones de otros puntos ménos amenazados, y todos, en fin, para contribuir, en cuanto puedan, á defender la pátria comun. ¡Cuadro sublime que no podria ménos de coronar la Fortuna con el laurel de la Victoria, y que habia de enseñar á las generaciones sucesivas lo que alcanzan el patriotismo y el santo fuego de la independencia y de la libertad abrigado en pechos generosos!

El cañonazo que en Zaragoza habia producido tanta alarma, conmovió á su vez á los franceses que marchaban al ataque del Portillo. No esperaban, sin duda, encontrar resistencia y mucho ménos un fuego tan certero; porque, al recibirlo, se detuvieron

primero y, luego, se acogieron á espaldas del convento de Agustinos con que venian cubriéndose del castillo.

Cerezo quiso perseguirlos; pero, escarmentado con la desgracia de algunos de sus nuevos subordinados y la muerte de uno de sus hijos, retrocedió á la puerta. La columna francesa atacó entónces el cuartel de caballería; y áun cuando despues de grandes esfuerzos y no escasas pérdidas lograron algunos soldados escalar la tapia y penetrar en el edificio, el teniente Tornos, sin embargo, y el coronel de caballería D. Mariano Renovales, otro de los héroes de Zaragoza que tambien habia tomado parte en la defensa de Casa-blanca, fueron con su gente arrojando á los que no lograron sacrificar en el interior del cuartel. Aún se cruzó el fuego de la columna y el de su artillería con el de los cañones del Portillo y el de los voluntarios de Cerezo y de Sas; pero ante la evidencia de la inutilidad de sus esfuerzos, se concentró al fin para mantenerse á distancia en observacion del resultado que obtenian las otras columnas.

No fué más afortunada la del centro en su ataque á la Puerta del Cármen.

Cubierta por sus cazadores, avanzó á paso de carga al apoyo de su retaguardia y de la artillería situadas en puntos eminentes para no ofenderla con su fuego. Los zaragozanos resistieron el choque bravamente; y áun cuando las guerrillas francesas llegaron á las bocas de las piezas y dieron muerte á varios de los artilleros que las servian, no tardaron en ser rechazadas y en retroceder con la columna,

despedida con estridente algazara por los vencedores. Reemplazando los artilleros con ignorantes é inexpertos paisanos y burlándose del fuego de la artillería francesa, cuyos proyectiles pasaban muy por encima de sus cabezas, los defensores de la puerta del Cármen se vieron en pocos instantes libres de la presencia de sus enemigos diezmados por las balas y corridos de su vencimiento.

Entretanto la columna de la derecha maniobraba para apoderarse de la puerta de Santa Engracia. A su aproximacion, fueron retiradas del puente del Huerva las dos piezas que digimos habian sido situadas en él. Desde el olivar bajo, plantado al pié de la torre del Pino, junto al convento de Capuchinos en el cual se estableció para evitar los fuegos de nuestra artillería, la columna francesa lanzó á la puerta algunas compañías que inutilizaron la batería española, y un escuadron de lanceros que, arrollándolo todo, penetró en la ciudad y se dirigió á toda rienda hácia la puerta del Cármen y cuartel de caballería, con el objeto, sin duda, de abrir paso á las otras dos columnas. En la rapidez de su carrera y en la ignorancia de los sitios, llegaron los jinetes franceses á la plaza del Portillo, donde la nube de paisanos que los iba persiguiendo y los defensores de los puestos inmediatos acabaron con la mayor parte de ellos, miéntras el resto huia á buscar salida por donde habian logrado penetrar.

Los de Santa Engracia no pudieron mantenerse tampoco en la batería tan arrebatadamente conquistada. Abrumados por la lluvia de proyectiles que sobre ellos hacian caer los zaragozanos desde el con-

vento y las casas que dominan aquella entrada, tuvieron que abandonarla sin que bastase á impedirlo el grueso de la columna que, el salir del olivar, se hacia blanco de los fuegos cruzados de la puerta del Cármen, de la torre del Pino y de las aspilleras todas abiertas en las tapias inmediatas.

Lefebvre no cesaba de ordenar ataques, resistiéndose á creer que con puertas abiertas y con paisanos por defensores se pudiera impedir el establecimiento de algunas de sus columnas en el interior ó en un punto cualquiera del recinto. Todos ellos fueron rechazados, y á media tarde ni un sólo francés habia conseguido salvar impunemente el perímetro de la ciudad heróica.

Uno de esos ataques habia estado, con todo, á punto de obtener éxito. El cuartel de caballería, invadido de nuevo, lo habia sido ahora por fuerzas más respetables que estuvieron ya para desembocar junto á la plaza de toros. Pero al rumor de peligro tan grave, acude la multitud que cubria los puestos imediatos, y el cuartel de caballería se hace teatro de una lucha personal y hasta salvaje. Cada aposento se convierte en campo de batalla; y escaleras, patios y corredores son disputados con el más feroz encarnizamiento. Al poco tiempo, los invasores, cansados de un combate en que ningun fruto pueden sacar de su disciplina y temiendo verse envueltos por el número, á cada instante mayor, de los zaragozanos, se deciden á abandonar aquel edificio teñido de la sangre de sus más bravos camaradas.

En la puerta de Santa Engracia la accion habia ofrecido peripecias más variadas y aún más intere-

santes. La columna francesa situada en el olivar entre el Huerva y el convento de Capuchinos, azotada por los fuegos de la torre del Pino que la dominaban, se presenta de nuevo en el paseo que conduce á la puerta. No es espacioso el sitio, limitado entre la tapia y el Huerva, paralelo á ella, y al descubierto del fuego del monasterio; mas tan impetuosamente cargaban los franceses que los defensores de la puerta estuvieron á punto de abandonarla. Esta vez, sin embargo, no lograron como la anterior desalojar á los paisanos de la batería. La aparicion, puede decirse que providencial, de unos pocos artilleros que en momentos tan críticos tomaron puesto junto á las piezas; la energía de un labrador que con algunos parroquianos de San Pablo habia logrado arrastrar hasta allí dos de ellas, y la actividad incansable del coronel Renovales que, lo mismo en la torre del Pino que momentos despues en la batería de Santa Engracia, no cesaba de ofender y hostigar á los enemigos, hicieron inútiles los esfuerzos de éstos y estériles sus sacrificios. Viéndose impotentes para allanar el obstáculo que se les oponia, establecieron una pieza que lo batiese y llamaron alguna fuerza de caballería para que aprovechara el resultado que esperaban del fuego que rompió aquella inmediatamente. Todo en vano: nuestros artilleros con sus piezas y Zamoray y Renovales con sus paisanos contestaron victoriosamente al fuego de la columna y contuvieron á los jinetes, ya bastante escarmentados en la carga anterior. Retrocedieron de nuevo los franceses, con lo cual, envalentonados los nuestros y ayudados de los que defendian la puerta del Cármen, persi-

guieron la columna hasta sus primeras posiciones.

Aun cuando hacia muchas horas que se estaba peleando, próximo el sol al trópico, era larga la tarde y aún quedaba espacio para hacer un postrer esfuerzo. Los ataques anteriores habian adolecido de cierto aislamiento que permitia á los defensores acudir de un punto á otro de los invadidos; y Lefebvre, que debió observarlo, dispuso uno general y simultáneo á los mismos puntos y al castillo de la Aljafería observado, pero no combatido, hasta entónces.

La acometida fué terrible; arrebatadas las tropas francesas de la ira del combate y del rubor de un vencimiento tan inesperado, cargaron con la mayor resolucion. Los que atacaron al castillo, hubieron muy pronto de cejar envueltos en la metralla que de todas partes les arrojaba nuestra artillería, dirigida en el castillo por un oficial del arma, sobrino del general Guillelmi, preso como él en la fortaleza y que quiso demostrar en tal ocasion que no cedia á nadie en patriotismo y bizarría. En la puerta del Portillo estuvieron ya los enemigos para establecerse, haciendo retroceder á los paisanos que la defendian. Fué por tercera vez invadido el cuartel de caballería, y en la puerta del Cármen un batallon francés del 70 de línea cerró con los nuestros y hasta logró arrojarlos al interior de la ciudad. Los polacos, en fin, pudieron vanagloriarse de haber ganado de nuevo la puerta de Santa Engracia. En tales momentos, que bien pudieran llamarse supremos para los zaragozanos, áun manteniéndose en los puestos inmediatos y ofendiendo á sus enemigos desde las ventanas y tejados de las casas, así como

desde las encrucijadas todas de las calles que desembocan á los puntos invadidos, apareció, como enviada por el cielo, la fuerza que regia el mayor Marcó del Pont en las alturas de San Gregorio junto al arrabal. Con esa fuerza, que se componia de unos pocos voluntarios de Cataluña, se presentó tambien un número considerable de paisanos que conducian á brazo una pieza de batalla. Este refuerzo, áun subdividido en tantas fracciones como puntos eran los atacados y en peligro, reanimó á los defensores que, ayudados de todo el vecindario inmediato al campo de batalla, tomó á su vez la ofensiva con el mayor entusiasmo. El Portillo y el cuartel de caballería fueron recuperados; el 70 de línea, que ya iba tomando posiciones hácia el interior, tuvo que abandonarlas y evacuar inmediatamente despues la puerta del Cármen; y los lanceros polacos, acribillados desde las galerías de Santa Engracia, envueltos y acosados de cerca por los paisanos de Renovales, tuvieron que acogerse al abrigado olivar de los Capuchinos. Toda la línea francesa retrocedió casi á la vez y, no considerándose á salvo en las posiciones de que habian partido las columnas en sus repetidos ataques, fatigada ya y sin aliento ante nuestros valientes que corrian trasella á completar la victoria, abandonó toda la llanura occidental de Zaragoza para acogerse á las alturas de Santa Bárbara, fuera ya del alcance de los cañones de la ciudad y del castillo.

Pérdidas de uno y otro lado.

Las pérdidas del ejército francés consistian en 700 hombres muertos y 30 prisioneros, en 6 piezas de artillería que no pudo retirar y varios trofeos mi-

litares que fueron paseados triunfalmente por la ciudad. (1) Las de los zaragozanos se redujeron á 300 hombres, la mayor parte heridos, entre los cuales algunos de los jefes y oficiales que voluntariamente habian tomado parte en el combate.

Efecto de la accion de las Eras.

La accion de las *Eras*, con cuyo nombre es conocida la del 15 de Junio, por haber sido las llamadas *del Rey*, entre las puertas del Cármen y del Portillo, el teatro principal de la lucha, puede considerarse como el prólogo de la defensa que inmortalizó á la ciudad aragonesa. (2)

Un nuevo nombre, el de Zaragoza, se anuncia desde aquel dia á aquellos de nuestros compatriotas que, al escuchar los de Astapa y Numancia y Calahorra, sienten conmoverse dentro del pecho las fibras todas del patriotismo español. La generacion presente lo repitirá con orgullo, y las futuras buscarán en su recuerdo el resorte más vigoroso para hacer saltar las chispas de la ira nacional provocada por la ambicion del extranjero.

---

(1) Entre esos trofeos debe contarse una bandera, puesto que existe un oficio de D. Antonio Alcoberro, capitan de una compañía suelta, pidiendo al *Expethor* General (sic) que le dejen en su compañía á Narciso Lasbadia que le ayudó en el ataque del dia 15, «no sólo, dice, en la bandera francesa que *hoqupé*, sino tambien que me auxilió para *ber* donde se habian *rretirado* los franceses despues del ataque.» (Archivo del Sr. Duque de Zaragoza.)

(2) Belmas y Victorias y Conquistas refieren, aunque muy sucintamente, la accion de las Eras. Thiers, tan imparcial como siempre, lo relata del modo siguiente: «Así desde que el general »Lefebvre apareció ante sus murallas (las de Zaragoza) con su pe»queña fuerza, la vió llena hasta en los tejados de una inmensa »poblacion de furiosos y oyó partir de todas partes una granizada »increible de balas. Fuéle necesario detenerse, porque su prin»cipal fuerza consistia en caballería y no llevaba más artillería »que 6 piezas de á cuatro.»

Dejemos esa ciudad y dejemos á ese pueblo magnánimo prepararse á la resistencia contra los medios poderosos que va á reunir el general encargado de la conquista de Aragon, y pasemos á otros puntos, combatidos tambien del enemigo y donde, como en la ciudad del Ebro, van á estrellarse su valor y su pericia.

Para llevar á ejecucion la parte del plan general que le correspondia, Duhesme hizo partir de Barcelona las dos columnas que debian operar en combinacion con Lefebvre y Moncey, y unirse á ellos á la vista de Zaragoza y de Valencia. Las dos salieron de la capital del Principado el 4 de Junio: la primera, á las órdenes del general Schwartz, compuesta de 3.800 hombres de todas armas con dos piezas de campaña, tomó la direccion de Manresa; y la segunda, que procedente de Mataró habia sido reforzada aquella mañana hasta reunir 4.200 hombres y 4 piezas, marchó hácia Tarragona, llevando á su cabeza al general de division Chabran, acompañado de los de brigada Goulas y Bessières. Schwartz debia destruir los molinos de pólvora de Manresa é imponer á los habitantes una fuerte contribucion; ocupar Lérida, si lo creia posible, dejando en su castillo una guarnicion de 500 hombres, cuya falta compensaria con los destacamentos de suizos existentes en la plaza, y, despues de hacer efectiva otra contribucion, proseguir á Bujaraloz, donde pliegos, que debia abrir allí, le señalarian las operaciones sucesivas para reunirse á Lefebvre que el 19, á más tardar, se encontraria al frente de Zaragoza. Chabran llevaba la mision de apoderarse de Tarragona, que dejaria guar-

Operaciones en Cataluña.

necida con 1.000 infantes, incorporando en cambio á la division el regimiento suizo de Wimpffen acantonado allí con fuerza aún superior, con el que proseguiria su marcha á Tortosa y Valencia, abriendo en Nules el pliego en que se le prescribian los movimientos que habia de ejecutar para reunirse á Moncey á las puertas de Valencia. Aunque secretas, como es de suponer, estas instrucciones, eran fáciles de adivinar por quien estuviese al corriente de los sucesos de Cataluña; asi es que ámbas columnas salieron precedidas de una nube de agentes catalanes que fueron anunciando por las poblaciones la marcha de los franceses y el castigo que trataban de imponer á los habitantes por su conducta valerosa y patriótica.

Primera accion del Bruch.

La vanguardia de Schwartz entró en la tarde del mismo dia en Martorell, al son del somaten, incomprensible entónces para los franceses, y alojó los coraceros que la componian en un pequeño edificio llamado el *Piquet*, en que estaba acuartelada alguna fuerza del regimiento de caballería de Borbon que se repartió por la villa, no sin rubor de sus individuos y despecho de los habitantes. El resto de la division no llegó á Martorell hasta la mañana del dia siguiente, detenido por un copioso aguacero que, continuando despues á intervalos, fué como un favor del cielo para nuestros compatriotas que así tuvieron tiempo de prepararse á la defensa.

Schwartz prosiguió su marcha al amanecer del 6, sin que al paso por los pueblos del tránsito descubriera síntoma alguno que le hiciese sospechar intencion de resistirle. Así, lleno de una confianza

ciega que le hizo descuidar las precauciones más comunes en la guerra, dejó á su espalda Esparraguera, cuyo Baile habia sido el primero en difundir la alarma por los pueblos vecinos, y despues de pararse unas horas en Colbató por efecto del temporal, llegó al Bruch, reunion de aldeas ó mejor de caseríos, cerca ya del punto de separacion del camino de Manresa del de Zaragoza y Madrid.

Descripcion del terreno

Va la carretera ganando por una de las ramificaciones del Montserrat la divisoria entre el Llobregat y la Noya, su afluente junto á Matorrell, para descender despues á Igualada y continuar á Cervera y Lérida. A un kilómetro del Bruch-de-arriba, se encuentra el empalme de los caminos, dirigiéndose el de Manresa á la divisoria mencionada que cruza por un collado entre la cumbre ya de la santa montaña empinada, abrupta y con todo el carácter dentado que la da nombre, y unas lomas que inmediatamente se deprimen al S. en ásperas barrancadas que llevan sus aguas torrenciales á la Noya por la vasta llanura que se mira al pié. El terreno se halla junto al camino, lo mismo que en las faldas de Montserrat, salpicado de arbustos que distraen la monotonia de la capa de rocas que en general constituye la montaña; pero cerca del entronque de los caminos, y ya en la pendiente á Casa-Masana, caserío notable que se descubre junto al collado en punto eminente y como atalayando la red de comunicaciones que se reparten para Igualada, Manresa, Barcelona y el monasterio que se oculta entre los picos de Monserrat, existia un pequeño bosque de pinos ofreciendo guarida á quien, sin temor á ser descubierto,

se propusiera observar todo aquel territorio. Todas estas circunstancias, y varias otras á que haremos referencia cuando vayamos á narrar sucesos, si no tan gloriosos, de mayor importancia militar, movieron á los manresanos á buscar en el Bruch la defensa de sus hogares, seguros de que el instinto guerrero de sus paisanos y el espíritu de fraternidad entre ellos, habia de llevarlos á pelear en el mismo sitio, á la vista de la sacratísima imágen, objeto del amor y de la veneracion de todos.

Los defensores del Bruch.

Pocos eran los de Manresa, y no todos iban armados de fusiles, por carecer de ellos un país en que desde la guerra de Sucesion se observaba con todo rigor la ley que prohibia el uso de cuanto objeto pudiese ofrecer carácter de resistencia. Escascaban además las municiones, segun digimos al describir el alzamiento, reduciéndose los proyectiles á muy pocas balas de plomo, algunas de estaño y á trozos cortados de varillas de cortinas que se habian podido aprovechar por su diámetro ó calibre. Pero enardecidos por su entusiasmo y confiando en la ayuda de sus vecinos, llámados á resistir con ellos la opresora dominacion del extranjero, esperaban, si no alcanzar una victoria tan señalada como la que les deparó la fortuna, hacer comprender de nuevo á los franceses que no impunemente se hollaban las montañas de Cataluña. Una vez en el Bruch, ninguna posicion mejor que el bosque de pinos de que ántes hemos hecho mencion, porque en él, no sólo eludian la observacion de los franceses al subir á Casa-Masana, sino que ocultaban el corto número y la falta de organizacion y de armamento de los que se aprestaban

á impedirles el tránsito. Apostáronse, pues, en el pinar los manresanos en número muy corto de hombres armados, miéntras que el son del somaten que se escuchaba en todos los pueblos de la comarca atraia más gente que combatiese en tan desigual pero glorioso trance. (1)

Ya hemos dicho que los franceses llegaron al Bruch, sin apercibirse de que se pensara en detenerles en su marcha. Deseosos de recobrar el tiempo perdido en Colbató, siguieron inmediatamente el movimiento; pero al llegar á la primera de las varias revueltas que da el camino sobre el borde de un hondo barranco que cae al Sur y en el lomo por donde se abre el camino á Casa-Masana, el fuego de una descarga que salia del pinar próximo y que hizo morder el suelo á algunos coraceros, obligó á los demás de la vanguardia á recojerse al cuerpo de la division, seguidos de las balas que cada vez con más ímpetu les enviaban los catalanes desde su abrigo.

Schwartz, admirado de que haya quien en campo abierto trate de oponérsele, se detiene un momento para reconocer la posicion del enemigo y la suya propia, inobservadas hasta entónces por exceso de confianza. No podia presumir fuese tan corto como era el número de los montañeses que tenia delante, y mucho ménos el de las armas con que habian hecho fuego á su vanguardia y, á pesar de que la calidad de los proyectiles, por lo mismo que traspasaban con tanto extrago los petos de los corace-

---

(1) Ferrer en su «Barcelona cautiva,» dice que eran 50 ó 60 los armados con fusiles.

ros, debia hacerle comprender que no tenia que habérselas con tropas regladas, provistas, como es natural, de verdaderas municiones de guerra, la idea que repentinamente asaltó su imaginacion de que no se atreverian paisanos solos á acometerle, si no se hallaran apoyados por el regimiento de Extremadura, acantonado en Tárrega desde que los leridanos le negaron la entrada en su ciudad, le hizo más cáuto aún de lo que debia serlo en el combate que iba á emprender.

Retroceden los españoles.

En tal concepto formó una columna de ataque y, haciéndola preceder y flanquear de una nube de tiradores, la dirigió contra los somatenes emboscados todavía en el pinar y las escabrosidades del terreno inmediato. Mal podian éstos resistir un ataque tan formal; así que aún defendiendo el terreno tenazmente y con un fuego todo lo nutrido que permitia la clase de armas que llevaban y la escasez de sus municiones, emprendieron la retirada, algunos hácia Igualada y el mayor número á Manresa, abandonando Casa-Masana que fué muy pronto ocupada por los imperiales.

La vista, al descubrir desde allí un dilatado y pintoresco panorama, se detiene en direccion de Manresa en una série de colinas cubiertas de monte bajo que va sorteando el camino, lo cual hace la ilusion de que aún esperan al viajero muchos y muy angostos desfiladeros que recorrer en las cuatro leguas que todavía faltan para llegar á aquella ciudad. A Schwartz pareció que el corto número de enemigos que acababa de desembocar en el Bruch, no podia ser más que la vanguardia de fuerzas su-

periores que intentarian impedirle despues el paso á Manresa, y creyó prudente dar descanso y rancho á las suyas para despues seguir la marcha. Detúvose, pues, cuando más necesaria era la actividad y más urgente la persecucion de los revoltosos que, entretanto, podrian rehacerse y áun recibir algun refuerzo.

Son reforzados por los de San Pedor y Sellent, y avanzan de nuevo.

Los manresanos, fuera ya del alcance de los enemigos, cesaron de su fuga en las revueltas del camino para reflexionar sobre el partido que debian seguir, cuando se les apareció el somaten de San Pedor compuesto de unos 100 hombres y seguido á corta distancia de otros 60 vecinos de Sellent, todos bien armados y hábiles tiradores. Envalentonados con esto los montañeses y obedeciendo á las señales de un tambor que venia al frente del somaten de San Pedor, y cuyo nombre y procedencia se ignora lastimosamente por haber sido como el general de aquella jornada, revolvieron sobre los franceses que habian quedado en Casa-Masana para observar el camino y cubrir el cuerpo de la division que tomaba tranquilamente el rancho en las inmediaciones todavía del Bruch. Acometidas tan de improviso y con ese ímpetu que distingue á los catalanes, las avanzadas francesas se retiraron precipitadamente seguidas de los somatenes que, como prácticos en aquel terreno, bajaron dándoles alcance y casi confundidos con ellas. Schwartz no tuvo tiempo para tomar otras disposiciones que la de formar con sus tropas un gran cuadro, temeroso de ser envuelto por las distintas direcciones de que sentia venir el fuego y por tropas que el sonido de la caja le hacia creer

fuesen de línea, pensamiento que, segun hemos dicho ántes, le embargaba desde el primer ataque de los montañeses. El fuego se hacia á cada instante más nutrido y próximo; aumentaba el número de bajas causadas por enemigos, puede decirse invisibles, guarecidos entre los arbustos y las rocas de la montaña; y considerando que, de seguir adelante, iba á tocar grandes dificultades y quizás perderse, Schwartz se resolvió á emprender la retirada hácia Barcelona.

Los franceses se retiran.

Lenta y ordenada en un principio por no tener los catalanes fuerzas suficientes para arrollar la compacta de los franceses, fué á cada momento haciéndose más difícil y embarazosa, segun á la voz de al-arma y al ruido del fuego, se iban reuniendo á los sublevados las gentes de los caseríos y pueblos inmediatos y los somatenes de Igualada y de toda la comarca, citados anteriormente para el Bruch.

Entra el desórden en sus filas.

Miéntras duró la luz de la tarde, que ya iba perdiéndose tras las montañas que descendian los franceses, recorrieron éstos en órden las dos leguas que median entre el Bruch y Esparraguera. Los catalanes los circuian completamente, no los dejaban de hostilizar un sólo momento; pero más suave á cada paso el terreno, les permitia el uso libre de sus piezas con las que imponian respeto y no dejaban acercarse al enemigo. El desórden empezó á manifestarse al querer los franceses atravesar Esparraguera, donde los habitantes habian interceptado con carros, maderos y toda clase de obstáculos, la larga calle, única de la villa, desde cuyas casas estaban preparados á lanzar cuantos proyectiles pudieran haber á las manos.

Anunciada al anochecer por medio de las campanas la entrada de los franceses en el pueblo, las ventanas y los terrados de las casas empezaron á vomitar fuego, piedras, líquidos hirvientes y hasta muebles que, matando á algunos de los primeros que penetraban, impusieron á los demás para no empeñarse en aquel tránsito que era en vano querer despejar de los obstáculos que en él se habian preparado. Schwartz, comprendiendo que ántes de desembarazar el paso se veria acosado por todos los que de tan cerca le seguian, dividió sus tropas en dos cuerpos que se corrieron por las afueras de Esparraguera, flanqueando por ámbos lados de la poblacion, con lo que en pocos minutos logró ganar de nuevo la carretera sin las graves pérdidas que de otro modo hubiera experimentado.

Sin embargo, su posicion se iba haciendo cada vez más crítica, y hubiera sido inevitable la pérdida total de su columna y su prision misma, si en Martorell y en los demás pueblos del camino hasta Molins de Rey los habitantes hubieran obrado de la manera enérgica que los de Esparraguera. Pero sólo al cruzar la riera de Abrera volvió la columna francesa á verse de nuevo en un peligro inminente. Los catalanes habian preparado con fogatas el hundimiento del puente para cuando debieran pasarlo las tropas y la artillería que llevaba Schwartz: y, efectivamente, al agolparse á él los franceses con la ansiedad y apresuramiento de quienes fundaban su única esperanza en poner aquel desfiladero entre ellos y los enemigos que tan encarnizadamente los perseguian, cayó el puente debilitado por el fuego,

y no sólo arrastró entre sus escombros algunos de los soldados, sino que impidió el tránsito de un cañon que á los pocos momentos caia en poder de los españoles. A pesar de este contratiempo, Schwartz pudo seguir su marcha, quizás con algun mayor desahogo por la detencion, aunque no larga de los somatenes en la izquierda de la Abrera.

Llegan derrotados á Molins de Rey.

Pero áun así, y áun no habiendo puesto obstáculos al paso de los franceses Martorell ni el país intermedio hasta Molins de Rey, donde ya podian considerarse salvos al abrigo de las tropas que Duhesme se habia apresurado á hacer marchar en su auxilio, la larga procesion de heridos y estropeados que fueron entrando en la noche del 7 en Barcelona, y el aspecto y desórden que ofrecian á la vista los dispersos que más se habian adelantado, revelaban el vencimiento y la derrota de aquella columna que con tanta arrogancia habia salido tres dias ántes, decidida á sujetar todo el país hasta Lérida y Zaragoza.

Duhesme trató en vano de disimular aquel descalabro y aún pintó como satisfactorio el estado de las dos ciudades á que se habian encaminado las columnas, en una comunicacion dirigida al conde de Espeleta, que vió la luz en el *Diario de Barcelona* del 8; toda la poblacion sabia la verdad ántes de leerla y se mofó de una superchería tan miserable como infructuosa. Hizo aún más; permitió que los cuerpos de la columna de Schwartz, ansiosos de represalias, se entregaran á toda clase de excesos en los pueblos inmediatos á San Felíu de Llobregat donde se habian acantonado. Los convoyes de car-

ros que penetraban en Barcelona llenos de los objetos robados, como para demostrar que las armas francesas caminaban por todas partes victoriosas, no revelaban, sin embargo, sino la parte menor de las crueldades que cometian aquellos soldados sedientos de sangre y de botin. Al saqueo de las casas seguia casi siempre el incendio y la perpetracion de las más brutales violencias, no siendo pocas veces los oficiales los que daban el ejemplo de actos de tan refinada depravacion. Y, sin embargo, con éstos y con el aparato de los despojos que seguian á aquellas tropas, se creia imponer al país y hasta convencer á sus habitantes de que la victoria habia coronado el plan que revelaba el movimiento retrógrado que así procuraban disimular.

Marcha de Chabran á Tarragona.

Desde Molins de Rey donde debian separarse las dos columnas destinadas á Zaragoza y Valencia, la de Chabran tomó el camino de Tarragona, por cuyas puertas entró sin oposicion en la tarde del 7 de Junio.

La provincia, como su capital, se hallaban conmovidas con las noticias de la sublevacion de Valencia y la de las inmediatas plazas de Tortosa y Lérida; pero indecisos todavía los habitantes sobre el partido que debian tomar, como lo estaban los regimientos de Wimpffen y de guardias españolas, de guarnicion, el primero, en Tarragona, y acantonado el segundo en Villafranca del Panadés, aunque animados del mejor espíritu, se mantenian en la inaccion sin asociarse á sus compatriotas ni poner, de consiguiente, en estado de defensa los muros de su ciudad.

Siguiendo Chabran las instrucciones de Duhesme, trató de incorporar á su division los suizos de Wimffen, que cortesmente se excusaron de hacerlo, pretextando su situacion excepcional y el deber de continuar en la pasiva en que se mantenian durante las circunstancias, á su parecer, transitorias en que se hallaba el país á cuyo servicio estaban. De haber continuado Chabran á Valencia, es más que probable que aquel regimiento hubiera tenido que seguirle; pero habiendo recibido el general francés una órden que Duhesme, á la primera noticia de la derrota de Schwartz, le habia dirigido para que retrocediese á Barcelona, lo dejó en Tarragona, donde á los pocos dias se pronunció en favor de España.

Vuelta á Barcelona.

Chabran salió de Tarragona en la madrugada del 9 por el camino mismo que habia llevado. No pudo, sin embargo, recorrerlo con la tranquilidad que dos dias ántes, encontrándolo ahora interceptado por los somatenes levantados en todos los pueblos de la comarca, á quienes la fama de lo sucedido en el Bruch habia impulsado á tomar las armas, deseosos de seguir tan glorioso como afortunado ejemplo.

El Panadés se hallaba todo en insurreccion, y 3 ó 4.000 paisanos, aunque mal armados y sin jefes, habian resuelto cortar las comunicaciones de la division que acababa de pasar con las tropas que quedaron en Barcelona. Como es natural, habian buscado la cooperacion de los Guardias españolas acantonados en Villafranca, cuya oficialidad, resistiéndose á reunir sus soldados á los indisciplinados de los insurrectos que acababan de sacrificar al gobernador del canton, D. Juan de Tuda, y á dos de sus

compañeros, fingieron salir al campo á tomar posiciones para el combate, y se evadieron hácia Tortosa en busca de tropas regulares con que combatir al enemigo comun. No así un destacamento de suizos de Wimpffen que en marcha para reunirse á su regimiento en Tarragona, creyéndole sin duda prisionero de los franceses, se unió á los sublevados, peleando á su lado en las jornadas que inmediatamente se preparaban con la retirada de Chabran á Barcelona. Ayudados de aquella tropa y sacando de las torres inmediatas de la costa algunas piezas de artillería que á fuerza de trabajo lograron arrastrar al interior, creyeron los somatenes del Panadés poder destruir las columnas francesas que trataron de comunicar con la de Chabran; pero sea que no esperasen el paso inmediato de ninguna de ellas, ni mucho ménos la vuelta de la que debian presumir en marcha para Valencia, ó bien por ese amor al hogar nativo que impide la reunion ilimitada de los voluntarios en una guerra nacional, es lo cierto que los del Panadés no reconcentraron sus fuerzas, como debian, en un sólo punto, el que se considerase más conveniente para resistir con fortuna al enemigo. De no haberlo hecho, por ejemplo, en el Coll de Ordal, punto interensantísimo del camino que debian seguir todas las columnas enemigas, por recorrer el de San Sadurní ásperos y peligrosos desfiladeros en el valle del Noya, y desde el cual, lo mismo podian observar las procedentes de Barcelona como las de Tortosa y Tarragona por hallarse en la divisoria, no sólo vieron frustrado su intento y defraudada su esperanza de vencer, sino que ofrecieron á los

franceses, á la vez que el pretexto, el blanco de sus violencias habituales en los pueblos mismos que los catalanes aspiraban á salvar de la codicia de los invasores.

Acciones del Vendrell y de Arbós.

Así en Vendrell, punto el primero en que Chabran encontró á los somatenes, la resistencia se redujo á un tiroteo que el temor á la caballería, que empezó á extenderse por los flancos, hizo de corta duracion y ningun resultado. En Arbós ocupaban los sublevados una altura á retaguardia de la poblacion, de donde creian poderla cubrir con el fuego de dos piezas de grueso calibre que habian situado en ella; pero reducido aquel á 8 ó 10 disparos por falta de municiones, y no sabiendo los infantes arrostrar el nutrido que les hacian los batallones y la artillería de los franceses, ni mantener una posicion que veian iba á ser muy pronto envuelta por la caballería, se entregaron á la fuga sin pensar que dejaban á los habitantes de Arbós á merced de un enemigo encolerizado por la resistencia y con la opinion de que era necesario un ejemplo terrible para poner en paz y en obediencia el Principado.

Espanta la relacion de las atrocidades cometidas por los franceses en Arbós. A la vista del saqueo que ejecutaban los soldados en las primeras casas en que penetraron, enciéndense en ira los habitantes y, armándose de cuanto objeto ofensivo encuentran á su alcance y utilizándolo con esa rábia y esa fuerza que emplea aquella raza indomable contra el que atenta á su independencia y á sus intereses, hacen de aquellas calles un teatro de muerte y desolacion. Los franceses, conformándose á los usos de la guerra,

como dice Foy, añaden al saqueo los horrores del incendio, á cuya rojiza y lúgubre luz perpetraron los más bárbaros ultrajes, sólo imaginables en desnaturalizados *bandidos;* convirtiéndose en tales los que no se cansaban de usar de tan denigrante epíteto para con los que no cometian otro crímen que el de defender, á la vez que la independencia de la pátria, sus hogares, la vida de sus hijos y la honra de sus mujeres.

Aún defendieron los somatenes algunas posiciones del camino no queriendo comprometer la suerte de Villafranca, salvada por los ruegos de sus vecinos más influyentes que salieron al encuentro de Chabran; pero en todas fueron arrollados fácilmente, y este general pudo seguir su vandálica marcha hasta Vallirana, donde le esperaban las avanzadas de Lechi que, con algunos batallones, habia salido de Barcelona y dispersado junto á Molins de Rey á los vencedores del Bruch que intentaban impedirle el paso del Llobregat. Reunidos los dos generales se trasladaron á San Feliú, donde aún permanecian las tropas de Schwartz descansando de la pasada campaña, á las que se unieron las de Chabran que poco más ó ménos presentaban el mismo aspecto miserable y de vencimiento. Lechi siguió el 12 con las suyas á Barcelona, acompañado de Chabran que iba á comunicar á Duhesme los incidentes de su expedicion y á recibir, con el honor de un triunfo ilusorio, órdenes é instrucciones para poner en ejecucion otra empresa cuyo objeto se dirigia á vengar la afrentosa derrota del Bruch y dominar la insurreccion de la montaña en Manresa, considerada por los franceses como el núcleo y el foco de todo el alzamiento.

Segunda accion del Bruch.

Habíase abandonado el proyecto de cooperar á las expediciones de Moncey y Lefebvre sobre Valencia y Zaragoza, á cuyo buen éxito tanto hubieran podido contribuir las dos columnas de Chabran y Schwartz, más que por la fuerza material, que no era ciertamente considerable para la mision que habian recibido, por la influencia que debian ejercer en los territorios de ámbas ciudades acometidas en distintas y bien elegidas direcciones. El general Duhesme, cuya energía y habilidad seria injusto negar, no debió allá, en el fondo de su alma, sentir las contrariedades que con el vencimiento de Schwartz iba á experimentar el plan general de las primeras operaciones de una guerra que aquellas mismas demostraban tomaba el carácter de una lucha nacional y, como tal, dilatada y tenaz. Así es que desde el instante en que llegaron á su noticia lo sucedido en el Bruch y la retirada de las tropas destinadas á Manresa, Lérida y Zaragoza, que aprobó y hasta llegó á aplaudir, no vaciló en hacer tambien retroceder á Barcelona las tropas de Chabran, que le eran absolutamente necesarias para contener la insurreccion que no tardaria en ceñirle por todas partes, segun le hacia presumir la rapidez con que prendió el fuego de la que con tanta fortuna se iniciara por los manresanos en las alturas del Bruch.

Tan acertada y previsoramente obraba en esto el general en jefe del cuerpo de ejército de los Pirineos Orientales que, al reunirlo entero en Barcelona y en las poblaciones que asientan en su llano, ya podia considerarse como sitiado en ellas y privado de la para él interesantísima comunicacion con Francia.

Miles de montañeses, cuyo valor no podia poner en duda por su antigua fama, por sus proezas en la no remota lucha con la República y las recientes que acababan de ejecutar sin armas ni organizacion contra los vencedores de Austerlitz y Jena, y cuyo ódio á la dominacion extranjera veia retratado en los torbos semblantes de los habitantes de Barcelona, aparecian ya en las alturas vecinas y en los pasos de los rios que limitan aquel pintoresco pero reducido territorio. Es verdad que, careciendo de armas propias para la guerra y habiendo de pelear sin el órden que sólo dan una buena organizacion y una instruccion sólida, no tenia que temer Duhesme un descalabro decisivo que las masas disciplinadas de su ejército, primero, y despues el abrigo de una plaza tan fuerte como la que ocupaba, harian imposible; pero, áun con aquella seguridad y abandonando expediciones lejanas como las de que acababa de desistir, tenia que atender, no sólo al lustre y al prestigio de las águilas imperiales que se cernian sobre sus no muy numerosos batallones, sino que tambien á mantener libres sus comunicaciones con Francia, primera y más urgente necesidad, privado como se veia del uso libre de la mar, y recomendacion la más repetida que á cada correo le hacia su soberano.

No aparece que preocupara á Duhesme el abandono en que dejaba la plaza de Tarragona, ocupada sin oposicion por Chabran y en que hubiera podido fundar un establecimiento muy útil para la guerra que empezaba. Situada en un país feracísimo y muy poblado, en la única comunicacion con Valencia y sobre un excelente fondeadero, condiciones

todas que la hicieron elegir para residencia de los gobernadores romanos de la provincia citerior á que se le dió tambien su nombre. Tarragona podia considerarse como una base excelente para operar la sujecion de toda la zona occidental de Cataluña. Acaso Duhesme no se creia con fuerzas suficientes para atender á su ocupacion; pero el error cometido respecto á Gerona, punto más interesante y con especialidad entónces, hace pensar que, ó no daba importancia á aquella guerra, ó no estudiaba con fruto el modo de acabarla. Se conoce que la preocupacion de Duhesme era en aquellos primeros momentos la de tomar una venganza ruidosa del ultraje recibido en el Bruch y, dispersando las bandas de insurrectos que iban reuniéndose en la zona oriental del Principado, la de restablecer por una línea de puestos fortificados la comunicacion que acababa de perder con el Imperio.

En consecuencia de este plan, dió el 12 de Junio las órdenes convenientes para que el general Chabran con las tropas que habia traido de Tarragona, unidas á las de Schwartz, emprendiese al dia siguiente la marcha para Manresa, y que entretanto dos cuerpos respetables de tropas reconociesen los caminos de Mataró y Granollers, por donde se va á Gerona y la frontera francesa, para emprender despues por ellos más sérias é importantes operaciones.

No se hallaba ya el país desprevenido: los gritos de victoria, lanzados en las escabrosidades de Monserrat, habian resonado por toda la montaña de Cataluña, y los pueblos y los caseríos quedaban al cuidado de los que no podian empuñar las armas,

acudiendo á los puntos de peligro toda la juventud frenética de entusiasmo y segura del favor del cielo que, segun los únicos jefes que entónces reconocian, sus pastores espirituales, se habia manifestado patente en aquella primera accion del alzamiento contra los franceses. Faltábale organizacion y no tenia oficiales que la instruyeran en el manejo de las armas y maniobras, porque el apartamiento en que siempre han servido las tropas de línea respecto á los habitantes de Cataluña, que nunca han querido ver en ellas un elemento de órden y de proteccion, sino un instrumento para tenerlos adheridos ó, por mejor decir, sujetos á la Metrópoli, impulsaba lo mismo á los soldados que á los oficiales á buscar en otras provincias y al arrimo de otras tropas dónde servir y ser útiles á la buena causa. Sólo algun oficial del mismo país y los soldados que habian desertado de Barcelona aisladamente se unian á los montañeses, huyendo los demás á Valencia ó Zaragoza; y esto explica el aislamiento militar en que se encontraron los somatenes al principiar la guerra y las grandes dificultades que experimentaron para su organizacion en cuerpos regulares y disciplinados. No tardaron, sin embargo, en formar los que, por la posibilidad de armarlos, consideraban que podrian prestar utilidad en un servicio inmediato; pero miéntras se crean ó se buscan los elementos necesarios para la organizacion de tercios de migueletes de á 10 compañías, ajena completamente á las prescripciones del arte, pero muy propia por su título y fama en Cataluña, continúan los somatenes, no aislados como en los dias anteriores, sino

uniéndose por corregimientos para alcanzar mayor fuerza y más unidad bajo el mando de algun prócer del país ó de oficiales de crédito.

Para alcanzar esa misma unidad en todo el territorio sublevado y que las operaciones de la guerra se ejecutasen en lo posible bajo un plan uniforme que no permitiese á los franceses combatir á nuestros voluntarios aisladamente y en épocas distintas, la ciudad de Manresa, donde iban los somatenes á abastecerse de municiones por la circunstancia de encerrar la fábrica de pólvora, propuso la formacion de una junta general del Principado que deberia congregarse en Lérida, plaza de guerra y léjos ya de la accion del enemigo, á la que habrian de ayudar várias otras subalternas establecidas en las poblaciones más importantes. Acogida y proclamada tan oportuna idea, expídense las requisitorias, elígense los vocales, que acuden inmediatamente á sus puestos, y nombrando comisionados que pongan aquellas Juntas en relaciones directas con la general, las de Valencia y Zaragoza, y procuren auxilios de armas y equipos en nuestras islas del Mediterráneo y en la escuadra inglesa, se declara formalmente la guerra contra el emperador Napoleon. Toda la montaña se levanta en armas; las plazas de Lérida, Cardona, Berga, Hostalrich y cuantos fuertes y castillos quedan en Cataluña en estado de poder ofrecer resistencia, salen del de abandono en que habian quedado desde las guerras anteriores, reponiéndose sus muros y armándose en cuanto es posible; y miéntras por el Ampurdán se agolpan los solariegos á bloquear el castillo de Figueras, los del Vallés se fortifican en el

camino de Barcelona á Mataró y en Tarragona se alza el regimiento de Wimpffen entre los víctores entusiastas de los habitantes de la ciudad y de su campo, los de la montaña forman un campamento en el punto de su primera victoria al que la Junta de Lérida se apresura á mandar cuatro compañías, mezcla abigarrada de paisanos, soldados del regimiento de Extremadura y de Walonas, que con cuatro piezas de campaña se encarga de dirigir el Capitan D. Juan Baget.

Andaban en vías de ejecucion todos estos proyectos y resoluciones el dia 13 de Junio, dia en que Chabran con las tropas de su mando y las de Schwartz abandonó San Feliú de Llobregat, llegando por la tarde á Martorell, en cuyas inmediaciones pasó acampado la noche.

Las avanzadas de los somatenes fueron replegándose á la vista de los franceses con todos los que de aquellos pueblos podian haberse comprometido en los combates anteriores provocando la resistencia ó tomando parte activa en ella. Desde que los batallones de Chabran habian pasado á la márgen derecha del Llobregat y tomaron el camino de Martorell, era de presumir el objeto de la expedicion y los catalanes se dirigieron al Bruch al abrigo del campamento.

Chabran avanzó rápidamente el 14 á Esparraguera y por la tarde, ántes de la una, se encontraba ya al frente de los somatenes que no podia distinguir entre los arbustos y rocas de la montaña. Desde por la mañana se encontraba con ellos la pequeña columna de Baget que, constituyéndose en general

en jefe de aquel ejército que momentos ántes mandaba el canónigo de Manresa D. Ramon Montaña, emplaza convenientemente sus cuatro cañones y el cogido á los franceses en el puente de la Abrera y distribuye las compañías de Lérida y todos los somatenes donde puedan protegerlas y ofender más con su fuego al enemigo.

Sin detenerse por el que ya empezaban á hacerle las guerrillas desde las escabrosas laderas por donde se abre paso la carretera, y acosando de cerca á las más próximas que suben esquivando el combate, Chabran va ganando denodadamente las alturas hasta las aldeas del Bruch. Ya á la salida de éstas, las cinco piezas ocultas en una espesa enramada que Baget habia preparado ingeniosamente para mejor sorprender á los franceses, disparan una descarga general á metralla que, unida al nutrido fuego que simultáneamente rompen los somatenes por los flancos, hace morder la tierra á un número considerable de aquellos y logra introducir alguna confusion en los demás. No era Chabran hombre que se arredrase fácilmente y á quien detuviera una extratagema, si bien hábil, no rara en la guerra. Manda hacer alto á las tropas que marchaban á la cabeza; forma una columna de ataque y, haciendo contestar al fuego de los flancos con el de numerosos tiradores que esparce á uno y otro lado del camino, se dirige rectamente al punto de donde salia la metralla enemiga y en que parecia encontrarse la fuerza mayor de los catalanes. Pero no cesan como en Arbós los disparos de nuestra artillería, hechos ya á corta distancia con una rapidez y acierto admirables en la mezcla de

artilleros y paisanos que servian las piezas; auméntase á la par y con la proximidad el fuego de los voluntarios cubiertos con los árboles y las peñas, y tal es la mortandad que en pocos momentos ejecutan en los franceses que, despues de sacar de combate cerca de 400, los obligan primero á detenerse, y pocos momentos despues á pronunciarse decididamente en retirada.

Chabran es vencido y retrocede á Barcelona.

Tal fué el segundo combate del Bruch. No nos extraña que Duhesme guardara un profundo silencio sobre suceso tan adverso: necesitaba no aparecer vencido ante los que cada dia le mostraban mayor aversion y no tardarian en manifestar un desprecio ofensivo y bochornoso hácia sus tropas. Él supuso que la mision de Chabran se reducia á imponer á los pueblos que más se habian distinguido contra Schwartz y, publicando que por haberlos encontrado en el mayor abandono, Chabran no habia querido ejercer en ellos las represálias y el castigo que merecian, creyó, porque así le convenia creerlo, haber conseguido el fin y los resultados que se proponia. Repetimos que no nos extraña el silencio del general francés en aquellas circunstancias sobre la segunda accion del Bruch: lo que es de extrañar, y muy lamentable en el mismo Duhesme, en el distinguido historiador general Foy, y en otros posteriores de su país, es que cuando ya no podia haber en ocultar la verdad otro objeto que el de satisfacer el amor propio, verdaderamente pueril, ó el interés personal de los vencidos, y cuando debia hallarse amortigüado el calor de las pasioaes sobreexcitadas por la lucha, se nieguen hechos de una verosimili-

tud tal que bien pueden considerarse, áun cuando no existiesen datos irrecusables, como de una certeza histórica. Y preguntamos nosotros: ¿es posible que la expedicion de Chabran no llevara otro objeto que el de dar un paso militar por Martorell y Esparraguera y hacer, á lo más, un reconocimiento sobre las alturas del Bruch? El no detenerse un momento el general francés á ejecutar un acto de venganza, tan natural por otra parte en el incendiario de Arbós, demuestra con harta elocuencia que otro era su objeto, y éste debia ser el de dar en Manresa el golpe de gracia á una sublevacion que habia tenido allí su orígen y que allí se alimentaba y crecia. Las posiciones del Bruch eran el punto de cita de los somatenes de los pueblos más lejanos y encumbrados de la montaña; pero ¿cómo habian de resistir, presumiria el general francés, á una division de cerca de 8.000 soldados y una artillería sin rivales más que entre sus mismos compatriotas del grande ejército?

Estos pensamientos de una lógica, en nuestro concepto, irrebatible, hacen comprender, áun sin el testimonio de los principales actores en aquel combate, que Chabran, al acometer las posiciones del Bruch, llevaba el propósito firme de forzarlas, y que si no lo consiguió fué porque el ejército de los catalanes, sin organizacion y casi sin armas, hizo insuperable aquella barrera considerada por los naturales como unas nuevas Termópilas.

Chabran y Schwartz retrocedieron á Barcelona sin detenerse un momento en los pueblos del tránsito hasta sus cantones de San Feliú para penetrar en la ciudad durante la noche del 15, esperando ocul-

tar el estado lastimoso de las tropas y el no corto número de los heridos que llevaba en carros y que, á pesar de tantas precauciones, lograron ver algunos vecinos. No era aquella ya la entrada triunfal del dia 12 en que una parte de la division Chabran, al desfilar por delante de la casa del general Duhesme, llevaba con más de 30 carros de botin, los pendones de las iglesias robadas en su retirada de Tarragona, como si fueran trofeos arrancados á nuestros compatriotas en el campo de batalla.

Expedicion á Mongat y Granollers.

No dió mejores resultados el reconocimiento verificado sobre los caminos de Francia. Un cuerpo de 2.000 hombres que salió tambien el 13 por la costa tuvo que detenerse al frente del castillo de Mongat, puesto en estado de defensa y armado de artillería por los patriotas de Mataró y de los demás pueblos circunvecinos, que protegian, además, desde posiciones elegidas á retaguardia, los somatenes del Vallés. El destacamento francés intentó apoderarse del castillo á viva fuerza; pero, rechazado por la guarnicion y desmontada una de las dos piezas con que habia roto el fuego, creyó prudente retroceder aquel mismo dia á Barcelona. El que debia observar el camino de Granollers no pasó de Moncada que le abandonaron los somatenes para engolfarse en el angosto valle del Besós donde esperaban resistirle, con lo que se retiró tambien á Barcelona despues de haber saqueado una ermita dedicada á la Reina de los Angeles en las inmediaciones de aquella villa.

Situacion de Duhesme.

La situacion de Duhesme iba haciéndose cada dia más difícil y, si no habia llegado á ser insostenible, era por no haberse todavía organizado la insur-

reccion catalana ni contar ésta con medios materiales para aislarle completamente en el único punto invulnerable que le quedaba, en la plaza de Barcelona. No podia pensar en restablecer el prestigio de sus armas con llevar á cabo las operaciones que Napoleon le habia prescrito ó imponer, al ménos, un castigo ejemplar á los vencedores de Schwartz y de Chabran; sus soldados se encontraban sin energía para arrostrar el ímpetu vengativo de los catalanes ofendidos en sus más preciados intereses. Decidióse, pues, á hacer un grande esfuerzo para, abriéndose camino á Figueras, hacer levantar el bloqueo del castillo y unirse á los cuerpos que esperaba acudirian de Perpignan á su encuentro, con los que podria continuar la, de otro modo, imposible tarea de sujetar el Principado á la autoridad del nuevo monarca.

No sólo en Figueras se hallaban interrumpidas las comunicaciones con Francia, sino en Gerona, donde la guarnicion manifestaba fraternizar con los sublevados, y en los puntos más importantes del camino ocupados ya en fuerza por los nuevos tércios levantados en toda la tierra próxima á la costa. Era necesario emprender una jornada decisiva ocupando el castillo de Mongat, primer obstáculo que se presentaba al ejército, abriéndose despues paso por Mataró, núcleo de la insurreccion en la costa próxima á Barcelona, y rindiendo la plaza de Gerona, en cuya situacion y defensas no habia parado mientes hasta entónces el general Duhesme.

Expedicion á Mataró.

Aquella jornada fué encomendada á la division Lechi que, en fuerza de unos 5.000 hombres con 8 piezas y un tren de puentes, emprendió la marcha

á las cuatro de la mañana del 16 de Junio, fiesta en aquel año del Sanctíssimum Corpus Christi.

A las pocas horas caia en poder de los italianos el castillo de Mongat, aislado de los somatenes que cubrian la montaña por una hábil maniobra del general Lechí y sin el apoyo de algunos buques costeros, en su flanco izquierdo, por la accion de la artillería francesa y la presencia de un brik que los enemigos habian hecho salir de Barcelona. Miéntras Duhesme, orgulloso con aquella victoria, volvia á la capital á exigir de las autoridades un adelanto de más de 2 millones de reales, Lechí siguió á Mataró donde, confiando el pueblo en la resistencia de Mongat, no supo preparar la que pudiera ofrecer por sí mismo al enemigo. Los soldados italianos y franceses fueron señalando el camino con el incendio de varias casas, cuyo espectáculo reveló á los barceloneses, así la reciente victoria como la direccion de los invasores despues de ella. Al llegar á la riera de Argentona, comprendiendo Lechí por el toque de rebato, á que se habian entregado las campanas de Mataró que se intentaba oponerle resistencia, formó 4 columnas y, dirigiéndolas por la orilla del mar y los tres caminos que desde allí conducen á la poblacion, emprendió el ataque. La columna de la derecha y la que marchaba por la carretera sufrieron bastante, como que sus cabezas tenian que arrostrar el fuego de la artillería, establecida toda á su frente, y las cuatro se vieron detenidas á la entrada de las calles interceptadas con carros y muebles y defendidas principalmente desde las ventanas de las casas inmediatas; pero despues de un corto combate pene-

traron soldados y jefes, más satisfechos que enojados de una resistencia que les ofrecia en compensacion botin copioso y rico. Conocedores de las localidades por haber estado algunos alojados largo tiempo en Mataró, los imperiales no tuvieron que vagar mucho tiempo en la eleccion de ellas. El colegio de Escolápios y las casas particulares más ricas, así como las fábricas y los conventos, fueron muy luego presa del vencedor que los despojó al instante de cuantos objetos preciosos encerraban; y con la licencia del saqueo, otorgada por Lechí al emprender el asalto, toda la poblacion, una de las más ricas del Principado, se vió entregada aquella tarde y la noche entera al pillaje más rapaz y á las violencias más degradantes. «Asesinatos, violaciones, insultos, »toda suerte de maldades, dice el coronel Cabanes, »experimentaron los habitantes de Mataró por parte »de los franceses. Los mismos generales, en vez de »contener el furor de los soldados, lo fomentaban y »exaltaban. Este fué el pago que dieron á la po»blacion las mismas tropas que habian permanecido »en ella más de dos meses.»

Estos, decimos nosotros, eran los cimientos sobre que intentaban levantar los soldados de la Francia un trono para el hermano de su emperador, y éstos los medios de que la *civilizacion* se valia para introducir sus luces en la nacion española, á la que se deseaba hacer entrar en el concierto de las más cultas del mundo.

Siguen los franceses á Gerona.

La llegada del general Duhesme en la mañana del 17 hizo cesar el saqueo y fué la señal de la marcha á Gerona, á cuya vista apa-

reció la division francesa el 20 muy temprano.

Arrojada la vanguardia de las alturas de Palau-Sacosta por los proyectiles de nuestra artillería del baluarte de la Merced, que tenia á su frente, y del fuerte de Capuchinos que se alzaba á su flanco derecho, descendió por la izquierda á la llanura, estableciéndose la division toda en las aldeas de Salt y de Santa Eugenia.

Ataque de la plaza.

El general Duhesme se habia propuesto, sin embargo, atacar la plaza por la puerta del Cármen que da paso al camino de Barcelona, y fué necesario ganar de nuevo las alturas de Palau-Sacosta, donde debia establecerse una fuerte batería con que preparar y sostener el ataque proyectado. Plantada la batería y roto el fuego cerca de las cinco de la tarde, formáronse dos columnas; una con la mision de distraer á los sitiados por la parte del llano en que campaban los franceses, y otra encargada de apoderarse de la mencionada puerta del Cármen.

Antes de que pudiera causar daño grave en la ciudad, la batería francesa de Palau-Sacasta habia sido desmontada por las nuestras de la Merced y Capuchinos que no cesaban de vomitar proyectiles. La columna de la derecha no desistió por eso de su empeño y, atravesando el rio Onya que acompañaba á la carretera en un espacio considerable, intentó romper y asaltar la puerta que junto á su cáuce da paso á la ciudad.

La guarnicion de Gerona consistia tan sólo en algunos centenares de paisanos armados entre los que militaba la nobleza de la poblacion, de 300 á 350 soldados del regimiento de Ultonia y unos

cuantos artilleros, ayudados de varios marineros de los puertecillos próximos que se habian ofrecido á servir las piezas. El E. M. de la plaza y la oficialidad de Ultonia dirigian la defensa; no contribuyendo poco á sostener el espíritu del paisanaje y de la Junta que se habia puesto á la cabeza de la sublevacion, el clero regular y secular, cuyos indivíduos más valerosos y elocuentes anduvieron con su ejemplo y con su voz enardeciendo á los defensores.

Artes de Duhesme para ganarla.

Comprendiendo Duhesme las dificultades que iba á encontrar para apoderarse de Gerona, trató de lograrlo negociando con los administradores de la ciudad y con su municipio, pero sin interrumpir, por eso, el ataque proyectado que, con la sorpresa natural de tal proceder, llegaria á causar mayor y más cumplido efecto. Conducido el oficial parlamentario á la casa de Ayuntamiento, entregó el pliego en que su general pedia al gobernador le franquease el paso á Francia, entregándole, como garatía, la puerta misma que habia proyectado asaltar. Pero sabiéndose en el pueblo los preparativos del ataque, denunciados por los defensores que observaban cómo se iban corriendo los franceses por las calles del Arrabal y la márgen del Onya, la Junta hubo de acceder á la prision del parlamentario que fué conducido entre soldados de Ultonia al convento de San Francisco de Asís cuando los cañones de la plaza empezaban a tronar de nuevo contra los asaltantes.

Rompieron éstos la marcha con su acostumbrado ímpetu. Iba la columna precedida de algunos artilleros cargados de petardos con que intentaban derribar la tapia de piedra en seco acabada de construir

en el hueco de la puerta. Ya fuera del arrabal, desplegó la columna y, aunque irregularmente por falta de espacio, formó en batalla y rompió el fuego para despejar la muralla.

Los defensores, reforzados en el momento por un destacamento de Ultonia mandado por su teniente coronel D. Pedro O'Daly, sostuvieron valientemente el ataque, derribando primero por tierra á los artilleros conductores de los petardos y cubriendo de fuego la línea francesa que no pudo resistirlo sino muy corto tiempo, retirándose á sus posiciones de Palau-Sacosta.

La misma suerte corrió otro grueso destacamento con que Duhesme hizo atacar el fuerte de Capuchinos, no sabemos si con el objeto de apoderarse de él ó con el de distraer sus fuegos que podrian dañar mucho á los asaltantes de la puerta del Cármen. La metralla azotó de tal manera á los del destacamento, que hubieron de volver inmediatamente la espalda, no sin dejar sembrada de cadáveres la falda de la montaña que corona el fuerte (1).

---

(1) No están de acuerdo sobre la prioridad en estos dos ataques el célebre ingeniero Brigadier Minali y el *Correo de Gerona*, cuya relacion copia y acepta Cabanes en su «Historia de las operaciones del ejército de Cataluña.»

Aquel dice que los franceses emprendieron el ataque de Capuchinos para ocultar el de la puerta del Cármen, y el *Correo* supone que viendo este ataque frustrado intentaron el del fuerte. Bien estudiado todo, aparecen cási simultáneos los dos ataques.

De las memorias de Duhesme es imposible deducir nada circunstanciado ni exacto. Todo el primer sitio de Gerona está encerrado en estas breves líneas: «Esta plaza se hallaba, pues, al abrigo de un golpe de mano; pero como la intrepidez francesa no calcula nada, no se dejó de intentar un asalto que tuvo desiertos un instante los parapetos en que aparecieron algunos de nuestros valientes; lo cual infundió tal espanto en la junta sublevada, que hizo

La columna de la izquierda no hizo más que maniobrar al frente de los baluartes de San Francisco y de Santa Clara, desde los cuales la fueron dirigidos algunos disparos que la obligaron á replegarse á la aldea de Santa Eugenia, á que poco despues se fueron tambien acogiendo las demás tropas y el cuartel general francés.

Un nuevo parlamentario fué á entablar negociaciones para obtener lo que no conseguia la fuerza. Pero á fin de que pareciese sincero el deseo de un desenlace pronto é incruento, Duhesme propuso á la Junta de Gerona el nombramiento de dos diputados á quienes pudiera comunicar sus proyectos y condiciones. Nombrados, efectivamente, despues de mil contrariedades, el regidor D. Martin Burgues y el teniente coronel D. Juan O'Donovan, comandante de Ultonia, se dirigieron á Santa Eugenia entre el fuego de los franceses que seguian ocupando puntos importantes al frente de la plaza, y el de los gerundenses que trataban de impedirlo con su artillería desde los baluartes opuestos.

Asalto del baluarte de Santa Clara.

Parecia, sin embargo, despues de anochecido, que sólo del resultado de la conferencia iba á depender el de aquella empresa de Duhesme. La plaza como el campo se hallaban sumidos en la oscuridad más pro-

---

»salir parlamentarios para capitular; pero esta apariencia de sumi»sion se desvaneció con el miedo. Se esperó inútilmente la vuelta »de estos parlamentarios hasta las diez de la mañana y desde entón»ces fué necesario pensar en retirarse de una plaza que exigia to»dos los aprestos de un sitio en regla.»

Esta es toda la relacion de Duhesme, en la que no puede ocultarse con mayor torpeza el revés sufrido por su ejército al intentar por vez primera la ocupacion de la inmortal Gerona.

funda, no existiendo en Gerona fuegos de artificio que iluminasen la zona próxima á las murallas, cuando, preparado su ataque con uno falso que llevó la mayor parte de la guarnicion al baluarte de San Francisco de Paula y al puente del de Asís, una fuerte columna francesa que se habia acercado sigilosamente por las arboledas y cercados vecinos, escaló el baluarte de Santa Clara donde sabian los enemigos hallarse almacenadas casi todas las municiones con que podian contar los gerundenses. No tenia foso el baluarte; era muy escasa la altura de sus muros, no pasando de unos 20 piés; y, despejándolos de defensores con el fuego repentino y nutrido de las reservas, la vanguardia coronó en pocos instantes el parapeto y penetró en el baluarte. La guarnicion, compuesta de un *peloton* de paisanos y algunos soldados de Ultonia, no podia atender á tanto enemigo como asomaba por lo alto del muro y se vió precisada, despues de una ligera resistencia, á recogerse á la gola del baluarte, donde se propuso cerrar á los invasores la entrada en la plaza. No lo hubiera, sin embargo, conseguido sin el auxilio de un destacamento de aquel mismo regimiento de Ultonia, destinado á ser el campeon de Gerona en su primer asedio. Lleno de ardimiento su jefe, atraviesa á la cabeza de su tropa la línea de los defensores, la forma en batalla á su frente, y, despues de una descarga cerrada, la arroja á la bayoneta sobre el enemigo.

Retroceden los franceses buscando tambien el apoyo de sus camaradas que, animados por el éxito de los primeros asaltantes y por el ruido del tambor que á sus espaldas no cesaba de tocar á ataque, pro- Es rechazado.

curaban ganar á su vez el parapeto; pero la energía de los soldados y paisanos españoles, creciendo con la esperanza ya fundada de una victoria completa, los arrolla decisivamente y tienen que resolverse á la fuga. Y atropellándose por recobrar las escalas, confundidos en la oscuridad y aterrados con el estrago que en ellos hacian nuestros compatriotas, chocan unos con los nuevos invasores, arrójanse muchos de la muralla, y caen los demás á los piés de los felices defensores de Gerona (1).

Aún intentaron los franceses mantenerse al pié del baluarte esperando repetir el ataque ó las órdenes de su general ántes de acojerse al campamento; pero desde el baluarte próximo del Gobernador y su ángulo flanqueado, empezaron dos piezas á vomitar metralla que en pocos minutos derribó al suelo varias escalas y al tambor y los soldados más inmediatos á ellas. Con esto perdieron los enemigos toda esperanza de ganar el baluarte de Santa Clara, y se

(1) El R. P. Fr. Manuel Cundaro, lector de la O. de S. Francisco de Asis y capitan que fué de la compañía de la Cruzada de Regulares, en un manuscrito existente en el Municipio de Gerona y al enumerar los muertos en el baluarte, dice que murieron el subteniente de Ultonia D. Tomás Magrat, el capellan del mismo regimiento D. Juan Vidal y un artillero paisano. Añade que el primero pereció «de un balazo recibido al tiempo de querer derribar »con sus manos una de las escalas, á cuyo fin habia subido ani»moso encima del parapeto; empeño arriesgado á que se atrevió »tambien el P. Fr. Juan de San Andrés, carmelita descalzo, cuyo »ardor patriótico lo empeñó adelante en la accion que haciéndole »perder el equilibrio cayó al pié del muro, en donde permaneció »entre los enemigos moribundos que allí habia, hasta que ceñido »por sí mismo de una cuerda que se le alargó desde el baluarte, »fué subido por sus compañeros de valor, y librado de tan peligro»sa y desagradable compañía.»—Noticias iguales dan Minali y Cabannes en sus excelentes escritos sobre los sitios de Gerona y campañas de Cataluña.

retiraron á Salt y Santa Eugenia de donde habian salido.

No fué aquella, sin embargo, la última tentativa que Duhesme acometiera para sorprender la plaza de Gerona. Ya cerca de media noche dirigió otra columna hácia el baluarte de San Pedro, la cual emprendió su retirada tan pronto como, por el fuego de artillería que desde él hacian los defensores, pudo conocer que no se hallaban desapercibidos para el combate.

¿Deberia continuarlo el general en jefe del ejército imperial?

Duhesme no debió creer nunca en la resistencia que se le oponia: por el contrario, consideraba la conquista de Gerona obra de muy pocos momentos. Las razones mismas que le habian hecho despreciar su ocupacion al paso por aquella plaza y al emprender la de la Ciudadela de Barcelona y el castillo de Figueras, debian naturalmente influir en su opinion de ser empresa fácil y corta la de penetrar en la ciudad que al fin habia de marchitar sus aún frescos laureles. Una vez á la vista de Gerona y sorprendido de encontrar cerradas las puertas y coronados los adarbes de gentes, aunque indisciplinadas, dispuestas á defenderlos, habia intentado vadear el Ter con el objeto de unirse á sus compatriotas de Figueras y Bellegarde. Pero interceptado tambien el paso del rio por los somatenes que desde la márgen izquierda lanzaban una granizada de balas sobre los primeros que intentaron vadear las aguas, la necesidad de abrir las comunicaciones con Francia, objeto el más importante de aquella expedicion, y el deseo

de escarmentar á los imprudentes que osaban detenerle, encendieron en él, con el fuego de su amor propio y del honor de las armas imperiales, el anhelo de una venganza ejecutiva y ruidosa.

El ataque de la puerta del Cármen le hizo conocer la dificultad de satisfacer sin sacrificios considerables todos aquellos sentimientos, prontos en despertarse dentro del corazon de un militar francés de la era revolucionaria, tan rica en gloria; y, renunciando á continuar el combate á la claridad del dia en que podian contarse sus soldados y descubrirse sus operaciones, habia apelado al asalto nocturno del baluarte que, por encerrar el material de reserva y las municiones, consideraba como la llave de la plaza. Y para hacerlo más fácil ó incruento, ya que por ménos eficaz despreciaba el ataque del baluarte vecino del Gobernador que tenia una cara no flanqueada por obra alguna inmediata, habia cubierto á sus soldados de haces de mies que los defendiesen del fuego y de los chuzos y bayonetas de los defensores. ¡Estratagema y precauciones inútiles! En Gerona vigilaba el patriotismo; y las balas de los soldados de Ultonia como las picas de los gerundenses tenian por débil obstáculo á su furia y pujanza el voluminoso y blando que cubria el pecho de los enemigos.

Por otra parte, desprovisto de artillería de grueso calibre, con cuyo auxilio pudiese esperar resultados inmediatos, y temeroso de que con la infelicidad de la empresa se levantara á su retaguardia campo de enemigos suficiente á impedirle la vuelta á Barcelona, debia tener por temerario todo pensamiento de

insistir en la expugnacion de ciudad tan populosa, en la que bien pudiera consumir sin fruto el número y las fuerzas de sus soldados, bastante desmoralizados ya con las derrotas del Bruch y del Ordal.

Decidió, pues, retirarse á Barcelona; pero, á fin de disimular su derrota, intimó á los comisionados de Gerona, que habian pasado la noche en el cuartel general francés, volviesen á la ciudad al despuntar el dia é invitaran á la Junta en su nombre á designar nuevos parlamentarios, en número y calidad tales que pudieran ofrecerle garantía de tratos decisivos y prontos. Los diputados encontraron la Junta dividida é indecisa. El peligro recientemente conjurado en el baluarte de Santa Clara, las amenazas de Duhesme, el alto renombre de los soldados que éste gobernaba, y la creencia de que aún la propia victoria de los sitiados atraeria rudas venganzas sobre la ciudad nativa, quitaban á sus representantes el orgullo del triunfo y la esperanza de que fuesen fructuosos y duraderos sus nobles esfuerzos.

Duhesme se retira á Barcelona

No resolviéndose, empero, á romper abiertamente con la opinion popular, cada hora más ardiente, ni á rechazar de una manera irrevocable las proposiciones de Duhesme, pensó la Junta que convendria nombrar nuevos emisarios de todos los Estados, áun cuando sin poderes para acceder á pretensiones que envolvieran la ocupacion militar que habian estorbado con las armas. Y á pesar de que durante la eleccion de los diputados llegó nuevo parlamento imponiendo plazos perentorios y la devolucion de los oficiales de E. M. retenidos en Gerona, no se varió

el pensamiento, llevándole al poco tiempo á ejecucion hasta en no acceder á la entrega de los prisioneros, únicos rehenes que, en caso de conflicto, pudieran servir de garantía para la libertad y salvacion de los que momentos despues iban á ponerse en manos de sus injustos agresores.

Salieron, efectivamente, de Gerona los nuevos comisarios en número de seis, pertenecientes al clero secular y regular, á la nobleza, á la guarnicion y á los estados populares, y se dirigieron al campo enemigo. Pero, ¡cuál no seria su sorpresa al encontrarlo evacuado y al saber que Duhesme, levantándolo muy temprano, habia desaparecido con todo su ejército por el camino de Barcelona!

Si grande fué el alborozo de los diputados con descubrimiento tan satisfactorio, no lo fué ménos el de la Junta que vió conjurado peligro tan grave é inminente, y el del pueblo, sobre todo, que gustaba de un triunfo legítimo debido á su valor y al de los nobles soldados que le habian ayudado en la defensa de sus hogares. Los movimientos que al amanecer habia observado en las alturas de Palau-Sacosta y le habian parecido precursores de nuevos y más concertados y rudos ataques, no eran más que el velo que iba á cubrir la retirada de los sitiadores; los recelos y temores que no podia ménos de albergar por la suerte de su ciudad, agitaban á los generales y soldados franceses preocupados con lo largo y difícil del camino hasta Barcelona, su plaza de refugio; y en el inmenso júbilo de tamaña victoria abria paso franco á las esperanzas y el orgullo con que necesitaba prepararse á las extraordinarias pruebas que

iban á exigir de él la fuerza, la pericia y la tenacidad de los enemigos de España.

No sigamos á Duhesme en su marcha. Tan desgraciado en Gerona como sus tenientes en las proyectadas expediciones á Zaragoza y Valencia, iba, como ellos, á acogerse á los muros de Barcelona tan traidoramente ocupados. Sus triunfos eran debidos á esfuerzos de la astúcia venenosa que caracterizó la política de Napoleon en los principios de aquel año funestísimo; sus derrotas, al patriotismo y al valor de los españoles inquebrantables en su propósito de rechazar la invasion extranjera. Frustrados todos sus proyectos, así los ofensivos dirigidos á la sujecion del Principado y á combinaciones importantes con los demás ejércitos, como el esencialmente defensivo de asegurar su comunicacion con Francia, el general francés iria á encerrarse en el recinto, entónces inexpugnable, de la capital de Cataluña, esperando en él refuerzos que no tardaria en enviarle su emperador, preocupado con tanto y tanto revés como le hacian saber sus generales, tan desgraciados todos cual el en jefe del cuerpo de los Pirineos Orientales.

CAPÍTULO II.

Operaciones prelimenares de la primera campaña de 1808 en Valencia y Andalucía.

Espedicion á Valencia.—Tropas francesas que la emprenden.—Ruta que siguen.—Pasos del Cabriel.—Posiciones de las tropas españolas en Valencia.—Accion del puente de Pajazo.—Retirada de los españoles.— Errores del general Adorno.—Accion de las Cabrillas.—Descripcion del terreno.—Fuerzas y posiciones de los españoles.—Disposiciones de Moncey y principio del combate.—Dispersion de los españoles.—Barbárie de los invasores,—Intimaciones de Moncey.—Combate de San Onofre.—Don Jose Caro.—Posiciones de los españoles.—Trances del combate.—Nueva intimaciones de Moncey.—Defensas de Valencia.—Ataque de los franceses.—Por la puerta de Quarte.—Por la de San José.—Segundo ataque á la de Quarte.—Segundo á la de San José.—Accion de los de la Huerta contra la retaguardia francesa.—Ultimos ataques. -Retirada de los franceses.—Campaña de Andalucía.—Fuerzas con que la emprede el general Dupont.—Marcha del ejército.—Recelo de Dupont al prenetar en Andalucía.—Preparativos militares por parte de la Junta de Sevilla.—El general Echávarri.—El brigadier Venegas.—Tropas reunidas en Córdoba.—Accion de Alcolea.—Descripcion del campo.—Disposicion de los españoles.—Disposicion de Dupont para el combate.—Retroceden los españoles del puente.—Accion de los de Valdecañas en la izquierda de Guadalquivir.—Consejo de guerra y retirada de los españoles.—Entra en Córdoba el ejérci-

to francés.—Saqueo de la ciudad.—Efecto de los atropellos cometidos en Córdoba por los franceses.—El alcalde de Montoro.—Santa Cruz de Mudela.—Valdepeñas.—Dupont se detiene en Córdoba.

Expedicion á Valencia.

Ya hemos dicho que de Madrid debian partir las dos expediciones de Valencia y Andalucía.

Las noticias que diariamente llegaban de Valencia eran en extremo contradictorias. Cierto que el pueblo se habia sublevado proclamando á Fernando VII; pero los partes de las autoridades y las confidencias que se hacian llegar secretamente á Murat, revelaban que la insurreccion no se consolidaba y que con la presencia de un cuerpo de tropas francesas se calmaria la efervescencia popular y la autoridad recobraria todo su anterior prestigio. No es extrano que el duque de Berg se hiciera estas ilusiones si los personajes valencianos que componian la Junta las abrigaban en los primeros momentos de la sublevacion, cuando precisamente debian aparecer los ánimos más encendidos y más ingénua la explosion del sentimiento general del país. Sin embargo, lo que en un principio aparecia á Murat como efecto transitorio del acaloramiento y espíritu de novedad, tan naturales en los valencianos, podia, si descuidaba el ejercer una represion pronta, tomar proporciones que cada momento se agrandaban segun iba sabiéndose en Madrid el movimiento general que se operaba en la monarquía.

Atento á todo esto Murat y á la mejor ejecucion de las instrucciones que recibia de Bayona, conformes siempre al plan militar de que hemos dado

cuenta al principio del capítulo anterior, dió al mariscal Moncey la órden de marchar, encargándole la premura y la energía, no sólo para evitar el que tomase cuerpo la insurreccion en Valencia, sino el que se propagara á los demás pueblos de la provincia cuya actitud no podia saberse en Madrid durante los dias primeros del mes de Junio.

Tropas francesas que la emprenden

Debia acompañar al mariscal la division Musnier de la Converzerie, primera del cuerpo de ejército de su mando, compuesta de cuatro regimientos provisionales, un batallon de Wesphalia, la brigada Wathier de caballería y 16 piezas de campaña. Estos cuerpos reunian un total de 7 á 8.000 infantes y artilleros, sobre 1.300 caballos de dragones y húsares, y el personal correspondiente á los trenes de ingenieros y equipajes. Dos de nuestros batallones de infantería, el 3.° de Guardias españolas y el 1.° de Walonas, que se encontraban acantonados en las inmediaciones de Madrid, debian, unidos á un destacamento de Guardias de Corps, contribuir al buen resultado de la expedicion y, obtenido éste como esperaba el generalísimo francés, quedar formando parte de la guarnicion de Valencia. La fuerza de los batallones de Guardias ascenderia á unos 1.500 soldados, excelentes por su disposicion personal y buen espíritu militar, reconocidos de los mismos franceses; pero no llegó á formar parte del cuerpo de Moncey, disolviéndose casi por completo con la desercion de soldados y oficiales que dispersos anduvieron algun tiempo vagando de un lado y otro ó fueron á reunirse á sus compatriotas de Valencia.

Ruta que siguen

Dos caminos existian entónces para trasladarse

desde la capital de España á la ciudad del Cid. Era el primero y más importante la actual carretera por Albacete y Játiva, abierta á través de las llanuras de la Mancha, sin otro desfiladero que el de Almansa, no áspero y muy fácil de flanquear, ni otro rio que el Júcar, vadeable en la proximidad del camino por dejarlo excaso de aguas la acequia real de Alcira y otros canales construidos en aquellas partes para el riego de las vegas. El segundo recorre un terreno mucho más accidentado y no tenia las buenas condiciones de viabilidad que el de Albacete. A los altos páramos que hay que atravesar en la meseta central, limitada cerca ya de Cuenca por el escalon que forma la divisoria ibérica al verter sus aguas al inmediato Júcar, suceden los lomos fuertemente pronunciados que separan las cuencas profundas, aunque secundarias, del Cabriel y del Guadalaviar. No son estos lomos lo elevado y abruptos que los cerros que, al desprenderse del nudo de Albarracin, van corriéndose hácia la costa y forman al O. de Valencia el cerco montuoso que domina su fértil y pintoresca llanura; pero la capa de rocas que cubre la série de eminencias que los constituyen y las laderas que encierran el lecho de los rios que cruza el camino, resquebrajadas violentamente, hace el tránsito de Cuenca á Valencia, no sólo difícil, sino peligroso ante un enemigo que sepa defenderlo. El paso del Cabriel, primero, y despues el de las Cabrillas constituyen los dos accidentes más notables de ámbas índoles, fluvial y orográfica, que se encuentan en este camino; accidentes que, á más de otras condiciones muy atendibles en campaña, como las de poblacion

y recursos, habian impulsado á todos los generales en las guerras anteriores, y particularmente en la de Sucesion, á no utilizar esta vía más que en situaciones apuradas en que se consideraban sin fuerzas para resistir en la eminentemente estratégica de Albacete y Almansa.

El mariscal Moncey tenia, sin embargo, razones muy poderosas para seguir el camino de Cuenca y Requena. Era urgente la necesidad de acudir á Valencia, segun ya hemos dicho que lo consideraba el gran duque de Berg; y las noticias más recientes llevaban á Madrid la fama de que un ejército numeroso, compuesto de las tropas de Cartagena, Múrcia y Valencia, tenia la órden de reunirse en Almansa, punto á que el empalme de los caminos que conducen á las poblaciones y puertos más importantes de la costa, la topografía de su territorio y la fama de anteriores y memorables batallas, daban un grande interés y provocarian el abandono ó, al ménos, el descuido en vigilar los demás caminos. El más corto de ellos parecia, pues, el más conveniente á los generales franceses, y tomaron el de las Cabrillas, seguros de llenar así mejor el objeto que los conducia á Valencia. Cometian un error semejante al cometido en la invasion de Portugal el año anterior, y sacrificaban á la brevedad las buenas condiciones materiales del camino de Almansa y, lo que era aún más importante, la ventaja de ligar las operaciones del mariscal Moncey con las del general Dupont por un cuerpo que, situado convenientemente, sirviese de reserva á ámbos, medida que les veremos adoptar más tarde cuando la triste experiencia de los re-

veses los hizo más previsores y prudentes. Es verdad que, al marchar por Cuenca, contaba Moncey con que se daria la mano con la division Chabran que desde Tortosa debia seguir el camino del litoral hasta reunirse á él en las puertas de Valencia; pero, áun siendo así, los 4.000 soldados que acudian del Principado ni podian apoyarle en todo el trascurso de la marcha ni, por su número y posicion, servirle de reserva en un trance desgraciado.

Moncey salió de Madrid el 4 de Junio y por Aranjuez y Tarancon se trasladó á Cuenca, en cuyo recinto alojó sus tropas en la tarde del 11 del mismo mes. Si tanta tardanza podia disculparse con el empeño que demostraba el mariscal francés en llevar sus soldados reunidos y en un estado de severa disciplina que las poblaciones del tránsito nunca le agradecerán bastante, por ser, realmente, empeño ageno á los demás generales franceses, no la estancia en Cuenca, donde Moncey permaneció hasta el 18, en cuya madrugada continuó en direccion de los puentes del Cabriel.

Instábale Murat para que apresurase la marcha y áun le envió oficiales, entre ellos el general Excelmans que debia tomar el mando de la vanguardia, que hiciesen comprender á Moncey la conveniencia de imprimir á las operaciones mayor actividad y más energía. Pero desde su salida de Madrid habia ido el mariscal francés observando á cada paso mayor retraimiento en los pueblos; los soldados españoles, destinados á acompañarle y que no habian desertado el dia anterior al de la marcha, se fugaban con su jefes hácia Almansa, y hasta aquellos oficiales

que con Excelmans le comisionaba el duque de Berg habian sido presos en el camino y enviados á Valencia. Podia, pues, Moncey considerarse incomunicado con la capital, y, segun las noticias que le proporcionaban los frecuentes reconocimientos que disponia, el camino se iba presentando á cada paso más difícil para el arrastre de su artillería. A pesar de todo y despues de haber despachado órdenes al general Chabran, que creia ya en Tortosa, para que se trasladara á Castellon de la Plana, desde donde, puestos de acuerdo, podrian combinar su presentacion en Valencia, y de pedir á Murat que dirigiese á Albacete una columna que cubriera su ala derecha y pudiera servirle de apoyo en sus operaciones ulteriores, se puso el 18 en marcha hácia los puentes del Cabriel que suponia defenderian los españoles.

Pasos del Cabriel.

Si en Valencia no reinara aquellos dias la espantosa anarquía en que la habia puesto el canónigo Calvo con sus horribles ejecuciones, es casi seguro que hubiera podido proveerse á reunir el número de tropas suficiente para rechazar á los franceses en tan ventajosas posiciones como las que presentan las márgenes del Cabriel y las montañas que entónces separaban las provicias castellanas de Valencia. El coronel de ingenieros D. Cárlos Cabrer, preso en Requena hasta saberse que iba comisionado para reconocer el camino, habia propuesto la defensa de los tres puentes por donde forzosamente habian de buscar los franceses el paso del Cabriel; creyéndola tan fácil que áun con piedras la suponia practicable, por la naturaleza de las márgenes abruptas y tajadas sobre el profundísimo barranco en que corren las

aguas. El enemigo, una vez en la vecina aldea de la Minglanilla, podia elegir el tránsito del Cabriel por el puente de Contreras, próximo al de la carretera actual que tenia á su frente; por el de Vadocañas, construido agua abajo á no corta distancia en su ala derecha, ó por el de Pajazo que se encontraba á su izquierda, más cercano y en terreno ni tan áspero ni encumbrado. La dificultad de emplazar los franceses su artillería en la márgen derecha, y la mayor aún de abordar la izquierda en una formacion que hiciese temer por la seguridad de la que pudieran situar los españoles en las alturas que dominan y registran el curso del Cabriel, daba á aquella posicion una gran fuerza que, de aprovecharse segun los proyectos del coronel Cabrer, hubiera sido incontrastable para los franceses. Pero la Junta de Valencia, áun despues de saber que los franceses habian tomado el camino de Cuenca, no desistió de reconcentrar en Almansa la mayor parte de las tropas de que disponia en la capital y en Múrcia y Cartagena; destinando las más débiles, por ser de nueva creacion, á la defensa de las Cabrillas.

Posiciones de las tropas españolas en Valencia.

En las inmediaciones de Almansa íbanse, efectivamente, reuniendo procedentes de Múrcia y Cartagena los dos primeros batallones del regimiento de Castilla, los del de Valencia, el primero de Suizos de Traxler, el provincial de Múrcia, un batallon de voluntarios de la maestranza de aquel arsenal y tres compañías de paisanos y de individuos del presidio; y de Alicante habian salido en la misma direccion dos batallones, uno de paisanos y otro del regimiento de América con vários escuadrones del de caba-

llería de Olivenza (1). Estas fuerzas componian las dos terceras partes de la total que guarnecia aquellas plazas; y su mando se habia confiado al general D. Pedro Gonzalez Llamas que desde Múrcia se dirigió á tomarlo en Almansa, miéntras llegaba el conde de Cervellon nombrado general en jefe.

No se movia éste de Valencia, y no es de extrañar si se recuerda la necesidad que deberia sentir la Junta de tener á su lado las personas más influyentes de la ciudad, en la que estaba Calvo ejerciendo aquellos dias la dictadura más despótica y sangrienta. Lo que no se comprende y lo que constituye el error más grave de la Junta y de Cervellon, es que cuando, restablecida la autoridad en Valencia con la prision del canónigo, se pudo pensar en la invasion que amenazaba ya de cerca, no acudiese el conde á la línea del Cabriel en vez de marchar, como lo hizo el dia 15, á incorporarse con su E. M. y alguna caballeria á las tropas de Almansa.

Este error era ya indisculpable en aquella fecha; pues, una vez en Cuenca Moncey, era evidente que se proponia seguir el camino de las Cabrillas. Sabiéndose que los franceses se hallaban en Cuenca desde el 11, era ya necesario y hasta urgente tomar la línea del Cabriel por base de operaciones; y es tanto más de extrañar la marcha pausadísima de Cervellon por la carretera de Albacete, cuando no sólo habia dado la Junta órdenes para que algunos cuerpos de los que caminaban á Almansa se trasladasen *luego, luego*, á Requena, sino que el mismo

(1) Véase el apéndice n.° 2.

general Llamas, sin atribuciones para ello y ántes de organizar las tropas que se iban reuniendo, se habia adelantado á la Jorquera con el objeto indudable de acercarse á las del Cabriel y ligar sus operaciones con ellas. Aun cuando Moncey mudara de pensamiento y tratase, con noticias ya del terreno que le era necesario atravesar por el camino emprendido, de esquivar el encuentro de las muchas fuerzas que en él podian oponérsele, la distancia considerable que separa á Cuenca de Almansa permitia siempre á las tropas españolas anticipársele en la ocupacion de esta ciudad y del puerto de su nombre. Los generales españoles debian estar bien servidos en cuanto á noticias sobre los movimientos del enemigo, y los distancias que tenian que recorrer, una vez establecidos en la línea del Cabriel, para extenderse al Júcar y Almansa, eran sumamente cortas y podian salvarse sin temor alguno de verse flanqueados ni envueltos.

No hay modo, pues, de disculpar la marcha del conde de Cervellon á Almansa y mucho ménos la poca diligencia que empleó para ponerse al frente de su ejército, cuando era de suponer que los franceses se presentarian de un momento á otro á las puertas del reino que estaba encargado de defender.

Aún eran mayores los desaciertos cometidos por el general D. Pedro Adorno, nombrado por la Junta para, con algunos de los cuerpos nuevamente creados en que se habian hecho entrar vários de los soldados fugitivos de los puntos que ocupaban los franceses, situarse en las Cabrillas y, llevando á ejecucion el plan de defensa ideado por el coronel Cabrer, impe-

dir el paso de los enemigos á Valencia. El general Adorno salió de la capital en la tarde del 9 y, despues de haber inspeccionado en Liria el nuevo regimiento de este nombre y de haberse detenido dos dias en Chiva y el Buñol, se situó el 15 en Requena, dejando á su espalda los desfiladeros que estaba encargado de fortificar y defender. Parece que áun sin órdenes para ello se proponia cubrir la línea del Cabriel; pensamiento acertadísimo si, para llevarlo á cabo, hubiera empleado el celo, la actividad y el talento necesarios en los momentos y en las circunstancias en que se encontraba. Ya hemos enumerado las ventajas que ofrecia la ocupacion de la línea del Cabriel, y no seríamos justos al recriminar á Adorno el proyecto de establecerse en ella porque se le acusara de haberse extralimitado de las instrucciones que llevaba; pero una vez resueltas por él, como general en jefe que habia sido nombrado de aquel ejército, no supo justificar las variaciones que introdujo en los planes de la Junta. En primer lugar estableció su cuartel general en Requena sin comprender que si aquel punto podia ser conveniente para su residencia ántes de saberse la aproximacion de los franceses, así por su posicion como por su vecindario y no escasos recursos, no debia serlo desde que se necesitaran providencias inmediatas y de una ejecucion del momento. En este caso, el punto á propósito para dirigir la defensa del Cabriel, limitada, como debia estarlo entónces, á la de los puentes próximos al camino de Madrid á Valencia, era Caudete, donde se halla el nudo de las comunicaciones con esos mismos puentes. Desde allí hubiera presidido á los

trabajos de defensa, impracticables por tropas como las suyas sin la inspeccion inmediata y constante del general; y en el momento en que se presentara el enemigo por la derecha del Cabriel, podria con todas sus fuerzas á la mano impedirle el paso de los puentes y, cuando no, retirarlas á las Cabrillas donde aún le seria dado resistir con fortuna si lograba llevarlas á él reunidas como era fácil por las condiciones del terreno. No lo hizo así, sea porque la Junta no le diese instrucciones precisas, ó porque no supiera aplicarlas á las circunstancias, siempre variables, de la guerra, y ni situó convenientemente las tropas que habia llevado y las que se le iban sucesivamente enviando de Valencia y Almansa, ni llegó á comunicarlas el espíritu de actividad y de entusiasmo que debe constituir el primer rasgo característico de un general. Así, cuando en la mañana del 21 se presentaron los franceses en la Minglanilla, los puentes estaban débilmente guarnecidos, hallándose la mayor parte de nuestra fuerzas hácia la venta del Moro, muy léjos del Cabriel; los jefes que guardaban los de Vadocañas y Contreras, donde ménos urgente era la defensa, despojaban al coronel Traxler, situado frente al del Pajazo, de las mejores compañías del único batallon que mandaba, y aún estaban sin emplazar cuatro cañones de grueso calibre que Adorno habia recibido de Valencia el dia 18 y que, sin la resolucion de la Junta de Requena cuyo presidente se brindó á llevarlas el 20 con unos 500 paisanos, no hubieran llegado nunca al sitio del combate.

Accion del puente de Pajazo. En tal situacion, sin plan ni concierto por parte del general Adorno, estando el conde de Cervellon



en tierra de Almansa, pero no al frente todavía del ejército de su mando, y dividida la Junta de Valencia por chismes y disensiones entre sus vocales más influyentes, asomaron las columnas de los franceses en las alturas que forman la orilla derecha del Cabriel junto á Minglanilla, amenazando cruzarlo á viva fuerza por uno de sus puentes ó vados próximos.

Ya hemos dicho que el puente de Pajazo era indudablemente el de ménos difícil acceso; y si á esto se añade que se habia roto el de Contreras por órden de Adorno, y que el de Vadocañas se encontraba ya á distancia considerable del camino mejor y más corto de los que conducian á Requena el que, precisamente, cruzaba el Cabriel por el de Pajazo, se comprenderá que la mayor parte de las fuerzas españolas deberia haberse situado frente á éste y, cuando ménos, en una posicion central desde la que pudiese acudir á todos los puntos amenazados. Sin embargo, hasta dos batallones, el de voluntarios de Castilla y el 2.º de Valencia que se retiraron el 20 de la Minglanilla donde se hallaban en observacion del enemigo, fueron enviados á Vadocañas recomendándoseles la mayor rapidez en la marcha. De modo que al aparecer el 21 los franceses en ademan de tomar el puente de Pajazo, no habia para defenderlo más tropas que el batallon de suizos sin las compañías de granaderos que tambien se encontraban en el puesto de Contreras, y unos 200 Guardias españolas de los que, debiendo formar parte del ejército de Moncey, habian desertado al campo de los valencianos. Afortunadamente acababan de llegar un oficial

de ingenieros, D. Quintin Velasco, y algunos zapadores que bajaron inmediatamente al puente con el intento de cortarlo (1), y poco despues, cuando ya se veian sobre el ala derecha formarse en una llanura inmediata al rio fuerzas enemigas de infantería y caballería que parecian disponerse á envolver las posiciones de los Guardias españolas apostados en la montaña, apareció D. Pedro Cros con sus 500 paisanos y los cuatro cañones que se habia brindado á escoltar. Los paisanos, 20 guardias y una compañía de suizos bajaron dos de las piezas y, ayudados de los zapadores, las establecieron en la entrada del puente, á cubierto de un débil parapeto que los últimos improvisaron, miéntras las otras dos, apoyadas por el resto de los suizos, rompian el fuego en lo alto del escarpe que forma la márgen izquierda del rio. La posicion de los del puente en el fondo de un barranco dominado de todas partes y sobre un rio vadeable en muchos puntos, era crítica en extremo, por más que el camino que á él conduce fuese difícil

---

(1) En el Resumen histórico del arma, publicado en el *El Memorial de Ingenieros* y que se dice ser trabajo del distinguido Brigadier San Pedro, aparece un párrafo explicativo de la conducta de los individuos del cuerpo que formaban la academia de Alcalá en 1808. En él se manifiesta que «Rechazando con indignacion é »inaudito arrojo las sugestiones y amenazas del bastardo gobierno »que se habia erigido en Madrid, profesores y alumnos corrieron »presurosos desde los primeros dias de Mayo á unirse á los defen»sores de la pátria, dirigiéndose casi todos á Zaragoza, guiados por »el inmortal Sangenis que debia encontrar allí el glorioso término »de una vida sin mancilla.»

El resto se dirigió á Valencia por Arcas, Villora y Requena para entrar el 7 de Junio en aquella capital, y á él pertenecian los zapadores de que se trata.

El Rey premió despues esa conducta con una cruz de distincion.

y el terreno escabroso. Así es que el coronel Traxler creyó deber reforzar aquel puesto con las dos compañías de granaderos que, despues de una marcha de seis horas en ida y vuelta, llegaron de Vadocañas aunque cansadas y sin haber comido desde el dia anterior.

Ya en esto iba generalizándose el combate. Dos columnas francesas formadas en lo alto de la sierra de la Pesquera que domina el rio, habian derramado por la falda una nube de tiradores que bajaban á la orilla flanqueando por ámbas alas el puente, miéntras una tercera columna descendia por el camino, precedida tambien de sus guerrillas, en fuego desde el primer momento con las alas españolas que, emboscadas junto al puente, lograron detenerlas y hasta hacerlas retroceder aunque por breves momentos. El combate era, sin embargo, muy desigual: ni las dos piezas del puente podian hacer efecto alguno en posicion tan humilde como la en que se hallaban, ni la infantería encargada de sostenerlas oponerse con éxito á lo numerosa y aguerrida que venia á su encuentro. Resistian, sin embargo, y á pesar de la lluvia de proyectiles que sobre ellos hacian caer los franceses, cuando el toque de retirada, que desde lo alto les dirigió su coronel, les hizo desistir del combate y empeñarse en la árdua tarea de salvar la artillería confiada á su custodia.

El general francés Couin habia logrado á fuerza de brazos colocar en la cresta de la sierra que allí forma la derecha del Cabriel un obús y dos piezas de á ocho que, mal contestadas por las dos españolas de las alturas opuestas, habian obligado á Traxler á

retirar bastante su línea de batalla y debilitar, de consiguiente, los fuegos con que protegía la defensa del puente.

Retirada de los españoles.

No era éste el mayor peligro: aquella fuerza de infantería y caballería que se formaba al principiar la accion en un pequeño llano inmediato al rio, habia ido por sendas apartadas ganando la derecha de nuestras posiciones, y los guardias españolas, avisados por sus descubiertas y observando la marcha combinada de las columnas enemigas, emprendieron la retirada hácia Mira, avisando su comandante al de los suizos del riesgo que iba á correr desguarnecido, como quedaba, su flanco derecho. Traxler, que no habia recibido tal aviso, pero que viendo el peligro á que le exponia el fuego incesante de la artillería enemiga iba á consultar con su colega las resoluciones que en aquel caso pudieran ser más convenientes, se encontró abandonado; y deseoso de poder á su vez salvar las tropas de su mando comprometidas en la accion y tan distantes unas de otras, mandó replegarse á las que con tanto teson combatian en el puente. Al toque de retirada y apercibidos de que las columnas francesas empezaban á vadear el Cabriel, los paisanos se entregaron á la fuga más desordenada, trepando de frente la montaña ó corriéndose por una barrancada en direccion á Villargordo y Caudete. Los artilleros y zapadores intentaron el arrastre de las piezas; pero, viendo la lentitud de tal operacion con las de grueso calibre y que los franceses, pasando ya los vados, se dirigian á cortarles el camino, lograron, abandonándolas, burlar la persecucion y salvarse. No así los suizos que cubrian la retirada,

medio ahogados por la fatiga, extenuados de hambre y circuidos de una nube de tiradores que los acosaban de cerca y sin cesar con un fuego nutrido que ya les habia causado unas veinte bajas entre muertos y heridos, empezaron á ganar las laderas de aquella montaña, cuya cima se elevaba á centenares de piés sobre sus cabezas, y no encontrándose al poco tiempo sino muy pocos con fuerza para ganarla, cesaron la mayor parte en su resistencia y rindieron las armas; prometiéndose buena acogida de parte de unos enemigos que desde el primer momento del combate les estaban exhortando á pasarse á sus filas.

Observado esto por Traxler, se puso en camino para alcanzar la retaguardia de los guardias españolas, á quienes aquella noche perdió de vista para no volver á reunirse á ellos, puesto que, perdido por caminos extraviados para no encontrarse en el real con los franceses, se vió pocos dias despues obligado á capitular con ellos cuando ya creia salvarse en las Cabrillas reuniéndose á los soldados de su pátria adoptiva.

Errores del general Adorno.

¿Qué hacia entre tanto el general Adorno? Inmóvil en Requena, sin visitar las posiciones de sus tropas, archivados los planes de defensa que ideara el coronel Cabrer y sordo á los avisos que le daban los alcaldes de los pueblos amenazados de la invasion, le encontraron las noticias de que los franceses llegaban al Cabriel. Al salir, por fin, de su letargo, montó á caballo la mañana del 21; pero en vez de dirigirse rectamente á donde le llamaba, además de su deber como general en jefe, la obli-

gacion sagrada en todo militar de acudir á la voz del cañon que oía retumbar por su derecha, se encaminó por la izquierda á Vadocañas, al punto precisamente más apartado del lugar del combate. Allí le llegó, ya de noche, la fatal nueva de lo sucedido en el puente de Pajazo; noticia que, en vez de producir en su ánimo la resolucion de ejecutar las instrucciones de la Junta acosando al enemigo por flancos y retaguardia como terminantemente se le habia mandado, le impulsó á buscar en la Jorquera el abrigo de las tropas que mandaba el general Gonzalez Llamas. Con más decision y diligencia, aún podia justificar su proyecto de defender la línea del Cabriel, ensayando una nueva, pero más eficaz, resistencia en las Cabrillas, para lo que todavía le quedaban tiempo y los medios mismos que el dia anteror, si se exceptúa la cooperacion de los suizos, cuya mala suerte no podia en aquellos momentos conócer. Faltáronle, para enmendar tantos errores, talento, consejos y hasta aquel espíritu de verdadera desesperacion que en ocasiones tales dirige al camino del honor para salvarlo de una mancha que entónces, por desgracia, se hizo indeleble sobre Adorno, condenado dos años despues á perder su empleo de mariscal de campo.

Accion de las Cabrillas

No podia detener mucho á Moncey el trance de la accion entablada en el puente de Pajazo por tan pocas fuerzas como las que le habian opuesto los españoles, ni las bajas que sufriera su ejército, reducidas á las de 9 hombres muertos ó heridos; pero las malas condiciones del camino, de no fácil tránsito para la artillería, y la resolucion, en él invaria-

ble, de llevar, reunidas y descansadas las tropas, hacian lenta su marcha, contenida, además, por los proyectos de combinacion con las operaciones que suponia estaba á la vez ejecutando el general Chabran desde Tarragona y Tortosa. Esto que aparecia como de grandes é infalibles resultados al prudente y metódico mariscal Moncey, podia, sin embargo, ser de fatal trascendencia para el éxito de su empresa. Sin los errores cometidos por los generales españoles, áun despues de la victoria que acababa de alcanzar tan fácilmente en el puente de Pajazo, hubiera podido encontar séria resistencia en el desfiladero de las Cabrillas, á cuya entrada no se presentaron sus avanzadas hasta el dia 24. Sólo el general Marimon habia retirado las escasísimas fuerzas que se habian puesto á sus órdenes para la defensa del puente de Contreras, y la Junta de Valencia, al saber el paso del Cabriel y el abandono en que se encontraban las Cabrillas, no creyó poder tomar providencia más acertada que la de encargar al padre Rico de poner en estado de defensa aquellas formidables posiciones. ¡Todo el refuerzo que se enviaba á ellas era la persona de un fraile, lleno de valor y de patriotismo, pero absolutamente lego en el arte difícil de la guerra!

No desmintió el padre Rico en aquella comision la fama de celo, de actividad y de energía que le habian dado sus actos anteriores desde la sublevacion de Valencia, de la que habia sido el móvil más poderoso, el sostén más firme y el áncora de salvacion en los dias calamitosos que la habian puesto á prueba. Aceptada por él la nueva órden á las doce

del dia 23, once horas despues se encontraba ya conferenciando con Marimon, nombrado comandante general de aquel ejército; y áun cuando no era empresa fácil la de preparar medios eficaces de resistencia en unos momentos en que ya iban á aparecer las columnas francesas, aprestáronse las baterías que la incuria de Adorno tenia casi abandonadas; cubriéronse, aunque con paisanos, los puestos más eminentes de la sierra; y las pocas tropas regladas que quedaban fueron empleadas en sostener las piezas y en guarnecer los puntos más importantes de la carretera, único tránsito para la artillería y la caballería de los enemigos.

Descripcion del terreno.

La posicion de las Cabrillas es de las más fuertes que pueden imaginarse, una vez puesta en estado conveniente de defensa. La constituye un largo desfiladero abierto por la corriente del arroyo *Siete aguas* hasta la tercera parte de su extension, y despues por entre las montañas de la sierra, descendencia, segun hemos dicho ántes, de las que forman el llamado *nudo de Albarracin*. La carretera va en una direccion generalmente oriental abriéndose paso en un principio por las márgenes del Siete aguas; y cuando, separada de ellas por una eminencia notable cuya prolongacion al S. E. forma lomo hasta alcanzar y dominar la angostura ó portillo en que, como en la cresta de los montes, se dividen las aguas, ha recorrido la falda de los *Altos de la fuente del Alamo* que, con los que llevan el nombre de *Cintos de Roma*, forman el desfiladero, desciende al Buñol, villa considerable situada donde ya puede decirse que empieza la extensa y pintoresca llanura de Valen-

cia. Las ondulaciones de los montes en el primer tercio del desfiladero, las eminencias despues que forman el lomo mencionado y, por fin, los variados accidentes del terreno en que se abre el Portillo, son otras tantas posiciones desde las cuales puede enfilarse el camino y, guarnecidas y artilladas segun convenga y es posible, son capaces de ir conteniendo sucesivamente y hasta detener al enemigo más fuerte y mejor organizado. Moncey, despues de haber salvado *Las Cabrillas*, decia que «con siete mil »hombres podia defenderse el paso contra todas las »tropas del Emperador.»

Podria tener razon el ilustre mariscal si en una posicion como aquella no hubieran de mirarse más que las condiciones del tránsito principal, y no se observaran las demás de la montaña en la inmediacion ó en rumbos acaso más convenientes de seguir para el objeto de la accion ó de la campaña. Es rara la sierra que no presente pasos frecuentes de una á otra falda y mucho más si es de un órden secundario, y la en que se abre el desfiladero de las Cabrillas los ofrece, precisamente á su inmediacion, no muy difíciles y en direccion conveniente. Tomando en Siete aguas las del N. E. se encuentran caminos que, áun siendo de fácil defensa, no presentan los obstáculos formidables que Las Cabrillas; caminos cuya observacion costaria á los defensores una diseminacion de fuerzas muy perjudicial para las escasas de Valencia en 1808, y que conducen á Chiva flanqueando y tomando de revés las posiciones de la carretera y la del Portillo, que es indudablemente la más fuerte de todas ellas. En época posterior fue-

ron estos caminos interceptados con algunas obras de campaña; pero en Junio de 1808 se hallaban expeditos y es seguro que, de haberlos examinado Moncey, hubiera obtenido una victoria más fácil incruenta y decisiva.

Fuerzas y posiciones de los españoles

Los españoles no conservaban en las Cabrillas más fuerza que el regimiento de Liria, el ligero de Fernando VII, algunos Guardias españolas y soldados de Saboya que se habian retirado del Cabriel con 60 suizos de Traxler, y unos cuantos caballos; total, sobre 3.000 hombres, de los que no llegaria al de 300 el número de los veteranos. El regimiento de Liria, precedido de una compañía de Fernando VII en guerrilla, se extendia por las alturas de la derecha observando el Portillo y los caminos de Siete aguas á Chiva. En el centro, esto es, sobre la carretera y junto al Portillo, se habia construido una batería en que se emplazaron dos cañones y un obús, únicos que habia en las Cabrillas y que se encargaron de sostener los guardias y los de Saboya con su capitan D. Manuel Garmindez. En la misma línea, pero sobre las montañas de la izquierda, formaron el resto de Fernando VII y una nube de paisanos armados de palos, hachas, hoces y otros instrumentos de labranza. Mandaba estas tropas el general Miramon y casi, casi nos atreveríamos á decir que el padre Rico, ejerciendo, lo mismo en el ejército que en Valencia, una autoridad dictatorial y cuidando en las Cabrillas de los detalles militares más minuciosos, al mismo tiempo que en Buñol de preparar víveres para los combatientes y de llevar al templo toda la gente inerme á implorar del cielo su intercesion y auxilio.

El ejército francés llegó á mediodia á Ventaquemada, á vanguardia ya de la aldea de Siete-aguas y frente á las posiciones españolas. Moncey comprendió inmediatamente la dificultad de penetrar por el desfiladero y, fingiendo atacarlo de frente con una parte de sus ginetes apoyados por una batería de seis piezas que rompieron el fuego sobre la nuestra, destacó por derecha é izquierda dos fuertes columnas hácia las alturas que ocupaban los regimientos de Liria y Fernando VII. La de la derecha tenia que recorrer una distancia muy grande y un terreno que hacia muy escabroso el barranco por cuyo fondo se desliza el Siete aguas y por donde les era preciso penetrar; dificultades todas que habian de hacer su movimiento lento y hasta tardío. La de la izquierda era la llamada á representar el papel principal y á ejercer el mayor influjo en el resultado de la accion; porque, ganados los altos de la fuente del Álamo, la posicion del Portillo quedaba flanqueada y sin defensa. El general Harispe, *el héroe de los Vascos*, como le llama Thiers, se encargó del mando de la columna de la izquierda, compuesta de las compañías de preferencia, y á la cabeza de los soldados más robustos y ágiles comenzó á trepar las empinadas cumbres que ocupaba el regimiento de Liria. Pronto se puso al alcance del fuego y, entablándolo con nuestros tiradores de vanguardia de loma á loma y de roca á roca, fué paulatinamente arrollándolos, no sin pérdidas considerables causadas por los mismos paisanos que, valiéndose de la escabrosidad del terreno y del desórden consiguiente de los franceses al ganar la montaña, se mezcla-

Disposiciones de Moncey y principio del combate

ban con ellos, combatiéndolos cuerpo á cuerpo y segun les daba á entender su valor y la rábia de que se hallaban poseidos. Esto hacia sumamente lenta la marcha de la columna, á punto de que, siendo ya general el fuego á la una, aún se sostenia con el mayor teson á las tres y media, sin que nuestros compatriotas hubiesen abandonado la línea de batalla.

Impaciente Moncey por salvar cuanto ántes el desfiladero, dispuso cargara la caballería que habia penetrado por el camino al apoyo de las seis piezas, las que desde un altozano se hallaban en fuego con nuestro centro é izquierda. Ya habia avanzado várias veces como para apoderarse de la batería, esperando con sólo presentarse ante ella conseguir su conquista; pero siempre la detenia la metralla que el capitan D. José Ruiz de Alcalá hacia llover sobre los escuadrones enemigos. Ahora cargaron éstos de nuevo sin mejor suerte. Ya porque el combate no presentara todavía en la izquierda un aspecto decisivo, ó por las numerosas bajas que sufrian, retrocedieron tambien los jinetes franceses al abrigo de un ribazo que forma recodo en el camino, en espectativa de que, adelantando sus alas por los montes, llegara ocasion más propicia para cargar con seguridad de éxito.

Entre tanto, la izquierda francesa avanzaba, aunque despacio, hácia nuestra derecha; y, una vez en la cumbre de la montaña, se formaba en columnas de ataque, para acabar con la resistencia del regimiento de Liria que, apoyado por los cazadores de Fernando VII y los paisanos, se mantenia firme en

su posicion. Pero ya en lo alto, el resultado debia ser inmediato; y, efectivamente, pocos momentos despues, las primeras descargas, el aspecto de las columnas y el temor á una que parecia dirigirse á cortarles la retirada, puso á nuestros soldados en la fuga y dispersion más completas. El padre Rico, que los mandaba, sin caballo ya y desesperanzado de toda posibilidad de resistencia, descendió al centro precisamente en los momentos en que la caballería enemiga, viendo su izquierda vencedora, avanzaba de nuevo por el camino y, confundiéndose con los artilleros que servian las piezas de nuestra batería y acuchillando á los guardias de su escolta, se apoderaba del Portillo despues de matar 6 oficiales y 96 de los 184 veteranos que estaban encargados de defenderlo.

Entónces cesó de combatirse en toda la línea. La izquierda, viendo la dispersion de la derecha y el desastre del centro, emprendió tambien la retirada por el escabroso terreno que tenia á su retaguardia, no sin que en el camino dejaran de dispersarse, á punto de no entrar en Yatova 100 hombres de Fernando VII reunidos.

Dispersion de los españoles.

El resultado de la accion de las Cabrillas fué el que no podia ménos de esperarse, desde que las tropas encargadas de defender la línea del Cabriel no habian retrocedido á defender aquella excelente posicion. De haber aprovechado Adorno el tiempo que las malas condiciones del camino y la parsimonia de Moncey le daban para acogerse á los montes que la Junta de Valencia le habia mandado fortificar y defender, el ejército francés encontrara en las Cabrillas

tropas suficientes y, entre ellas, algunas veteranas que le hubieran opuesto una resistencia que mal podian ofrecerle las bisoñas de Liria y Fernando VII que, al decir del coronel Cabrer, *no habian hecho más de una vez el manejo del arma*. Aun así, el combate fué obstinado, y que lo sostuvieron valientemente nuestros reclutas y los paisanos que los acompañaban, lo demuestra su terminacion á las seis de la tarde, más aún el número de los muertos, que ascendió al de 500, y, sobre todo, el de los prisioneros que fué muy considerable, imposible si no hubieran estado, como estuvieron, luchando á quema ropa y cuerpo á cuerpo con los franceses (1)».

Barbarie de los invasores.

Miéntras los fugitivos corrian á Chiva, Turis ó Cofrentes, y el P. Rico, que habia logrado montar en Buñol un caballo aunque desensillado y sin bridas, se dirigia galopando á comunicar á la Junta de Valencia tan triste nueva, el enemigo siguió á Buñol donde no hubo atropello, violencia ni asesinato que

(1) Dice el P. Rico: «Más como su principal defensa era la artilleria, ésta cayó en poder del enemigo á pesar de la tenacidad »y bizarria con que la defendieron los nuestros, cuya fuerza constaba de 184 veteranos: perdimos en ella 6 oficiales y 96 soldados »muertos, y los restantes quedaron prisioneros. Con este desastre »comenzó á desfallecer nuestra gente, y en pocos momentos abandonó el campo, retirándose en dispersion. De los paisanos y regimientos de nueva creacion hubo 400 muertos, inclusos algunos »oficiales, entre éstos el Sargento mayor del batallon de Liria. »Tambien fué considerable el número de prisioneros. Pero no dejó »de salir cara al enemigo la accion de este dia porque perdió en »ella más de 200 caballos y 1.000 infantes.»

Foy dice que los españoles huyeron dejando en el campo todas sus piezas (ántes asegura que eran 12), su bagaje, 400 muertos y 500 prisioneros, y que la pérdida de los franceses no pasó de 50 muertos ó heridos «Victorias y Conquistas» dicen que las bajas de los españoles consistieron en 600 hombres; pero no señalan las de sus compatriotas.

no cometiera en hombres, mujeres y sacerdotes, saqueando, por fin, las casas y derribando ó escarneciendo las imágenes del templo (1).

Como los republicanos al cruzar el Apenino, los imperiales habian quedado extáticos contemplando desde lo alto de las Cabrillas la risueña campiña de Valencia, donde el deseo les hacia descubrir por entre el verde ramaje, salpicado de pueblos y caseríos, descanso, regalo, oro, la satisfaccion completa de todas sus pasiones sobreexcitadas con la marcha penosísima que acababan de hacer por las extériles llanuras de la Mancha. Descendian, pues, de los montes con la mente llena de ilusiones, con el corazon henchido por el calor del combate, del deseo de la venganza, y, como Buñol, Chiva y las aldeas próximas tenian que sufrir la explosion de la ira y de la brutalidad de los conquistadores. Encendiéronse más éstos con el abandono que encontraban en algunas localidades; pero lo que colmó la rábia y el desenfreno suyos, fué la extratagema usada por los vecinos de Cheste que, viendo una partida de franceses correr al pueblo con el ánsia de anticiparse á sus ca-

(1) Tres dias ántes se fijaba en las esquinas de Valencia el siguiente «*Aviso al público*.—Acaban de llegar á esta ciudad un general frances, con un coronel, un teniente coronel, y un sargento de la misma nacion, que corrian en posta desde Madrid al ejército de Cuenca, aprehendidos en el lugar de Saelices por unos paisanos; y se hace saber al público por la Junta suprema de Gobierno de este Reino, la cual espera de todos los individuos que le componen, que guardarán con tan ilustres prisioneros toda la atencion correspondiente á la generosidad que el derecho de las gentes impone para estos casos.»

Por si esto no bastara, el dia 23 se fijaba otro *Aviso*, revelando las precauciones que se habian tomado para impedir todo atropello á aquellos oficiales.

maradas en el despojo de las casas, los dejó penetrar en ellas, para en ellas sacrificarlos diseminados é inermes. Los soldados de Moncey creian descender á Cápua, sin descubrir entre los frescos viñedos y los bosques de naranjos la oscura entrada del Érebo á que los precipitaba su codicia y desenfreno.

Como Bessières en Castilla y Lefebvre y Duhesme en Aragon y Cataluña, podia el mariscal Moncey ir observando que los valencianos, desorganizados y divididos como estaban, no tenian intencion de cejar en su noble empeño de mantener ileso el santo principio de su independencia. Por la ignorancia que mostraban en el arte de combatir, comprenderia que las tropas que le habian hecho frente en las Cabrillas eran de reclutas y voluntarios sin instruccion ni consistencia; pero veria, al mismo tiempo, que no se intimidaban ante el número y el valor de las de su mando. La campaña de 1794 le habia enseñado á respetar á unos hombres que batidos todos los dias se presentaban siempre dispuestos á probar fortuna, ó, por hablar con más propiedad, á sufrir nuevos reveses. Por eso, sin duda, ponia de su parte lo posible para evitar los desmanes de sus soldados, que no podian considerarse sino como castigos al patriotismo que debian admirar, y daba libertad á cuantos, por no vestir uniforme, tomaria por quienes creian obligacion sagrada la de defender sus hogares de la violencia de los extranjeros. En Buñol trató de dulcificar la suerte de los malhadados habitantes, protegiendo al párroco y á algunos vecinos que encontró á punto de ser sacrificados; y, como desgraciadamente no logró todo el resultado que debemos suponer

desearia, dió libertad á los aldeanos que habian caido prisioneros de sus tropas en las Cabrillas.

Con esta conducta que nuestra imparcialidad no se cansará de elogiar y de agradecer, creia Moncey, además de satisfacer sus propios y generosos instintos, ganar los corazones de los españoles y disponerlos á someterse á las voluntades del Emperador. Consiguió, efectivamente, hacerse respetar; no el ser amado, que la causa que sustentaba era para los españoles tan aborrecible como dignos de reprobacion los medios de que Napoleon se habia valido para disculparla y áun darla la apariencia de un inmenso beneficio.

Podia, pues, disponerse á nuevas luchas, cada dia más obstinadas, á cada instante más sangrientas. Las treguas significan la falta de fé en una causa ó el cansancio de combatir, y los españoles se enardecian más y más en la pelea: ni la fatiga ni los sacrificios habian de amortiguar el fuego que los devoraba. Algo de esto debia temer el mariscal Mancey, porque, lo mismo despues de la accion de Pajazo que de la que acababa de ganar en las Cabrillas, no quiso continuar la persecucion de los valencianos más allá de Buñol, ni la marcha á la capital hasta que la artillería, cada dia más estropeada por la mala calidad del camino y por efecto de aquellos dos combates, pudiera seguirle reunida y en buen estado.

Entre tanto, y miéntras descansaban las tropas, expidió á Valencia con el capitan Gamindez, prisionero en las Cabrillas, una cortés, pero enérgica, intimacion, para que, abriéndosele las puertas de la ciudad, se evitara la efusion de sangre que mostraba

Intimaciones de Moncey.

condolerle sobremanera. Cortesmente tambien, y áun con frases calificadas de equívocas y artificiosas por algunos de los defensores de Valencia, le contestó la Junta hallarse el pueblo *decidido á repeler la fuerza con la fuerza para sostener sus sagrados derechos y á su jurado Soberano el Sr. D. Fernando VII.* Se conoce que Moncey vió en el escrito de la Junta algo de débil y conciliador, porque la noche misma en que lo recibió, que fué la del 26, diputó al coronel español D. Bartolomé Solano, prisionero tambien ó tránsfuga, con la mision de intimar de nuevo, pero verbalmente, á aquella corporacion la obediencia y demostrarle la necesidad de someterse al nuevo gobierno. Si la contestacion anterior de la Junta habia sido ambígua, la que llevó Solano, tambien por escrito, al mariscal francés fué imprudente además, porque daba á conocer el número y las posiciones de las tropas españolas. Pero cuando llegó á manos de Moncey, ya éste habia abandonado la venta del Pueyo, á unas cuatro leguas de Valencia, y Solano le encontró cuando ya se hallaba á la vista de un cuerpo de 8.000 españoles que se disponia á disputarle el paso de la cequia de Mestalla, junto á la ermita dedicada al culto de San Onofre por la piedad de los vecinos del barrio de Quarte.

Combate de San Onofre.

Los de Valencia, como los zaragozanos, no podian renunciar á combatir en campo raso miéntras el enemigo no llegase á las mismas puertas de la ciudad; dejándose engañar por su patriotismo y por la jactancia característica de nuestro país que los impelian á no cansarse jamás de pelear y ser vencidos. El desastre de las Cabrillas habia producido en Va-

lencia el mismo efecto que en Zaragoza el de Mallen: se habia llamado á las armas á cuantos se sintieran con fuerza para llevarlas; y miéntras la gente inerme se ocupaba en cerrar la ciudad y en fortificar sus puertas y principales avenidas, la juventud y á su frente las personas más influyentes de la nobleza, corria al campo para medirse de nuevo con el enemigo.

La Junta, que anteriormente habia oficiado al conde de Cervellon para que acudiese á las Cabrillas, no cesaba ahora de enviarle emisarios que lo condujesen á Valencia. Entretanto, habia encargado al brigadier D. Felipe de Saint-Marcq de reunir las tropas dispersas del último combate, las que aún permanecian instruyéndose en la inmediaciones de la capital y cuantos paisanos se brindaran á pelear á sus órdenes (1). Saint-Marcq se trasladó inmediatamente á Quarte y, situado su campo en la ermita de San Onofre, llamó á sí las tropas que se le habian destinado, les designó las posiciones que debian ocupar y dispuso las obras necesarias para fortificarlas en lo posible.

Va la acequia de Mestalla de Norte á Sur próximamente, recorriendo del Túria á la Albufera la llanura de Valencia. Junto á su nacimiento ó bocal se encuentra la villa de Manises, la cual da tambien nombre á la acequia que, despues de pasar por debajo del puente de San Onofre en el camino de Requena, sigue al lugar de Aldaya, distante algo mé-

(1) El Brigadier Saint-Marcq se habia fugado de Madrid el 11 de Junio y llegado á Valencia el 24.

nos de media legua de aquella primera poblacion y del Túria que riega y fertiliza sus campos.

Saint-Marcq ocupó toda esta línea y, como ya hemos dicho, fué designando las posiciones que habian de ocupar los grupos, porque no podian llamarse otra cosa, que componian la fuerza puesta á sus órdenes. Pero era imposible el mando, cual se entiende en la milicia, entre las gentes que habian acudido á las inmediaciones de San Onofre; y no sólo tuvo Saint-Marcq que sufrir el asesinato de un artillero por una turba de paisanos que llamaban traicion á la carga de las piezas de artillería con tacos de yerba, sino que él mismo hubo de esquivar el encuentro de ella para salvarse de su ignorante fiereza. Luchó, no obstante, largo rato por imponer algun órden en el campamento; mas no lo hubiera conseguido sin la llegada oportuna del coronel Caro que apareció la tarde del 26 con la pequeña columna de su mando.

D. Jose Caro. Era D. José Caro al estallar la revolucion capitan de navío y uno de los oficiales que habian ido á Mahon con el general Salcedo, encargado, como saben nuestros lectores, de relevar á Valdés en el mando de la escuadra. Los sucesos de España, habiendo hecho variar las circunstancias en que Salcedo recibió aquella mision, le trajeron á Valencia y con él á Caro, cuya reputacion militar y patriotismo, pero sobre todo, el ser hermano del marqués de la Romana, le valieron al dia siguiente al de su arribo á la Península el nombramiento de jefe de las fuerzas destinadas al camino de Madrid (1).

(1) Decreto de la junta de Valencia fecha 27 de Mayo.

Dedicado á la organizacion del regimiento cazadores voluntarios de Valencia, cuyo mando se le habia tambien conferido, y procurando su armamento y su instruccion, pasó hasta el 14 de Junio, en cuya tarde se puso en camino para Almansa con unos 2.000 infantes, total de la fuerza con que se le mandó incorporarse al ejército del general Roca, jefe ya por entónces de aquella frontera.

Con la noticia de la marcha que iba ejecutando el ejército francés del mariscal Moncey, la Junta de Valencia dirigió la columna de Caro hácia las Cabrillas, pero en época ya tan avanzada que, al llegar á Lombay, sabedor este jefe de la reciente derrota de nuestros compatriotas, determinó acudir á la defensa de Valencia. Más de treinta horas de marcha, nunca interrumpida, llevaba esta columna al llegar á Aldaya y, áun así, sólo se la concedió algun descanso al situarla en las posiciones que debia ocupar en la línea del combate que se preparaba.

Posiciones de los españoles.

Puestos de acuerdo Saint-Marcq y Caro y despues de intentados los mayores esfuerzos para reunir los paisanos que habian abandonado el campamento, se señaló á cada cuerpo el puesto respectivo y se le designaron los trabajos que habia de ejecutar para su defensa. En el ala derecha, sobre Manises y la orilla del Túria, fueron establecidos el batallon de Saboya, el provincial de Soria y una corta partida del regimiento de América. En la izquierda y junto al lugar de Aldaya camparon el provincial de Múrcia, los tiradores de Valencia y los batallones de paisanos del Campo Segorvino. La columna de Caro ocupó el centro para defender la ermita y el puen-

te de San Onofre, por donde era de esperar se presentarian los enemigos. La reserva consistia en unos 150 caballos de la Maestranza y de Numancia; porque la establecida en el alto de Paterna y almacen de la pólvora, compuesta de algunos grupos de paisanos desorganizados, poco podia ayudar desde la orilla opuesta del Túria y muy sobre la derecha de la línea de batalla (1). En estas posiciones aparecieron las tropas valencianas la mañana del 27, despues de haber ocupado la noche en la cortadura del puente y en la tala de árboles con que cubrir los punto más vulnerables de la línea. A mediodia formó tambien en ella un batallon de Miñones que su comandante D. Miguel Rodilla situó en un claro del ala izquierda; y dos ó tres piezas irregulares y sin su correspondiente dotacion de municiones, fueron establecidas en el centro para reforzar la accion que se esperaba de una de á cuatro que cubria el puente.

«Con este ejército, dice el P. Martinez Colomer, »pues, que constaba de 8.000 hombres, mil de tropa »veterana, y todo el resto de soldados acabados de »alistar, de eclesiásticos regulares y seculares, y

---

(1) En 28 de Mayo de 1814 manifestaba al Rey la Maestranza de Valencia entre otros servicios, el siguiente: «Con los caballos de »su servicio, con los caudales destinados á la manutencion de sus »precisas obligaciones, con la actividad que les dictaba el justo »deseo de vengar ultrajes no escritos en la historia, habilitaron el »escuadron para presentar la batalla en los campos de San Onofre »al mariscal Moncey en 27 de Junio, que creyó á Valencia ménos »amante de su Rey, y por ello ménos valiente. Allí ensayaron su »valor, no sólo los 20 caballeros que con la restante fuerza del »escuadron se presentaron en la línea, si otros cuatro maestrantes »que aunque no les permitian sus destinos políticos seguir á sus »compañeros en campaña, no quisieron dispensarse de acompañarles en tan inmediato riesgo.»

(Sirvieron de ayudantes á Caro y Saint-Marcq.)

»de paisanos mal armados (1) cuya caballería con-»sistia en 100 caballos, y toda su artillería en tres »cañones; se espera con intrepidez á un enemigo »acreditado por su valor y pericia militar, cuyas »fuerzas ascedian á 12.000 infantes, 1.800 caballos »y 18 piezas de artillería del calibre de 4 y de 8, y »obúses de 6.»

El resultado debia corresponder á esta despro-porcion de fuerzas y, sobre todo, á la de sus condi-ciones militares.

Trances de combate.

El mariscal Moncey, cuya marcha retardaba siempre el mal estado de los montajes de su artille-ría, llegó al frente de los valencianos ya entrada la tarde del 27 y, despues de observar ligeramente sus puestos, dispuso una parte de sus tropas en várias columnas para atacarlos simultáneamente.

La accion duró poco más de dos horas. En los primeros momentos, nuestros infantes, emboscados en los bordes del canal, repelieron con su fuego las avanzadas de caballería que se presentaron á la vis-ta. Aún las columnas enemigas experimentaron ba-jas considerables en su marcha y tuvieron que dete-nerse largo rato, azotadas principalmente por el cañon emplazado en el puente á la inmediacion de la ermita de San Onofre. Pero haciendo Moncey avanzár su artillería y dirigiendo sus escuadrones hácia Manises y Aldaya, los dos flancos de la línea española, impuso muy pronto silencio á nuestros infantes y artilleros, é infundió á los paisanos el te-

(1) El mismo Foy dice, «que á los que no pudieron recibir »fusiles, se les dieron armas blancas y áun hojas de espada sin »puño.»

mor de verse envueltos y acuchillados. Saint-Marcq encargado del ala derecha, y Marimon, que gobernaba la izquierda, hicieron los mayores esfuerzos para contener la fuga (1); Caro, que en el centro habia logrado sostener el ataque principal de los franceses, procuraba conservar sus soldados en las posiciones más resguardadas; y el P. Rico, siempre presente en todo trance difícil y de peligro, trató de animar á los que acababa de arrastrar desde Valencia al campo de batalla. Todo fué inútil: los paisanos se desbandaron, como era de esperar, retirándose á Valencia donde podria ser más eficaz su patriotismo. Saint-Marcq se acogió tambien á la ciudad con algunas de sus fuerzas y los cazadores de Valencia, regidos por su teniente coronel D. José Miranda: las demás tropas de su division, fraccionadas y en desórden, pasaron el Túria y fueron á refugiarse en los altos de Paterna y almacen de la pólvora en observacion de los franceses, cuyo campo atalayaban desde aquellas excelentes posiciones. Caro pudo reunir un poco á retaguardia de la línea de batalla parte de su columna, los guardias, suizos y paisanos que habian combatido á sus órdenes; y en busca del ejército de que dependia se dirigió á Lombay, donde se le unió el provincial de Múrcia, para desde allí ligar las operaciones sucesivas á las que

(1) D. José Miranda, teniente coronel entónces de cazadores de Valencia y despues teniente general, dice en su informe á la comision de Historia, que él mandaba el ala derecha. Las várias relaciones que hemos tenido á la vista para la descripcion del combate de San Onofre no le nombran; y no es de presumir que hallándose presente el brigadier Marimon, á quien Miranda no menciona, se le postergase á un teniente coronel, habiendo además dado pruebas inequívocas y recientes de su valor y patriotismo.

no dejarian de emprender muy pronto las fuerzas de Cervellon por el camino de Almansa y las de Llamas por el de Requena.

¿Puede darse situacion más semejante á la de los zaragozanos despues de la triste jornada de Alagon? Pues como á éstos, en la accion de las Eras al presentarse Lefebvre al frente de Zaragoza, vamos á ver á los valencianos victoriosos de Moncey, cuando al dia siguiente de la accion de San Onofre intenten apoderarse de la ciudad del Túria (1).

Nuevas intimaciones de Moncey.

Las tropas francesas camparon la noche del 27 en las posiciones conquistadas, y Moncey repitió desde Quarte en la madrugada del 28 la intimacion anterior con el mismo coronel Solano que el 26 la habia llevado desde la venta del Pueyo. El emisario la apoyó con toda clase de argumentos, ya haciendo ver la imposibilidad de resistir al ejército francés, cuya fuerza hacia ascender á la de 15.000 infantes y 4.000 caballos con una numerosa artillería, ya manifestando que «si en vez de entrar con el ramo de »oliva en las manos, llegaba Moncey á penetrar en »Valencia coronado de laurel, no dejaria piedra sobre »piedra y degollaria desde los niños más tiernos has»ta los ancianos.» (2) Indecisa la Junta, trató de in-

---

(1) Los cronistas españoles del sitio de Zaragoza cuentan que Lefebvre dijo á los prisioneros de Alagon «que al dia siguiente to»maria cafe en aquella ciudad *á pesar de los* 30.000 *idiotas encer»rados en ella.*» El P. Rico manifiesta que al terminar Solano su discurso á la Junta intimando la entrega de Valencia, le dijo al oido el capitan general «¡Hé bien, padre Rico! ¿Ha visto V. en qué »ha parado la gresca que V. ha movido en Valencia y en todo el »Reino? Moncey entrará á las diez: dice que quiere desayunarse »con V.; prepárese V. para responderle.»

(2) Son las palabras que el P. Rico pone en boca de Solano.

quirir el estado de los ánimos en la ciudad; pero despues de recibir algunas contestaciones de las Juntas parroquiales, casi unánimes en su opinion de resistir, algun vocal de la Suprema, de acuerdo con el P. Rico, salió á las calles y puertas á sublevar á los habitantes y, retirando la guardia de la casa consistorial donde aquella celebraba sesion, la dejó á merced de los defensores más acalorados, quienes la impusieron su propia resolucion á la voz de «¡Guerra á los franceses!» «¡Mueran los traidores!»

Con esto las autoridades salieron á inspeccionar los puntos más amenazados de un ataque muy próximo ya, y en la puerta de San Vicente se redactó la elegante y lacónica contestacion á las intimaciones de Moncey: «Excmo. Sr.: El pueblo de Valencia pre»fiere la muerte en su defensa á todo acomodamien»to. Así lo ha hecho entender á la Junta, y ésta lo »traslada á V. E. para su gobierno.»

Solano se negó á llevar tal respuesta, y lo hizo D. Joaquin Salvador, sobrino del Capitan general, contra la opinion de Rico que deseaba la anunciaran los cañones que harian ver con mayor elocuencia el noble y heróico propósito de los valencianos.

Desde aquel instante todo Valencia se dispuso á la pelea, y las autoridades, acabado el período de las vacilaciones á que no podian ménos de entregarse ínterin hubiese camino á la debilidad, se dedicaron á secundar con sus providencias la accion hasta entónces desordenada de sus administrados.

Defensas de Valencia.

Ya indicamos en el cuadro de los beligerantes, estampado al final del primer tomo, cuáles eran las fortificaciones de Valencia. En los límites de un es-

tado, no era, sin embargo, posible reseñar ni las defensas accesorias de esas mismas fortificaciones, ni las que un ejército ó un pueblo, decididos á resistir la invasion, podrian aprovechar para verificarlo con algunas probabilidades de fortuna ó, al ménos, con honra, nunca sin vender cara su desgracia.

Asienta la ciudad en una vasta llanura cubierta de una vegetacion exhuberante, casi tropical, y cortada por las aguas del Túria y las de los varios canales que riegan tan feraz campiña, salpicada de pueblecillos, quintas y alquerías hasta una distancia muy considerable. Circuye la poblacion una dilatada é irregular elipse de muros antiguos, pero robustos y flanqueados de torreones, áun cuando sin parapeto, demolido en la guerra de Sucesion en castigo de la resistencia opuesta á la dinastía borbónica y en prevision de nuevas sublevaciones contra ella. Almenas en algunos tramos, fosos en otros y una comunicacion, rara vez interrumpida, por el andén superior, así como un camino de rondas, unido todo al espesor extraordinario de las murallas, hacian inatacable la ciudad sin la accion de artillería de grueso calibre, á no ser por las puertas. Las torres, en este caso, que las forman y las defensas accesorias que en ellas podian acumularse, sabiéndose que habian de ser los puntos únicos de ataque, harian, sin embargo, difícil la expugnacion de las puertas, áun por las que ofrecen entrada en la zona más vulnerable que es la occidental, hácia donde se presentaban los franceses. Por las septentrional y oriental, la dificultad de los tránsitos del Túria, así el de su cáuce como el de los varios puentes que lo

cruzan, y el temor á los fuegos de la ciudadela, apartarian de los enemigos toda idea de atacar en aquellas direcciones.

Los valencianos dirigieron, pues, toda su atencion á interceptar las avenidas por donde veian acercarse al ejército de Moncey, y en las pocas horas de que pudieron disponer para reparar la imprevision ordinaria de nuestros compatriotas hasta los momentos del peligro, lograron lo que sólo su carácter fogoso y su patriotismo son capaces de alcanzar al sentir el aguijon de su espíritu de independencia. Las puertas que no se creian bastante resguardadas por las torres ó el muro en que estaban construidas, como la del Mar, de Ruzafa, la Nueva, de Serranos y de la Trinidad, se cerraron y fueron aseguradas con grandes maderos; protegiéndolas, además, en las calles que á ellas confluyen con baterías bien armadas que, de romperse las puertas, impidieran la entrada al enemigo. La de San Vicente, al S. O. de la ciudad y próxima, de consiguiente, al campo de los franceses, se cubrió con una batería con su espaldon y foso; pero ántes de terminarse la obra, la discordia inseparable del paisanaje y esa vanidad técnica que tanto le gusta acreditar, la impulsaron á poner en batería en la parte exterior de la puerta las dos piezas de á 24 y el obús destinados á ella, jurando no cerrarla sino morir ántes que ceder á los ataques enemigos. Al frente de la puerta de Quarte, una de las más amenazadas, se abrió una gran zanja y se tendieron caballos de frisa y talas que impidiesen el tránsito á los asaltantes; en el primer cuerpo de las torres se construyó, además, la embrasura por don-

de una pieza de á 8 debia enfilar la calle del Arrabal; en el tablero de la puerta se practicó otra para hacer fuego sin necesidad de tener aquella de par en par abierta, é interiormente se levantó una batería de sacos á tierra para el caso de que ganara la puerta el ejército francés. Entre las puertas de Quarte y la Nueva ó de San José, existia una torre, la de Santa Catalina, donde se construyó una fuerte batería con parapeto robusto de sacos á tierra y foso anchuroso y profundo. Cuatro piezas de grueso calibre que en ella se montaron debian enfilar el paseo de la Azad y las avenidas de Quarte. La Ciudadela. sólido fuerte de forma trapezoidal, construido al S. E. de Valencia en el ángulo formado por la muralla del rio y la que hace frente á la Vega, con alojamiento para unos 500 hombres, vastos almacenes y depósitos de material, cubriria con el fuego de siete ú ocho piezas, morteros y cañones de sitio, la puerta del Mar, abierta á su pié y á que convergen los varios caminos que del Grao y de la Vega conducen á aquella zona meridional de Valencia. Las murallas, en fin, recibieron algunas reparaciones en su andén superior y, á trozos, parapetos provisionales que cubriesen á sus defensores; y puertas, tejados y balcones y ventanas se coronaron de cerca de 20.000 hombres dispuestos á impedir á Moncey la entrada en su ciudad, por más que hubiera de costarles sacrificios grandes y la venganza más cruenta si eran arrollados y vencidos. Habia muy poca fuerza veterana, destinada como habia sido casi toda al ejército que con Cervellon y Llamas campeaba en las dos carreteras de Madrid; pero los pocos artilleros que

quedaron en Valencia, ayudados por los marineros del Grao que se ofrecian á manejar las piezas, estaban llenos de ardor y prestarian aquel dia los servicios más importantes. Los cazadores de Valencia salieron al amanecer de la ciudad y con los restos de los cuerpos desordenados en la jornada anterior y los muchos paisanos que campaban en los altos de Paterna, formó el teniente coronel Miranda una línea de guerrillas entre estas eminencias y la *Alameda* próxima á Valencia, que tomaron una parte muy activa en el ataque de aquel dia.

Las autoridades, ya que no podian presidir á aquellos preparativos, cuya iniciativa y cuya ejecucion se debian al pueblo y á oficiales del ejército, ingenieros ó artilleros que tenian allí su destino, se dedicaron á recorrer é inspeccionar los puestos, á cuidar del aprovisionamiento de ellos y á conservar el órden en la ciudad. El que verdaderamente brillaba por su celo y por su abnegacion era el P. Rico que se hallaba en todas partes, en todas proveia á lo más urgente; y general, administrador y sacerdote era el móvil, el sostén y la palanca más poderosa de la resistencia que iba á encontrar allí el mariscal Moncey.

Ataque de los franceses.

Defraudado éste en sus esperanzas de que fueran aceptadas las proposiciones de capitulacion que acababa de hacer á los valencianos, preparó el ataque para la tarde de aquel mismo dia 28. Situándose al frente de Quarte y de San José, formó dos grandes columnas y desde el punto llamado la *Cruz de Mislata* las dirigió escalonadas contra aquellas puertas elegidas para penetrar en Valencia. Nuestras avan-

zadas se vieron muy pronto compelidas á retirarse á la poblacion por el fuego y el ímpetu que desde los primeros momentos desplegaron cuatro compañías de tiradores franceses que Moncey hizo avanzar en guerrilla para distraer la atencion de los valencianos de los puntos de ataque. Entre tanto, dos baterías situadas á medio tiro de cañon en las avenidas que dirigen rectamente á las referidas puertas rompieron el fuego contra ellas, procurando echar por tierra las defensas que los sitiados habian opuesto y que la precipitacion, segun ya hemos dicho, habia reducido á muy cortas proporciones.

Por la puerta de Quarte

Preparado así el ataque, partieron las columnas francesas. La de Quarte avanzó hasta la cortadura que precedia á la puerta, de donde sólo muy pocos valientes pudieron ganar algun terreno, aunque la mayor parte á costa de su vida. El fuego del cañon emplazado en lo alto de la puerta y el de la fusilería colocada en las torres y la muralla y áun el que se les hacia por su flanco izquierdo, obligaron á los franceses á detener su marcha y buscar un establecimiento próximo en que esperar refuerzos ó el resultado de otros ataques laterales.

Por la de San José.

La columna que habia recibido la mision de asaltar la puerta de San José, descubrió, al emprender la marcha, la batería de Santa Catalina, desde la cual habian comenzado los valencianos un fuego nutrido y certero. Y como tenia que ganarla para ejecutar rigorosamente las órdenes recibidas, la columna francesa emprendió el ataque de la batería de Santa Catalina. Pero allí, como en Quarte, nuestros cañones de grueso calibre vomitaban inmensos racimos de

metralla; los soldados y paisanos del muro, al abrigo de todo peligro, disparaban con el mayor acierto sus fusiles, y los que defendian la torre y los que la apoyaban desde la orilla izquierda del Túria, no permitian á los enemigos dividirse para dar el asalto. Así es que no tardó tampoco esta columna en convencerse de su impotencia y en desistir, al ménos por algun tiempo, del ataque.

Moncey mandó entónces situar en el jardin botánico dos obúses y otros dos junto al convento de San Sebastian, á uno y otro lado del camino de Quarte, los cuales rompieron inmediatamente el fuego al interior de la ciudad. Ni los efectos de cuatro piezas de campaña podian ser desastrosos, ni los de los mismos morteros han sido por lo regular bastante aterradores para provocar la rendicion de una plaza. Las granadas francesas no causaron extrago alguno; y los valencianos, en vez de atemorizarse, contestaban á las explosiones de los proyectiles con los gritos de «viva Fernando VII,» y «mueran los franceses,» que llegaban al campo de éstos como en contestacion de los disparos de su artillería.

Los ataques á que nos acabamos de referir habian tenido lugar entre dos y tres de la tarde, poco despues de haber vuelto á la ciudad D. Joaquin Salvador de su conferencia con Moncey. Interrumpidos un rato por la resistencia enérgica de los sitiados y la necesidad de reforzar las columnas de ataque, el mariscal hizo reconocer el recinto al general de ingenieros Cazal é inmediatamente despues renovar el combate (1).

(1) En este ataque cargaron algunos suizos de Traxler, lo cual dió lugar á una reclamacion enérgica por parte del coronel, la

Segundo ataque á Quarte.

La columna de la derecha se dirigió de nuevo á Quarte y, salvando la cortadura abierta al frente y burlando los caballos de frisa y demás obstáculos inmediatos, logró aproximarse á la puerta. Por conveniencia ó por gala, los defensores, no satisfechos de hacer fuego por el boquete practicado en el tablero de la puerta, la hacian abrir á cada disparo de la pieza de á 24 que tenian establecida en el portal, volviéndola á cerrar ínterin cargaban de nuevo. El fuego de esta pieza, el de la de campaña que operaba en la embrasura del cuerpo superior de la puerta y el graneado que hacian los defensores desde lo alto del muro y por el boquete de la puerta cuando estaba cerrada, causaban grande extrago en los enemigos. Poco á poco fueron éstos comprendiendo la dificultad de penetrar en aquel antro que no se abria más que para mostrarles la muerte y, abandonando su formacion, se dividieron para, arrimados á las paredes y de casa en casa, rehuir el fuego y buscar el medio de deslizarse con la impunidad posible hasta la puerta (1). La astúcia era, sin embargo, tan inefi-

---

cual fué, como era de esperar, despreciada por el mariscal Moncey. Fué ésta una de las amarguras porque hubo de pasar Troxler, á quien vimos rendirse á los franceses despues de la accion de Pajazo, amarguras que cuando pudo escapar á la vigilancia de sus enemigos escribió en una sentida Memoria que existe en el Depósito de la Guerra.

(1) El P. Colomer, en su historia de aquellos sucesos, dice á propósito de ésto. «El cañon de á 4 que estaba colocado sobre el »portal, y la fusilería alta y baja hacian incesantemente el fuego »más vivo; la de la puerta dirigia el suyo con acierto por la tronera »en tanto que se cargaba el cañon, y lo suspendia cuando éste se »hallaba ya dispuesto: entónces abrian á un mismo tiempo las »puertas con velocidad, se disparaba el cañon que sirvió siempre á »metralla, y apénas se habia disparado se volvian á cerrar las »puertas con la misma prontitud, y la fusilería volvia tambien á »repetir su vivo y graneado fuego.»

caz entónces como la fuerza; y hacia más de una hora que habian emprendido su ataque los franceses sin que lograran establecerse en la puerta ni causar siquiera bajas considerables en los nuestros, abrigados trás de las almenas y parapetos de la muralla.

Los franceses rompieron entónces el fuego con dos piezas que, despejada la calle del Arrabal, pudieron tomar por blanco la puerta; pero su efecto se redujo á hacer algunos taladros en ella sin ofender apénas á los que la guardaban. Los soldados de Moncey, desalentados con la inutilidad de sus refuerzos y sin esperanzas de que la artillería les facilitase la entrada, se limitaron á mantenerse esparcidos por las casas próximas á la puerta, para no aumentar la montaña de cadáveres que habia empezado á elevarse con muchos de los de sus compatriotas (1).

Segundo a la de San José.

Hácia la puerta de San José el combate habia ofrecido un espectáculo y resultados semejantes. El batallon de fusileros que desde San Onofre se habia retirado á Valencia se hallaba, al renovarse ahora la pelea, al frente de la batería de Santa Catalina, de la que habia salido en persecucion de los franceses. Al volver éstos reforzados por varios cuerpos de infantería y cuatro piezas de campaña, los fusileros tuvieron que acojerse de nuevo á la batería cuya guarda se les habia encomendado, como puesto el de más peligro en toda la línea de defensa. Los enemigos acometen entónces con su valor é ímpetu ordinarios. La batería arroja sobre ellos hierro

(1) Dice el general Foy: «A los pocos momentos no habia en la proximidad de las dos puertas (las de Quarte y San José) más que un monton de muertos y heridos.»

y plomo con profusion aterradora; pero, áun arrebatando filas enteras de la columna de ataque y cubriendo su frente de cadáveres, no logra contener su marcha hasta el borde del foso. Allí se hallaba, sin embargo, el límete de sus esfuerzos. El capitan Don Santiago O'Lawlor y varios otros oficiales que dirigian la defensa en la batería, llaman á sí y establecen en el parapeto sus soldados; una pieza emplazada en lo alto del muro que se eleva á la izquierda de la torre y los paisanos que lo coronan redoblan el fuego segun es mayor el peligro á que ven expuestos á los de Santa Catalina y, reforzados los de abajo y los de arriba por cuantos custodian los puntos inmediatos, despliegan tal masa de fuego y energía tanta, que hacen impotentes el valor y el ímpetu de los enemigos. Abrumados con la metralla y el incesante fuego de fusilería que se les dirige de la batería, de la muralla, de los tejados y hasta de las torres más próximas y de la otra orilla del Túria; desmontada una parte de su artillería por la nuestra, de mayor calibre y en situacion excelente, y observando la ineficacia del ataque de su izquierda, cejan allí tambien los soldados de Moncey y se retiran precipitadamente (1).

En esta situacion empezó á escucharse hácia la izquierda del ejército francés un fuego bastante vivo Accion de los de la Huer-

(1) «Opusiéronsele, dice el P. Rico, más de 3.000 fusiles que »obraban á un tiempo desde el muro y la parte opuesta del rio; los »cuatro cañones de la misma batería con un fuego sostenido y es»pantoso; y el que arrojaba con igual acierto y terror el de á 4 »que estaba colocado sobre el muro, y esta firmeza y el estrago »que sufria la columna enemiga, la hizo desistir de su empresa, »y huyó vergonzosamente hasta sus reales.»

ta contra la retaguardia francesa.

de fusilería y muy luego la algazara de gente desordenada, pero victoriosa. Los restos de la division Saint-Marcq, los que de la columna de Caro se habian acogido á Valencia con Miranda y los paisanos de la Huerta unidos á él, viendo á Moncey comprometido en el ataque de Valencia, creyeron llegado el caso de operar una diversion sobre el flanco de las tropas destinadas al asalto. Desde la márgen izquierda primero, y por la derecha cuando vieron que no se les oponia una gran resistencia para cruzar el sediento lecho del Guadalaviar, soldados y paisanos fueron rechazando las descubiertas y avanzadas enemigas hasta colocarse á retaguardia de las columnas que atacaban la puerta de Quarte y la batería de Santa Catalina. Pero ya en este terreno la lucha era muy desigual. Los franceses agolparon allí una gran parte de sus reservas, pusieron en batería algunas piezas frente á las avenidas por donde asomaban los españoles y trabaron un combate sumamente obstinado y sangriento. La agilidad de los nuestros, guiados, además, por aldeanos de aquellas mismas localidades, conocedores, por consiguiente, de las encrucijadas y revueltas que allí forman las casas, las acequias y el cultivo que accidentan el terreno del arrabal de Quarte, fué venciendo en un principio la resistencia que oponian los franceses, á quienes fueron arrollando por la calle del Beato Bono á espaldas del Botánico. Mas el número siempre creciente de los enemigos y la superior disciplina que los distinguia, tenian que dar resultado, mucho más en una ocasion en que aparecian comprometidos los que habian avanzado al ataque de las puertas. Por valien-

tes y tenaces que se mostraron los valencianos en la defensa del terreno que acababan de conquistar, tuvieron que ir abandonándolo poco á poco, hasta repasar el Túria y acogerse de nuevo al Campanar, de donde habian salido tan oportunamente una hora ántes.

Pero, áun así, se habia salvado Valencia. Inútiles serian ya cuantos esfuerzos hiciera Moncey para enseñorearse de aquella ciudad. Los habitantes sabian que, con mantenerse firmes en sus puestos, podrian burlar la bizarría y la ciencia militar de los enemigos imposibilitados de poner allí en juego sus tan temibles maniobras; y, con sólo esta conviccion, se hacian invencibles.

Moncey creyó que no debia desistir todavía de una empresa tan interesante, y probó un esfuerzo decisivo que le hiciera dueño de Valencia ó le manifestase de una vez para siempre la inutilidad de nuevos sacrificios y la precision de recoger su diezmado ejército al abrigo y apoyo de los que operaban en el centro de la Península. Ultimos ataques.

En consecuencia de esta resolucion hizo atacar la puerta tapiada y la parte de muralla que cubria la plaza del Carbon en el frente siempre de su ejército. Pero si en un principio el fuego violentísimo de su artillería llegó á imponer á los defensores, que no encontraban abrigo contra tanto proyectil como llovía sobre ellos, no tardó en renacer la confianza y en rechazarse á los enemigos con los refuerzos que acudieron de todas las demás partes de la ciudad.

Tampoco obtuvo resultado favorable otro ataque dirigido al mismo tiempo á la puerta de Santa Lucía;

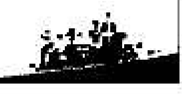
Por el contrario, nuestros artilleros, áun disparando por las indicaciones de los atalayas por no consentir la puntería lo espeso del arbolado, desmontaron algunas de las piezas francesas; y los paisanos, deslizándose por la puerta de Ruzafa sobre el flanco de los enemigos, los arrojaron de los caseríos y de los huertos en que estaban ejerciendo sus violencias y robos de costumbre.

Al anochecer habia cesado el combate. Al ruido de la batalla habia sucedido el sordo rumor de sus consecuencias. En el campo francés la agitacion del vencimiento, la revista de las tropas, la inspeccion de las armas y de las municiones, el establecimiento de los hospitales y las reformas necesarias en el material de la artillería y de los trenes; en la ciudad el entusiasmo, la exaltacion, el delirio de un triunfo tanto más glorioso cuanto que se acababa de arrancar de los primeros soldados del mundo.

No por eso se descuidaban las precauciones, nunca más necesarias que en momentos como aquellos, en los que era muy de temer una reaccion que hiciese costar caro cualquier descuido. La tropa y los vecinos armados se mantuvieron vigilantes en sus puestos, y toda la noche y mañana siguiente se ocuparon los demás en reforzar con nuevos parapetos las obras de defensa. Se desbrozaron los campos inmediatos á los puntos de ataque talando los cañaverales y arbustos con que se habian cubierto aquel dia los tiradores franceses; se dió curso á las aguas de las acéquias que dan movimiento á los molinos del interior de la ciudad; se quemaron algunos edificios que, como la plaza de toros, podian servir de







apoyo á nuevas embestidas del enemigo; se proveyó de municiones á todos los defensores y áun se convirtieron en proyectiles de metralla trozos de hierro que los particulares ofrecian por carecerse de los regulares del arma; no se descuidó, en fin, nada para poder repetir al dia siguiente la dura leccion que el pueblo valenciano acababa de dar á los soldados de Napoleon.

El mariscal Moncey no se creyó con fuerzas para intentar un nuevo ataque. Habia perdido en aquel más de 2.000 hombres entre muertos y heridos, con algunos jefes y el general de ingenieros M. Cazal: ¿qué esperanzas podia, pues, abrigar de hacerse dueño de Valencia con las tropas que le quedaban y con una gran parte de su artillería desmontada ó fuera de servicio? (1)

Decidióse, pues, á abandonar la campiña de Valencia, á la que no veía asomar la division Chabran y en la que estaba en peligro de ser envuelto por las de Cervellon y Llamas que sabia se andaban esta- **Retirada de los franceses.**

(1) Foy confiesa que Moncey perdió cerca de 2.000 hombres y que la artillería con que atacó la ciudad fué en parte desmontada por el fuego superior de la de nuestros compatriotas.

Thiers, no sabemos con qué datos, reduce las pérdidas a 300 hombres muertos ó heridos. Pero lo que asombrará á nuestros lectores es que exista una obra, que se llama de historia, la que lleva el título de «Victorias, Conquistas, etc.,» en que despues de describir el estado formidable de la defensa de Valencia, se dice que Moncey atacó los arrabales donde, despues de derrotar á los nuestros con muerte de muchísimos, cogió unas 20 piezas de artillería con que estaban armados los atrincheramientos exteriores, y esperaba las suyas de grueso calibre (no sabemos de dónde), cuando á los dos dias supo la reunion de unos 6.000 españoles en la derecha del Júcar y se decidió á combatirlos ántes de tomar á Valencia, por lo que se fué á Alcira y despues á Almansa, donde los acontecimientos de Andalucía le impidieron volver á las orillas del Túria. Esto dice una obra escrita en el Depósito de la Guerra de Francia.

bleciendo en los dos caminos de Madrid para interceptar los refuerzos que Murat pudiera enviarle.

Esta era la resolucion más prudente, y Moncey la adoptó con la prontitud y la energía que eran de esperar de su carácter y de sus talentos militares. Una duda le sobrecogió; la de si deberia tomar el camino de Tarragona para reunirse á Chabran, á quien consideraba en marcha hácia Valencia, y áun se dice que inició el paso del Túria para emprender un movimiento del que esperaba sacar fruto al instante, volviendo con medios suficientes para castigar la resistencia de los valencianos (1). Pero pronto prevaleció en su ánimo la idea de acogerse al centro de la Península, donde él se encontraria seguro de toda contingencia, tan fácil engolfándose en el camino largo y desconocido de Cataluña, y donde podria secundar á su vez los planes del lugar teniente del Emperador, general en jefe de todos los ejércitos que operaban en España.

---

(1) El P Colomer, despues de señalar el emplazamiento de una batería francesa «en el boquete que hay junto á la pechina en el pretil del rio,» dice así: «Era su ánimo (el de los franceses) des»alojar á los nuestros y abrirse paso para tomar el camino de Bar»celona; pero nada pudo adelantar, porque unido Miranda con el »conde de Romrée que estaba tambien á la otra banda del rio, no »sólo no trataban de desamparar el puesto, sino que iban avan»zando hácia el enemigo, tanto más cuanto iba declinando el dia; »de modo que el continuo y vivo fuego de aquella parte, el que »de otras les hacian los fusileros, y el haberles volado un arcon de »municiones que allí tenian, los aterró de manera que, acobar»dados, clavaron los cañones y escaparon.»

Foy dice que Moncey tuvo un instante el proyecto de pasar el Guadalaviar y dirigirse al encuentro de Chabran.

El general Miranda dice lo siguiente en su informe: «El 30 al »amanecer intentaron los enemigos romper el paso por Paterna »con el fin de tomar la carretera de Cataluña, los que fueron re»chazados por tres veces con las tropas que tenia situadas Miranda; »siendo compuestas éstas de los refuerzos que le habian llegado

Dos caminos habia para Madrid: el que acababa de recorrer y el que pasa por Almansa y Albacete. El mariscal Moncey habia elegido ántes el primero por corto; mas las dificultades que tuvo que vencer le revelaron las que encontraria si, despues de un revés tratara de arrostrarlas de nuevo. Las noticias que le llegaban á cada momento por los rezagados le hacian conocer, además, que en las Cabrillas se reunian y fortificaban las tropas del general Llamas que habia dejado sobre su flanco derecho, disponiéndose á cerrarle el paso, si retrocedia, y á disputarlo á los refuerzos que Murat le enviase por aquel camino. La carretera de Almansa ofrecia en primer lugar la ventaja de una gran facilidad para la marcha de su artillería tan deteriorada en la que acababa de recorrer, y despues la de que, siendo el terreno despejado y llano, cabria el hacer uso de la caballería, tan temible siempre á las tropas de nueva creacion ó sin los hábitos de la guerra. No dejaria tambien de inclinarle á emprender la retirada por este camino la idea de que los enemigos, que en

»en la noche anterior en union de los cuerpos de paisanos regi-
»mentados que tenia á sus órdenes, y de los que habian acudido
»de antemano habiendo coronado las alturas de la Pólvora y sus
»inmediaciones; mezclando los armados con desarmados para
»aparentar fuerzas que realmente no tenia, desistieron de su em-
»presa; y entre ocho y nueve de la mañana formaron su ejército en
»tres columnas con la del equipaje en el centro, y aparentando
»diferentes movimientos, marchando y contramarchando, empren-
»dió su retirada en la tarde por el camino de Torrente abándo-
»nando una pieza de artillería, dirigiéndose á Torre Pioca desde
»donde avanzó una division al Ginet.»

Fué el 29. El escrito de Miranda, como redactado en 1819 y donde el general no tenia datos á la mano, hallándose mandando en Céuta, adolece de algunas equivocaciones respecto á las fechas de los sucesos en que tomó parte. El mismo se anticipa á confesarlas.

caso habian de oponérsele, se hallasen divididos ignorando cuál de las dos direcciones se resolveria á adoptar el mariscal. Decidióse, pues, y en nuestro concepto, muy acertadamente, por la de Játiva y Almansa.

Fijado el proyecto, la ejecucion fué todo lo pronta y hábil que era de esperar de un hombre tan experimentado como el mariscal Moncey. La noche misma del 28 recogió los heridos de la jornada, los estableció en las ambulancias y carros que pudo procurarse en las cercanías de Valencia y, despues de algunas evoluciones dirigidas á desorientar á los vigías de la ciudad, se encaminó á las nueve de la mañana sobre Torrente, pueblo inmediato, situado entre las dos carreteras de Madrid, donde campó la noche del 29 al 30.

Los valencianos, afanados en la obra de fortificarse, no conocieron hasta muy tarde la verdadera direccion de los franceses, engañado el vigía del Miguelete con las marchas y contramarchas con que Moncey inició la retirada. Sabida ya ésta, salieron de la ciudad vários destacamentos con el encargo de picar la retaguardia del ejército contrario, quienes se ocuparon en prender á algunos de los enemigos cuyo estado de embriaguez no les permitia seguir el movimiento de sus camaradas (1). Por desgracia, la indefensa de uno de aquellos miserables, á quien intentaban matar los de la Huerta, costó la vida al ca-

(1) En la hoja de servicios de Saint-Marcq consta que «salió »con algunos dragones (serian los de Numancia) y paisanos arma»dos con los que recogió seis cañones que los enemigos iban de»jando por el camino.»

pitan O'Lawlor, cuyo valor y talento le habian hecho merecedor de la estimacion de todos los defensores de Valencia.

En la ciudad, la alegría rayaba en delirio. La reciente victoria, llenando de orgullo legítimo á los habitantes, les hacia sentir la retirada del enemigo que suponian les privaba de la satisfaccion de vencerlo de nuevo y áun de hacerlo prisionero. No por eso perdieron la esperanza de conseguir resultado tan grandioso: se ofició á los generales conde de Cervellon y Llamas para que acudiesen á interceptar á Moncey el paso por la carretera general, y se comenzó la formacion de un pequeño ejército, compuesto de las tropas regulares y de las mejor organizadas que acababan de defender á Valencia, para que con el conde de Romrée á su cabeza persiguiese á los fugitivos. El conde del Montijo, que llegó á Valencia el dia 28 á tiempo de poder tomar alguna parte en la última de la defensa, fué comisionado al cuartel general de Llamas con el encargo de activar la persecucion de los franceses. No se perdonó, en fin, esfuerzo alguno para hacer completa y decisiva la victoria que se acababa de alcanzar sobre uno de los primeros mariscales del imperio napoleónico.

A los deseos no correspondian, sin embargo, la habilidad y las fuerzas de los jefes del ejército valenciano. El conde de Cervellon no se consideró con recursos para atravesarse en el camino de los franceses. Llamas llegó tardiamente á las orillas del Júcar y, en lugar de perseguirlos, obedeció las órdenes de su general en jefe que le llamaba á su lado; el ejército de Romrée se redujo á unos 1.000 hom-

bres que nada podian hacer; y cuando llegó Moreno, que acudia á marchas forzadas desde las inmediaciones de Tortosa, Moncey, despues de eludir la resistencia que se disponia á oponerle cerca de Castellon de Játiva un cuerpo de paisanos con dos piezas de artillería, ganaba el puerto de Almansa, donde era imposible se defendiera con éxito la turba de aldeanos que lo ocupaba. Una vez en la Mancha, podia considerarse á salvo de todo peligro, y áun cuando sus destacamentos tuvieron que sufrir algun descalabro todavía (1), ya se encontraba en terreno en que podia imponer á nuestros bisoños soldados y voluntarios (2).

Poco despues se le reunió la division Frére que Savary habia destacado en seguimiento del mariscal para darle fuerza y mantener las comunicaciones. Frére avanzó hasta cerca de las Cabrillas, ocupadas ya por Sain-Marcq, y, sabiendo la desgracia de Moncey y dando aviso de ella á Savary, se trasladó á San Clemente y Albacete para sostener á su general en jefe y á Dupont al mismo tiempo.

Así acabó la campaña de Valencia, una de las que

---

(1) Una instancia de D. Diego Carta, teniente coronel de voluntarios de Múrcia, a Palafox, dice: «Noticioso el general Villava »de la retirada del francés Moncey, le confió al exponente el man»do de 2.500 hombres, una compañía de caballería, dos cañones y »un obús, con la órden de que le siguiera, lo que ejecutó desde »dicho Jumilla hasta Albacete, habiéndose batido en el tránsito »con una partida descubridora de á caballo de aquel; obligando á »el tal general á que acampase separado de Chinchilla, libertando »ésta de su ruina, siendo así, que las fuerzas enemigas constaban de »3.000 infantes, 900 caballos y 48 piezas de artillería, habiéndole »hecho algunos prisioneros, y sin que perdiese el exponente un »sólo hombre.»

(2) En Sisante, los fusileros de Cartagena hicieron 14 prisioneros, de los que seis fueron heridos en la accion.

Napoleon y Murat creian habia de contribuir del modo más eficaz á la pacificacion de España. Como en las demás partes de la Península, el ejército francés no habia encontrado todavía tropas regladas que resistieran su ímpetu y su disciplina en campo abierto. Las montañas y las ciudades tenian que ser el palenque elegido por una insurreccion esencialmente popular, privada de recursos militares, pero dispuesta á los mayores sacrificios. En ellas el patriotismo supliria al número y el valor al arte, y tanto fué así que, como hemos visto, la astúcia y la fuerza de los enemigos de España se estrellaron desde el primer instante en el sentimiento nacional, en la perspicacia y la energía de los que, sin calcular peligros ni temerlos, preferian la muerte á ser juguete de la ambicion y de la soberbia. Aragon, Cataluña y Valencia, la antigua *coronilla* que venia desde Sobrarbe dando ejemplos de una pertinacia sólo comparable con el denuedo y robustez de sus fundadores, no habian contado batallones ni ingénios enemigos, sabiendo destruirlos con sólo recordar los fieros alardes de independencia y la manera de combatir de los que les habian precedido en la defensa de su territorio contra los mismos que ahora trataban de dominarlos.

Pero si en la frontera francesa y en las provincias más próximas la resistencia, careciendo de plazas, arrebatadas traidoramente, y careciendo de tropas que se habian alejado de allí con maña, recurria á los medios naturales y á los métodos primitivos, no por eso dejarian de aprovecharse la organizacion y los adelantamientos modernos allí donde por las cir-

cunstancias y la distancia existieran todavía tropas y material con que hacer la guerra científica y metódicamente. En Andalucía era dable ensayar la guerra campal, y si bien en un principio sorprendió la invasion francesa anticipándose á la reunion del ejército, del que tambien se hallaba distraida una parte muy considerable, luego se pudieron allegar los elementos necesarios para la victoria más decisiva de aquella campaña.

Campaña de Andalucía.

El Emperador manifestaba una gran impaciencia por ver á Dupont en Cádiz. Toda su correspondencia revela este deseo, muy natural, por otra parte, en quien tanto se preocupaba de todo lo que se referia á la marina. La escuadra del almirante Rosily y el puerto gaditano, eran objetos que en el ánimo de Napoleon significaban un interés comun y de la mayor importancia: su pérdida ó, lo que era lo mismo, su traslacion al dominio inglés, equivalia á un combate más desastroso aún que el de Trafalgar. Érale Cádiz tanto más necesario, cuanto que en su mente se agitaba hacia tiempo, segun ya manifestamos, la idea de compensar el aislamiento de la Francia respecto á sus colonias con la explotacion del Africa setentrional, y el antiguo emporio cartaginés debia ser la base de sus operaciones en el otro lado del Estrecho. Sin Cádiz quedaba, puede decirse que incomunicada la plaza de Céuta, y se hacia imposible emprender nada contra Tánger, de cuyas condiciones militares y marítimas, como de las de Céuta y los demás presidios españoles, andaba todos los dias reclamando datos, Memorias y planos (1).

(1) Decia al duque de Berg en 28 de Mayo: «He recibido la

Si podia creerse, y no sin fundamento pues que así consta tambien en sus despachos, que, al reforzar la guarnicion de nuestras plazas de Africa se llevaba Napoleon el objeto de sacar tropas españolas de la Península, no puede negarse que le interesaba aún más el realizar una parte de sus proyectos de Egipto y dominar, de todos modos, en aquella importantísima comunicacion de los dos mares. El envío de ingenieros á la costa africana y las amenazas al emperador de Marruecos indican, con su urgencia y por su forma, que aquel pensamiento no era una estratagema, sino real, meditado y casi maduro en la mente de Napoleon.

Pero aún más que estos proyectos, le preocupaba el de restablecer en lo posible nuestra fuerza marítima, para así aumentar la suya y equilibrarla, al ménos, con la inglesa en algunos de los mares interiores de Europa, sobre todo en el Mediterráneo. Excita admiracion el leer las infinitas órdenes que dió con tal objeto, y parece imposible un estudio tan concienzudo y detallado de nuestros recursos navales y del modo de aumentarlos en imaginacion tan distraida como debià hallarse la del emperador de los franceses con sus múltiples y vastos designios. Cartagena y Ferrol, donde aún flotaban muchos buques de guerra en estado de utilizarse con poco dispendio, eran objeto de sus pensamientos y trabajos más asíduos; pero Cádiz era el predilecto, el que ejercia

»nota sobre la bahía de Tánger, sobre Céuta y los demás presidios; »pero deseaba que á esas notas se hubiesen unido los planos correspondientes. En general, parece que en España no son muy »fuertes en eso de planos. Darme más detalles sobre la bahía de »Tánger: ¿puede entrar en ella una escuadra?»

sobre Napoleon una atraccion irresistible. No tardó mucho en comprender que, por lo mismo, era el puerto que más vigilaban los ingleses y que no podria utilizarlo para las expediciones, de que tanto se cuidaba, á las colonias; mas no por eso dejó de instar un dia y otro por su ocupacion, encargando, al mismo tiempo, buscar en los puertos más olvidados quizás los recursos necesarios en las posesiones ultramarinas. No ya desde que pudo llegar á Bayona la noticia del levantamiento de Andalucía, sino mucho ántes, cuando aún no habian tenido lugar las renuncias de nuestros soberanos, cada despacho de los que con tanta frecuencia se expedian al duque de Berg, encerraba una órden, una instruccion, un aviso, ó datos que revelaban cuánto interés ponia el Emperador en la ocupacion de Andalucía, en asegurar la escuadra de Rosily, y en poseer el puerto de Cádiz.

Fuerzas con que la emprende el general Dupont.

El 19 de Mayo salió por fin de Bayona la órden de que partiera inmediatamente para Andalucía el general Dupont con la primera division de su cuerpo de ejército, la brigada de cazadores, un regimiento de dragones, el 2.° provisional, el batallon de marinos de la Guardia, 18 piezas de campaña y las brigadas suizas de los generales Rouyer y Schramm. El total de estos cuerpos debia componer una fuerza de 18.000 infantes y 2.000 caballos, más que suficiente, en concepto del Emperador, para aquella empresa. La órden era, como se vé, bien circunstanciada en cuanto á la organizacion. No lo era ménos en cuanto á las instrucciones y tan apremiante, además, que fué trasmitida por un chambelan del Em-

perador, encargado de presenciar la marcha, para activarla y vigilarla. Así es que no se hizo ésta esperar, y en la mañana del 23 abandonaba á Toledo todo el cuerpo de observacion de la Gironda en direccion de Sierra Morena.

La marcha se hizo en dos columnas. Una, compuesta de la 1.ª brigada de la division Barbou, la brigada de cazadores á caballo y parte de la artillería, salió el 23 para Ajofrin, su primer punto de etapa. Al dia siguiente lo verificaron la 2.ª brigada, los marinos de la Guardia y el resto de las piezas, á cuya fuerza se unieron poco despues los dragones del general Pryvé que, áun perteneciendo al cuerpo de Moncey, cambiaron de destino con los coraceros en el 2.° cuerpo de observacion de la Gironda. Los suizos de Reding, núm. 2, y los de Preux, á quienes se expidió el 21 la órden de trasladarse de Talavera á Toledo para tomar parte en la expedicion de Andalucía, alcanzaron á Dupont algunos dias más tarde, no sin hacer ántes presente sus coroneles el descontento que aquellas disposiciones habian creado en sus subordinados, de los que 6 capitanes y un teniente del regimiento de Reding hacian dimision, á pesar de haberles prometido Rouyer que no pelearian contra los españoles. El general Schramm no pudo reunir ni el regimiento de Reding núm. 1.º ni el de Traxler, pronunciados en Granada y Cartagena por la causa de la sublevacion española. El ejército de Dupont constaba, pues, al emprender la marcha para Andalucía, de 10.236 infantes, de los que 2.400 eran suizos al servicio de España; 2.942 caballos de cazadores y dragones, y 700 ú 800 artilleros é in-

genieros; total 13.978 hombres de todas armas. (1)

Marcha del ejército.

Nada digno de referirse aconteció en la marcha hasta Andújar. La 1.ª columna la hizo como á la inmediacion del enemigo; tal era el aspecto lúgubre y siniestro que encontraba en las poblaciones del tránsito. Los demás cuerpos, separados entre sí por haber salido de sus cantones en distintos dias, tuvieron que usar tambien de precauciones iguales, marchando reunidos los soldados á fin de evitar una suerte funesta para cuantos en un principio creyeron poderse dedicar impunemente al merodeo.

Al cruzar Sierra Morena comenzaron los franceses á observar que aún era más sombrío y alarmante el estado en que debian encontrarse las provincias cuya vista les impedian aquellos montes. Al recorrer en ellos la enorme quiebra por donde se abre paso la carretera general, oyeron, y puede decirse que nada más que oyeron, algunos disparos que se les hacia desde los encumbrados picos cuyas rocas y árboles ocultaban á los tiradores. No hicieron caso de aquel fuego los franceses, y cuantas noticias pudieron adquirir en la Carolina y Bailén adolecian de un grado tal de vaguedad que les hacia suponer fuesen exageradas y, como el fuego de Despeñaperros, efecto

(1) Estas cifras difieren muy poco de las que estampa Thiers en su obra; pero hay que hacer observar que son las atribuidas por Foy á los cuerpos de aquel ejército en Enero de 1808; y, contando las bajas naturales, debe considerarse como exacto el número de 12 á 13.000 hombres que designa el historiador francés.

La fuerza de nuestros suizos, no se completó hasta la que aparece en el apéndice núm. 9.° del primer tomo, porque se dispuso que los destacamentos de Preux en Guadalajara y Polvoranca continuasen en estos puntos hasta que fueran relevados, lo cual no tuvo lugar en algun tiempo.

de cálculo para imponerles, ya que no miedo, recelos y cuidado. Pero en Andújar, el general Dupont supo ya circunstanciadamente los pronunciamientos de Sevilla, Granada y Córdoba, así como la formacion de un ejército numeroso al que marchaban á unirse las tropas del campo de San Roque y que no tardarian en reforzar las de guarnicion en Cádiz y cuantas se encontrasen en aquella Capitanía general.

Recelos de Dupont al penetrar en Andalucía.

«Era evidente, dicen unas Memorias atribuidas á »Dupont, que no bastaban las medidas tomadas para »asegurarse de Andalucía.» Así lo hizo tambien presente el general francés al gran duque de Berg, al darle cuenta de lo delicado de las circunstancias y de la posicion en que iba á encontrarse; manifestándole, sin embargo, que continuaba la marcha áun con las pocas fuerzas de que disponia. Y despues de haberlas reunido desde el 2 de Junio en que llegó á Andújar, salió el 5 para El Carpio, donde ya tuvo noticias fidedignas de que en el puente de Alcolea se disponian unos 15 ó 20.000 hombres á disputarle el paso del Guadalquivir y la entrada en Córdoba.

Las observaciones del general Dupont eran irrebatibles. Las fuerzas que conducia no podian bastar sino en el caso de una tranquilidad casi perfecta en las provincias cuya ocupacion se le habia encomendado. Una vez prendido en ellas el fuego de la insurreccion, no sólo no bastaba aquel ejército, sino que serian necesarias las dos divisiones que habian quedado en Toledo y el Escorial, para obtener probabilidades de sofocarlo. El valor indisputable del general Dupont y el ningun respeto que á sus tro-

pas imponian las españolas que entónces pasaban por indisciplinadas, ignorantes é imbeles, le animaron, á pesar de todo, á arrostrar los peligros á que en un país desconocido y enemigo ya declarado tendria precisamente que exponerse. Debió animarlo tambien á proseguir su marcha la facilidad con que habia desalojado de sus posiciones á los españoles que en Despeñaperros, puente del Herrumblar y los visos de Andújar trataron de molestar á su vanguardia con unos cuantos disparos de fusil ó de escopeta. Aquella ligera oposicion le advertia de que no iba á encontrar un país humilde y resignado á conformarse con las mutaciones que en él deseaba introducir el Emperador; pero le permitia esperar someterlo sin grandes esfuerzos. No teniendo noticias de lo que pasaba en las demás provincias, creeria que los movimientos de Sevilla y los que se realizaban al penetrar él en Andalucía eran el resultado de manejos de unos cuantos descontentos, no la expresion de un sentimiento general, unánime.

Esto mismo le impelia á continuar la invasion, temeroso de que, tomando cuerpo con sus vacilaciones el alzamiento de los pueblos y, más aún, interviniendo en favor de ellos la Inglaterra que siempre conservaba en el Estrecho una armada respetable y tropas de desembarco, tuviese que arriar su pabellon la escuadra de Rosily, objeto especial y más importante de sus operaciones.

Preparativos militares por parte de la Junta de Sevilla.

Desde el momento en que en Sevilla se supo la marcha de Dupont, la Junta dictó las órdenes más apremiantes para la concentracion de las tropas regulares en puntos próximos y convenientes á la de-

fensa del reino y, sobre todo, de la capital. El general Castaños abandonó, en consecuencia, el campo de San Roque y se dirigió á Carmona con el triple objeto de cubrir Sevilla desde aquella excelente posicion, organizar en ella el ejército disperso en gran parte por Andalucía, y esperar las tropas que guarnecian á Cádiz, detenidas en esta plaza hasta la rendicion de la escuadra francesa.

Tampoco se descuidó la Junta en regularizar el alzamiento de Córdoba, punto que, por lo avanzado, seria el primero en que los franceses harian sentir el grave peso de su fiera dominacion.

El General Echávarri.

Habíase puesto al frente del movimiento cordobés el teniente coronel de infantería D. Pedro Agustin de Echávarri, hombre de gran patriotismo que, abandonando la vida de marino en que voluntariamente y á costa de sus propios haberes, prestó servicios no insignificantes en defensa de las Canarias, habia peleado con fortuna en el Rosellon y se hallaba ahora en Andalucía encargado de la persecucion de malhechores y contrabandistas. Su nombramiento de general y presidente de la Junta de Córdoba, aunque desaprobado por la suprema de Sevilla, no habia sido estéril en resultados. Las proclamas que circuló, las gestiones que por sí y por medio de sus agentes hizo en los pueblos de la provincia, y la actividad que impuso para cuanto contribuyese á la reunion de pertrechos de guerra y á la disciplina de los que se ofrecian á pelear por la justa causa, produjeron, puede decirse que instantáneamente, la formacion de una masa de más de 15.000 hombres, ya que no con la instruccion necesaria, con el entusias-

mo más vivo y con el deseo más vehemente de combatir á los franceses.

El Brigadier Venegas.

La Junta de Sevilla creyó deber comisionar para que dirigiese, así los servicios políticos y administrativos como los militares de la provincia de Córdoba, al entónces coronel D. Francisco Javier Venegas que, abandonando el retiro á que le habian forzado sus graves heridas, ofrecia de nuevo sus servicios para vengar el ultraje inferido á nuestros soberanos y á la nacion entera. Persona de grandes antecedentes en la carrera de las armas, acreditados gloriosamente en la guerra de la República, era, á la vez que enérgico, cortés y conciliador áun con sus mismos subordinados. Así que, áun revestido con ámplias facultades para dirigir la Junta de Córdoba y tomar el mando de las armas en toda la provincia, dejó el de los cuerpos que se organizaban á Echávarri, comprendiendo que no era justo arrebatárselo á quien tanto se habia afanado en su formacion y tantos y tan justos títulos habia adquirido á la estimacion de los cordobeses. No podian calcularse por los deberes de la disciplina los que imponian momentos tan críticos y condiciones tan extraordinarias como las que supone el estado de la Península en aquellos dias; y la resolucion de Venegas fué, por lo mismo, considerada como la más prudente, vistas las circunstancias del momento y el prestigio de Echávarri cuando ya iba éste dirigiendo á la sierra algunos escopeteros y tiradores que molestasen á los franceses en su tránsito á la provincia, y se preparaba á disputarles la entrada en la capital.

Tropas reuni-

Con las credenciales de Venegas salieron de Se-

villa las órdenes para que la 3.ª division de granaderos provinciales y el batallon de Campo Mayor, que se encontraban en Ronda desde su regreso de Portugal, fuesen forzando sus marchas á servir de base y á dar consistencia al ejército que habia empezado á organizarse en Córdoba. Se enviaron, además, ocho piezas de artillería de campaña de los calibres de á 4 y 8 y cuantos pertrechos se creyó necesario que facilitasen la Maestranza y las fábricas que allí tenia el arma. Al mismo tiempo partia tambien hácia Córdoba el coronel conde de Valdecañas, encargado de la reunion de un cuerpo de voluntarios que deberia mandar y conducir inmediatamente al encuentro del enemigo. Y tan diligente anduvo el conde, que á los pocos dias habia reunido en Lucena 5.000 hombres de los pueblos inmediatos, 400 caballos que se apresuraron á entregar los particulares, y algunas armas, aunque imperfectas; con lo que llegó á Córdoba el dia 4 de Junio para completar, en lo posible, el armamento y equipo de su tropa, la cual, despues de algunas contestaciones con Echávarri sobre el mando, puso á disposicion de la Junta.

das en Córdoba.

Encontrábanse, pues, en Córdoba el dia 5 dos batallones de la columna de granaderos y uno de Campo Mayor que componian una fuerza de 1.400 hombres, única veterana que se hallaba en aquel ejército, los escopeteros que tenia Echávarri, en su anterior comision de perseguir á los contrabandistas, unos 100 caballos que habia podido reunir de los establecimientos de remonta, y de 15 á 20.000 paisanos, apénas distribuidos en batallones, no bien armados y con la instruccion de tres ó cuatro dias de ejército

en el manejo de sus fusiles. Allí, como en todas las provincias de España, suplia á la organizacion y á la disciplina el entusiasmo por una causa eminentemente patriótica y popular. Podria aquella masa casi informe ser vencida y acaso dispersa, como era natural, en su choque con el ejército de Dupont; pero su resistencia serviria á los enemigos de aviso y de consejo para detenerse en su marcha.

Accion de Alcolea. Descripcion del campo.

La carretera general de Madrid á Sevilla y Cádiz cruza el Guadalquivir en Andújar, Alcolea y Córdoba. Los violentos recodos que hace el rio en su curso hasta Córdoba, causan la frecuencia de sus pasos en tan corta distancia como la que media desde Andújar. Lo áspero y solitario del terreno en la orilla derecha exigia y exige todavía la marcha por la carretera general y, en ella, el paso preciso de los puentes, lo cual dá á estos una importancia militar innegable. Porque si bien es cierto que puede la marcha verificarse por tránsito no difícil sobre el flanco izquierdo recorriendo el camino de Bujalance al puente de Córdoba, lo populoso y rico de esta ciudad recomiendan imperiosamente su ocupacion y seria necesario entónces acometerla por un puente mucho más fácil de defender que el de Alcolea. Aun así, y de todos modos, la marcha por el flanco izquierdo de la carretera presenta el gravísimo inconveniente de abandonar la línea natural de las operaciones y de ofrecer al enemigo la posibilidad de un movimiento envolvente de las más graves consecuencias. Por lo tanto, en una guerra metódica y con fuerzas considerables de todas armas y, sobre todo, cuando se marcha á una ocupacion en que no

es posible desentenderse de la de Córdoba, es imprescindible, de absoluta necesidad militar, el paso del Guadalquivir por el puente de Alcolea.

Dista esta aldea 10 kilómetros de Córdoba y puede considerarse como una obra avanzada de la ciudad, guarecida ésta entre los dos puentes por un rio anchuroso sólo vadeable y con gran dificultad en algun punto, distinto con frecuencia y casi desconocido á los mismos naturales. A una distancia poco mayor, pero en direccion opuesta, hácia Andújar, que se halla á 71 kilómetros, asienta la villa de El Carpio, á donde hemos dicho que avanzó Dupont el 6 de Junio resuelto á proseguir su marcha á Sevilla y Cádiz. El puente, que es dilatado y robusto como para resistir las avenidas del Guadalquivir, se halla construido en el fondo de un recodo que allí forma la corriente y al pié de una série de eminencias que, dominando inmediatamente las aguas y las cuatro ó cinco casas que constituyen la aldea, se extiende hasta cerca de Córdoba para despues ligarse á la sierra que lleva el nombre de esta ciudad y circuye por el Norte su rica y casi fantástica vega. En la orilla izquierda y frente al puente, existe una extensa llanura que debe inundarse con frecuencia cuando se ha abierto la carretera que á él conduce por la falda de otra série de colinas que limitan el vasto arco de círculo que describe el Guadalquivir, y cuya cuerda puede decirse que forma primero la carretera y sobre ella las colinas. Los franceses tenian, pues, que marchar á descubierto en un espacio muy considerable hasta llegar al puente y desde éste, desde las inmediatas casas y, sobre todo, desde las emi-

nencias que todo lo dominan, rio, puente y edificios, los españoles podian ofenderles mucho y áun impedirles el tránsito de una á otra orilla.

La carretera sigue desde Alcolea hasta Córdoba una direccion occidental casi constante, ondulando suavemente, con particularidad á unos dos kilómetros del puente, donde hay que remontar la llamada *Cuesta de la Lancha* en una ligera ramificacion de la série de eminencias que hemos dicho va á ligarse á la sierra de Córdoba. Los españoles tenian, pues, la ventaja de una posicion excelente en lo que iba á ser campo de batalla y la de otra de no menores condiciones, entre el rio y las alturas, para renovar la accion ó retirarse á Córdoba.

Disposicion de los españoles.

Y así lo hicieron: bajo la impresion de una alarma que noticias no verídicas causaron la tarde del 5 en Córdoba la salida de aquel ejército irregular é informe para Alcolea, se dictaron el 6 las disposiciones que más conducentes se creyeron para repeler al enemigo. Situáronse en una mal llamada cabeza de puente, cuyo parapeto no hubo tiempo de levantar á la altura necesaria, 50 hombres de Campo Mayor á las órdenes de su capitan D. Rafael de Lasala. Los dos batallones de granaderos provinciales formaron en la orilla derecha y á la izquierda del puente, descubriendo todo el terreno de la opuesta, y el resto de Campo Mayor cubrió la misma márgen del rio, pero en la derecha del puente. Todas estas fuerzas con dos piezas de á 4 y un número considerable de tiradores apostados en las casas próximas y en los accidentes de la orilla, componian la total para defender el paso del Guadalquivir en la inmediacion de Alco-

lea. Otras dos piezas de calibre igual y varios batallones de paisanos ocuparon la línea de alturas que dominan el puente, en posicion ventajosa, descubriendo completamente al enemigo en su marcha y observando el curso todo del rio en las inmediaciones. El resto de los paisanos, así de infantería como de caballería, y las 4 piezas de á 8, se situaron en la cuesta de la Lancha; esto es, sobre el lomo que la causa, y en punto en que los fuegos de la artillería fuesen aún eficaces contra los enemigos de la orilla opuesta del Guadalquivir, agua abajo del puente de Alcolea. Por fin, ya para observar de cerca á los franceses é impedirles correrse por su flanco izquierdo hácia el puente de Córdoba, bien con la resolucion de cargarlos por esta misma ala cuando se hallasen comprometidos en el ataque del puente, el conde de Valdecañas con los paisanos que habia reclutado en Lucena, unos 200 suizos de los del regimiento de Reding, núm. 1, que se encontraban destacados en la provincia, y 100 caballos del de la Reina y de las remontas que se unieron á los jinetes voluntarios que él mandaba, cruzaron el Guadalquivir para situarse en la cuesta de la Morena sobre el camino de Córdoba á Bujalance.

Tal era la disposicion de nuestro ejército; excelente con otras tropas que las cordobesas, arrancadas hacia cuatro dias al azada y al arado. Mandaba las veteranas, encargadas de la defensa inmediata del puente, el coronel de la division de granaderos D. Joaquin de la Chica, cuyo segundo, teniente coronel, lo era D. Pedro Agustin Giron, más tarde marqués de las Amarillas. Hacia de general en jefe

el ya citado Echávarri, á quien la Junta no habia confirmado en el empleo concedido por la de Córdoba; y con un carácter medio militar y no del todo político, el brigadier Venegas recorria la línea animando á los combatientes y dirigiéndolos alguna vez al fuego. Más altivo, de carácter más independiente ó llevado de instintos más guerrillescos, el conde de Valdecañas, para evitar la renovacion de contestaciones respecto á autoridad en circunstancias tan solemnes, prefirió el mando del ala avanzada sobre la izquierda del enemigo, en la que gozaria de una libertad imposible en la línea de batalla.

Esta que casi pudiera llamarse pluralidad de mandos, era uno de los grandes inconvenientes que ofrecia la falta de unidad en el Gobierno; falta inevitable en una sublevacion popular y simultánea de todas las provincias. Afortunadamente, en Córdoba el patriotismo de todos suplió á la disciplina, muy difícil de mantenerse cuando vários tenian que obedecer á quien no podia comparárseles ni en servicios ni en posicion militar y social.

Disposiciones de Dupont para el ataque.

El genaral Dupont salió del Carpio á las once de la noche del 6, con lo que, á punto de amanecer del 7 pudo presentarse frente á frente de los españoles que habian campado en sus posiciones. Iban de vanguardia los dos batallones de la guardia de París, precedidos de una nube de tiradores, de algunos cazadores á caballo y de una compañía de marinos de la Guardia, mandada por el capitan Baste, narrador, quizás el más desapasionado, de los sucesos de aquel dia. Seguian inmediatamente, los dos batallones de la 3.ª legion de reserva que, con los anteriores, com-

ponian la brigada Pannetier, á cuyo frente se puso el general Barbou, jefe de la division. En segunda línea apareció la brigada Chabert llevando delante la artillería del ejército; y el general Fressia con las dos brigadas de caballería, sostenidas por la suiza de Rouyer y el resto de los marinos, fué destacado sobre la izquierda para contener á los de Valdecañas que amenazaban aquel flanco.

El que á la cabeza de 8.000 franceses habia arrebatado á 20.000 prusianos la posecion del puente de Halle se encontraba ahora, con un número casi doble de combatientes, frente á otro de españoles igual al de los soldados de Federico, pero sin su instruccion y sin su armamento siquiera. ¿Qué podia, pues, temer? Y, sin embargo, los preparativos del combate y la parsimonia desusada con que fué ejecutándose, revelan una falta de resolucion incomprensible en el general de Diernstein y de Friedland. ¡A tal punto debilita la responsabilidad y enerva el mando en Jefe!

Lucia uno de aquellos dias que sólo nuestras primaveras meridionales y el cielo explendoroso de la Bética ofrecen á la admiracion de los hombres. Brillaba la bóveda infinita, azul y límpida, sin una nube que turbara su terso y tranquilo espacio, y el sol, áun presagiando calor en horas más avanzadas, cubria la tierra de ese vapor matinal que debilita la luz y debilita las sombras para dar á la naturaleza más dulzura y mayor armonía. El espectáculo de la tierra no era ménos bello que el del firmamento. Presentábase al frente una vasta llanura por la que corre manso el Guadalquivir, parda serpiente que se

desliza por la verde pradera tapizada de flores y esparciendo aroma tibio y suave: á derecha é izquierda se alzaban colinas y colinas cubiertas de olivos y laureles, coronados á lo léjos, muy rara vez, de aquellas palmeras traidas del desierto por los hijos de Agar; y, por fin, sobre el prado y las colinas, y reflejándose en las aguas con el cielo y el sol, descollaban las crestas de Sierra Morena, sombrías como su nombre, salpicadas de encinas y de robles, de pinos y de abetos. ¡Qué contraste para los soldados de Dupont con las frias y nebulosas márgenes del Vístula que acababan de abandonar!

Así, miéntras descansaban para emprender el combate que habia de franquearles la entrada en la ciudad de los Califas, abrian sus ojos á la admiracion de aquel panorama encantador y sus pechos á la esperanza de los goces más embriagadores.

Principia el combate.

A la aproximacion de los franceses quedó la llanura despejada de las avanzadas de Echávarri que repasaron el Guadalquivir para acogerse al cuerpo de batalla. Una ojeada bastó á Dupont para fijar su plan. La artillería obtuvo su emplazamiento en una de las colinas que se elevan sobre la carretera y desde la que descubria perfectamente las posiciones españolas, y los cazadores y los marinos de la vanguardia recibieron la órden de establecerse en la orilla del rio y reconocer el puente y la obra que lo cubria. Pocos momentos despues, el capitan Baste y los cazadores que se encontraban á su altura rompian el movimiento y con él se daba principio al combate.

La artillería francesa comenzó á disparar al mis-

mo tiempo contra el puente y la aldea, arrojando, á la vez, una lluvia de proyectiles sobre los soldados de Campo Mayor y los provinciales que se encontraban en primera línea, medio ocultos en los olivos, los setos y los arbustos de la ribera. Contestaban nuestras piezas de á 4 con la posible celeridad y no sin resultado, pues que las avanzadas enemigas tardaron cerca de una hora en establecerse en la orilla opuesta del Guadalquivir. El capitan Baste logró, sin embargo, deslizarse hasta el puente y, despues de un ligero exámen, hizo saber á su general en jefe que no existian en él cortaduras ni minas que pudieran impedir el paso.

Con esta noticia, Dupont dió la señal del ataque, y los batallones de la Guardia de París, apoyados por el resto de la brigada Pannetier, que los seguia de cerca formada en batalla, se adelantaron á la carrera para escalar el atrincheramiento que cerraba el puente. Lasala permanecia en él sin disparar un tiro, cubriéndose, en lo posible, del fuego de la artillería francesa, cuando á 20 pasos ya los guardias y sobre su flanco los marinos que habian remontado el escarpe del rio para penetrar en el puente con sus camaradas, rompió el fuego, y con tal acierto lo ejecutaron sus soldados, que hicieron morder el polvo á más de un centenar de sus enemigos. Detiénense los guardias un momento como aterrados de tanta mortandad; pero, vueltos á la voz de sus jefes de la sorpresa que les causa el fuego certero de los del puente, siguen la marcha para salvar la corta distancia que los separa de los españoles. Entónces empieza una lucha personal, desesperada, en que los

franceses, atropellándose en el foso y montando el parapeto unos en hombros de otros, aunque con muchas pérdidas y despues de seis ú ocho minutos de no interrumpidos esfuerzos, logran introducir en la obra 25 ó 30 soldados y algunos oficiales. No por eso se arredran los de Campo Mayor, sino que, por el contrario, reuniéndose á la entrada del puente se adelantan de nuevo hácia los invasores. Todos hubieran perecido, y así lo confiesa Baste que ya se encontraba entre ellos, sin los refuerzos que sin cesar iban penetrando en el reducto con una rapidez y en proporciones tales que se hizo imposible contrarestarlos á los soldados de Lasala. Estos, viéndose pocos, sin municiones y azotados del fuego de la 3.ª legion de reserva que asomaba por uno y otro lado, emprendieron la retirada por el puente; pero muy despacio, siempre amenazadores y siempre conteniendo á los franceses con la punta de sus bayonetas (1).

Entónces fué cuando empezó á hacer todo su efecto el fuego de la artillería española y de los batallo-

(1) Decia Echávarri en su parte: «El paso del puente de Alcolea fué gloriosamente sostenido, así por nuestra artillería, como por el valeroso Lasala, que tenia á sus órdenes 100 hombres de voluntarios de Campo Mayor y granaderos provinciales: (*) puedo asegurar á V. A. costó este paso al enemigo más de 200 hombres entre muertos y heridos.»—El capitan Baste, despues de confesar que las primeras descargas de los del reducto causaron en la columna de los asaltantes sobre 120 bajas, añade: «Nos lanzamos á la bayoneta sobre los españoles que se mantenian firmes en la parte del puente: hubiéramos sucumbido inevitablemente sin el auxilio de otros 60 soldados que nos seguian á dos minutos de intervalo, cuyo número aumentaba, además, por segundos, y sin la ayuda de la 3.ª legion que, formada en batalla, hacia fuego á derecha é izquierda.»

(*) Está probado que sólo habia 50 hombres de Campo Mayor. Don Pedro Agustin Giron, muy interesado en la gloria de su regimiento no habla de tales provinciales.

nes situados en la orilla derecha. Desde las ventanas de las casas, lo mismo que desde las colinas y los accidentes todos del terreno inmediato, paisanos y soldados dirigian sus tiros al puente por donde los franceses iban, aunque trabajosamente, deslizándose. Aún pasó cerca de media hora ántes de que lograran éstos formar al otro lado una fuerza suficiente para emprender el ataque de la aldea, la cual momentos despues caia en su poder con muerte de cuantos paisanos encontraron en las casas.

Los batallones formados en lo alto de las colinas que dominan el puente habian abandonado, entre tanto, sus posiciones, y los granaderos provinciales y los soldados de Campo Mayor, perdida la esperanza de resistir á tantas tropas como los franceses iban reuniendo á su frente ya casi mezcladas con ellos, emprendieron la retirada, pero en el órden más admirable, sin dejar en poder del enemigo un prisionero, ni uno sólo de sus cañones, á pesar de haberlos tenido en fuego hasta los últimos y más difíciles momentos.

Retroceden los españoles del puente.

La furia francesa no pudo introducir el pánico, ni siquiera el más pequeño desórden, en aquellos batallones que, maniobrando como en un campo de instruccion, marcharon siempre en columna hasta el llamado *Monton de tierra* al pié de la cuesta de la Lancha, donde formados en batalla, con la artillería en los claros y en el continente más firme, ofrecieron de nuevo el combate á los franceses. Detuviéronse éstos, creyéndose, sin duda, impotentes para arrollar á los nuestros en su nueva línea, apoyada por las 4 piezas de á 8 y los paisanos, así de infante-

ría como de caballería, que continuaban en lo alto de la cuesta. Los españoles, viendo á su vez que despues de cruzar el Guadalquivir toda la division francesa principiaba á ganar las eminencias que se alzaban sobre su izquierda, abandonadas momentos ántes por los paisanos, creyeron deber mejorar su posicion, que iba muy pronto á quedar dominada y cogida de flanco, y subieron la cuesta para reconcentrarse más y no correr el peligro de perder la comunicacion con Córdoba, su único punto de retirada en la situacion, cada instante más difícil, en que iban á verse comprometidos.

Accion de los de Valdecañas en la izquierda del Guadalquivir.

La circunspeccion de los franceses debia reconocer por causa alguna superior al respeto que pudieran infundirles las tropas españolas que defendian el puente.

El conde de Valdecañas, en su marcha á Bujalance, habia oido el fuego y dirigídose, en consecuencia, á maniobrar sobre la izquierda del ejército francés. Y como el general Fressia se encaminaba á su vez en rumbo opuesto, fuese para observar aquel flanco ó para amenazar y áun apoderarse del puente de Córdoba, no tardaron en avistarse los del conde y los dragones de Pryvé que iban á la cabeza de las brigadas de caballería.

Tenian éstas que habérselas al mismo tiempo con muchos de los jinetes andaluces que formaban el ejército de Córdoba, quienes, impulsados por su ardor y por el deseo de ayudar á los de Valdecañas, habian cruzado el Guadalquivir por el vado del Rincon, extrema derecha de la línea española formada sobre la cuesta de la Lancha. Su número, la confian-

za en la respetable fuerza que gobernaba el conde y la que debia inspirarles la seguridad de retirarse por el sitio mismo que les habia servido para cruzar el rio, los animaron á atacar á los franceses apénas los creyeron comprometidos en el ataque del puente.

La caballería francesa se dividió en dos columnas al descubrir las dos masas de los españoles. Los dragones de Pryvé se dirigieron á los de Valdecañas y los cazadores de Dupré hácia los cordobeses que acababan de pasar el Guadalquivir. Unos y otros iban apoyados en segunda línea por los suizos y marinos, como los españoles lo estaban por la infantería del conde, posesionada de unas eminencias que cubrian el camino de Córdoba. Los de Valdecañas, impacientes por tomar parte en la accion, cuyo ruido escuchaban cada vez más pronunciado y nutrido, se adelantaron á cargar á sus enemigos. Ya próximos á ellos, lanzan sus caballos á la carrera; pero retrocediendo algunos pasos el jefe de los de la Reina, que iban á la cabeza, para dar la vuelta á una eminencia y cargar de flanco á los franceses, los paisanos, sin comprender el movimiento, se retiran precipitadamente y en desórden hasta la infantería, no bastando á detenerlos las órdenes de Valdecañas que continuó la carga con los pocos soldados que le quedaron, ni las voces del teniente coronel de la Reina que pagó con la vida su entónces poco meditada evolucion. Los dragones de Pryvé, rechazado que hubieron sin dificultad aquel temerario ataque, persiguieron á nuestros jinetes hasta el pié de las alturas en que se hallaba la infantería, cuyos movimientos sucesivos, dirigidos á cubrir el puente de

Córdoba, anduvieron todo el dia observando, pero sin lograr impedirlos ni estorbarlos (1).

La brigada de Dupré cargó á su vez á los paisanos que habian cruzado el rio, quienes la ofendieron algun tiempo con sus escopetas ó tercerolas, en cuyo manejo los habia que pasaban por muy diestros. Por fin los cazadores franceses cargaron á fondo y nuestros compatriotas tuvieron que ceder, dirigiéndose unos á reunirse con los de Valdecañas, y los demás al paso mismo que les habia servido para salvar el rio. Mas no encontrándolo en la confusion y azoramiento que llevaban, y no valiéndoles lo soberbio de sus caballos, los más gallardos que acaso se hayan visto en un combate, se ahogaron muchos ó quedaron en poder del enemigo.

Dupont decia despues: «Nuestra caballería ha »dado várias cargas brillantes: los insurgentes han »dejado una multitud de muertos en el campo.» Esto prueba que nuestros jinetes combatieron con algun mayor teson del que generalmente se les atribuyó

(1) «Inmediatamente empezaron los enemigos la marcha hácia
»nosotros; pero viendo que habiamos formado una prolongada li-
»nea en las alturas, se detuvieron à observar. Mudé algo de posi-
»cion, y volvió á moverse el enemigo, siempre observándonos.»
Carta del conde de Valdecañas al general Echávarri en 27 de Fe-
brero de 1813. Este es un suceso perfectamente confirmado. El
Conde de Valdecañas en unas cartas justificativas al general Echá-
varri se explica así: «El paisanaje, tan ignorante como indiscipli-
»nado, incurrió en lo que tantas veces se ha repetido tristemente
»en esta guerra, ir hácia el peligro manifestando gran resolucion
»que luego momentáneamente se disipa. Así fué menester dete-
»nerlo para que no fuesen á escape hácia el enemigo; mas viendo
»que el teniente coronel de la Reina retrocedia algunos pasos para
»dar vuelta á una pequeña altura, cercana ya al enemigo, juzga-
»ron que era retirarse de la accion y lo hicieron ellos con tal pre-
»cipitacion que fué infinito más violenta la separacion que cuando
»iban al ataque.»

despues por algunos escritores extranjeros y áun nacionales.

Formadas ya en lo alto de la cuesta de la Lancha las tropas del cuerpo de bataila, Echávarri creyó deber celebrar un consejo de guerra, al que llamó á todos los jefes de los cuerpos. Corta fué la conferencia: el teniente coronel Giron, como de inferior grado, fué el primero en dar su parecer que fué acogido sin discusion por los demás. «Atendido, dijo, el corto »número de tropas veteranas que podemos oponer al »enemigo y á la ninguna utilidad que puede prestar »el paisanaje, creo que el partido mejor en esta si»tuacion, es el de encerrarnos en Córdoba para de»fenderla, como nuestros compatriotas han defendi»do á Buenos-Aires, y dar así tiempo al general Cas»taños para reunir sus tropas y acudir á nuestro »auxilio.» Este voto era el más prudente y el único de ejecucion posible cuando ya la mayor parte de los franceses habian cruzado el Guadalquivir y se formaban al frente ó iban corriéndose por la izquierda de los españoles, dominándolos siempre desde las colinas inmediatas y amenazando la línea de comunicacion con Córdoba. El coronel Chica, los brigadieres Venegas é Iriarte, los demás jefes presentes y Echávarri, asintieron al voto de Giron, y pocos momentos despues empezaban á efectuar los paisanos su retirada, cubierta por la columna de granaderos y el batallon de Campo Mayor que escoltaban además la artillería. Todo iba con el mayor órden á pesar de ejecutarse á la vista de un enemigo tan audaz y emprendedor como Dopont, cuando la voladura de un carro de municiones introdujo algun pánico

Consejo de guerra y retirada de los españoles

en los paisanos que no pudieron ya conservar su formacion y se desbandaron para penetrar en Córdoba. Las tropas siguieron tranquilas su movimiento sin ser más que ligeramente hostigadas por las guerrillas francesas; pero al llegar á la ciudad les fué necesario valerse de las más enérgicas amenazas para hacerse abrir las puertas. Penetraron, al fin, por la que abre paso al camino de Madrid; y, dejando para su costodia una compañía de la division de granaderos provinciales, continuaron á la plaza Mayor, de donde, al aproximarse los franceses, se trasladaron á la izquierda del Guadalquivir, desesperanzado tambien Echávarri de la posibilidad de defender á Córdoba.

Así acabó la accion del puente de Alcolea sobre la que tantas versiones y tan diferentes juicios se hicieron entónces y han dado á la estampa posteriormente los historiadores de uno y otro bando de los beligerantes. Reclamar para ella las proporciones de una batalla con sus grandes maniobras, considerable duracion y mortandad no escasa, seria querer desfigurar la verdad histórica; representarla como una simple escaramuza en que á la amenaza tan sólo de las masas enemigas ceden los españoles y se desbandan para acogerse á la ciudad próxima ó á los montes vecinos, es, no sólo faltar á aquella verdad, sino debilitar, á la vez, la propia reputacion de los que así quitarian fuerza á una de las razones que indudablemente tuvieron para detenerse en la marcha, á su parecer triunfal, que habian emprendido. Porque los franceses no dejarian de distinguir entre sus adversarios á los que formaban parte de la fuerza

veterana; y, sabiendo que á espaldas de ella se estaba organizando un ejército con cuerpos cuya calidad y número no debian serles desconocidos pues que procedian de Portugal, del campo de San Roque y de las guarniciones de Sevilla y Cádiz, comprenderian que iba á serles quizá difícil vencerlo cuando no habian podido desordenar siquiera aquella escasa tropa que combatia con el informe cuerpo de vanguardia mandado por Echávarri.

Las bajas de una y otra parte fueron escasas. Los franceses perdieron unos 140 hombres, guardias de la de Paris en su mayor parte, muertos ó heridos en el ataque del puente. Los españoles no llegaron á experimentar ni tan insignificante pérdida porque, hallándose atrincherados ó á cubierto de los proyectiles enemigos en las casas de Alcolea y tras los accidentes de la orilla derecha del Guadalquivir, tuvieron por estos mismos y la estructura topográfica del terreno, tiempo y modos de evitar la accion de sus adversarios. «La pérdida del enemigo, dice Baste, fué aún menor que la nuestra, porque estaba »atrincherado y porque no pudimos alcanzarle del »otro lado del puente, al ménos á sus tropas regula»res; no hubo más que paisanos que, habiéndose obs»tinado en resistir en las casas, fueron acuchillados »en ellas.»

Lo que en la aldea, sucedió en la vecina ciudad de Córdoba, pero en proporciones que hacian incomparables lo numeroso del vecindario y la riqueza de los habitantes.

Entra en Córdoba el ejército francés.

Serian las dos y media cuando los franceses se aproximaron á las puertas de Córdoba. Si con cer-

rarlas á los españoles se habia querido evitar un combate que hiciera de la ciudad teatro de escenas sangrientas y objeto de las iras del enemigo, con no abrirlas á los franceses inmediatamente, iban los habitantes á procurarse los males mismos que tanto parecian temer y procuraban impedir. La presencia de algunos granaderos sobre el débil muro en que se abre la puerta Nueva y un tiro disparado por Pedro Moreno, vecino de una casa inmediata, bastaron para que los franceses, abandonando el camino de las negociaciones que ya se habian entablado, emprendieran el de la fuerza, bien fácil y sin peligro en aquella ocasion. Un par de cañonazos fueron suficientes para derribar la puerta que, girando sobre el enmohecido bronce, ofreció libre y expedita entrada á los soldados de Dupont, á quienes pareció un disparo motivo para considerarse como asaltantes de una plaza cuyo presidio les disputara briosamente el paso por las brechas. Los que sin haber sufrido ninguna pérdida en la ruptura de la puerta, los que veian desierta la calle que por ella desemboca, sin un soldado que la defendiera pues los provinciales habian desaparecido, ni un cañon que la barriese, penetraron con la bayoneta calada, disparando á las ventanas y dando gritos desaforados de venganza, con el objeto manifiesto de ejercer la que traian indudablemente premeditada. Algo debia, sin embargo, avergonzarles la conducta de los soldados que desde el primer momento empezaron por invadir las casas más próximas á la puerta y asesinar la familia toda del infeliz Moreno; pues una gran parte de las tropas, obedeciendo á la voz de sus oficiales,

siguió por la calle para apoderarse inmediatamente de la ciudad é interceptar si le era posible, el tránsito del puente á los españoles, á quienes aún creian en la derecha del Guadalquivir. Pero algun que otro disparo que se les hizo ya en el interior de la ciudad, el calor sofocante del dia, la conviccion de que ya nada tenian que temer de los combatientes de la mañana que no lograban descubrir, y el deseo, en fin, de sacar el fruto acostumbrado de la victoria, de codiciar en poblacion que la fama hacia tan rica á sus oidos, animaron á todos á entregarse al pillaje y al desenfreno que habian visto empezar á los más audaces ó más desalmados de entre ellos.

Saqueo de la ciudad.

La relacion de los actos de barbárie cometidos por los soldados de la Francia en aquella infortunada ciudad, llena el alma más fria y egoista de espanto y de indignacion. Al robo y al asesinato, ejecutados en las primeras casas, siguieron muy pronto las violaciones más repugnantes, el saqueo de los templos y la profanacion de los objetos sagrados y de más veneracion para los españoles (1). Las mujeres todas que ofreciesen algun atractivo, casadas ó doncellas, las religiosas mismas, eran arrastradas al deshonor por los soldados; y ni los oficiales ni los generales se apiadaban de madres que, ;en el delirio

(1) Todas las iglesias fueron saqueadas.
Entre las alhajas que se llevaron de la catedral los franceses, habia dos magníficas coronas de oro, guarnecidas de brillantes, pertenecientes á las imágenes de la Virgen y el Niño de Villaviciosa. En el palacio del Obispo, además de levantar los fondos de la Colecturía general, robaron la plata de mesa, el báculo, las bandejas, cuanto constituia el servicio de Pontifical, y los pectorales, candelabros, ropa, colchones; todo el menajo, en fin, del particular de S. I.

de la mayor desolacion, acudian á ellos para que salvasen sus familias de la miseria ó de la deshonra. La iglesia de la Fuensanta fué convertida en lupanar infame y asqueroso donde llegó á saciarse el desenfreno sensual de los más perversos, y no hubo sacrilegio á que no se entregaran en la catedral, el Cármen y San Juan de Dios, sin que la admiracion de monumentos tan portentosos evitara las circunstancias más refinadamente atroces. Entre las de aquellos séres degradados, habia almas nobles y generosas, ¿cómo no habia de haberlas en el ejército francés? Pero, áun arrostrando algunos oficiales peligros verdaderamente sérios, pocos fueron los que lograron salvar á sus protegidos de la rabia, la codicia y la sed de sangre de sus subordinados. Por fortuna el vino, la fama de cuya excelencia y abundancia se divulgó por entre las tropas, atrajo á los soldados á las casas y tiendas donde esperaban encontrarlo. Bien pronto las balas abrieron ancho boquete por donde derramarse el licor tan codiciado, y en la sed inmensa que abrasaba á aquellos hombres, devorados por el calor del dia, el del combate y el de la inmunda hazaña con que estaban acabando la jornada, todos, ébrios y trastornados, tuvieron que entregarse al sueño y al reposo (1).

---

(1) Thiers forja una batalla *inter muros* para disculpar aquella indisculpable y atroz hazaña.

Vamos á contestarle con los párrafos más apropiados de las «Memorias del Capitan Baste,» testigo presencial de la catástrofe de Córdoba.

DICE THIERS:	DICE BASTE:
«Se hizo acercar la artillería, se derribaron las puertas y se	«Dióse la órden de echar por tierra las puertas, y nuestras





Los fondos procedentes de las contribuciones ordinarias y de los donativos con que se procuraba el

entró en columna por la ciudad. Fué necesario tomar varias barricadas, y despues atacar, una á una, muchas casas en que se habian emboscado los brigantes de Sierra-Morena. El combate se hizo encarnizado. Nuestros soldados, exasperados por la resistencia, penetraron en las casas, mataron á los bandidos que las ocupaban, y precipitaron un gran número de ellos por las ventanas. Miéntras que los unos sostenian esta lucha, los otros habian perseguido en columna el grueso de los insurgentes que habia huido por el puente de Córdoba. Pero bien pronto el combate degeneró en un verdadero brigandaje, y aquella infortunada ciudad, una de las más antiguas, de las más interesantes de España, fué saqueada. Los soldados, despues de haber conquistado cierto número de casas á precio de su sangre y muerto á los insurgentes que las defendian, no tenian grande escrúpulo de establecerse en ellas y de usar de todos los derechos de la guerra. Encontrando á los insurgentes que mataban cargados de botin, robaron á su vez, más aún para comer y beber, que para llenar sus mochilas. El calor era sofocante y sobre todo querian beber. Bajaron, pues, á las bodegas abastecidas de los mejores vinos de España; abrieron las pipas á tiros y varios se ahogaron en el vino derramado por el suelo (*). Otros enteramente tropas penetraron en la ciudad al paso de carga. La encontramos evacuada por las tropas españolas que huian en el mayor desórden, ya por el camino de Ecija en la izquierda del Guadalquivir, bien á las montañas, al otro lado de Córdoba. Pero fué imposible contener la avaricia del soldado, que recorriendo las calles con la bayoneta calada, se abria paso por todas partes y se esparcia por las casas para robar. Ya á un tercio de la ciudad, una de las primeras columnas que marchaba aún formada, fué recibida á tiros desde las ventanas de diferentes calles, lo que nos persuadió de que los habitantes habian tomado las armas, y querian defenderse. Trabóse entónces una especie de combate *(une sorte de combat)* de calle en calle, y sirvió de pretesto á los soldados para saquear Córdoba y entregarse á todos los horrores de una ciudad tomada por asalto. Al asesinato y al pillaje, se unieron bien pronto la violacion de las mujeres, de las vírgenes y de las religiosas, y el robo de los vasos sagrados en las iglesias, sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces. Algunos oficiales, y hasta generales, se mancharon é imprimieron en sus frentes el deshonor en el momento mismo en que padres y madres desoladas iban á solicitar proteccion de los primeros jefes que encontraban. Felizmente para el nombre francés, hubo

(*) En Córdoba no habia bodegas. Así lo ha hecho constar uno de los testigos en la informacion levantada para conocer los detalles del saqueo de aquella ciudad.

sostenimiento del ejército de Córdoba y otros depósitos cuya existencia descubrió un oficial que con vários paisanos se habia encerrado en el palacio episcopal creyendo poderlo defender, pasaron á las cajas del ejército francés en una cantidad total de 10.000.000 de reales. Esto era muy natural en tales circunstancias; pero lo que no admite disculpa y,

borrachos, no respetando ya nada, mancharon el nombre del ejército arrojándose sobre las mujeres, y haciéndolas sufrir toda clase de ultrajes. Nuestros oficiales, siempre dignos de sí mismos, hicieron esfuerzos inauditos para poner término á escenas tan horribles, y los hubo que se vieron obligados á usar de la espada contra sus propios soldados.» hombres sensibles y generosos que salvando más de una familia, lograron libertarlas de los ultrajes de una soldadesca tanto más difícil de atraer á sus deberes, cuanto que habia roto todos los lazos de la disciplina... No hubo género de desórdenes que no señalara la espantosa jornada y las escenas de desolacion de que fué teatro Córdoba.»

Cansamos con tanta repeticion á nuestros lectores, para que observen cuán inexacto se manifiesta Thiers en su relacion del saqueo de Córdoba. En primer lugar, no hubo tal batalla encarnizada en las calles, con lo que cae por tierra el principal argumento para usar del derecho de la guerra; y en segundo, la borrachera de los soldados no puede disculpar la conducta suya, porque, no sólo por Baste, sino por todos los que describieron aquellas escenas, se sabe que la embriaguez fué la que felizmente señaló su terminacion. Antes de concluir esta nota, aún vamos á traducir el párrafo que dedica Foy á este desagradable suceso. «Al cabo de »algunos minutos, dice, fué derribada la Puerta Nueva y las tro»pas se lanzaron á la ciudad. A algunos tiros desde las ventanas, »disparados casi, casi á la ventura, respondieron con un fuego »contínuo de fusilería. Hombres armados, y otros indefensos son »muertos en las calles; las casas, las iglesias, áun la célebre mez»quita que los cristianos han convertido en catedral, todo fué sa»queado..... Escenas terribles que no tenian excusa en las pérdi»das experimentadas por el vencedor, porque el ataque de la ciu»dad no les habia costado 40 hombres, y el éxito de la jornada »más que 30 muertos y 80 heridos.»

El saqueo de Córdoba, una de las causas á que se atribuye la conducta militar de Dupont, influyó sobremanera en su vencimiento; justificó plenamente las represálias de los españoles, descritas con tanta hiel por Thiers, y por eso necesitamos hacerlo resaltar para la inteligencia y apreciacion de hechos posteriores.

por lo mismo, han tratado de ocultar los historiadores franceses, es lo que constituye una verdadera rapiña, los saqueos de los templos y las exacciones cometidas por algunos jefes en sus propios alojamientos. El general Laplanne, nombrado gobernador de Córdoba, que se alojaba en el palacio del conde de Villanueva con las mayores comodidades y lujo, exigió de su huésped una fuerte contribucion y hasta le robó, segun voz pública, la cantidad de 2.000 ducados, suma despreciable para mancharse por ella un militar de tan alta graduacion, si no se la considerase como una de tantas otras que, bajo un sistema perseverante, pudieran crear una gran fortuna. No anduvieron más escrupulosos otros vários jefes y oficiales en sus respectivos alojamientos; de modo que el secuestro de los fondos y depósitos públicos, las fuertes contribuciones que impuso Dupont á la ciudad y particularmente á sus moradores, las exacciones de los jefes y el pillaje de la soldadesca, constituyeron un sacrificio inmenso que, aunque no lo ultrajante y doloroso que la deshoura y la muerte para los cordobeses, produjo en la ciudad, en la provincia, en la monarquía toda, una explosion de ira que habia de herir á las clases todas del ejército francés que de él habia disfrutado.

Inútil que al dia siguiente Dupont restableciese la disciplina en las tropas situándolas en campamentos próximos á Córdoba y apelando á los sentimientos de humanidad y á la cultura proverbial de sus subordinados; si las violencias de la soldadesca duraron sólo veinticuatro horas «el saqueo se »metodizó, dice un testigo presencial, haciéndose

»por comisionados, sin suspenderse hasta el dia 16 »en que se fueron los franceses.»

Efecto de los atropellos cometidos en Córdoba por los franceses.

La injuria, de todos modos, los atropellos y los asesinatos cometidos la víspera, eran demasiado bochornosos y crueles para perdonarse; y en Andalucía no se escuchó más que un grito, el de la venganza, á cuyo eco se levantó la tierra toda en derredor de los franceses decidida á exterminarlos. Los pueblos de la Sierra se alzaron unánimes en armas para interceptar las comunicaciones del ejército francés con las Castillas; Jaen reunió un cuerpo numeroso de tropas que, con la esperanza de un pronto auxilio de las que se estaban organizando en Granada, se dispuso á aislar completamente á Dupont; y en Andújar y los pueblos comarcanos no hubo hombre hábil que no se presentara á ofrecer su cooperacion contra los invasores.

El alcalde de Montoro.

Distiugióse entre los demás pueblos de la provincia la ciudad de Montoro que, hirviendo en entusiasmo, habia dado al ejército de vanguardia más de 1.400 peones y cerca de 300 caballos, con los pertrechos y socorros más indispensables para entrar inmediatamente en campaña, lo cual le habia valido atropellos y robos rigorosísimos al penetrar en ella un cuerpo de los del de Dupont. Al continuar éste su marcha á Córdoba, habia dejado un destacamento de 70 hombres con la mision de guardar el puente, muy importante para asegurar las operaciones del ejército francés en la derecha del Guadalquivir y mantener algunos molinos que proveian al racionamiento de las tropas en aquellos dias. El Alcalde, D. Juan de la Torre, al saber el ataque de Alcolea,

concibe el proyecto de apoderarse de aquel destacamento y, reuniendo y animando á algunos de los pocos habitantes hábiles que habian quedado en la poblacion, los dirije al puente y logra sorprender la guardia, compuesta de unos 25 soldados franceses. Rendidos éstos y sujetos, arma la Torre su jente de los fusiles que acaba de conquistar con puñales y varas; sube á la villa, sorprende tambien el alojamiento de los demás franceses, cuyo capitan estaba paseando tranquilamente en las inmediaciones, y pocos momentos despues encamina á la sierra todos sus prisioneros para dirigirlos á Granada con los muchos suizos que abandonaban el ejército francés y pedian su incorporacion á los de Reding.

No pasaron muchos dias sin que una nueva hazaña del alcalde de Montoro viniera á aumentar la fama que le habia procurado su primera y feliz empresa en los pueblos inmediatos y que, como él decia despues á la Junta suprema, habia de servir de estímulo á otras autoridades populares para imitar su noble y temerario ejemplo. Dos carros cargados de provisiones para los franceses de Córdoba fueron presa de los de Montoro que mataron á los 7 soldados que los convoyaban; y poco despues, á pesar de la alarma que produjo en los que reunian víveres en Aldea del Rio el fuego dirigido á unos ordenanzas portadores de instrucciones para el capitan recientemente aprisionado en Montoro, La Torre atacó á otros 49, de los que sólo 5 pudieron salvarse y correr á Córdoba á dar noticia de tamaño desastre.

Dupont mandó una fuerte columna á Montoro, para imponer un ejemplar castigo y apoderarse del

alcalde quien, sin la intercesion del general Fressia, su huésped dias ántes, hubiera pagado su osadía con la muerte por no haber querido abandonar á sus administrados en momentos tan angustiosos y de tan grave responsabilidad.

Es tanto más laudable la noble conducta del general Fressia, cuanto por aquellos dias ardia la tierra vecina á Córdoba en una lucha sin tregua, bárbara, de tan triste memoria para los españoles como para los franceses. Las noticias de las abominaciones cometidas en Córdoba y las que llegaban cada dia de nuevos pronunciamientos por la buena causa y de los aprestos que se verificaban en Sevilla y Granada, producian en los pueblos de la alta Andalucía una exasperacion imposible de contener en los límites del entusiasmo militar. Las montañas próximas á Despeñaperros pululaban de partidarios, amenazando constantemente interceptar aquel célebre y tenebroso desfiladero; no habia casa de postas sobre la que se dejase de ejercer una vigilancia exquisita, y ni los militares franceses en marcha, ni los pequeños destacamentos apostados para la seguridad de los correos, ni los hospitales, en fin, del tránsito, estaban seguros de una emboscada, un ataque nocturno ó un asalto formal en la línea de operaciones del ejército francés.

Santa Cruz de Mudela.

En Santa Cruz de Mudela, un destacamento de más de 400 hombres, destinado á la custodia de un convoy considerable de galleta para el ejército, habia sido sorprendido por los naturales que, despues de matar 3 oficiales y 115 soldados, arrojaron á los demás del pueblo.



Esto sucedia el 5 de Junio y, al dia siguiente, una gruesa partida de convalecientes que el general Roize conducia desde Toledo y á la cual se habia unido el resto de aquel destacamento, no pudo cruzar la villa de Valdepeñas, levantada tambien contra los franceses. Pero llama Roize en su auxilio al general Liger Belair que con unos 500 caballos ligeros habia sido destinado á conservar en Madridejos y Manzanares las comunicaciones del cuerpo de observacion de la Gironda con Madrid y, reunidos en la mañana del 7, tratan los dos de imponer un fuerte castigo á la poblacion rebelde. La ancha calle que recorre el camino real y divide á Valdepeñas en dos partes desiguales, se encontraba cubierta de arena y convidando á los confiados jinetes de Liger Belair á entrar por ella á galope. Así lo verifica la vanguardia; pero apénas habia llegado á un tercio de la calle cuando, heridos los caballos con los hierros ocultos en el polvo y enredados en cuerdas que á una señal dada se tesan instantáneamente de reja á reja de las aceras opuestas, empiezan á vacilar y caer, miéntras los jinetes reciben una lluvia de todo género de proyectiles que los vecinos de Valdepeñas les arrojan desde las ventanas y balcones de las casas más próximas. Valdepeñas.

Viendo Liger Belair, despues de otra tentativa tan infructuosa y sangrienta como la primera, lo temerario de renovar el ataque por la calle, se decide á castigar al pueblo quemando los edificios más separados del centro, donde pudiera hacerse sin temor á nuevas y aún más sensibles pérdidas. El ingenio y el valor de los de Valdepeñas quedaban así bur-

lados; y, despues de ver lo impunemente que el enemigo empezaba á ejercer una represália que sin duda no esperaban, diputaron á su alcalde D. Francisco María Osorio para que, avistándose con el general francés, hiciera cesar un estrago que amenazaba convertir en ruinas la poblacion, sin desquite alguno por parte de sus habitantes. El resultado de aquel parlamento fué todo lo lisongero que esperaban los de Valdepeñas. Liger Belair, comprendiendo por las cien bajas que ya habian experimentado sus tropas, los sacrificios que iba á imponerse con la prosecucion del combate, hizo cesar el incendio de las casas y, por temor á nuevos compromisos, se retiró á sus cantones con Roize y los destacamentos que este general conducia. Con estos sucesos, los que tenian lugar dentro ya de Andalucía, abultados por los naturales en su lenguaje siempre hiperbólico, y las deserciones de los suizos que incesantemente abandonaban el campo francés, el espíritu público se reanimaba en aquella comarca, á punto de considerar como fácil una victoria sobre los que llevaban hacia tiempo la fama de invencibles.

Dupont se detiene en Córdoba.

Contribuia más que nada á fomentar esta confianza en los andaluces, la inesperada detencion de los franceses en Córdoba. Contraviniendo á las instrucciones de Murat, en oposicion al propósito manifestado en pliegos recientemente despachados á Madrid, y con el mayor asombro por parte de los oficiales más entendidos y caracterizados del ejército, Dupont, en vez de proseguir su marcha á Sevilla al dia siguiente de su entrada en Córdoba, habia hecho campar á sus tropas y se instalaba en la

ciudad con las apariencias todas de reducir sus operaciones, al ménos por el momento, á la observacion de los enemigos. El general francés no podia justificar su parsimonia sin hacer manifiesta la que habia observado en la accion de Alcolea no desbaratando las pocas fuerzas regulares que habian tomado parte en ella; y como esto era penoso para su amor propio, no logró nunca disculpar su posterior inaccion. ¿Qué causas podian producirla?

Nosotros no debemos creer que la principal consistiese en no exponer el caudal que acababa de procurarle el botin de Córdoba á las contingencias de una campaña que no se presentaba todo lo fácil que dias ántes presumia el general francés. Por el contrario, la fama de las riquezas que debian atesorar Sevilla y Cádiz le hubiera aguijoneado para continuar la marcha si en el alma de Dupont prevaleciese la avaricia á todo otro sentimiento militar, generoso y grande. Para apreciar las operaciones de la guerra es necesario fundarse en causas y en razones militares ó políticas: el patriotismo y el amor de la gloria que inspiran, la responsabilidad inmensa que aquellas llevan consigo, la ambicion y el deseo de brillar en esfera tan elevada como la de un general en jefe, son superiores con mucho al aliciente de un botin, siempre bastardo y siempre denigrante, mucho más para los que deben aspirar á la inmortalidad y, cuando ménos, á la admiracion y al respeto de los contemporáneos. Dupont, en quien es necesario reconocer dotes no vulgares para la guerra, hombre orgulloso con sus anteriores servicios, sabiendo que se acercaba á la meta donde empuñaria el baston de

mariscal, y á quien la idea de salvar la escuadra de Rosily debia preocupar con el peso de un encargo que era el más importante que se le confiara, no debe ser acusado de pensamientos tan ruines ni de conducta tan miserable. Otras debian ser las causas verdaderas de que suspendiese su marcha en momentos tan críticos.

Ya hemos dicho que á su llegada á Andújar el general Dupont advertido del alzamiento de Andalucía y de que las tropas del campo de San Roque se organizaban y cubrian sus bajas para sustentarlo, habia manifestado al duque de Berg, con los recelos que le infundia su situacion inesperada, la necesidad de refuerzos para continuar la marcha. La accion de Alcolea le habia demostrado una cosa que ya él presumia; que los paisanos, por grande que fuera el número en que se presentaran, no sabrian resistir el ímpetu de sus soldados; pero, al mismo tiempo, la resistencia que habian opuesto y el continente firme que en todo el curso del combate presentaron los soldados provinciales y de Campo Mayor, le harian prever que el ejército de Castaños, compuesto de tropas veteranas, en una posicion campal ó en los muros y calles de una poblacion, era, no sólo suficiente, sino sobrado para contrarestar al que él mandaba. Tenia que recorrer todavía una distancia muy considerable, y á dos ó tres combates como el del dia anterior se veria precisado á detenerse, más comprometido cada vez en un país que ya se le manifestaba unánimemente hostil, y, cuando no, llegaria sin fuerzas y abrumado con tanta contrariedad, al frente de una plaza de guerra for-

midable, bien abastecida, apoyada por la escuadra inglesa y, quizás, per un cuerpo de desembarco. No debia conocer Dupont la catástrofe de Solano, ni habia tenido lugar aún la rendicion de la escuadra francesa; pero, ¿qué esperanzas podia albergar de la obediencia de aquel general al nuevo Gobierno; qué de la eficacia de su cooperacion, áun suponiéndole inclinado á ella, ni qué apoyo era de presumir en los marinos de Rosily cuando veia todo el país en armas, unánime y furioso contra la intervencion francesa? (1)

Creia además Dupont que no tardarian mucho en llegar á su campo las divisiones que habian quedado en Castilla; y, áun temiendo que su momentánea inaccion infundiese ánimo en los españoles, una vez reunidas las tropas de su cuerpo de ejército le seria fácil atropellar todos los obstáculos que se le presentaran, vencer todas las resistencias que se le opusiesen y llevar á cabo la sumision de Andalucía con éxito completo y sin grandes sacrificios.

En estas consideraciones, y no en el ruin aliciente de conservar el botin de Córdoba, debe buscarse la razon de las ulteriores operaciones del ejército francés en Andalucía. Pero interceptadas las comunicaciones con Madrid, los despachos de Dupont no llegaban á su destino ni recibia instrucion algu-

(1) «Sabiendo, dice Dupont en sus Memorias, que las tropas »de línea y las milicias hacen causa comun con los rebeldes y obe»decen á la Junta de Sevilla, se hace imposible el avanzar sobre »este punto que reune para su defensa hasta 25.000 hombres de »tropas regulares y un ejército de insurrectos. Sevilla tiene una »fundicion de cañones y una maestranza; allí se encuentran todos »los recursos necesarios de armamento, y allí se han trasladado »los batallones formados de nuevo en varias poblaciones del Me»diodia: Cádiz, plaza fuerte, se halla igualmente sublevada, y son »precisos un sitio formal y medios poderosos para someterla.»

na ni nueva por donde pudiera reglar su conducta y conjeturar el estado de las cosas en el resto de España; en Madrid no se sabia donde estaba Dupont á quien iban los pueblos cerrando todo camino para entenderse con el Lugar-teniente, y el general expedicionario ignoraba hasta las mutaciones más ruidosas que se verificaban en Bayona y en el nuevo gobierno de la Península.

Aislado, pues, á tan larga distancia de Madrid; circuido de una insurreccion general; al frente de un ejército cuya fuerza le hacian suponer muy considerable cuantas noticias le llegaban, todas de orígen español; y sin la seguridad de refuerzos inmediatos con que reparar un descalabro no improbable en tales condiciones, Dupont se resolvió á detenerse en Córdoba, punto, aunque muy avanzado estratégicamente, de muchos recursos y de grande influencia para las operaciones que él suponia poder continuar en un plazo muy breve. Aquella suspension produjo en su ejército emociones distintas. La oficialidad la extrañó sobremanera en un hombre del temple de su general en jefe, y la censuró ácremente; pero la tropa que acababa de tocar el primer fruto de sus trabajos y de su sangre trás de marcha tan dilatada y del combate del dia anterior, vió con gozo la ocasion de descansar unos dias y de disfrutar de la abundancia y los placeres con que la brindaban el saquo y la licencia que se le habia permitido (1). Eran

(1) «¡Cuántos motivos para permanecer en Córdoba!» dice Baste, al enumerar los caudales y depósitos encontrados. «Los solda»dos mismos no sentian quedarse allí, y en los primeros dias no »era fácil retenerlos en sus campamentos respectivos.»

muchos los atractivos que ofrecia aquella ciudad, no cortas las fatigas que hacia presumir la marcha en estacion tan avanzada, ni escasos los peligros al penetrar en un país todo levantado en armas, para que los jóvenes soldados de Dupont, por grandes que fuesen el ardor marcial y el espíritu de novedades caracteríscos en sus compatriotas, no prefiriesen el regalo presente á la gloria que pudiera ofrecerles la prosecucion de la campaña.

No tardó Dupont en ver justificados los recelos que le habian detenido en Córdoba, y si algunos dias más tarde, en lugar de retroceder tan sólo á Andújar, se hubiera situado en Bailén ó seguido las instrucciones y órdenes que le llegaron de Madrid, la Francia no tendria que lamentar el primero y, acaso, más trascendental revés que registra la historia del primer imperio.

CAPÍTULO III.

Rioseco.

Preparativos para la eleccion de José.—Asamblea de Notables.—El obispo de Orense.—Trabajos de Napoleon en Bayona.—Llegada de José.—Su presentacion á los Notables.—Proclamas de los Notables y de José. Constitucion de Bayona.—Primer ministerio de José.—Su entrada en España.—Ejércitos españoles.—De Castilla.—De Astúrias.—De Leon.—De Galicia.—Filangieri y Blake.—Muerte de Filangieri.—Plan del general Blake.—Lo abandona y se dirige á reunirse con Cuesta.—Estado de aquellos ejércitos.—Sus movimientos hasta Rioseco.—Movimientos de los franceses.—Batalla de Rioseco.—Ejército francés.—Ejército español.—Descripcion del campo.—Posiciones de los españoles.—Avanzan los franceses.—Ataque de la derecha.—Ataque del centro.—El regimiento de Navarra.—Ataque de la izquierda.—Retirada general de los españoles.—Atrocidades de los franceses en Rioseco.—Pérdidas de una y otra parte.—Entra José en Madrid.

Al trasmitir á nuestros lectores las escenas que se habian representado en Bayona cuando se supieron las tristísimas del Dos de Mayo, dejamos al soberano de la Francia preparándose á consolidar la

Preparativos para la eleccion de José.

obra de expoliacion que acababa de ejercer en España. Habíala emprendido con la hipocresia y los recelos y vacilaciones del usurpador vergonzante, ruborizado de su injusto proceder; una vez arrojada la máscara, queria concluirla con la prontitud y energía de su carácter militar y grandioso. No es de extrañar la metamórfosis, porque no era nueva en él para quien recordara la mudanza suya de la mañana á la tarde del 18 de Brumario, ni de admirar ésta para cuantos sepan los pormenores del paso del Rubicon en la historia del primer César romano. La causa era, sin embargo, muy distinta. En la sociedad francesa, como en la romana, la violacion de las leyes podria ser necesaria y casi, casi moral, segun andaban por tierra las de la república; la intervencion del Emperador en España repugnaba, no sólo á la justicia, sino que tambien á las costumbres, á los intereses y á las aspiraciones unánimes de nuestros padres. Los resultados debian ser, de consiguiente, muy diversos.

Napoleon no era un ambicioso vulgar: estimaba en más la direccion que el mando. Así es que su sueño de oro, el imperio de Occidente, no se cifraba en la reunion de muchos Estados en uno como el de Carlo Magno; era la confederacion bajo su protectorado, apoyándose en un sistema de familia, de cuyos miembros no esperaria defecciones ni alardes de independencia. El único á quien él descendia á tomar por modelo era el vencedor de Pompeyo y, como él, queria dirigir á los pueblos sin hacer sentir de cerca el grave peso de su dominacion; preferia el título de *Protector* al de *Soberano*.

De aquí el establecimiento do sus hermanos José, Luis y Jerónimo en los tronos de Nápoles, de Holanda y de Westphalia, así como la conducta suya en los asuntos de España despues del secuestro de nuestros monarcas.

Antes do este fatal suceso, cuando Fernando VII esperaba en Vitoria la vuelta del general Savary, el 18 de Abril, decia Napoleon á su hermano José en carta que despues ha publicado Mr. du Casse: «No »seria imposible que dentro de cinco ó seis dias os »escribiera que viniéseis á Bayona.» Y, ccn efecto, en 11 do Mayo le manifestaba *que le habia destinado la corona de Castilla* y, exigiéndole el secreto, le prescribia la manera de hacer su viaje con tal urgencia que deberia emprenderlo el dia 20, uno despues de haber recibido, segun sus cálculos, aquella carta. Napoleon no dejaba nada que discurrir á sus subordinados, áun cuando éstos fueran de su propia familia y, como él, soberanos (1).

Un dia despues salieron de Bayona los pliegos que contenian las renuncias de la familia real española y una carta para el duque de Berg en que se leian los párrafos siguientes, de los que ya hemos dado anteriormente alguna idea: «Deseo que el Con»sejo de Castilla se reuna con el objeto de pedir el rey »de Nápoles para rey de España, y de redactar una »proclama para dar á conocer la ventaja que repor- Asamblea de Notables.

(1) Con decir que su hermana Paulina, que se hallaba por entónces en Turin enferma á punto de no poder tomar ni caldo, no se atrevia á trasladarse á Aix en Saboya sin permiso de Napoleon, se comprenderá la libertad é independencia de que disfrutaban los allegados del grande hombre.

»tará ese país de tener por soberano un príncipe ya »probado y con la experiencia de un reinado de vá»rios años. Deseo tambien que me haga saber cuá»les son sus ideas respecto á la convocacion de una »Asamblea de diputados de las provincias que yo »querria celebrar en Bayona. Por este medio, yo no »publicaria proclama alguna, y no apareceria sino »en esta Asamblea con el nuevo rey. Cada provincia »formularia sus demandas respecto á lo que creyese »conveniente y expondria los votos del pueblo. Po»dria reunirse esta Asamblea en Bayona el 15 de Ju»nio, compuesta por terceras partes de la nobleza, »de sacerdotes elegidos por mitad entre el alto y el »bajo clero, y del tercer estado. No deberia pasar »su número de 100 á 150 personas. Dejo á la opinion »de la Junta los medios de elegir los diputados. Pero, »ante todo, es necesario que se me haga en el plazo »de muy pocos dias la demanda del rey de Nápoles »y que se me envíe con una diputacion del Consejo »de Castilla.»

Esta nota, traducida inmediatamente en un decreto muy circunstanciado que vió la luz pública en la *Gaceta* del 24 de aquel mismo mes de Mayo, causó en los indivíduos de la Junta suprema de gobierno, segun ya tuvimos ocasion de manifestar, una turbacion extrema, de la que creyeron poderse reponer nombrando para la Asamblea personas autorizadas que les aliviasen de la gravísima responsabilidad en que temian haber incurrido.

El obispo de Orense.

Resistieron la comision el bailio D. Antonio Valdés, á quien hemos visto en Rioseco ofreciendo sus servicios al general Cuesta, el marqués de Astorga,

perseguido despues y privado de sus bienes, y algunos otros sobre quienes descollaba la venerable figura del obispo de Orense, cuya renuncia *al honor* que se le queria hacer es uno de los documentos más notables é importantes que entónces dió á luz el patriotismo de los españoles.

«Difícilmente, dice el conde de Toreno, pudieran »trazarse con mayor vigor y maestría las verdades »que en él se reproducen.» No parece, con efecto, sino que el eminente prelado, además de imbuido en las doctrinas más sanas sobre el derecho de los reyes y de los pueblos á gobernar y constituirse segun sus costumbres y leyes, se hallaba inspirado con el peligro de la nacion por un espíritu altísimo y profético. La traslacion aquí de uno de los párrafos de su lógica y elegante respuesta á la Junta de gobierno, redactada cuando aún no habia tenido lugar la sublevacion ni se tenian noticias de la que se iniciaba en algunas provincias, vá á demostrarlo de una manera palpable y satisfactoria para cuantos admiran la especie de intuicion que embargaba á nuestro pueblo al querer rechazar con la fuerza la violencia del más poderoso monarca de los tiempos modernos. «En con»clusion, decia el obispo de Orense, la nacion se vé »como sin rey, y no sabe á qué atenerse. Las renun»cias de sus reyes, y el nombramiento de teniente »gobernador del reino, son actos hechos en Francia, »y á la vista de un Emperador que se ha persuadido »hacer feliz á España con darle una nueva dinastía »que tenga su orígen en esta familia tan dichosa, »que se cree incapaz de producir príncipes que no »tengan ó los mismos ó mayores talentos para el go-

»bierno de los pueblos que el invencible, el victorio»so, el legislador, el filósofo el grande Emperador »Napoleon. La suprema Junta de gobierno, á más »de tener contra sí cuanto va insinuado, su presi»dente armado, y un ejército que la cerca, obligan »á que se la considere sin libertad, y lo mismo suce»de á los consejos y tribunales de la córte. ¡Qué con»fusion, qué caos y qué manantial de desdichas para »España! No puede evitarla una Asamblea convoca»da fuera del reino, y sugetos que componiéndola, »ni pueden tener libertad, ni áun teniéndola, creer»se que la tuvieran. Y si se juntasen á los movi»mientos tumultuosos que pueden temerse dentro »del reino, pretensiones de Príncipes y potencias ex»trañas, socorros ofrecidos ó solicitados y tropas que »vengan á combatir dentro de su seno contra los »franceses y el partido que les siga, ¿qué desolacion »y qué escena podrá concebirse más lamentable? La »compasion, el amor y la solicitud en su favor del »Emperador podia, ántes que curarla, causarla los »mayores desastres.»

¡Demostracion irrefutable de la conducta atropelladora de Napoleon y de la invalidez de las renuncias, prueba insigne del conocimiento de nuestro carácter nacional y de la situacion general de Europa!

La falta de los que se negaron á ir á Bayona fué suplida con nuevos nombramientos, y la que todavía se notó al abrir sus sesiones la Asamblea, con el de los españoles más caracterizados que se hallaban al alcance del presunto monarca.

Trabajos de Napoleon en Bayona.

Interin llegaban los nombrados y llegaba José Bonaparte, Napoleon no descansó un momento en

los medios de ejecucion para llevar á pronto y feliz término la obra tan artera y lentamente comenzada. Cartas y despachos dirigidos al soborno de nuestros generales de mar y tierra, ofreciendo á unos y otros mandos importantes en la Península ó las Colonias; decretos para la reorganizacion de la marina española con objeto de emplearla en el abastecimiento y defensa de nuestras posesiones de América; órdenes para evitar la accion de nuestras tropas, diseminándolas en las costas y en las plazas de Africa ó dirigiéndolas á Francia con el fin de utilizarlas en el Norte, donde aún se mantenia el grande ejército observando las provincias recientemente conquistadas y los reinos vencidos; el envío y llamamiento sucesivo de los personajes que habian acompañado á Don Fernando y sus padres para que apareciesen en España con una libertad de que ni remotamente gozaban, y el estudio de nuestra hacienda, para el que habia llamado de Madrid al ministro Azanza, y el de todos los recursos de que aún disponia España, eran los que casi, casi podrian llamarse solaces del Emperador en Bayona, consumido de impaciencia por la tardanza de su hermano, el disgusto y enfermedades de Murat, y el desvío y enojo que iba observando en los españoles.

Las noticias que de las diferentes sublevaciones un dia y otro le llegaban, segun la distancia de las provincias en que tenian lugar, empezaron luégo á distraerle de aquellos trabajos de organizacion para dedicarse al suyo favorito del empleo de la fuerza en que no sabia descansar ni con el cuerpo ni con el espíritu. Pero no por eso dejó de emprender otros

caminos que los de las armas, como para dar una prueba más de su conducta hipócrita y meticulosa en la empresa de la sumision de España. Los *Notables* que desde el viaje de nuestros monarcas permanecian en Bayona y los que voluntaria ó forzosamente habian ya llegado, recibieron la órden de firmar una proclama manifestando á los aragoneses los males y desastres que con su obstinacion iban á acarrear sobre su país y sobre toda España, la conveniencia de que desistiesen de sus ideas y se restituyeran á su deber, y la importancia, por, fin, de que enviasen á Bayona, como las demás provincias, diputados instruidos de sus males y necesidades. Esta proclama, la misma á que nos referimos al principiar la reseña de la campaña de Aragon, fué llevada á Tudela por tres de los firmantes encargados de apoyarla con su palabra, quienes, despues de experimentar desaires crueles y de correr peligros no pequeños, tuvieron que volver á Bayona sin conseguir su objeto. Resultado semejante obtenian los ofrecimientos de grandes posiciones hechas á nuestros generales. Cuesta se habia negado á aceptar el vireinato de Méjico; Castaños y Solano, por más que Napoleon anunciase á Talleyrand *que se habian portado muy bien al entrar Dupont en Sevilla* (1), no podian contestar, muerto éste en Cádiz y engolfado el futuro duque de Bailén en la obra de la sublevacion de Andalucía, y las demás personas, á quienes á la vez se habia querido atraer, huian ó se ocultaban en el momento en que descubrian ocasion ú hora oportunas.

(1) Despacho núm. 14 073, de 9 de Junio de 1808.

Fué, pues, necesario recurrir á las medidas de fuerza y se dictaron las que ya hemos publicado en los capítulos precedentes al referir las operaciones preliminares de la campaña; tan ineficaces, segun hemos visto, como las de la persuasion y dulzura.

José corria, entretanto, á Bayona y, preciso es decirlo, más que en alas de su ambicion en las de la obediencia á las órdenes de su exigente hermano. Sabiendo éste que debia llegar el 7 de Junio, creyó deber anticipar á su arribo la renuncia de los derechos que Cárlos IV le habia trasmitido y la noticia de haber accedido á las instancias de la Junta de gobierno, del consejo de Castilla y de la municipalidad de Madrid, cediéndolos á su muy amado hermano José Napoleon, rey de Nápoles y de Sicilia (1). El dia 6 remitió, pues, á Murat el correspondiente decreto, proclamando rey de España al que ni un sólo vasallo habia de encontrar que se prestara á servirle de buena voluntad; decreto que vió la luz en la *Gaceta de Madrid* el 14 del mismo mes, precedido de una real órden en que el duque de Berg tuvo la inhumanidad de hacer decir al consejo de Castilla que *el poner sobre el Trono de la España á José Napoleon era vincular para siempre los intereses y la gloria de la Francia, con los intereses y la gloria de la misma España*. Llegada de José.

Este decreto comprometia al rey de Nápoles á aceptar la nueva corona que el Emperador ponia en sus sienes, objeto que éste se habia llevado al publicarlo para que una renuncia, no improbable en el

(1) Véase el apéndice núm. 3.

carácter de José y hacedera sin su nombramiento oficial, no trastornara sus planes de un sistema continental napoleónico. Así, cuando José se avistó con su hermano, que habia salido á recibirle el dia 7 á una distancia considerable de Bayona, no supo oponer resistencia alguna á las manifestaciones que Napoleon le hizo sobre la alegría que decia embargarle por poderle dar aquella nueva muestra de su entrañable cariño y sobre la conveniencia de que rigiese un país que, por su importancia en el sistema europeo como en el colonial, interesaba mucho estuviese en manos hábiles y leales. De modo que cuando José entraba en la quinta de Marrac, habian desaparecido de su ánimo no pocas de las inquietudes que le asaltaban anteriormente y todos los escrúpulos y la repugnancia que habia sentido por tener que abandonar la gobernacion de las Sicilias donde ya se consideraba respetado y querido.

Al lado de Napoleon no habia nunca descanso para el cuerpo ni vagar para el alma. En la escalera encontró José á la Emperatriz que salia con sus damas á saludarle como Rey de España, y dentro de la quinta, en los primeros salones, recibió los saludos y los plácemes de los españoles residentes en Bayona, llamador por el Emperador para cumplimentar y rendir pleito-homenaje al soberano que en su magnanimidad y benevolencia se habia dignado concederles. Diez y seis dias llevaba José de viaje desde el 23 de Mayo en que habia salido de Nápoles, y ni se le permitió descansar un momento ni tomar el más ligero refrigerio, ni mudarse siquiera, ántes de recibir á sus nuevos vasallos: tal era la impaciencia de

Napoleon; tal la sumision que exigia hasta de sus hermanos; tal la liberrad que daba y la independencia que consentia á los monarcas sus aliados y amigos. El reinado de sus hermanos más queridos debia parecerse al gobierno de un harem; veian y podian comprender las dulzuras del trono, pero sin gustarlas nunca, impotentes ante la inflexibilidad y el absolutismo del Emperador.

Su presentacion á los Notables.

La presentacion del Intruso fué ceremoniosa y larga. Los españoles allí presentes se habian dividido en cuatro diputaciones, de los Grandes, del Consejo de Castilla, de la Inquisicion, Indias y Hacienda, y del Ejército. Cada una de ellas tuvo que redactar en aquellos mismos momentos de la presentacion un ligero mensaje felicitando al nuevo soberano, revisado, sin embargo, y corregido ántes de su lectura por el Emperador, para que fuese todo lo afectuoso y humilde que correspondia á la grandeza y á la gloria de los miembros de la familia imperial. La escena debió ser denigrativa y hasta ridícula; porque, ignorando nuestros compatriotas á qué habian sido llamados á Marrac, hubieron de concertarse, puede decirse que, á la vista de José, y la redaccion de las felicitaciones, la presentacion de ellas á la censura imperial y las rectificaciones consiguientes exigirian en la cámara imperial un movimiento que, conocida la causa, no podria ménos de producir un efecto que llamaríamos cómico, si no diera resultados tan graves y vergonzosos. «Cualquiera, dice Pradt, »que hubiese llegado allí entónces sin saber lo que »pasaba, hubiera creido que entraba en algun co»legio.»

Ya la primera de las exposiciones, la de los Grandes, dió motivo á un altercado sumamente sério. El duque del Infantado que por inspiracion propia ó extraña, que esto nada importa, la habia escrito, la puso en manos de Napoleon. No pareció al César lo humilde que era de desear y, deshaciéndose en provocaciones y amenazas, le obligó á corregirla convirtiendo en expresivo y respetuoso el vago y frio cumplimiento que en él se dirigia al pretendiente. Los orgullosos de la tierra toman la lisonja por justicia, la adulacion por amor, y allí donde se descubren la verdad y el decoro, no ven ellos más que desvio y rebeldía. La emocion no debió dejar á Infantado fuerzas ó voluntad para leer aquel documento y tuvo que hacerlo D. Miguel Azanza que no pertenecia á la grandeza.

Con tal ejemplo, las demás diputaciones redactaron sus discursos con las frases más halagadoras, aunque esquivando la del Consejo, con algunas de sentido dudoso, el compromiso de un reconocimiento claro y terminante de que temian se la pudiera exigir responsabilidad más tarde.

Algunos comentadores de aquel acto, no han visto en él sino envilecimento ó traicion del lado de nuestros compatriotas. Nosotros no queremos ser tan severos hallándonos tan léjos de aquellos salones. La renuncia de los reyes de España, la oscuridad que aún reinaba respecto á la resolucion de las provincias, la permanencia en territorio francés, y el aspecto de aquel hombre *inexorable* ante quien todo se doblegaba en Europa, lo fuerte como lo débil, lo egregio como lo humilde, debian influir poderosa-

mente en el ánimo de los que, de grado ó por violencia, habian penetrado en Marrac. Meted tigres y panteras, no corderos ni liebres, en la espelunca del rey de los bosques, y los vereis esconderse, si no ir á lamerle sus robustas patas. La historia tiene tambien su perspectiva, y es necesario colocarse en su punto de vista para comprender los sucesos y comentarlos con imparcialidad y justicia.

José Bonaparte causó buena impresion en los españoles que le cumplimentaron en Marrac, así por su aspecto como con sus palabras. No era hermoso ni revelaba en sus maneras el génio ni la fuerza de los héroes; era, por el contrario, dulce y sabia inspirar confianza, dotes muy apreciables en quienes pensarian permanecer á su lado si, como era de esperar, llegaba á consolidarse la dinastía imperial en los tronos ocupados, usurpados ó no. Para los que temblaban ante Napoleon seria una ventura el servir á un monarca afable, prudente y ageno á los arrebatos homéricos de su hermano.

Proclamas de los Notables y de José.

El reconocimiento de José fué seguido de una proclama, la del 8 de Junio, en que los Notables presentes en Bayona, en número de 26, manifestaban su pesar por las sublevaciones que iban teniendo lugar en España, su conviccion de que sólo en el Emperador debia fiarse la salud de la pátria, y sus esperanzas de que, regidos por José, encontrarian los españoles la paz y la grandeza cuya pérdida, á consecuencia de los desaciertos de las administraciones anteriores, tan amargamente lloraban. Como en todo manifiesto, en el de 8 de Junio, se pintaba con muy negros colores lo pasado, con muy brillantes el

porvenir que ofrecia aquel de quien no eran más que amanuenses los firmantes; y, recordando los horrores de las luchas intestinas y augurando los resultados de la que se intentaba encender en el país, se exortaba á la obediencia y al mantenimiento de la paz. «¿Y cómo resistireis, se decia, á las ter»ribles fuerzas que se os opongan? Nadie disputa el »valor á los españoles; conocemos que sois capaces »de grandes esfuerzos y de emprender acciones ar»riesgadas; pero sin direccion, sin órden, sin con»cierto, estos esfuerzos son vanos; y reuniones nu»merosas de gentes colecticias, al aspecto de tropas »disciplinadas y aguerridas, se desvanecen como el »humo. No os lisonjeeis con la idea de poder obtener »sucesos en esta lid; si no en el valor, en los medios »es muy desigual para vosotros: al fin sucumbireis, »y todo está perdido.»

Este era el tema de cuantas representaciones se dirigian á los españoles. Los vencedores de la Europa no podian escoger otro; y los ilusos y apocados, para quienes era incomprensible la resistencia á mano armada, ni concebian siquiera un arranque generoso para ensayarla al ménos y salvar el honor de la nacion española, menoscabado con procederes tan indignos como los usados por el emperador de los franceses.

Complemento de este manifiesto era el ofrecido á nuestro pueblo por el nuevo soberano que le destinaba Napoleon, con fecha del 10, dos dias posterior al de los Notables. Lacónico, cual requeria la ocasion, era todo un programa y, como todos, lisonjero. «La »conservacion, decia, de la santa religion de nues-



»tros mayores en el estado próspero en que la en»contramos, la integridad y la independencia de la »monarquía serán nuestros primeros deberes. Tene»mos derecho para contar con la asistencia del clero, »de la nobleza y del pueblo, á fin de hacer re»vivir aquel tiempo en que el mundo entero es»taba lleno de la gloria del nombre español; y so»bre todo deseamos establecer el sosiego y fijar »la felicidad en el seno de cada familia por medio »de una buena organizacion social..... Para el bien »de España, y no para el nuestro, nos proponemos »reinar.»

En las fechas que llevan estos dos notables documentos, nuncios de una era nueva de paz y de poder, se habia derramado ya en España mucha sangre, más que suficiente para que no diesen resultado y para demostrar el error de los que creian imposible la defensa y el burlar las esperanzas é ilusiones del tirano y de sus instrumentos.

El efecto que produjeron en España las dos proclamas se redujo á la estampacion de ellas en la *Gaceta de Madrid*. Como supondrán nuestros lectores, no pudo su publicacion extenderse á las provincias, sublevadas todas en aquella época y no escuchando más voz que la de su patriotismo y la de su ódio á todo lo extranjero.

El númerò de los Notables aumentaba muy paulatinamente, porque ya no acudian sino obedeciendo á la fuerza, arrancados á sus hogares por las autoridades francesas. Aun de este modo no se reunieron en el dia fijado más que 65, de los que no llegaban á 20 los elegidos que presentaron sus poderes de las

Constitucion de Bayona.

provincias (1), habiendo sido los demás designados por Napoleon y por Murat segun su importancia y la conveniencia de separarlos del lado de sus compatriotas (2).

A pesar de esto el dia 15 se inaguró la Asamblea y principió sus trabajos que, como los de todos los cuerpos deliberantes bajo el gobierno de Napoleon, habian de ser breves y ejecutivos. Ni podia ser otra cosa cuando los proyectos que en ellos habian de discutirse venian muy de antemano preparados por quien se tenia en más que todas las colectividades constituyentes, habiéndolas sujetado hasta entónces mejor, en concepto suyo, con el talento que con la espada. Y si era así en Francia y en una época en que parecia haber salido á la superficie todo el génio que atesora la nacionalidad francesa, ¿qué debia esperarse cuando se tratara de un congreso formado de españoles, entre los que decia el Grande hombre no haber encontrado uno de mediana altura?

Con estos antecedentes y bajo la impresion de tales sentimientos, las sesiones de aquella Junta no podian tener otro carácter que el de una mera fórmula con que dar á las leyes que de ellas emanasen un orígen español y, como tal, respetable á los españoles. Así creia Napoleon justificar sus anteriores procedimientos y, sobre todo, abrir á su hermano el camino de un trono en cuya ruina no habia tomado

(1) «Actas de la Diputacion general de españoles que se juntó en Bayona el 15 de Junio de 1808...» Madrid.—Imprenta de J. A. García.—1874.

(2) «Enviad á mi lado, hácia Búrgos y Bayona, los hombres »importantes que pueda mandar España.» (Napoleon á Murat en 9 de Marzo.)

parte y para cuya reedificacion usaba de *obreros* que él suponia no podrian rechazar sus futuros vasallos.

La tarea de esos obreros debia ser por lo mismo fácil, con lo que se evitaria toda manifestacion del espíritu de discordia que casi siempre aparece en los trabajos de larga duracion, confiados á muchas inteligencias, especialmente si están afectadas, como debian estarlo las de los Notables de Bayona, por los sucesos que acababan de ver, las noticias de los que tenian lugar por entónces en su pátria, y la presencia del Emperador, tirano y verdugo á la vez, de quien sólo esperaban y temian rigor y venganzas. Porque en cuanto á la libertad de discutir seria hasta insensato el imaginarla; pues que, existiendo, hubiera sido completamente estéril toda la obra de usurpacion que con tanta habilidad y perseverancia habia llevado á cabo el César moderno. ¿Qué libertad debian esperar de quien no concedia ninguna á los que acababan de disfrutar la más ámplia que pudieran apetecer los más exigentes partidarios de la discusion?

Habian sido llamados á reconocer un despojo y á confirmarlo con un estatuto que lo legalizase á la vez. De no reconocerlo, esperaban un término funesto, como el con que acababa de amenazarse al duque del Infantado: era, pues, necesario sancionarlo, y sin dilaciones ni reservas.

Verificados los poderes y puesto en manos del nuevo monarca el mensaje que le prometia obediencia y lealtad, fué presentado á la Junta el proyecto de Constitucion, lazo que debia unir á José Bonaparte con la nacion española y á ésta con el sistema na-

poleónico. Quién fuese su autor, se ignora todavía; pero se ha asegurado que, si no todo él, sus bases más esenciales habian sido presentadas al Emperador en 1806, pocos dias despues de la batalla de Jena (1).

El proyecto iba ya modificado por la Junta suprema de gobierno á la que habia sido remitido con anterioridad, deseoso Napoleon de comprometer el mayor número posible de españoles en aquel pacto de la nacion con la dinastía que debia gobernarla. Iba tambien impreso para que, repartiéndose, pudiera ser pronto leido y discutirse inmediatamente.

Discutióse, con efecto, desde el dia siguiente y en muy pocas sesiones, once tan sólo, pues que el 7 de Julio juraba el rey José en manos del arzobispo de Búrgos, vestido de pontifical, la observancia de la Constitucion, y la aceptaban tambien y la firmaban sus 91 autores «sin disputa sobre ello,» dice el cronista conocido por el anagrama de *Nellerto*, y con las ceremonias nuevamente establecidas por el duque de Híjar nombrado tres dias ántes Gran Maestre de ceremonias (2).

La Constitucion de Bayona constaba de 13 títulos con 146 artículos en su totalidad.

Referíase el título I á *la religion*, señalando la católica, apostólica y romana como del Rey y la nacion y no permitiéndose ninguna otra.

(1) Así dice el conde de Toreno «habérsele aseverado de un »modo indudable por persona bien enterada.» No sería éste argumento débil contra los que aseguran que Napoleon no habia pensado hasta mucho más tarde en la usurpacion del trono de España.

(2) Las «Actas» señalan el 8 de Julio como el dia de la ceremonia del juramento.



El título II trataba *de la sucesion á la corona*, de varon en varon por órden de primogenitura, segun el uso francés, y los III, IV y V, *de la regencia*, cuando el rey no llegara á la edad de 18 años, ejercida por el infante de España más distante del trono; *de la dotacion* de la *corona*, que consistiria en un millon de pesos de renta por el valor de los bienes patrimoniales y otros dos que pagaria el tesoro público así como las dotaciones del príncipe y los infantes; y *de los oficios de la Casa Real*, comprendiéndose en ellos seis jefes y varios gentiles-hombres, mayordomos, etc., etc.

El título VI señalaba los ministros, que deberian ser nueve, responsables, en la parte que les tocara, de la ejecucion de las leyes y de las órdenes del Rey.

Por el VII se creaba un Senado compuesto de los infantes mayores de 18 años y 24 individuos más, ministros, capitanes generales, embajadores y consejeros de Estado ó del Real; Senado al que se encargaba velar por la libertad individual y la de imprenta, cuando se estableciese. El VIII estatuia el Consejo de Estado con 30 individuos á lo ménos y 60 á lo más, presidido por el Rey y compuesto de seis secciones.

El IX, *de las Córtes*, las dividia en tres estamentos, del clero, de la nobleza y del pueblo. El estamento del clero seria formado por 25 arzobispos ú obispos; el de la nobleza de 25 nobles que se titularian *Grandes de Córtes*; y el del pueblo, de 62 diputados de las provincias de España é Indias. Deberian reunirse á lo ménos una vez cada tres años.

El título X trataba *de los reinos y provincias es-*

pañolas de América y Asia que gozarian de los mismos derechos que la Metrópoli. Los títulos XI y XII se referian respectivamente al *órden judicial*, ejercido en España é Indias por un sólo codigo é independiente en sus funciones, y *á la administracion de Hacienda* con la constitucion de la deuda nacional con los vales reales, los juros y los empréstitos todos reconocidos.

Las disposiciones generales, que formaban el título XIII y último, reglaban la alianza perpétua entre Francia y España, el derecho de los extranjeros, la inviolavilidad del domicilio, la abolicion del tormento, las fundaciones de mayorazgos, el reconocimiento de la nobleza y la promesa de examinar los fueros de las provincias vasco navarras.

Incompetentes para juzgar Constituciones y sin la experiencia de aquella, por no haberse llevado á práctica no entraremos en su exámen, hecho, por otra parte, de mano maestra por escritores dotados de talentos políticos y avezados al estudio y á las luchas de los parlamentos. Sólo diremos con alguno de éstos que se traslucia en la Constitucion de Bayona su orígen ilegítimo y bastardo, tan extraño al conocimiento de nuestra sociedad como al del mismo sistema representativo á que parecia quererla adaptar su ilustre iniciador.

Si éste, extranjero en nuestra pátria y enemigo de las instituciones liberales, habia adoptado y defendido tal proyecto, mal podian impugnarlo los llamados á juzgar de él en las condiciones en que se les habia puesto; y Nellerto, Pradt y cuantos siguen sus opiniones en este punto, han trabajado en balde





por llevar á sus lectores imparciales el convencimiento que ellos parecen abrigar de que existió verdadera libertad en aquella asamblea. Del código en que se empezaba por sancionar un acto de iniquidad y de fuerza, cual era la exaltacion de José Bonaparte al trono de España, ¿que importaban á los mal llamados legisladores de Bayona la excelencia ó el error en una série de preceptos que, anulada aquella, habian de ser nulos tambien y quedar sin práctica? Tampoco el haberlos discutido, y con calor, como dicen aquellos comentaristas tan interesados en aumentar el número de los *conversos*, es razon para considerar como tales á los diputados españoles; porque una adhesion muda al proyecto hubiera valido tanto como una oposicion radical y sistemática. Esto sin contar con que en la condicion humana existe un espíritu de polémica que es característico y como un signo de vida y de inteligencia, espíritu que lo mismo se revela en el juicio de una obra fructuosa que en la que pueda considerarse más fútil ó infecunda. Si en Bayona habia quien creyese en la consolidacion del sistema napoleónico en España y solicitaba destinos de la nueva córte, los habia tambien que esperaban tiempo y ocasion en que poder eludir la vigilancia y la severidad de sus tiranos. Ya lo hemos dicho otra vez; sólo en las masas populares se encuentra el sentimiento libre de los lazos con que la inteligencia, la prevision y el interés atan, por decirlo así, á las individualidades, obligándolas á someterse ó á usar de subterfugios y ardides para desligarse.

Antes de dar por terminada su mision, creyó la

Asamblea de los Notables deber presentarse al Emperador, autor, alma y fuerza de toda aquella máquina de gobierno, constitucion y esperanzas en que iba á apoyarse el nuevo órden de cosas proyectado para España. Azanza le dirigió un corto discurso alusivo á las circunstancias actuales y al objeto de su visita. No queremos trazar el cuadro que se ofreció entónces á la asombrada atencion de los Notables de Bayona: el arzobispo de Malinas, á quien han seguido en esto los demás historiadores, nos lo ha trasmitido fielmente. «La Junta, dice, ántes de disolverse fué »presentada á Napoleon, el cual, para responder á la »arenga acostumbrada del presidente, dió un rato »penosísimo á todos los que presenciaron aquel acto. »Todo el mundo sabe lo que atormenta al auditorio »un hombre que, debiendo hablar en público, traba »penosamente las palabras separadas por largas pau»sas, para reproducir siempre una misma idea. Si »entónces no es permitido reir, el sufrimiento, que »redobla la prolongacion de aquel embrollo, parece »intolerable. Esto es lo que puntualmente experi»mentaron los diputados, puestos al rededor de Na»poleon que formaba el centro del círculo y con la »cabeza baja articulaba de siglo en siglo algunas »palabras inconexas, pasando alternativamente de »un asunto á otro para volver al instante al primero, »con los mismos conceptos, las mismas voces y sin »destello alguno del ingénio que manifestaba ordi»nariamente en sus conversaciones. En mi vida le »habia visto tan estéril y deslucido como en los tres »cuartos de hora mortales que nos dió á todos de su»plicio. Por último, despidió la asamblea, y cada

»miembro se fué por su lado y sin mirar á la cara de »su compañero.»

Primer ministerio de José.

Ya para entónces el Intruso habia formado el ministerio que debia aconsejarle y la córte destinada á servirle. D. Luis de Urquijo fué nombrado ministro de Estado; D. Pedro Ceballos, de Negocios extranjeros; D. Miguel José de Azanza, de Indias; D. Gonzalo O'Farril, de la Guerra; D. José de Mazarredo, de Marina; el Conde de Cabarrus, de Hacienda; D. Sebastian Piñuela, de la Justicia; y por fin, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, del Interior. La eleccion era acertada, y en ella se descubre el deseo de adherirse las personas de mejor concepto y de mérito más distinguido en el país. La mayor parte de ellas habian desempeñado ó desempeñaban todavía ministerios y llevaban por España la reputacion de probos y de entendidos. Pero en la que brilló más el ánsia, natural en el Emperador y en su hermano, de atraerse á su lado la flor de nuestros hombres públicos, fué en la eleccion de Jovellanos, si no debe atribuirse al egoismo, muy disculpable, de los otros ministros, interesados en que persona de las dotes y del renombre y estimacion del insigne patricio asturiano asumiese una parte de la inmesa responsabilidad que echaban sobre ellos con aceptar el ministerio. Jovellanos rehusó á pesar de las instancias que le hicieron algunos de los que le querian colega suyo y áun el mismo José, quien, ya que no pudo consegir su adhesion, trató, con no proveer la cartera que se le designaba, de comprometerle en la opinion de sus conciudadanos.

Para los cargos de Palacio y el mando de las tro-

pás de la Casa Real, fueron nombrados, el príncipe de Castel-Franco, los duques del Infantado, de Frias, del Parque, de Hijar y de Osuna, los marqueses de Ariza y de Santa Cruz y los condes de Fernan-Nuñez, de Castel-Florido y Orgáz. Entre éstos, el duque del Parque fué confirmado en el empleo de capitan de los Reales guardias de Corps, y se le dió por colega con el mismo empleo á D. Cárlos Salligni, duque de S. German, baron del imperio francés, elevado aquel mismo dia 8 á la grandeza de España. El duque del Infantado recibió tambien la confirmacion de su empleo de coronel de Reales guardias de infantería española, y el príncipe de Castel-Franco la del de Coronel de la walona.

Su entrada en España.

Jurada la Constitucion, formado el gobierno y arreglada la servidumbre, debia pensar el nuevo monarca en visitar á sus vasallos y establecer su autoridad sobre ellos. Los movimientos de las provincias y las noticias nada halagüeñas acerca de las operaciones emprendidas por los franceses para sofocarlos, hacian urgente la presencia y la accion de un gobierno ya contituido que reemplazase al interino y arbitrario de los delegados imperiales. Así lo comprendieron Napoleon y José; por lo que se decidió que éste emprendiera la marcha el dia 9, dos despues de la gran ceremonia que sancionó el pacto de la nueva dinastía con la nacion española tan imperfecta é ineficazmente representada en Bayona.

Era necesario al decoro de una dinastía que, por más que fuese la del hombre que tenia lleno de asombro al mundo, no podia olvidar que era de advenedizos, presentarse en un país tan pagado de

fastuosidades y boato como España con un acompañamiento que á la brillantez uniese la fuerza. Napoleon lo sabia muy bien, é hizo que acompañara á su hermano y á su numeroso séquito una division escogida de tropas veteranas, compuesta del 15.° de línea y de los 2.°, 4.°, y 12.° regimientos de infantería ligera con algunos lanceros polacos y un regimiente de caballería, *soberbio*, dice Thiers, levantado por Murat en el país de su señorío y título.

Tambien quiso Napoleon acompañar á José hasta su nuevo feudo, que no de otro modo debia llamarse, en el que le vió penetrar la tarde del 9 de Julio escoltado por los soldados de la Francia y en medio de más de cien carruajes que contenian la Junta, el gobierno y los personajes de su córte y séquito.

En aquel instante solemne ¿pensaria el Grande hombre haber concluido su obra? No lo creemos. Su vista de águila no dejaria de percibir las nubes oscuras que se cernian sobre la Península reflejando la devastacion y la sangre que consumia y regaba sus montes y llanuras: su inmenso talento y, sobre todo, su conciencia, no dejarian de hacerle presentir alguna parte siquiera de las desgracias que su ambicion y soberbia iban á acarrearle.

En cuanto á José, creyendo, por lo que le decian Napoleon y los cortesanos, que su entrada en España seria la señal de paz y de la concordia, cruzó el Bidasoa lleno de confianza en un porvenir risueño y lisonjero. Sacrificaba la tranquilidad y los goces de que habia disfrutado en el trono de Nápoles por las esperanzas que le infundian varios de los españoles de su séquito, las cartas de reconocimento que ha-

bia recibido de Cárlos IV y de Fernado VII, y las seguridades de su hermano; confiando, además, en que su tacto y carácter conciliador acabarian por calmar la agitacion en que se hallaba su nuevo reino.

Siga su camino en esa confianza y en esas ilusiones que pronto verá desvanecidas: nosotros vamos á trasladarnos á los ejércitos encargados de franqueárselo y hacer brillante y glorioso su tránsito á la capital de España.

Ejércitos españoles. De Castilla.

Dejamos al general Cuesta en Benavente reorganizando el pequeño ejército vencido en Cabezon.

La derrota anterior, la idea general de que nuestros voluntarios, soldados del dia que el patriotismo arrancara á las labores del campo ó de la industria, no sabrian resistir la fuerza y la pericia de sus enemigos, y el anhelo, constante en los españoles, de limitar su defensa á la de cada provincia por sí misma, colocaban al veterano general en una situacion sumamente crítica.

Deseoso de recuperar la capital del distrito de su mando, queria mantener el campo en comarcas próximas á ella; pero no encontraba medios para hacerlo con algunas, siquier fuesen ligeras, probabilidades de éxito.

Por más que se afanase en reclutar gente llamando á las filas los licenciados que residian en la provincia y organizando con ellos los dispersos de Cabezon y los volutarios que de todas las partes de Castilla acudian á su llamamiento, algunos cuerpos á cuya instruccion se dedicaba simultáneamente, nunca los que llegara á reunir bastarian para con-

trarestar la organizacion y la disciplina de los soldados de Bessiéres y de Lasalle que tenia á su frente. El celo, sin embargo, y la actividad que desplegó Cuesta en aquella ocasion, llegaron á procurarle hasta unos diez mil hombres, á quienes D. José Zayas, general despues cuyo nombre habia de resonar tanto en aquella guerra y en la posterior civil, pudo dar alguna instruccion, la posible en tan corto tiempo y tales circunstancias. A lo que no alcanzó la energía de Cuesta fué á crear un cuerpo respetable de caballería, tan necesario en las vastas llanuras de la cuenca del Duero y entónces, más que nunca, por la constitucion del ejército enemigo y el génio de su general. La caballería de Cuesta se reducia á los mismos jinetes de la Reina y guardias de Corps que dias ántes no habian podido mantenerse en la línea de batalla, y á los carabineros Reales que despues del alzamiento de Oviedo se le habian reunido.

Era, pues, urgente acudir á las provincias inmediatas de Leon, Astúrias y Galicia en demanda de refuerzos con que sostener la campaña. No se descuidó Cuesta en pedirlos á las juntas recientemente creadas en aquellos reinos: las circunstancias, sin embargo, en que cada una de ellas se encontraba, impidieron que los refuerzos concedidos al anciano general fueran lo numerosos y oportunos que hacian necesarios la urgencia y el peligro que amagaban al país.

La demanda de Cuesta produjo en Astúrias el eco que era de esperar de las montañas donde habia comenzado la restauracion cristiana y que ahora **De Astúrias.**

habian sido las primeras en repetir el grito de Independencia. Aquel eco se apagó, empero, en la prudencia de los próceres que dirigian el alzamiento, quienes, con el escarmiento de Cabezon y el exámen de sus fuerzas, creian que no era en Castilla, sino en la cordillera donde podria encontrar éxito la resistencia que se inauguraba contra el poderío de Napoleon. Segun ellos, no sólo no debia ayudarse al general Cuesta, si persistia en su intento de avanzar contra los franceses, sino que se le debia aconsejar la retirada á las montañas cantábricas para no comprometer las poblaciones de la llanura expuestas á la rapacidad y á las violencias del enemigo.

Con los 18.000 hombres que, al describir el alzamiento de Oviedo, dijimos se habian reunido para apoyarlo, se estaban organizando veinte batallones con que atender á la defensa del Principado (1).

Sin generales, jefes, ni oficiales en número suficiente para el mando de tanta fuerza, se habia apeciado, como en casi todas las provincias, á promociones exageradas en las clases militares existentes, á una gran prodigalidad en la concesion de empleos á personas influyentes del país, pero legas en el ejercicio de las armas, y al llamamiento de cuantos, habiéndolas empuñado anteriormente, ofreciesen alguna aptitud para un mando auxiliar ó subalterno. Se nombraron dos capitanes generales de ejército para el mando en jefe, y vários generales y brigadieres para el de las divisiones que iban á destacar-

(1) Véase el apéndice núm. 4 que contiene la organizacion.



se á la cordillera; se hicieron nombramientos de coroneles de los cuerpos que se creaban y de las comandancias de armas en que iba á dividirse el territorio, en quienes apénas podian tener el carácter de capitanes ni áun de milicias; y, por fin, se circularon las órdenes más apremiantes á todos los Concejos para que los sargentos, cabos y soldados que hubiesen servido en el ejército se presentaran á desempeñar, segun su idoneidad, los empleos de oficiales y los de tropa que exigia la organizacion del ejército.

Una comision militar creada al efecto propuso en 20 de Junio el plan de defensa del Principado segun los deseos y las instrucciones de la Junta. De los 20.000 hombres á que se hacia ascender la fuerza del ejército asturiano, 5.000 serian destinados á guardar y defender las avenidas de Santander y Castilla desde Llanes á Beza bajo las órdenes y direccion de un general, un brigadier y un oficial de artilleria; 2.000 con dos generales, se situarian entre Beza y Caliago; 2.500 con un general, un brigadier y otro oficial de artillería, de San Isidro á Cubilla; 2.000 con dos generales, desde Ventana á Cerezal, y 1.500 con otros dos generales, de Cerezal á la frontera de Galicia.

Estos 15.000 hombres, formando cinco divisiones en el órden mismo de los puestos que ocupaban en los límites del Principado, deberian ser apoyados por otros 4.000 en una segunda línea extendida por los concejos centrales de la provincia. Entre Cángas de Onís y Parres se establecerian 1.000 hombres que se destinaron á la segunda division, pues la pri-

mera, de Llanes á Beza, tenia fuerza suficiente y podia ser tambien apoyada por 500 colocados en el Infiesto, punto importante en la parte oriental del Principado. En la Pola de Aller, el Pino y Collanzo se situaron 500 hombres, y en la Pola de Lena 1.000 con que se reforzó la 3.ª division, así como la 4.ª y la 5.ª obtuvieron un aumento de 1.000 hombres cada una que desde el Grado y Quirós y desde Cángas de Tineo las apoyaran en caso de necesidad. Finalmente, los 1.000 hombres restantes del ejército formaron la guarnicion de Oviedo, y se procuró ligar las divisiones con la capital por medio de partidas estacionadas en los principales caminos de las fronteras que se trataban de cubrir.

Este era el plan, en nuestro concepto defectuosísimo, con que creian la comision militar y la Junta del Principado, que lo aprobó, poder impedir la invasion del ejército francés en Astúrias. Adolecia del mismo equivocado sistema que se habia puesto en práctica en las montañas vecinas de Santander con éxito tan desgraciado. Ni los franceses habian de emprender la marcha por los puertos que la cordillera ofrece en sus extremos oriental y occidental, ni, en caso de hacerlo, podian comunicar las fuerzas asturianas para apoyarse eficazmente unas á otras. Si los 5.000 hombres de la 1.ª division se hallaban bien establecidos cerca de Llanes para observar á los franceses cuando ya habian entrado en Santander, los demás soldados del ejército de Astúrias debian cubrir el puerto de Pajares, único tránsito cómodo para la caballería y artillería que llevarian los franceses.

El plan, sin embargo, se ejecutó aunque no en

todas sus partes, pues ni la fuerza disponible pasó nunca de 15.000 hombres ni los sucesos posteriores exigieron el cumplimiento de todos sus preceptos.

Una vez determinados y casi en vías de ejecucion estos planes, no era fácil que la Junta accediese á las instancias del general Cuesta, por reiteradas y apremiantes que fuesen. Así es que, áun comprendiendo que Cuesta no abandonaria el territorio castellano por muchas y fundadas observaciones que se le hiciesen para que se retirase á Astúrias, la Junta sólo cedió á la expedicion del regimiento de Covadonga, uno de los primeros y que con más esmero acababa de organizar. Aún destacó despues otro regimiento á las órdenes del general conde de Toreno, pero con instrucciones precisas para establecerse en Leon y observar desde allí las operaciones de los franceses, si se encaminaban al Principado.

La repugnancia de la Junta á la expedicion con que el general Cuesta la invitaba para engrosar su ejército en Castilla, era muy prudente y juiciosa.

Los regimientos asturianos se encontraban en el principio de su organizacion; no habian sido todavía instruidos en el manejo de las armas, y mucho ménos en las maniobras tácticas; y áun cuando habia en la provincia más que suficiente número de fusiles, faltaba el resto del material necesario en todo ejército para hacer eficaz su accion en los campos de batalla. Por otra parte, hallábase todavía en construccion el vestuario y equipo de aquellas tropas, y hubiera sido una temeridad muy vituperable la de arrojarlas en tan desfavorables condiciones á

pelear en Castilla con las aguerridas y maniobreras de la Francia.

De Leon.

Leon con fuerza incomparablemente menor y sin los recursos con que podia contar Astúrias, se encontraba, sin embargo, en circunstancias muy distintas. Habia izado el estandarte de Independencia, puede decirse que á la vista de los enemigos; y expuesta, de consiguiente, á un sacrificio inmediato, buscaba en un grande esfuerzo, á la vez que la satisfaccion de su patriotismo, el salvamento de sus más caros intereses. La Junta de Leon excitaba, pues, y acaso con más instancia que el general Cuesta, á las de Astúrias y Galicia para que no la abandonasen, sin descansar, al mismo tiempo, en sus gestiones más activas para engrosar en lo posible con los voluntarios del reino el ejército que se organizaba en Benavente.

Pero imaginar que éste encontraria en la sola tierra de Castilla elementos militares para resistir la agresion extranjera, hubiera sido el colmo de las ilusiones. Así es que el general Cuesta no se mantenia en comarca tan amenazada más que en la esperanza de socorros inmediatos y miéntras los franceses observasen la circunspeccion y timidez que con asombro general los habian hecho retroceder á Palencia. Dolíale sobre manera la expoliacion de que eran objeto las dos provincias de Palencia y Valladolid donde Lasalle ejercia las más ultrajantes exacciones, tanto más bochornosas para el general español cuanto que las fuerzas enemigas, áun engrosándose diariamente, no pasaban de un número de 2, 3 ó 4.000 hombres desde su retirada en los últimos

dias de Junio. La correspondencia del general Cuesta con la Junta de Galicia y el general Blake despues que tomó éste el mando en jefe del ejército de aquel mismo reino, revela de la manera más elocuente la pena que le afligia por la dura servidumbre en que habia colocado Lasalle á una parte tan importante de su distrito, la impaciencia por ponerse en estado de hacerla sacudir y su deseo ardiente de emprender operaciones con que se imaginaba lograrlo y hasta castigar terriblemente á los que se habian atrevido á penetrar en la tierra baja de la provincia de Santander.

Decia en 28 de Junio al general Blake:

«Como me es tan doloroso ver saquear las pro»vincias de Valladolid y Palencia por un corto núme»ro de franceses, crece mi impaciencia de saber el »cuándo y hasta qué punto puedo contar con los re»fuerzos de ese ejército de Galicia. En mi última, por »el Ayudante Maldonado, dije á V. S. la urgencia »de buscar al enemigo ántes que se refuerze ó acabe »de devastar las dos provincias que más necesita»mos para subsistir. La defensa más segura de Ga»licia es destruir á los franceses en Castilla, y para »conseguirlo es indispensable que, á lo ménos 12.000 »hombres de buena infantería, con 12 piezas de arti»llería ligera y bien pertrechada, se reunan sin de»tencion á mi caballería y milicias urbanas que ne»cesitan de aquel apoyo para sus primeros ensa»yos.—En estos términos, y miéntras V. S. acaba de »reunir el resto de sus tropas y preparativos, podré »llegar sobre Palencia donde no llegan á 3.000 fran»ceses y cortar la retirada á los 5.000 que han en-

»trado en Santander. Entre tanto, ya podria reunír»senos el resto de ese ejército sobre Búrgos para ar»rojar de allí y del reino las fuerzas del mariscal »Bessières.»

Todas las comunicaciones oficiales y todas las cartas dirigidas al general Blake por Cuesta y el entónces teniente coronel Zayas, revelan este mismo plan y la impaciencia misma que el escrito anterior. El plan de las operaciones que proyectaba Cuesta parecia meditado y conveniente; los procedimientos para su ejecucion, no debieron ser ni lo rápidos ni lo uniformes que exigia su éxito.

De Galicia.

A su tiempo describimos el alzamiento de Galicia y el entusiasmo que habian producido en el reino las providencias enérgicas de su primera Junta y las acertadísimas que tomó la de diputados, elegida segun antigua costumbre para sustituir á la que habian levantado al poder los sucesos del 30 de Mayo en la Coruña. Dijimos tambien que con los antiguos regimientos que la guerra con los ingleses y la reciente invasion de Portugal habian reunido en Galicia, llegó á formarse un ejército considerable que la recluta voluntaria y la creacion de algunos cuerpos y, entre ellos, *el batallon Literario*, hicieron ascender á la fuerza de unos 40.000 hombres.

No dejaron de presentarse algunas dificultades para crear un todo regular y homogéneo, oponiéndose algunas localidades á incorporar sus voluntarios en los antiguos batallones por el deseo de formarlos nuevos; pero así en Santiago, donde fué mayor la oposicion, como en Lugo, Mondoñedo y la Coruña, se pudo al fin conseguir prevaleciese la ra-



zon de una conveniencia ménos controvertible en aquella ocasion que en ninguna otra. Los voluntarios que todas las provincias presentaban á porfía, fueron, pues, destinados á los regimientos, especialmente á los que habian permanecido en Galicia; considerándose, y con razon, que los expedicionarios de Portugal tenian, si no el completo de su fuerza, la necesaria para entrar en campaña.

Aun ántes de reunirse, cuando se expedian las órdenes llamando por una parte las tropas de Portugal y disponiendo, por otra, el reparto de la recluta en los cuerpos acantonados en las costas, el general Filangieri, por delegacion de la Junta, se ocupó en la organizacion del ejército y hasta en su destino. La noticia de que Lasalle habia levantado su campo de Búrgos y se dirigia á Valladolid, llegada á la Junta de Galicia con la premura y la exageracion que son de suponer siendo trasmitida por las autoridades de Castilla y de Leon que iban á ser las primeras en sufrir el rudo choque de las tropas francesas, obligó á Filangieri á apresurar aquella organizacion y á fijar su destino inmediato á la proximidad y en el camino de las provincias amenazadas.

Organizóse el ejército en seis divisiones, á las que se les señaló la ciudad de Lugo como punto de asamblea; mandándose que todos los cuerpos, despues de completar sus contingentes, se apresurasen á buscar en aquel campo la homogeneidad y la instruccion indispensables para entrar en campaña. Y tales fueron el celo de la Junta, la inteligencia del general Filangieri, la buena voluntad de los pueblos y la actividad de los jefes militares, que el 10 de Junio

empezaban ya las tropas á acantonarse en Lugo y sus inmediaciones, á donde llegaban aquel mismo dia y al siguiente el general en jefe, su cuartel-maestre y algunos de los comandantes generales de las divisiones (1).

En aquellos mismos dias cruzaban el Miño las tropas que el general Belestá conducia de O'Porto las cuales recibieron tambien la órden de trasladarse inmediatamente á El Vierzo. El movimiento presumible del ejército hácia las fronteras de Castilla, impidió la reunion de aquellas fuerzas en el punto que se habia designado á las demás como de asamblea, teniendo que verificarla sucesivamente en la marcha y sin dar tiempo á una concentracion preliminar que hubiera sido muy útil para establecer la disciplina y procurar la instruccion posibles, ya que no las necesarias.

La ciudad de Lugo se vió muy pronto inundada de soldados que, sin organizacion todavía y arrastrando en pos de sí un material inmenso y la *impedimenta* que es de presumir en los de nueva leva, tuvieron en gran parte que trasladarse á un campo cercano, donde con alguna holgura principiaran á iniciarse en los trabajos de la guerra. Pero ántes de que pudiesen recibir ni áun los primeros rudimentos del *oficio*, y ántes de que se lograra allegar algun elemento de los que dan á los ejércitos solidez y movilidad á la par, la noticia de lo de Cabezon, las co-

(1) En el apéndice núm. 5, se encuentra la primera organizacion del ejército de Galicia. Aunque no duró sino muy pocos dias, la damos porque revela además la situacion anterior de los cuerpos que entraron en ella.





municaciones de Cuesta, las instancias de los castellanos y el clamoreo general de las pueblos de Galicia produjeron el levantamiento de los reales de Lugo y su traslacion á las montañas que cierran la entrada en la provincia.

Una vez en marcha, era muy difícil la conservacion del órden. Caminaban los cuerpos en cuadro ó con reclutas sin vestuario militar, y algunos hasta sin armamento. Un dia despues, se veian alcanzados por otros de los procedentes de Portugal ó del campo de Ares y el Ferrol que constituian un verdadero y útil refuerzo; pero, á la vez, llegaban nuevos y nuevos reclutas, dirigidos, á lo más, por algun oficial, que introducian mayor desórden en los regimientos de su destino que el ya lamentable en que marchaban todos.

Filangieri y Blake.

Conocedora de todo esto y comprendiendo que para poner órden é introducir la disciplina en aquel ejército eran necesarios un fuerte carácter y un gran prestigio, la Junta de Galicia creyó deber relevar del mando en jefe al general Filangieri, anciano ya y considerado por las masas populares como enemigo del alzamiento de España contra la dominacion napoleónica. Las virtudes del veterano neutralizaban su orígen extranjero y la oposicion que habia manifestado el 30 de Mayo al movimiento nacional; pero, áun respetándosele, se pensó en la Coruña que convenia mejor utilizar sus consejos en la Junta que su accion en los ejércitos. Se le llamó, pues, del que seguia organizando, establecido en gran parte á este lado ya de Piedrafita y cuando iba á ocupar los puertos de Manzanal y Fuencebadon para comuni-

car con las tropas castellanas del general Cuesta.

Fué conferido el mando del ejército al brigadier D. Joaquin Blake, oficial distinguidísimo por sus conocimientos en la milicia, persona de elevado patriotismo, de carácter noble, singular para captarse las voluntades de sus subordinados, entre quienes sobresalian los que habian tenido la suerte de ser sus discípulos; general, sin embargo, á quien sonrió pocas veces la fortuna.

Encargado del mando del ejército en Villfranca del Vierzo el dia 26 de Junio, con el carácter de teniente general, cuyos despachos le llevó el mismo miembro de la Junta que trasmitió á Filangieri la órden de volver á la Coruña, Blake pensó en una organizacion más fácil y más flexible, para que con su prontitud correspondiese á la urgencia que hacian presumir las noticias, á cada momento más alarmantes, de Castilla. No se hallaban todavía reunidos todos los cuerpos, áun habiendo llegado algunos del ejército de Portugal y los de marinos del Ferrol, y ni un sólo dia habia podido dedicarse á la instruccion de los reclutas. Era, pues, necesario disminuir el número de las divisiones para que en todas hubiese alguna fuerza veterana que sirviera de núcleo, de modelo, de base para las demás, compuestas en su casi totalidad de voluntarios alistados en los dias anteriores.

Trasformáronse, pues, las seis divisiones en cuatro y una fuerte vanguardia que se confió al brigadier conde de Maceda, oficial cuyo crédito rayaba muy alto y que á los pocos dias lo justificaba con una muerte gloriosísima. A la cabeza de las divisiones



se pusieron el mariscal de campo D. Jerónimo Berdes, cuyo fallecimiento poco posterior en Cacavelos produjo su sustitucion por el jefe de escuadra D. Felipe Jado Cagigal, el mariscal de campo D. Rafael Martinengo, el brigadier de la armada D. Francisco Riquelme y el tambien mariscal de campo marqués de Portago. Con el objeto de vigilar desde el territorio de la Puebla de Sanábria los pasos del Esla por una parte y cuanto pudiera ocurrir en las comarcas vecinas de Portugal por otra, se creó, además, una pequeña columna al mando del marqués de Valladares, coronel del provincial de Orense.

La fuerza total de este ejército, considerable desde los primeros dias de su organizacion, llegó a ser de 24.900 infantes y 150 caballos el 13 de Julio que precedió al de Rioseco, fecha á que hemos querido referir todos los estados para no repetirlos en las diferentes incorporaciones que fueron recibiendo en su marcha á aquel funesto campo de batalla (1).

Ya hemos advertido que el ejército de Galicia ocupaba al tiempo de su reorganizacion las posiciones eminentes de la sierra que divide aguas entre el Órbigo y el Sil, afluentes muy importantes del Duero y del Miño. Desde ellas, los cuerpos avanzados podian proteger eficazmente la reunion de los

(1) Véase el apéndice núm. 6 que contiene el estado y organizacion del ejército de Galicia. Los muchísimos detalles que contiene nos evitan el enumerar en el texto la composicion, fuerza de cada arma y personal de los Estados Mayores afectos al cuartel general y á los particulares de las divisiones. Este cuadro, como el anterior y una gran parte de los insertos, se debe al celo de los oficiales de E. M. destinados á la Seccion de Historia del Depósito de la Guerra.

que aún necesitaban mantenerse en El Vierzo esperando completar su fuerza.

Efectivamente, ocupados los puertos de Manzanal y Fuencebadon, únicos praticables para las grandes operacianes de la guerra en la cordillera secundaria que cubre la entrada de El Vierzo entre los elevados picos de Cueto-Albo y el Teleno, el ejército podia con toda seguridad entregarse á perfeccionar su organizacion y á instruir, aunque ligeramente, á sus reclutas.

Habia una verdadera necesidad de atender á objetos tan importantes. Iban llegando los voluntarios, ya sueltos, ya en cuerpos ó destacamentos, en el mayor desórden, sin vestuario muchos y áun sin armas, pero sobre todo sin disciplina de ninguna clase. Por más que los pueblos, inspirándose en un sentimiento patriótico y en el deseo de librarse de la presencia de los enemigos, procurasen atender á la subsistencia y á la comodidad de las tropas, eran éstas en número tan considerable que se hacia imposible ofreciesen aquellos recursos suficientes, mucho ménos careciéndose en el ejército de una administracion hábil para reunirlos en los momentos y sitios oportunos. «Por un país miserable, decia uno de los oficiales de Estado Mayor de aquel ejército, D. Joaquin Moscoso, excaso de recursos, fácil es de imaginar cuáles serian los trabajos y miserias de la tropa y oficialidad en aquellos dias de marcha, continuamente acampados, al vicac, sin pan, sin vino y sin nada.» (1)

(1) Memorias para las campañas de la izquierda militar de Es-

Estas causas, y el calor de las pasiones en la época y las condiciones extraordinarias en que se hallaba la Nacion, debian naturalmente influir sobre las tropas, impidiendo el establecimiento de una disciplina rigurosa. Así es que á cada momento jefes y oficiales tenian que acudir á los esfuerzos más grandes para, rectificando noticias alarmantes ó absurdas, turbando planes aunque secundarios ó de logística, y hasta destruyendo preocupaciones groseras, calmar los ánimos inquietos y levantiscos de aquellos soldados. Aun con esos esfuerzos y la vigilancia que hace suponer en los jefes tal estado, no pudo evitarse una desgracia inmensa; el asesinato del general Filangieri. Muerte de Filangieri.

Era necesaria en aquellos tiempos de turbacion mucha prudencia para el relevo de las autoridades y sobre todo de los generales. La destitucion del mando los dejaba desarmados, y si áun á la cabeza de los ejércitos necesitaban desplegar un gran carácter y sagacidad suma para obtener algun prestigio miéntras les faltase el de la victoria, ¿cuál no seria su situacion al perder el apoyo de las tropas disciplinadas y de los jefes caracterizados á cuyo abrigo podian ejercer el mando? Es verdad que la Junta de Galicia relevó al general Filangieri para utilizar sus talentos al frente de aquella corporacion; pero despues de los sucesos del 30 de Mayo y en el estado en que aún se hallaba el ejército, era muy imprudente destituirle sin grandes y muy eficaces precauciones.

---

paña desde 1808 hasta 1812, escritas por el 1.er ayudante general de Estado Mayor D. Joaquin Moscoso. (Manuscrito conservado en el Depósito de la Guerra.)

Aún más imprudente anduvo el mismo general no separándose inmediatamente del ejército. Tres dias llevaba todavía en Villafranca, deseoso de ayudar en la ejecucion de los planes proyectados á su anterior cuartel-maestre, cuando una partida del regimiento de Navarra, expulsado de la Coruña en los primeros dias del alzamiento, mandada por quien se decia haber recibido un golpe afrentoso de manos del general, acometió la inmunda hazaña de vengarse en él cuando lo veia sin fuerza para hacerse respetar. Acometido de un desmayo, no pudo el venerable anciano evadirse, y fué asesinado por sus perseguidores que arrastraron el cadáver por las calles, entregados á la embriaguez más vergonzosa. «Atroz y fementi»do hecho, dice el conde de Toreno, matar á su pro»pio caudillo, respetable varon é inocente víctima »de una soldadesca brutal y desmandada. Por largo »tiempo, continua el ilustre historiador, quedó im»pune tan horroroso crimen: al fin, y pasados años, »recibieron los que lo perpetraron el merecido cas»tigo.» (1).

Plan del general Blake.

El pensamiento del general Blake, era sin duda el de mantener las posiciones indicadas de la Sierra, hasta la completa organizacion del ejército. En

(1) Los «Apuntes historicos sobre las operaciones del ejército de Galicia,» publicados por el capitan de Estado Mayor D. Joaquin Blake, dicen que «los asesinos pertenecian á un destacamento ó conduccion de voluntarios, compuesto de los marinos de la Coruña entre quienes por desgracia habia algunos de los que contribuyeron á los alborotos de 29 y 30 de Mayo...»

Lo mismo dice Muñoz Maldonado, y Schépeler los llama tan sólo «Voluntarios de La Coruña.»

Cuesta en su «Manifiesto» atribuye el asesinato á las tropas «compuestas de cuerpos veteranos completados por gente del pais.»

ellas podia esperar los sucesos, seguro de que, no sorprendiéndole éstos, tendria medios para cubrir el país gallego de una invasion, sin temor á descalabro alguno, indubitable si en el estado de su ejército se lanzaba á campear por las llanuras que descubria de Manzanal, donde habia establecido su cuartel general. Desde aquel collado y el de Fuencebadon, y observando las avenidas todas de algun interés, por la derecha hasta el Teleno y los valles que por el de la Puebla de Sanábria comunican con las fronteras de Portugal, y por la izquierda las que de Leon dirigen al alto valle del Sil y al territorio asturiano, podia, miéntras se instruian sus voluntarios, vigilar la marcha de los franceses, amenazarlos despues sériamente si se encaminaban á Astúrias, y rechazarlos, por fin, cuando se atreviesen á acometer la invasion de Galicia.

Para cuando pudiese operar con alguna confianza ya en el espíritu y la disciplina de sus tropas, el general Blake habia pensado correrse por la série de montañas que se extendian á su derecha y, cubriéndose con ellas y con las aguas del Esla, avanzar, cruzándolas en ocasion oportuna, hasta Zamora. Desde esta plaza se podia seguir, en combinacion con el ejército de Cuesta, el camino de Valladolid para caer sobre el flanco de los franceses, ó salvar el Duero y, levantando la tierra toda castellana, amenazar la ocupacion francesa en todo el valle del Pisuerga y el centro de la Península.

Que este plan se habia fijado en la mente del general Blake, es del todo indudable, pues consta en el manuscrito de Moscoso redactado á la raiz de

aquellos sucesos. «Las márgenes del Esla, dice, se »estaban reconociendo é este efecto hácia la parte »de Zamora por un oficial de E. M. (el autor); las »alturas, las cordilleras que van desde aquella par- »te á unirse á las de Guadarrama, debian haber sido »nuestro seguro y acertado camino; el enemigo, de »este modo, se hubiera encontrado de improviso con »este ejército conducido de posicion en posicion por »medio de marchas sigilosas, bien ideadas, bien com- »binadas, y á su sombra hubieran podido armarse »las Castillas.»

Existe referente á este proyecto una circunstancia que hace honor al general Blake. En las *notas para el general Savary* que dictó Napoleon en Bayona el 13 de Julio é hizo trasladar á su hermano, en camino ya para Madrid, aparece revelado el temor de que el ejército castellano pudiera emprender la operacion ideada por Blake. «Si el general Cues- »ta, dicen aquellas notas, se retira de Benavente sin »combatir, puede hacerlo á Zamora y Salamanca, »para ganar Avila y Segovia, seguro de que el ma- »riscal Bessières no podria entónces perseguirle, »pues que, en esta suposicion, se veria amenazado »por el ejército de Galicia, cuya vanguardia se ha- »lla reunida en Leon. Entónces es necesario que el »general que mande en Madrid pueda reunir inme- »diatamente de 6 á 7.000 hombres para marchar al »encuentro del general Cuesta. Es preciso que la »ciudadela de Segovia sea ocupada por 300 ó 400 »convalecientes, con algunas piezas de artillería y »raciones para seis semanas; es una gran falta la de »no haberla ocupado cuando lo mandó el mayor ge-



»neral. De todas las posiciones posibles, Segovia es »la más peligrosa para el ejército: capital de una »provincia asentando entre los dos caminos, impe»diria al ejército todas sus comunicaciones y, una »vez establecido el enemigo en su ciudadela (el al»cázar), el ejército francés no podria desalojarle de »ella.»

Estas observaciones del Emperador, publicadas recientemente en su *Correspondencia*, hacen mucho honor, repetimos, al general Blake, cuyo proyecto presentaba, sin embargo, graves peligros en el estado de las tropas de Galicia y en el abandono que presuponia de la tierra toda que forma la orilla derecha del Duero en que se hallaba el ejército francés.

Fuera de éstas, que sin la opinion, entónces desconocida, del emperador Napoleon, hubieran podido tomarse por divagaciones estratégicas del general Blake, el partido de mantenerse en El Vierzo era el más prudente, aunque por desgracia, no fácil de sostener en las circunstancias de aquella guerra.

Lo abandona y se dirige á reunirse con Cuesta.

El general Cuesta solicitaba cada dia con más insistencia la cooperacion del ejército de Galicia. Blake, á pesar de las consideraciones que debia á su antiguo jefe, resistia lo posible sus instancias, escudándose con las instrucciones de la Junta; pero el empeño de Cuesta, los clamores de los pueblos castellanos que, temerosos de la invasion, le convidaban con víveres abundantes y auxilios de todas clases si descendia á ellos, el entusiasmo imprudentísimo de las tropas y las órdenes, por fin, de la Junta, le arrancaron de aquellas posiciones, asilo seguro

del ejército y campo excelente para su organizacion y enseñanza.

El teniente coronel D. José Zayas, anteriormente citado, mayor general de Cuesta, iba y venia de Benavente á El Vierzo, de El Vierzo á la Coruña y de allí á su cuartel general. Y si no halló, repetimos, en el general Blake una acogida favorable á las pretensiones de su jefe, alcanzóla al fin, del caluroso entusiasmo que dominaba en los acuerdos de la Junta de que dependia el ejército de Galicia. Tuvo, pues, que abandonar Blake las alturas, y con dos millones que se le enviaron de la Coruña, único socorro que recibió en aquella campaña, y algunos dias de instruccion que su prudencia habia aprovechado en los que logró mantenerse á uno y otro lado de la cordillera de Manzanal, hubo el 5 de Julio de emprender la marcha para unirse al general Cuesta, constante en sus posiciones de Benavente hasta ver realizados sus proyectos ofensivos contra el mariscal Bessières.

El movimiento se hizo con la mayor regularidad por la vanguardia y las divisiones 1.ª, 3.ª y 4.ª La 2.ª quedó en Manzanal, destinada á servir al ejército de reserva y de refugio en aquellas posiciones, si era batido en las llanuras á que se lanzaba tan imprudentemente en concepto de su general en jefe. El dia 9 se habia verificado la union de los dos ejércitos; y el 10, la vanguardia de Blake se situaba en Villamayor, y la 1.ª division y los cuarteles generales se trasladaban á Villalpando, cubiertos por la 3.ª y 4.ª divisiones de Galicia que llegaron al puente de Bizana é inmediaciones de Benavente. Desde el instante de la reunion se habia, pues, iniciado el movimiento

hácia Valladolid y Palencia, donde habria de encontrarse al enemigo.

Detengámonos un momento á considerar el estado de aquellos ejércitos, reunidos ya materialmente, pero más separados en el sentido moral que dias ántes, el plan de operaciones que iban á ejecutar y las esperanzas de éxito á que debian entregarse los caudillos que los regian.

El ejército de Castilla se habia reforzado, segun anteriormente dijimos, con tropas de Astúrias y de Leon. Eran éstas escasas en número, y como procedentes de provincias, en cada una de las cuales imperaba una Junta que se resistia á depender de otra y se daba acaso el título de suprema, se consideraban, más que parte componente del ejército, auxiliares que no debian reconocer la autoridad del general, sino como delegada por las corporaciones que las habian destinado allí. En 6.000 infantes y 560 caballos á que se habia logrado elevar la fuerza del ejército, sólo se contaban 2.100 castellanos que, sin embargo, se hacian suponer la base y el núcleo de las tropas, por operarse en su país; 2.400 eran leoneses que, con unirse á Cuesta, buscaban el modo de cubrir su capital, y 1.500 asturianos que sólo á fuerza de instancias y como por conmiseracion habia hecho descender de la cordillera la Junta del Principado, más cuidadosa de resguardarlo desde ella que de ayudar á sus compatriotas de las llanuras de Castilla. Inútil buscar fuerza donde falta homogeneidad; y áun cuando oficiales y soldados estuviesen animados de un mismo sentimiento general, el de repeler la dominacion extranjera, cada uno de ellos creia

Estado de aquellos ejércitos

tener en su provincia respectiva intereses que defender más sagrados aún que los generales de la nacion, y más recursos, sin salir de ella, para rechazar á los invasores.

Si aquella fuerza, exígua como era, ofrecia tan escasa cohesion para una campaña contra los primeros soldados del mundo, al incorporarse el ejército de Galicia no podrian ménos de hacerse sentir inmediatamente mayores dificultades, si no es que sacaba además su repugnante cabeza entre los jefes la discordia, esa compañera inseparable de las ambiciones militares. Apénas en Benavente el cuartel general del ejército de Galicia, comenzaron las querellosas susceptibilidades en las tropas y las rivalidades de los jefes. El general Cuesta aspiraba á la direccion en jefe de los ejércitos reunidos, considerando perniciosa la pluralidad de mandos y creyendo rebajarse con imaginar siquiera que pudiera disputárselo su nuevo colega. El general Blake, herido á su vez con el orgullo y tenacidad de Cuesta, viéndose á la cabeza de un ejército que no podia avenirse á considerar como auxiliar siendo mucho más numeroso que el castellano, repugnaba sujetarse al rudo y altanero humor de quien, por otra parte, no veia dispuesto á atender á sus consejos ni adherirse á sus proyectos.

Una cuestion, al parecer insignificante, habia hecho entrever desde el principio la falta de armonía entre los cuarteles generales de los dos ejércitos. El del general Blake habia obtenido en Villalpando un alojamiento incómodo á la vez que poco decoroso; y tal impresion habia causado en el Estado Mayor del ejército de Galicia, que alguno de sus

oficiales se quejaba de aquella falta de atencion por parte de Cuesta ó de su cuartel-maestre años despues, cuando parece imposible fuesen á recordarse ofensas de índole tan trivial.

Pero ante la ineludible precision de establecer la unidad de mando y ante la desigualdad entre quien llevaba trece años de teniente general y el que no hacía más que diez y ocho dias que recibiera los despachos de aquel empleo, sin haber obtenido nunca los del inmediato inferior de mariscal de campo, Blake tuvo que ponerse á las órdenes del que, además, seguia ejerciendo la autoridad de capitan general del territorio en que iba á operar el ejército.

Era necesario que se estableciese un acuerdo sincero entre los dos generales; pero desgraciadamente no tardaremos en ver que nunca llegó á conseguirse, y que, por el contrario, la falta de armonía en los jefes del ejército castellano y el de Galicia, produjo uno de los desastres más lamentables que experimentaron las armas españolas en la guerra de la Independencia.

El general Cuesta, anhelante siempre por medirse con los tenientes de Napoleon, se oponia á todo movimiento que no condujese directa y prontamente á un choque decisivo. En este punto, el anciano pero enérgico general se mostraba intransigente; y áun cuando ántes de la union de los dos ejércitos no se resistera á buscar por el camino de la estrategia el fin deseado de arrojar á los franceses del distrito de su mando, una vez á la cabeza de tan respetables fuerzas como habia logrado reunir

en Benavente, no pensó más que en lanzarlas sobre las masas de sus enemigos.

Sus movimientos hasta Rioseco.

Dos caminos se le presentaban para hacerlo; el de Valladolid y el de Palencia. Por el primero recobraba, con sólo ocupar la capital, el prestigio perdido en Cabezon, y, cubierto con el Pisuerga, podia caer despues sobre el flanco y áun la retaguardia de los franceses. Por el de Palencia, lograba chocar ántes con ellos; pero los hallaria establecidos ventajosamente si se defendian; y sí, como debia esperarse, le salian al encuentro, tendria que combatirlos en un terreno muy propio para la caballería, mucho más numerosa y diestra, de Bessières.

No habia términos de comparacion entre estas dos combinaciones. La de marchar al enemigo por Valladolid era una combinacion de precauciones sumamente prudente, áun en el sentido ofensivo á que se dirigia. La ocupacion de ciudad tan populosa, no sólo daba prestigio á un ejército á cuyo frente se encontraban enemigos tan temibles, sino que le proporcionaba otro resultado mucho más importante; el de una seguridad casi completa para las operaciones sucesivas. Se evitaba un movimiento ofensivo por parte de los franceses hácia Leon y Astorga, por cuanto no habian de dejar á sus espaldas ejército tan numeroso; y además de la ventaja de maniobrar con un rio bastante caudaloso por el flanco, se obtenia la de una retirada siempre segura, cuando no, por el camino mismo de Galicia, por los de la izquierda del Duero, por donde era y seria todavía en mucho tiempo fácil la evasion de los ejércitos españoles.

Por tierra de Campos no encontrarian ningun

abrigo contra las hábiles maniobras y la excelente caballería de los franceses. Los rios que iban á cruzar eran de caudal siempre exíguo, nulo en aquella estacion calurosa, y no hallarian montes en que apoyarse ni poblaciones que defender, sin peligro inminente de caer todos ántes en poder del enemigo.

La eleccion no era, pues, dudosa, y el general Cuesta la adoptó sin vacilar en la marcha que habia emprendido.

las tropas del ejército combinado prosiguieron los dias 11 y 12 el movimiento iniciado el 10 despues de su reunion en Benavente; las divisiones ó cuerpos castellanos, por el camino de Rioseco, y las del ejército de Galicia, en direccion á Valladolid. El 12, el general Blake, su escolta y el cuerpo de vanguardia pernoctaron en Castromonte ó sus inmediaciones; la 1.ª division lo hizo en Villabragima y Tordehumos, y la 4.ª recibió la órden de presentarse el dia siguiente en el mismo Castromonte. La 3.ª division habia quedado en Benavente como en reserva. El ejército castellano permaneció en Rioseco y aldeas próximas con el objeto de cubrir la marcha de las demás divisiones y, despues de observar las avenidas de Palencia, hacer rumbo oportunamente á Valladolid por la carretera general

El 13 conservaban las tropas casi las mismas posiciones que la noche antecedente, si se exceptúa la vanguardia gallega que se habia trasladado á Villanubla, ya muy cerca de Valladolid cuyas tapias puede decirse que tocaban las avanzadas, cuando el general Blake recibió aviso de que los castellanos se veian amenazados por el ejército francés, con lo que

todos los cuerpos del de Galicia acudieron á Rioseco para recibirlo.

El movimiento sobre Valladolid habia fracasado: y las tropas españolas, en vez de aprovecharse de una iniciativa enérgica, siempre fructuosa, iban á ocupar posiciones defensivas precipitadamente é ignorando los planes del enemigo, desventaja que hacia aún mayor aquella especie de escalonamiento de las dos divisiones gallegas que, quedando en Manzanal y Benavente, ningun resultado feliz podian producir en la accion que se preparaba.

Movimientos de los franceses.

El mariscal duque de Istria, comprendiendo el objeto de los españoles y con el intento de estorbar su marcha á Valladolid, donde podrian lograr establecimiento sólido y base muy ventajosa para las operaciones sucesivas, resolvió, efectivamente, adelantarse hácia ellos para combatirlos, además, en punto en que pudiera utilizar la superioridad de su caballería.

Habíase mantenido hasta entónces en Palencia el general Lasalle, rodeado de una nube de exploradores que le anunciasen oportunamente cuanto pudiera suceder en derredor suyo. El mariscal Bessières, sin fuerzas, entretanto, para tomar la ofensiva, habia creido no deber hacer nada mejor que continuar en Búrgos, donde, reedificando el castillo que antiguamente defendia la ciudad y haciendo completar el armamento del de Pancorvo, lograria mantener expedita la comunicacion francesa con Madrid, tan importante en aquellas circunstacias.

Lasalle y Bessières hubieran querido avanzar á Valladolid para ponerse en relaciones más breves y





directas con el cuartel general del ejército de ocupacion establecido en Madrid; pero lo impedia la falta de fuerzas, viéndose, en consecuencia, obligados á mantener una posicion puramente defensiva. Las noticias, cada dia más alarmantes, que por otra parte recibian de la reunion de tropas españolas en Benavente, abultadas por nuestros compatriotas que eran los únicos que podian trasmitírselas, obligaban tambien á los generales franceses á conservar una actitud sumamente reservada. No era fácil conocer los proyectos de nuestros generales; y, cuando en Bayona se abrigaban temores de que se pensara en amenazar á Madrid por los valles del Adaja y del Eresma, no es extraño que en Búrgos y Palencia, áun reuniendo la mayor parte de las fuerzas del cuerpo de observacion de los Pirineos occidentales, no se aventurasen planes de invasion y se esperara pacientemente á observar á los enemigos para aprovechar cualquiera coyuntura favorable contra ellos.

Era, además, Bessières el punto de apoyo de la gran palanca con que se queria remover la antigua monarquía española, el eje sobre que debian girar todas las operaciones del ejército francés en la Península. Vencido Bessières y ocupada Búrgos por los españoles, todas las comunicaciones quedaban interrumpidas entre Francia y Madrid; y los distintos ejércitos que operaban en Valencia y Andalucía tendrian que reconcentrarse de nuevo para retroceder juntos y abrirse paso hasta el Ebro, línea de refugio para todos ellos. Lo decia Napoleon en sus *notas* de 13 de Julio ya citadas. «Si el mariscal Bessières »llega á hacer un movimiento retrógrado á conse-

»cuencia de una batalla en que experimente pérdi»das considerables, será necesario tomar grandes »disposiciones; llamar á marchas forzadas sobre Ma»drid á los generales Frère, Caulaincourt, Gobert y »Vedel; dejar al general Dupont en las montañas de »Sierra-Morena y áun acercarlo á Madrid, teniéndo»le siempre, sin embargo, á 7 ú 8 jornadas, á fin de »*aplastar* al general Cuesta y todo el ejército de Ga»licia, miéntras Dupont sirva de vanguardia para »tener en jaque al ejército de Andalucía.»

Bessières allegaba, pues, en derredor suyo cuantas fuerzas existian en las comarcas próximas. Las de la division Merle recibieron la órden de abandonar Santander, donde sólo quedó el general de brigada Gaulois con una fuerza escasa para vigilar aquella provincia. Un batallon de la division Verdier que habia quedado en Vitoria, fué llamado tambien á Búrgos, dejando cubierto aquel punto interesante con cuerpos que entraban nuevamente en España para servir de acompañamiento al rey José que ya disponia su viaje á Madrid. Por fin, el Emperador, preocupado siempre con la suerte de Bessières y temiendo que las órdenes que diariamente despachaba á Savary para que dispusiera una expedicion que apoyase al mariscal en Castilla la Vieja, no recibiesen el cumplimiento que deseaba, dispuso la entrada de la division Mouton, compuesta de veteranos: «tropas soberbias, decia, todos sol»dados viejos,» que constituian el 4.° regimiento de infantería ligera, el 15 de línea y el 3.er batallon de París. Aquella, dice Foy, «era la primera vez que »pasaban los Pirineos cuerpos que hubiesen comba-

»tido en Friedland. Se los miraba, y con razon, co»mo superiores á los que ya se hallaban en España, »y esta circunstancia hizo dar á las tropas del ge»neral Mouton el nombre de *Division de preferen»cia* (d'elite).»

Escalonadas, primero, entre Palencia y Búrgos, por órden expresa del Emperador, las tropas de Bessières se reconcentraron en la primera de aquellas poblaciones al saberse que el ejército español se habia puesto en movimiento. Decíase de público, y aún hay quien asegure que de propósito se hacia divulgar la voz, que Cuesta y Blake se encaminaban á Valladolid con el objeto de remontar el Pisuerga y coger de flanco á los soldados de Lasalle establecidos en Palencia. Con este dato, el mariscal Bessières, haciendo apresurar la marcha á la division Mouton, en camino ya desde Vitoria, y abandonando Búrgos el dia 9 con su reserva compuesta del regimiento de fusileros, la caballería y la artillería de la Guardia imperial afectas á su cuerpo de ejército, ideó el impedir la realizacion de aquel plan con un ataque en las llanuras que debian cruzar los españoles en su marcha.

Y efectivamente, anunciándolo á sus generales en la mañana del 13, se dirigió á Rioseco, seguro de que á la noticia de aquel movimiento habian de contener el suyo los enemigos, si no querian ser cogidos por la espalda y en la diseminacion y el desórden de una operacion frustráda.

Ya hemos visto anteriormente que el mariscal Bessières consiguió su objeto, haciendo con la nueva de su marcha retroceder á Rioseco to- Batalla de Rioseco.

das las tropas del ejército español. Las del francés, reunidas ya, fueron á establecerse en Ampudia y la Torre de Mormojon, y sus reconocimientos de la tarde, extendiéndose hácia su izquierda para observar el camino de Valladolid, hicieron creer á los españoles que se trataba de salirles al encuentro por él.

Sin embargo, al amanecer del 14, Lasalle desplegaba su caballería á vanguardia de la villa de Palacios, á una legua ya de Rioseco, para cubrir la concentracion y las disposiciones de ataque de las demás tropas, ínterin el Mariscal reconocia la posicion de los españoles en la ancha meseta que se alzaba á su frente.

Ejercito frances.

Constaba el ejército francés de cuatro divisiones con una fuerza total de 12.000 infantes, 1.200 caballos y 32 piezas de artillería. El general Lasalle tenia á sus órdenes los ocho escuadrones del 10.° de húsares y del 22.° de cazadores y la brigada Sabattier, compuesta de dos batallones del regimiento provisional núm. 17, y otros dos del 18. La division Merle contaba dos brigadas á las órdenes de los generales Darmagnac y Ducos. La primera se componia de un batallon del 47 de línea, uno del 3.er regimiento suizo al servicio de Francia, y de otro del 14.° provisional: la segunda contaba los cuatro batallones del regimiento provisional, tambien número 13. El general Mouton regia, segun ya hemos dicho anteriormente, cuatro batallones, dos del 4.° regimiento ligero y otros dos del 15 de línea: los de la Guardia de París habian quedado en Vitoria. Formaban la reserva, en fin, los cuerpos de la Guardia

imperial, tres batallones de fusileros, un escuadron de cazadores, uno de dragones y otro de Gendarmería, acompañados de 10 piezas de campaña, procedentes, tambien, de la artillería de la Guardia (1).

Aun siendo inferior el número de los franceses al de los soldados españoles que iban á combatir, existia una desigualdad muy notable en las condiciones militares de unos y otros. Cuando los ejércitos se elevan á ciertas cifras, no es el número, sino la disciplina y, sobre todo, la buena direccion, las que proporcionan la victoria. ¿Qué importa, efectivamente, la superioridad numérica si los soldados no tienen la necesaria instruccion y se les hace combatir aisladamente; si no se eligen bien las posiciones; es mal establecida la artillería, y el arma que más convendria en el teatro de la accion es precisamente la más escasa, la que no puede competir con la mayor y más diestra de los enemigos?

Ejército español.

El ejército español concentrado en Rioseco, constaba de 21.203 infantes, 710 caballos y 20 piezas de campaña, fuerza muy inferior á la que le atribuyen los escritores franceses. Estos, por ensalzar el mérito de una victoria, muy importante por cierto, pues que abrió al intruso el camino de Madrid, pero no lo que la de Villaviciosa que aseguró la corona española en las sienes del primer Borbon y á la cual se deleitaba Napoleon en compararla, han supuesto al duque de Istria á las manos con los soldados todos de Blake y de Cuesta, y áun los han aumentado hasta un número que no pareciese del

(1) Véase el apéndice núm. 7 que contiene el estado de fuerza del ejército francés que combatió en Rioseco.

todo inverosímil á sus más entusiastas compatriotas. Pero, mal que les pese, despues de la batalla, la verdad está en las cifras que acabamos de estampar, pues que, segun dijimos ántes, las divisiones 2.ª y 3.ª del ejército de Galicia habian quedado en Manzanal y Benavente para servir de reserva y guardar la frontera de aquel reino en caso de una derrota que su general en jefe no consideraba como muy improbable. Si, pues, la infantería española aparece superior en número á la que conducia Bessières, la artillería y, sobre todo, la caballería, tan necesarias en el terreno que el experto mariscal habia por lo mismo elegido con tanto acierto, no sólo eran inferiores numéricamente, sino que no podian compararse con la brillante artillería de los franceses y la impetuosa y perfectamente dirigida caballería de Lasalle (1).

No necesitamos esforzarnos en demostrar con la comparacion de unas y otras tropas la inferioridad de las españolas en un campo de batalla. Sólo su valor y patriotismo, encendidos vivamente en las circunstancias tristísimas que atravesaba el país, podian procurar un equilibrio para el que, además, seria preciso que sentimientos tan eficaces en la guerra fuesen bien dirigidos, y desgraciadamente no lo fueron el valor y el patriotismo de nuestros soldados en Rioseco. Ni armonía ni pericia brillaron en el campo español, y sin tales elementos era muy difícil resistir la cohesion, el conjunto que presentaban las tropas francesas, ni el tino con que iban di-

(1) Véase el apéndice núm. 8 que contiene el estado de las tropas españolas que combatieron en Rioseco.



rigidas contra nuestras desunidas é inconexas líneas.

Asienta Medina de Rioseco en la márgen derecha del Sequillo sobre las ondulaciones de dos suaves colinas que ocupan la concavidad de un arco que por Oriente y Mediodía han ido formando las aguas de aquel rio, cuyo caudal bien revela su nombre significativo y propio. Una vasta llanura se extiende en la márgen izquierda por el O. y el S., cruzada de caminos que conducen á Toro, Valladolid y pueblos intermedios, y cruzada de los arroyuelos que van á rendir al Sequillo el tributo de las aguas llovedizas que recogen en su lecho. Uno de éstos, el más notable y que afluye en el extremo meridional de la ciudad, allí donde sobre el sediento álveo del Sequillo cruza la carreterra de Valladolid por uno de los seis puentes que comunican ámbas márgenes, desciende de las inmediaciones de la villa de Palacios, algo más de una legua al E. de Medina y en el camino de Palencia. Su caudal constante, aunque exiguo, va regando una dilatada vega, la del Juncal, en direccion siempre del O. hasta encontrar la mencionada carretera, con la cual baja en ángulo casi recto y por espacio de media legua hasta el punto ya citado de su confluencia con el Sequillo. Causa esa ruda variacion de rumbo otro gran páramo que, ocupando toda la orilla derecha del arroyo, se alza entre Palacios y Medina con una meseta anchurosa en su cima, precedida de una suave eminencia, el teso de Monclin, que, áun cuando á su mismo nivel, se adelanta hácia Palacios flanqueando los caminos que, ya directamente por el N. del páramo, bien por la vega del Juncal, conducen á la ciudad.

Descripcion del campo.

De manera que quien desde Palacios se dirija á Rioseco, despues de salvar unas colinas suaves que cubren al O. la villa, encuentra á su frente el Monclin, y despues el páramo de Valdecuevas que deja sobre su izquierda para, por un terreno suavemente accidentado que se extiende hácia el N. del teso y del páramo, llegar á la llanura y á los puentes que se encuentran al frente y al pié de Medina de Rioseco.

Ni árboles, ni arbustos siquiera, impiden la vista ni el tránsito en todo aquel vastísimo espacio, y sólo las degradaciones causadas por la lluvia en las faldas y laderas de los páramos forman alguna escabrosidad en las pendientes que hay que salvar para la subida al Monclin y Valdecuevas ó en el trayecto de los caminos que ligan las dos poblaciones, campo de los beligerantes.

Tal era el terreno, cuya descripcion definitivá irán encontrando nuestros lectores en la de la batalla de que fué teatro, y cuyo estudio sólo puede hacer claro y fácil la inspeccion del plano.

Los reconocimientos dirigidos por el duque de Istria hácia el camino de Valladolid, habian desorientado completamente á los generales españoles. En concepto de Cuesta, Bessières, que habia comprendido el plan que los llevaba á aquella capital, proyectaba estorbarlo interponiéndose entre ellos para dividirlos, si perseveraban en su marcha y obligarles á retroceder ó batirlos si se atrevian á resistirle en terreno tan favorable para sus armas. Una vez concentrado el ejército en Rioseco, cuando se tenia tiempo para haberse reunido en Vallodolid á espaldas del Pisuerga, en posicion que sólo el ardor beli-

coso de Cuesta podia considerar como prudente en exceso, lo que en vista de aquellos reconocimientos creia él probable era que el ejército francés apareceria al dia siguiente por el camino de la capital. Seguro de que habian retrocedido, el Mariscal se dirigiria rectamente á ellos cambiando su línea de operaciones, como Cuesta y Blake intentaban variarla en contra suya, para apoyarse en Valladolid, en los rios que resguardan su territorio y en las comunicaciones de Búrgos y Madrid que se dirigian á interceptar los dos caudillos.

Parece como que repugnase tal suposicion al general Blake, pues que acababa de recorrer el camino de Valladolid sin que sus divisiones observaran nada que les hiciese recelar un ataque de los franceses en él. Así es que, despues de una breve conferencia en Rioseco, subió con Cuesta al páramo de Valdecuevas para reconocer desde la meseta las avenidas de Palencia y Valladolid. Pero no resolviéndose á fijar plan alguno ni á tomar posiciones hasta recibir noticias más circunstanciadas del movimiento de los enemigos, despues de situar allí tres batallones ligeros de los de Galicia, volvieron á la ciudad los dos generales, penetrado Cuesta de que aquellos operarian por el camino de la capital y, si no convencido, preocupado Blake de la suerte de su vanguardia comprometida en él todavía. Posiciones de los españoles.

No pudiendo á las doce de la noche vencer su impaciencia, el general Blake montó á caballo, y atravesando sus divisiones, campadas á la salida de Rioseco, tomó el camino de Valladolid á esperar su vanguardia y á elegir posiciones en que poder re-

chazar á los franceses. Se conoce que se habia comunicado á él la conviccion que en el general Cuesta parecia profunda, porque dos horas despues se dió á los cuerpos del ejército de Galicia la órden para seguir aquella misma direccion; y la vanguardia que llegaba en aquellos instantes, tuvo, sin descanso y sin tomar alimento alguno, que acudir al puesto que se le indicó en la línea de posiciones que iban las tropas ocupando (1).

Andaban todas, sin embargo, estableciéndose al abrigo del batallon de Barbastro que se habia adelantado á cubrir unas alturas que costean el camino, y se iba á señalar á la artillería los puntos en que debia emplazarse cuando, por el conducto de un guardia de Corps, llegó el aviso de que los franceses se presentaban por el camino de Palencia.

Era necesario, de consiguiente, ocupar el páramo de Valdecuevas; y la vanguardia, primero, y

---

(1) El general Cuesta dice en su «Manifiesto:»

«Viendo que habia dos avenidas diferentes, determinamos esperar noticias de nuestras avanzadas acerca del camino que traerian los enemigos, para situarnos oportunamente, y que á este fin nos veríamos ambos generales la mañana siguiente en mi casa; pero despues de haber esperado en ella con mi Estado Mayor largo rato al general Blake, me dieron parte de que habia salido con todas sus tropas y se habia situado en lo alto de la montaña.»

Moscoso dice á su vez: «A esta hora (las 12) el general Blake con su Estado Mayor montó á caballo y se dirigió á reconocer otra vez la posicion de las avenidas del camino de Valladolid por donde llegó á persuadirle el general Cuesta debian presentarse los enemigos.—A las dos de la mañana del 14 se avisó por ayudantes de campo á las divisiones de Galicia para que saliesen de sus puestos sin tocar cajas y en todo órden; á este mismo tiempo se presentó la vanguardia al mando del conde de Maceda y fué menester se adelantase á tomar su lugar despues de nueve leguas de camino y sin descanso alguno.»

El diario del general Blake, aunque más lacónico, está acorde con el escrito de Moscoso.





despues las divisiones se dirigieron á él en columna. Los soldados de Maceda ganaron la meseta por las faldas meridionales, seguidos de la 1.ª division que, como ellos, fué á situarse en el borde oriental del páramo, donde ya se hallaban las tropas ligeras, establecidas en él desde la tarde anterior. La 4.ª division retrocedió aún más por la carretera, faldeando las vertientes occidentales del páramo hasta el terreno suave próximo á Rioseco, para que se pusiese á las inmediatas órdenes del general Cuesta que habia pedido algunos refuerzos.

Todos estos movimientos y el de las tropas de Castilla, que salian al mismo tiempo de Rioseco, tenian lugar al punto de amanecer del dia 14 y fueron ejecutados con el mayor órden y prontitud.

Al asomar la aurora no se distinguia signo alguno en el horizonte que indicase la aparicion del enemigo. Unos grupos que se descubrieron poco despues, resultaron ser destacamentos de los voluntarios de Navarra que se habian alejado mucho y volvian al cuerpo de batalla. El brigadier Mendizábal, que con uno de ellos venia de explorar el terreno hasta una distancia muy considerable, avisó que el enemigo iba á salir de Palacios, segun el movimiento y las masas de polvo que acababa de ver. Con esta noticia, la observacion de algunos centinelas sobre la línea de alturas que hemos dicho cubrian la mencionada villa, y la del polvo que aumentaba por momentos, los españoles se dispusieron á tomar posicion y á hacer sus preparativos para el combate.

El general Blake quedó constituyendo la derecha

del ejército. Los voluntarios de Navarra, Barbastro, Gerona y el 2.° de Cataluña, que componian las tropas ligeras del ejército de Galicia, formaron en primera línea sobre el borde oriental del páramo á retaguardia del Monclin que fué ocupado tan sólo por las avanzadas. El cuerpo de vanguardia se estableció en segunda línea pero siguiendo tambien el borde de la meseta para defenderla, sin duda, por donde, siendo muy accesible, podia envolverse la derecha del ejército. La primera division constituia la tercera línea; parte, formada en columnas apoyando las que la precedian, y parte los regimientos de Mallorca y del Rey, desplegados, del mismo modo que la vanguardia, sobre el borde que vá tortuosamente de N. E. á S. O. hácia el ángulo meridional que causa la variacion de rumbo á que nos referimos al describir el arroyo de la Vega del Juncal. La artillería fué emplazada en los dos extremos de la línea general de batalla; esto es, una division á la izquierda de la primera línea, la de las tropas ligeras, para enfilar el camino directo de Palencia, y otra en la derecha de la tercera para cubrir de fuego la Vega del Juncal, por donde debia esperarse tambien el ataque de los franceses.

Sin la excesiva aproximacion de la 3.ª línea que la hacia partícipe de la suerte de las otras dos en el primer ataque, disculpable, sin embargo, si habia de guarnecerse el borde del páramo en el espacio necesario para su defensa, la situacion del ejército de Galicia era buena —Adolecia de un defecto, el de no haber ocupado con fuerzas respetables el teso de Monclin, clave de todas las posiciones avanzadas de

los españoles. Aquella altura, segun hemos hecho observar y se descubre al primer golpe de vista lo mismo sobre el terreno que en su representacion gráfica, domina los caminos de Palencia que desde su meseta pueden enfilarse hasta una distancia muy considerable. Sin la posesion del Monclin es temerario aventurarse en el ataque del páramo, y hay que acometerla como accion preliminar, muy costosa si la defensa se hace con alguna inteligencia.

La cuarta division que hemos visto se dirigia hácia la izquierda para ponerse á las órdenes inmediatas del general Cuesta, se situó á vanguardia para constituir la primera de las líneas que iba á formar el ejército de Castilla. Los ocho batallones formaron una línea de columnas en el órden mismo de su marcha, pero haciendo frente al en que debia esperarse á los enemigos. Su artillería, de la que formaba parte la compañía á caballo, se estableció en las alas, sostenida en la izquierda por el batallon de Aragon y uno del Príncipe, entre los que fué emplazada y constituyendo en la opuesta la extrema derecha con el objeto de enfilar mejor el camino.

En segunda línea formaron los batallones de Covadonga, el 1.° y 2.° de los voluntarios de Leon, todos desplegados en batalla, con la artillería y la caballería toda del ejército castellano sobre su izquierda. Los tercios de Castilla y el 3.° de Leon, quedaron como en reserva, formando una pequeña línea de columnas á retaguardia de los batallones de la segunda.

Aun siendo un gran error el del órden en estas líneas, apareciendo las de reserva compuestas de las

tropas ménos consistentes del ejército, formadas de reclutas y voluntarios del dia anterior, era este el ménos importante si se comparaba con el de la colocacion respectiva de los dos ejércitos españoles, con referencia á la línea general de batalla más conveniente en aquel caso. En vez de adelantarse á ocupar la línea de las alturas que tenian á su frente, continuacion de la que señalan el Monclin y el borde del páramo de Valdecuevas en su parte oriental, ó de mantenerse al ménos la 4.ª division de Galicia á la altura de las demás de su mismo ejército, como estuvo al principio por iniciativa del marqués de Portago, las tropas de Cuesta se situaban en la llanura inmediata á Rioseco, *sin que,* al decir del teniente coronel Moscoso, *las desigualdades del terreno les permitiesen verlo* (desde las posiciones de Blake) *ni las etiquetas de aliados examinarlo.* Aquella posicion, no sólo era humilde é imposible de defender si los enemigos se apoderaban del páramo que se elevaba á su derecha, sino que, por esta misma causa y por la de la distancia que separaba los dos ejércitos, permitiria á los enemigos introducirse impunemente entre ellos y batirlos en detall, sin que lograran nunca los españoles auxiliarse, ni ménos combinar ataque alguno, si aquellos eran rechazados en los que intentasen (1).

Si se quiere formar una idea del desmembramiento del ejército español, de la dislocacion de las

(1) Se lee en *Victorias y Conquistas*: «Cuesta tomó posicion á »retaguardia al otro lado del camino, dejando entre sus divisiones »y las de Blake un vacío tan ancho y espacioso, que aquellos dos »cuerpos más parecian dos ejércitos distintos que el cuerpo escalonado de uno sólo.»

dos partes que lo componian y de la falta de armonía entre sus generales, no hay más que echar una ojeada sobre el plano de aquella desgraciada accion. Pero más elocuente que la inspeccion del mapa, más desconsolador aún, es el Manifiesto del general Cuesta cuando revela la situacion respectiva de las tropas que mandaba en aquel dia. «En este intermedio, »dice al describir la batalla, se oia mucho fuego de »fusilería en lo alto de la montaña, que era más ac»cesible por la parte del enemigo...»

Inútiles son los comentarios: los generales Cuesta y Blake se hallaban tan separados en el campo de batalla como lo habian estado en el pensamiento de la campaña y se encontraban en sus ideas militares, en sus aspiraciones y hasta en su corazon.

Avanzan los franceses.

Los franceses, entretanto, operaban con la rapidez y la energía que eran de esperar de la inteligente y exclusiva direccion del mariscal Bessières. Una ojeada habia bastado al experto general para comprender la situacion de los españoles, cuál era la clave de sus posiciones y el modo de arrebatársela.

El ejército francés formó una gran línea de columnas: la division Merle sobre la izquierda, la de Mouton á la derecha, y en el centro la brigada Sabattier y la caballería toda del general Lasalle. La reserva, tambien en columna, se situó un poco á retaguardia de la division Lasalle para apoyar á todo el ejército en el movimiento que iba á emprender.

Merle debia seguir el camino que por la vega del Juncal corre faldeando el páramo de Valdecuevas, con el objeto de secundar el ataque de la brigada

Sabattier, destinada á romper de frente la línea española del ejército de Galicia. Parte de la caballería de Lasalle, desplegada en tiradores, cubriria como con una densa cortina el movimiento de aquellos cuerpos, y el resto los seguiria de cerca para en el momento oportuno cargar á los españoles por su flanco izquierdo, donde la mayor accesibilidad del terreno y el claro que habia dejado Cuesta permitian maniobrar con todo desembarazo. La division Mouton se dirigiria por su derecha amenazando al ejército de Castilla con el fin de tenerlo en jaque, con lo cual esperaba el duque de Istria ganar tiempo suficiente para vencer á Blake ántes de que su colega pudiera socorrerlo. La reserva iria avanzando lentamente para dar fuerza á los movimientos que iban á verificarse en las direcciones todas designadas á los diferentes cuerpos del de batalla.

Como todo plan fijado para la ofensiva por un general hábil y ante tropas de quienes sólo se haya de esperar una resistencia inerte, el de Bessières pudo desarrollarse en todas sus partes y con un éxito, por desgracia, completo.

Todas las columnas se pusieron simultáneamente en movimiento á eso de las siete de la mañana. La dilatadísima línea de tiradores que cubria el frente de la izquierda y del centro franceses ocultaba, con las nubes de polvo que producia sus caballos, la marcha de los cuerpos, á punto de no distinguirse nada detrás de aquella que un oficial español llamaba *ostentosa muralla de caballería.*

Casi al alcance de nuestros cañones, deteniéndose los jinetes de Lasalle, se distingue, más tras-



parente ya la atmósfera, cómo empiezan á maniobrar las columnas que los seguian; la de Sabattier para dirigirse al teso del Monclin que se elevaba á su frente, y la de Merle á flanquear por el camino de la vega la derecha de nuestra línea.

El general Blake comprende el objeto de aquella maniobra; pero reconociendo, tarde tambien, que le es imposible evitarla y mucho más escarmentar á los que la ejecutaban á su misma vista, sin un cuerpo de caballería que aprovechase la ocasion de ella y lo favorable del terreno en que se hacia, dirige un oficial á Cuesta para que le ceda algunos escuadrones con los que pueda, al ménos, contener la marcha de la division francesa á quien vé tomar el camino de la vega para flanquearle.

Una parte, sin embargo, de la caballería enemiga, continúa la marcha en tiradores, con el objeto, sin duda, de seguir reconociendo las posiciones á que se encamina Sabattier, cuando, próximo ya éste á ellas, comienza el fuego de aquella funestísima jornada.

Nuestros voluntarios de Navarra avanzan para combatir á los jinetes franceses «de los que se ven caer algunos» dice un testigo de la accion; y despues de obligarlos á concentrarse sobre el medio de la línea, sostienen un fuego nutrido y bastante eficaz contra las guerrillas de Sabattier que sigue, aunque ya lentamente, su marcha. Y tan tenaz se hace la defensa de las pequeñas ondulaciones que se desprenden del Monclin y del páramo, que por espacio considerable de tiempo mantienen el combate; reforzándose con los cazadores de la primera línea á

fin de resistir á los que va incesantemente destacando la columna enemiga para conquistar aquellas posiciones. La resistencia de los españoles provoca, al fin, el fuego de la artillería que seguia á la brigada Sabattier, con lo que, azotados los de Navarra con la metralla y sin el apoyo de nuestros cañones que no podian ofender á los infantes enemigos cubiertos con las ondulaciones del terreno y especialmente con el teso mismo á cuyo ataque se dirigian, hubieron de cederlo, aunque disputándolo con tenacidad y haciendo muy costosa su posesion á los franceses.

Entónces debió reconocer el general Blake el error que habia cometido con no ocupar fuertemente el teso del Monclin que despues decia no haberlo hecho «por carecer de caballería que sostuviese la comunicacion.» ¿Qué importaba la pérdida de tres ó cuatro piezas, que era á lo que en último caso se exponia, para el daño que podian haber causado, el tiempo que hubieran hecho retardar el ataque decisivo y la confianza que inspirarian un choque bien disputado y las pérdidas presumibles del enemigo?

Apénas en el Monclin Sabattier, que habia conocido desde el primer momento la importancia de posicion tan excelente, subió á él toda la artillería de la brigada la cual hizo apoyar con el batallon á que pertenecian las guerrillas que acababan de conquistar la altura. Los otros tres batallones, en tanto que se emplazaba la artillería y miéntras la division Merle llegaba á ponerse sobre el flanco de la línea española, faldearon el Monclin por sus vertientes meridionales para acometer de frente la subida al páramo y decidir el combate.

Ataque de la derecha.

La artillería francesa rompió el fuego inmediatamente de puesta en batería; pero sus efectos, sin arredrar á nuestra primera línea, fueron neutralizados, y con ventaja, por las piezas españolas que, dirigiendo su puntería á los batallones enemigos que avanzaban, los cubrian de metralla (1). Las tropas ligeras, con esto y al observar cuán lentamente subian las de Sabattier por la falda del páramo, lanzaban sobre ellas tiradores y tiradores, quienes unidos á los que se retiraban del Monclin, lograron rechazarlas y obligarlas á detenerse al pié de sus posiciones.

La division Merle, entretanto, habia llegado por la vega á la altura de la vanguardia española. Los batallones franceses, formados en columna, comenzaron la ascension al páramo al tiempo mismo que los de Sabattier, ocupado el Monclin, trataban de ganar tambien el borde que coronaba la primera línea. Era allí más pendiente la falda de la montaña y se descubria perfectamente desde el emplazamiento de la batería española de la derecha, cuyo fuego podia ofender mucho á los franceses en todo el es-

(1) Foy dice que la artilleria francesa era superior á la nuestra en número y calidad. En el número es indudable y debia contribuir á hacer mayores sus efectos la concentracion que se la impuso: en cuanto á calidad, para creerlo es necesario referirse á los escritores franceses, únicos que la proclaman en aquella ocasion. El general Blake manifiesta en su diario «que las piezas del Monclin hicieron un fuego poco acertado, y que nuestra artilleria, bien servida, contenia y causaba extrago á los enemigos.»

Schépeler dice: «La artilleria española servida perfectamente y con un valor incomparable...» y más adelante añade: «Los franceses tenian en esta batalla 30 piezas de artillería: los españoles tenian otras tantas y estuvieron mejor servidas.»

Todos los oficiales informantes de la batalla están acordes en esto.

pacio de la subida. No se ocuparon éstos, sin embargo, de contestarlo, atentos los generales tan sólo á que no se rompiesen las filas para llegar formados al borde y así ganar la meseta. Cualquiera que conozca la manera de pelear de los franceses cuando no tienen una alta idea de sus enemigos, comprenderá que, á pesar de la precaucion de sus jefes, no habria mucho órden en aquellos batallones, á lo cual, además de la libertad habitual de sus movimientos, contribuiria y no poco, lo rudo y áspero de la cuesta.

El conde de Maceda, que los observaba atentamente, comprendió la ventaja de su posicion y, despues de excitar aún más la confianza de los soldados de Merle con el fuego de sus guerrillas, lanzó sobre ellos á la bayoneta sus batallones más próximos y los rechazó por dos veces (1). Contribuyó al éxito de aquel brillante episodio la primera division formada, segun dijimos, en tercera línea, pero muy próxima á la vanguardia y rebasando su derecha para coronar el borde del páramo en su direccion al Sur. Siguiendo el movimiento de los de Maceda, los soldados de Jado Cajigal impidieron á los franceses la subida á la meseta por el lado que ellos ocupaban é hicieron infructuosa y más cruenta aún una embestida que, de ser afortunada, hubiera decidido inmediatamente el combate (2).

---

(1) El entónces teniente de artillería, D. Antonio Pilon, decia despues en su informe á la Comision de jefes del Ministerio de la Guerra: «La vanguardia mandada por el Conde de Maceda que es»taba á la derecha cargó al enemigo de su frente, le rechazó con »pérdida y se apoderó de algunas piezas que despues recobraron »los enemigos.»

Ningun otro de los informantes menciona lo de las piezas.

(2) El general Jado Cajigal decia á su vez: «Rechazamos por

Si entónces apareciera en la vega una masa respetable de caballería, la division Merle se habria visto muy comprometida; pero ni llegaron á sazon los escuadrones de la Reina que Cuesta mandaba á Blake, ni, siendo tan pequeña su fuerza, hubieran conseguido nada. Cuando se presentaban en aquella parte de la línea, ya todo habia acabado en ella y sus movimientos se redujeron en toda la jornada al pase de un ejército á otro de los nuestros y á retirarse cuando aparecieron por la vega del Juncal.

Ataque del centro.

Mientras las tropas ligeras y la extrema derecha de la vanguardia y de la primera division sostienen el ataque de los batallones de Sabattier y de Merle empeñados en montar el páramo por sus bordes oriental y meridional, los jinetes sueltos de la caballería francesa, que hemos visto acogerse al centro de la línea, y el resto de los cazadores del 22 á que pertenecian, mandados por el general Colbert, tan distinguido por su valor como por su belleza, acometen la empresa de introducirse por el claro dejado entre los ejércitos de Galicia y Castilla y atacar la izquierda del primero de ellos. Y corriéndose con la velocidad del rayo por la falda del páramo y flanco

---

»dos ocasiones sus ataques y no dudábamos de los laureles de la »batalla por primera campaña; más...»

Los historiadores franceses, no sabemos por qué, pasan por alto este contratiempo. Nos basta aducir un sólo dato para dejar en buen lugar á aquellos de nuestros compatriotas que lo pusieron de manifiesto. El movimiento de los franceses empezó á las siete de la mañana; á las nueve y media ocupaban ya el Monclin; ¿cómo, pues, no se apoderaron del páramo de Valdecuevas hasta más de las doce? Aún podríamos adelantar la primera de esas horas y retrasar la última, acaso con fundamento; pero, de todas maneras, creemos haber demostrado de un modo irrefutable que el ataque de los franceses no fué lo fácil ni lo rápido que dicen Thiers y Foy.

de la primera línea y de la vanguardia atentas á rechazar los ataques de Sabattier y de Merle, ganan la meseta por una quebrada suave que mira al Norte y se dirigen al batallon de Blandengues que formaba el primero en la tercera de nuestras líneas.

No fué, sin embargo, tan de improviso que no tuvieran los nuestros tiempo para romper el fuego sobre los franceses desde que asomaron al borde de la meseta. El coronel Picton que iba á la cabeza y cuantos cazadores le seguian de cerca, cayeron rodando por la pendiente ó cuando creian ya tocar el objetivo de su carga, y todos hubieran pagado cara su temeridad si en la línea española hubiese habido alguna, aunque ligera, cohesion. Pero la 4.ª division de Galicia estaba muy léjos para impedir una carga tan repentina; los demás cuerpos de aquel ejército se hallaban muy ocupados hácia su derecha, y los jinetes de Colbert se sucedian con rara actividad y pertinacia para que no llegaran á conseguir su objeto. Los soldados de Buenos-Aires no tenian, por otra parte, fuerza, disciplina ni instruccion para resistir á los cazadores franceses, á quienes iba apoyando Lasalle miéntras la division Mouton y la reserva amenazaban la izquierda española para impedir todo socorro á los que combatian en lo alto del páramo. Así que, á pesar de las pérdidas sufridas en los primeros momentos de la carga, los cazadores de Colbert llegaron hasta el batallon americano, se abrieron paso entre sus filas y lo desordenaron en un abrir y cerrar de ojos.

Aquel suceso produjo en el ejército de Galicia el efecto que era de esperar. Los Blandengues se dis-



persan á retaguardia ó se acogen á los demás batallones de la division, comunicándose á los reclutas que los formaban el pánico que se ha apoderado de los americanos; y la vanguardia y las tropas ligeras que, por la proximidad de las líneas, se encuentran, puede decirse, envueltas en el desórden iniciado á sus espaldas, vacilan en la defensa que tan bravamente sostenian contra la infantería francesa. Sabattier y Merle observan al instante lo que sucede en la meseta del páramo y, haciendo un nuevo esfuerzo, logran llegar al borde de que hasta entónces no habian podido apoderarse.

Desde aquel momento es imposible restablecer el órden en el campo de los españoles. El general Blake, enarbolando en su mano la bandera de uno de los regimientos, logra detener un instante á sus soldados; el conde de Maceda, puesto á la cabeza de los granaderos provinciales, se lanza de nuevo á pelear con los enemigos que más de cerca le acosan; Cajigal, todos, en fin, jefes y oficiales rivalizan en celo y en valor para devolver la confianza á las tropas. ¡Esfuerzo inútil! El conde cae por tierra arrebatado á la vida por la metralla enemiga, y los granaderos y Zaragoza, que avanzaban animados por el ejemplo de su heróico jefe, retroceden primero, huyen despues, y se desbandan ante el espectáculo de tamaña desgracia.

El regimiento de Navarra.

Los artilleros y algunos cuerpos de las dos primeras líneas se mantienen, sin embargo, en sus puestos, decididos á sacrificar, aquellos su material, y unos y otros la vida, por cubrir la retirada de sus camaradas. Pero momentos despues la emprenden

ellos tambien, y en aquel árido y pedregoso campo, regado ahora de sangre y cubierto de cadáveres, los voluntarios de Navarra son los únicos que resisten todavía el inmenso alud que amenaza abrumarlos con su mole y pesadumbre. Ni el desórden que crece á sus espaldas y les arrebata hasta la última esperanza de auxilio, ni el extrago que en sus filas causa el enemigo, libre completamente ya en sus movimientos y destrozando cuanto encuentra en su camino, intimidan á los soldados de Navarra. A la voz de su jefe, el brigadier Mendizábal, las filas se mantienen unidas, y ni uno sólo de aquellos valientes abandona su gloriosa bandera que sigue dada al viento y desafiando la fúria de las águilas francesas. Sólo la órden de su general en jefe, que necesita trasmitírsela en persona si ha de verse obedecido, arranca á los navarros del puesto que ocupaban en la primera línea para retirarse en formacion correcta, imponiendo siempre á los enemigos y dando tiempo y solaz á sus camaradas para ponerse en salvo. ¡Honor eterno al esforzado batallon que así lavaba la reciente mancha que sobre él habian impreso algunos reclutas indisciplinados! ¡Honor eterno á su heróico jefe, raíz poco despues de un tituló de perdurable memoria en los fastos militares!

Ya hemos dicho que la carga de los cazadores franceses iba apoyada por el resto de la caballería que regia Lasalle y las divisiones Mouton y de reserva, dirigidas á impedir que el ejército de Castilla prestara socorro alguno al de Galicia, blanco entónces de la fúria francesa.

Ataque de la izquierda.

Y así fué: como todo el ejército de Bessières avan-

zaba casi á la par, la division Mouton llegó á las alturas que hemos hecho observar á la izquierda de Blake cuando éste se encontraba más empeñado en resistir á Sabattier y Merle en lo alto del páramo de Valdecuevas. A su aparicion ante el ejército de Castilla, abandonaron sus posiciones los guardias de Corps y los carabineros reales para cargar á los primeros cuerpos franceses que se dirigian á ellas. Las avanzadas de Mouton, no pudiendo resistir el ímpetu de nuestros jinetes, fueron, arrolladas y en el mayor desórden, á acogerse en una quiebra inmediata del terreno; y ya iban aquellos á continuar su carga sobre los batallones de la division francesa, cuando se adelantó á ella la caballería de la guardia imperial que marchaba á su misma altura por el centro de la línea. Los guardias y carabineros hubieron entónces de contener la marcha limitando su accion á cubrir la línea con el apoyo de la artillería y de los batallones asturianos que Cuesta habia destacado en pos de ellos (1).

Desembarazadas las tropas francesas del ejército de Galicia, que empezaba ya su retirada al otro lado del Sequillo para tomar el camino de Benavente, iba el de Castilla á verse muy pronto blanco de la accion combinada de las tres grandes divisiones enemigas. Con efecto, la reserva francesa avanzaba por

(1) Foy dice que la caballería de la Guardia rechazó á la nuestra hasta su línea de batalla: *Victorias y Conquistas* manifiestan que la arrolló, y Cuesta asegura en su justificacion que la caballería enemiga «fué rechazada por los guardias de Corps y carabineros reales, que con dos batallones de Astúrias se habian adelantado por aquella parte.» Visto y analizado el asunto, creemos nuestra version la verdadera.

el claro mismo que habian aprovechado los cazadores de Lasalle para ganar el páramo y se dirigia á acometer la derecha de Cuesta, interin Mouton caminaba á envolver su izquierda. Exento de temor del lado de la montaña, Bessières hizo establecer en el declivio inferior una batería de la Guardia, frente á frente y á corta distancia de la division gallega. Nuestra artillería corre á su vez con el regimiento de Lugo y los zapadores que la escoltaban, á tomar puesto en una ondulacion suave próxima á la derecha; pero, entretanto, los granaderos del ejército (1) con los tiradores y Santiago en reserva sobre su derecha y los demás regimientos de la línea sobre su izquierda, calando la bayoneta y dando al aire el grito de «¡Viva el Rey!» se lanzan á arrancar del poder de sus enemigos aquellos cañones que los azotan con su fuego. Nada les detiene en su marcha arrebatada: la batería enemiga no cesa de vomitar fuego con la violencia con que siempre lo hace la artillería francesa; los fusileros de la Guardia, encargados de su custodia, secundan la accion de las piezas con la de sus propios fusiles; pero, considerándose impotentes, ceden todos el terreno á nuestros granaderos que se apoderan de aquellas en medio de la algazara que naturalmente produce una victoria tan importante y gloriosa. Los granaderos y cazadores á caballo que observan el desastre de sus camaradas de la Guardia, corren entonces á vengarlo y aunque reciben las descargas que les hace nuestra artillería, ya empla-

(1) Los granaderos del ejército estaban constituidos por las dos compañías del regimiento del Principe, dos de Toledo, dos de Navarra, dos de Sevilla y dos de Nápoles.

zada sobre el flanco de la línea española, y son dos veces rechazados, logran repeler á nuestros infantes y recuperar las piezas momentos ántes perdidas (1).

Retirada general de los españoles.

Poco despues, la meseta del páramo quedaba abandonada de los nuestros y la division Merle aparecia en el borde septentrional amenazando flanquear y hasta envolver al general Cuesta que con su Estado Mayor y dos batallones se dirigia al páramo para sostener al ejército de Galicia (2). Mouton seguia su marcha por el ala opuesta aunque lentamente, detenido á veces por los guardias y carabineros que no cesaban en su defensa ante los húsares franceses incansables en sus cargas, rechazadas casi

---

(1) Thiers, dice: «Los infantes españoles, creyéndose vencedores arrojaban ya al aire sus sombreros gritando: «¡Viva el Rey!» pero el mariscal Bessiéres tenia en reserva 300 caballos, tanto granaderos como cazadores de la guardia imperial, que se lanzaron al galope gritando á su vez: «¡Viva el Emperador!» «¡Fuera los Borbones!» y arrollaron en un instante á los guardias de Corps y á los carabineros reales, tratándolos como en Austerlitz habian tratado á los caballeros guardias del Emperador Alejandro.»

No se hallaron en este combate los guardias y carabineros, ocupados al otro lado de la línea en resistir á los húsares de Lasalle que ya acompañaban á la division Mouton.

Un diario del Ejército de Galicia, describe este episodio de la manera siguiente: «La 4.ª division que estaba á retaguardia nuestra sobre el flanco izquierdo delante de las tropas de Cuesta, tuvo un ataque particular en el intermedio que la vanguardia sostenia lid tan desigual: (*) en él adquirió la gloria de tomar á la bayoneta tres cañones (**) que hubo de ceder á la numerosa caballería que la cargó despues de ocasionarle con la artillería á caballo considerable extrago, pues por tres ocasiones se vió precisada á retroceder.»

(2) Manifiesto de Cuesta.

(*) Fué algo más tarde.

(**) Thiers dice que los españoles *pusieron la mano sobre una de las baterías francesas que habia seguido el movimiento de la infantería.* Foy, que fueron dos las piezas conquistadas por los españoles; y *Victorias y Conquistas*, que cuatro. Blake no manifiesta el número de las piezas; habla en general de la artillería que se plantó para batir á la cuarta division; el marqués de Portago, dice en su parte que fueron cuatro, y lo mismo declara Moscoso y escribe Schépeler.

siempre por los nuestros al apoyo de la artillería y de los batallones de Astúrias. La reserva, en fin, desembarazada del todo de los granaderos gallegos que tan mal parada la habian traido, revolvia sus cañones para continuar el fuego y preparar el ataque simultáneo á que se disponia el ejército entero del mariscal Bessiéres contra el exíguo y bisoño de los castellanos.

Ante combinacion táctica tan formidable, y viéndose ya á las manos con tanto infante y caballo como se dirigian á él de toda la línea francesa, el general Cuesta se creyó, dice en su Manifiesto, «precisado á retirarse y á dar órden para que hiciesen »lo mismo la artillería, caballería é infantería de toda la izquierda que resistia ya inútilmente al enemigo apoderado de las alturas.»

Mas no era fácil retroceder en órden ante enemigos como los franceses; y los reclutas de Cuesta, viéndose acosados por la caballería imperial que empezó inmediatamente la persecucion, se entregaron muy pronto al desaliento y á la fuga. El general Cuesta encontró en Rioseco á Blake esforzándose en contener la retirada de sus tropas con el batallon de Navarra que, despues de haber evacuado el páramo de Valdecuevas, seguia deteniendo á los soldados de Sabattier en las cercas y viñedos que accidentan la llanura próxima á la ciudad.

Viendo los dos generales lo infructuoso de todo esfuerzo ulterior, tomaron el camino de Benavente y de Leon; Blake para reunirse allí y en El Vierzo con las divisiones que habia dejado en prevision de un revés como el que acababa de sufrir, y Cuesta

para decidir en la antigua capital de aquel reino sus operaciones subsiguientes.

El ejército francés se presentó en Rioseco con las últimas reliquias del castellano que acudian á la ciudad para librarse del sable de los soldados de Lasalle. Aún encontró alguna resistencia al querer penetrar con los fugitivos; pero la division Mouton arrolló todo obstáculo y penetró con la bayoneta armada por las calles y casas, matando á cuantos alcanzaba en ellas. La caballería se dirigió por las afueras á los caminos que recorrian nuestros fugitivos, cesando al poco tiempo en su persecucion. El general Cajigal, con algunos restos de su division, iba cerrando la marcha de nuestras tropas y pudo recoger el material y los dispersos que el desaliento, en unos, y el intento en otros, de ensayar nueva resistencia en la ciudad, tenian todavía á retaguardia (1).

Atrocidades de los franceses en Rioseco.

Pero si el continente de Cajigal, las pérdidas sufridas en la batalla y las que aún podia temer de las partidas mandadas por oficiales bizarros, «que, segun manifiesta un diario de aquella campaña, se guarecieron á unas viñas de donde estuvieron haciendo

(1) Cajigal dice así en su informe á la comision de jefes encargada en 1816 de escribir la guerra de la Independencia «...quedándome yo con algunas reliquias y 50 estudiantes de Leon para »entretener los enemigos miéntras que ganasen distancia los dispersos y no fuesen cortados por un golpe de caballería, y tratando los enemigos de cortarnos, emprendí la retirada cuando observé que todo el carruaje del Ejército y menajes de compañías estaban á la salida de Rioseco en la inaccion y expuestos á la media »hora á caer en manos de los enemigos, por lo que á marchas forzadas los hice poner en movimiento para Villalpando, dando el »punto de reunion á dicha villa á los dispersos que iba recogiendo »para incorporarnos con los generales en jefe.»

fuego hasta las cuatro de la tarde,» podian detener á los franceses, otra debió, además, ser la causa principal de la inaccion posterior á la batalla.

El general Mouton primero, y despues el duque de Istria con el pretexto que les ofrecieran los pocos tiros que los fugitivos dispararon de algunas casas, habian entregado Rioseco á la rapacidad y al desenfreno de la soldadesca. Nada se perdonó en aquella infortunada ciudad. Las casas, las fábricas, los templos mismos, fueron saqueados, destruidos ó profanados; todo varon, niño, mozo ó anciano, seglar ó religioso, que se ofreció á la vista de los invasores, fué muerto á tiros ó bayonetazos; las mujeres, nobles ó plebeyas, hasta las monjas, tuvieron que sufrir los ultrajes más groseros, áun á la vista de sus deudos más próximos; y la iglesia de Santa Cruz, y el campamento sirvieron de teatro á las hazañas más inmundas del que sólo algunas infelices que no tuvieron la dicha de morir á fuerza de dolor, salieron, al partir los franceses, para llorar su desventura. Al aliciente, pues, de aquella horrible fiesta, penetró en Rioseco el ejército entero, abandonando unos la persecucion de los españoles y otros los puestos que se les habia designado en las afueras y arrabales. Toda aquella tarde y la noche siguiente, duraron las violencias que allí, como en cuantos puntos aparecian los franceses en son de guerra, se esmeraban en ejecutar y sus generales en consentir sin rubor ni aprension de ningun género.

Perdidas de una y otra parte.

Las pérdidas de los españoles ascendieron á 363 muertos, 420 heridos, 68 contusos, 158 prisioneros y 2.171 extraviados en el ejército de Galicia, de los

que 27, 19, 6, 19 y 12 respectivamente eran oficiales, y á 155 muertos ó heridos en el ejército de Castilla que, como hemos visto, no tomó una gran parte en la batalla (1).

Los franceses han ponderado el desastre nuestro de Rioseco hasta el absurdo y hasta el ridículo. Thiers dice que «los vastos campos de batalla del Norte »que los franceses habian cubierto de tantos cadá»veres, no ofrecian un espectáculo más espantoso;» pero hay un historiador, Mr. Hugo, que atribuyendo á nuestro ejército hasta 45.000 hombres de fuerza, manifiesta que fueron 27.000 los cadáveres de españoles que los curas de las parroquias vecinas aseguraron *(certifièrent)* á Bessières habian enterrado. En cambio, añade un cero á la cifra de 300 franceses heridos y 70 muertos que estampa en su obra el historiador del Consulado y del Imperio. No debieron ser, con efecto, de mucha mayor consideracion sus pérdidas, ni menores tampoco, vistos los trances de aquel combate, su duracion y resultados.

Entra José en Madrid.

Esta es la batalla que Napoleon comparaba con la de Villaviciosa que afirmó la corona de España en las sienes de Felipe V. Gran diferencia habia, sin embargo, entre una y otra. El pretendiente austriaco veia en Madrid «una córte sin gente» y no quiso aposentarse en ella: José Napoleon escribia á su hermano dos dias despues de conocer la batalla de Rioseco: «mi posicion es única en la historia: no tengo aquí ni un sólo partidario.» ¿No seria, pues, más exacta la comparacion de Bonaparte con D. Cár-

(1) Véase el apéndice núm. 8 que contiene el estado detallado de las bajas del ejército español.

los de Austria que con el nieto de Luis XIV? No tardó en poderla hacer con toda conciencia el hermano de Napoleon.

Efectivamente; como el vencedor de Almenara en 1710, el de Rioseco encontró en 1808 libre de enemigos el camino de Madrid; pero desierto y silencioso el de Búrgos, como aquel el de Zaragoza desde que pisó la tierra castellana. En las poblaciones de alguna importancia salian las autoridades á recibirle y le saludaban con discursos que bien permitian descubrir la fuerza que los inspiraba: en el campo, sólo veia rostros descontentos ó enojados, cuando no la expresion irónica del mal efecto que producian los conceptos torpemente dichos por quien, conociendo la lengua italiana, creia poder usar con toda libertad de la nuestra.

El dia 16 llegó á Búrgos alborozado con la noticia de lo sucedido en Rioseco; el 18 pasó á Aranda; el 19 á Buitrago, y descansaba el 20 en Chamartin para hacer ántes de anochecer su entrada en la córte.

No fué en verdad muy lisonjera, pues que en el silencio general que reinaba en las calles, casi desiertas de españoles, interrumpido tan sólo por el rumor natural del numeroso y lucido séquito que llevaba el Rey y el tañer de las campanas, algunas de las que doblaban lúgubremente, aún llegó á herir el aire el grito de «¡viva Fernando VII!» produciendo no poca inquietud y enojo sumo en los franceses.

El recibimiento oficial fué ménos desabrido. Voluntariamente ó por temor, fueron uno tras de otro á cumplimentar á José los jefes de palacio y los grandes de España, títulos y personas notables que re-

sidian en Madrid, y por fin los Consejos, excepto el de Castilla, de quien despues se dijo que esperaba noticias de Andalucía. El espíritu que dominaba en aquella antigua corporacion, era indudablemente hostíl á la nueva dinastía. Lo habia revelado siempre áun cediendo á circunstancias superiores, segun ya expusimos, á la energía de los miembros del Consejo; y ahora que veian éstos la sublevacion de las provincias, la poca eficacia de las armas francesas para sofocarla y la falta de union en las nuevas autoridades, buscaban subterfugios para dilatar, ya que no impedir abiertamente, la publicacion y promulgacion de las providencias con que el Intruso queria asegurar su exaltamiento.

Habian sido necesarias varias y apremiantes órdenes para que el Consejo autorizase la impresion, publicacion y circulacion de la Constitucion de Bayona. Las del dia 7, el mismo de haberla jurado José, las del 13 desde Vitoria y del 22 en Madrid ya, no habian producido efecto alguno, y sólo el 27, despues áun de contestaciones evasivas por parte de aquella corporacion y sumamente ágrias por la del gobierno, habia el nuevo código visto la luz pública en la *Gaceta*. El Intruso *se habia deshecho en magníficos discursos* para convencer al Consejo; áun así, habia tenido que hacer vigilar las casas de los consejeros cuya mayor parte, le dijeron, trataba de fugarse de Madrid, y sólo despues de un mensaje amenazador, logró la publicacion que tanto le interesaba. En cuanto al juramento, todavía pudo evitarlo el Consejo trayendo sus dilaciones una época en que los acontecimientos de Andalucía, la preocupacion que no podian ménos

de causar éstos en la córte y las resoluciones á que al fin habia de entregarse en tan desgraciada campaña como aquella primera de los franceses en la Península, hicieron olvidar los escrúpulos de aquella corporacion y las medidas imaginadas para desvanecerlos.

Tenia José, por otra parte, cuidados que agitaban más su espíritu que los obstáculos que el Consejo pudiera oponerle.

El celo y la actividad del general Savary habian logrado ahuyentar del ánimo de José la susceptibilidad que en él se fuera abriendo paso desde su entrada en España. El monarca habia visto en el general, más bien que un consejero, un jefe; y lamentándose de ello á Napoleon, le habia pedido la cesacion de un dualismo tan perjudicial al mando en las graves circunstancias por que atravesaba entónces la administracion francesa. Pero áun puesto de lado este peligro y por más que se encontrase satisfecho del cambio que suponia iba produciendo su presencia en los españoles, el aspecto de las operaciones militares no podia ser más desconsolador y tétrico. La victoria de Rioseco habia perdido mucho de aquellas proporciones que Napoleon la daba en los primeros momentos. Zaragoza, no sólo resistia, sino que acababa de escarmentar rudamente á los sitiadores; y el ejército de Moncey habia recibido órden de acercarse á Madrid, donde Savary queria concentrar una masa imponente de tropas que asegurase contra todo evento aquella grande y única base de operaciones. Y áun cuando Berthier dijese en sus despachos que la de Valencia era *una cuestion de segundo órden*, y otro tanto de la de Zaragoza, á pesar de tener ya más im-

portancia, la de Dupont, á la que el mayor general daba el primer lugar en aquellos momentos por ser la única de que se esperasen buenos resultados, se mostraba tan oscura que no podia ménos de infundir los más siniestros recelos.

No hay más que leer la correspondencia de José á su hermano, para comprender el estado tristísimo en que se hallaba el ánimo del Pretendiente desde el dia mismo de su entrada en Madrid. «Cincuenta mil »hombres y 50 millones de francos inmediatamente:» esta es la frase que sobresale en todos los despachos dirigidos al Emperador. La desercion de los soldados, oficiales y generales con quienes creia poder contar, y la de las personas más caracterizadas de la córte, áun de las que le habian acompañado de Bayona; la injustificable conducta de algunos de los generales franceses, y especialmente la de Caulaincourt en Cuenca; y el entusiasmo creciente en los habitantes con los rumores que empezaban á circular sobre los sucesos de Andalucía, son el tema de todas las cartas, como debian ser el de todos los pensamientos del Intruso.

Preocupado así, y lleno de temores y disgusto, sin más satisfaccion que la de haber acertado en sus tristes augurios, y en la necesidad de prontos y poderosos refuerzos *si la gloria de Napoleon no habia de oscurecerse en España*, principiaron á llegarle el 26 noticias de Andalucía, y el 28, por fin, la de que los tres dias de fiestas é iluminaciones con que se habia celebrado su entrada en Madrid, eran los de angustia, de duelo y de vergüenza en que se ajustó la capitulacion de Bailén.

Miéntras el ya desilusionado pretendiente dispone las resoluciones que tan fatales nuevas y la inminencia del peligro, que ellas anuncian, hacen necesarias y hasta urgentes, y ántes de trasladarnos á los campos de Andalucía, donde va á cortarse el nudo de la primera campaña de 1808 que vamos relatando, necesitamos dirigir nuestra memoria á la inmortal Zaragoza, dique robustísimo que en aquellos momentos contenia quizás la fuerza de la invasion francesa con detener ante sus tápias una parte no poco considerable de las tropas que la habian emprendido.

CAPITULO IV.

Primer sitio de Zaragoza.

Zaragoza despues de la accion de las Eras.—Lefebvre intima la rendicion.—Entra en Zaragoza el de Lazan.—Defensas de Zaragoza.—Respuesta de Palafox á las intimaciones de Lefebvre.—Operaciones de Palafox.—Batalla de Epila.—Nuevas intimaciones de Lefebvre.—Verdier en el campo de los sitiadores.—Torrero.—Voladura del Seminario.—Los franceses se valen de ella para atacar la ciudad.—Ataque de Torrero.—Bombardeo del 1.° de Julio.—Asalto general del dia 2.—Entra Palafox en Zaragoza.—Ataque del castillo.—De la puerta de Sancho.—De la puerta del Portillo.—Agustina de Aragon.—Ataque del cuartel de caballería.—De la puerta del Cármen.—De la torre del Pino.—Del convento de San José.—Reflexiones sobre el asalto del 2 de Julio.—Se apela á los sistemas regulares de ataque.—El Emperador cambia el plan dirigiéndolo hácia Santa Engracia.—Combates diarios.—Los franceses se establecen en la izquierda del Ebro.—Combates en las orillas del Gállego.—Avanzan los franceses en el frente de ataque.—Situacion crítica de Zaragoza.—Construccion de las baterías de brecha.—Nuevo bombardeo.—Asalto del 4 de Agosto.—Columnas de ataque.—Muerte de Cuadros.—Puerta del Cármen.—Barricadas de la calle de Santa Engracia.—Reducto de la Encarnacion.—Convento de Santa Fé.—Zaragoza en su último trance.—Segunda salida de Palafox.—Reaccion que se opera en los zaragozanos.—Division y marcha de las columnas

francesas.—Se renueva el combate.—Victoria de los aragoneses.—Nueva faz que toma la defensa de Zaragoza.—Lefebvre apela de nuevo al camino de las intimaciones.—Avanzan los zaragozanos.—Palafox se enseñorea de la izquierda del Ebro.—Levantamiento del sitio.

Zaragoza despues de la accion de las Eras.

La accion de las Eras infundió en los zaragozanos aliento para proseguir en la defensa de la ciudad y esperanza de que fuese con éxito.

Habian combatido sin direccion alguna, entregados, puede decirse, á sí mismos, con el esfuerzo que dan el patriotismo y la repugnancia á la intervencion extranjera. Para rechazarla, estaban dispuestos á los mayores sacrificios, y los habitantes de todas condiciones y sexos habian rivalizado el dia 15 en la demostracion de sentimientos tan generosos. Si los hábiles se arrojaban á la pelea con el valor característico de su noble raza, los imbeles, ancianos ó niños, acudian á levantar obstáculos en el camino de los invasores; las mujeres trasportaban municiones ó refrescos á los combatientes, habiéndolas que se atrevian á hacer uso del arma que encontraban por el suelo; y los sacerdotes, en fin, iban á rogar en los templos al Altísimo por el triunfo de sus compatriotas, ó al campo de batalla á confortar á los que peleaban con la esperanza de la victoria, y á los moribundos con la de su recompensa en la region de los bienaventurados.

Pero por los resultados que habia producido en los momentos más difíciles la presencia de unos cuantos artilleros y voluntarios de Tarragona, más ganosos de acudir á la pelea inmediata que á los

combates á que, para más tarde, les convidaba su concentracion en Belchite, comprendian los zaragozanos la conveniencia, la necesidad, mejor, de que las tropas regulares secundasen los esfuerzos que estaban dispuestos á exhibir cada vez con más patriótico ardimiento. De otro modo, y faltando municiones, gastadas las existentes en las primeras horas del combate, seria imposible resistir al ejército francés que el Emperador no dejaria de reforzar con nuevas tropas y el material necesario. Así es que, trascurrida la noche en el regocijo y la algazara que no podia ménos de producir la sorpresa de victoria tan completa, se pensó en dar al capitan general noticia de unos sucesos que debian cambiar necesariamente sus proyectos militares.

Lefebvre intima la rendicion.

Ofreció doble ocasion para hacerlo un pliego que Lefebvre dirigia á los *administradores* de Zaragoza, intimándoles la rendicion y entrega de la ciudad. No creyéndose autorizados ni el teniente-rey ni el corregidor para abrir un pliego que parecia dirigirse al magistrado supremo del Reino, despues de largas discusiones en la Junta, resolvieron enviarlo al general Palafox; acompañándolo con el parte del combate anterior, la exposicion del estado en que se encontraba la ciudad, la de las medidas que se estaban tomando para resistir otro ataque, y la demanda, en fin, de socorros inmediatos, y áun de la presencia del mismo general ó la de uno de sus hermanos.

El oficial conductor de los pliegos llegó á Belchite la madrugada del 17 y, con ellos y con la relacion de los acontecimientos, causó la más agra-

dable sorpresa á Palafox y á cuantos componian el cuartel general del que ni áun *embrion* podria llamarse del ejército (1).

Entra en Zaragoza el de Lazan.

Palafox debió comprender, y así lo demuestran cuantos documentos existen de su procedencia, la situacion de Zaragoza y la necesidad de prontas y eficaces medidas para aliviarla en lo posible. Pero si habia de llevar á cabo el plan que se propusiera al salir de la ciudad, necesitaba, y áun eran insuficientes, cuantas fuerzas iban sus oficiales reclutando, y hasta las que habia solicitado de Valencia y otras provincias inmediatas. Lo que suponia como más urgente en Zaragoza, contando siempre con la decision de los habitantes, era la organizacion de los medios allí existentes y que pudieran ofrecer utilidad para la defensa. Los que él lograra juntar, serian más decisivos fuera de Zaragoza, pues que con ellos podria conseguirse, no sólo dar confianza á los defensores en la plaza, sino el levantamiento del sitio y la retirada de los franceses. Creyendo así satisfacer á todo, dió á su hermano, el marqués de Lazan, la órden de regresar á Zaragoza para dirigir la defensa como su gobernador que era, por nombramiento de las Córtes, y apresuró por su

(1) Dice el marqués de Lazan en su historia ya citada: «Tanto »el capitan general como yo y todos los que le acompañaban, está»bamos del todo persuadidos de la pérdida de Zaragoza, á la que »habiamos dejado en un estado tan deplorable; y así, áun cuando »se habian extendido algunas voces de su resistencia y defensa, no »habiamos querido darles crédito, y tan sólo esperábamos por mo»mentos la noticia de oficio de su rendicion. Pero ¡cuál fué nues»tra sorpresa á la llegada del Oficial que confirmaba todo lo con»trario!»

parte la reunion de las tropas que se estaban levantando é instruyendo en derredor de Belchite, para atacar á los enemigos en la primera ocasion favorable.

El de Lazan marchó en la mañana del 17, la misma en que habian llegado los pliegos á Belchite, y al dia siguiente aparecia en Zaragoza y tomaba el mando de manos del teniente-rey entre los aplausos y aclamaciones de los habitantes.

En Zaragoza, ya lo hemos dicho, reinaba el mayor entusiasmo. Habia aumentado el número de los defensores con el triunfo del dia 15, y se procuraba darles alguna mejor organizacion para la resistencia. El nombramiento de jefes en los puntos atacados y en los que se suponia podrian serlo en otro asalto, la designacion de fuerzas para cada uno y la del servicio diario en todos ellos, constituian un órden del que se estaba anteriormente muy léjos, debido en parte al celo de Bustamante y, más que todo, á la actividad y á la energía de Calvo de Rozas, infatigable en la obra de dar consistencia á la revolucion y fuerza á la defensa. Se habia renovado el armamento roto ó perdido en el combate; se habia provisto al establecimiento de talleres para la elaboracion de cartuchos y de proyectiles de todos calibres; se trabajaba en oponer obstáculos al enemigo en las puertas y calles más amenazadas; y con la tala de las alamedas inmediatas, se intentaba mantener á distancia la caballería enemiga. Todo, sin embargo, adolecia de la falta de una direccion sola y entendida, pues ni Bustamante, ni Calvo, ni sus delegados, áun contándose entre ellos San Genis, libre ya,

Defensas de Zaragoza.

tenian autoridad para imponer sus ideas, y mucho ménos sus órdenes, á la multitud embriagada con el éxito de su expontánea y desordenada resistencia.

El de Lazan, jefe de una de las familias más influyentes en la ciudad y representante del en quien cifraban todas sus esperanzas los aragoneses, logró hacerse respetar é impuso el órden y la direccion que eran de apetecer en las operaciones militares de la defensa. San Genis empezó entónces á levantar las obras que su talento le inspiraba y que no le habia sido ántes dado el emprender. Cubriéronse las puertas de Santa Engracia, del Cármen y el Portillo con tres baterías espaciosas, provistas de cinco ó seis piezas de artillería cada una, aunque de corto calibre todas por no haberlas de mayor en la plaza. Y como no bastaba la fortificacion de aquellos puntos, áun cuando hubiesen sido los únicos atacados la tarde del 15; y como la inaccion de los franceses diese tiempo á aumentar las obras de defensa en otras partes del vasto perímetro de la ciudad, se cubrió tambien la puerta de Sancho, se artilló la torre del Pino, se recompusieron y aspilleraron las tápias del recinto, robusteciéndolas además con obras en su interior, capaces de contener á los invasores si llegaban á romper la línea de puestos que se estaban levantando.

A falta de soldados y, sobre todo, de ingenieros que ejecutasen las obras, las llevaron á término los paisanos, alternando trabajo tan rudo con el asíduo y peligroso de las patrullas, las guardias y las avanzadas. Imposible es dar una idea exacta de la cons-

tancia y de la buena voluntad de los zaragozanos en ocasion tan solemne. Todos ellos se ofrecieron con el mayor patriotismo á los trabajos necesarios, y fueron empleados segun los oficios que ejercian y los proyectos de sus jefes. Y como la autoridad no poseia recursos para proporcionarse materiales ni para alimentar tanto soldado y tanto obrero como se necesitaban y se ofrecian al trabajo de las fortificaciones y á su defensa, los particulares, mercaderes ó propietarios, sacerdotes ó empleados, llevaban á las baterías y á las guardias los alimentos y los refrescos que su generosidad les hacia encontrar. Nadie aparecia ocioso en Zaragoza: los obreros trabajaban en las fortificaciones ó en los parques; los hacendados y próceres se distribuian la administracion de las provisiones, y los sacerdotes y las mujeres compartian los deberes religiosos con el cuidado de los hospitales y enfermerías.

Una frase de Palafox, dictada posteriormente en Francia, resume elegantemente el espíritu de los zaragozanos: «Las iglesias, dice, estaban llenas de mu»jeres, de viejos y de niños: los demás, todos mane»jaban las armas.»

No sirvió de poco alivio la inaccion de los franceses en los dias que siguieron inmediatamente á la batalla de las Eras. Tan quebrantados habian quedado en ella, que su jefe no pensó más que en proporcionarles descanso; y si esparció algunos destacamentos fuera del alcance de su artillería, fué para procurarse víveres y forrajes, ocultando el rubor de su derrota con la intimacion dirigida el 17 á los administradores de Zaragoza y con los asesinatos y sa-

crilegios cometidos en el monasterio de Santa Fé y en los lugares inmediatos.

No cesaba, entretanto, de pedir refuerzos á Bayona, pero sin manifestar, por eso, la menor zozobra sobre el resultado de sus operaciones. «La ciudad, »decia al mayor general en uno de sus despachos, »está amenazada desde el canal hasta el Ebro. Los »insurgentes hacen preparativos de defensa; por lo »demás, demuestran la mayor timidez para salir; ni »uno tan sólo se atreve á presentarse fuera. Hemos »empleado este tiempo de calma en reconocer bien »las inmediaciones de la plaza, y hemos visto que sin »aventurarnos mucho, seria posible apretar el cer»co de manera que se la cortase toda comunicacion »con el exterior..... Todos los molinos de la ciu»dad se hallan en el Gállego; nos apoderaremos de ellos.»

Nada de esto era exacto ni ofrecia probabilidades de realizarse tan pronto ni con la facilidad que hacia presumir el general Lefebvre. Los zarogozanos verificaban frecuentemente salidas para reconocer al enemigo y hasta adelantaban sus avanzadas al campamento francés. El dia 16 no encontraron obstáculo alguno en la importante y lenta operacion de talar las alamedas exteriores de la ciudad y de inutilizar los caminos que á ellas conducian; el 20 tuvieron los franceses que limitar sus reconocimientos al de la derecha del Ebro, por no poder trasladarse á la izquierda; el 21 escaramucearon los nuestros con las descubiertas francesas cerca del castillo, y el 22, miéntras los enemigos acometian, infructuosamente tambien, el paso al Castellar, paisanos y soldados se

dirigian á las alturas de Santa Bárbara y asaltaban el campamento de los sitiadores (1).

Respuesta de Palafox á las intimaciones de Lefebvre.

La intimacion á los administradores de Zaragoza, habia sido contestada el dia 20 por el general Palafox. El teniente coronel D. Manuel de Ena, su ayudante de campo, fué el portador del pliego, primero de los notabilísimos que mediaron entre el defensor de Zaragoza y sus pertinaces é injustos sitiadores. «Mi espada, decia éste en uno de los párrafos, guar»da las puertas de la ciudad, y mi honor responde de »su seguridad: no deben tomarse, pues, este trabajo »esas tropas que aún estarán cansadas de los dias 15 »y 16. Sean en buena hora infatigables en sus lides; »yo lo seré en mis empeños. Léjos de haberse apa»gado el incendio que levantó la indignacion espa»ñola á vista de tantas alevosías, se eleva por »puntos.»

La contestacion de Lefebvre debió ser áspera y amenazadora porque, al volver Ena á Zaragoza, tomaron nuevo vigor y más actividad los trabajos de las fortificaciones y la organizacion de los cuerpos voluntarios que se seguian formando. Constituyéronse en compañías de zapadores los obreros de las baterías: D. Santiago Sas, el presbítero que hemos visto pelear tan esforzadamente en el Portillo, organizó dos compañías que establecieron su vivac en aquella misma puerta y la de Sancho; el labrador Zamoray con el comerciante Gurpide y el alcalde D. Miguel Abad, alistaron tambien á los que, por vecindad ó veneracion, manifestaban el empeño de de-

(1) Casamayor y Schépeler dicen que volvieron con algunos cañones cogidos en el campo francés.

fender la puerta Quemada y el monasterio y huerta de Santa Engracia; cien otros, en fin, ya uniéndose á los pocos veteranos que habian combatido el 15, bien acuadrillándose entre sí, formaron cuerpos ó compañías sueltas y se establecieron en los puntos que consideraban de más peligro ó ménos guarnecidos.

Fué tambien de grande auxilio y causó inmensa alegría, la llegada del regimiento de Extremadura en la tarde del dia 19. No contaba con más de 200 soldados, habiéndose quedado los demás en Cataluña, solicitados por todos los pueblos del tránsito; pero los cuadros iban casi completos para recibir á los voluntarios que se les destinase y hasta llevaba su música que en la retreta de aquella misma noche animó á los zaragozanos con sus bélicas armonías. Con esto, con esperarse de Lérida un pequeño tren de sitio, necesario en una plaza cuya artillería, aunque numerosa, consistia toda en piezas de campaña, y con tenerse noticias de que el general Palafox se habia trasladado, primero á Longares y despues á Épila con el objeto de interceptar las comunicaciones del ejército sitiador, Zaragoza no sólo rebosaba de entusiasmo por la causa que habia abrazado, sino que aparecia como segura del éxito que, al fin, habia de coronar su fé, su patriotismo y su constancia.

Operaciones de Palafox.

El general Palafox habia, efectivamente, levantado su campo de Belchite. Su objeto, ya lo hemos indicado, era el de colocarse sobre las comunicaciones del enemigo, interceptar sus convoyes é impedir ó retardar, al ménos, la incorporacion de los refuerzos que debian llegarle á cada momento.

Una vez decidido á esta maniobra, el primer cuidado de Palafox debia ser el de reunir todas las fuerzas sometidas á su mando. Eran muy pocas las que le habian seguido en su retirada de Zaragoza, pertenecientes, en su mayor parte, á los voluntarios de Aragon, á los fusileros de Torres y á un corto escuadron de dragones que con aquellos habia combatido en la triste jornada de Alagon. La fuerza más considerable permanecia en Calatayud, donde el baron de Varsage habia ido reuniendo los dispersos de Castilla y los voluntarios que allí y de los pueblos inmediatos se le presentaban para servir á sus órdenes. Esto no obstante, toda la fuerza disponible el 22 de Junio consistia en 2.346 hombres y 363 caballós, pertenecientes á cuerpos veteranos y algunos de nueva creacion en la provincia, y en varios grupos de paisanos sin organizar, que hacian ascender el número total de combatientes al de unos 4.000 hombres próximamente (1).

Para realizar la concentracion de todas estas tropas, Palafox salió de Belchite el dia 19 en direccion de Longares, de donde el 21 se trasladó á la Almúnia para, unido ya al Baron, seguir á Épila, dando á su hermano, el de Lazan, avisos circunstanciados de tan importante movimiento.

Aun verificándose contra el parecer de algunos de los jefes de aquel no bien llamado ejército, no dejaba de ser acertada la eleccion de Épila para campo de un cuerpo de tropas que se hubiese propuesto observar la marcha del sitio de Zaragoza, impedir las

(1) Véase el estado del ejército de Aragon en 22 de Junio.—Apéndice núm. 9.

comunicaciones del enemigo y contenerle en el momento en que intentase un ataque decisivo á aquella ciudad. Lo corto de las distancias que necesitarian recorrer las tropas aragonesas para la ejecucion de cualquiera de las operaciones proyectadas; la dominacion constante que iban á ejercer sobre los enemigos en sus marchas, convoyes y campamento, así como la facilidad que siempre tendrian para retirarse en una ocasion adversa, daban á la ocupacion de Épila una importancia que ciertamente no pasaria desatendida por los generales franceses.

Lefebvre, atento sin cesar á lo que hacia Palafox, la comprendió al instante y se dispuso á frustrar los intentos del general español anticipándosele en la ofensiva, objeto esencial de las operaciones que se dirigian contra él. Habian llegado á su campo algunos refuerzos, tropas llamadas de los cantones de Navarra y del camino que el ejército habia seguido en su expedicion. Ocultando su marcha á los zaragozanos, podia, de consiguiente, emprenderla hácia Palafox con fuerzas que bastasen para combatirle y vencerle. Éranle, de todos modos, necesarias la mayor actividad y la reserva más profunda; pues si no lograba sorprender á la vez á los sitiados y á sus auxiliadores con el secreto de la partida y la energía del ataque, podia verse sumamente comprometido, débil ante aquellos, cuyo valor debia apreciar desde el asalto del 15, y débil ante los últimos, advertidos del peligro que iban á correr. Dispuso, pues, que las tropas que quedasen en el campamento, distrajeran á los zaragozanos con algun fuego dirigido á la ciudad y el ataque á los puntos más avanzados de ella,

miéntras las demás lo abandonaban en hora á propósito para llegar á Épila cuando las sombras de la noche sirvieran á favorecer un ataque repentino é inesperado.

El éxito correspondió á lo acertado del pensamiento y á la habilidad desplegada en la ejecucion de la empresa. Lefebvre entretuvo á los zaragozanos todo el dia 23 con la presencia de sus avanzadas y el brillo de las hogueras en el campamento, y el 24 con vários ataques parciales, pero con el aspecto de sérios é intencionados. Salió en todos ellos vencido, lo mismo el 23 en que sus descubiertas fueron repelidas y conquistada la Casa blanca, que el 24 en la torre de la Bernardona, donde los franceses estuvieron largo rato haciendo fuego con dos piezas contra la ciudad, en la de Santo Domingo, de la que fueron desalojados con pérdidas considerables, y en Torrero, por fin, que se mantuvo oponiendo un vivo cañoneo al de la artillería enemiga. Pero Lefebvre logró su objeto, el de ocultar la marcha de parte de sus tropas á Épila, y tan completamente, que despues del ataque de la Casa blanca en la noche del 23, avisaban los zaragozanos á Palafox la retirada de los franceses hácia Alagon, á la hora misma en que andaba á las manos con ellos. Batalla de Epila.

Efectivamente; serian las nueve y media de la noche cuando el coronel Khlopiski se presentó en las inmediaciones de Épila con el primer regimiento del Vístula, un batallon del 15 de línea, un escuadron y alguna pieza de artillería. Ignorantes los soldados de Palafox de la aproximacion de los franceses, por haber sido sorprendida y presa una fuerza de dragones

que hacia la descubierta y no haberles llegado aviso alguno hasta los momentos en que ya se presentaba el enemigo, se dirigieron confundidos y en gran desórden á las eras, punto señalado para su formacion en cualquier evento. No habian salido todos aún del pueblo, cuando, segun iban entrando en la línea, entre el Jalon y el camino de Zaragoza, los más diligentes tuvieron que romper el fuego contra los franceses que se acercaban apresuradamente á ellos. Lo peligroso de un ataque nocturno, una vez descubierto, y lo nutrido del fuego de nuestros compatriotas, aunque la confusion ya denunciada y la oscuridad lo hiciesen poco mortífero, mantuvieron á Khlopiski largo rato irresoluto ánte la línea española.

No hay datos irrecusables respecto al combate, porque los franceses no se han detenido á dar pormenores que satisfagan, ni los españoles han relatado con severa exactitud las diferentes peripecias de la refriega. En unos y otros de los historiadores de aquellos sucesos, se observa una grande exageracion á poco que se reflexione sobre la duracion del combate de Épila y sobre sus resultados. Los franceses la describen como una sorpresa en que duró muy cortos instantes la resistencia que se atrevieron á oponer los españoles formados al presentarse el enemigo: Palafox y los suyos, á vuelta de grandes elogios tributados á la bizarría de las tropas, no consignan otro resultado que el de la traslacion de su cuartel general á otro punto «más ventajoso,» dice el general en su parte, pero muy á retaguardia de la posicion del dia 23.

Lo que debió suceder en Épila es que el coronel

Khlopiski, no distinguiendo las posiciones de los españoles y creyéndolos apercibidos al escuchar el fuego, desplegaria parte de sus fuerzas como en una funcion regular y ordinaria hasta enterarse de la situacion y número de las que iba á combatir. No se concibe, de otro modo, que tropas en órden, cual el en que no podia ménos de llevarlas para una accion nocturna, tardasen más de tres horas en arrollar una parte, tan sólo, de la línea española sorprendida y desordenada. Porque en lo que no hay duda alguna, es en que á la una de la madrugada del 24, los franceses se encontraban un corto trecho á retaguardia del sitio en que á las diez de la noche rompieron el fuego, esperando sin duda la luz del dia para arrojar á los españoles de Épila. Tambien es cierto que á aquella hora, esto es, á la una, habia entrado el pánico en las filas de los voluntarios que Palafox conducia, y que ni las amonestaciones de su general ni sus amenazas, bastaron á contenerlos en su retirada, la cual pudo realizarse tranquilamente por la circunspeccion de Khlopiski, recogido en aquellos momentos al pié del cabezo llamado *Patiños* y por la energía de los cuerpos veteranos de la division que se mantuvieron en las posiciones que habian elegido ó se les habia señalado (1). Miéntras los voluntarios, *sin saber por qué*, como dice el Sr. Alcaide en su

(1) El Coronel D. Pablo Casaus, del regimiento de Fernando VII, tiene en su hoja de servicios estampado el siguiente: «Se halló con su regimiento, y sostuvo el ataque de Épila de la noche del 22 y mañana del 23 de Junio de 1808, en que se retiró con él y una partida de Reales Guardias Españolas que se le habia unido por haber concluido las municiones, salvando la tropa que el enemigo, con su gran superioridad, intentaba cortar, y se creyó perdida en el ejército.»

«Historia de los dos sitios de Zaragoza,» se entregaban á la fuga, las tropas veteranas, y con especialidad el batallon de Fernando VII, una batería mandada por el Capitan Lopez Pinto y los dragones del Rey, á las órdenes de D. Francisco Ferraz, se mantuvieron en sus puestos y áun mejoraron su formacion, trasladando al cabezo del *Calvario* donde habia una pieza, otra que en un principio habian establecido en el de *la Horca*. Sin embargo, una vez iluminada la tierra, no les fué posible á los nuestros mantener el terreno contra sus enemigos, más numerosos y mejor organizados. Los artilleros, faltos de apoyo, tuvieron que abandonar á las seis de la mañana sus piezas; la infantería, no logrando contestar al fuego de la francesa que la causó muy graves pérdidas, se reconoció impotente para resistir el ataque de que se veia amenazada; y los dragones, por fin, hubieron de limitar su accion á la de contener la caballería enemiga que cargaba para sacar fruto de una victoria tan á poca costa obtenida por los infantes sus camaradas.

Salvado el Jalon por los nuestros, y ya en direccion de Calatayud, segun lo habia ordenado Palafox al retirarse con el grueso de sus fuerzas, los franceses penetraron en Épila, donde al tiempo mismo en que saqueaban los templos y las casas, sacrificaron 26 infelices habitantes y al presbítero D. Domingo Marqueta, que, como ellos, no quiso abandonar la poblacion. Sólo, y áun con gran dificultad, lograron salvarse los enfermos acogidos al hospital ante las representaciones del cirujano que los cuidaba. ¡Así y colgando de los árboles de las alamedas exteriores de Zaragoza á los defensores de la puerta del

Cármen, pagaba Lefebvre la generosidad de los que habian custodiado con el mayor esmero á un Oficial de Estado Mayor, preso en el camino de Madrid, y á varios otros franceses para que no sufriesen la triste y dura suerte de los de Valencia!

Más sensible que las considerables pérdidas de los aragoneses en la batalla de Épila, (1) debió ser para Palafox y su Estado Mayor el convencimiento de que eran y serian de todo punto inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen para socorrer á Zaragoza con ataques exteriores. Pero si triste era tener que reconocer la inferioridad de nuestros voluntarios en campo raso, debió tambien ser sumamente doloroso el encontrar en la observacion de lo sucedido en Épila, otras causas que las naturales de aquella misma inferioridad militar, otras armas en los franceses que los fusiles y los cañones de sus soldados. El Sr. Alcaide, segun ya hemos dicho, ignoraba el porqué de la fuga de los aragoneses: nosotros vamos á ver si lo encontramos en actos ó en asertos posteriores á aquel desgraciado suceso. Por correspondencias interceptadas y por anónimos dirigidos desde Madrid á Valencia, y de allí á Palafox, se le anunciaba que se habia urdido en el Estado Mayor de Murat una trama abominable para comprometer á los generales españoles. «Algunos capitanes del regimiento de »dragones del Rey, decia uno de los anónimos, algu-

(1) Belmas, en sus *Diarios de sitios*, dice que fueron 600 las bajas que en muertos y heridos tuvieron los españoles: Si estableciésemos la proporcion que en el combate de Logroño entre las anunciadas en los boletines franceses y las reales y efectivas, se reducirian á muy pocas. Pero no: hay que contar con los desgraciados epilenses villanamente muertos en sus casas.

»nos guardias de Corps y otros oficiales, marcharon »desde Madrid en clase de espías á Aragon, pretex»tando que iban á servir en nuestro ejército contra »los franceses..... El Gobierno de Madrid, por medio »de aquellos oficiales, y de otros postas ó correos, ha »determinado con muchísimo sigilo y reserva el re»mitir al Sr. Palafox, á los capitanes generales de »las provincias, á las Juntas de ellas y á los jefes de »sus tropas, varios pliegos manifestándoles el agra»decimiento que Napoleon, Murat y los demás ge»nerales franceses tienen de sus servicios, que serán »premiados con grande recompensa, y que continúen »en ellos hasta que venga el Rey José Napoleon »y se les prevenga el dia y modo de entregar las »provincias. Esto es con la idea de que echándose »sobre los pliegos y abriéndolos las tropas ó los paisa»nos, ó los indivíduos subalternos de los ejércitos, »tengan por traidores á los capitanes generales y á »los jefes de las provincias; se revuelvan contra »ellos quitándoles la vida, y se pongan aquellas en »inquietud y desórden, con cuyo motivo podrán los »franceses sacar por este medio inícuo el partido que »ahora no pueden conseguir.....»

Repugna el creer en una trama tan digna de desprecio, y mucho más, el que hubiese en España quien se prestara á su ejecucion; pero en lo que no cabe duda, es en que Palafox debió encontrar alguno de sus hilos en las filas del ejército. En 17 de Julio, contestaba á la Junta de Valencia que le habia remitido los anónimos, «que algunos de los »oficiales citados en ellos, le habian dado que ha»cer mucho en la accion de Épila,» y que habia

tomado la providencia de separarlos de su ejército.

Y no era esto sólo: ántes de marchar á aquella villa habia encontrado oposicion á sus planes ofensivos, habiendo quienes proponian la retirada á Valencia. Y no hay que tomar aquella indicacion como previsora de la triste jornada á que se les queria conducir, porque, de no ejecutarla, expeditas se encontraban todavía las puertas de Zaragoza donde podian emplearse con fruto las tropas reunidas en Belchite y la Almúnia. El general Palafox habia necesitado recurrir á un acto extremo, imitacion de otros varios á que habian recurrido con éxito algunos héroes de la antigüedad, y entre ellos nuestro compatriota Pizarro en la *isla del Hambre*. «El jó»ven general, dice Foy, anunció que daria pasapor»te á cuantos quisieran ir á Valencia, y dijo á los sol»dados: *¡El que me ame, que me siga!* y el ejército »entero le siguió.» Schépeler dice en su excelente historia: «Cuando Palafox dió á conocer su resolucion »de atacar á los franceses, varios jefes le hicieron »presente la organizacion incompleta de sus tropas: »estas observaciones eran prudentes; pero se come»tió la indiscrecion de hacerlas públicas, é introduje»ron el desaliento en los cuerpos. Palafox, á fin de »borrar aquella impresion, concedió permiso á todos »para solicitar sus pasaportes. Nadie los pidió.» «Res»pondióse á su voz, añade el conde de Toreno, con »universales clamores de aprobacion, y ninguno osó »desamparar sus banderas. De tamaña importancia »es en los casos árduos la entera y determinada vo»luntad de un caudillo.»

Nosotros, lo repetiremos cien veces, no quere-

mos dar completo asenso á los anónimos remitidos por la Junta de Valencia; pero nos inclinamos á creer que el poderío inmenso del Emperador Napoleon y las recientes derrotas de los aragoneses, tendrian entibiado el ardor de quienes no se hallasen poseidos de aquella valentía patriótica, de aquel frenesí que se habia apoderado de la casi totalidad de los españoles.

De todos modos, no cabe duda respecto á que debió haber en Épila quien, por disgustado de una operacion que considerase temeraria, ó por el espíritu envidioso que ha causado en España el malogro de tanta y tanta empresa, introdujera el pánico en unas tropas que, aunque en desórden, llebavan batiéndose con los franceses un espacio de tres horas. Si en vez de huir tan sin causa, se hubieran mantenido en sus puestos, al rayar la aurora, descubierto el no considerable número de los franceses, habria sido éste rechazado, ya que no disperso y destruido.

Khlopiski no siguió el alcance de nuestros compatriotas: destacando una pequeña fuerza á Plasencia para vigilar más de cerca el camino de sus refuerzos y convoyes, retrocedió á unirse de nuevo á Lefebvre en su campamento.

Nuevas intimaciones de Lefebvre.

La victoria de Épila no aumentaba en nada las probabilidades de conquistar Zaragoza. Despues de las acciones de Tudela, Mallen y Alagon no habian conseguido los franceses apoderarse de la capital: ¿por qué habian de conseguirlo despues de la Épila? Lefebvre lo comprendió así; y, viendo muy remoto el éxito de su empresa por la fuerza, intentó de nuevo el camino de las negociaciones, por el que

esperaria acabarla ántes de que llegase el general Verdier, que habia recibido la órden de acudir al campo de los sitiadores. Sólo un ardid podia ponerle decorosamente en comunicacion con los zaragozanos desde que recibió la respuesta á su intimacion del dia 17. Apelando á él en la tarde del 25, encaminó hácia la puerta del Portillo unos 150 soldados que, ya cerca de la Aljaferia, alzaron sus pañuelos en las bayonetas y prorumpieron en vivas á España y á los zaragozanos (1). Nuestras avanzadas desconfiaban de alguna emboscada; pero la consideracion de que eran polacos, deseosos quizás de abandonar el ejército francés, y la insistencia en sus llamamientos, las impelió á acercarse á ellos, áun cuando no sin precauciones. Los soldados del Vístula manifestaron entónces, y con muestras de la mayor simpatía hácia los españoles, sus deseos de comunicar con las autoridades de Zaragoza ántes de entregarse á ellas. Acudió el Intendente, que se hallaba en el Portillo, y luego pudo conocer que de lo que se trataba era de llevarle á una conferencia con el general Lefebvre que,

(1) Hay quien supone, y no sin algun fundamento, que los franceses iban llevados de la curiosidad de conocer la causa de una gran vocería que aquella tarde oyeron en Zaragoza. El motivo era la ceremonia que las autoridades de la ciudad habian dispuesto celebrar para recibir el juramento á las tropas y á los paisanos alistados para la defensa. La fórmula del juramento, fué la siguiente: «*¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, el defender vuestra santa religion, á vuestro rey y vuestra pátria, sin consentir jamas el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros jefes y esta bandera protegida por la Santísima Virgen del Pilar, vuestra patrona?*» El grito de *¡Sí, juramos!* repetido en la plaza del Cármen y en todas las puertas, elevándose sobre la ciudad como para alcanzar el Eter, llegó al campo francés y debió producir aquella curiosidad.

Belmas, sin embargo, atribuye la estratagema al deseo de negociar para obtener la rendicion de Zaragoza.

pocos momentos despues, salió de los olivares y se presentó en aquel extraño parlamento tan mañosamente preparado.

Aun cuando sorprendido, Calvo se manifestó sereno y diestro, ofreciendo trasmitir á la autoridad militar de Zaragoza las nuevas proposiciones de Lefebvre, quien, además, le entregó várias de aquellas proclamas que Napoleon encargaba en todos sus despachos estampar y repartir profusamente por todos los pueblos de la Península. Calvo pudo retirarse á las cuatro de la mañana del 26, y pocas horas despues pasó al campo francés el teniente coronel D. Emeterio Celedonio Barredo, con un pliego del marqués de Lazan en que se rechazaban enérgicamente las proposiciones del general francés, dirigidas, en resúmen, á que se permitiera la entrada de sus tropas en Zaragoza, donde prometia aquel restablecer la tranquilidad y hacer respetar las personas, religion y haciendas de sus moradores.

Verdier en el campo de los sitiadores.

En aquella misma tarde llegó el general Verdier con unos 3.000 infantes y varias piezas de artillería procedentes de Vitoria y Tudela, y, como más antiguo que Lefebvre, tomó el mando de todo el ejército sitiador (1).

Torrero.

Apénas reconocida la plaza el 27, el general Verdier fijó para el dia siguiente el ataque á Torrero,

(1) Belmas dice que ascendia á 10.500 hombres. Napoleon en su correspondencia, evalúa en 14.000 hombres la fuerza sitiadora. El dia 25 decia al mariscal Bessières: «En este momento hay 14.000 hombres en Zaragoza;» y á Savary: «Hay un verdadero ejército francés en Zaragoza.» Cuantos destacamentos llegaban á Bayona, los portugueses acantonados en la frontera, y hasta los guardias nacionales que la guarnecian, eran dirigidos á Zaragoza.

posicion que él entónces, y despues vários otros, han considerado como la llave de Zaragoza. La mayor importancia de Torrero estrivaba en que, elevándose sobre el flanco derecho del campamento francés, exigia perentoriamente su ocupacion ó una vigilancia suma para poder avanzar al ataque de la ciudad sin temor de verse las tropas envueltas ó, al ménos distraidas en sus maniobras.

Las defensas de Torrero consistian en una batería de tres piezas establecida en Buena-vista, pequeña colina destacada hácia el S. O. entre el canal y el Huerva, y dominando de cerca la Casa blanca y el camino que la une á Zaragoza; en otra batería de dos piezas que cubria el punte de América, y en várias cortaduras para interceptar los distintos caminos por donde podia ser envuelta tan importante posicion.

Componian la guarnicion 500 hombres, paisanos en su mayor parte, y unos cuantos soldados de Extremadura con que se la reforzó en la noche del 27, gobernándola el teniente coronel D. Vicente Falcó.

Voladura del Seminario.

Ayudaba á la empresa de atacar Torrero una catástrofe irreparable, sufrida la tarde anterior por los zaragozanos; pero sobrellevada con tal entereza que, áun siendo capáz de inspirar el más profundo abatimiento en ánimos muy esforzados, no habia sido obstáculo en aquellos para acudir á las puertas y rechazar á los franceses que se habian querido aprovechar de acontecimiento tan favorable. La pólvora existente, así en el interior de Zaragoza como en Torrero, habia sido trasladada al Seminario conciliar, donde por la situacion y condiciones del edi-

ficio se esperaba conservarla exenta de todo accidente. Pero debia extraerse una cantidad considerable para la confeccion de cartuchos en el convento de San Agustin, y el descuido de los conductores habia causado la explosion de los carros en que se acababa de cargar, comunicando de ellos el fuego al almacen general que voló con estrépito y fragor aterradores. El Seminario con sus aulas, biblioteca y gabinetes científicos y, con él, muchas de las casas inmediatas, se derrumbaron por la accion directa de los gases, empujadas por las grandes masas que se desprendian de aquel sólido monumento ó conmovidas por el estruendo de la explosion. Los que custodiaban el almacen, los que movian la pólvora, conductores y guardias, los habitantes del Seminario, los vecinos de las casas arruinadas y hasta los transeuntes por las calles próximas, sorprendidos por aquel huracan de fuego, cayeron tambien arrastrados por los edificios en su derrumbamiento ó bajo las moles inmensas que de ellos se desprendian hasta una distancia increible. Todo Zaragoza se sintió conmovido como en un violento terremoto, y no hubo un sólo habitante que no quedase aterrado y estupefacto, cual si allá en las nubes se escuchara el tremebundo anuncio del juicio universal. Más no tardó en conocerse la causa de tanto estrépito y de tamaña conmocion: la columna inmensa de humo que se elevaba sobre el Seminario con la magestad imponente de quien se abria paso entre tanto estrago; el sin número de fragmentos que volaban por los aires, vigas enormes envueltas en llamas, piedras ennegrecidas por la pólvora y cuerpos hu-

manos destrozados é impelidos á alturas portentosas; el clamor general, en fin, escuchándose hácia la parte meridional de la poblacion, hicieron comprender á todos el motivo de la catástrofe. Y soldados, paisanos y sacerdotes, ancianos, niños y mujeres, la mayor parte de los habitantes de Zaragoza, corrieron al Seminario para trabajar en la salvacion de cuantos debian yacer sepultados en las ruinas.

Los franceses se valen de ella para atacar la ciudad.

A la distancia de 10 leguas dícese que llegó el ruido de la voladura, infundiendo pavor y conmiseracion en los pueblos de la comarca, interesados, como es natural, en la suerte de Zaragoza. Los franceses comprendieron al momento el orígen de la explosion y, previendo el efecto que ésta debia producir en los sitiados, proyectaron un ataque á las puertas de la ciudad que suponian abandonadas ó flojamente defendidas. No era, sin embargo, así: una gran parte de los defensores habian acudido al lugar de la desgracia, arrastrados unos por la curiosidad, muchos por el impulso de sus corazones hácia sus convecinos ó allegados, el mayor número movido del deseo de socorrer á las tristes víctimas de aquel fatal accidente; pero, al aproximarse el enemigo, el grito de alarma cundió instantáneamente por la poblacion y, al descubrirse su propósito, la artillería de las puertas y los fusiles de los zaragozanos le demostraron que ni las batallas perdidas, ni las explosiones, por cruentas que fuesen, lograban introducir en ellos el desaliento. No atesoraban ciencia y disciplina para arrojar de su campo á los franceses, como se habia visto aquella misma mañana en el ataque de la torre de la Bernardona, donde el sitiador habia

vuelto á establecer una batería formidable; pero no desmayarian en la defensa de sus solares, y en ellos serian invencibles.

Si Verdier necesitaba un estímulo más para emprender las operaciones del sitio por el método lento y sistemático que le habrian aconsejado sus propias ideas y el escarmiento de su predecesor en el mando, lo encontró en la tarde del 27, en que pudo ver la retirada de sus tropas ante un enjambre de paisanos que, aún impresionados por la voladura de sus municiones y por la desgracia de tantos y tantos de sus conciudadanos, tuvieron bastante valor y fuerza suficiente para vencerle en su primera tentativa contra la ciudad heróica que habia de causar su ignominia en aquella campaña.

Ataque de Torrero.

El dia 28 mandó, pues, sus columnas al ataque de Torrero. Una de ellas se dirigió por el cajero del canal á la batería de Buena-vista, con el objeto de asaltarla de frente: otra tomó la vuelta del camino de Cuarte y se presentó frente al puente de América; y la tercera, en fin, cubierta con los olivares, se corrió por la izquierda del Huerva, amenazando cortar la retirada á los defensores de la posicion. Acompañaban á las columnas algunas piezas de campaña y vários escuadrones de lanceros polacos para darlas fuerza y aprovechar sus ventajas. Y á fin de impedir todo socorro por parte de la ciudad, la batería establecida en la Bernardona, compuesta de un mortero y 2 obúses de á 12 y 8 pulgadas respectivamente, y otros 2 cañones largos de á 8, rompió el fuego contra Zaragoza, y una nube de tiradores aparentó un ataque vigoroso á las puertas y edificios inmediatos.

Las dos primeras columnas no obtuvieron al pronto resultado ventajoso, resistiendo el ataque nuestras baterías de Torrero; mas no tardó en cundir la voz de que la tercera se dirigia á ocupar el puente de Santa Engracia, y entónces desmayó la guarnicion y cesó en su resistencia. Voluntarios y soldados, con el gobernador á su cabeza, huyeron á la ciudad, seguidos por los polacos hasta cerca de las puertas. Ya en éstas, los defensores lograron fácilmente rechazar al enemigo, obligándole á volver á la excelente posicion recientemente conquistada, convertida desde aquel dia en su cuartel general. Con esto cesó en toda la línea el fuego de los sitiadores, quienes se retiraron á su campo, no siendo su propósito, al atacar el recinto occidental de la ciudad, más que el de distraer á los zaragozanos ínterin se verificaba el ataque de Torrero (1).

En Zaragoza irritó sobre manera la conducta del teniente coronel Falcó, á quien se redujo inmediatamente á prision para ser más tarde sujeto á un consejo de guerra, cuya sentencia fué ejecutada cuando, libre ya la ciudad de sus enemigos, parecia que debia ceder su lugar la ira á la generosidad y á la clemencia en los vencedores. Floja y punible fué la defensa de Torrero; difícil es, de consiguiente, la justificacion de Falcó cuando era necesario tanto vigor para no perder concepto entre las masas populares dadas siempre á atribuir la prudencia á cobardia y la flojedad á traicion; pero, además de no deberse eximir de

(1) Algunas relaciones españolas, dicen que se logró salvar la artillería de Torrero; las francesas manifiestan lo contrario, y es lo que nuestra imparcialidad encuéntra más verosímil y probable.

responsabilidad á aquellos que no sabian resistir todavía á los ataques envolventes, se concibe el castigo inmediato, con el calor de la ira; no el dilatado hasta una época que debia ser de satisfacciones y contento.

La pérdida de Torrero tuvo en Zaragoza su compensacion con la llegada del pequeño tren de sitio pedido al gobernador de Lérida, quien se había apresurado á remitir 2 cañones de á 24, 2 morteros de á 12 y otros 2 obúses que fueron establecidos en la huerta de Santa Engracia y en la grande batería del Portillo, contrapuesta á las que los franceses elevaban en la Bernardona y sobre la derecha de esta eminencia, con el objeto de batir el castillo y los edificios que cubrian aquella avenida importantísima.

Bombardeo del 1.° de Julio.

Dueño ya de Torrero, Verdier podia extender las operaciones del sitio por todo el ámbito de Zaragoza en la orilla derecha del Ebro. Podia, además, con el material ocupado en los establecimientos del canal, asegurar de un modo permanente el paso á la márgen izquierda y aislar á los defensores de la plaza; pero acababa de recibir de Bayona la órden de intentar el 29 un ataque general á viva fuerza, y, áun difiriéndolo un dia, no quiso faltar á las instrucciones, siempre terminantes, del Emperador.

El dia 29 pasó, por lo tanto, en preparativos para un bombardeo que Verdier creyó deberia preceder al ataque general, para así encontrar en éste trabajados los ánimos y abatidas las fuerzas de los zaragozanos. A la derecha de la gran batería de la Bernardona, cuyo armamento se hizo elevar hasta el de 9 piezas de todos calibres, se construyó junto á la

huerta de Alárcos otra de 4 cañones y obúses que, como ya hemos dicho, batiesen la Aljafería y la puerta del Portillo. Levantóse otra batería á unos 500 metros de la puerta del Cármen, opuesta á ella y armada con 3 morteros de á 12 pulgadas y 2 de á 9. Esta batería lindaba con el camino de Madrid y comunicaba por su derecha con otra cuarta que, desde la falda de Torrero y con 2 grandes obúses, se habia destinado, como la tercera inmediata, á hacer llover sobre Zaragoza bombas y granadas.

Los zaragozanos, que por sus vigías de la Torre nueva sabian inmediatamente la incorporacion de refuerzos al ejército francés, la llegada de los numerosos trenes de sitio que se le enviaban de Pamplona y la construccion de las baterías, no pasaron tampoco inactivos el dia 29 ni el inmediato. Fueron reforzadas todas las baterías del recinto y se aspilleraron, además de las tápias que ya lo estaban desde el dia 16, los muros interiores y las casas que los dominaban y descubrian la llanura por donde habian de acercarse los enemigos. La pólvora fué trasladada al panteon de San Juan de los Panetes en el centro de la ciudad, sacando la que existia en las bóvedas de San Diego, á donde podian llegar los franceses en un ataque afortunado. A pesar de que el marqués de Lazan, en prevision del bombardeo, hubiese reunido el dia 26 la Junta, formada desde su regreso á Zaragoza con el título ya de suprema, y manifestándola los efectos de las bombas, más imponentes que devastadores, recomendándole trabajase para desimpresionar los ánimos y calmar las inquietudes naturales en una ciudad sitiada, se publicó con toda solemnidad

un bando en que el Intendente, despues de aconsejar que todos los ancianos, mujeres y niños se retirasen á las casas en el momento en que empezara el fuego, prevenia no se descuidase un instante la vigilancia para rechazar el asalto que regularmente sucederia al bombardeo. Hacíanse en el bando várias otras prevenciones, todas con el objeto de infundir confianza á los habitantes, diciéndose, entre otras cosas, que para señalar en Zaragoza las casas de donde saliese fuego, como se decia falsamente haberse hecho en Madrid «¡¡no serian bastantes las tropas francesas que habia en España!»

Todos, pues, sitiadores y sitiados, se preparaban á una funcion igualmente solemne para unos y otros, con la diferencia de que al campo francés llegaba entónces el coronel Piré con una columna formada del 3.er regimiento del Vístula, un batallon de granaderos y cazadores (d'elite) y tres escuadrones, convoyando lo que faltaba del tren pedido á Pamplona, y en Zaragoza entraron 200 hombres armados, procedentes de Monzon, con dos obúses que habian sacado de su antiguo castillo. En el campo sitiador habia, siguiendo la frase de Napoleon, *un verdadero ejército*: en Zaragoza, los defensores del dia 15, más 400 ó 500 hombres entre soldados de Extremadura y paisanos, y 8 piezas de un alcance superior á las del tren de campaña de 1795.

A las doce de la noche del dia 30, el silvido de una bomba que hendia los aires, despertó á Zaragaza con el anuncio de la nueva y ruda prueba con que el cielo queria aquilatar el valor y el patriotismo de sus habitantes.

No cesó el fuego en toda aquella noche, ni en el siguiente dia, hasta la hora misma en que habia principiado. A más de 1.400 llegó el número de bombas y granadas que arrojó la artillería francesa sobre la desgraciada poblacion. Las primeras, por lo excesivo de las cargas ó por lo elevado de la puntería, fueron á caer en el Ebro y más allá aún en la orilla izquierda; pero, observado por los oficiales franceses, se dió menor alcance á los proyectiles que, de este modo, empezaron á caer en la ciudad. Lo desacertado del fuego en un principio, y el aliento que infundió en los habitantes el ningun efecto que hacia en edificios ni personas, contribuyó, en no pequeña parte, á connaturalizarlos con un azote de que no habia sido objeto Zaragoza en ninguna época de su historia. Las gentes, despavoridas al comenzar el bombardeo con el fragor horrísono que las habia despertado, salieron á las calles y plazas, temerosas de morir entre las ruinas de sus casas; pero á mediodia estaban en su mayor parte ocupadas en impedir mayores destrozos con desempedrar las calles y con ocultar los objetos de algun valor y los de su cariño en los *caños* ó sótanos tan comunes en Zaragoza.

Donde el fuego de las baterías francesas causó verdadero estrago, fué en la Aljafería y, sobre todo, en la puerta del Portillo y puntos próximos, á cuya expugnacion parecia encaminarse el pensamiento del general Verdier. Las dos baterías de la derecha, eran las que con sus fuegos curvos azotaban la ciudad; las de la izquierda, armadas de cañones y dirigidas á facilitar el asalto, se dedicaron á abrir brecha en la Aljafería, á apagar los fuegos de la huerta

de San Agustin, y á echar por tierra las obras construidas en la puerta del Portillo (1).

Durante todo el dia aparecieron, efectivamente, masas considerables de infantería y caballería al frente de aquellas importantísimas posiciones, como en acecho de una ocasion propicia para el ataque. No la descubrieron, sin duda, pues cuantas veces se aproximaron al castillo y á la ciudad, retrocedieron inmediatamente, fuese por hallar á los defensores apercibidos, fuese por no considerar las brechas practicables. Hubo momentos verdaderamente críticos. El castillo, aunque en condiciones muy desfavorables, las tenia superiores incomparablemente á las defensivas de la puerta inmediata á él. Sus muros, á pesar de la antigüedad que contaban, eran bastante robustos, y el foso los ocultaba en su pié hasta una altura que no seria fácil lograran salvar los infantes franceses por ágiles que fuesen (2). Las obras del Portillo estaban casi al descubierto, construidas con materiales de campaña, sacos á tierra, cestones ó faginas y al pié de edificios cuyos desper-

(1) Lo que ménos sufrió fué la huerta de San Agustin y, sin embargo, el comandante de la batería establecida en ella, participaba á las seis de la tarde «que se encontraba sin artilleros, pues »los pocos que habia estaban muy rendidos por haber socorrido el »fuego durante diez y ocho horas. Municiones, continuaba, tam»bien hay muy pocas, y una pared de la huerta derribada por un »paraje.»

(2) A las nueve de la mañana estaba arruinado casi todo el parapeto de la fachada occidental del castillo con todo el ángulo izquierdo del recinto interior, y quebrantado todo el frente de los cuarteles del mismo recinto Las granadas arruinaron el tejado del pabellon del ayudante, taladrando todos los pisos y destrozando la escalera lo mismo que las torres ó baluartes de la cortina de Mediodia y casi todos los tejados del edificio.

(Parte del gobernador en la tarde del 1.°)

fectos, por la violencia de los proyectiles enemigos, eran más perniciosos á los defensores que las balas y granadas disparadas para ofenderles directamente. Así, hubo momentos en que las fortificacionès del Portillo se vieron casi abandonadas de sus presidiarios y presentando el cuadro más aterrador. Desmoronados sus endebles parapetos, rotos los montages de la artillería, arrojados por tierra, muertos y horriblemente mutilados casi todos los sirvientes, pocos eran los que á pesar de su valor podian mantenerse impasibles, sin la costumbre, tan difícil de adquirir, de arrostrar el fuego á pié firme y con el arma al brazo. Los ménos esforzados se internaban en la ciudad publicando los destrozos que allí hacia el fuego incesante de la artillería enemiga y el horror que causaba el espectáculo de los artilleros muertos al pié de los cañones, mudos ya y helados como sus heróicos sirvientes. Los sitiadores, sin embargo, no pudieron aprovechar aquellos momentos de abandono; porque, al intentarlo, los jefes y oficiales, unas veces, llamando á los defensores ocultos en los edificios próximos; Renovales, otras, acudiendo desde la puesta de Sancho, alarmado por el silencio de nuestras piezas; y otras, en fin, el marqués de Lazan que parecia multiplicarse apareciendo en los puestos cuando más peligro corrian, inflamaban el valor de los zaragozanos, hacian reemplazar á los artilleros puestos fuera de combate, coronaban el desportillado muro y cubrian de hierro, de plomo y de vergüenza á los aguerridos soldados del vencedor de Europa.

Asalto general del dia 2.

Pero el bombardeo y aquellos ataques, recono-

cimientos mejor, de los franceses, no eran más que la preparacion, los preludios del asalto general que iba á verificarse en la mañana del dia 2. Verdier hizo callar á sus baterías á la media noche del uno, veinticuatro horas despues, segun ya hemos dicho, de haber lanzado aquella bomba que despertó á Zaragoza. Parecia como si quisiese dar á los sitiados esperanzas que pronto iba á desvanecer con toda la energía y con toda la violencia de su mision y de su ira (1).

La prueba iba á ser terribre. Las fuerzas francesas reunidas al frente de Zaragoza eran muy respetables por su número y organizacion, habiéndose acumulado allí cuantas se hallaban en Navarra y todo el material de artillería disponible en nuestras plazas de Pamplona y San Sebastian. Uno de los ingenieros más distinguidos del ejército francés, Mr. Lacoste, muy estimado del Emperador, dirigia las operaciones del sitio; y no pasaba dia en que no llegara al campamento un nuevo refuerzo ó un emisario para dar impulso y, sobre todo, para aguijonear la ya de por sí ardiente impaciencia del general Verdier.

Entra Palafox en Zaragoza.

En Zaragoza habia, en cambio, tenido lugar un suceso de la mayor importancia para el resultado de los que iba á provocar al dia siguiente la fúria de los sitiadores. Cuando las columnas francesas des-

(1) El gobernador de la Aljafería, despues de enumerar los estragos hechos por la artillería francesa en el castillo, decia lo siguiente, en su parte de la noche: «Esta tarde, ántes de anochecer, he »hecho fuego á las descubiertas de caballería é infantería que han »asomado por los caminos de Alagon y la Muela, con el objeto, en »mi entender, de reconocer el progreso de su fuego, cuya circuns»tancia contemplo del caso manifestar á V. E.....»

aparecian de la vista de la ciudad para acogerse á su campo, entraba por la puerta del Angel el general Palafox, saludado calurosamente por los zaragozanos, cuyos vítores se confundian en armonía singular con el estampido de las bombas que reventaban sobre sus cabezas. Seguian á Palafox unos 1.300 infantes y 60 caballos, refuerzo exíguo en cuanto al número para circunstancias como las en que se encontraba Zaragoza en aquellos momentos, pero eficaz si se considera que era de tropas de línea, tan escasas hasta entónces, (1) y poderísimo por el ardor y el entusiasmo que producia siempre la presencia de su ilustre jefe.

Comprendiéndolo así el Marqués de Lazan al comunicar á su hermano los temores que abrigaba de un bombardeo próximo, le habia instado para que acudiese á Zaragoza con todas las fuerzas que pudiera reunir; recomendándole, sobre todo, y á la vez que la Junta suprema, su asistencia, por lo deseada

(1) En un opúsculo inedito, anotado por el general Palafox, se calcula en 8.070 hombres útiles la fuerza existente en 1.º de Julio, clasificándola así:

Artilleros y paisanos agregados á su servicio............	250
Soldados veteranos desertores de varios cuerpos y agregados á los nuevos................................	700
Paisanos aragoneses de la tierra baja, otros partidos y de Zaragoza, alistados con armas formando cuerpos ó compañías sueltas..................................	3.500
Los vecinos que no hacian servicio diario y acudian al paraje atacado de que resultaba hacer servicio de cuerpo de reserva....................................	2.000
De caballeria habia..................................	170
Además babia armados con chuzos, que hicieron muy buen servicio, y reemplazaban los muertos de armas; y maestranza y peonaje para los trabajos en abundancia...	1.500
TOTAL DE HOMBRES......	8.070

de los habitantes y lo eficaz que seria para la defensa (1). Y tan activo anduvo Palafox al tener noticia de los sucesos que se preparaban, y acudió con tal oportunidad, que no parece sino que era llevado en alas de su fortuna militar para la salvacion de Zaragoza.

Acababa apénas de recibir las felicitaciones de todas las clases y personas que se habian apresurado á salir á su encuentro, y estaba enterándose de los acontecimientos del dia y del estado defensivo de la ciudad, cuando las baterías francesas que, segun ya dijimos, habian dado tregua al fuego, volvieron á romperlo, pero con violencia muy superior á la empleada en el dia precedente. Ofrecia, sin embargo, la artillería francesa un signo elocuente del objeto á que se encaminaban los planes del general sitiador. Miéntras las baterías de la derecha, armadas de morteros, disparaban con una lentitud extraña, las de la izquierda, donde se habian emplazado todos los cañones de grueso calibre, lo hacian con la mayor rapidez y siempre sobre las obras exteriores de la ciudad. Conocíase que se trataba de ensanchar las brechas abiertas el dia anterior en tiempo y modo en que no hubiese posibilidad de repararlas para una ocasion que no podia ser remota. Y, efectivamente, ántes de amanecer, las brechas del castillo se halla-

(1) «La Junta suprema ha comunicado á V. E. sus deseos, y la necesidad de su presencia en esta ciudad; todavía no se han cumplido; las circunstancias se agravan. La venida de V. E. se difiere; el pueblo desconfía; con esta consideracion el oficial dador de ésta tiene órden expresa de no venirse sin acompañar á V. E.; va encargado de verificarlo con toda la brevedad posible; así lo exige la situacion de esta ciudad y del dia.»—(Siguen las firmas.)
(Archivo del señor duque de Zaragoza.)

ban extraordinariamente dilatadas; el convento de San Agustin ofrecia acceso fácil á su huerta y hasta el interior de su fábrica; los parapetos de las puertas del Carmen, del Portillo y de Sancho parecian nivelarse con el suelo; y todos ellos, como el cuartel de caballería y las tápias de la Misericordia, presentaban anchos boquetes por donde acometer el asalto.

Al mismo tiempo que estos estragos, mostró el crepúsculo seis columnas francesas que lo esperaban para emprender el ataque. «En la izquierda, dice »Belmas, tres columnas de la division Gomez Freire »estaban encargadas de atacar las brechas del cas»tillo, las puertas de Sancho y del Portillo, el con»vento de Agustinos y el cuartel de Caballería. En »la derecha, la division del general Lefebvre-Des»nouettes dió tres columnas para atacar las puertas »del Cármen, de Santa Engracia y los conventos de »Santa Engracia y de San José. Cada columna, con »la fuerza de 500 á 600 hombres, iba precedida de »un destacamento con cincuenta hombres de los más »valientes, armados de hachas y de picos y llevando, »además, faginas embreadas, con otras tropas á re»taguardia para sostenerlas y el resto del ejército en »reserva. Tres escuadrones de lanceros y coraceros »pasaron el Ebro por un vado, reconocido ántes agua »arriba de la ciudad; y, ya en la orilla opuesta, se tras»ladaron cerca de la cabeza del puente para cargar »á cuantos tratasen de salir de ella. Un batallon se »estableció en la orilla del rio para sostenerlos.»

Dada la señal, las columnas francesas emprendieron el ataque. La destinada á la expugnacion del castillo llegó al foso y, viendo las brechas imprac- Ataque del castillo.

ticables y careciendo de escalas para montar la escarpa, retrocedió inmedatamente, perseguida por la metralla que vomitaba nuestra artillería.

De la puerta de Sancho.

Al mismo tiempo que esta columna, ó quizás ántes, partió de la línea francesa un fuerte destacamento con el objeto de sorprender la puerta de Sancho. Dirigiéndose por el camino de San Lamberto, bastante hondo y escondido hácia la orilla del Ebro, procuraba en la oscuridad deslizarse sin ser descubierto hasta el interior de las fortificaciones (1). Pero vigilante Renovales, que mandaba allí, y avisados los defensores, del tercio de Tauste casi todos, lo recibieron con un fuego violentísimo á quemaropa. Tal fué el efecto que produjo, así el de los fusiles de los voluntarios como el de los cañones de la batería, que todo el frente quedó cubierto de cadáveres y de trofeos que los defensores recogieron al perseguir á los fugitivos, ocupando Renovales la espada de uno de los jefes muerto en el encuentro (2).

(1) Alcaide dice que el primer punto atacado fué la puerta de Sancho, ántes de amanecer, pues eran las tres y cuarto de la mañana. El marqués de Lazan y Casamayor dicen que los franceses atacaron al principiar el dia. Lo mismo dice Belmas, y Foy supone el ataque á las cinco; pero ni uno ni otro citan el combate de la puerta de Sancho, áun cuando el primero, segun hemos visto, destina á él una de las columnas.

(2) Para dar á conocer el carácter de Renovales, uno de los héroes más renombrados de Zaragoza, vamos á copiar algunos párrafos de dos oficios por él dirigidos á las autoridades militares; el primero en 6 de Julio de 1808 desde la puerta de Sancho, y el segundo el 27 de Noviembre desde San José.

En el primero se queja de que se le destine un oficial muy jóven, pero facultativo, para encargarse del mando de la artillería, y añade: «Cualesquiera que haya informado á V. E. de que este punto se hallaba falto de este jefe, ha dicho lo que no es verdad; porque el comandante de esta puerta no espera le enseñe en esa materia, y algunas otras, ninguno de los que guardan las demás puertas; de todo tiene dadas pruebas en Zaragoza y otros muchos

De la puerta del Portillo.

El fuego del castillo y el de la puerta de Sancho habian puesto en alarma todos los puntos exteriores de Zaragoza. El más amenazado era la puerta del Portillo, y lo revelaba el cañoneo incesante de que se la habia hecho blanco. Apénas cubiertos los boquetes hechos por los proyectiles el dia anterior en la batería que resguardaba la puerta, la guarnicion de aquel punto habia visto en aquella fatal mañana, no sólo inutilizado su trabajo, sino que tambien casi allanada la obra toda de cuya custodia se le habia hecho responsable. Los artilleros y los paisanos habian sido reemplazados y relevados várias veces, aunque con la economía que exigian la mortandad notable que se experimentaba tras de aquellos merlones desmoronados y la independencia casi absoluta de los defensores en su servicio esencialmente voluntario. Ya de dia, era imposible que una guarnicion de aquella índole se mantuviera en la batería resistiendo inactiva el huracan de gruesos proyectiles con que la azotaba la artillería enemiga, atenta á abrir por allí paso ancho y expedito para las columnas de ataque. Así es que, al romper la marcha la destinada á la puerta del Portillo, la batería podia considerarse como abandonada. Los franceses tenian que salvar un espacio bastante considerable entre

parajes.—De todas suertes, Excmo. Sr., el celo de Renovales cubrirá cualquiera defecto, miéntras exista.»

En el segundo, lamentándose de que los trabajadores de los tercios vayan á San José sin sus oficiales para vigilarlos, dice: «Yo no tendré embarazo en ponerlos, aunque sean capitanes, de cabeza en el cepo siempre que no me desempeñen sus deberes, y me separaré de las Ordenanzas militares atendiendo á las circunstancias del tiempo.»

Se conoce que, como vulgarmente se dice, Renovales gastaba malos humos.

el castillo, que no cesaba en su fuego, y el convento de San Agustin, en cuya huerta habian emplazado los zaragozanos cuatro piezas de campaña para cubrir por uno y otro flanco los tránsitos á la mencionada puerta y al cuartel de caballería. Pero tal actividad emplearon en su movimiento, que á los pocos instantes de haberlo emprendido se presentaron al frente y muy cerca de las obras del Portillo, sin que pérdidas sensibles hubiesen logrado disminuir su ímpetu.

La batería, repetimos, que podia considerarse como abandonada; y así debió parecerlo á los franceses, á quienes su misma ansiedad y el ruido de la batalla impedian escuchar el tristísimo rumor que se alzaba de aquel recinto, asiento del dolor y de la muerte. Más de cincuenta artilleros, veteranos ó reclutas, cuyo servicio exigia la asistencia inmediata al parapeto, yacian por el suelo muertos ó heridos, cubiertos de tierra, oprimidos de sus mismas piezas desmontadas, ó arrastrándose en busca de un abrigo contra los proyectiles franceses. Los demás defensores, de los cuales tambien habian mordido el polvo algunos, estaban ocultos en los edificios próximos ó habian huido pregonando por la ciudad la entrada del enemigo en ella. Sólo, pues, permanecian en su puesto de honor el teniente coronel Marcó del Pont, encargado del mando desde el dia anterior, y algunos oficiales, más atentos á su fama que al peligro que creian irremediable. Al observar la marcha de la columna enemiga, los pocos que permanecian cerca del Portillo, secundados por el vigía de la torre nueva que señalaba la direccion de aquella y lo in-

minente del riesgo, dieron el alarma que halló eco en cuantos valientes combatian en el recinto ó se mantenian en reserva. Pero ninguno tuvo tiempo para presentarse en la batería ántes de que los franceses se arrojaran al asalto: allí no habia más que cadáveres.

Decimos mal: una jóven de 20 años, de fisonomía agraciada y expresiva, estaba inclinada sobre el cuerpo casi yerto ya de un artillero que le habia prometido su fé y su mano. Al acudir á la batería con el desayuno para su amante, le habia visto caer entre humo y polvo, destrozado por una bala de cañon, sin que le diese tiempo siquiera para recoger su último suspiro Pero en aquel sér oprimido del dolor se abrigaba un corazon apasionado y de hierro, impresionable, lo mismo que á las emociones del amor, á las del ódio y la venganza; lo mismo al abandono y á la pereza de su estado y clase, que á los sentimientos bélicos y al patriotismo de nuestras antiguas matronas. Los gritos de los pocos defensores acogidos á las paredes próximas la despiertan de la congoja en que yacia sobre el cuerpo de su amado, y advirtiendo con la rápida aunque fugitiva lucidez de su sexo la crítica situacion de aquel puesto, abandonado á la fúria de los que acaban de arrebatarla las esperanzas mas halagüeñas de su vida, arranca de las manos de aquel cadáver la mecha que aún oprimian convulsivamente, y la aplica al cañon á cuyo incendio estaba destinada. Como dirigido por la rábia de la heroina, parte el proyectil hácia la columna enemiga que ya se consideraba vencedora; y, abriéndose no léjos ya de ella en mil pedazos, derri-

Agustina de Aragon.

ba cuanto encuentra, los gastadores, oficiales y soldados que marchaban á la cabeza. Sorprendidos los franceses y aterrados con el estrago, detienen la marcha y, al escuchar la algazara que produce la brillante accion cuyo agente desconocen, retroceden primero y huyen, por fin, hasta su posicion anterior.

En aquel momento acudia una nube de paisanos á la defensa de la batería, y todos ellos, y Palafox á su cabeza, quedaban extáticos ante aquella noble figura, radiante de alegría con la satisfaccion de su venganza. ¡Cuadro sublime que el orgullo español reproducirá en mil bronces para admiracion y ejemplo de las generaciones sucesivas! (1)

Despues de hazaña tan ruidosa como la de Agustina de Aragon, la victoria era indudable. Llenóse

(1) El general Palafox, en un escrito destinado, sin duda, á la prensa francesa, pues que se halla redactado en este idioma, describe así aquella escena: «Agustina tenia de 20 á 22 años; era »morena, de grandes y hermosos ojos, y áun cuando no podia pa»sar por linda, era graciosa, alta, bien formada y tenia una viveza »sumamente agradable y un aire muy despejado. Amaba á un sar»gento de artillería que murió en el momento de hacer fuego. Cie»ga de cólera arranca la mecha de las manos de su amante, y ju»rando vengar la muerte de éste, se abalanza al cañon de á 24 »que servia y le dá fuego. Yo fuí testigo de aquella escena en el »momento en que llegaba á la batería, que estaba cubierta de los »cadáveres de más de 60 artilleros tendidos por el suelo, y pre»sentando el espectáculo más desgarrador. La jóven brillaba en»tónces con todo su explendor, aunque envuelta en humo, y me »saludó con una desenvoltura igual á su valor. En el instante en »que terminó el combate, cogí las ginetas del sargento muerto y »las coloqué en los hombros de la amazona, que continuó despues »peleando en várias otras acciones, siempre exaltada y siempre »guerrera. Bien merece algunas páginas en la historia, pues áun »cuando mujer nacida en el vulgo, se ha portado siempre como »una heroina.»

En el opúsculo manuscrito ya citado apunta su autor otras proezas de las mujeres, y concluye diciendo: «Otros mil lances se»mejantes y áun de mayor serenidad y valor ocurrieron; pero »básteme decir que muy á menudo comprometian á los hombres »con acciones temerarias aquellas dignas mujeres de tales varones.»

de gente la batería y el fuego con que persiguió á los franceses y la algazara consiguiente á triunfo tan admirable, impusieron á éstos y los determinaron á no intentar nuevos ataques contra la puerta del Portillo.

Frente al cuartel de caballería habia tenido lugar, entretanto, un combate no muy largo ni lo bastante obstinado para obtener éxito. La columna francesa se dirigió al cuartel cuya puerta estaba defendida, tan sólo, por dos piezas de campaña. Pero el fuego de los paisanos situados en los corredores, ventanas y tejados del cuartel y del edificio contiguo de la Misericordia, fué tan nutrido y certero, que los franceses desistieron muy pronto de su propósito y se retiraron para no volverse á presentar allí en todo aquel dia. Ataque de cuartel de caballería.

Más insistentes se mostraron en el ataque de la puerta del Cármen (1). De la puerta del Cármen.

Situárose primero en el olivar inmediato á Capuchinos y, emplazada una pieza de artillería entre el convento y la puerta, rompieron un fuego vivísimo con todas las tropas de la columna, tratando, sin duda, de acallar el de los defensores para precipitarse al asalto. Más de una hora duró el fuego, contestado por los nuestros con el de su artillería y fusilería, no muy eficaz por ocultarse el enemigo en los olivares que ya dijimos crecian en derredor del convento. La columna volvió entónces á ponerse

(1) Casi todos fueron simultáneos. D. Pedro Hernandez, comandante de la puerta del Cármen, en su parte del dia 2, dice que los franceses aparecieron á su frente á las dos y media. Debe haber en esto alguna exageracion: ya hemos dicho que debió empezar el combate en casi todos los puestos al punto de amanecer.

en movimiento, y los gastadores que la precedian avanzaron á abrirla paso hasta el foso de la fortificacion, donde detuvieron á todos la metralla y el plomo que sobre ellos arrojaban sin cesar artilleros y paisanos. Aún duró largo rato la pelea, obstinándose los gastadores en abrirse paso con sus hachas y sus picos y causando los cazadores en nuestra filas algunas bajas, y entre ellas la del jefe de Extremadura D. Domingo Larripa, herido gravemente; pero, viendo inútiles sus esfuerzos é inútiles los que hacia la columna inmediata de su derecha en el ataque de la torre del Pino, desistieron tambien de su empeño y volvieron á cobijarse en los olivares de dondé habian salido hacia una hora.

De la torre del Pino.

Allí fueron tambien á parar los que habian tratado de asaltar la torre del Pino, cuyos defensores, ayudados de los de Santa Engracia que enfilaban con sus fuegos el camino de los franceses, rechazaron á éstos despues de causarles muchas é importantes bajas.

Del convento de S. José.

A pesar de tantos descalabros, mantenian el fuego los franceses en casi toda la línea; y, tratando de distraer la atencion hácia otros puntos, descendió tambien de Torrero la columna de la extrema derecha hácia el convento y el puente de San José. Más afortunada que las demás, aquella columna logró penetrar en el convento aunque á hora ya muy avanzada (1). Inmediatamente despues acometió el puente, defendido por dos cañones de pequeño calibre que no pudieron neutralizar el fuego que los france-

(1) El marqués de Lazan dice que serian las doce.

ses hacian desde las ventanas del convento. Así es que á la primera carga cayeron la batería y los cañones en poder del enemigo, aunque clavados éstos por la prevision de los paisanos, quienes se retiraron apresuradamente hácia la Puerta Quemada y el molino de Aceite, punto saliente que atalayaba todo el recinto oriental de Zaragoza y el curso inferior del Huerva.

Acudió á aquel punto el de Lazan, noticioso de las ventajas conseguidas por la columna francesa, y con su energía y las medidas que adoptó logró rechazar al enemigo á sus primeras posiciones. Oigámosle en la relacion de aquel suceso, último del encarnizado combate del 2 de Julio. «Así que tuve yo »esta noticia, me trasladé inmediatamente al molino »de Aceite de la ciudad, que está situado entre la »Puerta Quemada y la del Sol y hace frente al con»vento de Carmelitas descalzos y puente de San Jo»séf, en cuyo punto habia colocados dos cañones con »sus troneras abiertas en las mismas tápias y allí se »habia replegado nuestra tropa con su conmandante. »Dí varias disposiciones para detener á los franceses »caso de pasar adelante; pero éstos se mantuvieron »en el convento de San Joséf, saqueándolo y robán»dolo de todo lo que en él encontraron. Tratando de »echar á los enemigos de este convento, lo que era »bastante difícil, se pensó en dispararles algunas »bombas con el mortero que se habia colocado en la »huerta de los P. P. Gerónimos del convento de San»ta Engracia, lo que se verificó con tanto tino de »parte del Oficial de artillería que mandaba la bate»ría, que á la segunda bomba cayó ésta en el mismo

»convento de Carmelitas descalzos y le pegó fuego, »con cuya novedad los franceses se salieron de él »precipitadamente, retirándose á sus campamentos »del monte Torrero, y los nuestros volvieron á ocu- »par el puente y convento, dejando que éste se que- »mase, pues no teníamos gente bastante para guar- »necerlo.» (1)

«Con esto, prosigue el marqués, se acabó en »aquella tarde enteramente el combate, y los fran- »ceses, despues de una pérdida terrible, se retiraron »á sus posiciones, habiendo gastado todo su repuesto »de granadas y bombas, y sin haber conseguido co- »sa alguna.»

Reflexiones sobre el asalto del 2.

Tal fué la accion del 2 de Julio que, al decir de un historiador francés, hizo reconocer á sus compatriotas que era preciso renunciar á la conquista por asalto de una plaza tan bien defendida por el valor de sus habitantes, y que se verian obligados á recurrir á los procedimientos lentos y regulares de ataque contra una ciudad abierta que se habia creido poder tomar con unos cuantos tiradores. (2)

No quedó nada que hacer por parte de los fran-

(1) Lo mismo viene á decir Alcaide. El opusculo anotado por Palafox manifiesta, sin embargo «que por un efecto del desórden »é insubordinacion que era imposible corregir, nuestro paisanos »mismos prendieron fuego el convento de San Josef; edificio de »fábrica muy sólido, que pudo habernos sido de mucha utilidad, y »ellos creian lo contrario.»

El general Foy, á quien siguen Thiers y «Victorias y Conquistas,» dice que el general Habert se apoderó de San José; pero se olvida de consignar que fué recobrado por los aragoneses. Más ingenuo Belmas, dice que Habert se vió obligado a abandonar el convento despues de haberle pegado fuego. Lo que sucedió es que despues de su retirada á Torrero, los franceses observaron el abandono de San José y lo ocuparon de nuevo.

(2) General Foy.

ceses. El ataque estuvo muy bien preparado, así con el bombardeo como con el violentísimo fuego de la mañana del 2 que destruyó casi completamente las obras de defensa de los puntos de mayor importancia. La accion fué simultánea en casi toda la línea para que los defensores no pudiesen acudir en gran número á cada una de las puertas atacadas, y los jefes no olvidaron nada para que cada columna pudiera bastarse á sí misma, de modo que si una, cualquiera de las seis, obtenia ventajas de alguna consideracion, pudiera establecerse en el puesto conquistado y servir de base á nuevas y más decisivas operaciones. Pero debemos confesarlo, áun cuando esta circunstancia deba aminorar en algo la gloria de los zaragozanos, los soldados franceses no demostraron en aquel dia el valor que los distingue; parecian más bien arrastrados por la idea del deber, tomada en su acepcion más fria ,y por el temor al castigo, que por el entusiasmo que constituye la cualidad más eminente de los antiguos y modernos galos. Dice un testigo ocular «que las tropas francesas »estaban acobardadas y que muchas veces habia »visto á sus oficiales pegarles de sablazos para que avanzasen;» aserto tan confirmado, que el mismo Thiers tiene que reconocerlo confesando en su obra que «el gran número de oficiales muertos ó heridos »en aquella accion demostraba qué esfuerzos habian »tenido que hacer para sostener aquellos jóvenes »soldados en presencia de tales dificultades.»

En Zaragoza se dejó ver por momentos esa irregularidad en el combatir peculiar del paisanaje, particularmente en un pueblo que, como el nuestro,

no ha reconocido nunca por vergonzosa la fuga motivada ó ante fuerzas desproporcionadas. Pero los defensores de Zaragoza, en su colectividad, no sintieron en aquel dia un instante de desmayo, operaron con más órden que el 15 del mes anterior, y cumplieron las órdenes de sus jefes con mayor abnegacion que en otra ocasion alguna (1). El general Palafox, su hermano, el intendente Calvo de Rozas y el Estado Mayor, se establecieron desde el primer momento en San Francisco, como punto céntrico, y desde allí dirigieron la defensa, acudiendo personalmente y con las fuerzas que pudieron mantener en reserva, á los puntos más amenazados con la oportunidad que hemos visto y que contribuyó poderosamente al gloriosísimo desenlace de un combate tan desigual y reñido.

Los franceses, por confesion propia, tuvieron 200 muertos y 300 heridos «pérdida bien grave, dice uno de sus historiadores, en proporcion á su fuerza de 10.000 hombres.» (2) Los nuestros experimentaron pérdidas muy inferiores, siendo cortísimo el número de los muertos, si se exceptúa el de los artilleros del Portillo que estuvieron toda la mañana sirviendo de blanco á las dos grandes baterías de su frente.

Se apela á los sistemas regulares de ataque.

Los ataques á viva fuerza cedieron desde aquel dia su lugar á las operaciones regulares y metódicas del sitio de una plaza fuerte, tales como las pres-

(1) A eso atribuye Palafox el que tardase ménos tiempo en decidirse la victoria, y el que ésta se comprara con ménos sangre que la de las Eras.

(2) Poco ántes de decir esto Thiers, eleva á 12.000 hombres y *una numerosa artillería* la fuerza de los sitiadores en aquel dia. Los 10.000 eran los infantes que emprendieron el ataque.

criben los maestros del arte. El coronel Lacoste volvió á reconocer la ciudad y fijó sus planes de ataque sobre el frente de la puerta del Cármen. Inmediatamente, y miéntras venian los trenes, las tropas y las municiones que se pidieron á Bayona en la noche del 2, se procedió á preparar los materiales necesarios á la apertura de trincheras y á la construccion de baterías, y se comenzó un ramal en direccion del castillo, más que para combatirlo sériamente, con el fin de llamar la atencion de los sitiados hácia aquella parte y evitar así el establecimiento de más robustas defensas en la que iba á ser objetivo de los sitiadores.

El Emperador cambia el plan dirigiéndolo hácia Santa Engracia.

Este proyecto, remitido á Bayona con su plano y observaciones correspondientes, cual se acostumbraba siempre por los generales franceses, fué desaprobado por el Emperador, quien achacó tambien la derrota del 2 á haberse atacado las posiciones más fuertes del recinto. Los puntos vulnerables, en su concepto, y aquellos á que se debia dirigir el ataque, eran la torre del Pino y el convento de Santa Engracia, como los más salientes y no flanqueables, de consiguiente, por las demás baterías de la plaza. La órden no agradó á Verdier, considerándola como un error de Napoleon, falto de datos para apreciar debidamente la situacion de Zaragoza; pero, al ponerla en ejecucion, Verdier y Lacoste comprendieron su acierto y sus ventajas.

La derecha del Huerva es más elevada que la orilla izquierda, y las baterías establecidas en ella dominan y descubren perfectamente hasta su pié los muros y edificios en que era preciso abrir brecha.

Frente á la puerta del Cármen, por el contrario, el terreno es bajo y la artillería emplazada en él no podria batir convenientemente las fortificaciones de los sitiados, dominantes todas. Por otra parte, desde Torrero era más fácil y más segura la marcha de las obras de aproche; lo encajonado del Huerva en aquellos lugares y su proximidad al recinto ayudarian á la formacion y á la salida de las columnas de ataque, sirviendo, además, como de foso y de resguardo para las baterías de brecha. Los conventos de San José y de Capuchinos, de no difícil conquista por el abandono en que puede decirse que se les tenia por los zaragozanos, servirian en tal caso de reductos de apoyo para aquellas baterías en sus dos alas, y desde ellos se podrian atalayar las del enemigo en la línea amenazada, é imponer á los sitiados una vigilancia constante y fatigosa.

Así lo comprendieron éstos, aunque algo tarde, y se apresuraron á despejar el terreno ya que no pudieran defenderlo con obstáculos cuyo establecimiento era ya imposible.

Todas las inmediaciones de aquel frente fueron taladas, no respetándose ni los olivares más productivos ni las quintas ó *torres* más bellas de las márgenes del Huerva. No siempre se pudieron llevar á cabo estas devastaciones sin peligro, resistiéndolas los sitiadores que esperaban utilizar accidentes tan propios para oprimir la ciudad de cerca; pero los zaragozanos unieron á la abnegacion de perder cuantiosos haberes, la de derramar su sangre porque no fuese inútil tamaño sacrificio.

Combates diarios.

Los combates entre las avanzadas eran diarios y





de cada momento. Ya tenian lugar en las orillas del Ebro, que los franceses se empeñaban en cruzar por cerca de San Lamberto, ya en las obras del frente de Santa Engracia y el Cármen, hácia donde el enemigo caminaba para establecerse sólidamente. Hubo dia en que nuestros voluntarios llegaron hasta las mismas baterías de los franceses, y lo hubo en que cuantos enemigos tocaron la izquierda del Ebro, quedaron muertos ó prisioneros en ella. Cada dia, tambien, llegaban á la ciudad refuerzos que compensaban las bajas incesantes de los defensores. El mismo dia 2 de Julio entraron algunos paisanos que conducian 26 franceses aprisionados en Ejea de los Caballeros (1); el 3 llegaron 500 voluntarios del 1.° de Aragon, cuya entrada se solemnizó con música y regocijos, celebrándola ellos con atacar una de las baterías enemigas, cuyos cañones, dice un testigo y cronista de aquellos sucesos, lograron clavar casi sin pérdida de su parte (2); el 5 se incorporaron sobre unos 200 mozos de Cantavieja y su Báilia: y, por fin, en la noche del 9 al 10 del mismo mes, se presentó Don Francisco Palafox con 1.900 infantes y algunos caballos, destacados de las fuerzas que el baron de Var-

---

(1) Los de Ejea, dicen varias versiones, soltaron contra los franceses, al ser invadida la villa, una manada de toros que no dejaron de incomodarles, causándoles gran espanto por no estar, sin duda, acostumbrados á semejante recibimiento.

Tenemos á la vista el pasaporte dado á Francisco Dehesa, vecino de dicha villa, para que con un sargento de Guadalajara y 20 paisanos, condujese á Zaragoza 13 franceses de caballería (entre ellos un sargento y un comisario) sorprendidos en su alojamiento entre seis y siete de la mañana del 30 de Junio, y otros 13 desertores presentados por algunos vecinos del mismo Ejea ó de pueblos inmediatos. Los prisioneros habian llegado á Ejea en la tarde anterior.

(2) Casamayor en su Diario.

sage seguia reclutando y organizando en Calatayud y pueblos comarcanos.

Segun ya hemos indicado, no cesaron los combates, ya en la orilla del Ebro, ya en las del Huerva, sin dejar los franceses de disparar cada dia algunas granadas á la ciudad, ó intentar su establecimiento en alguna puerta, queriendo valerse de la confianza de los zaragozanos; pero sin emprender accion formal como la del 2, más atentos á proseguir sus obras de aproche miéntras recibian los refuerzos y el material solicitados del Emperador. Tan mal parados acostumbraban á salir en estos combates, que fué necesario conducir á Monzon los prisioneros que se les hacia, cuyo número, con los que llevaban las justicias de algunos pueblos, era un estorbo y hasta un peligro en la ciudad. No dejaba tampoco de presentarse algun desertor, especialmente portugueses, no resignados al servicio que se les imponia contra sus hermanos los españoles; pero hubo de ponerse coto á los parlamentos y á la suspension del fuego que producian estas deserciones, porque alguna vez quisieron los franceses aprovecharse de ellas para sus reconocimientos y estratagemas (1).

---

(1) El dia 3 se presentaron á la vista de Zaragoza unos 200 hombres con las muestras todas de desertores. Se nombró una diputacion para recibirlos; pero con la mayor sorpresa supo ésta que no querian entregar las armas y solicitaban se les permitiese la entrada para guardar las puertas y para que los trabajadores pudiesen ir á recoger sus cosechas. ¡Ardid muy natural en los que proclamaban que el Africa empezaba en los Pirineos por lo que, sin duda, trabajaban hacia más de un siglo para allanarlos!

Belmas dice que ese mismo dia 3 se presentó en el campo francés un parlamentario manifestando que «si querian entrar en Za»ragoza como amigos, eran dueños de hacerlo; pero que si intenta»ban entrar por la fuerza, Palafox (que era el que enviaba el men-

En vez de cansancio y desaliento, producia todo esto grande entusiasmo en los aragoneses, orgullosos de sus victorias y cada dia más dispuestos á sepultarse en las ruinas de su capital. Palafox no cesaba, por su parte, de animarlos con su ejemplo, presentándose siempre allí donde habia peligros que correr, y con recompensas proporcionadas á los servicios y á las clases de los que no atendian á sacrificios de ningun género para prestarlos más y más meritorios. Los dos hermanos Torres, Marcó del Pont, Renovales, Larripa y varios otros jefes y oficiales del ejército, obtuvieron empleos superiores á los que anteriormente ejercian, y los voluntarios alcanzaron tambien posiciones militares que les diesen derechos que utilizar en cualquiera carrera, cuando tuviesen término los padecimientos á que se veia sujeta España con la invasion extranjera.

Los franceses se establecen en la izquierda del Ebro.

Así se pasó hasta el 11 de Julio en que las órdenes del Emperador y los refuerzos que llegaban al campamento francés, dieron lugar á accion más enérgica por parte de los sitiadores, y á que empezaran á descubrirse en Zaragoza sus nuevos proyectos.

Era, por el pronto, el más interesante el de aislar la ciudad, privarla de sus comunicaciones con las demás provincias é impedir la entrada de víveres y refuerzos. Las órdenes del Emperador lo prescribian así; y Verdier habia llegado á comprender tambien

---

nsaje), defenderia la ciudad hasta su destruccion.» ¿Habrá quien crea tal embajada al dia siguiente de un triunfo como el del 2 de Julio? Y ¿habrá quien crea que Verdier rechazase una proposicion que ponia á Zaragoza en sus manos? Escrúpulos eran esos que no hubieran tenido Murat, Duhesme ni Darmagnac.

que era de primera necesidad un bloqueo riguroso y completo. Se decidió por consiguiente, el paso á la izquierda del Ebro; y dos batallones y 200 lanceros, apoyando, primero, el establecimiento de un puente volante, y pasando luego por él y en dos botes cogidos en Torrero, se trasladaban á ella en medio del dia y principiaban la construccion de una pequeña obra para asegurar el tránsito. No dejaron, por eso, de aprovechar la tarde con el incendio y la tala de las quintas y huertas inmediatas, cuyos dueños y moradores se retiraron al Arrabal pidiendo armas con que vengarse de sus enemigos. Palafox, en prevision de tal acontecimiento, habia dispuesto la ocupacion de unas alturas próximas á la aldea de Juslibol, de donde la artillería logró impedir las correrías de los franceses, y repartió algunos fusiles entre los labradores para que defendiesen sus haciendas. No pudieron, sin embargo, evitarse ni el que se estableciesen los franceses sólidamente en aquella orilla asegurando el paso del rio de una manera estable en la noche del 11 al 12, ni el que despues dominaran toda la campiña hasta el Gállego.

Combates en las orillas del Gállego.

Los labradores vengaron la devastacion de sus campos y huertas con el sacrificio de varios de los que la ejecutaban; pero ni á ellos ni á la tropa destacada hácia Juslibol, fué posible evitar el que los franceses dominaran la campiña y aislasen casi por completo la ciudad. El puente del Gállego fué incendiado; los molinos destruidos, y fué necesario construir algunas fortificaciones en las entradas del Arrabal para defenderlo contra los ataques casi diarios del enemigo. Esto no impedia las salidas que los

sitiados repetian con gran frecuencia, ya con el fin de aumentar las provisiones de la ciudad, bien para proteger la entrada de los destacamentos que con frecuencia se presentaban en la izquierda del Gállego. Varias veces se combatió en las orillas de este rio, y no sin fortuna, logrando á fuerza de constancia y de sacrificios, mantener, si no expedita, al ménos posible en varias ocasiones la comunicacion con los pueblos comarcanos. El dia 13, animados los labradores con haber escarmentado la tarde anterior á los franceses dentro de las huertas, extendieron sus correrías á torres bastante distantes, á los molinos y á la Cartuja alta, de donde volvieron con carros cargados de harina, legumbres, aceite y otros comestibles. Trataron los franceses de impedir la repeticion de empresas iguales, y ocuparon la torre llamada del Arzobispo, de la que los arrojó el brigadier Torres con un cañon dirigido por D. Jerónimo Piñeiro que, despues de su oportuna llegada el 2 de Julio, se habia dedicado á formar una seccion de artillería volante que prestó servicios muy importantes en varias salidas. Se llegó, por fin, á dar una verdadera batalla entre el Ebro y el Gállego, pues que el dia 29 tomaron parte las tres armas en una accion mandada por el coronel Butron, con el fin de sostener la torre del Arzobispo en que se habia establecido una compañía de suizos. El enemigo fingió desistir del ataque de la torre para atraer á los nuestros á una emboscada que descubrió al cargar con su caballería y amenazar el flanco izquierdo de la línea española con otras dos columnas que desde las alturas de Juslibol y San Gregorio partieron con la

mayor resolucion contra ella; pero nuestra infantería resistió á los jinetes franceses, y nuestra caballería, emboscada á su vez, cargó con tal energía, que las tropas todas enemigas tuvieron que acogerse á sus antiguas posiciones con notable pérdida de hombres, caballos y bagajes.

Hubo tambien ocasiones en que las guerrillas francesas, que sin descanso recorrian todo el terreno comprendido entre el Ebro y el Gállego, se tirotearon con aquellos de nuestros soldados que, deseosos de reunirse á los defensores de Zaragoza, se mantenian en la orila izquierda del segundo de los dos rios, esperando pasarlo en momento oportuno y favorable.

Todo esto creaba en la izquierda del Ebro una situacion cual la hemos anteriormente calificado, difícil, muy difícil para mantener las comunicaciones de Cataluña, posibles, sin embargo, en ocasion extrema y con un grande esfuerzo.

Avanzan los franceses en el frente de ataque.

Donde iban presentando los sucesos un carácter cada dia más alarmante, era en la orilla derecha; resultado natural en un sitio, cuando se emprende metódicamente, segun los principios fijados por el arte. Se luchaba todos los dias; siempre con valor, pocas veces con fortuna.

Halagaba á la índole impetuosa de los aragoneses el combatir á pecho descubierto más que al abrigo de las tápias y fortificaciones de Zaragoza. Familiarizados con el fuego de más de un mes de constante pelear, y enardecidos con las victorias precedentes, aspiraban, ya que no en batallas campales en que necesitaban una disciplina de que carecian

en absoluto, á vencer á sus enemigos en los combates parciales á que con tanta frecuencia provocan las operaciones de un sitio.

Porque se propusiera emprenderlas simultáneamente en las dos márgenes del Ebro ó por distraer á los zaragozanos en la defensa de su ciudad ínterin los soldados franceses se trasladaban á la parte del Arrabal, el general Verdier asaltó en la noche del 11 al 12 el convento de Capuchinos. Ya hemos dicho que no se habia cuidado de cubrirlo de un golpe de mano con obras que formaran de él un fuerte destacado, para lo que reunia excelentes condiciones, ó que lo ligasen al cuerpo de la plaza, que parecia lo más prudente en aquel caso.

No pudieron los nuestros resistir el inesperado é impetuoso ataque de los franceses y evacuaron el convento. La artillería de La puerta del Cármen, á donde fueron á acojerse los defensores, disparó con gran acierto sobre el edificio y concluyó por incendiarlo; pero, áun así, lo vasto y sólido de la fábrica la constituian por su proximidad á Zaragoza y su posicion en la línea de ataque, en un peligro constante y sério para los defensores.

Desde aquel acontecimiento las salidas de los sitiados se hicieron cada dia más frecuentes y sangrientas. Los franceses, al abrigo del recien conquistado convento y del de San José que ocuparon de nuevo sin dificultad por hallarse abandonado, comenzaron á abrir las trincheras que habian de conducirlos al establecimiento de las baterías de brecha.

«El terreno por que caminamos, escribia Verdier »el 16 al Mayor-general, es en extremo difícil, cu-

»bierto, como está, de huertas y de casas de recreo; »tenemos que conquistarle palmo á palmo del ene»migo que lo defiende con un encarnizamiento in»creible. Esta clase de guerra, la única que nos per»mite llegar bastante cerca de las tápias de la ciudad »para observar bien dónde convendrá abrir brecha, »es muy favorable al enemigo. Lo sabe muy bien y »nos hace pagar caro el poco terreno que cada dia »le vamos arrebatando; cada tápia y cada casa que »encontramos ofrecen á los rebeldes un abrigo que »defienden con la mayor energía. Además de esta »defensa, ejecutada en verdad con todo el vigor po»sible, el enemigo hace casi diariamente salidas que, »por cierto, no le dan tanto resultado. Siempre lo»gramos rechazarle; el paso de carga da cuenta de »él; pero nunca sin pérdida sensible de nuestra »parte.»

De manera que de la violencia de los primeros ataques se habia pasado á la circunspeccion de una marcha lenta aunque progresiva; de la ligereza jactanciosa ordinaria en los franceses, á la grave y meditada tenacidad, característica de las gentes del otro lado del Rhin. Se habia verificado la metamórfosis que señalamos en uno de los capítulos anteriores como achaque genial en la raza gala. Los que no habian vacilado en atacar á pecho descubierto las tápias y las puertas de Zaragoza y estuvieron á punto de asaltarlas, necesitaban ahora marchar paso á paso al reconocimiento de localidades por donde habian pasado tambor batiente y con la confianza, muchas veces ciega, de la victoria. Los que pocos dias ántes se satisfacian con llevar á su retaguardia como

sostén suyo un pequeño cuerpo de reserva, no querian ahora intentar otro ataque sin hacerse dueños de cuantos accidentes del terreno y de cuantos edificios y obstáculos encontraran en su camino á la ciudad, para que les sirviese de apoyo y de punto inmediato de retirada.

Una vez dueños los franceses de los conventos de San José y de Capuchinos, formaron empeño en apoderarse del de Trinitarios que se alzaba sobre el flanco izquierdo del segundo de los ya citados y desde el que podia despejarse completamente el paso á la puerta del Cármen. Los dias 13, 17, 18, 20, 22, 23 y 24 de Julio fueron testigos de otros tantos asaltos que los zaragozanos supusieron generales y con el objeto de apoderarse de la ciudad (1), pero que debieron ser dirigidos á la conquista del convento de Trinitarios, donde siempre se desplegaba la mayor fuerza, y á la ocultacion de las obras por donde se caminaba al establecimiento de las baterías de brecha. Más que en otro alguno se mostró este empeño el dia 23 en que el convento de Trinitarios fué asaltado con la mayor energía. No se omitió ningun esfuerzo ni sacrificio para conseguirlo, atacando la puerta del Cármen con el objeto de llamar á aquella parte todas las fuerzas de los aragoneses empleadas en la custodia de los puntos más próximos. La lucha fué tenaz y sangrienta, pereciendo en ella el capitan Romeo, uno de los defensores más distinguidos de Zaragoza; pero el convento se defendió *soberbiamente*, como dice un testigo ocular; el proyecto de Ver-

(1) Así lo creia el cronista Casamayor en su diario.

dier quedó burlado y vengadas la muerte de Romeo y la del comandante Viana, víctima de su ardor en una celada dispuesta por los enemigos en la orilla izquierda del Ebro.

Si grande era el empeño en Verdier de apoderarse de la Trinidad, y así está revelado en los escritos franceses más fidedignos (1), no era menor, al emprender tanto asalto, el de marchar sin interrupcion y desembarazadamente en sus obras de aproche y en el establecimiento de las baterías proyectadas por sus ingenieros. Ocupados los zaragozanos en rechazar los ataques, siempre, aunque falsos, sérios, mal podian atender á impedir los trabajos que se ejecutaban en una zona resguardada por su distancia á la ciudad y por esos mismos ataques que los distraían de toda otra empresa que la de la defensa pasiva de las tapias y edificios amenazados.

Situacion crítica de Zaragoza.

Y no era esto sólo lo que obligaba á los zaragozanos á concentrar todos sus esfuerzos en el mantenimiento del recinto y el de sus comunicaciones por el Arrabal: dentro de la misma ciudad se empezaban á sentir los apuros y las dificultades inherentes á un sitio prolongado y á las circunstancias generales

(1) En su parte del 17, decia Lacoste despues de manifestar las dificultades que experimentaba el ejército para aproximarse á Zaragoza: «Sin embargo, nos vamos acercando á nuestro objetivo. »Pero la izquierda de la línea de ataque nos detiene mucho: desde »esta noche se van á hacer esfuerzos para arrojar de ella al enemi»go que se halla *en fuerza* en el gran convento de Trinitarios que »tratamos de evitar. Además de las baterías próximas á este con»vento, ha situado dos piezas en la tapia del recinto que baten de »flanco el puesto del convento incendiado (Capuchinos) y lo inco»modan constantemente. Se mantiene, además, en las dos casas »adelantadas al recinto, y es muy importante el ocuparlas para »asegurar esta ala izquierda.»

que atravesaba entónces toda la Península. La destruccion de los molinos y el bloqueo eran dos acontecimientos de la mayor y más fatal trascendencia. Era de temer el hambre y, con ella, los males que siempre engendra, la division y el desaliento. Palafox y Calvo, esas dos figuras providenciales en la gloriosísima epopeya que vamos trasmitiendo á nuestros lectores, no descansaban para prevenir la catástrofe que presagiaba el paso de los franceses á la izquierda del Ebro. Y si uno y otro y, con ellos, los dos hermanos del primero, parecian fijar más su atencion en aquella zona que en los puntos amenazados de asaltos, que á muchos aparecian desicivos, era que la falta de víveres y de municiones podia hacerse más temible que los fusiles, los cañones y las bayonetas, cuya furia se habian acostumbrado á arrostrar con su ímpetu no ménos arrebatado y entusiasta. La preocupacion de las autoridades era, pues, la de los abastecimientos; y, así, ni descuidaban coyuntura para procurárselos de fuera, provocando todos los dias salidas que tuvieran expedita la comunicacion áun cuando no fuese más que por algunas horas, ni perdonaban medio para proporcionárselos dentro de la ciudad. Ordenóse la presentacion de cuanto grano, legumbres y comestibles, en general, guardaran los habitantes; se establecieron molinos de sangre ó tahonas, donde pudiera hacerse la molienda del trigo, y, especialmente respecto del pan, se fijaron cantidades, así como el modo de su distribucion, para evitar el despilfarro y las quejas. Aún hubo reclamaciones en cuanto á desigualdades en la calidad; pero se remediaron mandándose fabricar el pan de

una sola clase, aunque moreno y áspero, para todos los habitantes, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres.

Tanto como la del pan, preocupaba la falta de pólvora, cuyo gasto era enorme, así por lo frecuente del combatir, como por la imprevision de los paisanos, atentos sólo en el fuego á prodigarlo grandemente. Para su abasto se recurrió á los mismos esfuerzos y á los mismos medios de elavoracion que los que tanto resultado daban en el del pan.

Se presentaba en esto una dificultad mayor todavía, porque la pólvora, que ya dentro escaseaba mucho, iba tambien á faltar en la fábrica inmediata de Villafeliche, de donde se habia provisto hasta entónces Zaragoza. El general Verdier, que al dia siguiente al del combate desgraciado del 2 habia destacado á Lefebvre hácia Calatayud con el objeto de dispersar ó alejar, al ménos, el núcleo de las fuerzas que iban reuniendo de nuevo el baron de Varsage y Don Francisco Palafox, dispuso poco despues una expedicion á Villafeliche, tanto para inutilizar la fábrica de pólvora, como para quitar su asiento á las reservas que desde el principio del sitio se mantenian allí como en un cuartel general del ejército de socorro. Al pronto fué rechazado este destacamento; pero, reforzado más tarde, al serlo el ejército sitiador, pudo llevar á cabo su destructora mision, y Zaragoza se vió privada de artículo tan importante como el de la pólvora en las circunstancias más difíciles de su gloriosa defensa.

Se logró, sin embargo, dominar aquella crísis con la introduccion de algunas cargas, á favor de los combates que se provocaban en la izquierda del



Ebro, y con la elavoracion, aunque no abundante, que se pudo establecer en algunas boticas y casas particulares de Zaragoza. Excedió de tres quintales la elaboracion diaria de pólvora en la ciudad con el azúfre que existia en ella, el salitre, que hasta llegó á extraerse del polvo de las calles, y del carbon que se fabricó con el cáñamo, tan abundante en aquellas cercanías.

Estas privaciones y los sacrificios indispensables para evitarlas ó suplirlas, alteraban los ánimos en Zaragoza, soliviantándolos contra los que otros más acalorados tomaban fundada ó injustamente por poltrones ó traidores. Fueron necesarios un bando y la imposicion de graves penas para evitar colisiones inminentes entre la tropa y el paisanaje, y se hizo precisa la prision de personas muy caracterizadas para salvarlas, quizás, de un atropello considerándolas en connivencia con los enemigos. Algunos díscolos se quejaban de la conducta de los dragones en las salidas desgraciadas, por lo que, se habian repartido en las calles y tabernas sendas cuchilladas de una parte y otra; y el regente de la Audiencia, el general Cornel y otros personajes, habian sido puestos á recaudo con grandes precauciones y misterio. Pero al mismo tiempo que se tomaban estas medidas, y se castigaba en el coronel Pesino su comportamiento extraviado en el gobierno de las Cinco Villas, se dió garrote á dos asesinos, se arrestó á algunos soldados que se entregaban al merodeo y se condujo á la cárcel pública á un sacerdote que intentaba en Zaragoza imitar las atrocidades del canónigo Calvo en Valencia.

La aprobacion unánime de todas estas providencias, forman una de las glorias de aquel sitio. Zaragoza queria asombrar al mundo, tanto como por el valor y el patriotismo, por la noble conducta y la generosidad de sus defensores.

Construccion de las baterías de brecha.

Corria así el tiempo que necesitaban los franceses para reunir los medios y recursos de fuerza y material que Verdier y el Emperador habian considerado suficientes para la conquista de Zaragoza. Habia llegado un tren poderosísimo de artillería de sitio que, así como las municiones, condujeron al campamento las aguas del canal imperial, interceptadas sólo cortos dias por los patriotas ribereños, incansables, especialmente los de Tauste, en aliviar la suerte de sus paisanos. Elegidos los emplazamientos y expedito el camino á ellos por los zig-zags abiertos en los dias anteriores, el coronel Lacoste procedió desde el 1.° de Agosto á la construccion de las baterías de brecha.

La primera batería de la derecha habia de elevarse cerca ya de San José, frente á la iglesia de San Miguel y junto al Huerva, en un ángulo saliente que seguia por la orilla izquierda la tapia de la huerta de Campo Real. Debia armarse con dos obúses de á 8 pulgadas y otros dos cañones largos tambien de á 8, y estaba destinada á abrir brecha en la mencionada tapia y á batir de rebote nuestra batería de Santa Engracia.

La segunda se levantaria á la izquierda de la anterior, muy cerca de ella, pues que su objeto era el de batir con cuatro piezas de á 8 el muro mismo de Campo Real.

La tercera era la mayor, la que recibió el nombre de *batería de brecha*, y en ella se montaron seis piezas de á 16 y cuatro obúses de á 8 pulgadas. Iba á construirse frente á Santa Engracia para abrir paso á las columnas de asalto por la tapia de la huerta y por la fábrica misma del monasterio.

La cuarta recibió su emplazamiento en frente del puente de Santa Engracia y muy cerca de él. Harian fuego en ella dos piezas de á 12, cuatro de á 8 y dos obúses contra la puerta de Santa Engracia y la batería con que la habian cubierto los zaragozanos, y contra la torre del Pino, á cuyo frente precisamente iba á levantarse.

Todas estas cuatro baterías, tangentes á una gran paralela en que desembocaban los ramales que, hemos dicho, se habian estado abriendo en zig-zag los dias anteriores, tenian, como por foso el Huerva, en cuyo cáuce podrian reformarse las columnas de ataque al dirigirse á la ciudad. La distancia de estas baterías al recinto era de unos 200 metros por término medio; su situacion, como ya dijimos, dominante por serlo el terreno en que iban á construirse; y, estando resguardadas por el rio, tenian comunicaciones fáciles por los dos caminos que de Torrero conducen á los puentes de San José y de Santa Engracia. Muy léjos de Zaragoza habia elegido Napoleon aquel emplazamiento para las baterías de brecha, y en esa eleccion se revelaba su inmenso génio como en cuanto era objeto de sus lucubraciones militares.

Ya expusimos que la línea de ataque se extenderia de San José á los Capuchinos; y, efectivamente,

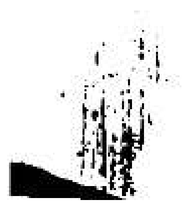
de la orilla izquierda del Huerva arrancaban dos ramales que ponian en comunicacion la paralela abierta en la derecha con el convento de Capuchinos ó con la dilatadísima trinchera que seguia hácia Occidente, abrazando todo el recinto de Zaragoza hasta el frente del castillo de la Aljafería.

Otra batería, la designada con el núm. 5, habia sido ya construida á la derecha de Capuchinos y á media distancia del Huerva, armada con cuatro morteros de á 12 que deberian dirigir sus fuegos á Santa Engracia y á todas sus principales avenidas con el objeto de impedir la defensa.

Un poco á vanguardia de esta batería, y entre ella y el ángulo más oriental del inmediato convento, se alzaba otra batería de cuatro piezas tambien, dos cañones de á 12 y dos obúses de á 6 pulgadas. A esta sexta batería se le tenia encomendada la empresa de batir la torre del Pino en su fachada meridional, una de las caras de la gran tenaza que cubria la puerta de Santa Engracia y, por fin, la de despejar con tiros de rebote la cortina, si así puede llamarse, que unia aquellos dos blancos.

Casi simétricamente á esta batería, sobre el ángulo occidental de la fachada que en Capuchinos mira á Zaragoza, fué construida la última obra del frente de ataque, la batería núm. 7. Dos piezas de á 12 y 2 obúses de á 6, que se montaron en ella, debian disparar contra la puerta del Cármen, la torre de Pino y la plaza de Santa Engracia.

El saliente meridional de Zaragoza, formado por el convento de Santa Engracia y las dos tapias vecinas hasta la huerta de Campo Real por Oriente, y



hasta la torre del Pino por Occidente, iba, pues, á servir de blanco á treinta y ocho piezas de grueso calibre y á varias otras de campaña, hasta un total de sesenta que se pondrian en batería en los momentos críticos. Si el punto de ataque habia sido elegido con acierto, los medios que se iban á poner en accion eran potísimos, no sólo para batir un convento y las tapias débiles que lo protegian, sino para el frente fortificado de una plaza de guerra, aunque su trazado fuese del mismo Vauban y la construccion de los materiales más sólidos.

Los franceses debian esperar echar por tierra muy pronto obstáculos tan frágiles como les oponian los españoles; lo que no esperarian quizás, era que una ciudad abierta, con tres brechas asaltadas y los enemigos dentro ya del recinto, no se rindiera ni pidiese capitulacion. Los conquistadores de Stettin y de Dantzig no debian presumir siquiera la resistencia que iba á oponérseles en Zaragoza.

Algun temor debian, sin embargo, albergar cuando preparaban el ataque con tantas y tantas precauciones.

Abierta la paralela en todo el frente del recinto entre San José y el castillo, en los últimos dias de Julio no era fácil conocer cuál seria el punto por donde á última hora habian de emprender el ataque los franceses. Se descubrian trabajos en la derecha del Huerva, y se temia la direccion que iban tomando; pero aún no se veian las baterías ni su armamento, y allá por la Aljafería y el frente del Portillo, objetivos de todos los ataques anteriores, tronaba siempre el cañon enemigo y continuaba amenazando con

nuevos y pertinaces ataques. El dia 1.° de Agosto estaban armadas y prontas á romper el fuego las baterías construidas junto al convento de Capuchinos; pero sus fuegos, como curvos en su mayor número, no descubrian nada, pues tan útiles serian para un ataque á Santa Engracia como al Portillo, y los directos batian la puerta del Cármen y la Torre del Pino.

En adelante era imposible ocultar la direccion que iba á darse al ataque: así que, para apoyar la construccion y el armamento de las baterías de brecha, se recurrió á otro bombardeo como el que habia precedido al asalto del 2 de Julio.

Nuevo bombardeo.

El 1.° de Agosto el fuego de la artillería francesa, casi diario hasta entónces, pero no muy vivo, tomó proporciones que llegaron á hacerse aterradoras, más que por la intensidad, por la direccion que los artilleros enemigos imponian á los proyectiles. Se observó inmediatamente que la puntería iba dirigida á los establecimientos situados en la zona inmediata al frente amenazado, y en ella, con más ahinco todavía, á los puntos de más fácil defensa y al convento de San Francisco donde se hallaba establecido el cuartel general de los sitiados. Era indudable que se queria impedir la construccion de nuevas obras interiores que dificultasen el establecimiento de los invasores en las brechas y en los edificios más fuertes que habian ellos de encontrar en su irrupcion. Al mismo tiempo, numerosos destacamentos y una nube de tiradores se adelantaron de San José y de las nuevas obras para distraer á los defensores en los puntos que necesitaban reforzar si habian de resistir el

asalto que preveian; y por la izquierda del Ebro otros destacamentos verificaron una diversion general desde el puente á la desembocadura del Gállego y á la torre del Arzobispo y convento de la Cogullada, llamando á aquellas partes con el incendio de las mieses á los soldados y paisanos no dedicados exclusivamente á la custodia de las puertas y baterías amenazadas.

El fuego fué tomando calor, segun suele decirse, en los dias sucesivos, y el 3, montada ya toda la artillería, reunidas las municiones que se esperaban, é incorporada al ejército sitiador la brigada Bazancourt, que lo hacia ascender á un efectivo de 15 ó 16.000 hombres, se desarrolló con la mayor violencia (1).

Se conoce que no satisfacian ya los estragos causados por los proyectiles hasta entónces, aunque muy graves y dolorosos para los zaragozanos, porque en aquel dia los artilleros franceses tomaron por blanco el hospital general que con San Francisco formaba la entrada de la calle de Santa Engracia en el Coso. Tan incontrastable se consideraba el valor de los sitiados que, no esperando conmover aquellos pechos de diamante con el hierro y el plomo, se trataba de romperlos con un espectáculo cien veces más aterrador para ellos que la muerte.

Las bombas parecian lanzadas por una mano in-

---

(1) Decia el Emperador Napoleon que la *hermosa* y *excelente* brigada Bazancourt, que hacia ascender el ejército de Verdier á cerca de 15.000 hombres, no iba para precipitar la rendiccion de Zaragoza, de que estaba encargada la artillería, sino á servir contra los insurgentes de Valencia si intentaban reforzar á los de Zaragoza. Así lo manifiesta Belmas.

fernal. A los pocos minutos de haberse hecho blanco de aquel santo asilo, caian sobre él en tal número, que hubo enfermos en quienes el espanto, haciéndose superior á la dolencia que los tenia postrados, les obligó á abandonar el lecho y precipitarse á la calle (1). Fué necesario desocupar inmediatamente el edificio y conducir á la Audiencia y á la Lonja más de 500 enfermos que albergaba el hospital con las precauciones que son de presumir y el peligro, siempre amenazador, de las bombas que estallaban en las calles. Calvo de Rozas, Obispo, algunos regidores y varios particulares influidos de la lástima que no podia ménos de inspirar la situacion de aquellos infelices, rivalizaron en procurarles un alivio á que contribuian, por su parte, todas las clases de la poblacion; unos llevando del brazo ó en hombros á los más necesitados de ayuda, y todos procurándoles la comodidad posible. Pero lo que más conmovió á los zaragozanos, fué el espectáculo que ofrecian los expósitos y los dementes, acogidos tambien allí, al ser trasladados á otros edificios distantes del que los enemigos habian tomado por blanco de sus obúses y morteros. Los lamentos de los niños y la insensibilidad ó la risa extridente de los locos formaban un contraste tan discordante en la extraña comparsa de su traslacion, que no es de admirar la rábia que, á la vez, produjo hasta en los más prudentes la vista de tanta miseria como iba causando por el mundo la

(1) «Los franceses, dice Schèpeller, sabian muy bien el destino »de aquel notable edificio. No fueron algunas bombas las que ca»yeron en él por casualidad: se disparó sobre él desde la mañana »hasta la tarde.» Verdier creeria así imitar á Escipion el numantino.

ambicion de un tirano que aún tenia el provocador cinismo de disculparla con los fueros de la civilizacion y de la justicia.

Caian los cascos de granada y de bomba en número extraordinario por las calles próximas al hospital; pero, sin arredrarse por lluvia tan aterradora, hombres y mujeres se dedicaron á la traslacion y cuidado de los acogidos con tal calor y asiduidad que, ántes de terminar el dia 3, todos se hallaban colocados y exentos de peligros. «Si por su valor, dice »un extranjero cronista de aquellos sucesos, los ha»bitantes de Zaragoza merecieron la corona de »laurel, los cuidados que prodigaron en ese dia á la »humanidad desgraciada, les dieron derecho tam»bien á la corona cívica.»

Debíanse todos estos cuidados exclusivamente á los vecinos de la ciudad entre los que se distinguian, con las autoridades, los religiosos y las mujeres, descollando sobre éstas la condesa de Bureta que las conducia siempre allí donde era necesario confortar con víveres ó refrescos á los combatientes ó cuidar de los enfermos y de los heridos (1).

---

(1) La condesa de Bureta pertenecia á la ilustre familia de Azlor y era por lo mismo parienta de Palafox. Tenia mucho talento, y desde los primeros dias del sitio se habia constituido en jefe de todas las mujeres de la ciudad que, entusiasmadas con sus arengas y más todavia con su valor y sus virtudes, la obedecian ciegamente y la acompañaban sin titubear á sus aventuradas expediciones á la línea de combate con municiones, refrescos y medicamentos.

Cárlos Ricardo Vaughan, jóven inglés que sirvió como voluntario á las órdenes de Palafox en este primer sitio, decia despues en un opúsculo que obtuvo el honor de 10 ediciones: «La condesa de »Bureta, que ocupaba en el país un range distinguido, formó una »asociacion de mujeres para cuidar los heridos y llevar provisio»nes y vino á los soldados. Frecuentemente se veia á esta señora, »jóven, hermosa y delicada, llenar con sangre fria en medio de un

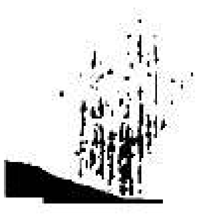
Los que empuñaban las armas tenian que mantenerse en las baterías, así para contestar al fuego de los franceses, como para precaverlas de un asalto que debia esperarse como inmediato. Los ataques anteriores, á seguida todos del bombardeo, hacian suponer que no tardaria en emprenderse uno tanto ó más enérgico.

Esta era la opinion general en Zaragoza y la de Palafox, que anduvo todo el dia recorriendo las puertas y baterías del recinto y recomendó por la noche á los jefes de puesto la vigilancia más exquisita. No era tiempo aún: los franceses, tantas veces escarmentados ante aquellas débiles tapias, habian caido, lo repetiremos cien veces, en la circunspeccion que al principio de este tomo calificamos de abatimiento despues de un revés notable, y necesitaban, de consiguiente, preparar el ataque para que obtuviera un éxito indubitable. Así, los temores de un asalto con escalas, cual se notificaba á Renovales tendria lugar durante la noche, eran infundados; la infantería francesa, tan impetuosa siempre y siempre tan intrépida, necesitaba en Zaragoza bombardeos prévios y anchas brechas para arrostrar el valor y la fuerza de paisanos casi inermes y sin disciplina alguna militar.

Asalto del 4 de Agosto.

Al punto de amanecer del dia 4, miéntras los obúses y morteros continuaban su imponente fuego, los cañones de las baterías de brecha, recientemente levantadas en una y otra orilla del Huerva, rompie-

»fuego de fusilería y de cañon de los más terribles, los deberes que »se habia impuesto; y desde los primeros pasos que dió por este ca»mino, no dejó ver en ella la más ligera emocion que indicase el »sentimiento de un peligro personal ó que la hiciese desistir un »momento de estas miras bienhechoras y patrióticas.»



ron el más violento de los que hasta entónces habia escuchado Zaragoza contra las tápias y demás obras defensivas del recinto. Cuarenta y tres piezas de grueso calibre estuvieron sin cesar tronando hasta el mediodia, en que se consideró terminada felizmente la obra de destruccion y de terror con que se proponian los invasores preparar el asalto.

La mayor parte de nuestra artillería se encontraba, efectivamente, desmontada á aquella hora, y aparecian anchas y practicables tres brechas.

Las casas y edificios más notables que los franceses descubrian en el camino de su próxima irrupcion, quedaron, al poco tiempo de romperse el fuego, inutilizados para la defensa; cayendo, puede decirse, en ruinas toda el ala meridional del convento de Santa Catalina que descubria las huertas de Campo Real y Santa Engracia. No tardó tampoco en caer por tierra una parte de la artillería montada en las obras opuestas á las nuevas baterías del enemigo, y ni la serenidad de los artilleros ni los esfuerzos de la tropa y los paisanos lograron mantener á cubierto las piezas cuyos montajes no habian caido hechos pedazos por el suelo. Por fin aparecieron tres brechas anchurosas de fácil y hasta cómodo acceso; la primera, abierta en el ángulo oriental de Santa Engracia y la tápia de la huerta que á él toca; la segunda, en el ángulo opuesto de la misma fachada en que se apoyaba la batería de la puerta, y la tercera en la tápia que une la puerta del Cármen á la torre del Pino. Las providencias de nuestros generales, los esfuerzos, casi sobrehumanos, de los comandantes de aquellos puntos, y el valor de la tropa y

de los paisanos que los guarnecian, no bastaron á neutralizar ni á detener por momentos la accion destructora de la artillería francesa. Vanamente Palafox, en su contínua inspeccion de los puestos amenazados, y el de Lazan, estableciéndose en la puerta de Santa Engracia, que era el más combatido, animaban á los defensores, cuidaban de su reemplazo y proveian á cuanto fuese necesario para prolongar la resistencia; vanamente Torres, San Génis, Renovales, Cuadros, Larripa, Zamoray, Cerezo y muchos otros, cuyos nombres sólo puede inmortalizar la monografía de aquel celebérrimo asedio, se desalaban por mantener sus puestos, continuar el fuego y hasta cubrir con sus propias manos los claros que los proyectiles enemigos abrian en los parapetos y las tápias; el huracan que los azotaba era irresistible y no habia valor que sirviera para afrontarlo ni fuerzas que lo contrarestasen. No quedó otro recurso que el de retirar las piezas de la batería de Santa Engracia á la plaza inmediata del mismo nombre y, cerrando la puerta con toda clase de materiales, emplazarlas en una barricada que se habia levantado en la calle que conduce al Coso y en la tápia vecina de la torre del Pino, desde la que se cogian de flanco las avenidas por donde habia de aproximarse el enemigo. El repuesto de pólvora y municiones fué tambien trasportado á retaguardia y se reservó en un portal inmediato á la barricada á que acabamos de aludir, construida para barrer con sus fuegos la calle de Santa Engracia, como parte de una segunda línea de defensa, ligada por un lado á Santa Catalina y por el opuesto á las obras interiores de la puerta del Cármen.

Los franceses tantearon, si así puede decirse, el asalto varias veces durante la mañana, más, en nuestro concepto, para fatigar á los defensores, obligándolos á arrostrar á descubierto el fuego de las baterías de brecha y para distraerlos hácia puntos distintos del de ataque, que con el pensamiento de anticiparlo á la destruccion completa de las obras defensivas de los zaragozanos. Todas aquellas tentativas fueron rechazadas; lo mismo las dirigidas hácia la Puerta Quemada con un carácter de diversion que no podia escaparse á la penetracion de los defensores, que las ejecutadas junto á la puerta del Cármen y el puente del Huerva, de un peligro inmediato y trascendental (1).

Columnas de ataque.

Preparado así el asalto, se presentaron á la vista las tres grandes columnas destinadas á llevarlo á cabo. La de la derecha, mandada por el general Habert, se componia del primer regimiento del Vístula, y llevaba por vanguardia las compañías de cazadores del mismo cuerpo y los granaderos y cazadores de los batallones de los regimientos números 15 y 16 á las órdenes del coronel Robert. La mision de

---

(1) Algunos de estos ataques, áun cuando no estén citados en las historias francesas, llegaron á hacerse bastante sérios, como si tuviesen por objeto el de aprovechar cualquier descuido de los defensores. Alcaide cita, entre otros, el siguiente episodio de uno de estos ataques preliminares al del asalto: «El enemigo, dice, á pesar »de las pérdidas que experimentaba (en el puente del Huerva), re»doblaba más y más sus esfuerzos: llenos de calor aproximaron un »cañon que hacia mucho daño á nuestros valientes; y habiendo pe»recido sus conductores, el intrépido José Ruiz, soldado del 2.º »de Voluntarios de Aragon, al oir á su comandante Cuadros ofre»cer una charretera al que lo clavase, lo ejecutó con una velocidad »sorprendente, logrando salir ileso de tan arriesgada empresa.» ¿No sucederia esto en la hora que necesitó Bazancourt para entrar por la puerta de Santa Engracia?

esta columna era la de penetrar por el convento de Santa Engracia y apoderarse, si era posible, dice Belmas, de las primeras casas y de la desembocadura de la calle de Santa Engracia que conducia al Coso.

La columna del centro, que dirigia el general Bazancourt, se habia formado con el regimiento número 14, y su vanguardia con una compañía de granaderos y los cazadores del mismo y del 44.° Debia desembocar por una rampa practicada á un costado del puente del Huerva ó por el puente mismo, avanzar por la carretera que conduce á la puerta de Santa Engracia y, despues de ocupar la puerta, dirigirse por su izquierda á la plaza del Cármen y apoderarse de las primeras casas de la calle del Juego de pelota, al mismo tiempo que de las del lado izquierdo de la plaza.

La columna de la izquierda, á las órdenes del general Grandjean, iba formada del segundo regimiento del Vístula, con seis compañías de preferencia del mismo y del tercero, y un batallon del 47.° en vanguardia, regida ésta por el comandante Maisonneuve, ayudante de campo del general en jefe. Esta columna debia desembocar del terreno bajo comprendido entre la izquierda del Huerva y el camino abierto á la derecha del campo de la brigada Grandjean, y dirigirse á la brecha abierta entre la torre del Pino y la puerta del Cármen. Despues de haberla ocupado, deberia fraccionarse en dos partes; una, variando de direccion á la derecha para hacerse dueña de la torre del Pino, desfilaria á lo largo de la tápia y tomaria por la espalda á los defensores de la puerta de Santa Engracia; y la otra, dirigiéndose á

la izquierda, se apoderaria del convento y de la puerta del Cármen,

Así como á la columna de la derecha serviria de reserva el regimiento núm. 44, y áun la ayudarian en su ataque dos batallones de los 15.° y 16.° cubriendo su flanco derecho y asaltando la huerta de Santa Engracia, la de la izquierda iba apoyada por el primer regimiento de las Legiones y el batallon del 47.° de línea.

Todas estas columnas iban sostenidas por una artillería numerosa que maniobraria en las plazas y apoyaria la ocupacion de las casas. El resto de la infantería debia mantenerse en las paralelas para sostener en caso necesario á las columnas de asalto y evitar las salidas del enemigo. La caballería se mantuvo en Torrero, excepto las muchas patrullas que se esparcieron en derredor de Zaragoza y 300 lanceros polacos que pasaron el Ebro por frente de la desembocadura del Gállego para cerrar á los sitiados los caminos de Cataluña. El tercer regimiento del Vístula tenia, por fin, el encargo de observar desde las eminencias opuestas al castillo cuanto pasara y marchar allí donde fuese necesaria su presencia (1).

Dada la señal entre doce y una, cuando Verdier observó el silencio de la artillería española, las tres columnas partieron de la paralela á los puntos que se las habia designado. La columna de la derecha vadeó el Huerva; y, ganando el escarpe de la orilla opuesta, apareció el coronel Robert con la vanguar- **Santa Engracia.**

(1) La composicion de las columnas y las instrucciones que llevaban, se han trasladado de la obra de Belmas, conforme en un todo con el parte oficial del general Verdier.

dia á unos cuantos pasos de la brecha abierta en la tapia de Santa Engracia. Aun cuando los defensores habian hecho toda clase de esfuerzos por cerrarla con sacos á tierra, era tan anchurosa, y el fuego de la artillería enemiga tan incesante sobre sus ruinas, que presentaba acceso fácil por todas partes (1). No tardaron, pues, en coronarla los granaderos y cazadores que mandaba Robert, quienes seguidos de toda la columna, empezaron inmediatamente á extenderse por la huerta para penetrar en el Monasterio ó salir por su espalda á la plaza de Santa Engracia. No lo consiguieron, sin embargo, de golpe y sin oposicion, porque, acudiendo allí la tropa y los paisanos que guarnecian los puestos inmediatos, y los que el de Lazan destacaba desde la nueva batería de la calle de Santa Engracia, iban conteniendo, aunque con grandes sacrificios, los progresos que, no sin ellos tambien, hacian los franceses en su ataque. Pero aumentaba el número de éstos; al coronel Robert seguia muy de cerca la columna con cuya vanguardia habia asaltado la brecha, y los batallones rechazados de la puerta Quemada y el Molino de Aceite, acudian á sacar fruto de la victoria de sus camaradas.

Muerte de Cuadros.

Era, pues, imposible la resistencia; y los zara-

(1) «Volaron, dice un manuscrito anotado por el general Palafox, que no puede decirse cayeron, más de 300 varas de tápias á »uno y otro lado de la puerta de Santa Engracia..... En ménos de »media hora hicieron plazas por donde poder entrar impunemente: »ya no existian aquellas, para ellos terronosas tápias, pues todo »fué demolido: ya no quedaba más que el pecho desnudo de un »desconcertado pueblo para resistir á una fuerza infinitamente su»perior, combinada y calculada.»—Lazan dice que en la huerta de Santa Engracia «habian hecho los enemigos *horror de brechas.*»



gozanos, perdido el convento, por tierra un número muy considerable de los defensores y, entre ellos, el capitan Tirado y el coronel Cuadros, que habia volado á su auxilio, tuvieron que abandonar la huerta y las ruinas de Santa Engracia, cubiertas de los nuevos mártires, cuya sangre iria á reunirse á la con que estaban amasados los cimientos de aquel santo monasterio (1).

La columna del centro cruzó el Huerva y, segun se le habia prevenido, emprendió el ataque de la batería de Santa Engracia. Parecia fácil la empresa, puesto que se encontraban abandonadas las defensas de la puerta; pero el fuego de la torre del Pino y el de las piezas que Lazan habia hecho establecer en la

---

(1) D. Antonio de Cuadros, promovido tres dias ántes del de su gloriosa muerte al grado de brigadier, habia expontáneamente abandonado su gobierno de Teruel para acudir al peligro de Zaragoza. Ya habrán observado nuestros lectores cuántas veces, y en qué ocasiones tan solemnes le hemos ido citando como uno de los más bizarros é infatigables defensores de la ciudad heróica; pero no podemos resistir al deseo de dar á conocer un elocuente párrafo de la certificacion que, en honor de Cuadros, expidió el general Palafox pocos dias despues de haber los franceses levantado el sitio. Dice así: «Este hecho heróico de la defensa de Zaragoza debe trasmitirse á la historia, y bastaria decir por último que circuido de cadáveres, el dia 4 de Agosto el valeroso Cuadros, sin fusilería y sin gente para el servicio de la batería, porque todos habian ofrecido ya sus vidas, permaneció al pié de sus cañones colocando un saco de arena para rechazar al enemigo, y es cuando recibió la muerte y regó con su sangre este punto defendido con tanta constancia y jamás abandonado, donde espiró dando ejemplo á sus compañeros, testimonio á todos de la obligacion en que está todo buen español, y enseñando á sus hijos el camino seguro que deben tomar para ocupar el vacío de su buen padre y hacerse acreedores al aprecio, gratitud y reconocimiento de la pátria.»

Por decreto de Palafox, el 20 de Octubre se concedió á D. José María Cuadros y Romeo, hijo del brigadier «agregacion de subteniente con sueldo de vivo, al primer batallon de Voluntarios de Aragon, con la circunstancia de que continuase á la inmediacion de su madre viuda Doña Joaquina...... hasta que tuviera la edad de Ordenanza.....»

tápia inmediata, de tal manera azotaban el flanco izquierdo de los franceses, que sólo muy pocos lograron avanzar hasta el pié de la iglesia, en cuyo interior se combatia con tanto encarnizamiento. La puerta se hallaba cerrada, como ya anteriormente dijimos, á apunto de ser inútiles cuantos esfuerzos hicieron los asaltantes para abrirse paso, y la columna hubo de permanecer inactiva, expuesta siempre al fuego de los defensores, hasta una hora más tarde, en que sus camaradas de la derecha, dueños de Santa Engracia y desembocando en la plaza, les franquearon la entrada.

Puerta del Cármen.

Entretanto, la columna de la izquierda, á quien le estaba encomendado el asalto de la brecha abierta en la tápia que une la torre del Pino y la puerta del Cármen, habia logrado ganarla y penetrar en el recinto de Zaragoza. Para distraer á los defensores, una parte de la columna habia atacado la puerta del Cármen, cuyos fosos cubrió, aunque infructuosamente, con sus cadáveres (1). Mas coronada la brecha próxima, ni la puerta del Cármen ni la torre del Pino podian mantenerse, y sus defensores, á la vez que atendian á contener la marcha de los invasores, retiraron la artillería de los dos fuertes y la condujeron á retaguardia; la del Pino al convento de Santa Fé, para interceptar el paso de la calle del Azoque,

(1) En instancia certificada, dice D. Lorenzo Sanchez, teniente del regimiento de Extremadura: «El dia 4 de Agosto se halló de »guardia en la puerta del Cármen, en donde rechazó por tres ve»ces á los enemigos, habiéndolos arrojado en la última á golpe de »bayoneta de la batería, cogiéndoles cuatro prisioneros que, heri»dos, los mandó conducir al hospital, y varios muertos que se »echaron al foso de dicha bateria donde se hallaba el comandante »de ella D. Pedro Hernandez.»

avenida recta que dirige al Coso y al Mercado; y la del Cármen, al hospital de Convalecientes que con la Encarnacion formaba un reducto interior para impedir la comunicacion con el Portillo en un caso de desgracia como el presente.

La marcha de los franceses era muy lenta, porque los sitiados acudian de todas partes á reforzar á sus camaradas y convecinos, y si cejaban, era despacio y vendiendo muy caro cada palmo de terreno que perdian (1). La lucha, no obstante, muy desigual siempre, lo era más desde que los invasores habian salvado el perímetro de la ciudad, á la que se iba simultáneamente aproximando la mayor parte del ejército francés con el objeto de ocupar sólidamente los puntos de que aquellos se habian apoderado. Una hora despues de dada la señal del asalto, Verdier era dueño de toda la línea comprendida entre la puerta del Cármen y la huerta de Santa Engracia; y sus columnas, unidas por los flancos con la central, se disponian á acometer las defensas interiores y la entrada por las calles que se abrian á su frente.

El plan del general francés era el de llegar al Coso y dividir allí sus tropas destacando una parte á la derecha hácia la Magdalena, otra á la izquierda en direccion del Mercado, y una fuerte columna por

(1) En aquellos sitios se hizo notar el diácono y padre franciscano de Alfaro D. Pedro Breton, sargento (con su hábito por uniforme) de una de las compañías de Cerezo. A la cabeza de 8 hombres defendió bizarramente el convento de Descalzas de San José, hasta que asaltado por los franceses hubo de retirarse el fraile por las tápias para reunirse á los que retrocedian de la batería del Cármen. Se le concedió el escudo de valor «ya que no pide otro premio,» dice la resolucion del baron de Varsage en 31 de Octubre de 1808.

la calle central de San Gil, para, ocupando el puente, acabar con todas las esperanzas de los sitiados. Antes, sin embargo, de romper la marcha y previendo las dificultades que aún encontraria y la sangre que iba á costarle la victoria que ya tenia por indudable, intentó de nuevo el camino de las negociaciones con el general Palafox, cuyo honor suponia ya satisfecho con resistencia tan dilatada.

Intimacion lacónica de Verdier.

«Capitulacion,» dijo Verdier lacónicamente desde Santa Engracia, su cuartel general; y Palafox contestó: «Guerra y cuchillo.» (1).

Barricadas de la calle de Santa Engracia.

Verdier hizo entónces atacar la gran barricada de la calle de Santa Engracia en que permanecia el marqués de Lazan con su hermano D. Francisco y los que acababan de abandonar las ruinas del monasterio.

La barricada se alzaba en el ángulo formado por la primera manzana de casas de la acera izquierda, y una calle estrecha que dirigia á la plaza del Cármen. En esa manzana de casas que hacia calle á la de Santa Engracia y daba con su fachada meridional á la plaza del mismo nombre, habia un portal que comunicaba por el pátio con la plaza, y daba

(1) No todos los historiadores franceses publican este rasgo del primer sitio de Zaragoza. Es cierto, sin embargo, y revela, así como la resolucion de Palafox, las dificultades que encontraba Verdier para la conquista de la ciudad. Varios de los cronistas de aquellos sucesos aparecen discordes respecto al momento de esta intimacion, porque ántes la hubiera fechado Verdier en Torrero y poco despues en San Francisco. Tambien lo aparecen sobre la contestacion, estampando unos la de «Guerra á cuchillo;» y otros la de «Guerra á muerte.»—«Guerra y cuchillo» debió ser, porque en un informe acerca de la cruz que habia de concederse á los Guardias Españolas que entraron el 5 de Agosto en Zaragoza, decia Palafox que ese debia ser el lema del reverso.





de consiguiente, paso á los que se retiraban del combate al resguardo de la barricada.

Los franceses acometieron de frente. El fuego de la artillería, sumamente vivo, y el que desde los balcones y ventanas hacian los paisanos, los detuvieron largo tiempo á la entrada de la calle. Varias fueron las cargas que dieron los soldados del Vístula que no cesaban un punto de combatir sobre los montones de cadáveres que llegaron hasta á estorbarles la marcha; pero en todas fueron rechazados con la mayor energía y decision. Lo que no podian conseguir el valor ni el número de los asaltantes, lo logró, sin embargo, la astúcia. Algunos franceses descubrieron la comunicacion de los portales que permanecian abiertos por la incuria de los paisanos, y primero disimuladamente, y despues por la fuerza, penetraron en la casa en que hemos dicho que existia aquella. El de Lazan, viendo que iba á ser inmediatamente envuelta la batería, tuvo que abandonarla y retirarse á otra nueva que con sacas de lana habia hecho levantar en la misma calle de Santa Engracia, esquina á la del Hospital.

Allí quiso ensayar una nueva defensa, afortunada miéntras los franceses intentaron atacarle de frente; pero las recientes pérdidas ofrecian al enemigo una leccion muy dura para que insistiese mucho en su asalto directo Los que despues de penetrar en la Huerta de Santa Engracia se habian esparcido por la espalda de las casas que descubrian á su frente, fueron ocupando algunas; y aunque distraidos varios en el robo y las violencias, los demás se ocuparon en buscar salidas por donde envolver á

los defensores. Observando esto, y con haberse volado el repuesto de pólvora que constituia la dotacion de la batería, Lazan vió desvanecerse como el humo el grupo informe que le acompañaba, y tuvo que retroceder de nuevo para establecerse en el Coso.

Reducto de la Encarnacion.

La columna francesa de la izquierda habia partido de la plaza del Cármen en direccion del Mercado. Al romper la marcha, encontró á su flanco izquierdo el especie de reducto interior que los defensores tenian en el hospital de Convalecientes y convento de la Encarnacion. Lo atacaron inmediatamente los franceses, pero sin fortuna, porque las Guardias Españolas y Walonas que lo guarnecian, y con ellos los que acababan de retirarse de la puerta del Cármen, despues de rechazar las proposiciones de capitulacion que se les hacia, cubrieron de metralla y de ignominia á sus enemigos (1). El general Grandjean debió calcular que si se detenia en combatir el hospital, era fácil que no llegase al Coso en tiempo oportuno para que, llevándose á la par las operaciones en toda la primera línea, se obtuviese un efecto decisivo. Si se alcanzaba éste, la resistencia que aún pudiera oponérsele á retaguardia seria ineficaz, y acabaria muy pronto.

(1) Un escritor anónimo de la accion de este dia, dice: «Juzgando los franceses que era imposible á los Guardias sostener »aquel puesto, ántes de romper el fuego les pusieron bandera »blanca, convidándoles con ventajosísimas capitulaciones. ¡Con »qué gentecita las habian para creer que vendiesen tan barato su »honor y vida! A ménos se tuvieron aquellas grandes almas con»testarles de palabra. Ya que su desgracia los redujo á la miseria »de no tener una sóla bandera, echaron mano de un pedazo de es»terliz, y le pudieron teñir siquiera la mitad con una cosa que pa»recia roja, y escribiendo á toda prisa: «O morir ó vencer por Fer»nando VII,» lo pusieron en un baston é hincaron en un saco de la »batería, y á un mismo tiempo rompieron horrendamente todos »los cañones de ella.»



Decidió, pues, no detenerse y continuar la marcha por la calle del Azoque, por donde directamente y en cortos momentos esperaba llegar al Coso, proseguir al Mercado y, apoderándose en seguida de la puerta de San Ildefonso, acabar cumplidamente su mision.

Convento de Santa Fe.

Mas no pudo llevarla á término; porque si bien logró apoderarse del convento de Santa Rosa, primer obstáculo que encontró en su camino, en el de Santa Fé, donde se habia recogido una parte de la artillería emplazada en la puerta del Cármen, se habian hecho fuertes los paisanos y se defendian con teson. Llegaron en esto Obispo, Sas y otros defensores llamados por el fuego desde las puertas de Sancho y el Portillo donde se hallaban sus gentes, y entablando una accion viva y cruenta de calle á calle y de casa en casa, lograron detener la columna, que hubo de satisfacerse con la conquista del convento de Santa Rosa y algunas casas próximas al de Santa Fé.

Zaragoza en su último trance.

A pesar de esta casi inesperada resistencia por los barrios occidentales, y de la que por los orientales se disponia á oponer Renovales, que desde el Molino de Aceite corria con un cañon y algunos soldados y paisanos á contener los progresos de los franceses por aquella parte, podia Zaragoza darse por perdida.

La primera línea enemiga asomaba al Coso; trás de ella iban entrando en la ciudad todos los cuerpos que formaban su reserva; y los demás del ejército, con excepcion de los encargados de la custodia del campamento, principiaban á ocupar los puntos más notables de la parte invadida del recinto. A la vista

de tantas fuerzas en el corazon, puede decirse, de Zaragoza, anunciada lúgubremente por los vigías de la Torre nueva, se introduce el desaliento en los defensores que, sin órden ya ni concierto, pelean desbandados y sin esperanza contra las masas numerosas, compactas y disciplinadas de los invasores. Al verlos desembocar en el Coso, todo Zaragoza se estremece, y mujeres, niños y ancianos buscan su salvacion en la fuga. Todas las calles que conducen al puente, se inundan de gentes que se chocan y se empujan por llegar al Arrabal ántes que se les intercepte el camino, extendiendo con sus gritos el pánico de que están poseidas á los que aún conservan las armas en la mano. Arrastrados por esa atraccion que el terror ejerce siempre hasta en las almas del más elevado temple, atraccion que tantas veces ha salvado de la deshonra á las colectividades militares, los defensores, empujados al Coso por las columnas francesas, contemplan como inútil la prolongacion de sus esfuerzos, y en la ignorancia de puntos todavía inexpugnados, siguen en su mayor número la direccion general, la del puente.

Segunda salida de Palafox.

Ya para entónces habia abandonado la ciudad el general Palafox, seguido de gran parte de la caballería y algunos oficiales de su Estado Mayor. Cuando los franceses se abrieron paso por el aportillado recinto de Santa Engracia y el Cármen, Palafox comprendió que era imposible la resistencia si á la masa ingente que iba á desarrollar su accion dentro ya de la ciudad no se oponian otras fuerzas más poderosas y más frescas que las diezmadas y jadeantes de los defensores. Existian algunas no léjos de Za-

ragoza, campadas en la orilla izquierda del Gállego, las que esperaban la llegada de nuevas tropas que acudian de Valencia y Cataluña, para acometer la entrada en la ciudad, no urgente, en su concepto, por el éxito hasta entónces de la defensa. Constaban de dos batallones, uno de Guardias Españolas, el que vimos no hace mucho en Cataluña, y el segundo de voluntarios de Aragon, procedentes de Mallorca. Se les habian agregado en la marcha dos compañías de Miqueletes de Lérida, algunos artilleros con seis piezas, dos de ellas de montaña, y 200 á 300 soldados dispersos, desertores de las guarniciones francesas. Al dia siguiente debian reunírseles 300 suizos de Wimphen, de los que guarnecian á Tarragona, y 1.000 ó 2.000 paisanos que venian de Barbastro y toda la tierra alta al auxilio de sus compatriotas de la capital. Mandábalas D. Francisco María Bañuelos, jefe accidental del batallon de Guardias, quien, no considerándose bastante fuerte para romper la línea del bloqueo, andaba en busca de una posicion dominante, la de Villamayor, para desde ella aprovechar una ocasion favorable de hacerlo. Los avisos de Palafox y el ruido del bombardeo que llegaba perfectamente á Pina, hacian, entretanto, urgente la entrada de aquellas tropas y, sobre todo, la de pólvora y víveres de que se iba careciendo absolutamente en Zaragoza (1). Llegó el dia 4 y llegaron los franceses

(1) «Considéreme V. S., le escribia Palafox en la noche del 3, »por todas partes apurado; y que es indispensable ganar los ins- »tantes. Yo contaba que mañana, en que se cumplen los cuatro »dias, vendrian esas tropas; excusado es que yo repita que al mo- »mento, al momento que V. S. reciba éste, se ponga en marcha, »porque de lo contrario podrá llegar tarde.» (Alcaide).

á invadir la ciudad: Palafox observaba que la salvacion de ésta seria imposible sin un refuerzo considerable de tropas y, viendo que éstas no llegaban, se decidió á salir á su encuentro para activar la marcha.

Es preciso remontarse á aquella época y estudiar muy detenidamente el carácter de la revolucion que se estaba operando en España, para comprender los distintos sentimientos que agitaban al pueblo, mezclados al unánime de resistir la dominacion extranjera. Palafox, áun siendo uno de los más favorecidos por la opinion pública, se habia visto obligado á sostener luchas muy frecuentes para tener á raya á los que influidos por el individualismo, ese vicio siempre aposentado en nuestra sociedad, no querian sujetarse á ninguna clase de obediencia ni de disciplina. Lo general era el que las masas populares, como las primeras en dar el grito de independencia, se considerasen con derecho para dirigir á las autoridades; que las tropas en su antagonismo social trataran de no mezclarse con ellas, áun aspirando al mismo fin, y que los generales, si eran elegidos por las poblaciones, fuesen poco respetados por los íncolas y mal obedecidos por los militares. Era necesaria mucha autoridad; tenia ésta que fundarse en grandes servicios, en una adhesion sin límites y en el afecto, tan mutable de los pueblos, si habia de obtenerse una obediencia inmediata á las órdenes dadas, porque la ciega de la milicia era inaxequible en aquellos primeros dias del levantamiento.

Palafox conocia perfectamente todo esto; y, temiendo que las repetidas órdenes que dirigia á Bañuelos no produjesen la instantaneidad que de su








cumplimiento exigia ya la situacion de Zaragoza, se resolvió, cuando vió á los franceses dentro del recinto, á impulsar por sí mismo la entrada de los socorros necesarios para prolongar la defensa. Tan cerca los consideraba ya que no entregó el mando y se hizo acompañar de una gran parte de la caballería para, rompiendo la línea del bloqueo, abrirles el camino, segun habia prometido á su jefe en una de sus comunicaciones del dia anterior.

Bañuelos tenia el 4 por la mañana preparada su columna y dispuesto el convoy que debia introducir en Zaragoza; pero los avisos contradictorios que recibia, le mantenian perplejo y en la mayor ansiedad, cuando el edecan de Palafox, D. Emeterio Barredo, le llevó la órden de avanzar y noticias de la ciudad y de la salida del capitan general. Al poco tiempo estaba la columna en Osera, donde ya habia llegado Palafox con su hermano D. Francisco, á quienes poco despues fué tambien á unirse el marqués de Lazan que, arrastrado por los defensores del Coso en la fuga que habia producido la primera y enérgica irrupcion de los franceses en aquella anchurosa vía, creyó deber, como el 15 de Junio, acompañar á su hermano.

Reaccion que se opera en los zaragozanos.

¿Qué pasaba, entre tanto, en Zaragoza?

Al primer pánico habia sucedido una reaccion, tanto más violenta cuanto mayor y más honda fuera la sensacion y más bochornosos los efectos del terror ante la devastadora accion de las armas francesas. Los que, ménos impresionados, alzaban la voz animando á los fugitivos á volver á la pelea, habian logrado detener á algunos en la marcha vertiginosa

que por calles y plazas iba la multitud verificando hácia el puente de piedra. En el Arrabal, los jefes de las baterías y los padres del convento de Jesús con sus esfuerzos y exhortaciones, contenian, en cuanto era posible, el desórden y la gritería que en las mujeres y niños excitaba la idea del peligro que preveian al salir al campo, vigilado por los franceses que campeaban en la orilla izquierda del Ebro. Por fin, un valiente oficial, D. Luciano de Tornos, abocando una pieza de artillería al puente, amenaza con hacer fuego á la multitud que lo intercepta más y más á cada momento; rasgo que con las deprecaciones de los frailes y el ejemplo de los más ardorosos, hace volver en sí á los fugitivos y opera la reaccion que vá á salvar de nuevo á Zaragoza.

Como las olas del Océano en el robusto muro que para contener su fúria ha levantado la mano del hombre, así chocan los defensores de Zaragoza en el inmenso vacío que acaba de producir el pavoroso cañon asestado al puente y, como ellas en los pliegues de la honda amarga, rómpese la multitud y se precipita de nuevo en las calles de donde acaba de desembocar. Al silencio que hace un momento reinaba en la vasta zona opuesta á la línea francesa, interrumpido tan sólo por la campana que desde la torre nueva sigue anunciando el peligro, cada vez mayor, en que se halla la ciudad, sucede, primero, el sordo murmullo de la animacion creciente en los defensores, alguuo que otro disparo, despues, que empieza á escucharse sobre los flancos del enemigo, y la renovacion, por último, del combate, con fúria mayor y encarnizamiento que una hora ántes.

División y marcha de las columnas francesas.

Al punto de presentarse en el Coso los franceses de la gran columna central, á quien se habian unido las fracciones más importantes de las dos laterales, segun el plan fijado por Verdier, y segun dijimos al describir el asalto, volvieron á dividirse de nuevo en otras tres columnas ó destacamentos. El del centro, al que por instantes se iban incorporando tropas de retaguardia, se estableció en el Hospital y en el convento de San Francisco, al que Verdier trasladó el cuartel general. Desde allí se extendió por las casas contiguas á aquellos dos edificios, á las que, á la vez, acudian por detrás los soldados que desde la huerta de Santa Engracia y la plaza del Cármen se habian separado de sus columnas para entregarse á sus instintos y costumbre de pillaje. Otro destacamento recibió la órden de dirigirse por la derecha á las piedras del Coso y barrio de la Magdalena, á donde llegó sin dificultad en los momentos del pánico y en los que Renovales se preparaba á ensayar un último esfuerzo. El destacamento más numeroso debia encaminarse al puente por la calle de San Gil; pero tomó equivocadamente la del Arco de Cineja, y en lugar de la vía recta, por la que se imaginaba llegar en pocos minutos á cortar toda comunicacion á Zaragoza, encontró un laberinto inextricable de callejones de salida, ya que no imposible, dificilísima y peligrosa. Finalmente, se dirigieron algunas fuerzas por la izquierda á buscar su union con las que combatian hácia el convento de Santa Fé por abrirse paso al Mercado.

Pero los soldados franceses, observando el silencio que se hacia en derredor suyo y contemplándose

vencedores, creyeron que habia llegado ya la hora de recoger el fruto acostumbrado de sus penalidades y del triunfo. Más que orgullosos, debieron encontrarse sorprendidos de él; y en el cansancio de la pelea, y en la rábia de los sacrificios que les habia costado, olvidáronse de acabarla para entregarse á la satisfaccion de su venganza. Los oficiales, más previsores, trataron de mantener reunidas las tropas, pero parte de los soldados, con el pretexto de ir ocupando las casas, con esa independencia característica de la guerra entre calles, y parte proclamando descaradamente sus propósitos de venganza, dejaron las compañías en cuadro y los destacamentos sin la fuerza suficiente para resistir una reaccion, áun cuando se considerase improbable, de los zaragozanos. Rota la disciplina, empezó la licencia á tomar su acostumbrado vuelo, y pocos instantes despues ocupó su lugar el desenfreno más brutal y escandaloso.

No queremos detenernos en describir los excesos cometidos por los franceses en aquellos, afortunadamente, cortos momentos: seria hacer una segunda edicion de los ya publicados al reseñar la entrada de sus camaradas en Córdoba y los pueblos ribereños del Llobregat (1). En su ejecucion estriba, sin em-

(1) Verdier, en su parte del combate de aquel dia, dice: «Esta »operacion (la de ir ocupando las casas) ha detenido el primer mo»vimiento de las tropas y las ha dado la facilidad de hartarse (se »gorger) de vino y de pillaje.»

Thiers, buscando siempre en el vino la excusa de los atropellos que cometian sus compatriotas y el escollo de su valor, dice que al poco tiempo «la mitad de las tropas estaba sepultada en la ina»cion y la borrachera.» Por supuesto que no habla una sola palabra de robos ni atropellos, porque sólo buscaban los soldados «los



bargo la salvacion de Zaragoza, porque dió tiempo á que, volviendo de su descorazonamiento momentáneo los defensores, tornaran luégo al combate, y con el deseo de la venganza se comprometiesen en la dificilísima empresa de hacer inútiles los esfuerzos y la sangre que habia costado á los franceses la irrupcion en la ciudad.

El pánico no se habia extendido á los flancos de la linea invadida. Las puertas del Portillo y de Sancho por un lado, y la Quemada y el Molino de Aceite por el opuesto, se mantenian por los zaragozanos. Lo que habian hecho las guarniciones de estos puntos era destacar algunas fuerzas para prestar apoyo á los defensores del Cármen y de Santa Engracia ó contener los progresos que pudiera hacer el enemigo al extenderse por sus alas. Ya hemos dicho cómo Sas, Cerezo y otros de los heróicos mantenedores de Zaragoza, así como los acogidos al reducto de la Encarnacion, habian detenido y hasta escarmentado la columna francesa de la izquierda en su marcha al Mercado. Por la derecha enemiga, izquierda de los

víveres que necesitaban y, sobre todo, los vinos que sabian abundaban en todas las ciudades de España.»

Podríamos citar cien casos de robo, de asesinatos de sacerdotes y personas respetables, hasta de mujeres, casos que constan oficialmente con los nombres y apellidos de las víctimas.

Casamayor, en su diario, despues de citar varios, dice así: «La ferocidad de esta gente contra nuestra ciudad y vecindario en esta accion, fué de las más sangrientas é inauditas, cometiendo los mayores sacrilegios, no solamente en los conventos é iglesias que ocuparon, donde ejecutaron los mayores desacatos, indignos de escribirse, y otros insultos y homicidios que solamente unas gentes bárbaras acometian, pues además del robo, hicieron muchísimas muertes, que mas parecian Nerones que franceses.....» «No todo cuanto pasó aquella tarde, sigue diciendo el cronista, se puede escribir, y sólo cabe en la imaginacion una escena tan lastimosa.»

sitiados, hemos hecho tambien observar las medidas que Renovales empezaba á tomar para proseguir la defensa. Pero en uno y otro lado se hallaba como en suspenso el combate, alarmados los defensores con el silencio que reinaba en el centro y preparándose los franceses á un esfuerzo decisivo.

Se renueva el combate.

Al volver los del puente con el brigadier Torres, encargado ya del mando, y Obispo y Calvo y varios otros jefes, desoidos hasta entónces ó que, en vista de la reaccion de los fugitivos, se adelantaban ahora con tropas de refresco de las que guarnecian el Arrabal, se renovó en toda la línea la accion tan desgraciadamente comenzada.

La columna francesa de la derecha llegó sin dificultad á la Magdalena. Aquel barrio iba á ser el escollo en que se estrellara la columna. Siete jóvenes del pueblo, regidos por el lego de un convento, Fray Ignacio Santaromana, ofreciéndose en holocausto á su pátria *como los espartanos de las Termópilas* (1), salen los primeros al encuentro de los franceses. El jefe que dirigia á éstos y el tambor que los animaba con el compás de su caja, caen los primeros al impulso del plomo que les arroja el fraile, gran tirador de escopeta; y cayendo el pequeño grupo de paisanos sobre la cabeza de la columna, la detiene en su marcha. Un instante despues, de cada ventana y de cada boca-calle sale un diluvio de balas ó un nuevo grupo de paisanos que reemplazan á los siete valientes, sacrificados en su casi totalidad. Langles, Casamayor, Simonó y Renovales vuelan desde la

(1) La comparacion es de Schepeller

puerta del Sol y el Molino de Aceite y, emplazando alguna pieza que arrastran desde aquellos puntos, acaban la obra de los paisanos. Los franceses se retiran al Seminario y, apoyándose en sus ruinas, tratan de establecerse en él. Imposible: los balcones y galerías de los edificios inmediatos son ocupados inmediatamente por los aragoneses enardecidos con la lucha y con la noticia de la próxima llegada de los refuerzos de Osera, verosímil para los que ven á su lado á los del Arrabal; de los sótanos que la voladura del Seminario ha dejado á descubierto en el inmediato de San Cárlos, sale un fuego tanto más imponente, cuanto por mucho tiempo están ignorando su orígen los franceses; y no se descubre una calle, una puerta, ni un tejado, que no muestre uno, dos, cien defensores acechando una ocasion para exterminarlos (1). Por fin, despues de alternativas distintas, la salida de algunos franceses por la puerta de una casa, hace creer en su fuga; y los defensores, proclamándola como el signo de su victoria y multiplicándose con el entusiasmo que produce voz tan halagüeña, se precipitan sobre el enemigo, lo arrollan y escarmientan hasta obligarle á acogerse á los puntos de que habia salido, al Hospital y á San Francisco.

Ya hemos dicho que por la izquierda habia quedado la accion como en suspenso, detenidos los franceses en la calle del Azoque y en las inmediaciones de Santa Fé, y perplejos los defensores con el silen-

(1) Los defensores en aquella ocasion iban seguidos de una banda de chicos que arrastraban los cadáveres de los franceses a retaguardia para arrojarlos al Ebro.

cio que observaban hácia el Coso y las noticias, cada vez más tristes, que iban recibiendo. Pero llegó el momento en que empezó á escucharse de nuevo el rumor de los combatientes que volvian á la pelea desde el puente de piedra; y en el reducto de la Encarnacion, y en Santa Rosa y en la parte del Coso próxima al Mercado, se encrudeció la refriega con la energía de quienes, habiendo resistido con fortuna hacia poco al enemigo, esperaban ahora derrotarlo.

Los franceses que se habian introducido en las casas y se distraian en el robo y las violencias á que hemos dicho se entregaron al disminuir el fuego, fueron las primeras víctimas de la nueva lucha que se acababa de emprender. Cada casa se trasformó en un campo de batalla sin otra salida que los balcones y ventanas por donde sin cesar se veian precipitados los invasores. Cada robo y cada atropello cometido por ellos, quedaba instantáneamente vengado; y sin un combate formal, sino entre pequeños grupos, de casa en casa, de patio á patio y de calle á calle, y sin que en éstas se viera nunca una columna de 200 hombres ni maniobrase más de un cañon de cada parte, al fin de la tarde los franceses, acosados de todos lados y en todos vencidos, tuvieron que abandonar la ofensiva y acogerse al espacio ocupado por los conventos de San Francisco y San Diego hasta las puertas del Cármen y Santa Engracia. Obispo y Sas con su gente y dos compañías del 1.^er^ tercio de Aragon que fueron enviadas desde el Arrabal, los iban empujando sin tregua ni compasion; y no hubo oficial, soldado ni paisano que con su compañía ó con los vecinos que se le allega-

ban, descansara un instante en la cruenta, pero patriótica tarea de matar franceses.

«Superada la primera sorpresa, dice D. Miguel »Agustin Príncipe en su narracion histórica de *La »Guerra de la Independencia*, no son ya los fuertes »los únicos que toman parte en la lucha; sónlo tam- »bien las mismas mujeres, los decrépitos, y áun los »niños, sobresaliendo entre las primeras, además de »la brava Agustina, la justamente célebre Casta Al- »varez, mujer del pueblo, y aún más la insigne y »para siempre memorable condesa de Bureta, Doña »María Concepcion de Azlor y Villavicencio, que »viendo invadida la ciudad y próxima su casa á ser »cortada, forma dos barricadas en la calle y espera »heróicamente al enemigo resuelta á resistirle hasta »morir.» (1)

Resultado semejante obtuvo la columna del centro. Tomando por la calle de San Gil la del Arco de Cineja, penetró por un dédalo de calles hasta perderse en él. Pronto empezaron los franceses á sentir los efectos de aquella equivocacion. Si al romper la marcha no encontraron obstáculo alguno, fué porque, agolpados los defensores á la entrada del puente, se habia abandonado la defensa en aquel frente. Mas esta fué la desgracia mayor de los franceses, quienes, no viéndose hostilizados, fueron engolfándose, más y más satisfechos, en el camino, creyendo

(1) El inglés Cárlos R. Vaughan, ya citado, escribia que «el nu- »mero de las mujeres y niños que habian perecido en el sitio, era »muy considerable y en la misma proporcion que el de los hom- »bres: en efecto, exclama, las mujeres y los niños estaban siempre »delante; lo más difícil era enseñarles la prudencia é inspirarles el »sentimiento del peligro que corrian.»

llegada la última hora de Zaragoza. Algunos tiros, despreciados al pronto por el enemigo, indicaron á los defensores que volvian del puente la direccion que aquel habia tomado; y en tropel, segun iban llegando, con la algazara del entusiasmo que habia producido su nueva resolucion y el deseo de justificarse á sí mismos, empezaron á cercar y á acometer á los franceses Las calles que éstos habian dejado á su espalda, fueron inmediatamente ocupadas; las casas, en cuyo saqueo se entretenian, recibieron por los pátios ó por las inmediatas, á los soldados de la pátria ó á los vecinos que corrian á defenderlas, y no hubo al poco tiempo puerta ni boca-calle que no encontrasen los enemigos interceptada ó defendida por el fuego y todo género de proyectiles que hombres y mujeres se afanaban en arrojar de las ventanas y tejados. Era imposible así la marcha de los invasores, y no pasó más de una hora sin que se viesen obligados á retroceder, diezmados, rotos y en la confusion más degradante.

Victoria de los aragoneses.

¡Ejemplo es aquel de que difícilmente presentará modelos la historia militar moderna! ¡Una ciudad entrada por el primer ejército del mundo, deteniéndolo en sus plazas y calles! Sólo Barcelona en 1715 habia intentado una resistencia semejante. El ser civil la contienda, habia hecho desgraciado el resultado de la resolucion catalana: en Zaragoza iba á verse coronada la de sus habitantes por el éxito más glorioso.

La accion continuó todavía algunas horas obstinada y sangrienta, alternando la fortuna sus favores con sus desdenes; pero á las seis de la tarde, las co-

lumnas francesas aparecian concentradas y á la defensiva en la entrada de la calle de Santa Engracia, apoyándose en el Hospital y San Francisco para vigilar los tránsitos del Coso, y en los edificios que se alzaban á retaguardia, para tener expedita la comunicacion con las baterías de brecha y el campamento (1).

Las pérdidas de los franceses fueron muy considerables. Belmas las hace subir á 462 muertos y 505 heridos, cifra inferior á la que Verdier estampa en

---

(1) Es imposible en una historia como la presente detenerse en las infinitas peripecias que ofreció la accion de aquel dia. Los mismos que se han ocupado en describirla aisladamente no han conseguido tomar todos en cuenta. El mayor número de ellos, despues de relatar algunas, se han esmerado en reducir á una sola impresion general lo que les produjeron el espectáculo ó la descripcion de los variadisimos pormenores de aquella extraña y excepcional batalla. Alcaide, lo hace así: «Zaragoza parecia un volcan en el estrépito, en las convulsiones y en los encuentros rápidos con que »donde quiera se luchaba y acometia. Todo era singular y extra»ordinario: unos por las casas, otros por las calles, en un extremo »avanzando, en otro huyendo; cada cual sin órden, formacion ni »táctica, tenia que hacer frente donde quiera le acometia el riesgo: »franceses y españoles andaban mezclados y revueltos: rara cosa »se hacia por consejo ú órden, y todo lo gobernaba el acaso. Guia»dos del impulso de vencer ó morir, se arrojaban los defensores de »Zaragoza con el mayor ardor en medio de los peligros. Si el ene»migo asaltaba una casa, derribando alguna entrada por la calle »del Coso, allí estaban luego los patriotas que, ejecutando lo mis»mo con las puertas de la espalda, ó entrando por las casas inme»diatas, los cogian entre sus manos, clavándoles el acero en el pe»cho. .... ¡Qué de acciones valientes se ejecutaron en este dia me»morable! ¡Qué lástima no poderlas trasmitir todas á la posteridad!»

La impresion debió ser la misma en franceses y españoles, porque Belmas la manifiesta así al resumir las operaciones de aquel dia: «La ciudad, dice, estaba como un volcan por las explosiones »continuas que en ella se sucedian. Oianse los gritos de vencedores »y vencidos; aquí la victoria, allá el desórden y la fuga; amigos y »enemigos combatian mezclados y sin órden. Cada uno se defendia »allí donde era atacado, y atacaba donde descubria al enemigo; la »casualidad tan sólo presidia á aquel cáos. Las calles estaban cu»biertas de cadáveres; los gritos que se escuchaban de entre las »llamas y el humo aumentaban el horror de aquella escena de de»solacion, y el toque de rebato (le tocsin) que las campanas hacian

su parte, en el cual manifiesta que la de los heridos se elevaba á 800 ó 900, entre quienes se contaban él y los generales Lefebvre y Bazancourt. Thiers se muestra conforme con este número, y dice ser de unos 300 el de los muertos, añadiendo que «los dos »regimientos 14.° y 44.° de línea, habian creido vol»ver á encontrar en las calles de Zaragoza el fuego »de fusilería que en Eylau.» Quien tenga idea de lo que eran los boletines franceses, comprenderá la dificultad de conocer exactamente las pérdidas de sus ejércitos en la guerra; pero las de aquel dia debieron ser más importantes que las arriba estampadas cuando las columnas se detuvieron en su marcha arrebatada por las calles de la ciudad, despues de invadida tan felizmente (1).

Mayor es todavía la dificultad de averiguar las bajas de los españoles. Si las de los zaragozanos se podian justificar, no así las de los forasteros y ménos las de las tropas que tuvieron una participacion tan honrosa en la jornada. En los primeros ataques de-

---

»oir por todas partes, parecia anunciar la agonía de Zaragoza. En »fin, despues de siete horas de combate, el más obstinado, sobre»vino la noche é hizo cesar el fuego.»

No puede darse expresion más acorde en unos y otros de los historiadores de aquella accion.

Verdier en su parte dice que en su vida habia visto *granizada de balas* como la de aquel dia.

Para dar á conocer la índole de aquella lucha dividida en cien parciales é infinitas puramente personales, insertamos como apéndice, y en el que lleva el núm. 10, una exposicion de hechos notables ejecutados por José Monclus, cabo 1.° de una de las compañías de fusileros con las certificaciones de cada uno de los jefes que los presenciaron y dan testimonio asi de ellos.

Es documento sumamente curioso, y uno de los muchísimos de ese género que encierra el archivo inapreciable del señor duque de Zaragoza.

(1) Príncipe dice que fueron 2.000 los franceses muertos ó heridos.

bió ser considerable la mortandad de los defensores: la clase de guerra despues la haria más escasa (1).

La noche del 4 al 5 se pasó en agitacion incesante en los dos campos. Al ruido del combate sucedió el de las obras con que franceses y españoles creyeron deberse resguardar en sus respectivas posiciones. El general Lefebvre que habia vuelto á tomar el mando, abandonado por Verdier á causa de su herida, se atrincheró en los edificios conquistados y, sobre todo, en San Francisco, cuya puerta cubrió con un parapeto desde el cual pudiese, además, flanquear el Coso (2).

Nueva faz que toma la defensa de Zaragoza.

Los nuestros se ocuparon en cerrar todas las boca-calles con fuertes barricadas, en abrir zanjas profundas para aislar ciertos puntos que eligieron de concentracion, y en practicar comunicaciones por las casas, cubrir los balcones y proveer los puntos más expuestos de los elementos necesarios de defensa. Parecia haberse retrocedido á la época romana, circunscrita la ciudad al recinto mismo que entónces la encerraba y separada de las construcciones ex-

(1) Dice Alcaide: «Lo que puede asegurarse es que la mañana »del dia 4 de Agosto perecieron bastantes patriotas, y que en la »refriega acérrima de por la tarde fué triplicada la de los franceses »á la nuestra, y de tanta consideracion, que los arredró extraor»dinariamente.» Ni Alcaide ni otro alguno de los escritores españoles fija el número de las bajas.

(2) Dice Schèpeller: «Los franceses habian muerto en los claustros varios monjes (*), cuyos cadáveres arrojaron al Coso precisamente allí donde establecian sus baterías. Aquel espectáculo exasperó á los españoles hasta la rabia.—*Hacen baterías con nuestros cadáveres*, gritaban; *pues hagámoslas con los suyos.*»

(*) En Santa Engracia mataron cuatro y en San Francisco, doce. Una religiosa y varias otras mujeres experimentaron la misma suerte, y muchas monjas fueron conducidas como prisioneras.
(Nota del mismo Schèpeller.)

teriores por el ancho foso que hoy cubre el pavimento del Coso. El arco de Cineja volvió á cerrarse como podria estarlo la antigua puerta *Cineraria*, y la Calle de San Gil, no confiándose en nuevas equivocaciones, fué interceptada por diferentes cortaduras y parapetos que la hiciesen completamente intransitable. En el hospital de convalecientes se aumentaron las obras de defensa, y por el lado opuesto todas las avenidas del Coso y las casas próximas á la posicion francesa se aspilleraron y fortificaron cuidadosamente.

De manera que en la mañana del 5, los franceses, y no los zaragozanos, parecian los sitiados, áun cuando dentro de la ciudad cuya expugnacion pretendian.

La situacion de los españoles era, sin embargo, muy apurada. Escaseaban los víveres; era de temer la putrefacion de tantos cadáveres como yacian por las calles, y faltaba absolutamente el primer elemento para la guerra, la pólvora. Si se lograban conjurar los gravísimos peligros que representan aquellas necesidades, Zaragoza era libre, porque sobraba el valor en sus defensores para arrostrar los combates que aún deberian librarse en las calles de la ciudad heróica.

La abnegacion de los habitantes tenia que impedir la infeccion de la atmósfera que era de temer; y, á fuerza de celo por parte de todos ellos, se logró en poco tiempo la inhumacion de los muertos, franceses y españoles indistintamente (1). Palafox proveyó

(1) Cárlos Ricardo Vaughan, en su opúsculo ya citado, dice lo siguiente: «En todo el tiempo del sitio, nada causó más embarazo á Palafox que la enorme acumulacion de cadáveres que le hacia

al abastecimiento de municiones de boca y guerra, con lo que fueron conjurados todos los peligros y salvada Zaragoza.

Reunidos en Osera los tres generales hermanos á las tropas que habian avanzado de Pina y advertidos de que aún se conservaba Zaragoza por las detonaciones de la artillería y los repetidos avisos del Brigadier Torres, decidieron que el marqués de Lazan intentase con el batallon de Guardias españolas la introduccion de un pequeño convoy que aliviara por el pronto la penuria y sostuviese el espíritu en los defensores. Era preciso burlar la vigilancia que los franceses ejercian sobre la izquierda del Ebro, no muy exquisita cuando ellos habian podido evitarla en su salida de la ciudad; y con ese objeto se trasladó Lazan á Pastriz, á cuya inmediacion debia vadear el Gállego. La operacion era atrevida; pero tan diligente anduvo el marqués que, para cuando corrió á estorbarla la caballería francesa que la habia observado desde Torrero, el batallon de Guardias y los dos carros de municiones habian vadeado el Gállego y pocos minutos despues se batian con los franceses en posicion ventajosa y apoyados en el Arrabal (1),

---

»temer las consecuencias espantosas del contagio que debia indefectiblemente resultar de ella. Todo aragonés que se mostrase en la calle estaba expuesto á una muerte casi segura, y el expediente á que se recurrió fué al de obligar á penetrar entre los muertos y los moribundos á los prisioneros franceses, sujetos al extremo de una cuerda, quienes levantaban los cuerpos de sus compatriotas y los conducian al punto en que debian ser enterrados. El deber con que así cumplian y la piedad de sus compañeros de armas, los preservaban en general de todo peligro; y por este medio se evitaron, al ménos en parte, los deplorables efectos del contagio.»

(1) Dice Lazan en su «Campaña de verano:» «A la verdad si tardo ocho ó diez minutos más en llegar á aquel sitio (al vado del

en el que penetraron más tarde «con banderas »desplegadas, tambor batiente, y música que dester»raba el horror del riesgo y anunciaba la victoria.» (1).

No convenia por el pronto encerrar en Zaragoza las fuerzas que habian acudido en su auxilio, y Palafox decidió trasladarse á Villamayor, legua y cuarto de la ciudad, para desde sus alturas mantener expedita la comunicacion por donde pudieran los defensores recibir víveres, municiones y cuantos refuerzos hiciese necesaria la marcha de aquel largo y extraordinario asedio. Ya en Villamayor el cuartel general, el 2.° de voluntarios de Aragon, los miqueletes catalanes y algunos artilleros, llegaron tambien varios destacamentos de Huesca, Barbastro, y de toda la tierra alta que venian al socorro de sus paisanos de Zaragoza. El dia 6 encontrábase, pues, el general Palafox á la cabeza de unos 5.000 hombres y con un convoy de 200 carros en la izquierda del Gállego, esperando ocasion propicia para introducirlo en la ciudad.

Escarmentados los franceses con la incorporacion del batallon de Guardias á los sitiados y observando la formacion en Villamayor de aquel que iba tomando las proporciones de un ejército de socorro, pensaron en combatirlo y, sobre todo, en impedir la reunion de un convoy tan importante para los zaragozanos en tales momentos. Lograron interceptar algunos carros sorprendiéndolos en su marcha; pero el fuego

»Gállego), me toman los franceses la delantera y derrotan precisamente mis pocas fuerzas.»

(1) Informe de Palafox sobre esta operacion.

de la artillería de Palafox los contuvo y hubieron de volverse á su campo burlados en sus dos empresas.

La entrada de Lazan y de los Guardias sirvió en Zaragoza á confortar la resolucion, ya tomada, de proseguir la resistencia hasta donde llegasen las fuerzas de su guarnicion y de sus habitantes. La pólvora era la grande y urgente necesidad del momento. Se habia hecho una pesquisa por las baterías y las casas y, áun cuando no arredraba su falta á los defensores (1), habia que reconocer la imposibilidad de resistir mucho tiempo sin municiones. Pero una vez provistos de ellas el 5, el entusiasmo creció y no se pensó ya más que en hacer un esfuerzo para arrojar de la ciudad á los invasores.

Lefebvre apela de nuevo al camino de las intimaciones.

No cesaba el bombardeo por parte de las baterías francesas, sin que esto obstase para que Lefebvre, desde el punto en que se encargó del mando, tratara de conseguir por vías pacíficas lo que ya suponia imposible por la de las armas. El gobernador del castillo encontró en el foso un pliego en que se intimaba á los zaragozanos con arrasar la ciudad si no se rendian; en los orillas del Gállego se comunicó á Palafox la noticia de haber capitulado Zaragoza, noticia torpe, oyéndose el fuego que hacian los sitiados; y junto á San Francisco se representó otra farsa como las anteriores, fingiendo un destacamento francés quererse pasar á los nuestros para ocupar, sin duda, alguna de las baterías nuevas.

Con esto se encendieron más y más los ánimos; los defensores, exaltados con las frases calurosas de

(1) «Es igual, contestaron algunos; así pelearemos más con las »bayonetas.»

San Génis (1), juraron de nuevo vencer ó morir, y volvió la pelea á reproducirse sangrienta y sin tregua.

Avanzan los zaragozanos

Miéntras los franceses atacaban infructuosamente el hospital de Convalecientes y la Encarnacion y desperdiciaban tiempo y fuego en batir las barricadas del arco de Cineja y de la calle de San Gil con baterías que habian levantado en la de Santa Engracia, Renovales iba asaltando las casas inmediatas al hospital general y se apoderaba del convento de Santa Catalina y del Jardin botánico. Por más que el enemigo relevaba las tropas con frecuencia, el entusiasmo de los sitiados subia de punto hasta rayar en delirio, acometiendo aisladamente y en grupos con una temeridad que no pueden ménos de proclamar los mismos historiadores franceses.

En tan ruda y descomunal pelea sorprendió á Lefebvre la noticia de la rota de Bailén, recibida en la mañana del 6 por conducto de Belliard, jefe de Estado Mayor de José Bonaparte. Con ella venia la órden de prepararse al levantamiento del sitio de Zaragoza, por ser el plan del pretendiente, al evacuar Madrid, el de retirar todas las fuerzas francesas á la izquierda del Ebro. Ya podia, pues, darse por terminada la campaña de Aragon, y pensaban Verdier y Lefebvre en comenzar sus preparativos de retirada, cuando el 7 llegó la revocacion de aquella órden y la nueva de continuar el ataque de Zaragoza. Se queria hacer de esta ciudad un punto de apoyo en la línea del Ebro para con toda seguridad esperar los

---

(1) San Génis dijo en el Ayuntamiento: «Hay recursos; el mayor don de la guerra es ganar tiempo, y á todo trance deberemos perecer entre las ruinas.»

refuerzos que no dejaria de enviar el Emperador, al saber el desastre del general Dupont.

Continuó, pues, el sitio y con más energía, si cabe, que anteriormente. Las baterías renovaron el fuego; y la artillería francesa que operaba en el interior lo abrió contra las barricadas y los edificios que ocupaban los nuestros. Especialmente hácia el hospital de Convalecientes y la calle del Azoque, el combate se encarnizó á punto de temerse una invasion nueva y acaso decisiva. Acudieron en gran número los defensores y, á fuerza de valor y de insistencia, se logró contener y hasta escarmentar rudamente á los franceses. Pero se presentó tan inminente y sério el peligro, y hubo de hacerse tal uso del arma blanca á falta de municiones, que se llegó á reclamar el auxilio de Palafox que seguia en Villamayor con las tropas de socorro.

Palafox se enseñorea de la izquierda del Ebro.

Continuaban los franceses en la izquierda del Ebro vigilando los pasos del Gállego y aunque, por su escasa fuerza y la concentracion de ella estando al frente de la superior de los españoles, no podian impedir la entrada de pequeños destacamentos en la ciudad, sí la de los convoyes cuyo trasporte exigia más tiempo y caminos trillados y fáciles. Palafox, recelando de la disciplina y de la instruccion de los paisanos que componian la mayor parte de su fuerza, recurrió el dia 8 á una operacion muy comun en la guerra, pero hábil y de éxito generalmente afortunado. Con los voluntarios de Aragon y algunas piezas de artillería que acababa de recibir, fingió un ataque á la izquierda de los franceses, acampados á su frente. Estos se concentraron para resistir la carga,



dejando así libre un grande espacio por el que se deslizó un pequeño convoy de municiones que llegó felizmente á Zaragoza. Inmediamente despues hizo retirar á los voluntarios del punto en que combatian y, formando su pequeño ejército en fuertes columnas que protegiesen el gran convoy reunido en Villamayor, cruzó gallardamente el Gállego por enmedio de las líneas enemigas y, sin perder un sólo hombre, se estableció en las alturas de San Gregorio y puntos inmediatos al Arrabal. Los franceses fueron replegándose por ambos flancos para pasar el Ebro; los de su derecha por el vado próximo á la confluencia del Gállego, y los de la izquierda por el puente de barcas establecido frente á Juslibol, que destruyeron en seguida para que no pudiera servir despues á los españoles.

En vista de estos resultados no puede ménos de tenerse la salida de Palafox el dia 4 por prudente y acertada. Sólo él podia obtenerlos, como ya hemos hecho observar ántes, y no es extraño que entónces y despues se alabase de ella (1).

Desde entónces el sitio de Zaragoza ofreció un aspecto muy distinto. De sitiados, parecieron los españoles convertirse en sitiadores, y no pasó dia en que no ganasen terreno en las posiciones de los ene-

(1) No hemos visto escrito de Palafox en que no se descubra un cuidado extremo por hacer resaltar la oportunidad de aquella salida. En las notas ya citadas á la obra de Sarrazin, se lee la siguiente: «El mismo Palafox fué quien en una de las salidas que hizo de »la plaza entró un convoy considerable y 3.000 hombres en la pla»za, habiendo tenido que batirse en las alturas de Villamayor para »esta operacion. A su salida no quedaba más pólvora que la repar»tida á los soldados, y en aquella misma noche envió á su herma»no el marqués de Lazan con la necesaria para dos dias, que la in»trodujo haciendo fuego á los sitiadores.»

migos. El dia 9, despues de haber resistido un asalto furioso en el gran reducto que mediaba entre las puertas del Cármen y del Portillo, en el que los Miqueletes catalanes rechazaron á los franceses cuchillo en mano, enardecidos los nuestros, Guardias españolas, Walonas y paisanos con tan señalado triunfo, se precipitan en pos del enemigo fuera de sus abrigos y atrincheramientos. Cejan los soldados de Lefebvre y á su compás siguen avanzando los defensores tan arrebatadamente, que á las pocas horas, á pesar de experimentar muy graves pérdidas, se apoderan de un cañon de á 16 y de un obús que desde el dia 4 no cesaban de arrojar proyectiles sobre los edificios del reducto.

Coincidieron con esta brillante accion y las que Simonó y Renovales seguian ejecutando por el hospital general, de que llegaron á apoderarse, las noticias de la victoria de Bailén y de la evacuacion de Madrid que fueron anunciadas solemnemente en *Gaceta* extraordinaria. Desde entónces era casi imposible entrara el desaliento, ni por instantes, en el ánimo de quienes tantas pruebas venian dando de abnegacion desde el principio del sitio. Por el contrario, redobló el coraje con la esperanza de la victoria y el pensamiento de una próxima venganza de los atropellos que cada dia, con mayor crueldad, seguian cometiendo los enemigos. Estos veian que se les escapaba la presa de entre las manos; é impregnados de la ira que no podia ménos de inspirarles tanto sacrificio como les habia costado una ciudad abierta y defendida por soldados y paisanos que suponian temblorosos á su sóla presencia, se esmeraban en la des- Levantamiento del sitio.

truccion de los edificios y establecimientos que habian ocupado. Cada dia, al perder alguno de ellos, arrojados los franceses por nuestros compatriotas más y más enardecidos en su resistencia, dejaban el fuego que habia de consumirlo y no habia despues más que observar las huellas del incendio en la zona ocupada el 4 de Agosto por los franceses para reconocer su vencimiento y su despecho. Las noticias que recibian de la retirada de todos los ejércitos hácia la frontera, les hacia presumir que no tardarian ellos en emprenderla; y, bien con la idea de facilitarse la entrada en Zaragoza si volvian luégo á sitiarla ó ya para vengarse de la humillacion que sufrian, fueron quemando y destruyendo cuanto se veian obligados á abandonar, con excepcion de lo que pudieron trasportar, dinero, ropas y alhajas que ocuparon en sus mochilas el lugar del vestuario.

La violencia progresiva del bombardeo, chocando con la marcha retrógrada de los que lo ejecutaban, indicaba á los sitiados la proximidad del levantamiento del sitio, esperado con ánsia indecible por los zaragozanos. No experimentaban desde la entrada de Palafox la penuria anterior que en los últimos dias amenazaba convertirse en hambre: los molinos habian vuelto á su antiguo é incesante movimiento, y los víveres entraban con regularidad y abundancia; pero toda la zona combatida de cerca se hallaba desierta de sus habituales moradores que vagaban por la ciudad, llenaban las casas más seguras ó los templos, y hasta impedian las operaciones de la defensa en el Arrabal. El dia 12 se descubrió desde la Torre Nueva la marcha de una fuerte columna que

debió suponerse con la mision de observar al ejército valenciano, de quien se sabia haberse puesto en marcha en socorro de los aragoneses. El 13 aumentó en tales proporciones el bombardeo, dirigido especialmente hácia La Seo, que causó destrozos considerables en tan suntuoso templo y en los edificios inmediatos (1). Los franceses pasaron todo el dia quemando cuanto no habian incendiado en los anteriores. Por más esfuerzos que hicieron los defensores para impedir aquella obra de salvaje iniquidad, no lograron sino aumentar la violencia del fuego, pues viéndose los franceses expulsados de algunos edificios en combates que, como todos los de aquellos dias, tomaban al momento el carácter antiguo, el del arma blanca, se aplicaban más á hacinar combustible para completar la destruccion que se habian propuesto. Ya en la noche anterior no debió quedar duda de la retirada de los franceses anunciada por un número crecido de prisioneros (2) en su mayor parte religiosas de los conventos conquistados, á quienes Verdier habia hecho poner en libertad.

Por fin, al amanecer del dia 14, la voladura del Monasterio de Santa Engracia anunció con el fragor pavoroso de la explosion y el ruido conmovedor de las ruinas en que se convertia tan primoroso monumento, la victoria de los zaragozanos. Un material inmenso de artillería, todo el de sitio, los repuestos de municiones, los almacenes de víveres y mil otros

(1) Casamayor dice que cayeron tantos proyectiles en el Ebro, »que se vieron muchos peces muertos encima de las aguas.»

(2) Casamayor dice que eran más de 300.

objetos de campamento fueron la presa de los vencedores (1): las ruinas de Santa Engracia, del Hospital, de San Francisco y de todos los edificios, en fin, que los enemigos habian ocupado, los trofeos con que todavía se engalana la ciudad heróica cuya gloria sobrevivirá á las generaciones más dilatadas y á los monumentos más robustos (2).

«Así terminó, dice el prusiano Schèpeler, el pri»mer sitio de Zaragoza, sitio que coloca el nombre »de esta ciudad al lado de los de Numancia y de Sa»gunto. Ninguna desgracia ulterior, ningun triste »resultado de paz ó guerra podrá borrárlo, como no »podrá los de aquellas dos ciudades de la antigüe»dad. Los españoles pueden adornarse sin temor con »este laurel; ninguna otra nacion moderna les opon»drá otro semejante. Si el abandono de Moscow (3) »fué grande á manera de los escitas, la defensa de »Zaragoza lo sobrepuja, como el combate sobrepuja »en nobleza al incendio y la fuga, por más que és»tos hagan obtener un resultado más importante.»

(1) Las piezas de artillería que dejaron los franceses, segun el parte detallado del comandante de artillería de la plaza, son:

Morteros de á 12 pulgadas..........	5
Obúses de á 8 pulgadas.............	5
Cañones de á 18....................	2
Idem de á 16.......................	1
Idem de á 12.......................	3
De diferentes calibres.............	35

Además quedaron en el campo un número considerable de fusiles y gran cantidad de municiones, así como víveres en grande abundancia.

(2) Decia Lefebvre al Mayor general: «La parte de la ciudad »que hemos abandonado no es más que un monton de escombros, »á traves de los cuales es ahora muy difícil penetrar.»

(3) Sin contar con la probabilidad, más que fundada, de que el incendio de Moscow fuese obra de los franceses y no de los rusos. (Nota de Schèpeler.)

CAPÍTULO V.

Batalla de Bailén.

Primeras posiciones del ejército español de Andalucía.—Carmona.—Utrera.—Organizacion del ejército.—Los ingleses ofrecen su cooperacion.—El ejército se dirige á Córdoba.—Dupont se retira á Andújar.—Importancia estratégica de Bailén.—Impresiones de la retirada.—Estado en que se hallaba Andújar.—Expedicion á Jaen.—Situacion de los franceses en Andújar.—Murat, y despues Savary en Madrid.—Marcha de la division Vedel á Andalucía.—Queda incomunicado con Madrid.—Reflexiones de Savary respecto al ejército de Andalucía y medidas que toma para evitar un desastre.—Ejército español de Granada.—Segunda expedicion de los franceses á Jaen.—Son batidos y se retiran.—Castaños avanza sobre Andújar.—D. Juan de la Cruz Mourgeon.—Nueva organizacion del ejército.—Consejo de guerra.—Plan de campaña.—Se pone en ejecucion.—Los españoles se establecen en Menjívar.—Accion de Villanueva.—Castaños ocupa los Visos de Andújar.—Posiciones de los fanceses.—Accion de Menjívar.—Efecto que produce en Andújar la llegada de Vedel.—Vacilaciones de Dupont.—Marcha de Vedel á Bailén y la Carolina.—Los españoles se dirigen á Bailén.—Batalla de Bailén.—Descripcion del campo.—Marcha de Dupont.—Choque de las avanzadas.—Línea de batalla de los españoles.—Primer ataque.—Su influencia en el éxito de la batalla.—Segundo ataque.—Tercer ataque.—La caballería francesa carga sobre la iz-

quierda española.—Una columna francesa ataca la batería del camino.—Combate en la derecha española.—Primera señal de desmayo en los franceses.—Cuarto ataque.—Quinto y último ataque.—Dupont solicita una suspension de armas.—Se presenta Lapeña á retaguardia de los franceses.—Operaciones de Vedel.—Su llegada al frente de Bailén y comunicaciones con Reding.—Vedel ataca las posiciones españolas.—Cesa el fuego.—Conducta doble de Dupont.—Preliminares de la capitulacion.—Se retira Vedel á Santa Elena.—Negociaciones de la capitulacion.—Los franceses rinden las armas.—Son dirigidos al litoral de Andalucía.—Observaciones.

Primeras posiciones del ejército español de Andalucía.

Dejamos al general Dupont en Córdoba esperando refuerzos para continuar su marcha á la isla gaditana. Su detencion habia causado en los andaluces, con la sorpresa que es de presumir, el entusiasmo más ardiente. Si un combate de voluntarios, aunque desgraciado, habia contenido á los soldados de Napoleon en su marcha, ¿qué no debia esperarse de las operaciones que iba á emprender el ejército que se estaba organizando y el sin número de patriotas que acudian de todas partes á reforzarlo y guarnecer los puntos más importantes de aquellas provincias? Es muy difícil encontrar en la historia de los pueblos iniciativa más expontánea y unánime, resolucion más enérgica, que la que demostraron los de Andalucía en la invasion de los franceses. La desgracia de Alcolea sirvió para encender más los ánimos, y los mismos fugitivos, proclamando la posibilidad de vencer con alguna mayor tenacidad en la pelea, fomentaban la efervescencia y la confianza en el ejército.

Carmona.

El general Castaños, despues de levantar el cam-

po del de San Roque con todos los cuerpos que lo formaban, y de conferenciar con el gobernador de Gibraltar para ponerse de acuerdo con él sobre el modo de hacer eficaz la alianza nuevamente restablecida entre la Junta suprema y la Inglaterra, corrió á Sevilla, donde recibió el nombramiento de general en jefe del ejército de Andalucía. Designado Carmona para cuartel general, principiaron á reunirse allí, no sólo las tropas de línea que guarnecian el reino de Andalucía, sino que los voluntarios que debian formar el completo de la fuerza y los que se alistaban en los varios cuerpos de nueva creacion se dirigieron á aquel punto, elegido en el primer calor del levantamiento por más avanzado, y como más propio para apoyar al ejército de vanguardia, que se creia de un momento á otro á las manos con el enemigo.

La cuenca del Guadalquivir entre Ecija y el mar, está accidentada por una série de montecillos que la dividen en dos vastas llanuras; una superior en que asientan, además de Osuna y Moron, Marchena, Paradas y Arahal en el camino de Ecija á Utrera, y otra inferior, triste y despoblada, que termina en las aguas de aquel gran rio. La carretera, abierta por los romanos, como todas, con un objeto casi exclusivamente militar, va coronando los montecillos para descubrir y flanquear desde ellos ámbas llanuras; y especialmente entre el Corbones y el Guadaira, los pueblos por donde pasa forman posiciones, algunas de las que el arte ha hecho importantes en épocas posteriores. Carmona asienta en un promontorio que se alza sobre el Corbones, donde empieza esa série de

eminencias, y desde el cual se atalayan los pasos del Genil, las avenidas de Granada y el ya mencionado camino de Ecija á Utrera, cubierto desde allí con el Viso de Alcor, Mairena y, en último término, con Alcalá de Guadaira, donde la Edad Media vió levantarse un castillo, verdadero modelo de las construcciones militares de aquel tiempo, y un campo atrincherado, que es acaso el primero que se haya formado en Europa. Carmona es, pues, un punto excelente de observacion; pero, como campo de batalla, ofrece el inconveniente de ser á su vez flanqueado por ese mismo camino de Utrera, cuyo tránsito vigila y áun puede impedir un ejército disciplinado y maniobrero. El de Andalucía no reunia ni podia reunir en aquellos primeros dias de la sublevacion estas circunstancias tan esenciales en operaciones de la índole estratégica que exigia la eleccion de Carmona como eje de las que era de esperar tuvieran lugar inmediatamente; y Castaños, que á su llegada con Saavedra á Carmona pudo observar lo comprometido de su posicion si en aquellos momentos le atacaba el ejército francés, resolvió retroceder con el grueso de sus tropas para situarlo en punto más conveniente.

Utrera. Alcalá de Guadaira, de paso preciso para Sevilla, la defiende inmediatamente; pero no cubre el camino más corto de Ecija á Cádiz, camino que Dupont parecia llamado á seguir con preferencia, si habia de salvar la escuadra de Rosily de un peligro que cada dia, á cada momento, se hacia mayor y más inminente. Era necesario elegir otro punto que cerrara las dos avenidas y observase á Alcalá ó á Sevilla tan

de cerca que, en caso necesario, bastasen pocas horas para acudir á su defensa, y se eligió á Utrera que reune esas condiciones y es el lugar verdaderamente estratégico en el objeto presumible de aquella campaña. Los oficiales de ingenieros D. José María Huet y D. Antonio Remon Zarco del Valle, agregados al Estado Mayor de Castaños, formaron inmediatamente los itinerarios, clasificando los puntos de tránsito segun las operaciones á que pudiera dar lugar la invasion francesa en aquellos momentos; y el dia 12, en que llegó el cuartel general á Utrera, fué el en que empezó á tomar cuerpo aquella masa de tropas y de voluntarios que acudian de todas las partes de Andalucía al llamamiento de la pátria.

En Carmona, sin embargo, quedó el general marqués de Coupigni, encargado del mando del cuerpo de vanguardia, en que recibieron tambien destino el brigadier Venegas y el teniente coronel D. Juan de la Cruz Mourgeon.

Su mision era la de distraer la atencion del ejército francés, cuyos destacamentos llegaban á La Carlota y Ecija, para ocultar mejor el movimiento retrógado de Castaños y amenazar los flancos y las comunicaciones de los invasores de Córdoba. Y tal fué la actividad que desplegó Coupigni y tan atrevidas y hábiles fueron las operaciones de Venegas y de Mourgeon, que, segun veremos despues, contribuyeron poderosamente á la retirada del ejército francés.

Utrera quedó convertido en un vasto campo de instruccion. Los veteranos, como los reclutas, empleaban ocho horas del dia en ejercicios doctrinales, Organizacion del ejército.

sin que, por eso, se dedicaran las demás al descanso, porque la provision y reparto del vestuario y equipo exigian una atencion muy esmerada. Escaseaban uno y otro, áun para los cuerpos regulares, por la entrada en ellos de un número inesperado de voluntarios; así es que fué preciso hacer dos de cada vestuario completo, entregándose á un cuerpo los calzones, casacas y sombreros, y á otros las gorras, pantalones y chaquetas. La falta de cartucheras y cananas se suplió con saquillos de lienzo que las damas de Utrera confeccionaron por un modelo que se les dió apropiado al objeto. Existia suficiente armamento, pues Sevilla, centro el más importante de la industria militar de España, era capaz de proveer á todas las necesidades de la campaña que se preparaba, y la pólvora y municiones, áun cuando existian y áun se podian fabricar en aquella capital, se hicieron llevar de otros puntos que, por ser fuertes y estarse en guerra con los ingleses, se hallaban abundantemente provistos de todo.

Miéntras se llevaba á cabo la instruccion de las tropas, organizóse el ejército en tres divisiones á las órdenes de los mariscales de campo D. Narciso de Pedro, D. Félix Jones y D. Manuel de Lapeña, y un cuerpo de vanguardia, en cuyo mando se confirmó al marqués de Coupigni (1). No entraron en la composicion de este ejército, tal como se mantuvo hasta su reunion con el de Granada, otros cuerpos que los veteranos, áun cuando alistados en ellos los que voluntariamente ó por el llamamiento general prefi-

(1) V. El apéndice núm. 11.

rieron cubrir los cuadros de las antiguas tropas. Los regimientos nuevos quedaron organizándose en Sevilla, donde, además, se estableció un depósito central de instruccion, destinado á cubrir las bajas del ejército. El espíritu militar de Castaños y el juicio recto y el patriotismo de Saavedra, unidos en ámbos á la firme resolucion de desechar todo elemento en que no fuera fácil establecer una disciplina severa y la obediencia de nuestras ordenanzas, los movió á acumular cuantos recursos les fué dable adquirir en los cuadros existentes, renunciando por sí con gusto y haciendo renunciar á los demás á nuevas formaciones, útiles en pequeña escala y para servicios locales ó limitados, muy perjudiciales en masas considerables, capaces de introducir en el resto de las tropas el desórden y la licencia que suelen caracterizarlas (1). Y con tanta fortuna lograron re-

---

(1) En un escrito del general Castaños dirigido á rectificar aserciones de algun periódico francés, inédito aún y que guarda en su archivo el actual duque de Bailén, se lee lo siguiente: «Y »como sólo habian quedado en Andalucía los cuadros de los regi»mientos con bastantes oficiales, algunos sargentos y cabos, por»que los soldados habian marchado á las expediciones indicadas »anteriormente (*), tuve tanto acierto en la eleccion de generales, »jefes y ayudantes para la organizacion del ejército, que el dia 29 »del mismo mes de Junio emprendí la marcha para buscar á Du»pont, habiendo pasado una revista el presidente de la Junta de »Sevilla D. Francisco Saavedra, que por haber seguido la carre»ra militar y dedicádose á su estudio tenia muchos conocimien»tos...»

(*) «Me limité á completar con 2.000 hombres cada regimiento y des»paché á sus casas sobre unos 12.000 paisanos que consideraba inútiles »por no querer llevar ningun regimiento que no fuese organizado, y sólo »unos 5.000 hombres destiné á las órdenes del conde de Valdecañas, muy »conocedor del país donde tenia mucho prestigio, con unos ayudantes in»teligentes para que ocupando los picachos á larga distancia de los fran»ceses y sin aproximarse porque tenian pocas armas y ninguna discipli»na, sólo sirviesen de espantajo, y tambien reforcé al coronel D. Juan de »la Cruz Mourgeon que habia principiado á formar un batallon de Cádiz »con el nombre de «Tiradores.»

(Nota del mismo general Castaños.)

mover los obstáculos que se les oponia; tal fué el entusiasmo y la buena voluntad que encontraron en la tropa; tal el celo de los oficiales y la actividad de los jefes, que el 26 de Junio, esto es, trece dias despues de verificada la concentracion en Utrera, la Junta de Sevilla en cuerpo manifestaba al ejército la sorpresa y la admiracion que producian en todos sus vocales el continente marcial y la destreza con que habian maniobrado las tropas en una revista general que Castaños creyó poder ofrecerles ántes de marchar al enemigo.

Los ingleses ofrecen su cooperacion

Si se quiere una prueba irrecusable del efecto que aquel espectáculo causó en los representantes de la Junta, no hay más que trasladarse á una de sus sesiones posteriores, la celebrada el 29, ésto es, tres dias despues del de la revista. Comisionado por Castaños, se presentó en ella su primer ayudante-general D. Tomás Moreno para manifestar que los ingleses ofrecian el desembarco de la division Spencer y deseaban tomar parte en las operaciones de la campaña.

La Junta, de acuerdo con la opinion de Castaños, rechazó la oferta, aunque agradeciéndola y encargando que, al hacerlo saber así á los ingleses, se les manifestara el deseo de que se estableciesen en un punto del litoral donde pudieran apoyar al ejército español en caso de un revés; resolucion tachada entónces de arrogante por nuestros aliados, si bien, al verla despues justificada, intentaron desfigurarla y hasta negarla sus historiadores.

El ejército se dirige á Córdoba.

Al dia siguiente salia, con efecto, la primera division, y en los restantes hasta el 29 lo verificaban

las otras dos, todas en la misma direccion de Córdoba, donde ya reclamaban su presencia el movimiento retrógrado de los franceses y las posiciones que iba tomando el ejército de Granada.

A la salida de Utrera, y áun á la revista, habia precedido una Junta de generales en que, despues de examinar los estados de fuerza, las noticias adquiridas y los reconocimientos ejecutados con el objeto de conocer ó presumir, al ménos, los proyectos de Dupont, se fijaron las reglas ó instrucciones más propias en las circunstancias de aquel ejército y situacion de las cosas.

¿Qué hacia entre tanto el general Dupont?

Dupont se retira á Andújar.

Aislado completamente en Córdoba, sin la seguridad de que sus despachos hubiesen llegado ni llegaran á manos de Murat, y sin la esperanza, en fin, del arribo próximo de los refuerzos que en ellos pedia con tanta insistencia, el general en jefe del cuerpo de la Gironda, temeroso de perder sus comunicaciones con Castilla, amenazadas, como ya estaban, por los españoles que de Málaga y Granada principiaban á concentrarse en Jaen y en la márgen próxima del Guadalquivir, habia decidido retirarse á punto en que, sin la preocupacion de verse envuelto, pudiera conservar su actitud amenazadora sobre Andalucía. Con esta resolucion y avisado falsamente de que el ejército de Castaños marchaba á su encuentro, Dupont levantó el campo en la noche del 16 al 17 de Junio; y ordenada y lentamente, segun Thiers, á pesar de conducir un convoy que necesitó cinco horas para desfilar á presencia del general, emprendió la marcha á Andújar, donde se establecia el 18 por la

mañana; creyendo, con fortificar el puente y observar los vados próximos del Guadalquivir, que llenaba allí cumplidamente su objeto (1).

Veamos si el general francés anduvo acertado en su eleccion: ella nos explicará los resultados de la campaña de Bailén.

Importancia estratégica de Bailén.

El Guadalquivir, desde que abandona la sierra de Cazorla, y aunque haciendo violentos recodos, corre en direccion de Oriente á Occidente, sobre todo desde el pié de Ubeda y Baeza, hasta una distancia considerable agua abajo de Andújar. La carretera general, despues de salvar Despeñaperros, desciende casi perpendicularmente al Guadalquivir por La Carolina, Guarroman y Bailén, de donde arranca otro camino que, cruzando las aguas de aquel rio por Menjívar, dirige, y dirigia entónces tambien, á Jaen y Granada.

En Bailén desemboca, además, otro camino, no tan trillado como el de Jaen por conducir á puntos de menor importancia, pero de muchísimo interés en otras épocas, pues que abria paso al valle del Guadiana-menor hácia la *pira de Escipion*, como llamaba Plinio al *Salto Tugiense*, por donde comunicaba Castulo con todo el litoral del Mediterráneo. De manera que el punto verdaderamente estratégico de la derecha del Guadalquivir entre los desfiladeros de Sierra-Morena y el puente de Andújar, es Bailén. En él se

(1) Como Thiers ha escrito tanto tiempo despues de los sucesos y sabia muy bien que Castaños permanecia ocupado aquellos dias en la instruccion de sus soldados, supone que Dupont salió de Córdoba con todo espacio y tranquilidad. El desgraciado general confesó en sus declaraciones *haber retrocedido por la noticia*, dada, segun Baste, por el Alcalde de Córdoba en la noche del 15, *de que el ejército español*, compuesto de 45 á 50.000 *hombres*, *se ponia en movimiento*.

encuentra el nudo de las comunicaciones de Castilla con Córdoba y Granada; desde él se observan las avenidas de Baza, donde se ligan con las de aquella segunda ciudad las de Valencia y Múrcia por el collado de las Vertientes, y campando en él, se vigilan á distancia conveniente y se pueden interceptar los pasos del Guadalquivir, sin abandonar por eso, ni mucho ménos, los de la sierra que quedan próximamente á retaguardia.

El Guadalquivir, además, es vadeable por varios puntos en todas estaciones, y en la de verano especialmente, son innumerables los que ofrecen un tránsito nunca difícil para las tropas españolas, ágiles, robustas, libres de todo embarazo y conocedoras, como es natural, de las condiciones más detalladas de cada uno de ellos.

Situarse, de consiguiente, en la orilla del Guadalquivir y, mucho más, á caballo sobre sus aguas, como hizo Dupont, es dejar sin defensa la casi totalidad del rio en aquel distrito. La defensa está á retaguardia, en punto en que, pudiendo acudir al en que los enemigos intenten atravesar el rio, se logre cogerles divididos, si lo verifican por distintas partes á la vez, y, cuando no, sorprenderlos en el paso ú obligarlos á combatir con un rio caudaloso á la espalda.

En tal concepto, y guiándose por principios que pasan por axiomas en el arte de la guerra, Dupont debió plantar sus tiendas en derredor de Bailén, punto poco distante del Guadalquivir y al que afluyen así las grandes comunicaciones de Córdoba y Granada como las secundarias de toda aquella vasta comarca.

Pero aún debieron presentarse al talento y á la experiencia de Dupont otras consideraciones que, de atenderlas, le hubieran impulsado á retroceder á Bailén, si ya no le decidian á colocar su campo en La Carolina, á donde le llamabam imperiosamente el corto número de sus tropas, el aislamiento en que le tenia la interrupcion de sus comunicaciones y la incertidumbre sobre la llegada de los refuerzos que consideraba necesarios para terminar la campaña.

Al retirarse de Córdoba, ¿no era su objeto el de despejar la comunicacion con Madrid mandando en los desfiladeros de Sierra-Morena é impedir las operaciones que sobre su flanco y áun su retaguardia pudieran emprender las tropas españolas de Málaga y Granada? Pues en La Carolina se llenava por completo; en La Corolina podia aguardar tranquilo la llegada de sus divisiones de Castilla y, despues de todo, pisaba todavía la tierra andaluza que tanto se resistia á abandonar. Porque el efecto moral que hubiera podido causar el abandono de Córdoba en los españoles, era el mismo retirándose á La Carolina que á Andújar: lo mismo verian éstos en él al general impotente para llevar á cabo la mision que se le habia confiado, la de la conquista de Sevilla y Cádiz.

Fué mayor el efecto que causaron en Europa, y sobre todo en Francia, las victorias de nuestro insigne Gonzalo de Córdova en Cerinola y el Garellano, por lo mismo que las emprendió desde la Barletta, donde le tenia encerrado la esperanza de refuerzos, y donde sus enemigos le creian impotente y tembloroso.

En La Carolina tenia Dupont asegurados los pasos de la Sierra, y con algunos cuerpos avanzados

que situase junto al Guadalquivir en direccion de las avenidas más importantes, podia esperar con la mayor tranquilidad, seguro de que el enemigo le encontraria sobre aviso, concentrado y en situacion de escarmentarlo rudamente. Pero si lo corto del vecindario de La Carolina y lo devastado del país, le hacian temer por la subsistencia de las tropas y, sobre todo, por la suerte de los enfermos y heridos que habia sacado de Córdova cuyo número aumentaba diariamente, ¿por qué no establecerse en Bailén? Si esta poblacion no podia ofrecerle los recursos que Andújar, en cambio tiene cerca otras no insignificantes como Baños, Guarroman y La Carolina que guarnecidas con algunas, aunque no muy numerosas fuerzas, para libertarlas de un golpe de mano de los guerrilleros, constituirian excelentes acantonamientos y depósitos de enfermos, todos á retaguardia del ejército y exentos, por consiguiente, de un peligro sério y decisivo.

De todos modos, ninguna eleccion ménos acertada que la de Andújar á 14 leguas de los desfiladeros á cuya guarda parecia dar tanta importancia, y necesitando dos largas jornadas para establecerse en ellos, y una, lo ménos, para evitar un flanqueo probable y de resultados sumamente graves para la salvacion de su ejército. No tardaría en tocarlos por su mal y el de la Francia, que le habia confiado el honor de sus armas, allí donde creia deberlas mostrar más brillantes y poderosas.

Ya hemos dicho que el general Dupont llegó á Andújar la mañana del 18. En la marcha, que habia sido lenta y trabajosa, como hecha de noche y con Impresiones de la retirada.

tan dilatado y embarazoso convoy, sus soldados experimentaron las más tristes impresiones. El camino presentaba un espectáculo aterrador. Los pueblos aparecian completamente abandonados; pero dentro de algunas casas, en las calles y en no pocos puntos de la carretera, se descubrian los signos más terriblemente elocuentes del espíritu de venganza, despertado en los españoles por la conducta indisculpable de los invasores en Córdoba. Pendientes de un árbol y con las señales de haber sufrido un martirio prolongado, se descubrian varios cadáveres en una encrucijada del camino; en alguna casa yacian otros por el suelo, sorprendidos, sin duda, en la embriaguez ó el sueño; no léjos de un olivar ó en lugar proximo á accidentes del terreno propios para una emboscada, un combate, acaso desigual, habia dejado muestras de un encarnizamiento hasta la más delirante crueldad; y en fin, el país todo que recorrian los franceses en su retirada, ofrecia la perspectiva de las represalias más cruentas, de una guerra sin tregua ni piedad, de la *guerra de fuego*. La primera impresion que causó en los franceses aquel espectáculo, fué el de la rábia: al fin de la jornada era la del abatimiento más profundo.

¿Creian acaso los violentadores de Córdoba que iban á encontrar en España la paciencia y humildad que habian observado en otras partes y producido en ellos, con el orgullo de los conquistadores y la costumbre de la impunidad, la confianza de no verse nunca turbados ni en sus providencias ni en sus desmanes? No: aquí podrian ellos cometer violencias, podrian seguir la manera suya de conducirse

en los pueblos conquistados, desde que ésta era la única libertad que se les concedia para que olvidaran la á que voluntariamente habian renunciado en manos de su magnífico y deslumbrador soberano; pero de seguro que no habia de ser impunemente, sin represalías de tal magnitud, de índole tan ruda que sirviesen, ya que no de escarmiento, de memoria imperecedera entre sus enemigos. Repugna á nuestra humanidad la narracion de las venganzas que produjeron el saqueo y las violaciones de Córdoba; mas, como venganzas, reconocen una causa; y en esta ocasion es necesario no tener sangre española en las venas, para no ver en la conducta de los andaluces la justicia que no de otro modo se pudieran hacer. Hubiéranse portado como los republicanos de 1794 y, como entónces, los españoles hubieran respondido al fuego de los enemigos con el fuego de sus soldados y voluntarios, mas sin la rábia, sin el frenético espíritu de cruel venganza que les inspiraba el desenfreno de los imperiales. Algunos escritores de nuestra nacion han tratado de debilitar la relacion de los actos de crueldad ejecutados por los españoles contra los soldados de Dupont: creemos, como ellos, que los historiadores franceses han exagerado, y no poco, el número y la índole de aquellas represalías; pero éstos no merecen refutacion hasta que prueben lo que algunos han intentado, aunque vanamente, que el comportamiento de sus compatriotas en Córdoba, fué noble, humano y ajustado á las leyes de la guerra (1). Esta manera de ar-

(1) A pesar de no haberlo sido, los enfermos y heridos que

gumentar podrá no ser conforme á los preceptos del Evangelio, que anatematiza la venganza; pero, ¿cómo se hacen éstos observar á gentes que ven invadidas sus casas cuando las ofrecen generosamente á los que suponian amigos y hasta favorecedores, y se encuentran atropellados con la mayor inhumanidad y la más repugnante torpeza por los que se jactaban de ir esparciendo la luz de la civilizacion por el mundo?

Estado en que se hallaba Andújar.

Andújar, como todos los pueblos del tránsito, se encontraba abandonado del mayor número de sus habitantes. El temor al castigo que era de presumir por las violencias ejercidas en algunos franceses transeuntes ó portadores de pliegos para el general Dupont, y áun el de una intentona contra el hospital, evitada afortunadamente por la energía de un sacerdote, los habia impulsado á huir de la ciudad, llevándose consigo cuanto en dinero, alhajas y víveres poseian (1). Las tropas francesas no encontraron, de consiguiente, abastecimientos de ningun género, y se vieron desde el primer dia expuestas á las mayores privaciones, áun habiendo sometido el país circunvecino á un merodeo riguroso y metódico.

Dupont dejó en Córdoba, fueron tratados con la mayor humanidad. Sin embargo, el general francés hizo correr en Andújar la voz de que nuestras tropas los habian atropellado y áun muerto á varios; pero Castaños dispuso que dos de los ya curados y restablecidos, fuesen conducidos al campo francés, con lo que quedó desmentida la calumnia.

(1) Resulta de una informacion judicial hecha recientemente, que el hospital fué respetado como lo fueron tambien la señora de un general, que se supone era Chabert, y una hermana suya que se alojaban en casa del marqués de Belamazan; las personas más influyentes del pueblo se pusieron de su parte y no tuvieron que sufrir vejacion ni incomodidad alguna.

Era precisamente aquella la época peor del año. Por más que Andalucía fuese la provincia más feraz de la Península, sublevados los habitantes y sin hacer todavía la recoleccion, no existian en el país depósitos ni repuestos que la proximidad de la cosecha y la esperanza de que seria abundante hacian innecesarios aquel año, y el espectáculo de las magníficas mieses que cubrian las orillas del Guadalquivir, servia á los soldados franceses, como á Tántalo el de la corriente próxima de tormento y desesperacion. Un consuelo tuvo Dupont, sin embargo; el de encontrar camas y algunos medicamentos para el considerable número de enfermos que llevaba y los muchos que la penuria le hacia presumir.

Los que tranquilos con su inocencia se habian mantenido en Andújar, disculpaban á sus convecinos de los atropellos de que se les pedia cuenta, con manifestar que habian sido ejecutados por los que de Jaen acudian á interceptar los correos y convoyes franceses, diciendo ser ellos los que atacaran el hospital y los matadores del general René en La Carolina (1).

---

(1) Algun escritor francés ha dicho que René habia sido quemado en vida. Es falso: el infortunado general fué preso en Despeñaperros y, cuando se le conducia á La Carolina suponiéndosele un comerciante francés, fué blanco de una descarga que le impulsó, herido y todo en un brazo, á arrojarse del coche por el barranco del Rey, próximo á Las Correderas. Cogido tres dias despues, el 7 de Junio, fué llevado al hospital de La Carolina, de donde lo arrancó el dia 15, despues de conocidas las violencias de Córdoba, un capitan de Sagunto ó de Numancia (ambos regimientos vestian el uniforme amarillo), que lo condujo de nuevo á Las Correderas, donde fué muerto á puñaladas por los paisanos campados en el peñon del Panadero en los brazos mismos del teniente coronel de Sagunto, D. Antonio Cárdos que, horrorizado de aquel acto de barbárie, abandonó los desfiladeros, cuya defensa se le habia encomendado, para volver á su regimiento.

Expedicion á Jaen.

Esto y, más aún que esto, la necesidad de procurarse víveres, despertó en Dupont la idea de dirigir sobre Jaen una columna que, á la vez que ejerciese una represion ejemplar en los habitantes, procurara volver con abastecimientos suficientes para aliviar, siquiera por unos dias, la escasez que ya se hacia sentir y que auguraba para más adelante graves y trascendentales penalidades al ejército.

El destacamento destinado á Jaen, compuesto de un batallon de la 4.ª legion, un centenar de caballos y dos piezas de artillería, no encontró en el camino resistencia, y sólo á las puertas de la ciudad avistó un cuerpo informe de los sublevados que á la primera carga y al primer cañonazo huyeron á los montes inmediatos. Esto bastó á los franceses para entregarse al pillaje, que no pudo evitar el anatematizador del saqueo de Córdoba, capitan Baste que mandaba el destacamento (1).

No tardó Baste, aunque con trabajo, en organizar un convoy que puso inmediatamente en camino, logrando conducirlo salvo á Andújar, donde produjo general alegría, pues no sólo iban en él víveres para algunos dias, sino vinos y medicinas, ya de absoluta necesidad para los muchos enfermos que empezaba á causar la disentería.

Situacion de los franceses en Andújar.

A pesar de este, que no fué corto auxilio para las tropas francesas, la situacion de éstas se iba haciendo

(1) «La ciudad, dice el mismo Baste, fué saqueada completa»mente (de fond en comble) durante dos horas, y sólo á favor de »los esfuerzos más constantes llegué á evitar ó contener el asesi»nato.» Toreno, dice: «Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo »acerbas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos »de Santo Domingo y de San Agustin.»



á cada momento más precaria y era de esperar que muy pronto seria insostenible. A los efectos del calor que ya se dejaba sentir con la fuerza natural en aquellos lugares, hasta entibiar las aguas del Guadalquivir; á la falta de molinos en que preparar el pan, por no existir en las inmediaciones más que uno que muy pronto irian á disputárselo nuestros compatriotas, y al carácter de gravedad que, por esas mismas causas y por la falta de una racion abundante, sana y metódicamente repartida, tomaban al instante las enfermedades y heridas en la tropa, se añadia la carencia de noticias del interior de la Península, con el que ya no habia comunicacion de ninguna clase. Era un aislamiento completo el en que habia colocado á los franceses la sublevacion de los pueblos en la Mancha y en la comarca toda que pisaban; y ni Dupont recibia un pliego que pudiera inspirarle alguna esperanza, ni las autoridades de Madrid podian conocer la posicion que ocupaba ni el estado en que se encontraria el ejército francés. Soldados y oficiales sufrian, sin embargo, con resignacion las privaciones y penalidades. Con lo que no podian conformarse era con retroceder ante un enemigo que se jactaban de despreciar; mucho ménos cuando, creyéndolos en Madrid y Bayona invencibles, los supondrian triunfantes en Sevilla y la isla Gaditana.

Murat y despues Savary en Madrid.

No era exacta esta conjetura. A Murat, como al Emperador, preocupaba sobre manera el misterio que cubria las operaciones y la suerte del general Dupont desde su entrada en Córdoba. Las esperanzas que ambos abrigaran respecto á la adhesion del general Castaños al nuevo órden de cosas establecido

en España, no debian ser muy sólidas, pues, de haberlo reconocido las tropas del campo de San Roque y las de Cádiz, no existiria el bloqueo, que no de otro modo debia llamarse el aislamiento en que se encontraba Dupont. Murat, por otra parte, estaba enfermo y, más que enfermo, hallábase disgustado del giro que se habia dado á los asuntos de España. Ya no iba él á ceñir la corona de esta nacion que, por rebajada que apareciese en aquellos tiempos, reflejaba todavía mucha grandeza y mucha gloria. Deseaba, pues, con ánsia abandonar un país de que le rechazaban la fortuna y la sangre, tan abundantemente vertida en los pocos dias de su permanencia en él. Cada dia y cada vez con más insistencia, repetia sus instancias para abandonarlo, hasta que, convencido Napoleon de que ni la salud ni la disposicion de ánimo consentian á Murat el dedicarse á los negocios de la Península, despachó para ayudarle en tan grave tarea al general Savary, al mismo de quien se habia servido para arrastrar á Francia al incauto D. Fernando. La eleccion no podia ser más inoportuna, excitado, como se hallaba, el sentimiento público en España contra el falaz mensagero que la habia arrebatado sus monarcas; pero la confianza que el Emperador tenia en los talentos de su nuevo delegado, en su ingénio y energía, le hizo fijar en él su eleccion para representar á su hermano, ínterin se dirigia éste á Madrid con todo el boato y fuerzas con que imponer á los españoles, si no lograba atraérselos.

No venia Savary muy satisfecho del papel que se le queria hacer representar. Reducíase por el

pronto su mision á leer todos los despachos dirigidos á Murat, contestarlos y dictar las órdenes á que pudieran dar lugar, pero sin firmarlas, pues esto quedaba para el general Belliard, jefe de E. M. del gran duque. La mision, sino depresiva, era extraña y difícil de sostener por mucho tiempo; pero, afortunadamente para el delegado imperial, Murat, cada vez mas disgustado y no encontrando mejoría en su salud, partió de Madrid á los pocos dias, seguido del grupo de jóvenes que le habian acompañado en busca de favores y de ascensos «amantes, al decir del »mismo Savary, de las rosas y de los peligros, pero »no de las espinas de la carrera militar.»

Libre ya de la presencia del de Berg, el duque de Róbigo empezó á desplegar su actividad ordinaria y la desconfianza y los recelos que siempre abrigaba su alma. Las instrucciones que Napoleon le habia dado momentos ántes de salir de Bayona, le recomendaban como su primera y más urgente atencion, la de calmar los ánimos por medio de una gran prudencia, de mucha moderacion y disciplina. «Lo »esencial en estos momentos, le habia dicho el Em»perador, es ocupar muchos puntos á fin de hacer »público cuanto se quiera que sepan los españoles; »mas, para evitar desgracias esparciendo así las »fuerzas, es necesario ser prudente, moderado y ha»cer observar la disciplina más severa. Por Dios, le »añadió, no permitais el pillaje. No tengo noticias »del partido que habrá tomado el general Castaños »que manda el campo de San Roque: el gran duque »me dice que le ha escrito y se promete buenos re»sultados: pero ya sabeis cómo es él. Es necesario

»no emprender nada superior á los medios que ten»gais: en cuanto á refuerzos, ya sabeis donde están »los que os podria enviar; no os pongais, de consi»guiente, en el caso de necesitarlos ántes de que os »puedan llegar. Haced de manera que podais esperar »la llegada del Rey; esparcid la voz de su marcha, »que yo apresuraré; y despues dejad obrar á los es»pañoles, representando el papel de mero especta»dor, sin olvidaros, empero, de asegurar la exacti»tud y la rapidez de vuestras comunicaciones, asun»to capital, sea que la insurreccion haga progresos, »sea que se calme. Lo primero de todo, es propor»cionarse buenas noticias.» (1)

No debió satisfacer á Savary el estado en que halló la capital. Si sombríos le parecieron los semblantes de los españoles, no ménos inquietos y recelosos observó los de sus compatriotas y camaradas. Instalado con el Estado Mayor en el palacio real, á cuya inmediacion se encontraban casi todos los establecimientos más importantes del ejército, hizo fortificar el Retiro y llevó al vasto recinto con que se circuyó la fábrica de porcelana, los depósitos de municiones de guerra y boca, los de tropas que existian en Madrid, el personal todo de administracion; en fin, cuanto no era necesario en los cuarteles, á los que, por otra parte, consignó los jefes y oficiales de los cuerpos que los ocupaban.

Tranquilo respecto á la capital, el duque de Róbigo dirigió toda su atencion á los ejércitos que operaban en Valencia y Andalucía, cuyo aislamiento le

(1) Memorias del duque de Róbigo.

infundia los temores más sérios. No se recibia ninguna noticia de Dupont, ni siquiera la de en dónde podria encontrarse. Savary consideraba muy aventurada la situacion de un cuerpo de ejército á tal distancia del centro militar de ocupacion, sin escalonar en su camino fuerzas que pudieran ayudarle en su empresa y protegerle en una desgracia. A los pocos dias, pues, de su llegada á Madrid, dispuso la salida de la division Vedel con órden de seguir la direccion misma que habia llevado su general en jefe y hasta comunicar con él. La division Frere partió á su vez por el camino de Cuenca para apoyar á Moncey, cuya suerte tambien se ignoraba; pero, al saberse poco despues que rechazado el Mariscal de Valencia se retiraba á Albacete, aquel general recibió instrucciones para situarse en San Clemente y observar, al mismo tiempo que la insurreccion de las provincias orientales, la marcha de Vedel y las operaciones de Dupont.

Marcha de la division Vedel á Andalucia.

El general Vedel recibió el 16 de Junio la órden de marcha, y la emprendió inmediatamente, sin que hasta Despeñaperros encontrara resistencia alguna, áun cuando la fisonomía de los pueblos que atravesaba le hacia comprender el estado de efervescencia en que debia hallarse el país. El conocimiento de los sucesos de Santa Cruz y Valdepeñas, así como el abandono que observó á la inmediacion ya de la cordillera, le indicaban un espíritu hostil del que era necesario precaverse; y efectivamente, su marcha presentaba el aspecto de una operacion al frente del enemigo. Agotados los víveres que conducia, no permitió el destacamento más insignificante para

procurárselos fuera de la línea del camino, y sólo la caballería se salia de él con el objeto de que la division marchara tranquila respecto á los flancos, que creia amenazados por la insurreccion que, le decian, iba por ellos extendiéndose. El dia 25 supo, al fin, con certeza que se trataba de disputarle el paso de Sierra-Morena, en el que, sin embargo, no necesitó desplegar grandes esfuerzos para instalarse la mañana siguiente en Santa Elena. Hallábase interceptado el camino por algunas cortaduras defendidas con cuatro piezas antiguas que se habian llevado del Viso del Marqués, Villacarrillo y Saviote y unos 2.000 hombres, todos paisanos, cuya mayor parte campaban en el Peñon del Panadero, próximo á Las Correderas. Todo lo arrolló Vedel en un abrir y cerrar de ojos, y aquellas bandas indisciplinadas y sin consistencia fueron á acogerse á los montes de la Sierra, para el dia siguiente volver de nuevo á vigilar y cubrir las sombrías angosturas de que acababan de desalojarlas. Aquel mismo dia encontró Vedel al general Roize que habia al fin logrado salvar aquellos montes, y al siguiente se le incorporó Baste con los marinos de la Guardia, acantonados en La Carolina para establecer la comunicacion entre las partes todas del ejército.

Queda incomunicado con Madrid.

¿Lo quedaba por eso con Madrid? Ni por un momento. El mismo general Vedel, al participar á Dupont su llegada á Santa Elena, dejaba traslucir sus dudas sobre ello, reconociendo el estado de insurreccion en que se encontraba la Mancha. «El con»voy de galleta, destinado á esas tropas, le decia en »carta del 27, ha sido interceptado en parte por los

»insurgentes, y el resto queda depositado en San»ta Cruz por falta de trasportes. Pero si V. E se »aproxima como yo espero, esa galleta nos podrá »ser de un gran auxilio: la que venia para mí queda »todavía en el camino. La mayor parte de los carros »se han roto y hace dos dias que no puedo dar su »racion á mi tropa; el calzado está muy malo y nos »vendrian muy bien algunos miles de zapatos si se »nos pudieran proporcionar de Andújar.» (1)

Efectivamente, trás de Vedel se habia ido cerrando el camino como trás de su general en jefe, y el dia mismo de su union quedaban las divisiones francesas aisladas, sin enlace alguno y sin comunicacion siquiera con el cuartel general del ejército.

Reflexiones de Savary respecto al ejército de Andalucía, y medidas que toman para evitar un desastre.

El Duque de Róbigo aprovechó la marcha de Vedel para informar á Dupont de cuanto se habia hecho en Bayona y del estado general de los asuntos políticos y militares en España. El ejército francés se hallaba dividido en muchos é importantes destacamentos, y por más que Savary reconociese como de mucho interés la expedicion de Andalucía, consideraba, privado cual se veia de apoyarla con refuerzos que eran más necesarios en Zaragoza, Valencia y Valladolid, que no estaba empresa tan lejana en armonía con el estado actual de las cosas en la Península, y que, habiéndose desvanecido la esperanza de que Castaños se reuniese á Dupont, convendria que éste retrocediera á Castilla. Los despachos de Savary estaban rebosando de temor por la difícil posicion en que se habia colocado el cuerpo

(1). Memorias del teniente general conde de Vedel.

de observacion de la Gironda, y aunque desaparecieron de la causa formada á Dupont más tarde, se ven confirmados en la carta de 27 de Junio, ya citada, en que Vedel manifiesta á su general en jefe la esperanza de que cumplirá las instrucciones de que es portador, encaminadas todas á imbuir la necesidad de que se retire á la Mancha para contener la revolucion ya iniciada en esta comarca y asegurar las comunicaciones con Madrid.

Pero en esos mismos despachos se manifestaba la opinion del Emperador favorable á la expedicion á Cádiz, y á Dupont le bastaba esto para que, sin atender á las órdenes, algo equívocas, de Savary, se mantuviese en Andalucía, acehando la ocasion de poder avanzar. Así es que, en vez de mantener la division Vedel en La Carolina para guardar los desfiladeros de la Sierra, mandó se le incorporara inmediatamente; y por más observaciones que le dirigió aquel general sobre el pensamiento del Gobierno y la imposibilidad de nuevos refuerzos, tan necesarios en otras partes que ni se le habia dejado la caballería del general Belair, afecta á su division, hubo de marchar á Bailén y abandonar la custodia de la cordillera. Faltaba Napoleon de España, y Savary carecia de autoridad para con los generales, varios de ellos más caracterizados y todos presumiendo de más talento y experiencia militares que el antiguo ayudante de campo de Dessaix. Este, sin embargo, comprendia mucho mejor que ellos las dificultades y peligros inherentes á una ocupacion emprendida con tan pocos medios y en condiciones tan desfavorables. Si el continente amenazador que ha-

bia tomado, la fama de ejecutor inexorable de las voluntades de su amo, y las precauciones que diariamente hacia guardar, le bastaban, en su concepto, para tener sumiso á Madrid, en las provincias, allí donde no podia ejercerse una represion dura y ejemplar sino despues de un gran triunfo, era muy difícil, si no imposible, imponer á pueblos que se creian heridos en sus sentimientos más nobles.

La sublevacion tomaba cada dia proporciones más grandes; iba haciéndose general y aparecia con un carácter religioso á la vez que patriótico, propio para excitar las pasiones á un grado que el menor revés elevaria á altura incalculable. No tenia, para convencerse de ello, más que echar una mirada en derredor suyo, y veria lo que el pueblo de Madrid no se recataba de ocultarle, áun temeroso de la iracundia y de la sed de sangre que suponia en el que no se cansaba de motejar con los epítetos más feos y denigrantes. Segun los madrileños hacian divulgar, ya apoyándose en comunicaciones que decian recibir de las provincias, bien en conjeturas más ó ménos probables, basadas en los progresos del levantamiento y en la marcha cada vez más lenta y vacilante de las operaciones que habia emprendido el ejército francés, Zaragoza ofreceria una resistencia tan feliz como la que acababa de coronar de gloria á Valencia; el general Dupont, reducido ya á la defensiva, tendria que repasar muy pronto la cordillera; y él y Moncey, áun reuniendo sus fuerzas, se verian obligados á replegarse á Madrid ante los ejércitos españoles de Andalucía, Granada, Cartagena y Valencia, que no dejarian de acosarlos hasta guare-

cerse en las cumbres del Pirineo, si lo consentian los pueblos sublevados del Norte que ya se preparaban á interceptarles el camino. ¡Optimismo singular, espíritu profético, muy comun en los pueblos meridionoles, infalible en el español en circunstancias y situaciones como aquellas! Por más que Savary aparentara despreciar tales noticias y cálculos, y opusiese á su divulgacion la de despachos y cartas que presentaban como inminente la rendicion de Zaragoza y muy próxima la conquista de Andalucía, no cesaba de preocuparle la suerte de Dupont, en cuyas manos creia hallarse la clave de la sumision y tranquilidad de España. Diferia en esto radicalmente de la opinion del Emperador, extraviado en sus cálculos por la distancia y el poco conocimiento de nuestro carácter nacional, y creyendo que, con los medios con que ya contaba el general Dupont, no debia abrigarse temor alguno respecto al ejército que operaba en Andalucía.

Savary, no satisfecho con haber reforzado el cuerpo de Dupont, y sabiendo que Vedel habia desaparecido al otro lado de las montañas sin dejar en ellas ni en todo su camino medio alguno de comunicacion con la córte, se resolvió á una combinacion más eficaz, decisiva en su sentir, para la marcha de las operaciones. La division Frere, establecida en San Clemente, servia de escalon para los cuerpos que operaban en Valencia y Andalucía; pero por la distancia á que se encontraba de ellos, la era imposible darles fuerza para hacer decisivo un combate que ya debia estar próximo. Vencido Moncey, y en plena retirada, necesitaba él sólo la cooperacion que tambien se destinaba á su colega de Andalucía, al que habria

de apoyarse con nuevas fuerzas que no se distrajeran en otro destino por importante que fuese. El duque de Róbigo se decidió, pues, á desprenderse de algunas tropas, por necesarias que las considerara á su inmediacion; y, llamando á sí las establecidas en Cuenca á las órdenes del general Colaincourt, dirigió á Madridejos la division Gobert, del cuerpo de Moncey, para que hiciese las veces de la 3.ª del de Dupont, estacionada, segun ya hemos dicho, en San Clemente.

Gobert iba á formar el lazo de union entre el cuartel general y el ejército de Andalucía. Desde el momento en que se estableciese en Madridejos, las comunicaciones estaban aseguradas, los convoyes podrian verificar su marcha con toda regularidad, y cuando Dupont encontrase la ocasion de vencer y, con ella, la de marchar adelante, podria llevar á su retaguardia quien apoyara su movimiento, cubriera sus bajas y tuviese expedito el camino de su retirada.

Ni áun bastó esto para que Savary quedase tranquilo respecto á la situacion en que consideraba á los expedicionarios de Andalucía; y, al dar á Gobert la órden de marcha, le hizo portador de instrucciones ya terminantes y categóricas. Decia en ellas á Dupont que la division Gobert marchaba para apoyar su retirada, no para proteger ninguna operacion ofensiva que le prohibia terminantemente, así como el llamar á sí aquella division si no veia comprometida la seguridad de las otras dos (1).

(1) Memorias del duque de Róbigo.

La division Gobert salió, efectivamente, para Madridejos, compuesta en aquellos momentos de sólo cuatro regimientos de infantería y uno provisional de coraceros, único en la caballería que ocupaba la region central de la Península. Pero como si Andalucía fuese en aquellos momentos un antro en que debieran abismarse los ejércitos franceses, no tardaron los soldados de Gobert en seguir la marcha y la suerte de los de Vedel.

Con este nuevo refuerzo, Dupont llegó á reunir bajo sus órdenes de 20 á 22.000 hombres en una zona poco extensa, limitada de un lado por un rio considerable, y de otro por montañas elevadas y ásperas. Con un poco de prevision y algun talento, parece que aquel ejército no debia temer nada; todo lo contrario, no faltaba quien lo suponia en estado de emprender con toda seguridad la mision que recibiera al abandonar Toledo.—¡Qué errores no se cometerian, ó á qué estado llegarian de abatimiento las tropas francesas para que rindiesen sus armas á los piés de los soldados que un dia ántes despreciaban! Próximos ya á espectáculo tan extraordinario, debemos ir estrechando la esfera de nuestras observaciones hasta reducir la accion á la de los dos ejércitos contendientes que van á decidir del resultado general de una campaña que abrazaba regiones muy distintas, muy apartadas y en que tenian lugar accidentes capaces, por sí solos, de constituir otros tantos sucesos de la mayor importancia.

Ejército español de Granada.

Entretanto que Dupont reunia una fuerza casi igual á la total de su cuerpo de ejército, fuerza suficiente, segun cálculos de dias anteriores, para reali-

zar, sin temor á contratiempo alguno, la conquista de Andalucía, no se descuidaban los españoles en allegar tropas y discurrir combinaciones con que repeler á sus enemigos al otro lado de los montes que ocultan aquella tierra feliz y envidiada. Miéntras, como ya hemos dicho, el general Castaños emprendia las operaciones desde Utrera y Córdoba en seguimiento de los franceses que se retiraban á Andújar, el ejército organizado en Granada se dirigia á Jaen para unirse á aquel general ó caer sobre el flanco de los invasores.

Componian este ejército las tropas levantadas en Málaga y los pueblos todos más importantes del antiguo reino de Granada, desde la orilla del mar hasta la del Guadalquivir. Formaban un total de 9 á 10.000 soldados que la Junta habia puesto á las órdenes del general Reding, suizo de orígen, pero que se habia hecho estimar de los malagueños á quienes se hallaba gobernando con sin par dulzura y acierto. Organizado é instruido en lo posible, si se atiende á su composicion y al tiempo de que para ello habia podido disponer, el ejército de Granada se trasladaba el 3 de Julio á las montañas que lo separaban de Jaen con el objeto de proteger á esta ciudad contra nuevos ataques y poderse unir á la vez con las tropas de Castaños.

No tardaron en ensayar sus fuerzas los soldados de Reding en la escala y la forma que más podian convenirles. Dispuestos á pelear bravamente, pero sin la solidez que da una larga permanencia en el servicio y el ejercicio de la guerra, necesitaban, ante todo, endurecerse en las fatigas y acostumbrarse á

hacer rostro al enemigo en pequeños combates, desiguales á su favor por el número, las posiciones y las circunstancias de la pelea. Y estos ensayos que tanto levantan el espíritu, esa experiencia que prepara para las grandes batallas, se la proporcionó á los soldados españoles el errado sistema de operaciones que usó Dupont en la campaña de Andalucía. En vez de aprovecharse de la inferioridad militar en que indudablemente se encontraban sus adversarios, dando un golpe decisivo á cualquiera de los dos ejércitos que iban á verificar su union al frente del francés, no sólo se empeñó en mantenerse á la defensiva, cuando sólo podia hacerse algunas leguas más á retaguardia, sino que obligado, por su misma posicion y por las condiciones del territorio en que operaba, á fraccionarse para observar las avenidas todas por donde podia ser flanqueado y hasta envuelto, presentó blanco vulnerable y ocasion de ejercitarse á sus enemigos. La escasez de víveres, por otra parte, le hacia buscar en la diseminacion lo que impedian llegar á su campo la insurreccion de la Mancha, la falta de trasportes y la premura misma con que se le enviaban los refuerzos que en sus marchas extraordinarias no podian llevar consigo más que las propias armas que necesitaban para abrirse un camino que á cada instante se iba cerrando más y más á ellos. Con esto, los españoles conocedores del terreno, siempre en posicion de concentrarse á su espalda en comarcas amigas y no saqueadas todavía, podian empezar la campaña con acciones parciales y prepararse así á una decisiva, cual su anhelo patriótico y su impaciencia guerrera les hacia desear.



Presentóles Dupont una de esas ocasiones favorables con repetir la expedicion á Jaen, que tan buenos resultados le habia producido en los primeros dias de su permanencia en Andújar. Vedel que habia recibido el encargo de mantener los desfiladeros de la Sierra y vigilar los pasos del Guadalquivir desde Villanueva á los caminos de Baeza y Ubeda, acababa de trasladarse á Bailén, de donde, puesto en comunicacion con el cuartel general, podia observar toda la comarca y proteger de cerca cuantos destacamentos le obligaba á esparcir tan interesante mision. Desde Villanueva, en cuya vecindad eran frecuentes y fáciles los vados, se podia en dos horas ó tres envolver la posicion de Andújar; la barca de Menjívar necesitaba una especial vigilancia por facilitar el paso del Guadalquivir en el camino de Jaen; y las avenidas de Baeza y Ubeda, como los pasos de la Sierra, exigian fuertes destacamentos que, reconociendo de léjos el terreno, infundieran la mayor tranquilidad entre las tropas francesas. Las necesidades de servicio tan extenso que, de situarse el cuartel general en Bailén, podian reducirse á la de simples descubiertas, exigian la ocupacion de puntos tan importantes como los señalados, por cuerpos enteros que en un caso contaran con fuerza suficiente para impedir á los españoles el paso del rio durante muchas horas. Así es que, áun puestas en comunicacion inmediata las divisiones francesas, aparecian diseminadas, y el ejército débil en todos los puntos que le hacia ocupar la desacertada direccion de su general en jefe. Una brigada de la division Vedel fué la encargada de reducir de nuevo Jaen á la obedien-

Segunda expedicion de los franceses á Jaen.

cia y procurar otro convoy como el que habia proporcionado el capitan Baste, á quien se destinó á servir de guía y consejero al general Cassagne, jefe de la expedicion.

La brigada llegó á avistar Jaen sin haber descubierto enemigos; pero, cerca ya de las puertas, la vanguardia francesa tuvo que sostener un ligero combate que al apoyo de las demás fuerzas acabó felizmente el capitan Baste que marchaba á la cabeza. Cassagne pudo, pues, penetrar en Jaen el mismo dia 1.° de Julio en que habia salido de Bailén.

Son batidos y se retiran.

Pero la ciudad, abandonada de todos sus habitantes, que á la noticia de la aproximacion de los franceses habian huido temerosos de nuevos atropellos, no podia proporcionar recurso alguno, y Cassagne tuvo que recurrir al merodeo en los campos y caseríos vecinos. A fin de efectuarlo con resultado, destacó dos cuerpos que, recorriendo la campiña hasta una distancia de dos leguas, arrastrasen á Jaen el ganado y los granos que encontraran. Mas apénas habian salido el 2 por la mañana los destacamentos franceses, se vieron frente á frente de los voluntarios que habian batido el dia anterior, reforzados de los campesinos que tenian que defender sus haciendas y los montañeses que, al toque de rebato, acudian de sus pueblos con las armas que su ódio al extrangero les hacia descubrir y utilizar. Tan apurados se vieron los franceses de los destacamentos, que fué necesario á la brigada entera salir en su auxilio; y, al retirarse ésta con pédidas considerables, tuvo ya que defenderse en los muros y las casas de la ciudad que los españoles trataban de asaltar con el mayor

denuedo. Como es de presumir, no fueron arrollados los franceses, que á su valor y pericia reunian el contarse en número no insignificante; pero al dia siguiente, 3 de Julio, renovado el combate desde el amanecer, perdieron el castillo áun defendiéndolo con teson contra el regimiento suizo de Reding que su antiguo coronel habia despachado con dos escuadrones para recuperar la ciudad. Temiendo, entónces, el aumento de enemigos que la llegada de aquel cuerpo y la jactancia de los jaeneses hacia prever, Cassagne dispuso la retirada en el momento, precisamente, en que le llegaba un pliego de Vedel, su jefe, que contenia la órden de replegarse á Bailén.

Fuera ya de la ciudad, Cassagne pudo imponer á sus enemigos con la disciplina y habilidad de los soldados que conducia. Los españoles, comprendiendo la inutilidad de nuevos esfuerzos para arrollar la compacta columna que habian formado los franceses, desistieron do perseguirlos, satisfechos de que partiesen sin haber llevado á efecto su mision, con muchas é importantes bajas en sus filas y el convencimiento de que en Jaen, como en Córdoba, el espíritu público les era abiertamente hostil y que las violencias ejercidas en ámbas poblaciones les iban á costar muy dolorosas represálias.

Si algo faltaba para hacer comprender á los franceses que no podian abandonar la situacion defensiva á que los habia reducido su retirada de Córdoba, la expedicion de Cassagne á Jaen vino á demostrarles que, áun en ella, debian precaverse de los peligros á que iba á exponerlos la posicion que se empeñaba en mantener su general en jefe. Si léjos aún el

general Castaños con las tropas que todas las noticias hacian suponer el núcleo y la mayor parte de las que iban á combatirle, no podia Dupont verificar una empresa como la de Jaen ó apoyarla convenientemente, ¿á qué papel iba á reducirse cuando, campando aquellas en frente, unieran su accion á la del ejército de Granada y á los voluntarios que de todas partes acudian á arrojar al extranjero del suelo pátrio? Y en tal concepto, ¿cómo no preveia los peligros de su posicion y se replegaba á donde, concentrando sus medios, pudiera resistir con fortuna y, cuando nó, retirarse con seguridad al otro lado de los montes á ponerse en contacto con los demás ejércitos franceses que operaban en el centro de la monarquía? ¡Ni las instrucciones repetidas de Savary ni las instancias que Vedel le hacia á cada momento, manifestándole los peligros y las dificultades de su posicion, arrancaban de ella al que parece que la fortuna de España cegaba con el orgullo y vana confianza!

Castaños avanza sobre Andujar.

El general Castaños habia emprendido la marcha desde Córdoba con las precauciones que no podia ménos de dictarle la inmediacion de un enemigo que llevaba por toda Europa la fama de invencible. No sólo iba recogiendo las fuerzas todas que encontraba á su paso y llamando á sí las que sabia se organizaban en las poblaciones más próximas de Andalucía, sino que, inspirado por un sentimiento fundadísimo de prudencia, elegia los caminos más propios para llegar al enemigo sin contratiempo alguno. El choque más insignificante en otra ocasion, pero desgraciado, podia influir en aquella tan eficazmente que hiciese estéril en un momento todo el trabajo que

acababa de emplear para dar instruccion y disciplina á sus tropas, é inutiles los esfuerzos de todo género que hacian á porfía aquellas provincias.

Dos eran los caminos que podia seguir el ejército. Era uno de ellos el real, la carretera que en parte hemos descrito al hacer la relacion del combate de Alcolea, camino anchuroso, fácil, abierto en terreno despejado y suave, pero, por lo mismo, peligroso ante las tropas maniobreras y la superior caballería de los franceses. El otro, más apartado del Guadalquivir, por los accidentes del terreno y por su misma direccion hácia la que debian tomar las tropas de Granada, ofrecia mejores posiciones, llevaba por líneas más conducentes al plan de operaciones del general en jefe y presentaba la seguridad de una retirada por comarcas impracticables para el enemigo. Desde Bujalance, Porcuna y Arjona, puntos los más importantes en este camino, lograba el general Castaños, además de permanecer inobservado, ir flanqueando la carretera por donde habia de operar Dupont y, al caer sobre Andújar, amenazar todo el valle superior del Guadalquivir hasta la sierra que se elevaba á retaguardia del ejército fraacés.

Estas razones, aducidas en los consejos que frecuentemente celebraba con sus generales, con los del ejército de Granada y el comisario de la Junta suprema, decidieron á Castaños á preferir el segundo de los dos caminos que conducian á las posiciones ocupadas por Dupont (1).

---

(1) El general Reding fue el 1.° de Julio á Córdoba para acordar con Castaños la reunion de los dos ejercitos de Sevilla y Gra-

Ya se encontraba al frente de ellas el cuerpo volante de D. Juan de la Cruz Mourgeon, que precedia siempre al de vanguardia regido por el marqués de Coupigni.

D. Juan de la Cruz Mourgeon.

Era Mourgeon oficial de no escaso mérito, que habia prestado servicios importantes en las guerras de la República y de Portugal, y acababa de organizar é instruir en quince dias los *Tiradores de Cádiz*, uno de los mejores batallones de aquel ejército. Al frente siempre de las guerrillas, habia manifestado tanto ardimiento y perspicacia militar en el ataque de un puesto, como tenacidad y acierto en la defensa de los varios cuya guarda le confiaban sus jefes, seguros de que no habia de presentárseles sino cubierto de trofeos ó de heridas. En aquella misma campaña, segun hemos tenido ocasion de manifestar, habia dado ya Mourgeon muestras de su valor y pericia en las pequeñas operaciones de la guerra, no perdiendo de vista nunca á los franceses, acosándolos sin cesar, lo mismo á su frente que sobre sus flancos y hácia sus comunicaciones con Castilla. No hacia muchos dias, el 23 de Junio, que habia descubierto un destacamento francés junto á la casa de postas de Santa Cecilia, no léjos de Arjonilla, y lanzándole su vanguardia, que consistia en una veintena de caballos de Olivencia y Borbon, le habia muerto 17 dragones y le habia aprisionado otros 4 heridos y 15 caballos. Una gran guardia de que dependia el destacamento francés, habia querido to-

nada. El general Escalante vió á Castaños en El Cárpio y tuvo con él una larga conferencia sobre el mismo asunto y sobre las operaciones sucesivas de las tropas del mando de uno y otro.

mar el desquite atacando á aquel puñado de valientes; pero viendo que iban á ser sostenidos los españoles y que Mourgeon se dirigia con un número considerable de jinetes á tomarles por su flanco izquierdo el camino de Andújar, tuvieron los franceses que retirarse ante aquella doble y hábil evolucion de los vencedores.

Precedidas de la vanguardia, y puede decirse que alumbradas por el cuerpo de Mourgeon, con el nombre ya de *Division de Montaña*, pudieron marchar desde Córdoba las divisiones del ejército español, seguras de no verse sorprendidas ni atacadas en condiciones desfavorables. A su llegada á Porcuna, la union con el ejército de Granada podia considerarse realizada; pues no sólo se pusieron en comunicacion con él, sino que, despues de reconcentrarse en lo que permitia el abastecimiento de las tropas, lograron todas formar en la izquierda del Guadalquivir una línea bastante extensa pero enlazada en sus puntos más interesantes, opuesta á la que los franceses tenian establecida en la orilla derecha y pasos de mayor importancia.

Era preciso dar unidad á aquellas tropas, tanto más necesitadas de ella, cuanto que, además de proceder de reinos diferentes, estaban compuestas de reclutas, en su mayor parte voluntarios, á quienes, de consiguiente, habia que sujetar al régimen de los veteranos y á la direccion de un sólo general. Dióse, pues, nueva organizacion al ejército, que el 11 de Julio quedó constituido en cuatro divisiones al mando todas del general Castaños, habiéndoselo cedido Escalante que, aunque más antiguo y con el Nueva organizacion del ejército.



cargo de capitan general de Granada, tuvo la abnegacion de no disputárselo al que presentaba mayor número de tropas, era el elegido de la Junta suprema, y la esperanza de los andaluces.

La primera division, compuesta de 9.436 hombres y 817 caballos, una batería de 6 piezas de á caballo, otra de 4 de á pié y 2 compañías de zapadores, fué confiada al general Reding. A esta division, en que se encontraban las tropas procedentes de Granada fueron agregados algunos de los cuerpos, así de infantería como de caballería, que componian el avanzado que regia Venegas, quien recibió tambien su destino á la inmediacion y bajo la dependencia del antiguo coronel suizo.

El general Coupigni obtuvo el mando de la segunda division que reunia 7.850 hombres, 453 caballos, una compañía de artillería á caballo y otra de zapadores. La tercera recibió 5.415 infantes y 582 caballos, que fueron confiados al general Jones, y por fin, la division de reserva, á cuya cabeza se puso al general Lapeña, comprendia 6.776 infantes, 408 caballos, 502 artilleros con 12 piezas y 100 zapadores (1).

Ya hemos hecho ver en el *cuadro de los beligerantes* la organizacion de las diferentes armas del ejército español, la instruccion que habian alcanzado sus oficiales y soldados, y el espíritu que los animaba; condiciones muy superiores á las que en general se les ha reconocido posteriormente.

Sólo así se comprende la rara prontitud con que,

(1) Véase el apéndice núm. 12.

á pesar de los métodos lentos de instruccion, en uso entónces, fueron adiestrados en el manejo de las armas y en las maniobras tácticas unos soldados que acababan de abandonar las faenas del campo. No por eso debe creerse que las tropas de Castaños hubieran adquirido una destreza comparable con la que caracteriza á las veteranas de un ejército regular, ni mucho ménos la de que blasonaban sus enemigos, sobre todo desde el establecimiento del campo de Boulogne, donde se habian depurado las maneras de operar en el campo de batalla de los absurdos é irregularidades comunes en los cuerpos republicanos. Si la admiracion de Saavedra y de sus colegas de la Junta suprema era legítima ante el espectáculo de un ejército en gran parte de reclutas haciendo los fuegos con bastante regularidad y maniobrando en línea á los doce dias de su formacion, cualquiera, por poco que se haya ejercitado en la escuela de Marte, comprenderá que aquella instruccion era relativa al tiempo de que se pudo disponer y á los medios con que en aquella época contaban nuestros batallones. Pero el entusiasmo por parte de los soldados y el buen deseo y el celo militar por la de los jefes y oficiales, suplian en lo que cabe la falta de tiempo y las dificultades inherentes á lo lento y difícil de los sistemas doctrinales; y si no habian adquirido la maestría necesaria para maniobrar ante los batallones imperiales, sí la suficiente solidez para resistirlos en fuertes y bien elegidas posiciones.

Por otro lado, los generales y jefes no dejaban nada que desear en la esfera del valor y de los conocimientos militares, áun cuando lo dilatado de la

paz no hubiese sacado á luz en ellos el génio que tantos años de combatir y la escuela de capitan tan excelente hacian brillar en las filas de los franceses. Aunque extranjeros algunos de ellos, como es natural en un ejército en que todavía se reclutaban soldados y hasta cuerpos enteros en otras naciones, reminiscencia de épocas en que España dominaba en ellas, sus leales servicios y la afeccion calurosa que acababan de demostrar en el último alzamiento, eran garantías más que suficientes para que obtuvieran el aprecio, la confianza y hasta la gratitud de nuestros compatriotas.

El ejército español de Andalucía no era, pues, el que se han esmerado algunos historiadores en pintarnos como informe, sin organizacion ni disciplina. No estaba compuesto de veteranos ni vestido y equipado con la uniformidad y el lujo de las tropas en cuyos cuadros habian sido incorporados tantos reclutas como á ellos afluian de todas las partes de Andalucía; pero de eso á la miseria y al desórden que hasta las artes nos han querido representar en el campo glorioso de Bailén, existe una notable y satisfactoria diferencia.

Consejo de guerra.

A la nueva organizacion del ejército de Andalucía siguió inmediatamente la celebracion de un consejo de guerra para determinar el plan que, ya á la vista del enemigo, debia observarse á fin de obligarle á retroceder al Norte de Sierra-Morena ó vencerlo, si no, y destruirlo.

Sabíase de él que se mantenia en Andújar y con la apariencia toda de recibir batalla, cubierto con el Guadalquivir, cuyo puente habia fortificado y cu-

yos pasos más importantes vigilaba con el mayor esmero. Se ignoraba que la division Vedel hubiese llegado al campo francés: se la creia en marcha, por no haberse observado si los recientemente vencidos en Jaen eran ó nó de los violentadores de Córdoba. La presencia de Baste haria acaso suponer en aquella ciudad que las dos expediciones sucesivas que la habian afligido, procedian de una misma division, la que se mantenia en Andújar.

Las operaciones que iban á emprenderse, debian, pues, tender con preferencia á aislar á Dupont de los socorros que esperaba y, una vez reducido á sus solas fuerzas, á abrumarlo con todas las del ejército español que le acometerian de frente y por los flancos y retaguardia.

Vadeable el Guadalquivir por varios puntos en aquella estacion, ofrecia, sin embargo, un paso más fácil, acaso por lo frecuentado, en Villanueva de la Reina y Menjivar. Desde el primero de estos puntos, podia en pocas horas interceptarse el camino de Bailén á Andújar que se descubria próximo al Guadalquivir. Desde Menjívar era necesario ir á Bailén; pero, por lo mismo que habian de presentarse las tropas á alguna mayor distancia, en direccion más amenazadora, y como dispuestas á cerrar los caminos de la sierra, únicos de salvacion para el ejército francés en una desgracia, aparecia preferible por allí el paso aunque distase más que Villanueva del que iba á ser cuartel general del ejército.

Estas consideraciones sirvieron de fundamento para fijar el plan de campaña en el consejo de guerra celebrado en Porcuna. Plan de campaña.

Resolvióse, en consecuencia, marchar sobre Andújar, y ocupando primero los Visos, colinas que forman frente al puente la márgen izquierda del Guadalquivir dominándolo en una gran extension, esperar en ellos ocasion favorable para atacar á los franceses. Una vez el ejército en los Visos, y despues de llamar la atencion del enemigo con maniobras ó ataques que pudieran hacerle presumir el intento formal do forzar próximamente su posicion, se destacarian las dos primeras divisiones, á fin de que, pasando el rio en escalon, se dirigiesen por la derecha á Bailén, miéntras la de montaña lo verificaba por el puente de Marmolejo, á unos kilómetros sobre la izquierda del campo español. Por fin, una vez en ejecucion estos movimientos y el que debia realizar el de Valdecañas, que se encontraba sobre los caminos de Baeza á Bailén y La Carolina con el objeto de observar la sierra y cortar las comunicaciones, todos los cuerpos destacados tomarian la direccion de Andújar para combinar un ataque decisivo con el de frente que iban á emprender los que quedaban en los Visos con el cuartel general.

Este plan bosquejado en el consejo por el mayor general D. Tomás Moreno, revelaba en su preámbulo el objeto á que se dirigia. Decia así: «Establecido »el enemigo en Andújar y fortificado en su posicion. »debe ser nuestro primer objeto el hacerlo salir de »ella para combatir ó inutilizar sus defensas que son »todas por su frente. Para esto es indispensable que »el ejército, haciendo un movimiento sobre su flan»co, vaya á situarse sobre Andújar y Bailén y que, »atacando al tiempo de tomar esta disposicion el

»destacamento enemigo establecido en Bailén, im»pida su reunion con el cuerpo de Andújar, y dejan»do el grueso del ejército sin retirada, lo ponga en »el caso de rendirse ó batirse con desventaja, tan co»nocida cual puede deducirse de nuestro mayor nú»mero de tropas (1).»

La inspeccion del mapa, el más ligero conocimiento de aquel terreno, hacen comprender al instante lo peligrosísimo de tal proyecto. El ejército español, cuya superioridad, si es que puede reconocerse, consistia en la del número de sus soldados, se dividia para acometer á un enemigo que se suponia concentrado en una posicion respetable, pues que estaba resguardada en uno de sus lados por el Guadalquivir. ¿Cómo explicar ésta que bien pudiera calificarse de temeridad ó de exceso de confianza?

Se sentia en el ejército una gran efervescencia, un deseo ardiente de pelear con los franceses en una grande y decisiva batalla. Por más que la Junta suprema, al publicar las *Apuntaciones*, hubiese tratado de imbuir la idea de lo conveniente, hasta indispensable, de no comprometer una accion general con las aguerridas tropas de sus enemigos; por más que Castaños y los demás generales sintieran la necesidad de endurecer primero á sus soldados con las fatigas y acostumbrarlos al fuego y á las maniobras en una campaña, puede decirse que preliminar, las tropas, animadas con el movimiento retrógado de los franceses, creian, con dilatar el ataque, dar á és-

(1) Véase el apéndice núm. 13 que contiene este importantísimo documento.

tos tiempo y ocasion para evadirse sin sufrir el revés que ellas consideraban ya como indudable (1).

Se suponia, además, que el ejército francés era ménos numeroso de lo á que realmente lo hacia ascender la incorporacion de Vedel; no se tenia conocimiento exacto de la fuerza que llevaba este general y, hasta equivocándolo con Gobert, le creian algunos en marcha por las llanuras de la Mancha y quizás á las manos con los de Valdepeñas y Santa Cruz de Mudela. Era, pues, segun ellos, urgentísimo el activar las operaciones y dar un golpe decisivo á los que con tanto orgullo habian invadido la tierra de Andalucía, creyendo sojuzgarla con sólo su presencia y el prestigio de sus armas.

Estaba, tambien, en voga por entónces entre los enemigos de Napoleon, un sistema táctico que, áun cuando no usado casi nunca por aquel génio de la guerra, acaso por esta misma circunstancia y por la de haberlo puesto en práctica los que el ódio al Emperador hacia pasar por rivales suyos en el ejército francés, tenian por el más eficaz y decisivo en los combates. Bajo la influencia de estas impresiones, la batalla de Hohenlinden era el modelo más acabado del arte de las batallas y Moreau su maestro más práctico.

Los movimientos envolventes y de flanco habian

(1) En el escrito ya citado del general Castaños se lee lo siguiente: «Cuando entré en Córdoba se hallaba Dupont en Andújar »y tomé la direccion de Bujalance, donde permanecí dos dias es»tableciendo baterías y poniéndome en estado de defensa, lo que »me puso en riesgo de que el ejército se amotinase por desaprobar »mi conducta medrosa; pero la decision de los generales y jefes »calmó toda la efervescencia y me dirigí á Porcuna donde hice lo »mismo que en Bujalance...»

adquirido con eso grandísima importancia, y eran pocos los que se detuviesen á considerar que para ejecutarlos eran necesarias tropas con la experiencia, el vigor y el espíritu de las que los autorizaban. Si algo faltaba para considerarlos como los más convenientes y únicos decisivos, la batalla de Bailén vino á crear tal convencimiento en los generales españoles, que, segun veremos en adelante, pocas veces maniobraron dos ó más cuerpos de ejército que no llevasen por primer objeto el de cortar á los enemigos sus líneas de comunicacion con su cuartel general y áun con la Francia.

Cediendo á la presion que no podian ménos de ejercer sobre ellos el entusiasmo y el ardor bélico de sus soldados, y penetrados de la conveniencia de tales maniobras, los generales del ejército de Andalucía, ó no vieron los peligros á que exponia la que intentaban, ó creyeron que aquellos sentimientos eran suficiente garantía para emprenderla con la seguridad del éxito más completo.

Pero si el general Dupont llegaba á sospechar el objeto de las operaciones que iba á ver iniciarse sobre sus flancos, un movimiento de concentracion por parte de sus tropas ó uno combinado, á hora conveniente ó por señales fijadas de antemano, con Vedel y Gobert, produciria infaliblemente la pérdida de los españoles. Porque, áun con las condiciones ventajosas que hemos señalado en las tropas de Castaños, no era prudente pensar que en campo abierto pudieran nuestros batallones resistir el ímpetu característico de los franceses, y nuestros generales superar la experiencia de los generales enemigos.

Sólo una ignorancia completa de las operaciones qué se iban á emprender y, más aún, el ningun temor que imponian nuestras tropas á las del enemigo, hacian posible en aquellos momentos la victoria. De otro modo, formados los franceses en expectativa de una batalla, y en la de un desastre si eran arrollados, nadie debia presumir más que un revés que, si no haria aflojar en la defensa por el carácter de nuestros compatriotas, permitiria á Dupont acabar la conquista de Andalucía.

Operando desde Bailén, pero, sobre todo, en el camino de esta ciudad á la de Andújar, la retirada de los españoles, áun sin encontrar enemigos en ella, se hacia sumamente difícil con un gran rio sobre su flanco, á retaguardia la sierra y al frente la soberbia caballería de los franceses. Es verdad, y esto era lo más importante, que los hombres podrian salvarse en un país conocido y recurriendo á una dispersion completa; pero el material, la organizacion y el espíritu que hacia respetable aquel ejército, acabarian en un dia, y Castaños, detenido ante el puente de Andújar ó imposibilitado de llegar á tiempo á la batalla, si se daba léjos del Guadalquivir, tendria á mucha suerte el no ser á su vez alcanzado despues de vencida aquella y acabada por los enemigos. Si éstos llegaban á tener noticias exactas del movimiento de nuestros batallones y Vedel y Gobert acudian á las señales convenidas ó al ruido del cañon, como era de esperar, al vencimiento de los españoles acompañaria necesariamente uno de los desastres más memorables. Sólo se librarian de él las divisiones de Jónes y Lapeña que lo presenciarian desde los

vinos, impotentes ante el Guadalquivir y, más impotentes aún, ante la artillería y la fusilería de Dupont.

A pesar de todo esto, que no podia escaparse á la penetracion de los generales que asistian al consejo en Porcuna, tal era la confianza que inspiraba el buen continente de las tropas y tal el abatimiento en que se suponia á los franceses, manteniéndose, contra su costumbre, á la defensiva y esperando refuerzos que los correos interceptados hacian suponer de absoluta necesidad para resistir el ataque de nuestros compatriotas, que generales, jefes y soldados, todos, se entregaron á la realizacion de un plan que, traslucido por el ejército, inspiró en sus filas las esperanzas más halagüeñas y causó el mayor entusiasmo.

Se pone en ejecucion.

En consecuencia de los acuerdos tomados, el cuartel general pasó á Arjona y el dia 13 se dirigió un reconocimiento sobre Arjonilla, esperando un ataque de parte de los franceses, segun habia noticias de que lo tenian meditado. Dupont continuaba, sin embargo, en Andújar, y el 14 siguió Castaños á Arjonilla con la 3.ª division y la de reserva, miéntras la 1.ª, precedida desde la noche anterior de su vanguardia al mando del brigadier Venegas, se corria por la derecha hácia Menjivar, y la 2.ª tomaba posicion en la Higuereta para apoyar á aquella en su marcha y observar al cuerpo francés acantonado en Villanueva.

Los españoles se establecen en Menjívar.

A las cinco de la mañana del mismo dia 14 apareció Venegas junto á Menjívar, y con una partida de caballería que marchaba á la cabeza, cargó á la

francesa de descubierta en la izquierda del Guadalquivir, la cual perdió en su fuga dos muertos, un herido, tres prisioneros y seis caballos. El enemigo trató de acudir al socorro de sus jinetes y, al efecto, empezó á pasar por la barca algunas tropas; pero observando el número de las que formaban en la márgen opuesta y la situacion del Batallon de Barbastro y de una compañía de zapadores en una suave eminencia próxima á las aguas y que flanquea su paso, ordenó la retirada que los españoles supusieron verificaria á Bailén.

Por la tarde llegó tambien á Menjívar el general Reding con toda la division de su mando. En el camino habia sido atacado dos veces por los franceses de Villanueva; pero, rechazándolos á la derecha del rio y recobradas las reses que arrastraban consigo de los pueblos y caseríos inmediatos, continuó la marcha dejando á Coupigni el cuidado de mantener sus comunicaciones con el cuartel general.

La ocupacion de Menjívar, los combates, aunque insignificantes, de Reding á su paso por Villanueva, y la presencia de Coupigni y de Castaños frente á esta villa y á Andújar, produjeron la alarma en el campo francés. El general Vedel recibió la órden de mantener el paso de Menjívar; Gobert, la de avanzar con parte de sus batallones á Bailén, dejando los demás en observacion de los desfiladeros de la sierra y los caminos de Baeza; y se reforzó el destacamento de Villanueva para evitar el flanqueo que era de temer al presentarse Castaños en los Visos de Andújar, donde, por los partes de las descubiertas, se le esperaba de un momento á otro.

En consecuencia de estas órdenes, el dia 15 apareció Vedel frente á Menjívar. El general Liger-Belair, que el dia anterior no habia hecho más que retirarse por momentos de la vista de los españoles, viéndose apoyado de cerca por su jefe, rompió un fuego bastante vivo contra las tropas de Reding, que, sin presentarse más que en corto número, lo contestaron con sus tiradores para rechazar los que, más que ataques, parecian reconocimientos del enemigo. A su llegada, Vedel desplegó dos batallones con el objeto de obligar á los españoles á mostrarle sus fuerzas. Reding comprendió el ardid; y sin cuidarse de la presencia de aquellos cuerpos, se dedicó á apagar el incendio de las mieses próximas al pueblo y que la compañía de zapadores del capitan Goicoechea sofocó á la vista misma de los franceses que lo habian causado con sus disparos. Vedel no logró ver, de consiguiente, más que algunos batallones que él evaluó en unos 3.000 hombres, sin artillería alguna; con lo que, y reforzando el destacamento de Belair con cuatro compañías, se disponia á retroceder á Bailén cuando recibió la órden de Dupont para que le enviase un batallon y un escuadron ó una brigada entera, si no la consideraba necesaria en aquella parte del Guadalquivir. Tranquilo por lo que acababa de ver, y engañado con la prudente reserva de Reding, Vedel al escuchar el relato que el ayudante de Dupont le hacia sobre el vivo cañoneo y los ademanes agresivos que habian emprendido y representaban los soldados de Castaños en Andújar, creyó que allí y no en Menjívar era donde se hacia necesaria su presencia y la de todas sus tropas. Y encargando

á Belair la vigilancia más exquisita, y á Gobert la necesidad de que apoyase á aquel general, si lo veia en peligro, se dirigió á Andújar, precedido de un ayudante que le previniera con tiempo si aquella marcha obtenia ó nó el beneplácito del general en jefe.

Accion de Villanueva.

El marqués de Coupigni, avisado al amanecer de aquel mismo dia 15 de que un cuerpo de dos batallones destacados del cuartel general francés se habia establecido en Villanueva y alturas inmediatas, con el objeto, sin duda, de cortar la comunicacion de Reding con su division y las de Castaños, se decidió á abandonar la Higuereta y repeler á los franceses que tenia á su frente al otro lado del Guadalquivir. Hallábanse éstos en una fuerte posicion entre el pueblo y la ermita de Santa Ana, á media falda de una série de eminencias que, dominando Villanueva y el curso todo del rio en una grande extension, observan de cerca, casi inmediata y muy ventajosamente, el camino de Andújar á Menjívar entre la Higuereta y Calzalilla.

La vanguardia de Coupigni, compuesta de las tropas ligeras de la division y algunos destacamentos de caballería á las órdenes del general Grimarest, avanzó gallardamente hácia Villanueva, apoyando su derecha en unos estribos que se ligan á las eminencias ya citadas, y la extrema izquierda en las márgenes del Guadalquivir. Los franceses las recibieron con descargas cerradas que la posicion en que se encontraban y su formacion en líneas preparadas con tiempo, habian de hacer mortíferas. Así es que por más que nuestros soldados, llenos de ardi-

miento, se obstinaban en ganar las posiciones de los franceses, éstos lograron mantenerlas y rechazar á los nuestros causándoles bastante pérdida. Advertido Coupigni, se adelantó á la cabeza de los regimientos de caballería Borbon y España, acompañados de tres piezas que pocos momentos despues rompian el fuego sobre el cuerpo de los enemigos. El combate se hizo sumamente obstinado y sangriento: las tropas ligeras, sintiéndose apoyadas y observando el efecto de los proyectiles de nuestra artillería, volvieron á la carga; y ya iban á coronar las posiciones de que acababan de ser rechazados, cuando los franceses, temerosos de que los cortara la caballería que avanzaba á galope como para ocupar los vados, se apresuraron á repasar el rio, no sin dejar en la orilla izquierda muchos muertos y heridos. Pero por practicable y hasta fácil que fuese el vado en estacion tan calurosa, su tránsito debia ser penoso para una tropa que ya se retiraba en algun desórden; así es que, con la precipitacion del paso y el peligro que á cada momento aumentaba á su espalda, no dejaron de ahogarse algunos franceses. Nuestra caballería pasó inmediatamente despues el Guadalquivir, y con el general Coupigni á la cabeza y las tropas ligeras desplegadas sobre sus flancos, alcanzó al enemigo cuando al otro lado de la carretera de Bailén á Andújar creia éste alcanzar la próxima sierra, á la que no era de suponer le hubiesen de perseguir los españoles. Desmoralizados ya los franceses con la fuga, y abatidos por la fatiga y el calor, la infantería, aún formada en cuadro, no pudo mantener el campo disputado por nuestros jinetes que la rompieron fá-

cilmente y la fueron acosando con el entusiasmo y el ardor que son de suponer en una tropa victoriosa de enemigos tan temidos. A legua y media ya de Villanueva, fué necesario abandonar la persecucion, pues que era de esperar un movimiento envolvente de los de Andújar.

Las pérdidas de los franceses consistieron en más de 200 muertos, sin contar los heridos y un número de prisioneros, muy corto, al decir de Coupigni, *por el acaloramiento de nuestra tropa*. No fué insignificante la nuestra, teniendo que habérselas los jinetes con tropas como las francesas; pero, áun así, no tuvo comparacion con la de los enemigos, cuyo jefe no pudo conservar ni los equipajes propios, que cayeron en poder de los soldados de Coupigni.

Castaños ocupa los Visos de Andújar.

Por su parte, el general Castaños levantó el campo de Arjonilla en la noche del 14, y al amanecer del dia siguiente aparecía en los Visos de Andújar, con el cuartel general y las divisiones tercera y de reserva. Un destacamento francés, compuesto de dos compañías de cazadores de la Guardia de París, que hacian todas las mañanas el servicio de descubierta en aquellas alturas, se apercibió al momento de la marcha de nuestras tropas y, reforzado por una compañía de granaderos de la 3.ª legion, trató de impedir la ocupacion de ellas. Pero al ver dividirse la vanguardia española para envolverlo, el destacamento, conseguido su objeto de avisar al general en jefe á fin de que tuviese tiempo para tomar sus disposiciones de defensa, se retiró al puente al abrigo de su cuerpo de ejército.

Los Visos constituyen una cadena de eminencias

proximamente paralela al Guadalquivir, separada de él á medio tiro de cañon por una llanura despejada y limpia. Extendiéndose á la derecha por elevaciones cada vez más eminentes hasta la aldea de Higuera de Arjona, generalmente llamada «La Higuereta,» proporcionan la ventaja de ocultar, así las fuerzas destinadas á ocuparlos, como los movimientos que éstas puedan hacer á lo largo y retaguardia de la línea.

Andújar y la orilla derecha del Guadalquivir presentan, á su vez, la de dominar y descubrir la llanura de la izquierda, pudiéndola batir desde el puente, las casas de la ciudad y los accidentes múltiples de la exhuberante vejetacion que cubre toda aquella márgen del rio.

Posiciones de los franceses.

A la vista de los españoles, las tropas de Dupont tomaron las posiciones que se les tenian señaladas para el momento del combate. Las obras del puente, que consistian en un extenso hornabeque levantado dias ántes y la torre contigua que cierra la entrada, estaban cubiertas de una artillería numerosa y guarnecidas por algunas compañías de la Guardia de París, apoyada en segunda línea, pero en la misma márgen izquierda del rio, por la 3.ª legion que se hallaba dispuesta á defender las avenidas de uno y otro flanco. En la orilla opuesta y á la izquierda del puente, fué establecido el resto de la primera brigada, cuyo jefe, el general Panuctier, estaba encargado de la defensa de las obras avanzadas. Por la derecha se extendia la brigada Chabert, y cubrian el centro los marinos de la Guardia que estacionaban en Andújar para defender en caso necesario la pobla-

cion. Los suizos, mandados por los generales Rouyer y Schramm, constituian la reserva, y la caballería toda habia establecido su campo en la llanura á retaguardia de Andújar para observar las avenidas de Bailén y los pasos del Guadalquivir. Más léjos aún y hácia las descendencias de la Sierra, que avanza á estrechar la llanura por la orilla izquierda del Jándula, se situó un grueso destacamento, compuesto del 6.° provisional, perteneciente á la division Gobert, con el que y algunos de las de Barbou y Fressia se habia adelantado el general Lefranc.

El frente de esta posicion era bueno y podria cubrirse sin peligro por las tropas que tenia Dupont á la mano. Abierta, sin embargo, la carretera entre el Guadalquivir, próximo á trechos y nunca muy lejano, y las faldas de Sierra-Morena, inaccesibles hasta Despeñaperros, distante unas 13 leguas, la comunicacion con la Mancha estaba siempre expuesta á ser cortada. Pero el mayor inconveniente se encontraba, segun ya lo hemos manifestado, en que estas condiciones de la posicion de Andújar exigian el fraccionamiento de las tropas francesas, obligadas á atender á tantas y tan peligrosas y probables contingencias.

El general Castaños, una vez dueño de los Visos de Andújar, estableció en la cumbre una batería de campaña que se entretuvo en disparar sobre el puente miéntras se emplazaba algo más á la derecha otra de posicion con piezas de á 12 y de á 16 que produjera mayor efecto y protegiese los movimientos de las tropas ligeras que descendieron á la llanura á tirotearse con la infantería francesa distribuida por las orillas del rio.

El cañoneo duró poco, pues que á mediodía habia cesado ya; pero el ademan ofensivo de las tropas que cubrian los Visos y cuyo número era imposible distinguir, por hallarse á cubierto de la inspeccion de los franceses con los accidentes de la montaña; el empeño que manifestaban los tiradores en llegar y reconocer el lecho del Guadalquivir, y el movimiento sobre la izquierda española que en aquella misma mañana emprendió Mourgeon con los 2.000 hombres que componian su division de montaña para trasladarse á la orilla derecha por el puente de Marmolejo, hicieron creer á Dupont que Andújar era el verdadero objetivo de los españoles. Este error; el sentimiento de su propia fuerza que nunca le podia sugerir la idea de que los españoles se atrevieran á operar sobre sus flancos y retaguardia, teniéndose que dividir para verificarlo; y, sobre todo, su oposicion á retroceder aún más ante unas tropas que suponia desorganizadas y sin instruir, le hicieron obstinarse en la defensa de Andújar y llamar á su lado la fuerza que le hemos visto reclamando de Vedel en la tarde de aquel dia.

Los soldados de Dupont se reanimaron al descubrir á los nuestros en los Visos. Iban á salir de la inaccion en que yacian desde su entrada en Córdoba; y una batalla, que no podian nunca imaginar adversa, los sacaria de las privaciones, de la miseria que sufrian en una ciudad abandonada y en un país abrasador y devastado. El único temor de los franceses era el de que atrincherados como se hallaban en una posicion, fuerte, además, por su naturaleza, no se atreverian sus enemigos á emprender una ac-

cion general y, sólo siendo decisiva, podrian avanzar á Sevilla y Cádiz.

Era tanto más fundado en ellos ese temor, cuanto que con la indecision demostrada en aquel dia por Castaños, coincidia la pronta retirada de Mourgeon á las montañas que, cada vez más empinadas y escabrosas, se levantaban sobre su derecha y retaguardia. El general Lefranc con el 6.° regimiento provisional, fuerza superior á la de que disponia el jefe de la division de montaña, le habia acometido con la fúria reconocida en el conquistador del parque de Madrid. Mourgeon resistió algun tiempo y causó á los franceses no pocas pérdidas; pero, cumplido su objeto de distraer, y con el de continuar amenazando las comunicaciones de Bailén y la sierra, se internó en la *Cementera* y por el puerto llamado de las *Viñas* se situó en Peñascal de Morales, donde encendió fogatas por la noche para hacer conocer su posicion á Castaños (1).

Así pasó el dia 15 de Julio en que no sólo consiguió Castaños el que sus soldados, en la ejecucion ya de un movimiento estratégico de la mayor importancia, se hicieran al aspecto y al fuego de los franceses, nunca vencidos hasta entónces, sino la inapreciable ventaja de ver que su plan de operaciones no habia sido adivinado ni comprendido. Al insistir en él al dia siguiente, iba á descubrir que su fortuna se quitaba la venda para colocarla en los

(1) Cruz Mourgeon no parece en su parte haber quedado muy satisfecho de sus subordinados.—Sus pérdidas consistieron en 13 muertos y 28 heridos; pero causó muchas más á los franceses, y logró situarse en aquellas posiciones favorables.

ojos y el entendimiento de su rival, cada vez más obstinado en el desconocimiento de su situacion y de las intenciones de nuestro compatriota.

Pero si extraño era esto el 15 en un general de los talentos de Dupont, de quien decia un célebre colega suyo que no lo habia en el imperio mejor para el mando de una division, más lo fué despues del 16 en que tuvieron lugar acontecimientos más significativos todavía y de la mayor trascendencia.

Accion de Menjívar.

Reding habia observado naturalmente la marcha de Vedel en una direccion que no era la de Bailén, y comprendido que el ruido del cañon que tronaba hácia Villanueva y Andújar ú órdenes apremiantes de su jefe distraian al general francés de la vigilancia que se le habia encomendado sobre Menjívar. La ocultacion de sus tropas á la mirada escudriñadora de Vedel habia producido el efecto que buscaba, el de tranquilizar á los enemigos respecto á un movimiento por aquella parte que pudiera interrumpir ó al ménos turbar la comunicacion, hasta entónces expedita, de la carretera. Creyó, pues, Reding que aquel era el momento de un reconocimiento que le hiciera ver, por lo que pasaba á su frente, las posiciones de los franceses y la fuerza de sus destacamentos en la línea de operaciones; queria descubrir, como gráficamente dice Thiers, «si apoyando por »aquel lado el hierro, entraria.»

Inspirado en esta idea, lanzó su division al otro lado del Guadalquivir á las tres de la mañana del dia 16, dejando sólo en las alturas que dominan la barca dos batallones, otras tantas piezas y algunos jinetes que le habia mandado Coupigni para apo-

yar un movimiento retrógrado, si se veia en el caso de realizarlo á la vista del enemigo. La mayor parte de las tropas, cuyo tránsito en la barca hubiera sido demasiado lento y peligroso, cruzó el rio por el vado del Rincon, 3 kilómetros agua arriba del punto en que se hallaba amarrada aquella.

Los franceses, distraidos un momento con el fuego de la artillería que habia quedado en la orilla izquierda, al ver nuestros batallones en la derecha, se prepararon inmediatamente á defender los atrincheramientos y el reducto que dias ántes habian levantado para sostener la excelente posicion que se alza en frente de Menjívar. Las fuerzas eran muy desiguales; y los españoles, despues de un fuerte cañoneo que causó bastantes bajas á los franceses, aunque no impunemente, atacaron el campamento enemigo y se apoderaron en un abrir y cerrar de ojos de todas sus obras. Liger-Belair emprendió entónces su retirada con mucho órden y tan lentamente, que á poco más de un tiro de fusil á retaguardia y sobre el camino de Bailén, tomó nuevas posiciones en que esperar los socorros que desde el primer instante de la accion habia solicitado.

No fué, empero, sin que nuestros soldados, y especialmente la caballería, hostigasen su retaguardia incesantemente y con la mayor fúria. Los lanceros de Utrera y de Jerez y algunos jinetes de los de Farnesio, dirigidos por el capitan D. Miguel Cherif, dieron una carga brillante, aunque sin fortuna, pues quedó mortalmente herido en ella su valeroso jefe, nieto de los Cherifes de Tafilete, acogidos á la proteccion española en tiempo de Cárlos III, y

fueron muertos varios de los voluntarios andaluces.

Hallábase ya en Bailén el general Gobert que habia recibido oportunamente la órden de abandonar La Carolina para cubrir el vacío que iba á causar la marcha de Vedel á Andújar. Su division, disminuida considerablemente con los destacamentos que exigia la guarda de los desfiladeros en Sierra-Morena, los que vigilaban el camino de Baeza y el ya citado del general Lefranc, habia quedado reducida á la fuerza de tres batallones y algunos escuadrones de coraceros, resto de los que habia incorporado al cuartel general y de los que, al abandonar sus posiciones, habia tenido que situar en Linares para observar los valles del Guadiana-menor y el Guadalimar. Advertido al poco tiempo de llegar á Bailén del peligro que corrian las tropas que mandaba Liger-Belair, frente á Menjívar, el general Gobert corrió en su auxilio, llegando á tiempo de formar junto á él á cosa de legua y media ya de aquella poblacion.

El camino en todo su trayecto recorre un terreno ondulado que ofrece posiciones sumamente ventajosas para la defensa en escalones. Una cuesta, llamada de *Mangalobo*, el paso del barranco por donde corre el Guadiel, aunque entónces tan sediento de agua como los soldados que lo iban á cruzar, y el tambien seco barranco del *Matadero* por donde el camino sube á ganar la meseta de Bailén, están flanqueados de los montículos que forman esos accidentes y que hay que ir ganando uno á uno para llegar á aquella ciudad. La marcha de los españoles debia ser, de consiguiente, lenta; y áun cuando sus progresos contra los soldados de Liger-Belair, muy in-

feriores en número, no dejaron de ser rápidos llevándolos á veces en dispersion delante de sí, estaba muy alto ya el sol cuando vieron desplegarse á su frente los batallones de Gobert.

Entónces tuvo principio una nueva accion, en que á la inferioridad numérica de los franceses suplia lo excelente de sus posiciones y la calidad de su caballería. Era grande el calor; la vigilia, el tránsito del rio, el ayuno y la fatiga de la pelea anterior, hicieron detener un momento á los españoles al descubrir los refuerzos franceses formados á su frente en las alturas que flanquean el camino. Pero la energía de Reding, el entusiasmo de los soldados, creciente á la par que progresaban en su marcha, y el recuerdo de la célebre batalla ganada sobre la Morisma en dia igual de 1212 en las próximas Navas de Tolosa, de tal manera encendieron los ánimos de nuestros compatriotas, que muy pronto volvieron á la carga y empezaron de nuevo á ganar terreno sobre sus enemigos.

Para contenerlos, Gobert dispuso una carga que los coraceros ejecutaron con la mayor decision. El punto á que la dirigian estaba ocupado por los Guardias Walonas apoyados á retaguardia en una línea de escalones y en la de batalla que avanzaba contra los franceses. La imperturbabilidad con que maniobraron los Guardias para recibir la carga, lo sostenido y certero de su fuego y el de los regimientos de la Reina y Corona, impusieron á los coraceros é hicieron inútiles sus esfuerzos y un pequeño triunfo que despues de su choque con dos escuadrones de nuestra caballería ligera, que les habia salido al en-

cuentro, acababan de alcanzar sobre dos batallones de milicias que encontraron, puede decirse que desprevenidos, en su camino. Los coraceros, impotentes ante la línea de columnas desplegada á su frente, y no viéndose sostenidos en su carga por la infantería de su division, volvieron grupas, y hubieran experimentado, además de las pérdidas considerables que les acababan de causar los Walonas, una derrota completa, si las vacilaciones del brigadier Manso que mandaba nuestra caballería del ala izquierda no les hubieran permitido retroceder á su línea con algun desahogo. Sin embargo, no fué éste completo, pues algunos escuadrones de nuestra derecha que salieron en pós de ellos, no sólo los cargaron ya cerca de la línea francesa, sino que consiguieron introducir algun desórden en ella.

En estos momentos, una bala que Thiers dice haber salido del fusil de un guerrillero oculto en las matas del campo, y cuya verdadera procedencia es muy difícil averiguar cuando salian á millares de la línea española, hirió de muerte al general Gobert, colocado, como es natural, ante ella para observarla. Los franceses comenzaron á vacilar á la vista de una que para su ejército era verdadera y trascendental catástrofe; y el general Dufour, que tomó el mando, abrumado por tal desgracia, ante demostracion tan enérgica como la que acababan de hacer los españoles, y observando las evoluciones que empezaban á ejecutar sobre sus flancos, ordenó la retirada. Ejecutáronla sus soldados por escalones y en órden, hasta el cerro de la Harina, ya cerca de Bailén y posicion excelente donde formó de nuevo en batalla para de-

tener la marcha de los españoles que, á pesar de las repetidas cargas de los coraceros, continuaban avanzando y acosándolos de cerca.

El general Reding comprendió el peligro de separarse aún más del Guadalquivir, el á que le exponia la llegada de nuevos cuerpos franceses cuando los suyos se encontraban ya extenuados del hambre, de la sed y de la fatiga, que le iban causando á cada momento más bajas; y se decidió á volver á Menjívar, á cuyo frente estableció su campo en el que acababa de conquistar á los franceses (1). Reducido á las solas fuerzas de su division, era efectivamente temerario aventurarse á nuevos combates en la derecha de rio tan caudaloso cuando no podian bastarle para cortar de un modo estable y eficaz la línea de comunicacion de sus enemigos.

Retrocedió, pues, tranquilamente recogiendo sus heridos y asfixiados y arrastrando consigo un cañon, un carro de municiones, los equipajes del campamento de Belair y unos cuantos prisioneros, trofeos que causaron en Menjívar el mayor alborozo y entusiasmo. Las pérdidas de la division habian consistido en un oficial y 34 indivíduos de tropa muertos, 6 y 125 respectivamente heridos, tres contusos y algunos que el hambre y la sed habian extraviado. Las de los franceses debieron ser muy considerables aun-

---

(1) Para comprender el estado de cansancio en que se hallarian nuestros soldados, bastará decir que habian combatido largo rato entre las mieses incendiadas por los proyectiles huecos de la artillería enemiga. Reding decia en su parte que se «habia visto »precisado á las dos de la tarde á regresar á Menjívar para que no »se aumentasen las víctimas del calor y del cansancio que habian »quedado en el campo de batalla.»



que ignoradas por el silencio de sus historiadores, y causaron, con el bochorno de la retirada, un gran desaliento en sus filas.

La accion del 16, que valió á Reding el empleo de teniente general que la Junta de Granada se apresuró á otorgarle como al representante de un ejército que acababa de dar tanta gloria á la provincia, sirvió para hacer patente lo débil de la posicion que los franceses se habian empeñado en mantener. La retirada á Menjívar ofuscó aún más á Dupont, haciéndole suponer que no era por allí por donde debia esperarse un ataque cuando Reding no se habia resuelto á sacar fruto alguno de su victoria.

Efecto que produce en Andújar la llegada de Vedel.

En Villanueva, el general Coupigni habia tenido que reducir su accion á observar la fuerte columna que desde el amanecer habia empezado á desfilar por su frente. El general Vedel habia tomado un camino que desde Menjívar conduce á Andújar por puntos siempre próximos al Guadalquivir. Habia descansado, segun ya hemos dicho, á medio camino, y al emprender la marcha á las cuatro y media de la mañana, habia sido descubierto por los españoles de Villanueva. Tal espectáculo no heló su valor, como dice Thiers, sino que, por el contrario, el marqués de Coupigni que no habia de cometer el desacierto de atacar la division entera de Vedel, cuya fuerza podia distinguir perfectamente desde sus posiciones, hizo vadear el Guadalquivir por su izquierda á la caballería de Borbon y á los voluntarios catalanes que, precedidos de una nube de tiradores, empezaron inmediatamente á hostigar á los franceses. Escuchando el ruido de la artillería hácia Andújar y sospechan-

do Vedel que arreciaba allí el peligro cuando no habia recibido contraórden por la resolucion de llevar todas sus tropas, no quiso detener la marcha, sino que, por el contrario, haciéndola apoyar por algunos batallones y, sobre todo por su caballería, la apresuró en cuanto le fué posible. Con esto los españoles pudieron sacar alguna ventaja de sus frecuentes ataques sobre la retaguardia francesa, logrando poner en ella fuera de combate alguna gente y coger varios útiles de campamento, un corto número de prisioneros y, por fin, un correo portador de pliegos importantes de Dupont al duque de Róbigo.

Vedel, sin embargo, llegó á Andújar en momentos que tanto él como el general Dupont creyeron muy oportunos. El general en jefe del cuerpo de observacion de la Gironda no pudo disimular la alegría que le inspiraba la llegada de unas tropas con cuya incorporacion se creia libre de todo peligro. Los soldados de Barbou y de Fressia experimentaron, á su vez, la satisfaccion que no podia ménos de causarles la presencia de camaradas que hacia dos meses no habian visto y que venian en los instantes mismos en que creian iban á habérselas con un enemigo que demostraba haber encontrado la ocasion de atacarles.

Efectivamente, desde el amanecer el general Castaños habia roto el fuego de cañon y áun hecho bajar á la llanura una de sus divisiones, formada en varias columnas que fingiesen atacar el puente y querer cruzar el Guadalquivir por sus vados más próximos. Al mismo tiempo apareció el teniente coronel Mourgeon en las alturas que dominan el terreno en que tenian los franceses establecida su ala

derecha, y áun amenazaba correrse por su izquierda para caer oportuamente sobre la retaguardia. Dupont creyó que se preparaba un ataque decisivo y, sabiendo ya la resolucion de Vedel, se dispuso á recibirlo, seguro de escarmentar rudamente á los españoles. Formó, pues, sus tropas, pero contestó á la artillería española con un fuego bastante lento, no sólo para reservar sus municiones, sino para animar á los enemigos, y expidió al general Lefranc contra Mourgeon para espantar aquella que sus compatriotas no se cansan de comparar con una bandada de cuervos ansiosos de carnicería (1).

El cañoneo de Andújar, aunque duró largo rato, no fué de resultados, ni por parte de los españoles, ni por la de los franceses que sólo nos causaron tres muertos y cinco heridos. Las columnas de la 3.ª division se retiraron al ver á la de Vedel coronar las eminencias que dominan Andújar. Al otro lado del puente de Marmolejo, Mourgeon mantuvo sus posiciones, esperando las órdenes de su general en jefe

(1) La expresion es gráfica en una pluma francesa; pero ¡cuán más bella es la del *cantor de Anfriso* en su oda á la victoria de Bailén!

«Ó cual águila augusta, que divisa
La garza descuidada
En la otra parte del tendido cielo;
Sube serena á la region más alta,
Y sobre el vago viento
Se libra en el cenit del firmamento;
Vé, y se complace en la segura presa,
Y más veloz que el rayo
Por los aires ligera se desprende;
El redoblar de sus batientes alas
A lo lejos resuena,
Y de triste pavor las aves llena.»

y ocasion con ellas para continuar en su empeño de incomodar la derecha de los franceses.

Vacilaciones de Dupont.

Los acontecimientos del dia abismaron á Dupont en más y más dudosas reflexiones. La accion de Menjívar, tan trascendental para él por la retirada de las fuerzas destinadas á mantener aquel punto y las considerables que desde Bailén habian corrido á apoyarlas y, más que por esto y las bajas sufridas, por la muerte del general Gobert, á quien admiraba tanto como queria, pudiera advertirle del peligro que corrian sus comunicaciones. Pero la vuelta de Reding al otro lado del Guadalquivir y la noticia de que Dufour, una vez libre de la presencia del general español, habia tenido que acudir á La Carolina, á donde le llamaba el rumor de haberse visto grandes masas de enemigos maniobrando por el valle del Guadalimar con el objeto, sin duda, de interponere en Despeñaperros, le hacian considerar aquellos movimientos, el de Reding y el de Coupigni en el dia anterior, como amenazas y sólo amenazas para distraer sus fuerzas del verdadero punto de ataque. Este, en su concepto, era Andújar, á cuyo frente veia la mayor parte del ejército español y el golpe de su artillería. Lo que se queria era distraerle de la ocupacion de Andújar para, al verle con sus batallones desparramados, acometerle con todas las fuerzas españolas citadas de antemano y obligarle á retirarse de Andalucía. No cabia en su imaginacion, ni creia deberse humillar hasta el temor de que se pensara, ni remotamente, en su vencimiento, y mucho ménos en su rendicion.

Y, sin embargo, no se aspiraba en el campo de los

españoles á nada ménos que obligar á deponer sus armas á los que las acababan de pasear triunfantes por las regiones más poderosas del continente. Ya lo hemos visto en el preámbulo del plan de operaciones redactado en Porcuna, plán dirigido indudablemente á conseguir ese resultado. Pues bien; el general marqués de Coupigni, despues de manifestar el dia 16 los resultados obtenidos por los voluntarios catalanes y la caballería de Borbon sobre la retaguardia de Vedel en su paso á Andújar, concluia el parte con estas que entónces podrian parecer jactanciosas palabras: «Si se le intimase (á Dupont) con ventajas »que su honor y decoro podrian admitir, creo que se »rendiria con toda su division.» Los movimientos de Valdecañas, Reding y Coupigni, iban todos encaminados á reconocer las fuerzas y posiciones de los franceses para, observando cuál de éstas aparecia la más débil, emprender por ella la grande operacion proyectada. Que debió sentir alguna contrariedad el general Castaños al no ver, como esperaba, el 16 las divisiones destacadas sobre la retaguardia del enemiga, aparece en la correspondencia de Escalante á la Junta de Granada y en las comunicaciones no benévolas que aquel dirigió á Reding en la tarde del mismo dia. Pero las causas que habian movido á este general á recobrar la orilla izquierda del Guadalquivir, siendo legítimas y dictadas por un espíritu de prudencia muy laudable en aquella circunstancia, parecian inspiradas por la fortuna que sonreia entónces al valiente general, quien, de todos modos, logró descubrir el camino por donde *entraria el hierro* que habia de acabar con su enemigo.

A pesar de los pequeños reveses del dia 15 y áun del ya importante del 16, Dupont se encontraba el 17 en estado de emprender con las mayores probabilidades de éxito dos operaciones á cual más decisivas para su suerte. La parsimonia con que necesariamente tenian que operar los españoles con tropas en su mayor parte noveles y en su totalidad inexperimentadas, le daba tiempo para ello. A la cabeza de 15 ó 16.000 infantes, 3.000 caballos y 30 ó 36 piezas como llegó á reunir al incorparársele Vedel, el general Dupont podia repasar el Guadalquivir y presentar á Castaños la alternativa de una gran batalla, ó la de retroceder rápidamente con el peligro de ser alcanzado y destruido. No hubiera aceptado Castaños el combate, distantes, como se hallaban, sus dos primeras divisiones; se hubiera replegado sobre ellas, pero además de la dificultad de hacerlo con órden ante unas tropas tan maniobreras, perdia con la retirada su ejército la fuerza moral que acababa de adquirir con los combates anteriores. Aun encontrando en los Visos la casi totalidad de los españoles, que era lo que esperaba y temia Dupont sin fundamento alguno, puesto que la division Gobert en Menjivar y los dos batallones de la 4.ª legion en Villanueva no habrian sido batidos por fuerzas insignificantes, ¿debia él con casi todo su cuerpo de ejército reunido, temer el resultado de una accion en campo abierto?

Que lo temió, está, sin embargo, fuera de toda duda, porque no pudo escaparse á su talento la eventualidad de tal resolucion, y porque, segun consta de una manera auténtica, se la inspiró el general Vedel al avistarle en Andújar.

La otra operacion consistia en retirarse á Bailén. No hubiera encontrado todavía en el camino las divisiones españolas que precisamente en aquel dia verificaban su reunion en Menjívar; y, si las encontraba, tenia consigo elementos militares suficientes para arrollarlas y contener á la vez á las que tardíamente por necesidad habian de ponerse en su seguimiento (1).

La primera de aquellas resoluciones hubiera sido la más propia de un general cuyo valor y talento rayaba tan alto. La segunda era la que aconsejaban de consuno la prudencia y el conocimiento, siquier ligero, de la situacion de las cosas en España, que el general Vedel se ocupaba en comunicarle en aquellos momentos.

Pero Dupont estaba obcecado en cuanto á los planes que pudieran revelar en los españoles los combates que habian iniciado en las márgenes del Guadalquivir; y si la inaccion de tantos dias, la falta de víveres y el estado moral de sus tropas le retraian de tomar la ofensiva hasta la llegada de nuevos refuerzos, su amor propio, el orgullo, por mejor decir, muy natural y fundado en quien venia

(1) «Aquí, sobre todo, dice Vedel en sus Memorias, fué donde »me pareció que el general Dupont carecia de ese golpe de vista »y de esa resolucion instantánea tan necesarios en las ocasiones »decisivas. ¿Por qué no siguió personalmente el movimiento que »ordenaba á mi division? Colocado así, se encontraría en medio de »su ejército y lo podría mover á su voluntad, segun las circuns- »tancias. Las faltas ya cometidas podian repararse todavía; pero »no habia tiempo que perder. En lugar de permanecer en Andú- »jar con tropas cuyo número disminuian las enfermedades (habia »en los hospitales de Andújar hasta 800 enfermos), era necesario »partir con mi division: este movimiento era el único que conve- »nia en aquella coyuntura; salvaba el ejército.»

vencedor de las orillas del Danubio y del Alle, le retenian en Andújar sin permitirle retroceder á Bailén, donde estaban verdaderamente su salvacion y su honor.

Marcha de Vedel á Bailen y La Carolina.

La noticia de la muerte de Gobert y de la retirada de Dufour, le hicieron comprender el error cometido por Vedel al abandonar el frense de Menjívar, error que habia dispensado aquella mañana en obsequio á la satisfaccion que le causaba el ver sus divisiones reunidas. Quedaba descubierto con aquel descalabro todo el flanco izquierdo, pues la fuerza de que podia disponer Dufour no bastaba á defenderlo, y Dupont creyó que con restablecer el anterior estado quedaria asegurada la comunicacion de Despeñaperros y, con ella, la salud del ejército. Vedel tuvo, pues, que emprender la marcha para Bailén con el disgusto de ver desatendidas sus observaciones y de que ya se le empezara á culpar del desastre de su colega el general Gobert.

Puesto en camino á las nueve de la noche, Vedel se establecia en Bailén á las ocho y media de la mañana del 17. Las instrucciones de Dupont le prescribian unirse al general Dufour, rechazar al enemigo sobre Menjívar y obligarle á repasar el Guadalquivir; atacarle si se encontraba en el camino de Baeza y, una vez victorioso y á salvo las comunicaciones con la Mancha, volver á Andújar dejando en Bailén destacamentos que guardasen posicion tan importante. Dufour no se encontraba en Bailén: la noticia de que un cuerpo de 10.000 españoles remontaba el Guadalquivir con el objeto de apoderarse de Sierra-Morena, le habia obligado á levantar su



campo en aquella noche sin comunicar su resolucion hasta que por un correo que le alcanzó en Guarroman, notició á Vedel su intencion de adelantarse al enemigo asegurando los pasos de la Sierra.

Vedel creyó que para cumplir las instrucciones de su jefe, debia continuar por la carretera hasta unirse á Dufour y, despues de representar á Dupont la importancia que en aquellas operaciones tenia la posesion de Bailén y de haber hecho reconocer todas las avenidas hácia el Guadalquivir, en las que no descubrió peligro alguno ni sospechas de que amenazase, prosiguió su marcha á Guarroman. Dufour confirmó cuantas nuevas le habian hecho abandonar Bailén y, sin otras en contrario, Vedel le ordenó pasara inmediatamente á Santa Elena, siguiéndole él al poco tiempo hasta La Carolina para reconocer el camino de Aldea Quemada, por donde se suponia pasarian los españoles á tomar de revés las montañas. Los corredores no descubrian por ninguna parte más que guerrillas sueltas cuyo objeto no podia ser otro que el de interceptar correos, adquirir noticias y, á lo más, alarmar á los franceses. Convencido Vedel de que no hacia más que correr trás un fantasma y que no era por la Sierra por donde los españoles intentaban asestar el rudo golpe con que hacia dias andaban amenazando, recogió todos sus destacamentos y se estableció en La Carolina, esperando noticias del enemigo y nuevas órdenes de su general en jefe.

Dupont, al saber estas operaciones de su teniente, comprendió cuán grande era el vacío que quedaba entre las divisiones de su ejército. Era necesario

cubrirlo cuanto ántes, y por fin, despues de mil vacilaciones y haciendo el sacrificio de su amor propio ante subordinados y enemigos, se resolvió á trasladar su campo á Bailén.

Los reconocimientos de Vedel le tranquilizaban, sin embargo, respecto á la necesidad de una premura á que, por otra parte, se oponian el estado del ejército y la presencia misma del enemigo. En vez, pues, de ponerse en marcha el dia 17 por la noche ó el 18 al apuntar el dia, la difirió hasta que con la oscuridad pudiera ocultar su retirada á las tropas de Castaños, buscando el burlar su persecucion por el tiempo preciso para establecerse sólidamente en sus nuevas posiciones.

¡De qué poco dependen las grandes vicisitudes de la guerra! Es verdad que las que vamos á revelar dependian ya de una falta indisculpable en Dupont desde que los españoles se habian puesto al alcance de su vista. Es verdad, tambien, que hubiera podido corregirla; más aún, aprovecharla afortunadamente utilizando la que á su vez habia cometido Vedel en la tarde del 15. Pero, de todos modos, al anochecer del 17 todavía tenia tiempo para salvarse y áun para vencer á sus enemigos, divididos y operando en direcciones que se cortaban en el que podia él escoger para campo de batalla.

Los españoles se dirigen á Bailén.

Los españoles, entretanto, preparaban el golpe, objeto de sus planes, que cada dia ofrecia más probabilidades de éxito.

Coupigni que, segun ya hemos indicado, cooperó con los batallones que permanecieron junto á Menjívar á la jornada del 16, recibió la órden de

unir sus tropas á las de Reding para que las dos divisiones juntas pudieran emprender el 18 la ocupacion de Bailén y el 19 la marcha sobre Andújar. El general Castaños seguiria, como hasta entónces, entreteniendo á Dupont con la amenaza de un ataque decisivo, para que, por rechazarlo, no impidiera la proyectada operacion de las dos primeras divisiones.

La obcecacion del francés, aquel vagar de Dufour y de Vedel en busca del que sólo sus poco astutos descubridores podian creer un cuerpo considerable de insurgentes, y la fortuna, sobre todo, que ahora se pasaba al campo de la justicia, hicieron se verificara todo sin el menor contratiempo.

Coupigni levantó su campo de Villanueva, y en la noche del 17 llegaba á Menjívar, á cuyo frente hemos dicho campaba la division Reding, en la orilla opuesta del Guadalquivir. Al amanecer del dia siguiente, y haciendo uso de la barca, Coupigni trasladaba á aquella misma márgen derecha toda su fuerza, y poco despues se dirigian á Bailén las dos divisiones, en tanto que el general Castaños hacia continuar en los Visos de Andújar el cañoneo de los dias anteriores y áun descender á la llanura la 3.ª y la de reserva, como para buscar el punto débil de sus enemigos.

Reding y Coupigni no encontraron obstáculo á su marcha y ántes del mediodia del 18 campaban en las afueras de Bailén sobre la carretera de Andújar, en la que por la tarde fueron descubiertas sus avanzadas por las que Dupont tenia al otro lado del Rumblar que, despues de un ligero tiroteo, se retiraron en direccion de Andújar. Nuestros compa-

triotas supieron allí el paso de Vedel hácia La Carolina y tomaron, en consecuencia, las precauciones que son de presumir para que ignorase el movimiento que estaban ejecutando (1). No era esto difícil en poblaciones cuyo patriotismo se encontraba exaltado hasta el último punto; pero era de absoluta necesidad, pues, una vez descubierta la operacion, las divisiones españolas quedarian entre dos fuegos, en todo el grave peligro que no hace mucho nos hemos detenido en representar á nuestros lectores.

Así, no se perdonó precaucion alguna para asegurar la permanencia en Bailén y la tranquilidad precisa en el movimiento que debia emprenderse al dia siguiente, lanzando descubiertas en las dos direcciones opuestas de La Carolina y Andújar y estableciendo las tropas donde pudieran contrarestar cualquier intento del enemigo por una ú otra parte.

Pasó la noche sin novedad y ya empezaba el general Venegas, que habia anticipado una hora el toque de diana, á poner en movimiento la vanguardia, cuando el fuego de las avanzadas dió á conocer á los españoles la presencia de sus enemigos.

Batalla de Bailén.

No eran todavía las tres de la mañana: el sol que iba á alumbrar uno de los combates más gloriosos que registra nuestra historia pátria, el más nefasto,

---

(1) El entónces teniente coronel de ingenieros D. Nicolás Garrido, dice en un manuscrito á que no tardaremos en referirnos algunas veces que «para adquirir algun indicio del rumbo que ha»bia tomado Vedel, se comisionó al teniente de su misma arma »D. José Jimenez, que al intento se brindó á transvertirse de ar»riero. Al cabo de cuatro horas, continua, trajo la noticia de que »Vedel habia descampado de Guarroman y se dirigia á Santa Ele»na, distante tres leguas (son 22 kilómetros), en la misma carre»tera.»

quizás, del imperio napoleónico, no asomaba aún por el horizonte su explendente aureola, y las tropas de uno y otro bando estuvieron por algun tiempo sin distinguirse; las nuestras en el desórden de los preparativos de la marcha, y las francesas en el de la ignorancia de tan grande campo sobre el camino de su retirada.

La vanguardia francesa habia cruzado el Herrumblar y venia arrollando nuestras avanzadas para dar tiempo á las tropas que marchaban en cabeza, de situarse en la márgen misma en que campaban los españoles que, de otro modo, podrian impedirles el paso.

El *Herrumblar*, llamado tambien por alféresis el *Rumblar*, por cuyo nombre es generalmente conocido en el país, corre en direccion casi perpendicular á la carretera, la cual se extiende de E. á O., excepto en un trecho corto en que sigue la corriente desde el puente á la venta que, á su vez, se distinguen con el nombre mismo del rio. Este lleva en verano caudal muy exígüo y nunca podria ser por él obstáculo á una operacion cualquiera militar; pero cubierto su lecho de rocas que las avenidas han ido tambien pelando en los flancos del barranco por donde corren las aguas, no permite el paso de las tropas en una formacion de combate, é impide absolutamente el de la artillería. La posesion del puente del Rumblar era, pues, de necesidad para los franceses, y su vanguardia no se descuidó en asegurarla, avanzando rápidamente á fin de dejar además despejado su frente en un espacio considerable. Descripcion del campo.

La distancia entre Bailén y el puente es de 5 kiló-

metros y medio que la carretera va recorriendo siempre en descenso por el flanco derecho de una barrancada suave por donde baja al Rumblar el arroyo de la *Dehesa*, cruzado tambien por el camino en punto próximo al de su confluencia. No lleva éste agua más que en invierno, recogiéndola entónces de las quebradas y ondulaciones de la línea de eminencias que se levantan delante de Bailén en forma de anfiteatro, coronado, á su vez, por otro más empinado y más áspero que, por la parte septentrional, va á ligarse, aunque á gran distancia, con la Sierra. Situado en el fondo de un valle suavemente ondulado que, como el del Rumblar, se abre al Guadalquivir, Bailén se encuentra en la parte media, cubierta por el anfiteatro interior y al pié y casi casi en el centro del superior. Comunica con las nuevas poblaciones por un collado entre los cerros de las *Nieves* y del *Ahorcado* que vigilan aquella avenida interesante, y con Andújar por entre el *Cerrajon* y los *Zumacares*, otras alturas que flanquean el tránsito de la carretera. Sobre los dos cerros primeramente nombrados, pero inmediatamente al de las Nieves, se alza el de San Cristóbal, punto importantísimo, por cuanto cierra el camino de Baños, de donde pueden tomarse de flanco y de revés aquellos, y porque, sin coronarlo, es muy peligroso penetrar en la ciudad que á su pié asienta.

Por la parte opuesta, el *Cerrajon* y los dos *Zumacares*, *chico* y *grande*, son dos posiciones excelentes para defender el camino de Andújar; pero, de establecerse en ellas, exigen vigilancia constante sobre la série de eminencias de las alas, cuya posesion por

el enemigo ofreceria un peligro muy sério para la línea de batalla. La de los españoles, sorprendidos, puede decirse, al levantar el campo, hubo de extenderse en un lomo muy suave que á la salida de Bailén atraviesa la carretera, último ramal del cerro *Valentin* que se une á la derecha con el Zumacar grande y con las alturas del anfiteatro superior. Allí habian tenido sus reales aquella noche, y allí formaron para resistir á los franceses que en el primer ímpetu lograron situarse entre el Cerrajon y el Zumacar chico, donde habian de formar despues la mayor parte de sus tropas. Apoyados en ámbas posiciones y á la sombra de un olivar inmenso que las cubre, así como las alturas todas de los flancos, veian perfectamente á los españoles que presentaban sus batallones á descubierto en un terreno despejado, en el cual y en la cañada divisoria de los dos campos, no existia más accidente que una noria que iba á ser despues de la batalla el único consuelo de los franceses en aquel dia abrasador y de sangre.

Trabajo ímprobo seria el de apuntar de una manera clara y perceptible los pormenores topográficos de aquel campo. El plano concienzudamente levantado por el Estado Mayor, los revela todos, y con tal claridad, que nos evita una descripcion más lata que la de aquellos accidentes principales que forman la que bien puede llamarse fisonomía del pais, y que por lo mismo hemos creido deber presentar á nuestros lectores. Los accidentes del terreno de ninguna manera se representan mejor que gráficamente; pero exigen, los más importantes, alguna expli-

cacion para ser bien percibidos en el objeto con que se describen (1).

Marcha de Dupont.

El general Dupont, á quien hemos dejado esperando la noche del 18 para abandonar Andújar, aparecia ya resuelto á buscar en la Sierra el apoyo que necesitaba si habia de seguir todavía en la situacion amenazadora de que tanto le repugnaba desistir.

De otra parte, los preparativos de la marcha que debian permanecer secretos para los españoles, tenian que hacerse lentamente. Era muy grande el número de carros necesarios para el trasporte de tanto enfermo como no cesaban de causar en el ejército el servicio, el calor y la calidad de los alimentos que se repartian al soldado desde su estancia en Andújar. La penuria habia llegado á tal extremo que habia sido necesario formar compañías de segadores que proporcionasen grano con alguna regularidad. Aun así, hubo dias en que fué necesario distribuir cebada mondada á todos los cuerpos en lugar del arroz, racion ordinaria de las tropas francesas. Con el trabajo, no cómodo ni pronto, de mondar el grano, el del servicio al frente de un enemigo que no cesaba de hacer demostraciones ofensivas, y los rigores de un clima tan opuesto al nativo de los soldados, la mayor parte de las casas de Andújar se hallaban convertidas en hospitales y, como consecuencia, seria necesario un número muy considerable de trasportes para

(1) Al reimprimir este tomo el Depósito de la Guerra, al que por su institucion corresponde formar los átlas de las más célebres campañas de nuestro ejército, ha comenzado ya á dar por entregas el de la guerra de la Independencia. A la 1.ª, pues, de esas entregas, perfectamente grabada, deben acudir los que deseen mayor ilustracion en la lectura de esta obra.

trasladar con el ejército tanto enfermo y valetudinario como habia en él.

Otro de los objetos que habia de absorver la atencion del general francés en aquellos momentos, era la formacion y el órden que habian de imponerse á la marcha. El núcleo de los españoles se encontraba en los Visos: allí estaba, pues, el mayor peligro. Esta idea, que no le abandonó nunca cualesquiera que fuesen los sucesos que tenian lugar á su espalda y las noticias que le llegaran, debia ser naturalmente la base de sus cálculos para el movimiento que iba á emprender. Es necesario fijarse bien en la obcecacion que padecia; obcecacion, por otra parte, no inverosímil ante un ejército nuevamente levantado y á quien no podia considerarse en estado de maniobrar tan atrevidamente, para disculpar los errores que iba Dupont amontonando y que causaron la catástrofe de que se hizo víctima.

Si el peligro amenazaba por su frente, nada más lógico, al retirarse, que el guarnecer su retaguardia del mayor número y de sus mejores tropas. Bajo esta impresion y con tal objeto, dispuso la marcha á Bailén despues de tomar todas las precauciones imaginables para ocultarla á los españoles y para, áun descubierta, dificultar la persecucion que inmediatamente emprendiesen.

A las seis y media de la tarde, la brigada Chabert que, segun dijimos, campaba en el ala derecha y á retaguardia del puente, desfiló por las afueras de Andújar y tomó posicion en la carretera de Bailén para formar la cabeza de la columna. Dividióse allí para dar á la vanguardia un batallon de la 4.ª

legion, las compañías de preferencia de los demás, cuatro piezas y un escuadron de cazadores; y el resto, compuesto de los otros dos batallones de la misma legion, el segundo del 4.° regimiento suizo al servicio de Francia, y otras cuatro piezas, quedó para formar la cabeza y la escolta de los bagajes. A ámbos lados de la interminable línea formada por los 400 ó 500 carros que constituian la *impedimenta*, iban tambien confundidos con los suizos de Freuler, soldados de todos los cuerpos, estropeados la mayor parte ó invadidos de la disentería que tan debilitado traia á casi todo el ejército desde su establecimiento en Andújar.

Todas estas fuerzas y los carros principiaron á desfilar á las ocho, cuando, empezando la tierra á cubrirse de las sombras de la noche, podian ocultarse ya á la vista de nuestros compatriotas.

Entretanto que iba encajonándose en la carretera en el mayor órden posible, pero ocupando un espacio de dos á tres leguas, tanto vehículo como necesitaba un ejército destinado á la ocupacion de tan vasta provincia, que acababa de saquear una ciudad como Córdoba y deborado por las enfermadades, fué preparándose el alzamiento del campo en los demás puntos ocupados por las tropas. No conviniendo la voladura del puente que produciria la alarma en los reales de los españoles, se impidió el tránsito obstruyéndolo con materiales pesados y difíciles de remover; las tropas que lo ocupaban y defendian su cabeza, se replegaron silenciosamente á la ciudad; y, por fin, las que guarnecian el ala izquierda y la caballería fueron colocándose á los flancos del ca-

mino, esperando tomar puesto en la columna de marcha.

Ya estaba muy avanzada la noche cuando tocó su turno á los dos regimientos suizos de Preux y Reding que se colocaron en pós de los bagajes. Su procedencia militar española y la desercion cada dia creciente de los soldados, los hacian ya sospechosos, á pesar de ir conducidos por generales que inspiraban la mayor confianza por su valor y carácter. A los suizos seguian los dos batallones de la 3.ª legion y los de la Guardia de París que formaban la brigada Pannetier, reforzada con los dos regimientos de cazadores á caballo y una compañía de artillería ligera á las órdenes del general Dupré, su jefe.

La retaguardia se compuso de los dos regimientos de dragones y el escuadron de coraceros que mandaba el general Privé, del batallon de marinos de la Guardia y los zapadores del ejército.

Dupont se puso á la cabeza y quedó Barbou en el cuerpo de retaguardia para atender al órden y á la actividad en la marcha: los jefes todos, en fin, recibieron las instrucciones necesarias para la escolta de convoy tan dilatado y la vigilancia respecto á un enemigo á quien se esperaba burlar por algunas horas, pero que podia presentarse muy luego á la vista de los últimos batallones.

La distribucion de los cuerpos y de las armas, estaba, de consiguiente, perfectamente calculada para el caso de una accion de retaguardia, la única que Dupont sospechaba, la única que en concepto suyo era de temer. La marcha fué necesariamente lenta: en aquella estacion y en Andalucía, las no-

ches apénas templan el ardor sofocante de la atmósfera; y el polvo del camino, levantado por los carros y el movimiento de tanto infante y caballo concentrados en prevision de un combate, debia hacerla penosa y pausada. Si á eso se añade el estado moral de un ejército burlado en sus esperanzas más halagüeñas de gloria y prosperidad, acometido del ánsia melancólica que en él producia la retirada de Córdoba y diezmado por las enfermedades, el calor y el trabajo, se comprenderá fácilmente que no hay exageracion en las relaciones francesas que lo pintan silencioso, triste y abatido en aquellos instantes de prueba terrible.

Aun así, á las dos de la mañana avistaba la vanguardia el rocoso lecho del Rumblar; pocos momentos despues lo cruzaba por el puente, y en la suave cuesta, bordada de matorrales, que conduce al desfiladero de entre el Cerrajon y los Zumacares, empezaba á arrollar las avanzadas españolas con el fuego y el ímpetu genial de sus cazadores.

Choque de las avanzadas.

No impidió el escucharlo la agitacion consiguiente al toque de diana y á los preparativos de la marcha en el campamento español, y Reding y Coupigni, que se encontraban conferenciando con sus mayores-generales en una almázara próxima al camino, dictaron las instrucciones más apremiantes para poner en órden sus tropas y recibir al enemigo.

Este, que no creia encontrar en Bailén más que alguna partida enemiga, cual se lo hacia suponer el reconocimiento del dia anterior en las orillas del Rumblar, continuaba avanzando y atropellando las descubiertas y grandes guardias apostadas en el camino.

La vanguardia española que la diligencia de Venegas habia puesto ya en marcha, resistia lo posible para dar tiempo á que se estableciesen los cuerpos, comprendiendo su jefe por el ardor de los franceses, el movimiento que operaban y el trance decisivo que iba á tener lugar inmediatamente (1). Concentrada ya en el desfiladero que, como con tanta repeticion hemos dicho, forman el Cerrajon y el Zumacar chico, sin fatigas ni pérdidas todavía cual es de presumir por la oscuridad de la noche, y apoyada por alguno de los cuerpos de la division Coupigni que se situó en Haza-Wallona y puntos inmediatos, trató de contener á los franceses. Y no sin fortuna, pues con el fuego de sus infantes y el que hicieron sus piezas para acallar las del enemigo, uno de cuyos disparos fué el que manifestó á los generales Reding y Coupigni de una manera indudable la proximidad de los franceses, logró dar tiempo suficiente para la formacion de las tropas en su campamento de la noche. La vanguardia francesa, sin embargo, compuesta de tropas ágiles y robustas, é inspiradas por sus jefes, algunos de quienes debian observar que allí podia ocultarse un grave peligro, logró arrollar la nuestra en las posiciones que desde los primeros momentos del fuego habia elegido en la carretera. Y tanto avanzaron los franceses y con ímpetu tal, que no sólo vencieron la resistencia de las avanzadas espa-

(1) Dice la hoja de servicios del general Venegas: «Debia romper la marcha á las tres de la madrugada y por la feliz anticipacion que tomó de una hora, no sorprendieron á dichas divisiones los mismos enemigos que habian evacuado á Andújar la antecedente noche y marchaban á unirse en La Carolina con la division de Vedel.»

ñolas que hubieron de abandonar el desfiladero, sino que, dejándolo á su espalda, desembocaron en la llanura de Bailén. Las primeras partidas, perdiéndose en la oscuridad, llegaron á rebasar nuestra línea, donde fueron acuchilladas al despuntar la aurora; as que las seguian, ya en mayor número y en formacion más compacta, hubieron de detenerse ante una batería, que las cubrió de metralla, y una compañía de Walonas que las obligó á retroceder al olivar para unirse á todo el cuerpo de su vanguardia en las posiciones que acababa de conquistar.

Empezaba la aurora á rasgar el velo sombrío de la noche, y como el crepúsculo es corto en verano, pronto la luz del dia permitió á los franceses descubrir en correcta formacion las tropas españolas, á cuyas espaldas se elevaba el sol magestuosamente. Era un ejército el que tenian á su frente ó interceptándoles el camino; el fantasma que tan desaladamente perseguian Dufour y Vedel, se habia burlado de su perspicaz diligencia y se presentaba á Dupont en actitud de arrebatarle hasta su última esperanza de salvacion.

Línea de batalla de los españoles.

Las divisiones españolas, á caballo sobre la carretera, formaban tres líneas. Con la artillería en sus intervalos, aparecia la primera línea desplegada en el lomo del suave ramal que, segun ya hemos dicho, arroja al O. de Bailén el cerro Valentin en el que se apoyaba la extrema derecha. La segunda estaba formada en línea de columnas, apoyando de cerca á la primera; pero cubierta, en parte, por el mismo lomo, para evitar en lo posible el fuego de los cañones enemigos. La tercera, en fin, compuesta de la caba-

llería, protegia los flancos del ejército ó cubria en el centro los de la carretera y la entrada en Bailén, cuyo caserío se elevaba inmediatamente á sus espaldas.

Como era de esperar que, así como el general Castaños seguiria de cerca á las tropas de Dupont, las de Vedel y Dufour acudirian al cañon que muy pronto iba á retumbar por toda la comarca, hubo que situar algunos batallones que desde el cerro del Ahorcado y la ermita de San Cristóbal vigilasen las avenidas de La Carolina y mantuvieran expedita y desembarazada la accion de las divisiones.

La distribucion de los cuerpos era la siguiente, segun la describen D. Tomás Pascual Maupoey y D. Gaspar Goicoechea, oficiales de Ingenieros que tomaron una parte muy activa y gloriosa en la batalla, y de cuya memoria, escrita puede decirse que sobre el campo, la trasladamos textualmente.

«Al amanecer, la colocacion de la artillería fué »en tres puntos principales, á saber: la derecha sub»dividida en tres secciones bajo la direccion del ca»pitan D. Tomás Ximenez y los subalternos D. José »Escalera, D. Alonso Contador y D. Vicente Gonzalez »Yebra; el centro á la del teniente D. Antonio Vaz»quez, y la izquierda á las órdenes del capitan Don »Joaquin Cáceres, sostenida por los capitanes Don »Gaspar de Goicoechea y D. Pascual de Maupoey, »con las dos compañías 4.ª de zapadores y 2.ª de »minadores.

»La infantería se situó del modo siguiente: en las »alturas de la derecha de la primera batería y bajo »la direccion del capitan de guardias Walonas, baron

»de Montagne (aunque dependiente éste del brigadier D. Francisco Venegas, Comandante de la derecha del ejército), se hallaba un batallon de Barbastro, otro de Cataluña y la compañía de cazadores »de Walonas; el regimiento de Ordenes con su coronel D. Francisco de Paula Soler, seguia á dichas »tropas formando martillo con la línea (1); y á la izquierda de éste, apoyando contra la batería, estaba »el tercio de Tejas. Entre la enunciada batería y la »del centro se hallaba un batallon de voluntarios de »Granada y el regimiento infantería de la Reina, »A la izquierda de la mencionada batería y apoyando al arrecife, estaba un batallon de Céuta con su »coronel D. Antonio Luján, otro de Irlanda con su »coronel D. Juan Nacten y á la espalda de éstos un »batallon de voluntarios de Granada; entre la batería de la izquierda y las alturas de este lado, se hallaban los regimientos provinciales de Bujalance, »Cuenca, Ciudad-Real y Trujillo; y en accion de tomar la cima de dichas alturas estaban una compañía de zapadores, el regimiento de Jaen de línea y »los cuerpos de Walonas y Suizos.

»La caballería tomó la posicion siguiente: compañía de cazadores de Olivencia, de guerrilla con el »baron de Montagne; á espalda de la primera batería, dos partidas de Numancia y Reina; entre ésta »y la del centro el regimiento de Farnesio á las órdenes del sargento mayor D. Juan Cornet; Borbon

(1) El 3.er batallon de Ordenes Militares quedó en la izquierda de la línea con la division de Coupigni á que pertenecia. Así lo declaró el general D. Tiburcio de Zaragoza que servia en el regimiento, al responder al interrogatorio formulado por la comision encargada en 1850 de contestar á Thiers.

»con su coronel vizconde de la Zolina á la derecha »de la tercer batería, y el regimiento de España »entre ésta y las alturas de la izquierda» (1).

Vemos por esta minuciosa descripcion que las tropas de Reding formaban á la derecha de la carretera y á la izquierda las de Coupigui, aunque todas constituyendo una sola línea y á las órdenes de aquel general, como el más antíguo en las dos divisiones (2).

El provincial de Granada, dos compañías del de Jaen y el regimiento de la Corona, apoyados por el tercer batallon de voluntarios de Granada en columna, fueron establecidos en San Cristóbal, y el 1.er

---

(1) Ni en esta relacion ni en ninguna otra de las publicadas, aparece designado el lugar que ocuparon la compañía de lanceros de Jerez, los voluntarios de Utrera y la partida llamada del Alcalde mayor de Granada, que se hallaron en la batalla. El general Reding en su parte, copiado despues por Castaños, cita honrosamente á los lanceros de Jerez y de Utrera, y la partida granadina aparece afecta á la division Reding en el estado de fuerza publicado en otro lugar.

En la informacion hecha por el comandante de armas de Bailén en 1850, declara D. José Lopez Soriano que los lanceros de Utrera y Jerez (dice Jaen por equivocacion), defendieron nuestra izquierda «y se cebaron tanto, añade, en perseguir á los franceses, »que llegaron hasta el grueso del ejército, atravesando todos los »olivares, con pérdida de más de tres partes de su fuerza.»

D. Miguel Mayor habla tambien de «unos lanceros que venian »vestidos de paisanos, y que al presentarse los dragones y coraceros de Privé sobre nuestra izquierda, movieron tal choque, que »de los lanceros no quedaron ni la cuarta parte, pero con ventaja »á los franceses, pues se vió á otro dia por los cadáveres.»

Casi todos los informantes dicen que eran unos 400 estos voluntarios.

Los lanceros de Utrera y Jerez estuvieron, pues, y cargaron varias veces á los franceses con el regimiento de España que cerraba nuestra izquierda en su 3.ª linea.

(2) El general D. Antonio Moreno Zaldarriaga, ayudante entónces de Coupigni, dice en un opúsculo manuscrito facilitado por su hijo D. Juan Moreno Benitez al autor de esta historia, que «las »tropas se colocaron en línea de batalla circular, siendo el centro »el frente Bailén.»

batallon de Irlanda y el provincial de Jaen, con el de Antequera en reserva, se situaron en el cerro del Ahorcado; cubriéndose por su frente y flanco derecho con la caballería de Montesa que desplegó una mitad en tiradores para reconocer la division Vedel si, como se esperaba, aparecia por el camino de Guarroman y La Carolina.

El establecimiento de los españoles en la línea fué, puede decirse, que instantáneo. Cuantos tomaron parte en él aparecen despues admirados de la rapidez y el órden con que fueron ejecutadas las oportunísimas disposiciones de los generales. En tropas casi todas bisoñas, era de esperar que la oscuridad que reinaba todavía y el fuego que se oia y no podia ménos de preludiar un sério combate, segun la direccion en que tronaba, impusiesen esa vacilacion y ese ir y venir desatentado que distinguen á los soldados inexpertos. Nada de eso pudo observarse en el campo de los españoles: miéntras las avanzadas andaban resistiendo como les era posible el empuje, siempre violento, de los cazadores franceses, los batallones fueron entrando en la línea apresuradamente, pero en órden y con el desembarazo y exactitud que revelan el entusiasmo y la esperanza de la victoria.

La vanguardia, alcanzado el objeto de dar tiempo á las divisiones para formar su línea de batalla, emprendió la retirada á la extrema derecha, estableciéndose al poco tiempo en ella sin contratiempo alguno, valida de la oscuridad que aún reinaba y de la precaucion de separarse desde el primer momento del camino por donde seguian avanzando los

franceses. No sucedió lo mismo á los cuerpos que, al conocer el ataque de la vanguardia francesa, habia lanzado el marqués de Coupigni para sostener la retirada de la nuestra. Unas compañías de Guardias Walonas (1), el provincial de Ciudad-Real y algun otro batallon, apoyados en un cuerpo de caballería que marchaba en reserva, se dirigieron á ocupar el Cerrajon y la Haza-Wallona, creyendo poder desde allí prestar una proteccion eficaz á las avanzadas. Pero los franceses, burlados en la persecucion de nuestra vanguardia por la oscuridad de la noche y el ardid de Venegas, se habian extendido por su flanco derecho y chocaron naturalmente con los destacamentos de Coupigni que, ignorando así los progresos del enemigo como las posiciones de nuestras avanzadas, subian á Haza-Wallona con tanta mayor confianza de encontrarlas allí, cuanto que se les gritaba desde lo alto que no hicieran fuego (2). Un momento despues de oir esta prevencion eran aquellas tropas blanco de un fuego nutrido y objeto de una carga de que, sin el auxilio de la caballería, hubieran salido irremediablemente derrotadas.

El brigadier Abadía conoció el peligro que corrian la columna y el general Grimarest que la mandaba y, poniéndose á la cabeza de la 2.ª compañía

(1) Alguno dice que eran las compañías de granaderos de Irlanda: Maupoey pone en Haza-Wallona á los guardias y es más natural, puesto que la accion tenia lugar en la extrema izquierda.

(2) El entónces teniente de Ciudad-Real, D. Félix Perez de Guzman, dice en su informe: «A unos veinte pasos ántes de llegar »á la altura, oimos una voz que nos decia: *no tirar que son nues- »tros*, y á pocos instantes nos hicieron una descarga de metralla á »quemaropa y fuimos atacados por caballería é infantería á la ba- »yoneta.»

de zapadores-minadores que formaban entónces junto á la gran batería de la izquierda, voló á sacarlos de la situacion en que los observaba cediendo ya al empuje de las avanzadas francesas. Con la resistencia de nuestros jinetes y la llegada de los zapadores, cejaron los enemigos; y las compañías de Walonas y algun otro cuerpo de los de la columna, pudieron retirarse á la línea de batalla; pero no así los valientes que acababan de salvarlos, quienes con un batallon que ocupó inmediatamente la Haza-Wallona y sobre 30 caballos, quedaron formando una línea paralela á la carretera y que la dominaba á medio tiro de fusil. ¿Se creyó aquella posicion ventajosa para batir de flanco á los franceses cuando emprendieran el ataque, que era de suponer no tardarian mucho en verificar por el camino? Lo ignoramos, pero es de presumir por los movimientos posteriores de nuestra izquierda.

Primer ataque

El general Chabert que desde los primeros momentos del fuego se habia puesto al frente de la vanguardia, al desembocar del desfiladero y ver ya formadas las tropas españolas, comprendió todo lo crítico de la situacion en que iba á encontrarse el ejército. Expidió, en consecuencia, un ayudante al general Dupont para que le manifestase la presencia del enemigo, lo respetable de las fuerzas con que aparecia y la necesidad de reforzar la vanguardia, impotente para vencerlas.

Antes, sin embargo, de que pudieran llegar los cuerpos de su brigada, que formaban la cabeza de la interminable columna y recibieron la órden de incorporarse á su general, Chabert, impaciente por

desembarazar el camino y ponerse en comunicacion con Vedel á quien debia suponer próximo, desembocó con la vanguardia del desfiladero que acababa de conquistar á nuestras avanzadas.' La artillería fué situada en el centro á un lado y otro de la carretera, y á sus flancos formaron los batallones de la 4.ª legion, apoyados por una nube de tiradores y por la caballería que los habia acompañado en la marcha.

Pero no habian acabado de emplazarse las seis piezas francesas, cuyos primeros disparos no hicieron efecto alguno en nuestra línea por su elevacion y por el excesivo alcance, consecuencia de ella, cuando, blanco de la excelente artillería de los españoles, de mayor calibre y perfectamente situada y dirigida, caian por tierra desmontadas dos de ellas y muertos ó heridos muchos de los artilleros que las servian.

Miéntras por una y otra línea de las contendientes se sostenia el fuego de cañon, á que despues de todo habia de reducirse el primer choque entre los dos ejércitos, los cuerpos que sobre la izquierda ocupaban la Haza-Wallona y puntos inmediatos habian roto tambien el fuego, y no sin grave daño, sobre las masas francesas que cogian de flanco. Las guerrillas que, segun acabamos de manifestar, apoyaban el derecho de la línea enemiga, trataron de desalojar á los zapadores de sus posiciones; pero despues de un corto combate fueron rechazadas. El batallon francés más adelantado en aquella ala, intentó reparar el revés de las guerrillas y repeler, á la vez, á los importunos que con tanta insistencia y de tan cerca los diezmaban; pero, á pesar de haber preparado el ataque con el fuego de una de las piezas que

no yacian por tierra, y de secundarlo con la caballería que se encontraba próxima, se vió tambien detenido en el laberinto de matas y de arbustos que lo separaban de los zapadores, quienes, al observar su retirada, prorumpieron en un viva á España que con el mayor entusiasmo fué repetido por los infantes y jinetes inmediatos.

En el ala izquierda no eran los franceses más afortunados que en la derecha y el centro. Obtuvieron al principio alguna pequeña ventaja; pero sólo por instantes lograron ocupar el terreno en que se habian establecido nuestras guerrillas. El brigadier D. Francisco Soler tenia desplegado á su frente el primer batallon del regimiento de Órdenes militares, de que era coronel, y fiado en lo escabroso de las cañadas que forma el cerro Valentin en que campaba, lo habia hecho avanzar por compañías y áun por mitades en una grande extension, hasta tocar, puede decirse, con la línea de los franceses. Se habia adelantado mucho aquel cuerpo y no era su formacion la más propia para combatir contra unas tropas como las francesas; así es que no pudo resistir el ímpetu de la caballería que cubria la extrema izquierda de los enemigos. Los soldados de Órdenes, agrupados en derredor de los olivos, se defendieron valerosamente, á tiros y bayonetazos, de los cazadores de Dupré que andaban mezclados con ellos; pero hubieran perecido todos sin el fuego certero de los guardias Walonas que se encontraban á sus espaldas, y la marcha avanzando que habian emprendido los cuerpos y las partidas de Venegas y Montagne.

Viendo el general Chabert su artillería desmon-

tada, lo infructuoso de un ataque cuyo malogro era patente lo mismo en el centro que en las alas, y lo desigual de la pelea contra tropas descansadas y perfecta y sólidamente establecidas, retrocedió á sus posiciones del desfiladero, no sin dejar un número considerable de muertos en la llanura y dos piezas inutilizadas en el camino por donde habia creido abrirse paso entre los españoles.

Su influencia en el éxito de la batalla

Este primer episodio influyó poderosamente en el resultado de la batalla de Bailén. En los franceses, produjo el efecto que siempre causa un primer descalabro. Admirados de una osadía inconcebible para ellos, la de interponerse entre dos cuerpos de los que hasta entónces no habian encontrado resistencia que no supieran vencer, y admirados de que la que hallaban en aquellos momentos ofreciese esperanzas siquiera de afortunada, dejaron penetrar en su ánimo valeroso el triste augurio de un porvenir oscuro y el principio de un desaliento que la retirada de Córdoba, las penalidades de Andújar y el movimiento que ahora efectuaban habian hecho presentarse ya á sus imaginaciones ardientes. En los españoles, por el contrario, aquel primer choque llevó á su colmo el entusiasmo que la situacion defensiva de sus enemigos, los anteriores combates, todos afortunados, y la idea misma de su posicion peligrosa, pero decisiva, infundian ya con la del alto deber que eran llamados á cumplir en la ocasion más solemne que cabía presentárseles para la suerte de su pátria.

Otros generales hubieran hecho avanzar el ejército para convertir en decisivo aquel trance felíz: Reding, comprendiendo las condiciones de las tropas

que mandaba, prefirió arrostrar la dilacion de nuevos choques y el peligro de que Vedel se presentara en el campo de batalla, á ofrecer á sus enemigos la ventaja de cambiar en defensiva su situacion de agresores.

Esta resolucion era la más prudente; así es que nuestros generales ocuparon el tiempo que les proporcionaba la retirada de los franceses, en reformar su línea, en cubrir lo posible la grande batería de la izquierda por donde era más fácil el paso hácia La Carolina, y en establecer con más solidez las tropas de la derecha reforzadas con los Walonas que habian combatido á las órdenes de Coupigni, para impedir el flanqueo fácil y decisivo por aquella ala desde las alturas de la sierra inmediata.

No se echaba de ménos, entretanto, en el campo enemigo la antigua y proverbial diligencia francesa. Las tropas de Chabert que acompañaban el convoy, corrian á vanguardia y con ellas el general Dupont que, por lo nutrido del fuego que escuchaba, empezó á conocer lo numeroso del ejército que se interponia en su camino. Apénas en el teatro de la accion, formó los batallones recien llegados junto á los que acababan de retirarse; y sea por lo poco en que tenia á nuestros compatriotas ó, mejor, por el anhelo de atropellar el obstáculo que encontraba ántes de que Castaños alcanzara su retaguardia, hizo desembocar de nuevo sus columnas del desfiladero y del olivar que las cubrian.

Este era otro de los varios errores que cometió Dupont en aquella para él desgraciada y postrer campaña. Resistíase á reconocer instruccion, disci-

plina, ni áun valor siquiera en los españoles y, confiando demasiado en su pericia y en la de sus soldados, se dejaba arrastrar de esa jactancia francesa que, segun dijimos no hace mucho, ha causado á la *gran nacion* tantos y tan trascendentes reveses.

Si, en vez de la premura que le imponian su carácter ó el temor al cuerpo de Castaños, hubiera usado la reserva que le aconsejaba la presencia de tan grande campo como el que tenia á su frente y la confianza de que, si las divisiones de Castaños podrian llegar de un momento á otro, debia tambien presentarse la de Vedel por el camino de La Carolina, otro habria sido acaso el resultado de la batalla. El tiempo que él perdia, podia ser precioso para Dufour y Vedel y, de todos modos, el sacrificio del convoy no importaba el de todo su ejército y el de su honra y la del Imperio, comprometidas en aquel trance.

Pero, en vez de esperar á la reunion de todas sus tropas para con ellas abrirse paso á través de las divisiones de Bailén, atacó á éstas con sola la brigada Chabert, la mitad de la cual habia sido ya vencida y, lo que es más, en un abrir y cerrar de ojos, sin pérdida ni quebranto alguno por parte de los enemigos.

Gravísima era la responsabilidad que pesaba en aquellos momentos sobre el general Dupont. La gloria de las armas francesas, comprometida por su estancia en Andújar; aquel interminable convoy, hospital ambulante, cuyo abandono le habia de ser necesariamente tan sensible cuando no podria disculparlo áun con graves pérdidas de sus tropas, y el

aguijon punzante, desgarrador, de que no llegara á descubrirse el fruto bochornoso del saqueo de Córdoba, oculto en aquellos carros que con tantas precauciones escoltaba, debian impulsarle á ensayar nuevos ataques, con los que, sin exponer objetos tan estimados, pudiera verificar su union con las divisiones de Vedel. Estas consideraciones disculpan la conducta militar de Dupont en los principios de la batalla de Bailén. No la quiso despues amoldar á circunstancias que á cada momento se hacian más apremiantes, y esto le acusa en todas ellas por suponer móviles que acaso estuvieran muy léjos de influir en su ánimo esforzado.

Segundo ataque.

La brigada Chabert salió, como ya hemos dicho, del olivar y formó en una línea casi paralela á la de los españoles. Persuadido el general francés de que nuestras divisiones no cederian ya á un ataque aislado, dispuso su línea de batalla con el objeto de quebrantarlas, primero, con el fuego, y, si no lo conseguia hasta el punto de poder intentar un ataque decisivo con probabilidades de éxito, dar lugar á que, acudiendo nuevos refuerzos, pudiesen sus tropas abrirse paso por entre las filas españolas que él conceptuaba llegaria á conmover y desmoralizar.

Para conseguirlo, emplazó las piezas que le restaban en el centro, junto á la carretera; á la izquierda, situó dos batallones de la 4.ª legion, y á la derecha tomó lugar el primero de la misma, al cual, empezada ya la accion, vino á unirse el 4.º regimiento suizo, cuya marcha habia retardado el desórden en que se hallaban los carros y equipajes en el camino. La caballería de Dupré, se colocó á la espalda, oculta

en el olivar que cubria toda la posicion de los franceses.

Serian las cinco de la mañana cuando la batería francesa rompió el fuego para proteger la formacion de sus compatriotas. No fueron muchos los disparos que pudo hacer, pues la lluvia de proyectiles que arrojaron sobre ella los cañones de Reding, no sólo acalló su fuego, sino que la imposibilitó inmediatamente para todo movimiento ofensivo y áun para los de proteccion á las tropas de su línea.

Desde el primer momento podia, pues, tenerse por vencida la brigada francesa; al ménos debia renunciar á todo ataque por su parte; así que, Chabert se limitó á sostener el fuego de su infantería, manteniéndola medio oculta por los lindes del olivar en expectativa de otras tropas con que dar al combate un nuevo y vigoroso impulso.

Más de una hora duró así la pelea sin que adelantaran los franceses una pulgada de terreno, cuando llegaron á su campo el resto de la artillería, la caballería toda del ejército y los regimientos suizos de Preux y Reding. Todas las tropas francesas habian cruzado el Herrumblar; pero el temor á Castaños, á quien se esperaba de un instante á otro, y la confianza en la artillería y la caballería, muy superiores, en su concepto, á las nuestras, hicieron á Dupont mantener á retaguardia la brigada Pannetier, esperando poder así hacer frente á su situacion doblemente peligrosa.

Con aquellos refuerzos, Dupont renovó el combate contra las divisiones que cubrian á Bailén. La brigada Chabert con los suizos y la mayor parte de Tercer ataque.

su artillería en el centro, desplegó otra vez en la llanura; y, amenazando principalmente nuestra derecha, comenzó á avanzar por la línea del camino con el designio marcado de abrirse paso á todo trance. La artillería redoblaba de esfuerzos para imponer silencio á la española de su frente; los suizos parecian no recordar los antiguos lazos que les unian á España, tal era la intrepidez que manifestaban, y todos los cuerpos franceses, inspirándose en la idea del peligro que preveian, iban dispuestos á toda clase de sacrificios para vencer la resistencia inesperada que se les oponia. ¡Esfuerzos inútiles! ¡Valor y pericia estériles! Lucia el sol de España, el de Pavía y San Quintin, no el de Austerlitz ni de Jena; y los rayos que lanzaba sobre los soldados del Imperio, en lugar de encender su ira y su patriotismo geniales, los abrumaba de calor, de sed, de cansancio y desaliento.

Nuestra artillería vomitaba á torrentes el fuego sobre la linea francesa; la batería del centro, sobre todo, compuesta de piezas de á 12, no cesaba de romper los montajes de las francesas segun iban emplazándose á su frente, y de cubrir de metralla las masas enemigas segun avanzaban hácia ella. Estas se vieron, de consiguiente y á los pocos momentos, en la imposibilidad de continuar la marcha, y los generales, áun tratando de animarlas con su ejemplo, no lograron llegar ni á la mitad de la distancia que separaba á los combatientes.

La caballería francesa carga sobre la izquierda española.

Con la órden de Dupont para que la línea toda de columnas que habia formado en la llanura avanzase contra nuestro centro, coincidia la de que la

caballería de Privé, trasmontando la série de alturas que se alzaban sobre su derecha, cargase nuestra extrema izquierda. Los dragones y coraceros se pusieron inmediatamente en marcha y, aunque teniendo que hacerlo en tiradores para salvar un terreno tan fragoso, no tardaron en aparecer por las cúmbres, desde las que dominaban todo el campo de batalla. Dirigiéndose entónces por el llamado *Portillo de la Dehesa* para ganar espacio suficiente por donde envolver nuestra izquierda, se encontraron con los españoles que permanecian junto á la Haza-Wallona en acecho de una ocasion en que ofender á los franceses con la misma eficacia con que lo habian hecho en el primer ataque. Nuestros dragones, cargados por los de Privé, tuvieron que acojerse al Cerrajon; y los zapadores, despues de consumir la mayor parte de sus municiones y cubriéndose con los olivos para mejor defenderse, se retiraron tambien á la altura misma en que habian logrado salvarse los jinetes cuyo trompeta lanzaba al aire *los toques de guerra más ejecutivos*.

Coupigni los oia y no podia ménos de comprender lo apurado de la situacion en que debia hallarse aquel destacamento tan imprudentemente abandonado, si no establecido en puesto que, por lo inmediato al enemigo, habia necesariamente de ser objeto de su atencion. Era preciso correr en auxilio de aquellos valientes, y convidaba á ello la victoria de nuestros artilleros sobre las columnas francesas de ataque, detenidas en su movimiento hácia nuestro centro; así que, poniéndose al frente de los suizos, del regimiento de Jaen y de la 4.ª compañía

de zapadores que se hallaban de reserva, abandonó la línea como para ofrecer un abrigo á los que ya no podrian defenderse mucho tiempo en el Cerrajon, aislados, puede decirse, entre sus numerosos enemigos. Pero no habian adelantado mucho en su marcha cuando los dragones y coraceros franceses, abandonando á los del Cerrajon cuya rendicion posterior considerarian como segura, revolvieron contra la columna que, reunida ya al provincial de Ciudad-Real, osaba arrostrar su valor y su pericia incontrastables (1).

Privé cargó con el ímpetu y la bravura de que tantas muestras habia dado en su brillante y larga carrera, y nuestros batallones entre el fuego de los franceses ya próximos, y áun resistiendo el empuje de los dragones, hubieron de retirarse, con pérdidas considerables, la muy sensible del coronel de Jaen D. Antonio Moya y la más sensible aún de una bandera que nuestros infantes disputaron con tenacidad, pero sin fortuna, á los coraceros.

Privé continuó la carga sobre los provinciales de Bujalance, Cuenca y Trujillo que á la voz de Coupigni y de su segundo el brigadier Grimarest, que habia estado á punto de quedar en poder de los dragones, acababan de conversar á la derecha para

(1) ¿Qué se hizo de los cuerpos que se acogieron al Cerrajon y del que los apoyaba en Haza-Wallona? No es fácil contestar categóricamente. Que los zapadores lograron salvarse dando una inmensa vuelta por el terreno inobservado de la izquierda, se deduce de la Memoria de D. Ignacio Ordovás, teniente entónces en aquella compañía, y se deduce tambien del hecho de que poco despues se hallaban combatiendo junto á la batería de la izquierda.

Del informe de D. Félix Perez de Guzman, se deduce, á su vez, que Ciudad-Real logró reunirse á los cuerpos de Coupigni con los que permaneció despues en nuestra extrema izquierda.

hacer más eficaz su fuego y dar abrigo á los que se retiraban. La resistencia fué la que debia esperarse, tenaz y afortunada. Los dragones franceses, diezmados por el fuego de los provinciales y el de la batería próxima que los cogia de flanco, dieron en vano cargas sobre cargas. La línea se mantuvo inquebrantable á la voz y el ejemplo de sus coroneles marqués de las Atalayuelas, D. Pedro Conesa y Don Diego de Carvajal, quienes, al decir de un testigo presencial, sostuvieron con particular entereza los diferentes ataques del enemigo.

Convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos contra la línea española sin una masa de infantería que los hiciera eficaces, dragones y coraceros retrocedieron á la suya, dirigiéndose éstos al centro para rechazar una brillante carga de nuestra caballería, y aquellos á la izquierda francesa, donde ya reclamaba su presencia el movimiento de nuestra vanguardia (1).

Una columna francesa ataca la batería del camino.

En el centro principió entónces á representarse una escena semejante, aunque más gloriosa todavía para las armas españolas.

(1) D. Ramon Zaragoza, hermano del general del mismo apellido citado anteriormente, y capitan despues al servicio de la Francia, atribuye en una historia sucinta que escribió de aquellos sucesos, el desórden introducido en los cuerpos que avanzaban con Coupigni al regimiento de Borbon, cuando retrocedia de la brillante carga que vamos á recordar inmediatamente. Estudiado el caso con toda la escrupulosidad que es de presumir, creemos que el suceso de Borbon fué posterior al del encarnizado combate que tuvo lugar en nuestra izquierda entre los regimientos españoles y la caballería de Privé. No estamos léjos de creer que, de haber sido apoyado este general por la infantería de Chabert, hubiera quizás dado otros resultados la carga de los dragones franceses; pero ¿se hallaban ya los cuerpos de Dupont en estado de recorrer una línea tan dilatada como la que representa la distancia del centro francés á la izquierda española, siempre en direccion diagonal y azotada, por consiguiente, de flanco por nuestra numerosa y excelente artillería?

El general Dupont, observando, sin duda, el fruto que podia sacarse de las ventajas que al principio de su carga iban alcanzando los soldados de Privé, dirigió una de sus columnas centrales contra la batería del camino. Reding, que la vió inmediatamente de haber emprendido la marcha, se preparó para recibirla, y con el objeto de quebrantarla ántes de que llegase á las manos con nuestros infantes y artilleros, lanzó contra ella los dos regimientos de caballería que hemos dicho formaban allí la tercera línea.

Con tal ardimiento, tan á fondo cargaron Farnesio y Borbon, que sólo el olivar, donde su formacion se hacia imposible, nulo el resultado y temerario el continuar avanzando, pudo detenerlos en su rápida carrera. Así es que, alcanzado el objeto de contener la marcha de los franceses, los dos regimientos comenzaron su retirada con el mayor órden. Pero trás de Farnesio y Borbon salieron tambien del olivar los coraceros que hemos visto retirarse de nuestra extrema izquierda, quienes, desorganizando nuestra caballería, lograron romper la línea española y penetrar en la batería de la derecha, silenciosa ante aquella mezcla de jinetes españoles y franceses. El combate se hizo, puede decirse, que personal. Los artilleros, ya que no podian con el fuego, trataron de defender sus piezas con los escobillones y espeques que tenian en las manos, y con tal bravura y serenidad mantuvieron su puesto, que la infantería inmediata por donde los coraceros habian penetrado, pudo rehacerse y Farnesio tuvo tiempo para reunir y formar de nuevo sus escuadrones y salvar la bate-

ría de la presencia de los coraceros; una mitad de quienes quedó mordiendo el polvo al frente de aquellas piezas tan réciamente disputadas. (1)

Combate en la derecha española.

La configuracion del terreno que se dilataba por nuestra derecha, ofrecia un peligro constante á las tropas que el brigadier Venegas gobernaba en el cerro Valentin y cañadas inmediatas. El anfiteatro cada vez más eminente que, envolviendo á Bailén por el Setentrion, va sucesivamente extendiéndose hasta alcanzar la sierva vecina, presenta posiciones que nuestro ejército no debia ocupar para no hacer demasiado dilatada su línea de batalla, pero desde las que podia ser envuelto. Por más que el baron de Montagne vigilase aquellas posiciones con sus guardias Walonas y las partidas de guerrillas cuyo mando ejercia, cada destacamento francés que apareciese en ellas y cada maniobra que la línea enemiga dirigiera para ocuparlas, habian necesariamente de producir en la derecha de la nuestra una grande ansiedad y movimientos en que alguna vez podria ser sorprendida y derrotada. Reding pensó, pues, que maniobrando por su derecha para acercarse al

(1) Reina tal confusion sobre las causas y accidentes de la maniobra de Coupigni y de la carga de los regimientos de Farnesio y Borbon, que se hace sumamente difícil desentrañar las primeras y puntualizar los segundos. Si fuera el historiador á guiarse por las relaciones publicadas hasta ahora, podria llegar á presumir que en los generales españoles hubo en momentos la intencion de hacer un movimiento ofensivo para precipitar la rendicion de los franceses. Todos los informes de cuantos, habiendo tomado parte activa en aquel glorioso combate, han sido despues requeridos para ilustrarlo, se hallan acordes en que el pensamiento de resistir fué el único que guió á Reding, quien esperaba por instantes la llegada de Castaños sobre la retaguardia de los franceses. La accion de la segunda compañía de zapadores en Haza-Wallona y las maniobras de Coupigni, para apoyarla primero, y para distraer á los

Zumacar grande, la más avanzada de las eminencias que se alzan sobre la izquierda francesa, á la vez que cubriria sus posiciones, llegaria no sólo á estrechar las de los enemigos; sino á distraerlos de sus reiterados ataques á nuestro centro.

Por otra parte, hacia muchas horas que se estaba combatiendo, y cada minuto podria traer á nuestras espaldas las divisiones Vedel y Dufour que desde el amanecer debian estar escuchando el estampido del cañon. El ejército español necesitaba, pues, disponerse á un combate que, de afortunado, podia tornarse en funesto; y precipitándolo, ó más bien quizás buscando el darse la mano con las tropas de Castaños, que tampoco podrian tardar, creia asegurar la victoria que desde el principio de la accion parecia sonreirle. El capitan Baste decia despues: «Los dos ejércitos tenian interés igual en hacer es»fuerzos extraordinarios: el nuestro, por pasar so»lamente y forzar la posicion; el de los españoles »por mantenerse firme; porque ámbos estaban ame»nazados de encontrarse muy pronto entre dos fue»gos; nosotros, por el ejército principal español que

---

franceses despues, se halla descrita minuciosamente por D. Ignacio Ordovás, teniente entónces de aquella misma compañía. El combate de nuestra extrema izquierda, ha sido descrito por las Memorias que presentó D. Andrés Arango, compañero de Ordovás, quien niega rotundamente tratasen nuestras tropas de envolver la derecha francesa. Y, por fin, con estos excelentes escritos y el del general Zaraguza, que es un dechado de buen decir, y aparece por su modestia é imparcialidad, el trasunto fiel de lo que obró en aquel dia memorable el regimiento de Órdenes militares en que servia al lado de su padre, se ha podido describir este periodo interesante que, siendo en sus resultados el mismo generalmente explicado en las historias francesas y españolas dadas á la luz, creemos define mejor y con incidentes desconocidos hasta ahora, las causas y los medios que lo motivaron y sostuvieron.

»habíamos dejado en las alturas de Andújar al reti-»rarnos y que, de consiguiente, podia caer por mi-»nutos á nuestras espaldas, y el general Reding por »la llegada de Vedel que habia debido ponerse en »marcha desde La Carolina y no podia estar léjos del »campo de batalla. Así, por su posicion recíproca, »los dos ejércitos debian apresurarse igualmente á »terminar una accion que habia de decidir y ha de-»cidido, efectivamente, de la suerte de uno de ellos »y, sin duda alguna, de la independencia de la na-»cion española.»

Todas estas razones debieron influir en el ánimo de Reding para resolverse á emprender por la derecha una maniobra en que, á pesar de todo, es necesario reconocer un espíritu pura y esencialmente defensivo, aunque activo y hasta aventurado. En consecuencia de sus órdenes, el baron de Montagne y Venegas emprendieron el movimiento con los Walonas, los batallones de Órdenes-militares, Barbastro y Cataluña, y los escuadrones de Olivencia, Numancia y de la Reina. Era necesario caminar con mucha precaucion, pues en la vuelta que habia que dar para apoderarse del Zumacar grande, era muy de temer un movimiento del enemigo que cortase de la línea á los cuerpos que se destacaran de ella. La lentitud de la marcha, contenida tambien por el fuego incesante de uno de los batallones de la 4.ª legion que cubria la extrema izquierda de su línea de batalla, dió tiempo á que llegaran sobre su espalda tres de los batallones de la brigada Pannetier que Dupont al observar el fracaso de los dragones en nuestra izquierda, habia llamado del Herrumblar,

dejando sólo, para impedir el paso de este rio á Castaños, el batallon de los Marinos y uno de los de la 3.ª legion. Pero el cansancio de la marcha precipitada que acababan de ejecutar, tanto más penosa cuanto que, al presentarse ante la columna española, habian tenido que vencer las alturas del Zumacar chico, de donde comenzaron el fuego, los había imposibilitado de combatir con energía y eficacia. «No »hicieron más que presentarse, dice un oficial fran- »cés actor en la batalla, y fueron puestos inmedia- »tamente en desórden.» Con efecto, apénas habian asomado á la cumbre de la montaña cuando, adelantándose á nuestra vanguardia el regimiento de Órdenes-militares, los atacó á la bayoneta y los precipitó por la pendiente hasta el Zumacar chico entre los bravos y vítores de los demás batallones españoles. En esto y cuando las tropas de Pannetier, jadeantes de sed y de cansancio, no trataban ya más que de conservar el puesto disputándolo á nuestros compatriotas con un fuego nutrido, aparecieron sobre el terreno los dragones que, tan sin fortuna, acababan de combatir en nuestra ala izquierda.

Privé, al retirarse, habia vuelto á desplegar sus escuadrones en tiradores para salvar el terreno áspero en que se apoyaba el ejército francés, y así fué recorriendo toda la retaguardia y ganó las alturas en que andaban tiroteándose la brigada Pannetier y la vanguardia española. Una vez en ellas, formó de nuevo los escuadrones y, dándoles ánimo y ejemplo, los lanzó contra el valiente regimiento español de Órdenes, primero que naturalmente encontraron en su camino. Aun en terreno tan accidentado, la aco-

metida fué terrible, como dada por la caballería francesa, siempre decidida, cargando siempre á fondo. Nuestros infantes la resistieron bizarramente y áun cuando tuvieron que retirarse ante los dragones que sin descanso y con una repeticion cada vez más encarnizada los impelian y martillaban, no fué sino despues de graves pérdidas en oficiales y tropa, vengadas largamente con las no ménos importantes de sus enemigos. Contribuyó á este resultado una seccion de artillería, mandada, dice un oficial de Órdenes-militares, por el bizarrísimo capitan Jimenez que ya habia hecho prodigios de valor y de acierto hácia el centro de la línea y que entónces logró tambien contener á los dragones, con lo que el combate tomó ese carácter de frialdad que revela la impotencia, y las tropas de uno y otro bando volvieron á sus antiguas posiciones. Si los franceses aparecian abrumados de calor y de cansancio, nuestros infantes se hallaban ya incapacitados de operar, y sólo la energía de los jefes y el entusiasmo de todos lograban mantenerlos en la línea, sin desbandarse á buscar el agua de que carecian completamente y la sombra con que les brindaban los árboles vecinos.

Los episodios que acabamos de referir, se habian representado sucesivamente, segun la situacion de los Cuerpos y la actitud de los enemigos que tenian á su frente. Esta falta de simultaneidad habia ofrecido á los franceses tiempo para valerse de la superioridad de su caballería, la cual llevó el peso todo de ellos, pues los batallones franceses, trás el fracaso de su marcha de frente, no habian quedado en estado de pelear con energía. No por eso habian des-

mayado los generales franceses de sus proyectos de abrirse paso ni se descuidaban de aprovechar cualquiera ocasion que se les presentara para repetir los asaltos que desde las cinco de la mañana renovaban con tanta insistencia. Los que tenian lugar sobre los flancos les habian brindado con la ocasion de repetir y multiplicar los que desde el principio del combate habian dirigido al centro de nuestra línea. Hubo cuerpos que, ya aisladamente, ya por ayudar á los coraceros en su carga á la batería del camino, ó en las diferentes que tuvieron que sostener con los lanceros de Jeréz y de Utrera, con el regimiento de España y los de Borbon y Farnesio, incansables en aprovechar cualquiera coyuntura favorable á sus cargas, se lanzaron á la carrera para obtener el fin apetecido de romper y atravesar la línea; pero el fuego de nuestra *incansable* artillería, como la llama un autor aleman, y *aquel muro impenetrable de bronce* que, segun Thiers, formaban las dos líneas de infantería, los hacian volver la espalda con el mayor desaliento. Ni en los olivares, lugar de sus descansos y concentraciones, podian disfrutarlos ni ejecutarlas, sin que nuestros obúses, orientándose por las columnas de polvo que los franceses levantaban en sus movimientos, los inquietaran con sus proyectiles, causándoles contínuas y no insignificantes bajas.

Primera señal de desmayo en los franceses.

«Nuestros soldados, exclama Thiers, comienzan »á sentir desfallecer su valor.» «Son las diez de la »mañana, continúa; el calor es sofocante: hombres y »caballos están jadeando, y en aquel campo de ba»talla, devorado por el sol, no hay en ninguna parte »ni una gota de agua ni un poco de sombra para

»refrescarse en los cortos intervalos de lucha tan »horrible. (1)

Parece que en aquellos momentos salió de entre los franceses un tropel de oficiales agitando pañuelos blancos como en demanda de capitulacion; pero esta señal sólo fué apercibida por las tropas de la izquierda, y la batería de la derecha, que no distinguió más que la polvareda, rompió de nuevo el fuego que, secundado por todos los cuerpos próximos á ella, impidió el parlamento y reprodujo el combate.

Mas era necesario reanimar el espíritu decaido de las tropas, lo cual no era fácil, visto el abatimiento que tantas causas reunidas habian producido en el ejército francés. Con tal propósito, Dupont hizo cundir por entre las filas la voz de que Vedel se encontraba ya próximo y á espaldas del enemigo. Cuarto ataque

Por más que aquella noticia fuese probable y la hiciera aún más el deseo entre unos soldados sin otra esperanza ya que la aparicion de sus camaradas, no era cierta. Dupont con darla, logró, sin embargo, formar de nuevo los batallones, dispersos casi en busca de sombra ya que les era imposible satisfacer la sed abrasadora que los ahogaba; y, mostrándoles aquel trofeo que los coraceros habian logrado arrancar al valor de los españoles, los arrojó de nuevo en la pelea á la voz de «¡Viva el Emperador!» A aquel grito mágico, símbolo de todas las grandes victorias de doce años, vuelve á lucir el antiguo ardimiento que, mezclándose á la ira, á la fiebre, mejor, de aquel

(1) Es verdad que no tenian agua, pero bajo los olivos de que estaba cubierto su campo, podian hallar alguna sombra. En el terreno de los españoles no existia ni una sola mata.

dia siniestramente brillante, produce un nuevo, pero último, destello de entusiasmo militar.

Acostumbrado Dupont á las grandes maniobras, no escucha la voz de algunos oficiales que le aconsejan formar con todos los batallones presentes una sola masa, para con su pesadumbre abrirse paso por la carretera, sacrificando hombres, bagajes, cuanto no logre salvar la línea enemiga. Aún espera, sin duda, destruirla con un golpe de audacia que le inspira la actitud galbánica de sus soldados, y ordena un ataque general y en la extension toda del campo de batalla. Puestos á la cabeza de sus cuerpos los generales y oficiales, desembocan otra vez los franceses de aquel triste olivar que los cobija; y, ensordeciendo el aire con su gritería y sus jactanciosos vítores como para sostener el fuego que las esperanzas de Dupont acababa de encender en sus pechos, marchan resueltamente hácia los españoles. La artillería, no desmontada, parece querer agotar hasta su último cartucho, tal es la violencia con que juega; la caballería no quiere esperar á que el fuego debilite nuestra línea y lanza sus escuadrones á la carrera; los infantes, en fin, sobreponiéndose al calor, á la fatiga y á la debilidad que los consume, tratan de rivalizar con los jinetes en agilidad y energía. Pero los proyectiles de la artillería no arredran ya á los que hace ocho horas que los están resistiendo impávidos: en vano la caballería, redoblando su fúria en razon de la resistencia que encuentra, da carga sobre carga y llega hasta las bocas de nuestros cañones; Dupré cae entre una multitud de sus jinetes arrojados por tierra, y artilleros, caba-

llos y peones desaparecen entre el polvo, rotos y dispersos por la metralla y fusilería de nuestros soldados, para jadeantes, medio muertos de dolor y desesperacion, arrojarse al pié de aquellos árboles que parecen hasta negarles su sombra; tan débil y pálida es la que les conceden al remontar ya el sol á su Zénit.

No desespera, sin embargo, el general Dupont. Creyendo dar así tiempo á Vedel, ha usado de sus fuerzas aisladamente, y este gravísimo error le proporciona en aquel momento supremo la cooperacion del batallon de marinos de la Guardia que hace venir del Rumblar, donde ha estado inactivo esperando la presencia de las divisiones de Castaños. Los marinos son ahora la tercera línea, los Quinientos de Epaminondas, los Triarios de la legion, los Decumanos de César, la última esperanza del ejército. Dupont, herido, sofocado del calor y de la ansiedad, abatido por la desgracia, recobra al verlos su pujanza y, resuelto á vencer ó morir, va recorriendo el campo, cuerpo por cuerpo, soldado por soldado, pidiendo un esfuerzo todavía que los saque de la angustia en que se encuentran ó los hunda en una resolucion extrema (1). El soldado francés responde

Quinto y último ataque.

(1) Contóse despues de la batalla que, avistándose con un general suyo que acababa de observar nuestro campo, le dijo Dupont: *es menester vencer ó morir*, á lo cual contestó el otro: *lo segundo es probable; pero lo primero, imposible*.

Cerca de allí, Alfonso el de las Navas, creyendo que todo estaba perdido cuando su vanguardia retrocedia ante la innumerable hueste de los Almohades, decia al arzobispo D. Rodrigo: «Arzobispo, tenemos entrambos que morir aquí.»—«Nada de eso, le contestó el prelado, vamos aquí mismo á triunfar de los enemigos.» ¡Qué contraste!

siempre al llamamiento del honor; y áun cuando al formar entónces no encuentra sino muy pocos de sus oficiales y jefes, va á tentar el último y más generoso esfuerzo.

Al entrar en línea los marinos, los demás cuerpos vuelven á formar en los mismos puestos que tenian desde el principio de la accion. Aún se descubre recorriendo las filas el efecto de la emulacion que inspiran los que ahora son la única esperanza, pues en el aire no resuena la señal más leve que revele la proximidad de Vedel que formaba, al principiar el combate, la primera y más fundada. Oficiales y soldados parecen dispuestos á rivalizar con los de la Guardia y á salir, cueste lo que cueste, de aquella situacion, depresiva para hombres que hacia pocas horas se creian invencibles.

La artillería todavía útil y los batallones suizos de Reding y Preux reciben la órden de desplegarse de nuevo y apoyar con el fuego el movimiento que se va á emprender, y los demás cuerpos, así de infantería como de caballería, la de atacar á la señal de su general en jefe. Este se coloca á la cabeza del batallon de marinos que forma en columna sobre la carretera, reune á su inmediacion un gran número de generales y todo su Estado Mayor; y, dando al aire el grito bélico de «¡En avant!» corre á buscar en la línea española el paso por donde ha de salvarse su ejército, ó una muerte que lave sus errores y su desgracia.

Terrible fué la embestida. Los marinos correspondieron á la confianza que habian inspirado; mostráronse *dignos de sí mismos*, como dice Thiers, y

con una resolucion, segun uno de sus más distinguidos oficiales, *que nada podia abatir;* pero, aún cuando al principio lograron avanzar bastante, muy luégo el fuego de la batería central y el de los batallones españoles inmediatos á ella, diezmándolos á cada paso, los obligó primero á contener la marcha para cubrir los inmensos claros que iba abriendo en sus filas la metralla, y despues á detenerse ante la imposibilidad de asaltar aquel *muro de bronce* que se presentaba en su camino.

El ataque de los demás cuerpos no podia ser decisivo. Sin el apoyo de un fuego nutrido y destructor, pues que los batallones suizos estaban reducidos á una fuerza muy exigua y la artillería francesa habia sido en su mayor parte desmontada, nuestras líneas los recibieron sin quebranto alguno anterior y, ántes de que pudieran acercarse á ellas, estaban vencidos y derrotados. Thiers quiere como revelar que sus compañeros llegaron hasta la primera línea, pero que á la vista de la segunda, *siempre inmóvil*, retrocedieron á la llanura. Baste elude la narracion de la retirada de sus camaradas y la suya propia, puesto que avanzó con ellos; los capitanes de ingenieros Goicoechea y Maupoey, que estaban enfrente, terminan la relacion del combate con estas gráficas, elocuentes y verídicas expresiones: «Pero tanto las granadas y metralla de »las baterías como el fuego graneado de las tropas, »hizo tal carnicería en los enemigos que, á pesar »de su decantado é incontrastable valor, no tuvie»ron otro recurso que huir precipitadamente con »sus moribundas águilas á la espesura de los olivos

»para implorar desde ellos la clemencia del vence-«dor (1).»

Aquel fué el último ataque de las tropas francesas. Dupont recorrió de nuevo su campo y quedó convencido de que era imposible reproducir la lucha. Yacian muertos ó heridos cerca de dos mil hombres en la fatal llanura donde, así como en el arrecife y en las lindes del olivar, se descubria desmontada, ó en el más completo abandono, casi toda la artillería del ejército. Oficiales y soldados parecian sumidos en la más honda desesperacion, y un gran número de ellos se negaban á toda accion que los arrancase á la inercia que los tenia postrados, arrojadas las armas por el suelo y próximos á desfallecer de angustia.

Llegó el desaliento á tal extremo que, saliendo de nuestra línea media compañía de la 4.ª de zapadores con el capitan Goicoechea á la cabeza para picar la retaguardia de los marinos, que ya no se retiraban en órden como lo intentaron en un principio, sino entregados á la fuga más precipitada, arrancó una de las piezas del campo enemigo, sin que éstos se opusieran en todo el tiempo que necesitó para reparar los desperfectos que imposibilitaban su arrastre.

Si Vedel se hallase cerca, aún seria posible rea-

(1) D. Andrés Arango, al describir el ataque de los marinos, dice que marchaban en una sola columna cerrada, apoyados en sus dos alas por fuertes destacamentos de caballería, y sufriendo, el arma al brazo, el fuego de la artillería y el de las compañías de zapadores que se lo dirigian á descargas alternadas «con una serenidad digna de nuestros atacantes.» «Estos, continua, marcha-«ban impávidos sin que se oyesen entre ellos otras voces que las de «*serrez la colonne en avant*.»

nimar la tropa despues de convencerse de que no se la engañaba como anteriormente; pero no aparecia ni en el horizonte ni en las filas enemigas indicio alguno de tan fausto acontecimiento. Por el contrario, los pocos disparos que aún interrumpian el silencio qué habia sucedido al último ataque, se escuchaban á retaguardia y sobre el flanco izquierdo, donde Cruz Mourgeon que, noticioso de la marcha del ejército francés, se dirigia á Baños para incomodarle en ella y situarse en los pasos de la sierra, andaba con sus tiradores impidiendo á los enemigos la aproximacion al rio. Los reconocimientos, además, dirigidos sobre el camino de Andújar, anunciaban la proximidad de las tropas de Castaños, y era de esperar que de un momento á otro atacasen las posiciones del puente, donde sólo se encontraban algunos destacamentos, incapaces de impedir el paso del Rumblar á cuya inmediacion se veian como amontonados todos los bagajes del ejército. Para colmo de desventuras, los regimientos suizos al servicio de España, que desde Toledo y Talavera acompañaban al ejército francés con el disgusto que señalamos al indicar su nuevo destino, se deciden á aprovechar la proximidad de sus antiguos camaradas y la cesacion del fuego para volver á su lado. Los jefes y oficiales permanecen en sus puestos y con los generales Rouyer y Schramm tratan de impedir la desercion de la tropa, pero sólo consiguen retener una tercera ó cuarta parte de los soldados (1).

(1) Los escritores franceses pintan la desercion de los suizos como casi general. Por el contrario, los españoles casi no la mencionan. La verdad debe estar en lo que nosotros exponemos, por-

Dupont solicita una suspension de armas.

Las tropas de Lapeña no habian llegado todavía al Rumblar, y en esto no fué exacto Dupont en sus posteriores declaraciones ante la comision militar que vió su causa, sino que, colocado en una situacion que realmente era desesperada y temeroso de que un ataque combinado de sus enemigos hiciese imposible toda capitulacion, creyó deber proponer al general Reding una suspension de hostilidades. Para pedirla, salió del olivar el comandante Mr. de Villautreys, escudero del Emperador, rodeado de soldados y oficiales agitando sus blancos pañuelos y en ademán de parlamento. El general Coupigny, que desde las eminencias de la izquierda, donde permaneció casi todo el tiempo de la accion, se habia trasladado al centro, mandó á su ayudante de campo D. Juan Prast, saliese á recibir al del general Dupont, y enterado pocos minutos despues de su demanda, que era la de ser admitido á la presencia de Reding, fueron comisionados para conducirle un comandante y dos capitanes, entre los que se contaba D. Pascual Maupoey, el cronista tantas veces citado de aquellos gloriosísimos sucesos.

Ya delante de Reding y Coupigny, Mr. Villautreys solicita, en nombre de su general en jefe, una suspension de armas. Reding no podia concederla

---

que en el estado de los prisioneros que condujo á San Lúcar el coronel D. Juan Creagh de Lacy, aparecen los jefes y oficiales de los dos regimientos, 196 individuos de tropa del de Reding y 442 del de Preux. En lo que no hay verdad es en el aserto de Baste, que dice: «El ejemplo de la brigada suizo-española, que *casi entera* se pasó á los nuestros, habia contagiado á los del regimiento »Freuler, suizo tambien al servicio de Francia.» El teniente coronel de ingenieros D. Nicolás Garrido, dice que se pasaron todos los suizos é italianos que tenia el ejército francés.

sino por algunas horas; las necesarias para que Dupont pudiera tratar con el general Castaños, pero con la condicion de que fueran comprendidas en el convenio las divisiones Dufour y Vedel, y de que mereciese la aprobacion del general en jefe con quien deberia Dupont entenderse directamente. Reding alargó cuanto pudo la conferencia esperando recibir de un momento á otro la noticia de la llegada de las divisiones tercera y de reserva sobre la retaguardia de los franceses, con lo cual las condiciones de la capitulacion podrian ser más duras; pero al fin hubo de comisionar á los coroneles Cruz y Copons para que hiciesen conocer al general Castaños los pormenores de la batalla y la suspension de hostilidades.

Se presenta Lapeña á retaguardia de los franceses.

Al poco tiempo se escucharon hácia el Rumblar cuatro cañonazos que, por los intervalos que se observaron entre ellos y la distancia á que sonaban, revelaron á los de Reding que eran una señal para hacerles comprender que las divisiones de Castaños se hallaban próximas y sobre la retaguardia de los franceses.

Efectivamente era la division de reserva que Castaños habia hecho avanzar, y los cañonazos habian sido disparados de órden del general Lapeña en la orilla ya del Rumblar.

El general Castaños no habia observado la salida de los franceses de Andújar. La distancia á su campamento, el sigilo con que Dupont habia levantado el suyo y el temor á los severísimos castigos con que éste habia amenazado á los habitantes de la ciudad, impidieron á los españoles de los Visos conocer la

retirada del ejército francés. Sólo á las dos de la mañana del 19 la supo el general en jefe por dos paisanos que se presentaron en su vivac; y la necesidad de cerciorarse de noticia tan importante y las precauciones indispensables para reconocer el puente que se creia minado, y despejarlo, despues, de los obstáculos que dificultaban su paso, exigieron tanto tiempo, que las tropas puestas sobre las armas desde las dos no pudieron hasta las ocho cruzar el Guadalquivir y penetrar en la ciudad.

La division de reserva que iba á la cabeza formó inmediatamente en la carretera y, reforzada con algunos cuerpos de la 3.ª, emprendió la marcha en escalones y con toda la velocidad posible, llevando su comandante general la órden de «que sí, como era »de esperar, hallaba al enemigo empeñado con la »1.ª y 2.ª division, disparase á distancia proporcio»nada cuatro cañonazos para asegurar al general »Reding de su inmediacion, y procediese desde luégo »por su parte á atacarlo.» La 3.ª division quedó por el momento en Andújar con el cuartel general «para »dar tiempo, continúa el ayudante general de infan»tería, cronista tambien de aquellos sucesos, á tomar, »el intervalo conveniente.»

La de reserva avanzaba, con efecto, rápidamente. La caballería y la artillería marchaban por la carretera, y la infantería, dividida en dos secciones, iba por los flancos, así para no estorbarse las armas como para que en todo evento se hallara la division concentrada y en estado de combatir inmediatamente que avistase al enemigo. La marcha fué penosa por lo rápida y por el excesivo calor y falta de agua, que

causaron algunas bajas en los soldados de Lapeña. El anhelo, sin embargo, de tomar participacion en un combate que las noticias de cada instante y el eco de las colinas inmediatas les anunciaban, les hacia olvidar los trabajos de una jornada en tales horas y por terreno tan abrasado y solitario.

Ya cerca del Rumblar, se presentó á D. Rafael Menacho que regia la vanguardia y despues habia de inmortalizar su nombre con la defensa de Badajoz, un oficial francés que, puesto en presencia de Lapeña, le pidió suspendiese la marcha. El general español, dirigiendo el parlamentario á Andújar, no quiso detener el movimiento hasta que en la márgen ya del rio, y cuando al ruido de los cuatro cañonazos que hizo disparar acudieron otros oficiales franceses y, entre ellos Mr. Villautreys, pudo conocer la suspension de hostilidades concertada entre Dupont y Reding (1). Al mismo tiempo en que Villautreys relataba á Lapeña aquellos sucesos, le pidió en nombre de su general suspendiera la marcha y enviase entretanto algunos oficiales que, atravesando el campo francés y avistándose con los nuestros de Bailén, le cerciorasen de la verdad de aquellas manifestaciones. El general Lapeña suspendió entónces la marcha, estableció sus tropas en la orilla derecha del Rumblar de modo que á una sola señal cruzaran

(1) Véase el apéndice núm. 14, que contiene una parte de la correspondencia de Reding, Menacho y Lapeña con el general Castaños, la cual, además de los sucesos á que nos vamos refiriendo, explica algunas de las peripecias que precedieron á la capitulacion. Todos los despachos son autógrafos y se encuentran en el archivo del general duque de Bailén.

á la opuesta y, dirigiendo á Villautreys al general en jefe, comisionó dos oficiales para que se avistaran con Reding. Más ántes de penetrar en el campo francés aquellos oficiales, encontraron al coronel Copons que certificó cuanto habia expuesto el parlamentario y les dió á conocer el estado de las negociaciones para la rendicion del ejército francés.

Operaciones de Vedel.

¿Qué hacia entretanto el general Vedel? Hay en la historia de la batalla de Bailén sucesos verdaderamente incomprensibles y que, por lo mismo, revelan de cuán poco dependen á veces los trances tan variados de la guerra y cuán difícil es, de consiguiente, su ejercicio. Si las divisiones españolas 3.ª y de reserva no emprendian su marcha desde los Visos hasta bien entrado el dia, por lo tardío de la noticia de la marcha de los enemigos, la necesidad de reconocer el puente y la lentitud á que forzaba el paso por él, las francesas establecidas en Santa Elena y La Carolina, áun comenzándola temprano, se detenian en el camino, ofuscado su jefe por signos que en otra ocasion le hubieran alarmado y en aquella le tranquilizaban hasta un punto inconcebible en quien habia presenciado sucesos como los de aquellos últimos dias. La lentitud involuntaria de los españoles pudo causar la ruina de sus compatriotas en Bailén; la espontánea de Vedel produjo la rendicion del ejército francés y, como dice muy bien el capitan Baste, la independencia de España.

Vedel habia recibido el 18 una carta de Dupont, en la que se le ordenaba asegurar las comunicaciones por La Carolina y Santa Elena, de un lado, y

por Baeza y Linares de otro, y volver despues á Bailén. Convencido de que Dufour se habia dejado engañar por noticias falsas ó exageradas, Vedel le mandó retroceder para poder así dar cumplimiento á las órdenes de su jefe; pero el deseo de dar descanso á su tropa y la «*imposibilidad*, dice en sus Memorias, *de hacerla subsistir el* 18 *en otro punto que* »*La Carolina*, le determinaron á tomar allí posicion »para esperar al general Dufour y reparar el carruaje de la artillería que era el objeto de su especial »solicitud.»

Estos motivos eran reales y justos; nada de extraño, pues, que Vedel tomara aquella determinacion con tanta mayor tranquilidad, cuanto el reconocimiento verificado en Bailén el dia anterior le hacia suponer muy léjos de allí á los españoles. Lo que es verdaderamente incomprensible es que, llegando Dufour á La Carolina entre una y dos de la mañana del 19, y escuchándose al poco tiempo el cañon que tronaba hácia el punto objetivo de la marcha de aquel dia, no la emprendiese Vedel hasta el amanecer; esto es, hasta cerca de las cinco. Y no ya con la actividad que tan infructuosamente habia empleado los dias anteriores, sino que la hizo con una lentitud muy extraña en su carácter y el ardor que le distinguia por la causa del Emperador y la gloria de las armas francesas. Seis horas empleó para recorrer ménos de 14 kilómetros, los que dista La Carolina de Guarroman, donde penetraba á las once; y á pesar de tanta lentitud y de seguir oyendo el ruido de la batalla, aún detuvo el movimiento para dar descanso á las tropas y refrescarlas del ca-

lor y el polvo del camino (1). Pero deja de oirse el eco de la artillería de Bailén y, no pudiendo sospechar la verdadera causa un general del Imperio, atribuye Vedel el fragor que iba escuchando toda la mañana á algun combate de avanzadas; y decidido á no volver á Bailén sin llenar completamente la mision con que habia salido de Andújar, se detiene en Guarroman para hacer un reconocimiento hácia Linares, que le decian se hallaba ocupado por un destacamento español. Se establece el vivac, la tropa hace tranquilamente su rancho con carne de cabra que proporciona la captura de un rebaño en punto próximo, y sólo á las dos de la tarde se vuelve á emprender la marcha.

Su llegada al frente de Bailén y comunicaciones con Reding.

Así, eran las cinco de la tarde cuando Vedel descubria á los españoles establecidos en los cerros que hemos dicho observan el camino á la entrada ya de Bailén. Entónces comprende Vedel la situacion en que debe hallarse el general en jefe; pero, sin conocer ni humillarse á presumir el peligro que corre, considera como fortuna risueña la que le depara el movimiento envolvente de los españoles y, esperanzado de alcanzar una gran victoria, empieza á tomar sus disposiciones para el combate.

El general Reding que tenia aviso de la aproximacion de las tropas de Vedel y áun, en expectativa de su llegada, habia reforzado los cuerpos que á las órdenes del coronel Juncar observaban aquella ave-

(1) Thiers dice que Vedel llegó á las once á Guarroman: Vedel en sus Memorias dice que no puede precisar la hora; pero añade que media hora ó tres cuartos despues, cesó de oirse el fuego; lo cual concuerda con aquella designacion de hora que nosotros hemos creido deber aceptar.

nida, con una compañía de zapadores y dos piezas de que á las diez de la mañana le permitia desprenderse la seguridad del triunfo, dirigió al general francés dos oficiales que le hicieran conocer el armisticio en que hacia cuatro horas habia convenido con Dupont. Los capitanes Goicoechea y D. Manuel Muñoz fueron recibidos hostilmente, á pesar de presentarse con todos los signos de parlamentarios; pero, arrostrando el fuego que se les hacia, llegaron hasta el general Vedel, quien, negándose á prestarles fé en un principio, concluyó por despachar con ellos al comandante Meunier, su ayudante de campo, para que se cerciorase de todo por los oficiales franceses que le decian hallarse en el campo español. Meunier llevaba al mismo tiempo la comision de intimar al general Reding, caso de que no fuera cierto cuanto le habian expuesto, la órden de retirarse inmediatamente á Menjívar, porque, de otro modo, le atacaria al instante.

Incomodado Reding con que no se prestara fé á sus palabras, y de la altanería con que se producia Meunier, le hizo trasladarse al campo de Dupont, para que así pudiera conocer el tristísimo estado de sus compatriotas y certificarlo despues á su jefe. La dilacion consiguiente á esta novedad, impidió á Meunier volver ántes del cuarto de hora que se le habia señalado, y Vedel, temiendo algun engaño, reunió sus fuerzas en dos columnas y ordenó el ataque de las alturas que los españoles coronaban á su frente.

La columna de la izquierda no encontró obstáculo alguno en su ascension al cerro del Ahorcado, pues los españoles tenian la órden de no defenderse, cir- **Vedel ataca las posiciones españolas.**

cunstancia que no ignoraba el general Vedel por habérsela manifestado el capitan Goicoechea. Al ver subir á los franceses, la caballería de Montesa recogió sus tiradores avanzados y se trasladó á retaguardia para dejar el frente despejado, por lo que no siguió la suerte de la compañía de zapadores y los dos batallones establecidos en lo alto «los cuales »prefirieron entregarse prisioneros á no romper el »fuego y quebrantar la órden de su general (1).»

La columna francesa de la derecha, tardó algo

(1) Escrito del capitan Goicoechea:
Como en varios otros episodios de la batalla de Bailén, hay en éste, tan sencillo cual aparece á primera vista, alguna confusion en cuanto á sus circunstancias. El regimiento de la Reina confiesa en la historia orgánica de las armas de infantería y caballería, redactada por el conde de Cleonard, que se hallaba en el cerro del Aborcado y quedó prisionero: Baste dice que el batallon sorprendido pertenecia al regimiento de Córdoba, y sin embargo, en ninguna relacion de la batalla aparecen estos dos cuerpos en tal posicion. Hace fuerza la confesion del historiador del regimiento de la Reina, porque no habia de achacarle, sin seguridad de certeza, una accion de que ninguna gloria habia de reportar. ¿Seria destacado de la línea de batalla el regimiento al avistarse las tropas de Vedel? Lo natural es que cubriesen el cerro los batallones que desde la mañana estaban encargados de defenderlo.

El aserto de Baste no tiene fundamento, pues el regimiento de Córdoba pertenecia á la 3.ª division que se hallaba entónces en la derecha del Rumblar. Pero es extraña la equivocacion de Baste, porque, por encontrarse en todas partes, presenció y, caso raro, influyó en el desenlace de aquella escena militar. Oigámosle en sus Memorias: «Pasando, dice, á favor de aquella suspension, del »cuartel general al cuerpo de ejército del general Vedel que aca»baba de llegar sobre las espaldas del enemigo, vi al general Vedel »poner en movimiento sus tropas para atacar. Yo no conocia las »condiciones de la suspension de armas y creí que se extenderia »á todas las divisiones del ejército. Acercándome entónces al co»ronel de un regimiento español, cuyos soldados, echados en tierra, »tenian las armas en pabellones y acababan de recibir la órden de »ponerse en defensa, le insté impidiese á sus soldados el hacer »fuego, atendida la suspension convenida entre los dos ejércitos. »Pero el general Vedel desenvolvió su movimiento y fueron cogi»dos al enemigo 1.500 hombres, dos piezas y dos banderas.»

Nosotros hemos seguido la version de los capitanes Goicoechea y Maupoey que nos ha parecido la más exacta.

más en subir al cerro de San Cristóbal, por lo que las tropas españolas que lo guarnecian pudieron contemplar la suerte de las que guardaban el del Ahorcado, y Reding tuvo tiempo para reforzalas con el regimiento de Órdenes militares y las compañías de granaderos del de Jaen.

Miéntras subia la columna, Vedel habia hecho cañonear la posicion de la ermita y obligado á los que la cubrian á replegarse un poco á la espalda para evitar el fuego. Pero apénas asomó á la cumbre el batallon francés que iba á la cabeza, el regimiento de Órdenes y los granaderos de Jaen, la bayoneta calada y con la mayor energía, se abalanzaron á él y lo desalojaron de la montaña, arrojando despues de ella á otro batallon con que Vedel quiso sostener al que le precedia en la carga. Ya se disponian el resto de la 5.ª legion y los coraceros de la division Gobert á atacar de nuevo la ermita, cuando un ayudante de campo del general Dupont intimó á Vedel la órden de suspender el combate, con lo que las tropas francesas de la derecha volvieron á sus anteriores posiciones (1.)

¿Fué aquella órden tan lacónica y M. de Barbariu Cesa el fuego

(1) Para que se vea la parcialidad con que escribe Thiers la relacion de esta batalla, vamos á poner en cotejo la suya con la de Vedel, muy interesado, como es de presumir, en no aminorar la accion de los batallones de su mando. Dice Thiers: «El espera »(Vedel), sin dejar de hacer sus preparativos, y trascurrida media »hora, no viendo llegar al oficial que ha comisionado, ataca vigo»rosamente. Sus tropas marchan con ardor, envuelven un batallon »de infantería y lo hacen prisionero. Los coraceros cargan y echan »por tierra cuanto encuentran por delante.» Thiers no hace diferencia éntre el ataque de la derecha y el de la izquierda: para él no existe más que uno, el victorioso.

Hé aquí, ahora, la version de Vedel: «Allí (en la derecha es»pañola), el enemigo habia opuesto poca resistencia; pero en su

estaba tan avaro de tiempo que no lo tuviese para informar á Vedel de los sucesos de la mañana y del estado de las negociaciones en aquellos momentos? No parece creible y, sin embargo, todas las historias francesas y las Memorias mismas de Vedel hacen aparecer á este general como ignorando cuanto habia pasado en aquel dia, hasta la mañana del 20 en que su ayudante Meunier pudo enterarle de todo. Por si áun entónces podia caberle alguna duda, vino á quitársela una órden por escrito del general Dupont para que entregase á Reding todos los prisioneros y el material cogidos en el cerro del Ahorcado. Al tener Reding noticia de lo que allí habia sucedido, exigió de Dupont la órden categórica á que nos venimos refiriendo, amenazándole si no la daba, con pasar á cuchillo toda la division Barbou, completamente cercada por entónces de todas las españolas del ejército de Andalucía.

Conducta doble de Dupont.

El general Dupont cedió ante aquella intimacion que amenazaba realizarse con todas las probabilidades de éxito; pero, al expedir la órden, trasmitió á Vedel otra verbal para que eludiese la primera. Confundido Vedel con disposiciones tan contradictorias, comisionó al Capitan Baste que, anhelante por encontrarse en todas partes, habia logrado deslizarse por

»izquierda, que estaba en posicion en la ermita, habia hecho cejar al 1.^{er} batallon de la 5.ª legion que formaba la primera columna de ataque; hice sostener aquel batallon por el primero del tercer regimiento suizo que cejó igualmente, y ya habia dispuesto que la caballeria y el resto de la 5.ª legion asaltasen la posicion de la ermita, cuando el ayudante de campo Barbarin me llevó la órden de suspender el combate.»

¡Qué diferencia entre la version intencionada de Thiers y la ingénua de Vedel!

entre nuestro ejército, para que, asegurando á su general en jefe el cumplimiento de su órden verbal, le propusiera atacar la mañana siguiente al enemigo, cada uno por su lado y á una señal convenida.

Los españoles se mostraban sospechosos de la buena fé de los generales franceses. Y no es de extrañar: en tanto tiempo como el que la ausencia del general Castaños exigia para fijar las condiciones de una capitulacion, podia muy bien dispertarse en los franceses la idea de buscar en un ardid ó en acto alguno, aunque fuese de desesperacion, el modo de salvarse. La incredulidad de Vedel respecto al mensaje que Reding le habia dirigido con el capitan Goicoechea; la conducta despues del general francés, atribuyendo la ausencia de Meunier á otros fines que los nobles y generosos que habian dictado á nuestros compatriotas su pase al campo de Dupont y la resistencia que oponia á la devolucion de los prisioneros, debian naturalmente inspirar recelos que, como acabamos de ver, no carecian de fundamento. Por si esto no bastara, Mr. de Villautreys se habia presentado á Lapeña sin carácter ninguno ni poderes para fijar las bases de una negociacion formal, y poco despues el general Marescot, que habia conferenciado con el español de la division de reserva, volvia á su campo por carecer tambien de autorizacion para recibir las condiciones del vencedor.

Todo esto, repetimos, no podia ménos de infundir sospechas que, de saberse los manejos de Baste con Vedel y Dupont, hubieran podido producir un conflicto muy grave en aquellas circunstancias.

Así es que Reding, por su parte, amenazaba con

la destruccion total de la division Barbou si no se ejecutaba la órden de poner en libertad los batallones desarmados en el cerro del Ahorcado; y Lapeña rechazaba todo parlamento que no tuviese por objeto el acordar la rendicion del ejército francés, intimada por él á su llegada al Rumblar y exigida despues por el general Castaños desde la casa de postas que media entre Bailén y Andújar, donde se habia establecido.

Tampoco son de extrañar las vacilaciones en que fluctuaban los generales franceses. Su situacion era muy difícil y, con ganar tiempo, esperarian alguno de esos cambios de fortuna que no pocas veces llegan á alcanzar las dilaciones en la guerra. Vedel y algunos otros jefes, aquel por creer que tenia siempre expedito el camino de la retirada, y los demás por su irresponsabilidad, buscaban el modo de arrastrar á su general en jefe á resoluciones extremas. Baste y áun el general Privé, trataron de convencer á Dupont de la posibilidad de abrirse paso hasta darse la mano con Vedel, valiéndose de una sorpresa, fácil, en su concepto, por la circunstancia de poder formar las tropas en el olivar sin que se apercibieran de ello los españoles, y sacrificando en último caso los equipajes, los enfermos y los heridos. Pero fuese que Dupont se encontrara abatido por el vencimiento y debilitado por la disentería que le habia acometido, ó por la impresion que le hubiera causado una visita que acababa de girar á sus tropas, es lo cierto que tuvo por quiméricos aquellos proyectos y, asintiendo tan sólo á la idea de que Vedel tratara, retirándose, de salvar sus divisiones, los rechazó como

contrarios á las capitulaciones que dijo haberse ya cerrado.

Preliminares de la capitulacion.

No era esto exacto, pues aunque provisto, ya por entónces, el general Chabert de poderes suficientes para negociar, y acompañado de Marescot que, oponiéndose á recibirlos, sólo consentia en aparecer como testigo en aquel triste pacto, faltaba aún mucho para que se tuviese la capitulacion por terminada.

A su regreso de la entrevista con Lapeña, Marescot habia manifestado las cláusulas durísimas que imponia el general español, las cuales se elevaban nada ménos que á la rendicion sin condiciones de la division Barbou y al trasporte por mar de la de Vedel á Francia. Reunidos los generales y jefes en consejo, Dupont habia declamado réciamente contra tamañas pretensiones é indicado el pensamiento de hacerse matar con todos sus soldados ántes que suscribir á ellas; pero ni los jefes le daban ninguna esperanza de poder levantar el espíritu de las tropas, ni, al visitarlas para cerciorarse de ello, habia encontrado más que un abatimiento profundo y la resignacion más estóica, ya que no queramos calificarla de indiferencia estúpida, en la situacion en que las veia. Concluyó, pues, de conformidad con los generales reunidos en consejo, por dar poderes ámplios á Chabert para negociar una capitulacion la más honrosa posible.

Se retira Vedel á Santa Elena.

En el estado de ánimo que es de presumir en hombre tan afligido por la fortuna, manchado todavía con la sangre de sus heridas que no queria restañar, enfermo y en momentos tan angustiosos, no debia el capitan Baste encontrar eco á sus excita-

ciones ni á las de Vedel. Bastante conseguir fué el que se autorizara á Vedel para retirarse, cuando, como era de esperar, aquella resolucion podia producir la ruina total de las divisiones vencidas y la propia suya. Y, efectivamente, no habia hecho el general Vedel más que ponerse en marcha, y ya iba á llevarle un ayudante de campo la órden de volver á sus anteriores posiciones. Sin atender á ella, prosiguieron su retirada las divisiones y áun llegaron á Santa Elena el 21 á mediodia, marchando con alguna mayor precipitacion que dos dias ántes lo hacian al campo de batalla; pero las detuvo allí otra órden más terminante, más imperiosa, exigida por los generales Castaños y Reding que, no satisfechos con hacerla obedecer, destacaron la division Coupigni á los pasos de la sierra para con su ocupacion quitar á los franceses toda esperanza de salvarlos (1).

Dupont, acusado de perfidia y comprendiendo

---

(1) El coronel de ingenieros D. Nicolás Garrido, manifestó en un manuscrito encontrado despues entre sus papeles, que estando destinado á las inmediatas órdenes de Reding, á cuyo lado peleo en la batalla de Bailen, recibió el encargo de intimar la rendicion á Vedel, cuando se supo que habia levantado el campo para retirarse á Castilla. Encontrándole en Santa Elena á la mesa con varios de sus generales y el capitan Baste, que parece destinado á figurar en todos los episodios de aquel grandioso acontecimiento, conferenció largamente con Vedel y áun tuvo que permanecer á su lado dos dias, por haberle exigido, para retroceder á Bailen, una copia autentica de la capitulacion de Dupont que Garrido tuvo que pedir al general Reding que se la remitió inmediatamente. El ingeniero español nos trasmite todos sus diálogos con Vedel y las diferentes y encontradas opiniones de los generales que servian á sus ordenes, entre los que hace resaltar al general Poinsot «viejo, seco y rojo, de figura estrafalaria, por su carácter áspero y espíritu republicano.» Tan en la intimidad de Vedel llegó á colocarse Garrido, que dice haberle visto las infinitas heridas que tenia en las piernas, las cuales llevaba siempre cubiertas de unos pergaminos atados con cintas.

por el ademan de los españoles, puestos de nuevo en movimiento para estrechar á sus tropas aún más de lo que ya lo estaban, que al permitir la fuga de las de Vedel sentenciaba á las de Barbou á una suerte todavía más cruel, tuvo que ceder otra vez y ahogar el sentimiento que no podia ménos de producirle la total sumision del cuerpo de ejército cuyo mando le habia confiado el Emperador.

Negociaciones de la capitulacion.

Chabert y Marescot, una vez en la casa de postas, solicitaron autorizacion para evacuar las Andalucías y retirarse á Madrid. Seria demencia, si no se tomase por estratagema, el pedir la libertad de las divisiones de Barbou y Fressia: á lo que estaba dispuesto el general Castaños por obtener la rendicion de todas las tropas francesas, era á rebajar en algo las condiciones que se podian imponer á las que Dupont habia mandado en la batalla. Chabert, Marescot y Villautreys, que los acompañaba, hacian grandes esfuerzos para demostrar la diferente situacion de Vedel, desembarazado en su retirada á Madrid con poca diligencia que empleara en ella. Acaso no lo creerian ellos, y mucho ménos al oir que se estaban tomando disposiciones para impedírsela en los desfiladeros de la sierra vecina; pero la proclamaban como fácil, más para alcanzar alguna gracia respecto á las tropas de Dupont, en que servian ellos, que para evitar la rendicion de las de Vedel. Era ya aquella una contienda diplomática entre vencedores y vencidos, lucha cortés, casi apagadas como se hallaban las pasiones que excitara el combate, y despertados los recuerdos del trato que en 1795, al terminar la guerra de la República, habia mediado en-

tre les generales Marescot y Castaños. Pero acababa de llegar á manos de éste un pliego interceptado á un correo francés en la Mancha, que encerraba la órden del duque de Róbigo para que, situándose Dupont en los desfiladeros de Sierra-Morena con las tropas necesarias para guardarlos, hiciese pasar á la Mancha la division Gobert, con el objeto de mantener las comunicaciones con la córte, y que tuviera las tropas restantes reunidas y dispuestas para marchar á la primera órden á reforzar el cuerpo de ejército del mariscal Bessières; pues, teniendo que hacer frente á los españoles de Galicia, era necesario renunciar por entónces á la conquista de Andalucía (1).

Desde aquel momento la rendicion de las divisiones Vedel y Dufour quedó irrevocablemente resuelta en el ánimo de los negociadores españoles, y los generales franceses hubieron de comprender la necesidad de sujetarse á cuanto en aquel punto exigiesen los vencedores, procurando sacar partido en otros de interés personal, siquiera no fuese tan elevado y digno. Sobre esto no era ya difícil un arreglo satisfactorio, dispuestos, como se hallaban, Castaños y Tilly á hacer algunas concesiones por abreviar una capitulacion cuyo término tanto se dilataba, cuando se presentaron, para alargarlo aún más, dos oficiales superiores de la division Vedel que con un tono altanero, muy distinto, por cierto, del de los negociadores compatriotas suyos, iban á representar contra su detencion en Santa Elena. Aquel incidente ame-

(1) Véase el apéndice núm. 15.

nazaba un rompimiento sério, tal fué el disgusto que produjo en Castaños; pero Chabert y Marescot, llevando aparte á sus compatriotas, les hicieron comprender el giro que por necesidad habian tomado las negociaciones con la sorpresa del pliego del duque de Róbigo, y consiguieron se resignaran á la suerte que en ellas se deparaba á su division.

Ya despues no surgió ninguna otra dificultad y pudo al poco tiempo convenirse en la capitulacion, tan lentamente negociada por su misma gravedad y trascendencia, por la extraña posicion de los dos ejércitos, y por el deseo natural en los jefes franceses de procurarse, dilatándola, alguna esperanza ó cambio de fortuna.

Esas mismas razones lo eran para que el general Castaños deseara apresurar el fin de una negociacion que tan grandes resultados debia proporcionar al país y tanta gloria al ejército de su mando. La capitulacion fué inmediatamente comunicada al general Dupont que la aprobó, y el dia 22 fué firmada por el general Chabert, investido para el efecto de plenos poderes, y por el general Marescot como testigo (1).

Las tropas de Dupont quedaban prisioneras de guerra; y de las de Vedel y de las demás que no se encontraban en el caso de aquellas, se decia *que evacuarian la Andalucía.* Unas y otras debian trasladarse á Rota para embarcarse allí en buques con tripulacion española y ser conducidas al puerto de Rochefort en Francia.

---

(1) Véase el apéndice núm. 16.

Estas eran las dos bases fundamentales de la capitulacion. La primera era muy justa, y el general Castaños asintió á que las tropas de Vedel no rindieran las armas porque su situacion las colocaba en condiciones muy distintas de las en que se veian las de Dupont, vencidas en batalla campal y cercadas por todas partes. La segunda era consecuencia del escrúpulo natural en los franceses de no sufrir la humillacion de volver á su pátria en buques tripulados y escoltados por los ingleses. ¿Hubo en la estipulacion de este párrafo, que era el 6.° de aquel célebre convenio, error de cálculo por parte de nuestros negociadores y falta de exámen de nuestro estado marítimo por la de los franceses? Nosotros no podemos creer que el general Castaños quisiera valerse de una superchería para alejar indefinidamente de Francia los soldados que acababa de vencer, ni que Chabert, Marescot, y en último caso el mismo general Dupont, no supusieran en nuestros arsenales suficiente número de buques para el trasporte de las tropas. Lo que nosotros creemos, es que no se estudió suficientemente el asunto, y que los españoles, por acabar pronto la negociacion, y los franceses, satisfaciéndose con salvar su susceptibilidad nacional en ella, pasaron algo de ligero sobre una condicion que despues habia de producir tantas quejas y recriminaciones.

En lo que los franceses mostraban un empeño grande, era en el acuerdo sobre la conservacion de sus equipajes y mochilas.

Esta no es opinion tan sólo de los españoles que han descrito aquellos sucesos ó que los presenciaron,

sino que lo es tambien de algunos de los franceses que hubieron de sujetarse á la capitulacion de Bailén, y áun aparece entre los cargos hechos al general Dupont en el acta de su acusacion el 12 de Febrero de 1812 (1). «Se estipuló, dice Baste, con una »atencion especial, la conservacion de los bagajes, »sobre todo los de los generales, y esos bagajes, en »opinion de todo el ejército, debian contener en par»te el fruto del saqueo de Córdoba.» Los generales negociadores inculpaban á sus clases de tropa del robo de los vasos sagrados (2); pero la ruptura de una maleta demostró el 15 de Agosto siguiente, que ellos, y no los soldados, eran los que conservaban los objetos de nuestro culto, sustraidos de las suntuosas iglesias de aquella ciudad. Ignoramos si fué lazo tendido ó mera precaucion la restriccion impuesta al final del art. 11; pero lo fué prudentísima en el estado de la opinion de los pueblos de Andalucía, irritados de las dilapidaciones de los franceses, y justa, como vino á probarlo el descubrimiento á que acabamos de aludir.

Firmada la capitulacion, se facilitaron víveres y refrescos de todas clases á los soldados de Dupont, quienes, por los retrasos que sus generales hacian sufrir al convenio para obtenerlo más favorable ó con la esperanza de algun cambio en su suerte, permanecian en su campo sin otro socorro que el del agua que se les facilitó desde los primeros momentos de la suspension de armas (3).

(1) Es notable y por eso la trasladamos íntegra al apéndice número 17.

(2) Véase el art. 15 de la capitulacion.

(3) «Apénas habia principiado la capitulacion, cuando el gene-

La capitulacion fué firmada por el conde de Tilly como comisionado de la Junta suprema, y el general Castaños como jefe del ejército de Andalucía. El general Escalante que habia quedado en Andújar, afligido por un dolor muy fuerte de estómago crónico ya en él y que le imposibilitaba de montar á caballo, demostró vivos deseos de firmarla tambien, aunque no fuese más que en calidad de testigo; y áun cuando el conde de Tilly se oponia á ello en un principio, cedió al fin á los ruegos de Castaños que, por respeto á la edad y á los servicios de Escalante, quiso halagarle con la idea de que los granadinos le agradecerian aquella justa y patriótica galantería.

Los franceses rinden las armas.

Las tropas francesas rindieron el dia 22 y el siguiente 23 sus armas, despues de haber desfilado por delante del ejército de Andalucía. La ceremonia fué imponente y conmovedora. Los soldados que un mes ántes se creian invencibles, orgullosos con triunfos que no tenian semejantes en Europa desde los tiempos de Carlomagno, pasaban ahora cabizbajos con el corazon oprimido de angustia y el rubor en los rostros, ante los que ni remotamente podian

---

»ral Reding les franqueó y permitió vinieran los soldados france- »ses por agua sin armas á la noria de la huerta de D. Lazaro Me- »dina que se hallaba entre los dos ejércitos y muy inmediata á la »línea de los españoles, en cuya noria habia paisanos sacando agua »con cubos y calderos, y los franceses la llevaban en las cantim- »ploras trayendo cada soldado francés ocho ó diez de ellas: al re- »dedor de la noria, habia cuatro centinelas españolas de infante- »ría para el mayor órden, y como á las diez varas de distancia una »centinela de caballería española por la parte del ejército español »y un dragon francés á la misma distancia por la parte de su ejér- »cito.» Declaracion del subteniente retirado en Bailén D. Diego Antonio Soriano, confirmada por varios otros vecinos en la informacion hecha en Junio de 1850.

presumir como sus vencedores. «Despues de tantos »años, dice uno de los que tuvieron que rendir allí »su espada, me es imposible trazar estas líneas sin »sentir oprimido mi corazon. Todos aparecíamos »profundamente afligidos y en la mayor angustia, »no pudiendo comprender cómo podíamos haber »sido conducidos á sufrir tan grande humillacion.»

Para encontrar en su memoria desgracia semejante, todos los historiadores se han remontado á la que el Samnita Poncio Herennio hizo experimentar á los romanos en Caudium. Como el cónsul Postumio, á los que allí pasaron bajo el yugo, signo bochornoso de su vencimiento, el Emperador Napoleon sometió á los desgraciados de Bailén á penas que sólo fueron levantadas en 1814. ¡Injusticia manifiesta! Los franceses podian haber cometido errores de que no es fácil se eximan alguna vez hasta los grandes capitanes; pero desplegaron un valor heróico y cedieron, despues de esfuerzos inauditos, ante la en aquel dia superior pericia y magnanimidad de los españoles. Sólo, pues, el infortunio promovia su juicio y causaba su condenacion.

Bajas de los españoles.

Ocho mil doscientos cuarenta y dos hombres, abandonando aquel campo sangriento en que dejaban cerca de dos mil de sus camaradas envueltos en el polvo de su primer derrota, fueron el dia 22 á entregar sus armas á las divisiones de Lapeña y Jónes, formadas junto á la venta del Rumblar y á lo largo de la carretera. Nueve mil trescientos noventa y tres que pertenecian á las divisiones de Vedel y Gobert, retrocedieron á Bailén, y allí, formando pabellones con sus fusiles, los entregaron el dia siguiente á las

divisiones españolas 1.ª y 2.ª que á las órdenes de Reding habian combatido tan victoriosamente á Dupont. Los demás del cuerpo de ejército de observacion de la Gironda hasta el número de 22.475, destacados en Santa Cruz de Mudela, Manzanares, Madridejos y otros puntos de la comunicacion con Madrid, entraron en su mayor parte en Andalucía y fueron más tarde incorporados á sus compatriotas. Tal fué el asombro, tal el terror que infundió en los franceses la fama de lo de Bailén, que desde puntos próximos á la córte corrian á dar satisfaccion al convenio celebrado por sus jefes.

Son dirigidos al litoral de Andalucía.

Las divisiones de Barbou y Fressia emprendieron seguidamente la marcha á Utrera por el mismo camino que habia recorrido el ejército español. Escoltábalas el coronel D. Juan Creagh de Lacy con el 3.er batallon del regimiento de Múrcia, el provincial de Búrgos y 100 caballos de Calatrava; mas eran tales la indignacion y el deseo de venganza que habian encendido en los pueblos del tránsito las violencias de Córdoba, que áun campando siempre para evitar las tropelías irremediables de haberse alojado los franceses, fueron necesarios á Creagh exquisito tacto y grande energía para que no tuvieran lugar muchas y lamentables desgracias. Desde Utrera, á donde llegó el convoy el 31 de Julio, continuó al Puerto de Santa María á punto en que la oposicion que manifestaba el Almirante Collingwood para el embarque de los franceses hacia variar su destino, áun contra la voluntad de los generales españoles y de las autoridades de Andalucía (1).

(1) Véase el apéndice núm. 18.

Las divisiones Vedel y Gobert fueron dirigidas en dos columnas por Menjívar, Cabra y Puente-Gonzalo á Morón y Osuna, donde en los primeros dias de Agosto eran dispersadas, miéntras, en vista de las negociaciones con el jefe de la escuadra británica, se decidia de su ulterior destino.

Sólo M. de Villoutreys recibió autorizacion para volver á Madrid, á fin de que diese al duque de Róbigo conocimiento de lo sucedido y tratado en Bailén, »circunstancia, dice un testigo de la batalla, tal vez »no repetida en Europa desde la célebre victoria de »Bitonto.» (1).

Observaciones.

«Tal fué, dice Thiers, aquella famosa capitulacion »de Bailén cuyo nombre, en la infancia, ha resonado »tan frecuentemente á nuestros oidos como los de »Austerlitz y de Jena.» Pocas batallas, efectivamente, registrará la historia de accidentes tan extraños y pocas de resultados más decisivos y trascendentales que la de Bailén. Un ejército formado no hacia un mes con soldados, sin otra condicion militar que la de haber abandonado sus hogares á impulso de su patriotismo y del deseo de vengar los ultrajes inferidos á su Rey y á sus altares y de rechazar la injusta

(1) El entónces mayor general de infantería de aquel ejército, D. Pedro Agustin Giron, marqués de las Amarillas.

El P. Maestro Salmon, historiador conciso pero veraz, de la guerra de la Independencia, dice á propósito de esto: «¿Quién le »habia de decir (á Dupont), que ésta habia de ser su desgraciada »suerte, cuando se lisonjeaba en Madrid ser suficientes 8.000 fran»ceses para invadir y apoderarse de todas las Andalucias y áun »del mismo Cádiz? Yo mismo oí decir esta expresion á su primer »edecan M. de Villoutreys, como el que dentro de dos ó tres meses »estaria toda la España bajo la dominacion de Bonaparte. Pero »pronto vió su desengaño siendo el mismo Villoutreys, quien trajo »á Madrid y dió al rey José la infauste nueva de la rendicion del »general Dupont con todo su lucido ejército.»

agresion de que era objeto la pátria, veia á sus piés las águilas que se habian cernido victoriosas sobre las demás naciones del continente de Europa. El *Rayo del Norte*, como se permitia llamar el general Dupont, rendia la espada cuyo fulgor habia hecho temblar á los habitantes del Danubio y del Vístula; y la infantería que en Austerlitz se habia declarado la primera del mundo, la artillería que hacia quince años iba aterrando con sus *huracanes de hierro* las columnas más robustas, y aquellos dragones y coraceros que llevaban el espanto por doquier aparecian, quedaban en Bailén envueltos en polvo ó aherrojadas las manos. La fama de tanta humillacion encenderia en el alma del orgulloso César la ira en que se abrasaban los avaros y crueles delegados de Roma al conocer sus derrotas; pero, al revés de en aquella época de desunion y de discordias intestinas, las represálias del vencimiento iban á ser castigadas ahora con nuevos reveses y la expulsion, por fin, de los ejércitos hasta entónces invencibles del Emperador. En Bailén se habia roto el eslavon más robusto de la grave cadena que iba á constituir el nuevo imperio de Occidente, y España salvaba á la Europa entera de una dominacion que, como universal, no podria ménos de hacerse despótica y humillante.

¿Cuáles eran las causas de desastre tan bochornoso? Vamos á examinarlas con el detenimiento posible y con la mayor imparcialidad.

Que se invadió la Andalucía con fuerza inferior á la que debia suponerse como necesaria para una empresa en territorio tan extenso, en que se iban á ocupar ciudades tan importantes como Sevilla y plazas

tan fuertes como la de Cádiz y á distancia tan considerable de la base de operaciones del ejército invasor, es de todo punto incuestionable. Sólo el orgullo francés y sólo el desprecio que las victorias anteriores habian creado en los generales imperialistas hácia nuestro ejército y nuestro pueblo, podian disculpar tanta petulancia y error tan craso como el de destinar 12.000 hombres á la conquista de Andalucía. Es verdad que se contaba con la adhesion de los generales Solano y Castaños al nuevo órden de cosas y «á la dinastía jóven y gloriosa que iba á sustituir á la corrompida y decrépita que se derrocaba;» pero, ¿cómo contar con que aquella adhesion, áun realizada, habia de aprobarse por el pueblo más susceptible, si se quiere, más supersticioso de España y en contacto, además, con los ingleses, los enemigos irreconciliables de la Francia?

Esta es una falta que Thiers imputa con sobrado fundamento al Emperador Napoleon. En uno de sus despachos al Gran duque de Berg, el de 18 de Mayo, le decia: «Diez mil hombres, 18 piezas por lo ménos, »y los suizos, bastan al general Dupont, situando »como ya he dicho, su segunda division en Toledo.» Al dia siguiente volvia á escribir Napoleon al duque de Berg: «El mayor general os envia la órden de »hacer marchar una division del general Dupont so»bre Cádiz. Agregad los marinos de mi Guardia. El »general Dupont debe trasladarse con esa division »rectamente á Cádiz y hacerse dueño de aquel im»portante punto.» Parece, sin embargo, que á cada momento ocurria á Napoleon la idea de aumentar la fuerza de Dupont, pues que en el mismo dia 19 de

Mayo ordenaba que el destacamento de la brigada D'Abril del cuerpo de Junot marchase sobre Sevilla y Cádiz. Pero esto mismo revela la oponion falsa que el Emperador se habia formado sobre la situacion de las cosas en España, pues hacia marchar aislada una fuerza que no debia pasar de 3.000 hombres, con la cual llegaria Dupont á reunir de 12 á 13.000 en Cádiz. La retirada de Moncey le hizo fijar algo más su atencion sobre las dificultades que podria encontrar Dupont en su marcha y, sin embargo, sus instrucciones se dirigian siempre á apoyarle de léjos solamente, situando, no en Madridejos, sino en San Clemente, sus reservas para que apoyaran á la vez el cuerpo de Moncey en su movimiento retrógrado desde Valencia.

Era ya el 13 de Julio y escribia Napoleon á su hermano, que se encontraba en Vitoria: «Hay en la »situacion del ejército dos puntos principales: el pri- »mero de todos es el en que se halla Bessières; por »esto es por lo que estoy incomodado con que Sava- »ry no haya comprendido la falta que cometia du- »dando en reforzar al mariscal Bessières; el segundo »punto es el en que se halla el general Dupont: *allí »hay más fuerzas de las que son necesarias.*»

No lo pensaba así el rey José: pues desde su llegada á Aranda no cesó de recomendar la necesidad de apoyar inmediatamente á Dupont, á quien Savary se resistia á enviar refuerzos que consideraba urgentes en Castilla, y á quien Berthier creia conveniente el 18 de Julio enviar la division Gobert. Dos dias despues de haber muerto este general, escribia Berthier: «es el momento de permitir al general Go-

»bert seguir su camino.» ¡Efectos de la perspectiva militar á grandes distancias del teatro de las operaciones!

El orígen del desastre de Bailén debe, pues, buscarse en la idea falsa que se tenia en Bayona del carácter de la sublevacion del Dos de Mayo, y del movimiento que la sucedió entre los españoles. Las fuerzas con que se invadieron las provincias andaluzas no eran suficientes para pasar de Córdoba, y aquella detencion y la retirada posterior á Andújar, mostraron la carencia de medios de Dupont y predispusieron á la Junta de Sevilla á una resistencia que, desde aquel momento, debia aparecer como posible y hasta fácil.

A este error que, repitiéndonos, muy bien pudiéramos llamar de *espejismo* político y militar hay que añadir el no ménos grave cometido por Dupont al empeñarse en sostener su establecimiento en Andújar. Ya lo hemos dicho: sin esa obcecacion, la campaña de Andalucía hubiera presentado un aspecto muy diferente; no hubiera sido feliz, pero tampoco desgraciada y tan bochornosa para los franceses. El de Dupont es uno de esos errores que se hacen incomprensibles á la sola inspeccion del mapa. La direccion en que corre el Guadalquivir, la de las montañas que cubren la entrada en Andalucía y el entronque de los caminos de Granada y Córdoba á retaguardia de Andújar, constituyen esta ciudad en una posicion peligrosa y de difícil defensa. No nos cansaremos de repetirlo; Bailén era el punto estratégico, y su distancia tan diversa á Menjívar, Andújar y los desfiladeros de la Sierra, hacia necesaria su ocupacion por el

cuartel general y el cuerpo principal del ejército.

Tambien hemos hecho manifiesta la série de errores que llegó á cometer el general Vedel en sus varios y siempre infructuosos movimientos. Pueden disculparse algunos, como el de la tarde del 15, del que, con alguna mayor iniciativa, hubiera podido Dupont sacar partido, y el de Bailén á La Carolina en seguimiento del fantasma que Dufour se representaba en marcha á Despeñaperros; lo que no resiste el exámen ni admite excusa, es la lentitud con que verificó el del 19, de La Carolina á Bailén.

«Seria muy importante la aclaracion de aquel »acto, dice Mr. du Casse en las Memorias y correspondencia del Rey José; en él se encuentra el nudo »entero de tan triste asunto.»

Vedel ha explicado en sus Memorias y en sus declaraciones, si no satisfactoriamente, porque eso es imposible, al ménos de un modo, al parecer verosímil, la obcecacion de que fué víctima en aquel dia. Los reconocimientos de los anteriores y el desencanto de Dufour al encontrar despejados los desfiladeros de Sierra-Morena que ya creia en poder de los españoles, habian vuelto la confianza á los dos generales hasta el grado de hacérseles increible despues el movimiento envolvente que horas ántes suponian ejecutando á sus enemigos. El estampido del cañon era fuego de algunas guerrillas en los oidos de Vedel, y la cesacion de aquel ruido aparecia á su imaginacion lo que á su deseo, el término, victorioso para su jefe, de una accion sin consecuencias. Este concepto tan equivocado, esa obcecacion tan ciega, si así puede decirse, para aumentar sus tinieblas, le indujo á des-

cansar en Guarroman, á no eximirse del reconocimiento á Linares y á las confusiones de su espíritu en el campo ya de batalla, al recibir la órden de no continuar el combate emprendido contra la ermita de San Cristóbal.

Esto es en cuanto á los movimientos estratégicos de la campaña, que no fueron ciertamente compensados con los preventivos y los tácticos que Dupont hizo en la batalla de Bailén. Creemos haber disculpado el del órden en la marcha de la noche del 18. La preocupacion constante de Dupont era la de que el punto de ataque por los españoles debia ser el de Andújar: á su frente consideraba el núcleo y mayor número de los enemigos, y cuantos se hacia sonar por sus flancos y retaguardia, no eran más que destacamentos más ó ménos numerosos, pero que no tenian mayores proporciones que las de partidas encaminadas á engañarle y hacerle abandonar la excelente posicion que habia elegido. Al retirarse, pues, debia reforzar su retaguardia que muy pronto, era de esperar, se veria en peligro de ser acometida y arrollada.

El destacamento que siempre conservaba en el puente del Rumblar, habia visto la tarde anterior las avanzadas de Reding y Coupigny; pero, ¿cómo habia de presumir Dupont que un cuerpo español de fuerza considerable cometeria la temeridad de interponerse entre las divisiones francesas? Lo que esperaba Dupont, y no sin probabilidades de acierto, era que, al llegar á Bailén, encontraria la division Vedel apoyada desde La Carolina por la de Dufour, encargado de custodiar los pasos de la Sierra. Si algo ne-

cesitaba para fijarse más en esa idea, lo encontraba en la circunstancia de que aquel mismo dia 18, habian recorrido sin obstáculo el camino los correos por quienes comunicaba con el general Vedel. El error de Dupont en el órden de la marcha, se trocaba, pues, en la fatalidad que parecia perseguirle en aquellos dias. El que en otras ocasiones habia demostrado tanta perspicacia militar y tanta energía, parecia en ésta hallarse con su imaginacion envuelta en tinieblas y su corazon en las más contradictorias vacilaciones.

Aún hubiera podido neutralizar ese error con un poco de más sangre fria que la que demostró en la madrugada del 19. Desde el momento en que la vanguardia española se acogió á su cuerpo de batalla, y una vez él en las fuertes posiciones de los Zumacares y el Cerrajon, pudiendo conservarse casi inobservado ante unas tropas que muy difícilmente podian tomar lo ofensiva, y cubriendo el puente del Rumblar con una retaguardia robusta y algunas piezas de su brillante artillería, ¿por qué no esperó á reunir sus tropas para despues, compactas y frescas, arrojarlas sobre la línea española? Si corria el peligro de que Castaños llegara á sus espaldas, ¿no podia obtener á su vez la ventaja de que Vedel, á quien tenia dada la órden de retroceder á Bailén, cayera sobre los españoles que descubria á su frente? Combatiendo con sus tropas en detall y sucesivamente, no debia Dupont esperar otro resultado que el tristísimo que obtuvo.

Los españoles parecian guiados en aquella campaña por el génio y la fortuna. Si el plan forjado en

Porcuna adolecia de temeridad por ser bisoñas casi todas las tropas del ejército de Andalucía, fué ejecutado con tal precision y acierto por los generales, y con tanto valor y energía por todos los cuerpos, que bien merecia el éxito feliz que obtuvo. Decíase poco despues en un folleto atribuido á persona allegada al general Castaños: «La batalla de Bailén fué »una de aquellas que se llaman ganadas ántes de »darse; porque las preparaciones fueron tales y tan »estudiadas, que el enemigo al principio no las co»noció y se consideró bastante fuerte para despre»ciarlas y permanecer quieto en Andújar.....»

Nosotros, lo hemos dicho várias veces: creemos que el proyecto calculado por los principios más elocuentes del arte de la guerra y puesto en ejecucion de modo tan admirable, necesitaba tener la fortuna en su ayuda. Porque si Dupont hubiera aprovechado el error cometido por Vedel al abandonar á Liger-Belair en sus posiciones de Menjívar, ó si ese mismo Vedel hubiese acudido, como debia y podia en tiempo oportuno, al campo de batalla, el éxito acaso no obtuviera ni tan grandes ni tan decisivas proporciones.

El sistema tan erradamente adoptado por Dupont proporcionó á los españoles ocasiones para acostumbrarse al fuego y maniobrar ante sus diestros y expertos enemigos, y los combates parciales de Menjívar, Villanueva y el ya importante del aniversario de las Navas, infundieron la confianza necesaria para la operacion arriesgadísima á que estaban destinadas las dos primeras divisiones del ejército.

Con esta confianza, tan gloriosamente adquirida

contra los primeros soldados del mundo, las tropas de Reding y Coupigni se mantuvieron incontrastables en la llanura de Bailén, obligando á sus enemigos á rendir las armas y á poner en sus manos libertad, honor y vidas. Decia Dupont á nuestros oficiales: «Los españoles se han cubierto de gloria y »se han batido cual las mejores tropas de Europa, »pues hasta hoy ninguna infantería ha resistido á »tantos y tan repetidos ataques de nuestras tro»pas (1).» El general Castaños escribia á la Junta de Sevilla: «Nuestras tropas en lucha tan desigual se »han hecho superiores á sí mismas con una constan»cia heróica, pues arrostrando peligros, fatigas, ham»bres y calores mantuvieron tal firmeza contra los »ataques del enemigo, *que cada soldado parecia ha»ber echado profundas raices en el puesto que de»fendia*, y demostraron tanta velocidad y ardimiento »en las cargas sobre los franceses, que éstos mismos »no han hallado ejemplo de comparacion en ningu»no de los muchos ejércitos con quienes han medido »sus fuerzas.»

¿A qué, en fin, hemos de buscar elogios para nues-

---

(1) El teniente general D. Juan de Aldama que, como alférez de caballería, formaba parte de la escolta destinada á acompañar al general Dupont, contaba que en una de las conversaciones que con él habia tenido en el camino al Puerto de Santa María, cuando ya el caudillo francés le demostraba una completa confianza por los servicios que le iba prestando, le habia dicho: «Usted es un jó»ven oficial que regularmente no habrá asistido á otra batalla que »la de Bailén. Que no le sirva á V. de ejemplo; pues ahora que »por su graduacion no mandará más de 25 á 30 caballos, no debe »nunca caer prisionero en campo raso. Podrá, si tener que hacer »un esfuerzo y romper por medio del enemigo perdiendo ocho ó diez »hombres, pero debe salvarse con el resto.» «¡Leccion, decia el ge»neral Aldama, que tiene tanta más importancia cuanto que por no »practicarla debidamente, se veia Dupont en situacion tan triste!»

tros soldados entre los que tuvieron ocasion de admirar su valor y pertinacia?

Nosotros repetiremos lo que decíamos en un trabajo que ha obtenido una aceptacion más favorable que merecida. (1) «De mil dicterios están llenas las »historias de aquella campaña escritas por los france»ses; y entre ellos, Thiers se ha complacido en for»jar allá en su imaginacion victorias probables de »uno contra tres, contradiciéndose á cada instante, »como sucede siempre al que diserta en mala causa. »No le hubiéramos hecho nosotros el honor de nom»brar una comision de hombres notables en la mili»cia para refutar su escrito: está refutado por él »mismo, en las propias páginas en que estampó in»sultos que ya predisponen en contra de su autor en »el ánimo de quien conoce el resultado de la cam»paña y la justicia indisputable de nuestra causa. »Un general á quien concede Thiers *prudencia, pers»picacia y energía*, una artillería que hace *descargas »horribles de metralla y de bala rasa y que desmon»ta é inutiliza al momento la del enemigo*, y una in»fantería *que ofrece el aspecto de un muro impenetra»ble de bronce;* masas *tan compactas é impenetrables »que hicieron al general Dupré con sus cazadores á »caballo desesperar de poder introducirse en ellas;* »líneas que *aterraban por su inmovilidad*, bien me»recian la victoria; y la de Bailén, tan decisiva y »completa como sabe todo el mundo lo fué, no es »sino el resultado del talento del general, del valor »de los soldados y del entusiasta ardimiento de to-

(1) «Geografía histórico-militar de España y Portugal.»

»das las clases en un país cuya dominacion no es »tan fácil como la imaginaban sus desatentados »invasores.»

Que el laurel de la victoria de Bailén corresponde en primer lugar al que despues se le discernió con el título que recuerda aquella gloriosa campaña, está fuera de toda duda para quien comprenda los principios más triviales del arte de la guerra, y no sienta su pecho mordido por la envidia. Los argumentos en contra, son todos de una vulgaridad cándida é ignorante, y su refutacion no haria más que ocupar inútilmente el tiempo á nuestros lectores.

El plan adoptado por el general en jefe dió todos los felicísimos resultados que de él se esperaban. Con otro distinto se hubiera podido batir á los franceses; nunca obtener la rendicion tan completa de todo su ejército. El éxito, pues, corresponde al plan, y éste al general en jefe exclusivamente. No aparece más grande Napoleon en Arcole exponiéndose á morir entre sus granaderos, que marcando en su gabinete el punto en que habia de darse la batalla de Marengo ó dirigiendo las columnas que habian de producir la rendicion de Mack en Ulma.

Reding y sus soldados ejecutaron el plan de Castaños de un modo admirable: esta es su gloria. El general, sin soldados que ejecuten concienzudamente sus planes, será siempre infecundo en resultados: los soldados sin un general prudente y sábio, no harán más que derramar inútilmente su generosa sangre.

La gloria, pues, de la batalla de Bailén corresponde á todos, generales, jefes, oficiales y soldados;

el triunfo á todo el ejército, el laurel á Castaños, su general en jefe (1).

(1) Como complemento de esta relacion, y para evitar las justísimas recomendaciones que siempre encierran las historias militares, pero que harian muy larga y hasta enojosa la que precede sobre la batalla de Bailén, damos en el apéndice núm. 19 el parte dirigido por el general Castaños á la Junta suprema de Sevilla.



CAPÍTULO VI.

Consecuencias de la batalla de Bailén.

Noticias de lo de Bailén y sus efectos en la córte de Jose.—Retirada general de los ejércitos franceses.—Situacion de Duhesme en Barcelona.—Accion del Llobregat el 30 de Junio.—Chabrán es batido en el Congost.—Nueva expedicion á Gerona.—Operaciones del general Reille.—Segundo sitio de Gerona.—Refuerzos llegados de las Baleares á Cataluña.—El conde de Caldagues se establece en el Llobregat.—Reconquista del castillo de Mongat.—Alarmas de Lechí.—Caldagues se dirige á Gerona.—Operaciones del sitio.—Combate del 16 de Agosto.—Levantamiento del sitio.—Retirada desastrosa de Duhesme á Barcelona.—Conclusion.

Noticia de lo de Bailén y sus efectos en la córte de José.

¿Habeis visto al sol romper la sombría y densa niebla de una mañana de primavera? El valle está cubierto de aquel velo tupido que, como el de la noche, nada deja distinguir bajo su sombra y sólo consiente conjeturas y esperanzas. Se eleva el sol, y su fuego empuja las nubes y las oprime hasta concentrarlas en el fondo del valle, cada vez más húmedas, más densas y apiñadas. Se eleva el sol; ya la montaña no puede proyectarse en la sombra; la niebla se

agita y gira en gruesos remolinos huyendo el aura tibia que amenaza licuarla; y descubierta, sin abrigo y sin defensa, se precipita hácia el ocaso, á las regiones más apartadas del que la abruma con su calor; dejando libre, resplandeciente de luz y de perlas la montaña y el valle, el arroyo y la arboleda.

Pues así el grito de victoria que arranca de Bailén, trasmontando la Mariánica, se esparce primero como vago rumor por las llanuras de la Mancha, y, como tal, llega á la córte embriagada con sus recientes glorias y con la emocion de las fiestas y espectáculos que en ella se celebran. Crece el rumor, y se condensa; mensajeros, jadeantes de dolor y de cansancio lo propagan y acreditan, infundiendo la admiracion y el espanto de una desgracia tanto más sorprendente y aterradora, cuanto es ménos esperada áun por los más pesimistas de entre los enemigos de España. El rumor se hace voz y articula con los más dolorosos pormenores la fatal noticia; y, como del sol la niebla, huyen batiendo sus ingentes álas las águilas francesas hasta las encumbradas y ásperas crestas del Pirene.

Séanos permitido una vez elevar nuestro espíritu á las regiones de la hipérbole. El santo amor de la Pátria, el noble orgullo de la victoria y el deseo generoso de independencia, áun sastifechos y hartos en ocasion tan solemne, tienen que inspirar la elevacion de pensamientos, tan propia, además, de nuestra raza meridional y jactanciosa.

Pero, ¿qué otra idea si nó, qué otra gloria que las de Bailén pueden embargar el espíritu y la memoria de un historiador castellano? Como las legiones de

Varo en el fondo de la Germanía, las de Dupont habian desaparecido en las llanuras de la Bética, produciendo su vencimiento en el moderno César el mismo dolor y el despecho mismo que en Augusto la humillacion de las águilas romanas. La gloria no podia ser, por lo tanto, más resplandeciente y pura, conquistada por los españoles contra los soldados del Imperio, nunca vencidos hasta entónces. Las consecuencias, además, debian ser tales, que no consentirian la ilusion de que el de Bailén fuese un revés de los muy frecuentes en la guerra, capaces de venganza y áun de remedio.

Segun ya hemos dicho, el 26 llegó á Madrid el rumor de lo que acababa de suceder al otro lado de Despeñaperros. La noticia era tan grave y trascendental, pero, por lo mismo, tan inesperada y hasta inverosímil, que en los primeros momentos fué despreciada por el Estado Mayor francés. La muerte del general Gobert y la retirada de Dufour habian introducido algunos recelos desde el 23, en que se supieron por el comandante del canton de Madridejos; ni concebirse podia, sin embargo, la realidad del vago rumor que el pueblo comenzaba á trasmitir con la viveza y la alegría que son de suponer hasta hacerlo llegar á la córte (1).

Esto no impidió el que se hiciera avanzar por el camino de Andalucía la brigada Laval de la division Frére con fuerza de unos 5.000 hombre y la mision

(1) Savary manifiesta en sus Memorias que, al ir á Chamartin el 20 á tomar las órdenes de José, le pidió éste noticias de Andalucía. «Yo no podia, dice, responderle sino que no concebia que »sucediera allí desgracia alguna.»

de abrir las comunicaciones que se decian cerradas por las guerrillas españolas. «Parece que Dupont, »decia José á su hermamo aquel mismo dia, tiene »que habérselas con 60.000 hombres; es seguro que »el ejército enemigo es muy fuerte. Yo repito siem»pre lo mismo á V M.: 50.000 hombres y 50 millones »en tres meses no serán demasiado. La nacion está »unánime contra nosotros. Dupont tiene á su fren»te 60.000 hombres; Bessiéres, hoy mismo, 40.000. »Habeis visto el 89 y el 93: no hay aquí ménos en»tusiasmo ni ménos rábia.»

Las noticias del desastre de Dupont iban, entretanto, condensándose y abriéndose paso hasta el nuevo monarca, cada dia más receloso y cada dia más apurado con desgracia tan abrumadora. El dia 27 aún no la conocia en toda su extension y continuaba pidiendo los 50.000 hombres y los 50 millones de siempre (1). El 28 las noticias tomaban consistencia y, pensando en retirarse á Búrgos y repitiendo á su hermano «que no tenia un sólo partidario y que la nacion entera se encontraba exasperada y decidida á sostener la causa que habia abrazado,» le pedia 100.000 hombres *para conquistar la España*. El 29, por fin, despues de haber oido á Mr. Villoutreys, se conformaba José con la opinion de O'Farril, Mazarredo, Azanza y otros que «pensaban que España no seria reducida por ménos »de tres ejércitos de 50.000 hombres que operasen en

(1) En la carta del 27 escribia José á Napoleon: «Los grandes y »los ricos, las mujeres sobre todo, son detestables: nada resiste á »la opinion que ellas han puesto en boga, y todos los hombres »quieren ó deben unirse á los ejércitos y salir de Madrid.»

»masa, y 50.000 hombres para conservar las comu»nicaciones.» «Son necesarios, concluia, medios in»mensos para someter la España; este país y este »pueblo no se parecen á ningun otro; no se encuen»tran ni un espía ni un correo.»

No queremos añadir una palabra á las que tan elocuentemente manifiestan la angustia que se iba apoderando del hermano del Emperador con las noticias de Andalucía.

Villoutreys habia sido escoltado hasta Aranjuez por una seccion de caballería española que Savary hizo detener en el sitio, temeroso del efecto que la vista de los vencedores de Bailén pudiera causar en el pueblo madrileño. Ya en la córte, el chambelan de S. M. I. fué examinado por el duque de Róbigo con la atencion y la sagacidad que distinguian á este general. Y áun cuando Villoutreys no supo explicar satisfactoriamente la razon de aquella escolta caminando por entre los cantones franceses de la Mancha (1), y áun cuando Savary comprendió el objeto de la oscuridad y de las hipérboles que usaba aquel en su narracion, dirigidas á disculpar el vencimiento de Dupont y las condiciones con que habia capitulado, no se hizo ilusion alguna en cuanto al efecto que debia producir tan humillante acontecimiento.

Así es que en un consejo de guerra que José creyó deber reunir, y en el cual Moncey propuso llamar á Bessières y combatir reunidos al frente de Ma-

(1) Savary dice que fué la de viajar Villoutreys en su carruaje tirado por caballos de su propiedad y cargado de objetos que así no quedaban sujetos á visita, únicos que se salvaron de todo el cuerpo de ejército francés

drid, y Belliard concentrarse en Zaragoza miéntras el duque de Istria mantuviese la zona superior del Ebro, Savary logró ver adoptada su opinion de retirar las tropas por la carretera de Bayona hasta reunirse á los refuerzos que el Emperador se apresuraria á enviar inmediatamente. En concepto de este general, seria una temeridad el permanecer en Madrid con 18 ó 20.000 hombres, total, á lo sumo, de las fuerzas que se podian reunir por el pronto en derredor de la córte. Aun llamando á Bessières al centro de la Península, el éjercito francés se hallaria en condiciones desfavorables, no sólo por su fuerza, siempre inferior á la de los enemigos despues del desastre de Bailén, sino porque, propagándose con ella y acrecentándose la sublevacion por las provincias inmediatas, se verian muy pronto José y sus secuaces circuidos de todos lados, sin comunicaciones entre sí y, sobre todo, con la Francia. Era, pues, de absoluta y urgente necesidad acercarse á Napoleon. «El Emperador, decia, se incomodará; pero esto no mata. »Y ¿qué diria si fuésemos á darle una segunda representacion de lo de Bailén? Yo sé muy bien que si él »se encontrara aquí no pensaria en retirarse; pero »tambien donde él se halla todo el mundo obedece á »porfía y nadie se queja. Estamos nosotros muy lé»jos de encontrarnos en tal caso. Pedid alguna cosa, »todos estarán fatigados ó enfermos, en vez de que »una sóla mirada del Emperador haria levantar á to»dos estos perezosos. Nadie puede hacer lo que el »Emperador; ¡desgraciado el que tuviera la preten»sion de imitarle! Se perderia. Mi opinion es la de que »inmediatamente se le escriba lo que sucede: él juz-

»gará bien las consecuencias que pueden resultar de »ello. Habrá tiempo de recibir sus órdenes ántes de »encontrarnos demasiado léjos para ejecutarlas. Por »otra parte, con los medios que nos quedan y sin el »socorro de partido alguno en la nacion, los asuntos »de España van á entrar en un cuadro cuya exten»sion yo no puedo determinar; es necesario adoptar »otra marcha, y en su consecuencia es posible que el »desastre de Dupont sea la señal de un nuevo incen»dio en Europa. El Emperador conoce su posicion; es »preciso no empujarle más allá de donde piensa ir, »porque ahora es él quien tiene que conquistar la »España y él quien ha de ver lo que va á arriesgar »en ello.»

Así terminó el discurso de Savary, lo que él llama en sus Memorias su conversacion con el rey José. Retirada general de los ejércitos fraceses.

Las observaciones no podian ser más oportunas ni el consejo más prudente, y el Intruso lo adoptó por completo. Miéntras se concentraban en Madrid las tropas de Moncey, escalonadas en la Mancha para apoyar á Laval, y cuantas operaban en las inmediaciones en observacion de Castilla la Nueva y Cuenca, se procedió á la evacuacion de los hospitales y á la de los parques de artillería y de la administracion del ejército. La operacion tenia que ser muy embarazosa y lenta, porque se habian establecido los franceses en Madrid, como quienes ni presumir podian un acontecimiento cual el de Bailén y porque, careciendo de grandes recursos propios, tenian que apelar á los de un país cuyos habitantes se negaban á todo servicio que pudiera ser útil á sus aborrecidos huéspedes. Así es que José no pudo abandonar el pa-

lacio Real hasta el dia último de Julio, áun dejando en Madrid un material considerable y no pocos enfermos que confió á la generosidad de los españoles.

Con la órden de retirada al cuartel general del ejército francés en España, coincidió la del levantamiento del sitio de Zaragoza, cuyos efectos hemos tenido ocasion de observar en capítulos anteriores, y la en que se previno al mariscal Bessières que se concentrase un poco á retaguardia de sus nuevas posiciones, en Mayorga, para seguir despues en armonía con el cuerpo central y poder cerca de Búrgos reunirse y áun presentar la batalla al enemigo.

Bessières se encontraba en Puente de Órbigo, vacilante sobre cuál de los partidos seguir; si el de buscar las comunicaciones con el ejército de Junot ó el de ir en pós del general Blake y penetrar en Galicia. Defraudado en sus esperanzas de reducir por la persuasion al general español á reconocer el nuevo soberano, decidíase á emprender las operaciones con el vigor que le infundia el despecho del que consideraba como desaire é insulto el decoro y la lealtad de su enemigo, cuando con la noticia de lo de Bailén recibió la órden de retirarse al Cea, extrema derecha de la línea del Esla. Entre las instrucciones que encerraba aquella órden, leyó Bessières la de establecer una guarnicion en Zamora, con el objeto, sin duda, de apoyar su izquierda y cubrir el curso inferior del Duero en Castilla; pero, comprendiendo que en su aislamiento seria perdida la fuerza destinada á ello, prefirió, desobedeciendo la órden, concentrar todo su cuerpo de ejército y retroceder al Pisuerga, de donde creia poder apoyar mejor el movimiento de

los que se dirigian á Búrgos por Buitrago y Aranda.

Así, cuando el rey José despues de una marcha de nueve dias, pausada cual lo requeria la *impedimenta* que llevaba, y triste por las causas que la producian y el espectáculo á que daba lugar (1), llegó á Búrgos, no sólo encontró completamente despejadas sus comunicaciones con Francia, sino que se vió apoyado de cerca y á su frente por las tropas victoriosas del duque de Istria. De este modo, tambien pudo continuar al Ebro, siempre á cubierto de todo ataque, abandonando entónces Bessières el Pisuerga para establecerse entre Bribiesca y Búrgos en observacion de los dos caminos importantísimos que acababa de abandonar el ejército franceés.

Ya hemos visto que el general Verdier habia recibido el 6 de Agosto la órden de levantar el sitio de Zaragoza; órden revocada el 7 y reproducida seis dias despues. Hemos visto tambien cómo abandonó la ciudad y cuál fué la premura con que hubo de levantar el campo, dejando en poder de los sitiados un material considerable de artillería, municiones, ob-

---

(1) Thiers, dice «que el ejército francés, habiendo encontrado »en su camino numerosos rastros de crueldad, no pudo contener »su exasperacion y se vengó en más de un punto. El hambre, »añade, uniéndose á la cólera, destruyó mucho y dejó por todas »partes señales de su presencia que elevaron hasta el colmo la »rábia de los españoles.»

El general Foy, dice, por el contrario: «Los franceses no fue»ron perseguidos en su retirada por los ejércitos enemigos. Aun »cuando la dificultad de reunir víveres á tiempo para una mar»cha imprevista produjo frecuentemente escenas de desórden, no »hubo exasperacion ni asesinatos. Aún se vió entre Madrid y Búr»gos á algunos alcaldes conducir en carretas al campo francés sol»dados que habian quedado enfermos en el camino.»

¡Qué diferencia entre la relacion del general y la del historiador!

jetos de administracion y víveres. Las órdenes del cuartel general, por un lado, y la proximidad del ejército valenciano, por otro, impelian á los franceses á poner cuanto ántes el Ebro entre ellos y los españoles que, con el entusiasmo de la victoria, no dejarian de perseguirlos activamente para sacar de ella el mayor fruto posible.

El dia 14 empezaron su retirada y pernoctaron en Alagon miéntras el baron de Varsage con unos 3.000 hombres aparecia en la venta de la Muela con ánimo de establecerse en las comunicaciones de los franceses. La fuerza de Varsage constituia, puede decirse, la vanguardia del ejército valenciano que á las órdenes de Saint-Marcq acudia desde Cuenca á Zaragoza. En Daroca se habia unido á Saint-Marcq el conde del Montijo y juntos aparecian detrás de Varsage sobre el flanco izquierdo de Lefebvre.

La sorpresa, la alegría y el deseo natural en los vencedores de disfrutar siquiera por momentos de la satisfaccion de un triunfo tan grandioso, salvaron á Lefebvre de un desastre. Para cuando Palafox hizo salir á su hermano, el de Lazan, por la izquierda del Ebro y á los valencianos en seguimiento del ejército francés, éste habia tomado ya una delantera considerable; y excepto en Mallen, donde tuvo que sostener un ligero combate de retaguardia, no fué turbada su marcha hasta Tudela.

El marqués de Lazan se dirigió á Sos con el objeto de atacar el destacamento francés que desde allí vigilaba las Cinco-Villas, y coger de flanco la posicion en que suponia iba á establecerse el enemigo. Pero todo esto retardó la operacion principal, y Le-

febvre tuvo tiempo sobrado para romper el puente de Tudela y, trasladándose á Milagro, Villafranca, y Caparroso, resguardarse con el Aragon y ligar sus nuevas posiciones con las que detrás del Ebro iba José ocupando desde Lodosa á Miranda.

Tales fueron las consecuencias que inmediatamente produjo la batalla de Bailén en el centro de la Península, allí donde parecia haber tomado asiento la invasion francesa, apoyada en fuerzas considerables y en el prestigio de la nueva córte. No creemos haber exagerado al decir que, como la niebla ante el sol, habia desaparecido todo el fastuoso y tremebundo aparato de una irrupcion que Bonaparte, sus mariscales y la Europa entera consideraban incontrastable.

El astro de España brillaba entónces con igual fulgor en todos los ámbitos de la Península. Portugal iba á ser teatro de otro revés como el de Bailén para los franceses, y en Cataluña proseguia Gerona la tenáz resistencia que habia de unir su nombre glorioso al de la inmortal Zaragoza.

Situacion de Duhesme en Barcelona.

Abandonamos á Duhesme al acogerse en Barcelona defraudado en sus esperanzas de restablecer las comunicaciones con Francia, interrumpidas en Gerona y Figueras. No lo estaban, sin embargo, hasta el punto de tener al general francés privado de toda noticia del Imperio, porque, no sin alguna frecuencia, salvaban el poco riguroso bloqueo de las naves inglesas barquichuelos bastante ligeros para llevarle en una noche nuevas y correspondencias de Collioure y de Port-Vendres. En uno de estos barcos, cuyo arribo coincidió el 24 de Junio con la entrada

de Duhesme en Barcelona, debieron llegarle, además de las instrucciones correspondientes, la proclamacion de José por el Emperador, esperanzas de socorro próximo y la órden de no economizar el rigor para mantener el Principado en obediencia. No necesitaba estímulo sobre este punto el comandante en jefe del cuerpo de ejército de los Pirineos Orientales, acostumbrado desde su entrada en España á permitir además á sus tropas todo género de arbitrariedades y desmanes, y que él mismo, como en despecho del revés de Gerona, acababa de cometer en los pueblos del tránsito y especialmente en la desdichada villa de Mataró, con tanta severidad ántes castigada. La tenacidad de los somatenes en sostenerse en las alturas de San Pedro Mártir para insultar de noche los puestos avanzados de los franceses, servia de pretexto para ejercer las más crueles rapiñas en los campos inmediatos; y así como los carros de que se habian hecho acompañar los expedicionarios de Gerona volvian cargados del botin recogido á su regreso, así los á que cada noche abrian paso las puertas de San Antonio y del Angel revelavan los extragos causados en la campiña y aldeas vecinas de Barcelona. En la misma ciudad, y con refinamiento igual, al tiempo mismo en que se hacian públicas la proclamacion del Intruso y la órden en que se revocaba la del permiso de uso de armas á todos los catalanes, se iba exigiendo hasta por simples subalternos y *auctoritate propria* no pocas veces, dinero, víveres y alhajas de inermes ciudadanos que consideraban á salvo sus intereses, conservándolos á la inmediacion de las autoridades imperiales.



Con tal conducta, la ira crecia sin medida en el ánimo de los catalanes que corrian á aumentar las filas de los Miqueletes y somatenes; progresaba la desercion en proporciones que pronto acabarian con los soldados españoles de la guarnicion de Barcelona, sordos, los ya fugados, á órdenes que, como la del 28, los exortaban á volver á sus cuerpos; y cada dia y cada noche los pueblos inmediatos eran teatro de sorpresas, de ataques y emboscadas, de venganzas y de incendios, de desolacion, en fin, y de sangre.

Las victorias del Bruch y las providencias de la Junta de Lérida, iban al mismo tiempo produciendo en la Montaña mucho entusiasmo y alistamientos infinitos. No llegarian éstos al número de 40.000 que se habian propuesto los patriotas del Urgel, para cuyo armamento y subsistencia no habia recursos; pero cada atropello de los franceses y cada accion feliz de los voluntarios harian crecer la cifra de los defensores de la buena causa hasta que fuesen suficientes á mantener la tierra ilesa é inexpugnable. La orilla derecha del Llobregat estaba ocupada por los vencedores del Bruch; y áun cuando escarmentados con las crueldades cometidas el 10 en San Boy, se fortificaban en todos los accidentes en que cupiese defender el paso del rio. El mismo San Boy, Molins de Rey y Martorell «estaban defendidos, dice el co»ronel Cabanes, con artillería que se habia enviado »allá de diferentes plazas de la provincia;» y no se encontraba vado ni altura que le estuviese contrapuesta en que no se observaran puestos españoles atalayando la otra orilla y campos inmediatos. Pero tales posiciones no admitian comparacion al-

guna con la del Bruch, paso preciso y único en el camino de Aragon y de la Montaña, donde el valor era eficaz contra el ímpetu y la pericia de los enemigos: la línea del Llobregat era muy dilatada y, en la ignorancia del punto de ataque, todas las posiciones de ella tenian que ser débiles y fáciles, por consiguiente, de ser embestidas y conquistadas.

Accion del Llobregat el 30 de Junio.

Pronto lo comprendió así Duhesme al reconocer la línea en la madrugada del 30, seguido de todos los generales franceses y una parte muy considerable de sus tropas que, por cuerpos, habian ido saliendo la noche anterior de Barcelona en número de 3 ó 4.000 hombres de todas armas (1). Acometió, pues, el paso del rio por varios puntos á la vez; y áun cuando las baterías de Molins de Rey y de Martorell le hicieron sufrir pérdidas sensibles, tomada como sorpresa la de San Boy por los jinetes del general Bessières y ocupados algunos de los reductos opuestos á los vados, pronto fué rota la línea y puestos en fuga sus mantenedores. No se obstinó mucho el general Lechi en la persecucion ni pareció tener el pensamiento de sostener el terreno ganado por sus tropas; inmediatamente despues de la accion se retiró con todas ellas á la izquierda del Llobregat, temerosos él y Duhesme de que su modo genial de combatir inspirase á los catalanes la idea de acudir de nuevo al campo á interponerse en la línea de Barcelona. De lo que sí cuidaron con esmero los generales franceses, fué de no dejar nada útil en los pueblos conquistados, arrastrando trás de sí cuanto en-

(1) Cabanes supone que eran unos 2.500; el padre Ferrer dice que cerca de 7.000.

cerraban los templos y casas más notables y autorizando á la soldadesca para saquear y destruir cuanto hallasen á su alcance. Los imperialistas rivalizaban todos en la porfía de vengar sus derrotas, creyendo, sin duda, neutralizarlas á la vista de los barceloneses con los trofeos de sus depredaciones. Así, á los reveses del Bruch y de Gerona, oponian Chabrán y Lechi los despojos de San Boy, Martorrell, Molins de Rey y Mataró, donde si no habian combatido más que á sombras que se evaporaban al comprender la inutilidad de la resistencia, habian ocupado los ornamentos y los pendones de las iglesias para exhibirlos sobre los carros de su artillería cual si fuesen banderas y trofeos militares dignos de figurar en un triunfo.

Chabran es batido en El Congost.

Por aquellos dias, fuerzas considerables del ejército francés que en su retirada de Gerona habian quedado en Mataró, obligadas á buscar en el interior los víveres que ya escaseaban en la costa, pensaron ejecutar una expedicion al Vallés y la Garriga. Otro objeto tenia, además, la empresa: el de escarmentar rudamente á una Junta que desde los primeros dias de la sublevacion se habia instalado en Granollers con riesgo manifiesto de sus miembros y, sobre todo, de la poblacion, pero que por la proximidad á los caminos de Francia, que constituia ese peligro, era tambien una amenaza séria á los que debian recorrer esos caminos y los necesitaban libres y expéditos. Y no era que la Junta, compuesta, como en los demás corregimientos de Cataluña, de las personas más ilustres de los tres Estados, ignorase los compromisos que habia de atraer su decision sobre Grano-

llers, que bien los dejó ver en su manifiesto de 11 de Junio, sino que el deseo de vengar *la villanía con que se les habia robado á su Rey* y el temor de perder *sus leyes y existencia política* animaban á sus vocales y al partido que representaban á *no amedrentarse por hallarse en uno tan inmediato á Barcelona y ser el país abierto por todas partes.*

El general Chabrán, que habia abandonado la capital en la noche del 3 al 4 de Julio, aprovechó este dia para ocupar Granollers, no sin que los somatenes que, como siempre, iba levantando el bronce de los templos, le molestaran vivamente en su marcha. En Granollers no habia quedado, segun la expresion gráfica del P. Ferrer, *piante ni mamante,* y fuéle necesario al jefe francés, para llenar su mision, acometer la empresa de salvar el desfiladero asperísimo del Congost que sirve de tránsito á Vich por la Garriga y Aiguafreda. Ya los coraceros de Bessières que el general Goulas dirigió hácia La Roca, habian sido rechazados en campo abierto por los paisanos de la comarca que con bieldos, hoces, y hasta cuchillos, se atrevieron á afrontar y lograron vencer á los que no habia podido contrarestar la impertérrita infantería de los rusos. Así es que cuando Chabrán, remontando el Besos, se presentó á la entrada de la estrechura por que se pasa á Vich, halló, no sólo las fuerzas reunidas de sus enemigos, sino á éstos envalentonados con el triunfo reciente y la esperanza de otro que en aquel lugar y con más numerosa hueste habia de serles fácil y no costoso.

Chabrán contaba con unos 3.500 hombres, vários escuadrones y algunas piezas de campaña, y los es-

pañoles con los miñones de Vich, los migueletes recientemente alistados, los somatenes de los pueblos inmediatos y muy pocos soldados desertores de la guarnicion de Barcelona, regidos todos por el teniente coronel del regimiento de Céuta, D. Francisco Milans del Bosch, que inauguró en el Congost la série de acciones brillantes que habian de proporcionarle una reputacion envidiable en aquella gloriosa campaña.

La bravura de los franceses y la pericia de su general, se estrellaron en la obstinacion, en la presteza de movimientos y en el conocimiento práctico del terreno, cuyas sinuosidades y quiebras supo aprovechar Milans con rara habilidad en la colocacion y maniobras de sus voluntarios y soldados.

Convencido Chabrán de que no le seria posible salvar el desfiladero, se decidió á retirarse; pero tan mal parado andaba en el choque de toda la línea con las guerrillas españolas, que no le fué dado el retirar las piezas de la angostura, quedando todas en poder de sus ágiles y valientes enemigos.

Fueron éstos picándole la retaguardia hasta cerca de Mataró; mas no por eso, lograron evitar que en Granollers y otros puntos del tránsito ejerciesen los imperiales sus bárbaras depredaciones de siempre, vengándose de los habitantes con el saqueo y el incendio de sus casas y martirizándolos en las imágenes de sus templos.

Nueva expedicion á Gerona.

Duhesme disimuló este revés de las tropas de su mando con un *Boletin* pomposo y con la nueva de la victoria del Llobregat, pero comprendió lo urgente que le era establecer comunicaciones frecuentes y

seguras con el Imperio, so pena de ver aniquilarse sus fuerzas con los choques de todos los dias y el aislamiento á que le iban, cada vez más, reduciendo sus incansables enemigos. No pasaria mucho tiempo sin que estrechasen el bloqueo hasta encerrarle en las murallas de Barcelona, y tales proporciones tomaba la sublevacion catalana, y tales la baja ininterrupta de su cuerpo de ejército, que no era aventurado el cálculo de que un mes más tarde necesitaria de gran energía y actividad para mantener enhiesto el pabellon tricolor en aquellas mismas murallas desde donde, poco hacia, se jactaba de dominar el Principado entero.

Decidió, pues, repetir la expedicion á Gerona, pero con medios suficientes para obtener mejor resultado que en la primera que, tan sin fortuna, acababa de ejecutar. La guarnicion de Barcelona exigia fuerzas respetables que, además de contener á la poblacion, pudiesen rechazar los ataques de los voluntarios y migueletes que no dejarian de aprovechar la ausencia del general en jefe francés. No era muy considerable ya la fuerza de la division italiana, pues que no pasaba de 3.000 combatientes; pero reforzada con algunos destacamentos de los cuerpos franceses, necesarios siempre en el centro de ocupacion del ejército, y contando con lo fuerte del punto, la energía del general Lechi y el prestigio de las armas imperiales, bien se podia considerar la capital de Cataluña á salvo de cualquier intentona en el tiempo, por otra parte, cortísimo que suponia Duhesme le ocuparia la expugnacion de Gerona. Él, con todas las tropas francesas y dos batallones y la artillería

de la division italiana, innecesaria en Barcelona donde tanto abundaba el material de esta arma, se encaminó el dia 17 de Julio á Mataró y, reunido á Chabrán repuesto apénas del descalabro sufrido en el Congost, continuó á Gerona, dividiendo sus fuerzas cerca de San Pol, en cuyas inmediaciones tuvo que detenerse varios dias ante las cortaduras del camino, el fuego de algunos buques, y el incesante y abrasador de los tiradores del coronel Milans, apostados en aquellas mismas cortaduras y las montañas de la izquierda.

La columna de esta ala, compuesta toda de infantería y algunos cañones de campaña, intentó apoderarse de Hostalrich despues de una intimacion del general Goulas, enérgicamente rechazada por el capitan de Ultonia D. Manuel O'Sulivan; pero hubo de seguir su camino acosada de todas partes y sufriendo pérdidas considerables. La de la derecha siguió por la Marina, hostilizada tambien de contínuo; y no sin perder alguna parte del inmenso material y bagajes que escoltaba, se reunió á la anterior, cerca ya de la plaza objetivo de la expedicion.

Operaciones del general Reille.

No habia sido afortunada la marcha; el espíritu, sin embargo, de las tropas francesas y su alegría al divisar el 24 en la izquierda del Ter la division Reille, que acudia desde Figueras, hicieron concebir la esperanza de que en el éxito de la empresa se hallaria la compensacion de tantos peligros y contrariedades.

La habilidad de Napoleon para improvisar cuerpos de ejército con los destacamentos, depósitos y

reservas de las provincias inmediatas á la en que serian aquellos necesarios, habia procurado á Reille una fuerza de cerca de 7.000 hombres que, áun formando un conjunto de elementos completamente heterogéneos, pues que la componian italianos, suizos y portugueses en número muy superior al de los franceses, dirigida por un general experto, como lo era el edecán del Emperador, ofreceria una gran utilidad en la frontera oriental de Cataluña. El primer objeto de la division Reille habia sido el de socorrer la plaza de San Fernando, bloqueada rigurosamente por los figuerenses, alzados contra los invasores en las mismas calles de su ciudad desde el 13 de Junio para vengar el insulto brutal inferido al capitan retirado D. Juan Clarós que habia de ser uno de los jefes más esclarecidos de la insurreccion catalana. Pero el fin principal de la organizacion de las tropas de Reille, era el de establecer comunicaciones seguras entre el cuerpo de Duhesme y el Imprerio, y en todo caso, elevar su fuerza hasta la de 20.000 hombres que Napoleon consideraba suficiente para sujetar el Principado. Reille habia conseguido el 5 de Julio romper el bloqueo de la plaza de San Fernando, empresa fácil por la proximidad de Figueras á la frontera; pero á eso y á introducir en la fortaleza algunos víveres, se habia reducido hasta entónces su accion, pues que, segun el mismo Thiers «cada vez que Reille habia intentado seguir »adelante, se habia visto asaltado por todas partes »de valientes miqueletes que burlaban con su agi»lidad y su destreza en el tiro, á los jóvenes solda»dos de la Francia, que no podian correr trás de

»montañeses habituados á la caza de cabras salva»jes.» (1)

Clarós no habia descansado, con efecto en la noble tarea de no dar á Reille respiro siquiera para pensar en la de abrir sus comunicaciones con Barcelona. La expedicion á Rosas con fuerzas muy considerables de infantería y caballería, dió por resultado la vergüenza de tenerse todas ellas que acoger á Castellon de Ampúrias á favor de las sombras de la noche, y la de retroceder el dia siguiente, 12 de Julio, á Figueras con pérdidas muy importantes en muertos, heridos y prisioneros. Alfredo de Noailles, edecán del príncipe de Neufchatel, con órdenes para el general Reille, y el príncipe de Salm, procedente de Figueras, debian cruzarse el 14 en el camino de Francia; pero los dos cayeron en poder del capitan Barris, apostado por Clarós en las montañas que atalayan la carretera. Por fin el dia 21 era sorprendido al pié del Monroig por los capitanes Barris y Damon, subalternos de Clarós, un convoy considerable que se dirigia al castillo de San Fernando y que, despues de un reñido combate con su numerosa escolta, caia en poder de nuestros migueletes y somatenes, los cuales, á los pocos dias de su patriótico alzamiento, así usaban de la bayoneta como del fuego para con sus aborrecidos enemigos.

(1) La juventud de los soldados franceses ha servido á M. Thiers para explicar la mayor parte de los reveses sufridos por sus compatriotas en aquella primera campaña. Se nos ocurre, sin embargo, en esta ocasion, que al tratar de la formacion de aquel cuerpo, dice el mismo Thiers que se componia de los dos *excelentes* batallones, 1.° y 2.° provisionales de Perpignan, y de suizos y montañeses del Pirineo, tan trepadores, suponemos, como los nuestros.

Segundo sitio de Gerona.

En la segunda expedicion de Duhesme á la plaza de Gerona, los catalanes, atentos á impedir en lo posible la marcha del general en jefe y la de su tren de batir en el camino de Barcelona, habian dejado á Reille en libertad de acercarse por el opuesto de Figueras y, comunicando con su colega en las márgenes del Ter, conseguir el objeto más importante de su mision militar.

Con la division Reille el ejército sitiador reunia al frente de Gerona todas las tropas francesas del cuerpo de los Pirineos orientales y la artillería italiana del mismo, cuya fuerza padia valuarse en unos 6.000 hombres; las *abigarradas* que acababa de traer de la frontera el edecán del Emperador en número de 3 á 4.000 infantes con vários escuadrones y algunas piezas, y un tren vastísimo de sitio, compuesto de 13 cañones, obúses y morteros de grandes calibres, repuestos de municiones, fuegos artificiales, escalas, cuanto la siempre bien provista Maestranza de Barcelona podia ofrecer para el sitio regular de una plaza de guerra.

«La de Gerona, dice el brigadier Minali, autor de la «Historia militar de los dos sitios,» está situada »por la parte de Levante en el declive de una cor»dillera de montes que la separa del mar, del que »dista de seis á siete horas, y once de la frontera de »Francia; pasan por la llanura de Gerona al Poniente »los rios Ter, y Oñá; el primero tiene su nacimiento »de los derrames de los montes por la parte de Puig»cerdá; pasa muy cerca de la Plaza al Norte y des»agua en la mar frente del Castillo de las Medas; el »segundo nace al pié de los montes de San Hilario,

»divide la Ciudad en dos partes y desagua en el Ter, »cerca del Baluarte de San Pedro; la parte de la ciu- »dad situada á la orilla izquierda de este rio, se llama »el Mercadal, que lo circuye por la parte de la cam- »paña un muro antiguo con torreones que lo flan- »quean, y apoyado á el, un terraplen capaz de ar- »tillería; se le añadieron á este muro cinco baluartes »de construcion moderna, que dominan todo el lla- »no al alcance del cañon, sin foso regular en cuatro »de ellos, ni camino cubierto; sobre el baluarte lla- »mado de Figuerola hay una Luneta avanzada entre »los rios Ter y Oñá, llamada de Bornonville, que de- »fiende la entrada por el cáuce de este último rio. »La parte alta de la ciudad remata en la orilla de- »recha del Oñá y la circuye por el Norte, Levante, »Mediodia y por una parte de Poniente un muro an- »tiguo con torres al que se añadieron dos baluartes »en la entrada y salida del rio Oñá.

»Las aguas vertientes de los montes al Levante, »han formado un arroyo llamado de Galligans, que »pasando por un barranco ó cañada que divide la »montaña cerca de la ciudad, se introduce en ella y »desagua en el confluyente de los rios Ter y Oñá; la »entrada de la plaza por el cáuce de este arroyo está »cerrada con un peine movible, y la defiende un pe- »queño baluarte plano llamado de Sarracinas.

»La parte de la campaña más inmediata á la ori- »lla derecha del Ter se halla beneficiada por la ace- »quia llamada de los Molinos, que saca las aguas del »Ter cerca de Bascanó; sigue una direccion casi recta »de Poniente al Levante, y se introduce en el Mer- »cadal, rasando el flanco izquierdo del baluarte del

»Gobernador, dá movimiento á los molinos harineros, »y á otras máquinas, beneficia las huertas dentro y »fuera de los muros y desagua en el Oñá.

»Las aguas llovedizas del llano y algunos ma»nantiales, han formado un arroyo llamado Güell, »que siguiendo una direccion de Mediodia al Norte, »cruza la citada acequia, baña á los baluartes del »Gobernador, de Santa Cruz y de Figuerola, y des»agua en el Oñá cerca de este último baluarte.

»Los rios Ter y Oñá no tienen siempre un raudal »de agua de consideracion en verano, y hasta en un »invierno poco lluvioso son vadeables por todas par»tes; sin embargo, hacen muy dificultoso el ataque á »los baluartes del llano, que lo inundan con sus cre»cientes hasta el alcance del cañon, en particular en »tiempo de verano, por los frecuentes temporales ó »aguaceros y por la liquidacion de las nieves; de »manera que todas las obras de ataque por esta parte »serian destruidas, y detenida su renovacion por mu»chos dias, además de las enfermedades que causa»rian en los campamentos.

»Los principales caminos y carreteras que con»ducen á esta plaza son los de Barcelona, Francia, »San Feliú de Guixols, Santa Coloma de Farnés, los »de Tayalá y Bascanó, el de Torruella de Montgrí, »La Bisbal y pueblos de la marina, otros para Olot, »Besalú, y los de Castellá, Fornells y Camdurá. Los »caminos de herradura son, el de la ermita de los »Angeles para La Bisbal y pueblos de la marina, el »de la ermita de San Miguel, los pueblos de San »Medir y San Gregorio, el de la villa de Amer, que »se toma desde Sarriá, y el carretero á la orilla dere-

»cha del Ter hasta cerca del nacimiento de la acequia de los Molinos, desde el que sale una vereda »para la villa de Olot y para otros pueblos.

»La plaza de Gerona dista diez y nueve horas de »Barcelona, siete de Hostalrich, siete de Figueras y »diez de Rosas.

»En la montaña, á la espalda de la ciudad por la »parte del Norte, y al tiro de fusil, se halla el cas»tillo de Monjuich, cuya figura es la de un cuadrado »de 200 varas de lado exterior, fortificado á la moder»na, con dos medias lunas, bóvedas á prueba para »400 hombres, foso en dos frentes, y camino cubierto »en toda su circunferencia; cubren á este castillo tres »torres; dos defienden y enfilan la cañada que sube »á la montaña desde el camino de Francia; la otra »enfila el camino de Camdurá y bate el llano de San »Daniel: otra torre habia llamada de San Juan que »enfilaba el camino de Francia, defendia el baluarte »de San Pedro y el arrabal de Pedred; esta torre se »boló por accidente el dia del asalto dado á Mon»juich en 1809.

»Forman la base de este castillo dos planos in»clinados de Norte al Mediodia, y de Levante al Po»niente que lo desenfilan en parte de las alturas in»mediatas. El terreno de la montaña es casi un puro »peñasco que obliga al sitiador á construir todos sus »ataques con gaviones, rellenándolos de piedras, y »á cubrirse con muchas traversas ó espaldones de »los fuegos directos y verticales del castillo, y de los »baluartes de la plaza que los descubren.

»La montaña al Mediodia á la izquierda del ar»royo Galligans está fortificada con cuatro fuertes, y

»dos reductos; el más avanzado hácia la campaña, »es el de Capuchinos cuya figura es la de un cuadri- »longo con pequeños baluartes y un hornabeque sim- »ple sobre el frente al Mediodia que descubre el bar- »ranco por el que pasa el rio Oñá y los caminos para »Castellá y San Feliú de Guixols; bate la altura de »monte Olive á la izquierda del rio, toda la llanura »al Poniente, las alturas al Levante y cubre á los de- »más fuertes.

»El fuerte del Condestable, en figura de un tra- »pecio con pequeños baluartes y una media contra- »guardia, cubre el recinto de la plaza al Levante, »bate el llano y la montaña de Monjuich, y flanquea »los dos fuertes de Reina Ana y Calvario.

»El fuerte de Reina Ana, situado entre Condesta- »ble y Capuchinos, es una tenáza simple; cubre al »primero, flanquea al segundo, barre y enfila las »avenidas á la montaña por las cañadas de derecha »é izquierda.

»El fuerte del Calvario, en figura de una estrella »irregular, está colocado sobre un cerro al Levante »de una pendiente muy rápida; cubre al Condestable »por esta parte, bate el llano de San Daniel y el ca- »mino carretero que rodea á los fuertes, y parte de la »montaña de Monjuich.

»Los dos reductos, llamados del Cabildo y de la »Ciudad, se hallan colocados sobre dos alturas, entre »los que pasa un barranco ó cañada, cubren á la »plaza por la parte de Levante despues de estar per- »didos los demás fuertes.

»Estos fuertes y reductos no tienen foso ni ca- »mino cubierto en casi todo su recinto; sus muros

»están descubiertos desde su retreta; sus flancos son »muy pequeños y endebles; hay muy pocos aloja»mientos á prueba, y sus cisternas tienen agua sola»mente para una corta guarnicion en tiempo de paz.

»Sin embargo que esta plaza se halla situada en »segunda línea, ocupa una posicion que el enemigo »debe precisamente forzar para poderse internar en »el Principado con artillería de grueso calibre y para »emprender operaciones de mayor importancia; los »otros caminos para la capital entre la plaza y la »mar, son mucho más largos, abiertos entre montes »y estrechos, pasando por desfiladeros fáciles de de»fender; en todos tiempos el enemigo se vió preci»sado á conquistar esta plaza para continuar su plan »de campaña, como lo demuestran los sitios que su»frió en los siglos anteriores.

»Despues de la construccion de la plaza de San »Fernando de Figueras, creyó el Gobierno que ésta »seria una barrera suficiente para contener las inva»siones del enemigo por esta parte de frontera, y de »consiguiente no atendió á conservar las fortifica»ciones de las plazas de Gerona y de Rosas; pero hu»bo de repararlas á toda prisa en la última guerra »con la Francia, en la que la primera abrigó á nues»tro ejército de operaciones, cuando se retiró del »Ampurdan en 20 de Noviembre del año 1794, á cu»ya retirada se siguió poco despues la inesperada »rendicion de la citada plaza de San Fernando. Ha»biéndose concluido la guerra, no se siguieron sus »obras de defensa y las ya concluidas, estando cons»truidas de malos materiales y en el rigor del in»vierno, cayeron sucesivamente; de manera, que

»últimamente sus fortificaciones antiguas se halla»ban en el mismo estado de ántes.»

El segundo sitio de Gerona, que ni la mencion más ligera merece á Mr. Thiers, ofreció, sin embargo, los carácteres más sobresalientes de un ataque en regla; ejército numeroso, tren respetable y procedimientos metódicos.

Duhesme estableció el 20 de Julio su cuartel general en Santa Eugenia como en el primer sitio, é hizo ocupar con las tropas de su inmediato mando los pueblos de Palau, Salt y el mismo de Santa Eugenia en la derecha del Ter, y los de Sarriá, Puente Mayor y Campdurá en la izquierda con las fuerzas que gobernaba el general Reille. La estacion y la confianza que abrigaba de un éxito completo le hicieron no ocuparse del establecimiento de una comunicacion sólida entre su cuerpo de ejército y la division de su teniente, para lo que le ofrecia medio seguro el tren de puentes que habia sacado de Barcelona (1).

No ya el de la llegada al frente de Gerona, sino vários, hasta el número de veintidos, fueron los dias que necesitó Duhesme para emprender el ataque. El 21 hizo depositar en el punto en que pudieran hallarlo las descubiertas de la plaza, un pliego en que conminaba al Gobernador con quemarla y pasar á

(1) Tan seguro iba del triunfo el general Duhesme, que en imitacion, que resultó parodia, del breve escrito de César trás la derrota del hijo de Mithridates, decia en Barcelona dias ántes de su salida: «Llego á Gerona el 24, la ataco el 25, el 26 la tomo y el »27 la arraso.» *Veni, vidi, vici*, escribia César á un su amigo: se vé que la elocuencia del general francés distaba lo que su génio de la elocuencia y el génio del célebre dictador.

cuchillo su guarnicion si no la rendia á las armas francesas. «*Que todos los habitantes y las tropas es»taban determinados á defender Gerona hasta el úl»timo extremo, insiguiendo el ejemplo de la Nacion,*» fué la respuesta que la descubierta dejó al amanecer del dia siguiente en el mismo punto en que habia recogido la intimacion.

Cumplido éste que Duhesme debia considerar como primer deber de todo sitiador, segun vemos que lo practicaba en Gerona, dictó sus disposiciones para el ataque, proponiéndose ejecutarlo contra el castillo de Monjuich, cuya expugnacion mataria todas las defensas exteriores, y contra el baluarte de San Pedro y puerta de Francia que, al quedar en su poder, le permitiria la entrada en la ciudad.

Ya hemos dicho varias veces el estado de abandono en que se hallaban las fortificaciones de Gerona en la época de la invasion amistosa de los imperiales, y manifestamos, al describir el primer sitio, cómo no habia logrado repararse más que una parte del recinto, tan reducida que sólo podia bastar para impedir un golpe de mano en las puertas de la ciudad. Se habia trabajado despues sin descanso, temiendo uno, como el que vamos á relatar, más sério y hasta formidable ataque; pero la parvedad del tiempo que medió y la de los recursos, no pudiendo disponer de los que encerraban Figueras y Barcelona, redujeron las obras de reparacion á lo puramente indispensable para una defensa que más debian esperar los gerundenses de su valor que de sus murallas. Así es que, desistiendo de extenderla á los puntos más avanzados de la línea de fuertes que cubren

el cuerpo de la plaza por la parte oriental, en vez de reparar las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel, acabaron de arruinarlas, cubrieron sus fosos con los materiales aterrados y dejaron completamente despejado el frente del castillo de Monjuich que interceptaban con su fábrica.

Antes de que llegara al campo de los sitiadores el general Reille, cuyo movimiento habia entorpecido el material de artillería de sitio que llevaba para compensar el perdido por Duhesme en su trabajosa marcha, entraron á reforzar la guarnicion de Gerona el 2.° de voluntarios de Barcelona al mando de su jefe D. Narciso de la Valeta (La Valette) y un destacamento de artillería, al del teniente coronel del cuerpo D. Pedro de la Llave que dos dias ántes habian desembarcado en San Féliu de Guixols (1).

Duhesme empezó por construir una batería para tres grandes morteros á espaldas del pueblo de Santa Eugenia y otra de 2 obúses de á 8 pulgadas en la altura de Palau, que nuestros lectores recordarán se alza junto á la carretera de Barcelona.

Con el fuego de estas baterías, creia el general francés que, atemorizados los gerundenses, le entre-

(1) Para que se vea cuán difícil es puntualizar con exactitud las fechas de los sucesos en las operaciones de aquella guerra, vamos á exponer las trascendentales diferencias que encontramos al estudiar este segundo sitio de Gerona, en las historias que más crédito, y no sin fundamento, han adquirido en nuestro país.

Minali dice que el dia 20 de Julio se presentó Duhesme al frente de Gerona; que el 21 hizo la intimacion: que el 22 entraron en la plaza La Valeta y La Llave; y, sin citar á Reille, parece manifestar que llegó el dia mismo que Duhesme. El mariscal de campo D. Miguel de Haro dice que el ejército francés apareció el 21 de Julio y, equivocando manifiestamente el mes, retrotrae al 24 de Junio la entrada de los voluntarios de Barcelona en la plaza. Don Adolfo Blanch presenta á Duhesme al frente de Gerona el 22 de Ju-

garian la ciudad; y para el caso de que no hicieran efecto en el ánimo de los sitiados los estragos de las bombas y de las granadas, mandó abrir una paralela que, partiendo del pié del cerro *den Roca* sobre la izquierda del Ter siguiese por la orilla hasta la del Onya y baluarte de San Pedro, desenfilándola en lo posible del fuego de los demás fuertes de la plaza. Estas obras, sin embargo, ofrecian un éxito muy dudoso, puesto que los fuegos curvos más ofenden á los edificios que á los defensores, quienes se acostumbran muy pronto á su estrépito para despreciarlos despues, y la conquista del baluarte no era empresa fácil, dominado, como se halla, por otros fuertes exteriores que debian ser ántes expugnados.

En esta conviccion, el sitiador se estableció en las torres dias ántes arruinadas, y principió, en la gola de la de San Luis, una batería de dos piezas de á 16 con el intento de abrir brecha desde ella en la cara izquierda del baluarte de la derecha del frente septentrional del castillo de Monjuich. Entre las otras dos torres de San Narciso y San Daniel levantó además otras dos baterías para tres cañones de á 24 y un obús de á 8 que con sus tiros á rebote apagasen

lio y á Reille el 23; pero no se acuerda de la primera de estas fechas al estampar la del 21 cuando cita el hallazgo del oficio de intimacion por la descubierta. Segun este escritor, los socorros entraron el 22 en Gerona. Cabanes, por su parte, dice que Duhesme *envistió la plaza el dia 19 al 20 de Julio*, y que los voluntarios de Barcelona, con dos piezas, entraron el 25.

Bien aquilatado el caso y comparadas las fechas en los documentos franceses, más escrupulosos en ese punto por lo exigente que era Napoleon respecto á noticias de movimientos, resultan ser verdaderas las que estampamos. En cuanto á los voluntarios de Barcelona, el viento, favorable tambien á España, los habia llevado en dos dias desde Mahon á San Feliú, donde desembarcaron el 20 para entrar el 22 en Gerona.

los fuegos de aquel castillo, objetivo principal que Duhesme se habia propuesto para desde él dominar la plaza y cubrirla de proyectiles, si aún se resistia despues á entregarse. Por fin, y como complemento de todas aquellas obras, se abrieron en derredor de las que iban á atacarse, apostaderos y toda clase de trincheras, de donde una nube de tiradores ofendiese á los artilleros de la plaza y apagase los fuegos de fusilería con que naturalmente habian los defensores de impedir los últimos trabajos del enemigo y rechazar el asalto de sus fortificaciones.

A estos ataques, desde el momento en que fueron descubiertos, atendieron los sitiados aumentando la artillería de los fuertes á que se dirigian, construyendo espaldones que los cubrieran de los tiros á rebote y haciendo grandes depósitos de material defensivo, fagínas, sacos á tierra y municiones, en Monjuich, cuya guarnicion, como la de todos los puntos atacados, fué reforzada y abastecida convenientemente.

La pólvora del almacen situada al S. del fuerte del Condestable, fué trasladada á la cripta de una de las capillas de la Catedral, y sobre la bóveda de esta vasta iglesia se echó una capa de tierra de hasta tres piés de espesor para que sirviese de abrigo á los fieles, como para el de los defensores y habitantes se construyeron blindages en los baluartes y plazas de la ciudad; cubriéndose, además, los repuestos de municiones, para cuya conservacion, como para evitar los incendios, se formaron brigadas de obreros con sus puestos señalados é instrucciones apropiadas al objeto de su institucion.

Era gobernador de la plaza, como en su reciente y primer asedio, el coronel D. Julian de Bolívar, elevado á aquel cargo por la Junta desde el de Teniente de Rey que venia hacia poco desempeñando. No desmintió Bolívar en aquella solemne ocasion la confianza que en él depositaran los gerundenses; pero, lo que sucede en toda accion que emana del pueblo, la Junta de Gerona absorvió los poderes de todas las autoridades de la ciudad y de la plaza y, con ellos, la gloria como la responsabilidad que podian caberles (1).

Refuerzos llegados de las Baleares.

Miéntras el general Duhesme hacia sus preparativos de ataque y los gerundenses se disponian á, neutralizándolos en lo posible con los recursos que tenian á su alcance, ejercitar su valor, máquina más potente y eficaz que las que el ingénio de los hombres ha llamado en su auxilio (2), veamos cómo Cataluña y el ejército nacional acudian á salvar la ciudad heróica del peligro que la amenazaba.

Ni el entusiasmo de los catalanes por la causa en cuya defensa se habian armado, ni el interés de arrojar del país á sus injustos y rapaces invasores, eran armas suficientes para combatir en campo abierto á enemigos tan hábilmente organizados y expertos. Si la creacion de los *tercios* de migueletes habia sido

(1) ¿A qué impulso han obedecido los historiadores de los sitios de Gerona para que ninguno de ellos haga mencion del mérito que D. Julian Bolivar pudo contraer en los dos primeros, cuando, á pesar de no estar basada en motivo ninguno justo ni plausible la destitucion del Gobernador, fué por exigencias del pueblo mismo elegido para el mando de la plaza?

En la ocasion á que nos venimos refiriendo, la prensa como la fama, pregonaron el valor y la pericia de todos los defensores de Gerona, menos el valor y la pericia de su gobernador militar.

(2) *Virtus ariete fortior.*

indispensable por la falta de cuadros del ejército regular en que embeber los innumerables voluntarios que las provincias catalanas ofrecian para su defensa, era ella misma un obstáculo para la formacion de una masa homogénea, disciplinada é instruida que pudiera contrarestar y vencer la union y la sabiduría de los franceses, maestros entónces en el arte de la guerra de todos los ejércitos européos. Lograrian á fuerza de valor y de sacrificios resistir la invasion en sus ásperas montañas por algun tiempo, segun el número de los enemigos ó sus atenciones en el resto de la Península; pero nunca llegarian, por sí sólos, á reunir los migueletes en su peculiar y antigua organizacion, la solidez necesaria para arrojar de su suelo las robustas legiones del emperador Napoleon. «La necesidad, dice Cabanes, precisó á »formar los cuerpos de migueletes, y en aquella »época no habia una autoridad suficiente que pu»diese obrar de otro modo.» Lo hemos dicho tambien repetidas veces; pero no debe darse paz á la pluma para inculcar en nuestros compatriotas la idea de que sin organizacion apropiada y sin base sólida en que ésta se funde, no puede pensarse en victorias verdaderamente decisivas. Los migueletes podian vanagloriarse de rivalizar en valor con los que un siglo ántes habian sido auxiliares tan útiles de Starremberg en aquellas mismas montañas del Brúch y de Manresa; pero su utilidad no podia nunca salvar los límites de la defensiva. En el momento en que se intentara el ataque de un campo francés ó la recuperacion de una plaza, habria que apelar á la fuerza veterana, al ejército permanente con su organi-

zacion y sus recursos de material y de arte. «Mi voto, »concluye en este asunto el citado historiador de »*Las operaciones del ejército de Cataluña*, es imparcial; soy catalan, y no deseo sino la gloria de mi »provincia. Mas esta circunstancia no me impide de »ver y conocer sus errores. Por éstos, su patriotismo »y entusiasmo no han producido los resultados que »era fácil de obtener, y podemos decir con razon, que »la falta de direccion desde su principio, privó á los »catalanes de la gloria de hacer el primer papel en »la revolucion española.»

Los coroneles Baget y Milans, el capitan Clarós y cuantos en defensa de Cataluña se encontraban á la cabeza de los tercios, lograban efectivamente detener á los franceses en la conquista de la tierra natal, escarmentarlos en expediciones y hasta someterlos á un plan que ya no presentaba otro carácter que el defensivo; para su expulsion de España seria siempre necesario apelar á la fuerza del ejército permanente. Eso lo conocian los mismos catalanes áun en su altanero desvío por todo elemento que no emane de su Principado, y acudieron desde el principio de la campaña al capitan general de las Baleares para que les ayudase con una parte de las tropas que guarnecian aquellas islas.

Los mallorquines mostraban una gran repugnancia á deshacerse de unas fuerzas sin las cuales temian viniesen su isla, y la más importante todavía de Menorca, á caer en manos de los ingleses, de quienes desconfiaban acaso más despues del convenio celebrado á raíz de la revolucion para suspender el estado de guerra en que con ellos se encontraban.

En la guarnicion de Mahon habia dos batallones de infantería ligera, los segundos de Aragon y Barcelona, compuestos respectivamente de soldados de estas provincias por efecto de la organizacion especial de su instituto. Ardia aquella tropa en deseos de volar al socorro de sus compatriotas y no pasaba dia sin que reclamase ya en forma tumultuaria su embarque para la Península, ayudada por los demás cuerpos, anhelantes por participar tambien del honor de la campaña. Llegó un dia, el del 30 de Junio, en que impelidos por emisarios que todas las Juntas de la costa española enviaban á las Baleares, los aragoneses pidiendo acudir al sitio de Zaragoza, los de Barcelona al socorro de Cataluña y los soldados de los demás regimientos y áun de la marina á donde pudieran ser útiles, se pusieron á recorrer las calles de la ciudad en abierta rebelion, dispuestos á no respetar jefe ni autoridad que no accediese á su embarque para la Península.

El marqués del Palacio, á quien la Junta de Mallorca habia elevado desde el mando del regimiento Húsares españoles al de la isla de Menorca con el empleo de mariscal de campo, prometió apoyar la reclamacion y representó á las autoridades del distrito con un calor que revelaba á las claras sus deseos completamente acordes con los de sus subordinados. Fué necesario acceder á ellos; y la Junta, despues de mandar á Mahon 500 suizos del regimiento de Betschart para que, en union con los marinos, guarneciesen los fuertes, dió la autorizacion reclamada para el embarque de todas las tropas que los habian custodiado hasta entónces.

Los voluntarios de Aragon lo verificaron el 13 de Júlio para Tortosa, de donde segun dijimos en el capítulo IV, se trasladaron á Zaragoza; el dia 19 se hicieron á la mar los voluntarios de Barcelona y un destacamento de artillería que tambien hemos visto penetrar en Gerona el 22 de aquel mismo mes; y, por fin, el 20 se dió á la vela el resto de la expedicion con los regimientos de infantería Sória, Granada y Borbon, unos doscientos entre artilleros y zapadores y un tren de sitio de 37 piezas con abundantes municiones y pertrechos de todo género. Con estas fuerzas, que en su totalidad constarian de unos 3.200 hombres, desembarcó el 22 en Tarragona el marqués del Palacio, á quien la Junta de Cataluña, en recompensa del ardor que habia manifestando y de las gestiones que habia hecho para el embarque, confió el mando general de las armas en el Principado (1).

La llegada de aquellas tropas infundió nuevo ardor en los catalanes y produjo en Barcelona la desercion casi general de los militares y empleados

(1) Estado de las tropas procedentes de Mahon y que desembarcaron en Cataluña

CUERPOS.	FUERZA EFECTIVA.
Sória	1.200
Granada	1.300
Borbon	600
Segundo de Barcelona	1.300
Artillería	140
Zapadores	90
TOTAL.	4.630

Historia de las operaciones del ejército de Cataluña por Don Francisco Cabanes.

que, aquellos por falta de un núcleo verdaderamente militar, y éstos por la de un gobierno formal representante del de la Nacion, permanecian todavía al lado del conde de Ezpeleta y, de consiguiente, á las órdenes del general Duhesme. Porque inmediatamente al arribo de la expedicion, las tropas que la componian y las pocas que existian en Cataluña fugitivas de la capital ó de guarnicion en algunas plazas, se constituyeron en cuerpo de ejército, y la Junta de Lérida, comprendiendo que no podia funcionar con acierto léjos del general en jefe, se trasladó á Tarragona, con lo que las clases militares, como las civiles y políticas, tuvieron un centro comun á que abrigarse y en que atender, cada una en su esfera, á la salvacion de la causa nacional y á la administracion de la provincia (1).

La primera atencion de la autoridad militar en aquellos momentos debia dirigirse á la libertad de Gerona; y el marqués del Palacio, como operacion preliminar, emprendió la de cubrir la línea del Llobregat, desde la cual, y una vez á salvo de una invasion todo el territorio de la orilla derecha donde se estaba organizando la resistencia y consolidando el gobierno de la Junta suprema, se partiria á aquel interesantísimo objeto. Con él estaban ligadas la empresa de cortar para siempre la comunicacion de Barcelona con el Imperio y la del bloqueo de esta plaza hasta reducir á sus defensores á rendir las armas.

Caldagués se establece en el Llobregat.

Miéntras el marqués del Palacio atendia á las necesidades más perentorias de la organizacion y ad-

(1) Véase el apéndice número 20 con el estado de fuerza del ejército.

ministracion del ejército, el brigadier conde de Caldagués emprendió la marcha al Llobregat á la cabeza de algunas tropas. Iban éstas en dos columnas; la de la derecha compuesta de unos 900 hombres de Granada y suizos de Wimpffen á las órdenes del teniente coronel del primero de estos regimientos D. Martin Gonzalez de Menchaca, y la de la izquierda en que iba el Conde con 700 de Sória y de Borbon y cuatro piezas de campaña. La primera tomó el camino de la costa por Villanueva y Sitjes el dia 26 de Julio y llegó el 30 á San Boy, ocupado hasta entónces por algunos suizos y migueletes reducidos por su escasa fuerza al papel de vigías ú observadores en aquella parte del Llobregat. La llegada de la columna provocó un ataque de los italianos de Lechi, tan desgraciado en sus no considerables proporciones que ni mencion ha obtenido del historiador Vacani, pero que produjo la muerte de varios imperiales, y en los españoles el entusiasmo de un primer combate afortunado.

La columna de la izquierda, que por el Ordal se trasladó al Llobregat, tuvo tambien su bautismo de sangre á su paso por Molins de Rey aquel mismo dia 30 de Julio. Los imperiales que cubrian el puente rompieron el fuego contra la columna, que no detuvo por eso la marcha ni dejó de ejecutar su plan de enviar desde allí dos de sus piezas de artillería á San Boy y proseguir á establecerse en Martorell y sus inmediaciones. Allí la esperaba el coronel Baget con unos 3.000 hombres de somatenes y migueletes entre los que se hallaban los vencedores del Brúch.

Reconquista del castillo de Mongat.

Ínterin se verificaba aquel movimiento que pudiéramos llamar de concentracion, el más urgente en los pensamientos del marqués del Palacio desde el dia de su desembarco en Tarragona, tenia lugar en la parte opuesta de la comarca de Barcelona un suceso que, con la ocupacion de la línea del Llobregat, estrechaba á Lechi de una manera alarmante el campo de sus operaciones y de sus abastecimientos. Dilatábase éste del Llobregat á Mataró, y del mar á las montañas que por el Norte cierran el llano de Barcelona. El fuerte de Mongat era un punto de apoyo esencialísimo para el dominio de la costa, la seguridad del camino y la de los frecuentes forrajes á que tenian que fiar la subsistencia los franceses en su aislamiento por mar y tierra. La pérdida de aquel castillo significaba la de los pueblos más ricos de las inmediaciones de Barcelona y la pérdida de una parte considerable de los recursos indispensables á la guarnicion; y los jefes de los somatenes de aquellos mismos lugares y los de los migueletes que mantenian la incomunicacion con Duhesne y el bloqueo de la capital, pensaron en quitar á Lechi, con el fuerte de Mongat, uno de sus más importantes puntos de apoyo.

Entre esos jefes se hallaba el teniente de navío D. Francisco Barceló que poniéndose de acuerdo con el célebre lord Cochrane, comandante entónces de los cruceros ingleses que bloqueaban Barcelona, y contando con las compañías de voluntarios de Don Juan Solench, D. Pablo Belloch, D. Juan Barber y D. Remigio Calderó, así como con los somatenes de Alella, Tiana, Tayá, Masnou, Vilasar y Premiá, dis-

puso el ataque del fuerte para el 30 de Julio. La calma impidió las maniobras de los cruceros; pero al dia siguiente la fragata *Imperiosa* y todos sus botes rompieron el fuego contra el castillo, que contestó enérgicamente con el de toda su artillería. Al mismo tiempo los migueletes acometieron la altura de Codina que enseñorea el fuerte dominándolo de cerca, y lo tomaron de rebato, á pesar del fuego nutrido de sus defensores que cayeron en poder de los catalanes con los mosquetes y esmeriles que constituian la tormentaria del atrincheramiento. Miéntras Don Juan Barber llevaba á ejecucion esta empresa, Solench, Belloch y Calderó acometian la de asaltar el fuerte con sus compañías y algunos desertores napolitanos; que es tambien sino de Italia el de ver siempre divididos á sus hijos y combatiendo entre sí áun en causas no propias ni útiles á la salud y la independencia de su pátria. No tardaron en establecerse los catalanes en el camino cubierto, desde el que, libres de la accion de la artillería enemiga por carecer la obra de fuegos de flanco, se disponian á dar el asalto, cuando los sitiados, que se habian retirado á los cuarteles, ofrecieron rendirse á los ingleses, por repugnar, sin duda, el hacerlo á las tropas irregulares de nuestro país. Fueron el fruto de la conquista, siete cañones de varios calibres, muchos fusiles, gran cantidad de municiones de guerra y boca y, además de los 19 de la altura, 63 hombres, inclusos un capitan y dos subalternos «quie»nes, dice Barceló en su parte, temerosos de ser »pasados á cuchillo, quisieron (rindiéndose á los in»gleses) oscurecer la gloria que indubitablemente

»pertenece á las armas de nuestro amado Fernan»do VII.»

Pronto se hizo notar en Barcelona la pérdida de Mongat. La guarnicion italiana, además de ver notablemente reducido el círculo de sus correrías por el llano feracísimo que constituia su único recurso, tuvo que redoblar su vigilancia y sus precauciones para no ser víctima de alguna empresa de sus tenaces é incansables enemigos.

Alarmas de Lechi.

No pasaba dia sin que los puestos inmediatos á la ciudad y en que los imperiales se mantenian para reconocer y explotar la llanura, fueran objeto de ataques y de insultos por parte de los migueletes. Llegaron hasta presentarse al pié de las murallas; y el 12 de Agosto, despues de poner en fuga varios destacamentos franceses en los caminos de Gracia y San Andrés, se atrevieron á atacar el Fuerte-pío, obra avanzada de la plaza, en direccion á Francia y á unos 600 metros de ella.

El general Lechi, ocupado en aquel momento en presidir el duelo de un capitan en la iglesia de San Francisco de Asís, salió al campo con un fuerte destacamento de las tropas que asistian á la fúnebre ceremonia. Los expedicionarios se habian retirado, pero el teniente de Duhesme, llevado de su ardor é irritado por la inutilidad de su presteza para escarmentarlos, se vengó de ellos en el monasterio próximo de Val de Hebron entregándolo á las llamas (1).

(1) Aquel suceso que no costó una sola gota de sangre á españoles ni á italianos, mereció, sin embargo, el honor de un parte sumamente pomposo de Lechi, y despues una mencion muy honorífica de Vacani que no se ha dignado recordar á sus compa-

Tan desasosegado traian á Lechi las algaradas de los migueletes en derredor de Barcelona y en tal alarma y tan contínua vivian sus soldados, que, además de representar á su jefe sobre la situacion crítica en que le habian colocado la distraccion de algunas tropas italianas para el sitio de Gerona, el desembarco de los regimientos españoles en Tarragona y el atrevimiento de los catalanes, intentó la salida por mar de avisos al Imperio, la de fondos de su propiedad y áun la de personas que la opinion pública suponia de todo su afecto. Este intento se estrelló en la vigilancia de los ingleses que bloqueaban el puerto, y las comunicaciones que revelaban los cuidados de Lechi cayeron en poder de nuestros guarda-costas que las trasmitieron á la Junta de Cataluña. Hasta el de 30.000 hombres hacia Lechi subir el número de los soldados y voluntarios de quienes tenia que defender una plaza cuyos habitantes le eran tan hostiles como los sitiadores y de quienes habia que temer, además, el soborno que andaban ejerciendo sobre sus tropas desde el primer dia de la ocupacion de Barcelona.

Caldagués se dirigo á Gerona.

Ya hemos dicho cuál era la fuerza de nuestros compatriotas en el Llobregat, muy inferior, por cierto, á la que sus recelos hacian ver al general italiano, y cuáles los proyectos del marqués del Palacio, no tan ambicioso en ellos, al ménos por el momento,

---

triotas la pérdida de Mongat. Los defensores del monasterio, los que al verse atacados por tres partes, como dice Lechi, *lograron con dificultad abandonar el puesto*, estaban reducidos á un Padre Gerónimo que no se resolvió á alejarse de aquel asilo como lo hicieron los demás hermanos al sentir la llegada de los imperiales.

como Lechi imaginaba. El más importante por su urgencia era el de socorrer á la plaza de Gerona, y el marqués del Palacio, despues de pasar una revista municiosa á los puestos del Llobregat y cuando se disponia á asistir á la apertura de las sesiones de la Junta del Principado en Tarragona, encomendó al brigadier conde de Caldagués la mision de «introdu»cir socorros en Gerona, entorpecer las operaciones »del enemigo y retardar los progresos del sitio hasta »que mejores circunstancias le proporcionasen una »ocasion oportuna en que ir con fuerzas suficientes »para imponer al enemigo y no hacer dudoso el éxito »de la empresa.» (1).

El 6 de Agosto, el mismo dia en que se reunia la Junta para constituirse de nuevo y ratificar el nombramiento de su presidente y capitan general en la persona del Marqués, salia de Martorell el conde de Caldagués con una compañía de granaderos del regimiento de su mando, Borbon, tres de fusileros del de Sória, 2.000 migueletes y somatenes á las órdenes del coronel Baget y tres piezas de artillería de campaña. El 10 llegó á Hostalrich, donde permaneció los dias siguientes hasta el 13 por la mañana en que, reforzada su columna con algunos voluntarios y dos cañones que se sacaron del castillo, prosiguió á Llagostera, Cassá de la selva y Castellá, donde estableció el 14 su campo en el del coronel Milans que estaba allí con unos 800 somatenes, y á la izquierda de D. Juan Clarós que se presentó en la ermita de

(1) Con estas mismas palabras lo dice Cabanes que servia en el E. M. del ejército de Cataluña.

los Ángeles con 2.500 de sus reclutados y los destacamentos de Guardias Españolas y Walonas que habia sacado de la plaza de Rosas.

En Hostalrich habia celebrado el Conde una conferencia con La Valeta, comandante, segun ya hemos dicho, del 2.° de Barcelona y con O'-Donnovan que lo era de Ultonia comisionados para ponerse con él de acuerdo por el gobernador de Gerona. En Castellá, y despues de un prolijo reconocimiento del terreno inmediato á la plaza y á las posiciones del enemigo, celebró el 15 otra conferencia con Baget, Milans, el mismo O'-Donnovan, D. José Aloy y los oficiales de artillería y de ingenieros D. Diego Lara y D. Honorato Fleyres, con quienes convino en un ataque general para el dia siguiente, simultáneo con la salida de los sitiados contra las baterías de brecha de los enemigos. A los consejos de guerra á que Duhesme llamaba á los generales Goulas, Bessières y Reille, Caldagués oponia una Junta de jefes y oficiales subalternos del ejército español, tan despreciado por los discípulos de Napoleon, y á los 9 ó 10.000 hombres de las tropas que pasaban por invencibles en Europa, unos 7.000 infantes, casi todos voluntarios migueletes y somatenes de los pueblos, mal armados y sin disciplina, cinco piezas de artillería y ningun caballo por haber quedado reponiéndose de su viaje los pocos de Húsares españoles que habian desembarcado en Tarragona (1).

(1) El plan de Caldagués está perfectamente desarrollado en el parte oficial que dos dias despues de la accion dirigió á su general en jefe, y lo vamos á trasladar íntegro á nuestros lectores. «Supe, »dice, por D. Cosme García, capitan graduado del regimiento de

Operaciones del sitio.

¿Qué habia hecho entretanto el general Duhesme?

Ya dijimos que despues de tanto alarde de actividad y de energía llevaba con una lentitud muy extraña las operaciones del sitio. Habia llegado el 20 de Julio al frente de Gerona; tenia el 24 á la mano todos los elementos necesarios para una empresa como la que con tanto laconismo representaba á sus admiradores en Barcelona, y despues de sus intimaciones de costumbre, habia comenzado el sitio con

»infantería de Borbon, que acudió muy oportunamente al pueblo »de Castellá á tomar mis órdenes, que el capitan D. Juan Clarós, »se hallaba en la posicion de los Ángeles, mandando 2.500 hom»bres entre migueletes y otra gente armada del pais, y en su vista »dispuse que dicho García llevase á Clarós las instrucciones rela»tivas al modo con que debia operar con las enunciadas tropas. »Mandaba á Clarós que cuando avistasen mis partidas de guerrilla, »ó la cabeza de mis tropas, saliese de su posicion y atacase la ermi»ta de San Miguel, ocupada por los franceses, y que en seguida, for»mado en dos ó tres columnas, prosiguiese su marcha atacando las »demás posiciones de éstos hasta caer sobre el pueblo de Camp»Durá y campamento inmediato, y manteniéndose en aquellos »puntos impidiese la reunion de socorros que podian hacer los ene»migos de Sarriá y Pont-Major, y llamar y extraer las fuerzas del »sitio de Monjuich, y hacer así ménos sangrienta la salida de la »plaza, miéntras yo por mi lado sostenia estos ataques contra las »baterías que oprimían á Monjuich en brecha y de rebote.—Asi»mismo dispuse mi marcha en cuatro divisiones; la primera al »mando del teniente coronel D. Francisco Milans del Bosch, con »500 hombres para el servicio de guerrillas y vanguardia; seguian »30 zapadores reales al mando del teniente D. Honorato de Fley»res, y dos violentos al del teniente del Real Cuerpo de artillería »D. Diego de Lara, y despues la segunda division encabezada por »200 hombres del regimiento de Sória, y al mando del capitan de »granaderos del mismo cuerpo D. Manuel Bodet, con 918 miguele»tes. La tercera division se componia de 743 hombres del tercio de »Lérida, al mando del coronel D. Juan Baget, cuya retaguardia cu»brian los otros dos violentos restantes, y seguia la cuarta colum»na, ó cuerpo de reserva fuerte de 1.140, y encabezada por 145 »granaderos de infantería de Borbon á las órdenes de D. Juan »O'-Donnovan, comandante del tercer batallon del regimiento de »infantería de Ultonia.» . . . .

. . . .

los procedimientos regulares, pero siempre lentos, del arte militar. Ni la herida que en su amor propio infiriera el valor de los gerundenses, ni la consideracion del estado en que dejó á Barcelona circundada de partidas en inteligencia indudable con los habitantes de la ciudad, ni el peligro de que las dilaciones, envalentonando á los enemigos, habian de acrecer su número, bastaron para abreviar las operaciones que la experiencia del primer sitio le aconsejaba emprender. Las trincheras siguieron el curso ordinario dictado por la prudencia de los ingenieros, y sólo el 12 de Agosto dieron éstos por terminados todos los preparativos necesarios para romper el fuego con probabilidades de un éxito inmediato y decisivo.

A las doce de la noche empezaron á vomitar bombas y granadas la batería de morteros construida á espaldas de Santa Eugenia y la de obúses, tambien de grueso calibre, establecida en la altura de Palau. No tardaron en hacerse notar sus efectos en la ciudad, revelándolos á los franceses las gruesas columnas de humo que se elevaban sobre las casas incendiadas, humo que indicó á los artilleros la direccion que debian imponer á sus proyectiles para impedir los trabajos de los sitiados y hacer inútiles sus esfuerzos para sofocar las llamas. Así pasaron las cinco horas que mediaban hasta la salida del sol; los franceses arrojando toda clase de mixtos incendiarios para imponer á los sitiados, y éstos empleando sus obreros y á cuantos por patriotismo é interés pedian ocuparse en la ruda y peligrosa tarea de apagar el fuego, tarea que todos desempeñaron con la

mayor impavidez, hasta con alegría, y con el éxito más completo. Las tropas se hallaban en sus puestos, en los baluartes de la plaza y en los fuertes exteriores.

Al amanecer comenzaron, á su vez, á tronar los cañones de la batería de brecha contra el castillo de Monjuich y los que á rebote debian apagar los fuegos de la cara del baluarte en que iba aquella á abrirse, miéntras en lo bajo de la ciudad lo hacia la batería de dos obúses de á 8 llevados por la paralela abierta hasta la márgen del Ter frente al baluarte de San Pedro. Las obras atacadas y cuantas, como el fuerte del Condestable, descubrian las de los sitiadores, correspondieron al fuego de éstos con el suyo, activo, enérgico y bien dirigido. Así es que la artillería enemiga no hacia todos los estragos que de ella esperaban sus inteligentes jefes, y sí á veces la española enmudecia, ínterin se reparaban las defensas arruinadas, se levantaban los traveses y los espaldones que debian cubrirla de los tiros á rebote ó se relevaban las piezas desmontadas, no pocas necesitaban los franceses acallar su fuego y dedicarse á maniobras parecidas ó iguales Una granada que desde la torre de San Juan fué disparada á la batería opuesta al baluarte de San Pedro, incendió su repuesto de municiones; y, sea por el terror que infundió en los artilleros, sea porque en aquel dia, el 15, los sitiadores habian dirigido toda su atencion al castillo de Monjuich, los obúses de la batería enmudecieron para siempre.

En Monjuich era, efectivamente, donde iba á representarse el desenlace de aquel sitio.

El valor de los sitiados y la habilidad del capitan de Ultonia D. Edmundo O'-Ronan, nombrado ingeniero del castillo á falta de oficiales de esta arma, hizo inútil el trabajo de la batería de brecha. No cesaba ésta de combatir la cara del baluarte; pero los estragos de los proyectiles quedaban inmediatamente remediados, lo mismo que en lo alto con faginas y sacos á tierra, al pié de la obra con los materiales más propios para cubrir el gran agujero que en ella iban haciendo, aunque lentamente, las balas de á 16. «Se tapó del mejor modo posible, dice Minali, la brecha de bajo de la tronera de la cara batida.»

Así pasaron los dias 13, 14 y 15, empleados por el conde de Caldagués en su expedicion desde Hostalrich y en sus conferencias con los sitiados, á quienes lo extenso del recinto y la insuficiencia de las fuerzas sitiadoras permitian comunicar por el lado de los fuertes meridionales con el que ya podia considerarse ejército de socorro.

Si en vez de obstinarse en llevar adelante el trabajo de la brecha, hubiera el general Duhesme comprendido que aquellas fuerzas de Claròs y de Milans que se cernian, puede decirse, sobre su izquierda, pero que hasta entónces no habian hecho más que interrumpir la marcha de los convoyes entre Figueras y su campo ó cortar las comunicaciones con Barcelona, podian aspirar, con los refuerzos que les llegaran y la direccion que se les diese, á poner en peligro, no ya el éxito de su empresa, sino hasta la salud del ejército, otro fuera, sin duda, el camino que hubiese tomado en sus operaciones militares contra Gerona. Por más que ignorase el desembarco

del marqués del Palacio y la expedicion del conde de Caldagués, debia prever, al imprimir al ataque de Gerona el impulso metódico, siempre lento, de un sitio regular, que no teniendo los españoles otra atencion urgente, puesto que Lechi era impotente para toda otra operacion que la defensa de Barcelona, no olvidarian la importantísima y gloriosa de acudir al socorro de aquella plaza. Los reconocimientos de Caldagués, más tarde, no tratándose de introducir socorros en Gerona puesto que podia hacerse á todas horas, debian anunciarle proyectos ofensivos de los que mal podia cubrirse en las posiciones que la direccion del sitio le imponia.

¿Seguia, pues, despreciando á sus enemigos que tantas veces ya le habian vencido? Aun así, debió el general Duhesme intentar la derrota y dispersion de las tropas del conde de Caldagués, ántes de que, poniéndose éste de acuerdo con los sitiados, le atacara en las desventajosas circunstancias en que se encontraba. El general Duhesme fué acumulando error sobre error en aquella, para él desgraciadísima, campaña. A los cometidos anteriormente de no ocupar á Gerona y en las expediciones de Tarragona y Manresa, habia ahora añadido el del convoy del inmenso material de sitio que habia sacado de Barcelona teniendo tan próxima la plaza de Figueras, donde sobraba artillería y sobraban efectos de toda clase para la empresa. No hubiera tenido entónces lugar la penosísima y desastrosa marcha que acababa de hacer; hubiera llegado tarde el conde de Caldagués, y Gerona hubiera caido, calculando la resistencia en términos regulares, que era lo que debia calcular.

No hubiera regularmente sucedido así, que dentro de Gerona ardia un fuego de los que no estaban los franceses acostumbrados á ver encendido en otras partes, y quizás no lo apagaran; pero en los proyectos militares, como en todo cálculo humano, debe sólo contarse con lo que la ciencia y la naturaleza dan de sí en sus manifestaciones generales y ordinarias.

Más graves aún son las censuras que debemos dirigir en este punto al general marqués del Palacio. Ni el éxito de las operaciones del conde de Caldagués ni la acalorada defensa que el historiador Cabanes hace de su general en jefe, eximen á éste de una responsabilidad no leve en el uso que hizo de las fuerzas del Principado y particularmente en el que no supo hacer de las que acababan de desembarcar en Tarragona. No le culpamos por su inaccion contra Barcelona, donde Lechi hubiera siempre quedado dueño de los fuertes; pero no podemos disculparle de la escasez de recursos con que hizo al conde de Caldagués emprender la importantísima operacion de socorrer á Gerona.

Si ésta, como dice Cabanes, era la única que se debia llevar á ejecucion en aquellas críticas circunstancias, ¿por qué no lo hizo con fuerzas que le prometiesen un éxito indudable? Si no debia temer nada en la línea del Llobregat, atenido el general Lechi á la defensa de Barcelona, ¿por qué, en vez de confiar al de Caldagués cuatro compañías del ejército permanente, no le entregaba al ménos todas las que acababa de conducir á San Boy y Martorell? Otro general hubiérase dirigido con las tropas de Mahon

reunidas á las inmediaciones de Gerona, y el dia 16 de Agosto hubiera aniquiladado el ejército francés de Duhesme, cuya destruccion tenia que producir necesariamente la rendicion de Barcelona. De otro modo, comprometia el resultado de la empresa de Caldagués, y con él la salvacion de Gerona en que se cifraba el feliz ó desgraciado de aquella primera campaña.

Nosotros queremos ser de los *ignorantes* que creen que en aquella ocasion solemne, como se movian los tercios catalanes podian hacerlo las tropas de línea sin intendentes, sin comisarios, sin oficinas y sin proveedores, y que de ningun otro modo establecia el general en jefe un respeto profundo á su autoridad, que á la sombra de una victoria decisiva y brillante.

Por fortuna, la energía de los defensores de Gerona y la actividad y el valor de Caldagués y sus soldados suplieron á la fuerza que debió proporcionarles el marqués del Palacio; pero ¡cuán diferentes hubieran sido las consecuencias del combate que libertó á Gerona de la presencia de sus enemigos!

Combate del 16 de Agosto.

El dia 16 por la mañana se hallaba todo preparado para el ataque en el recinto de la plaza y en el campo de Caldagués. La parte de fuerza veterana que componia la guarnicion, esto es, el batallon de Barcelona con su comandante La Valeta á la cabeza, un grueso destacamento de Ultonia mandado por el sargento mayor O'Donnell y dos piezas de campaña con sus artilleros, apareció en el camino cubierto del castillo de Monjuich, reforzada con algunas partidas del tercio de migueletes de la ciudad, prácticos en

la topografía de las inmediaciones. El resto de la guarnicion quedó en los fuertes exteriores y en las murallas de la plaza, atentos los soldados y los voluntarios, como todos los habitantes, á impedir el que un revés de los salientes produjera la entrada simultánea de los sitiadores.

Entre nueve y diez de la mañana los vigías de la catedral avisaron que las tropas de Caldagués empezaban á subir la montaña de Monjuich por las faldas de Levante. Con el ataque del ejército de socorro debia coincidir la salida de los cuerpos apostados en Monjuich; pero el entusiasmo de los soldados, encendido al toque de rebato en los templos de la ciudad, arrastró á La Valeta á adelantar su salida y atacar las baterías de brecha y de rebote que cañoneaban el castillo. El ataque fué impetuoso y rudo, como al arma blanca: los españoles asaltaron las baterías hasta por las cañoneras; y cuantos franceses intentaron resistir mordieron la tierra, huyendo la generalidad al abrigo de las torres de San Luis y San Narciso. Los nuestros redoblaron sus esfuerzos para desalojar á los sitiadores de sus nuevas posiciones; consiguieron penetrar en la torre de San Luis, y se disponian á establecerse sólidamente en ella, cuando reforzados los enemigos por un batallon de suizos, que se hallaba en reserva, lograron hacer retroceder á los voluntarios de Barcelona, como en castigo de su temeraria impaciencia. La retirada amenazaba ser definitiva, vista la desproporcion de fuerzas, cuando el mayor de Ultonia, puesto á la cabeza de su destacamento y ordenando á los que se retiraban, restableció el combate y, á costa de una

grave herida, arrojó á los franceses de las torres miéntras los zapadores destruian las baterías y los artilleros retiraban á la plaza las piezas montadas en ellas.

En estos momentos y cuando sitiadores y sitiados, unos frente á otros, hacian atravesar á sus balas un estrecho barranco que los separaba, aparecieron por el flanco izquierdo de los franceses, derecho de nuestros compatriotas, los voluntarios de Milans, los soldados de Sória del capitan Bodet y un gran golpe de migueletes y somatenes del cuerpo de Caldagués que al ruido del combate habian arrebatado su ascension á la montaña (1).

Reunidas despues de algun tiempo todas estas tropas decidieron sus jefes acometer el paso del barranco al mismo tiempo que el capitan Clarós, con sus voluntarios, dueño ya de las alturas de San Miguel, bajaba arrollando á los franceses en direccion de Pont-Mayor y amenazando envolver á los que aún se mantenian frente al castillo de Monjuich. No creyeron éstos deber continuar en posicion tan comprometida y, al romper los de La Valeta y O'Donnell la marcha á través del barranco que los separaba, retrocedieron apresuradamente con todos los cuerpos de aquella vasta línea á la izquierda del Ter, perseguidos por los distintos de los españoles que los oprimian contra Pont-Mayor y la inmediata aldea de Sarriá.

(1) Todas las relaciones están contestes en que el teniente don Tadeo Aldea llegó con algunos granaderos de Sória á tiempo de tomar parte en la accion de O'Donnell, á cuya inmediacion, con la gloria del éxito, obtuvo la de ser herido como aquel ilustre jefe.

La energía de los sitiados en su salida y la con que combatian y avanzaban por toda la montaña los soldados y migueletes de Caldagués, debió engañar á Duhesme sobre el número y la calidad de las tropas enemigas, pues desde el asalto de las torres se observó un movimiento general de concentracion sobre la izquierda del Ter, donde esperaba con su caballería contener á los españoles y rechazarlos si se atrevian á atacarle en aquel terreno llano y despejado. Aun así, tuvo muy pronto que abandonar completamente la batería y las trincheras que habia levantado contra el baluarte de San Pedro, cubiertas primero del fuego que sobre ellas hacian los paisanos armados de la parte de Bañolas, é incendiadas despues por las de Gerona que no temieron vadear el Ter á presencia misma de los franceses. Levantamiento del sitio.

Era indudable que por segunda vez habia fracasado el general Duhesme en la empresa de apoderarse de Gerona. Su ligereza en la primera y la falta de habilidad en esta última ocasion, le arrebataban toda esperanza de justificar sus jactanciosos pronósticos. ¿Tendria la energía suficiente para, inspirándose en el génio militar y en el orgullo de su raza, sobreponerse á tantos obstáculos como le oponian su mala estrella y el valor de los españoles?

Nada de eso: con un cuerpo de ejército tan respetable como el que habia reunido al pié de las murallas de Gerona, tembló ante unos centenares de soldados españoles y 6.000 voluntarios, migueletes y somatenes, que sin generales á su cabeza, sin caballería y con solas cuatro piezas del menor cali-

bre se habian decidido temerariamente á combatirle. Y vencido en sus atrincheramientos y vencido en campo abierto, hasta el punto de tener que buscar abrigo detrás de un rio, crecido en aquellos momentos por las llúvias, y detrás de su numerosa caballería, considerándose como tal y creyendo imposible un desquite decisivo y, con él, la conquista de la mal guarnecida plaza que tenia delante, reunia á sus generales, hacia un llamamiento al esfuerzo de sus soldados y buscaba en una pronta retirada la salvacion de todos y la de los intereses militares compromotidos ante Napoleon en la ocupacion de Cataluña.

No sabemos si con el consejo de sus tenientes ó por inspiracion propia, decidió retroceder á Barcelona, llamado tambien, é incesantemente, por el general Lechi, haciendo volver á Reille con las tropas de su mando á los anteriores acantonamientos donde la seguridad de la plaza de San Fernando y las comunicaciones con la frontera francesa exigian su presencia. No era pequeño aliciente, de otro lado, para tal determinacion el aislamiento entre sí de las dos divisiones que componian el ejército sitiador de Gerona, separadas por un rio que las llúvias de aquellos dias habian hecho, aunque accidentalmente, caudaloso, y sobre cuyas aguas no se habia creido necesario echar el puente llevado de Barcelona, en la confianza de un pronto y felíz resultado.

La retirada se verificó cual despues de un verdadero desastre. Miéntras el conde de Caldagués y sus soldados velaban recelosos de, conocido su número, ser al dia siguiente blanco de un ataque que la

organizacion y fuerza del ejército enemigo hacia presumir como terrible y de consecuencias más que dudosas, el general Duhesme, enterrada néciamente la mayor parte de la artillería de sitio que por jugar de muy léjos no habia caido en poder de los gerundenses, esto es, los morteros de la batería establecida en Santa Eugenia, levantó el campo de noche, silenciosamente y con las precauciones todas del pánico más profundo. De modo que el recelo natural de los españoles y la distraccion de los preparativos que necesitaban hacer para recibir al dia siguiente al enemigo, sirvieron á éste para no ser advertido y, de consiguiente, molestado en su retirada.

No habia de encontrar, sin embargo, pocas dificultades en el largo trayecto que le era preciso recorrer hasta abrigarse en las murallas de Barcelona. Retirada desastrosa de Duhesme á Barcelona.

Al amanecer del 17, las descubiertas de Caldagués dieron parte de haber levantado el sitio los franceses, causando la mayor alegría en el ejército y los habitantes de Gerona que ocuparon los campamentos y, en ellos, el abundante material abandonado por Duhesme que con los morteros de Santa Eugenia, vistos enterrar por un aldeano, introdujeron alegremente en la plaza. La distancia á que ya debian encontrarse las divisiones francesas y la falta de caballería disculparon en Caldagués el que no las persiguiera, para lo que indudablemente eran utilísimas las fuerzas de que se componia su ejército; pero no influirian poco lo inesperado del suceso, la opinion de la propia debilidad y, sobre todo, la inmensa y legítima satisfaccion de un triunfo que la libertad de Gerona y el entusiasmo que habia de

producir, hacian importantísimo para la causa nacional. Pero en el camino la vuelta del ejército francés á Barcelona habia de ser más trabajosa que su salida. Dos corsarios enviados de San Feliú de Guixols, impidieron en Calella la recomposicion de las cortaduras anteriormente ejecutadas, y el temor de perder tiempo obligó á Duhesme á evitarlas ganando las montañas vecinas, para lo que tuvo que abandonar toda su artillería de campaña. Más adelante, en Arenys de Mar, le esperaban los mismos buques y las fragatas inglesas que habian asistido á la toma de Mongat, que le hicieron dejar aquel camino para tomar el alto del interior; y aunque volvió á Mataró y desde allí se dirigió rectamente á Barcelona, no fué sin que desde el mar y desde los montes los marinos y los migueletes de Barceló le incomodasen de contínuo y le causaran un número considerable de bajas en su ejército. En Badalona, por fin, acabaron las zozobras de Duhesme: Lechi con unos 1.000 infantes y cuatro piezas habia salido á recibirle y, despues de recuperar el fuerte de Mongat, casi abandonado por los migueletes, más atentos á ofender á los expedicionarios franceses que á la custodia de un puesto sin importancia en su género de guerra, avanzó por la carretera hasta encontrar á su general en jefe.

Este se encerró en los muros de Barcelona escarmentado rudamente de toda operacion ofensiva y resuelto á no salir de la pasiva de un sitiado hasta que Napoleon emprendiera con todos sus recursos una nueva y próspera campaña.

Conclusion. Al meditar sobre el resultado de las operaciones

militares que acabamos de describir, la impresion primera que experimenten nuestros lectores será indudablemente la de la más grande sorpresa. «¿Cómo, »se dirán, una nacion postrada por la inepcia de sus »gobernantes y la falsía de sus enemigos, detiene y »vence á los que nadie ha vencido ni detenido en »Europa?»

Muy fácil es para nosotros la explicacion de tan importante resultado. La hemos dado en la Introduccion de esta obra, y cuantos hayan hecho el estudio de la historia española, cuantos se hayan detenido á escudriñar las causas de glorias tan puras como en ella resplandecen y de reveses tan graves como la anublan, lo comprenderán perfectamente.

Un escritor inglés, el coronel Napier, presumiendo de una imparcialidad que él niega á los que le han precedido en historiar la guerra de la Independencia, ha llevado su *respeto á la justicia* al punto de decir que «los españoles no hicieron ningun es»fuerzo general y grande,» y que los abundantes »socorros de la Inglaterra y el valor de las tropas »anglo-portuguesas sostuvieron *sólo* la guerra.»

¿Puede esto decirse despues de haber visto en el sólo espacio de veinte dias al general Lasalle retrocediendo á Palencia; á Lefebvre detenido á las puertas de Zaragoza, á Duhesme obligado á encerrarse en Barcelona, á Moncey vencido en Valencia y á Dupont en busca de un refugio donde esperar refuerzos para proseguir la campaña? ¿Puede esto, decirse, repetimos, mucho ménos despues de conocidos los resultados de la batalla de Bailén, el levantamiento del sitio de Zaragoza, y la retirada de todo el

ejército francés á la orilla izquierda del Ebro?

Si fué general el esfuerzo, díganlo las fechas de los primeros choques que esas operaciones ofrecieron, casi todos simultáneos: si fué grande, dígalo su resultado desfavorable á las tropas imperiales vencidas por primera vez en la gloriosa peregrinacion que iban haciendo por Europa desde que las dirigia el génio militar más insigne de nuestros tiempos. ¿Cómo, no siendo general y grande, pudo causar en Napoleon tanta ira y vergüenza la derrota de sus batallones y temor tan grande que no se tranquilizara hasta haber trasladado todo el *grande ejército* al Pirineo?

Y ¿dónde estaban los socorros abundantes de la Gran Bretaña? ¿Dónde las tropas inglesas para que, sin ese esfuerzo generoso de los españoles, tuvieran que retroceder los que nunca habian retrocedido hasta entónces? Habia en Cataluña dos fragatas que ayudaban al ataque de la bicoca de Mongat para quitarnos la gloria de su conquista, y en la bahía de Cádiz una escuadra y algunos batallones de desembarco, atisbando la ocasion de arrebatarnos aquel emporio envidiado por los nuevos cartagineses establecidos en Gibraltar.

De propósito no hemos querido tomar hasta ahora en cuenta los falsos asertos y las apreciaciones infundadas del *imparcialísimo* Napier. De los sucesos á que nos venimos refiriendo, nada podia saber sino de referencia. En ese campo sólo debia expresar su pluma vítores y plácemes por un resultado tan grato para aliados sinceros y amigos generosos. ¿Qué debemos, pues, creer cuando en vez de elogios, no

encontramos más que denuestos en su obra; cuando en lugar de tinta, parece haber usado, al escribirla, toda la hiel de un orgullo y de una envidia inconcebibles? Debemos suponer que, dedicado á hacer la apoteosis del ejército inglés, creyó erradamente que era necesario, para lograrlo, arrebatar á nuestros compatriotas el honor y la gloria de cuantos sucesos pudieran influir en el éxito de aquella admirable resistencia.

Ya lo hemos dicho ántes: «Un esfuerzo general, simuliáneo, debe producir la independencia del país que lo hace,» y España la obtuvo. Cuando el invasor reunió medios muy superiores á los empleados en conquistas que parecian mucho más difíciles, el provincialismo, esto es, la desunion habia asomado su cabeza entre los españoles, y fué necesario entregarse á todos sus excesos para hacerle producir todas sus ventajas. Pero unánime fué la determinacion de resistir, general el ímpetu y simultáneo en todas las provincias; y tan consecuente y tan tenaz, áun por rumbos distintos y con medios diferentes, que con alianzas y sin alianzas, con auxilios extranjeros y sin ellos, la justicia, que en causa como aquella habia de obtener el favor del cielo, saldria triunfante áun flotando en un mar de sangre y entre el humo denso y sofocante de la desolacion de España. Decia José á su hermano el Emperador: «Tengo á todos contra »mí, á todos sin excepcion. Las mismas clases ele»vadas, al principio vacilantes, han concluido por »seguir el movimiento de las clases inferiores. No »queda un sólo español ligado á mi causa. Felipe V »no tenia más que un competidor á quien vencer; yo »tengo la nacion entera.»

El historiador Vacani, cuyo testimonio no rechazaria de seguro Napier, exclama así en su notable obra: «Tan es verdad que la declaracion de guerra de »los españoles no fué sino el resultado del acuerdo »unánime de las opiniones y no la decision de los po»cos en cuyas manos se encontraban las riendas del »Gobierno, que aquella guerra, provocada con el in»sulto á la Nacion, no necesitaba revestir otras for»mas, para estallar, que las naturales y legítimas de »la venganza ó de la defensa. Todas las voluntades »concurrieron á declararla, y fuera de algunos pocos »que en Bayona accedian por fuerza ó por íntimo con»vencimiento al nuevo pacto social que la Francia »imponia á la monarquía española, todos, fuesen los »grandes y los poderosos señores del reino y de las »provincias, fuesen del alto clero ó pertenecieran á »las órdenes regulares en que abundaba la Penín»sula, fuesen magistrados nombrados por los anti»guos y desposeidos monarcas ó dependientes de las »provincias y ciudades con fueros, fuesen, por fin, »los que militaban en los reales ejércitos, no emitie»ron más que un solo voto, el de la guerra, y no se »dirigieron más que á un sólo objeto, al de conser»var intactos sus respectivos derechos y levantar así »sobre los antiguos fundamentos la derrocada mo»narquía. Y fué tan rápida, sangrienta y simultánea »la explosion de aquella guerra nacional, que produ»jo la palidez de los enemigos, la admiracion de las »potencias vecinas, la animacion de todas las pasio»nes y la conmocion de la Europa entera.»

Hé aquí, por fin, la impresion que recibiera lord Wellington al desembarcar en la Coruña el 21 de Ju-

lio de 1808. «Es imposible, decia al vizconde Castle»reagh, daros una idea del sentimiento que aquí pre»valcce en favor de la causa de España. Las dife»rencias entre dos hombres consisten en si el uno es »mejor ó peor español que el otro, y es mejor espa»ñol el que detesta á los franceses más cordialmente. »Comprendo que en la actualidad no existe en el »país un partido francés y, de todos modos, me he »convencido de que no hay un solo hombre que se »atreva á mostrarse como amigo de los franceses.» Y más adelante, en Lavos, el 8 de Agosto escribia el mismo general, ídolo de Nápier, al teniente general Sir H. Burrard: «De todos modos, sean ó no funda»das estas noticias, es evidente que la insurreccion »contra los franceses es general en España; que exis»ten cuerpos considerables de españoles en armas, y »que los franceses no pueden operar con ejércitos po»co numerosos.»

Y esto era la verdad, tan elocuente como lo fué siempre en los lábios y en la pluma de aquel capitan insigne. Seis, puede decirse, que eran los ejércitos destinados por Napoleon á la ocupacion de la parte española de la Península; y uno sólo que pudo vanagloriarse de haber vencido á nuestro compatriotas, el del mariscal Bessières, no logró ventajas bastante decisivas para considerar cumplido el objeto de su campaña. No sólo allí donde habian creido poder fraccionarse ó emprender operaciones aisladas y en líneas divergentes, sino que áun maniobrando en grandes masas, hasta por cuerpos de ejército, y con estudiadas y, á su parecer, hábiles combinaciones, los generales franceses habian visto frustrados sus

planes, paralizados sus movimientos y destruidos sus ejércitos. El soldado no encontraba un rostro amigo entre sus huéspedes, convertidos de un dia á otro en sus más encarnizados perseguidores; no encontraba descanso en los alojamientos ni en el campo, siempre espiado y en peligro siempre de ser sorprendido ó caer en una celada sangrienta; y si en un acceso de cólera ó por la costumbre de sus crueldades intentaba vengarse de los riesgos que corria, del insomnio y las fatigas y escaseces de que no lograba nunca reponerse, veia al punto el fantasma de sus enemigos á la luz del sol ó á la sombra, como más terrible podia parecerle, alzarse contra él para pagarle con usura su cólera y sus crueldades. Y en Aragon y Cataluña, en Valencia y Andalucía, en Castilla, en todas partes donde la bandera tricolor revelaba la presencia de los invasores, los españoles todos, sin distincion de clases ni de edades, casi sin la de sexo, parecian no dedicarse á otra tarea que á la de exterminar franceses, ni haber nacido más que para dar nuevo ejemplo de aquel rudo anhelo que caracterizaba á nuestros antepasados por su libertad é independencia. Parecia escucharse en la montaña, en el llano y la hondonada, el antiguo canto de los vencedores de Carlomagno:

Ya están, ya están; y entre un cañar de lanzas
Las banderas tremolan mil venganzas.
Sus armas á raudales centellean;
Cuéntalos por muchísimos que sean,

Mozo; uno y dos y tres y cuatro y cinco
Y seis y veinte; en balde es el ahinco.

Miles y miles llegan; en contarlos
Se pierde el tiempo, vamos á matarlos;
Aquí de mancomun, brazo con brazo
En redoblado lazo
Peñones y peñones arranquemos,
Y allá sobre sus frentes los volquemos.
¡Mueran! Sea éste de su vida el plazo.

¿Qué buscan los del Norte en estas breñas?
Dios hizo la montaña
Para que no la pase gente extraña;
¡Viva la paz! Lluevan sobre ellos peñas.
Un peñon y otro y otro se derrumba,
Y á soldados sin fin sirven de tumba;
Huesos tendidos, carnes palpitantes
De sangre inmunda asoman rebosantes.

. . . .

. . . .

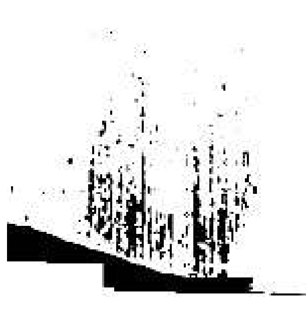
Huyen y más huyen; ¿qué fué entónces
De esos que en pompa semejaban bronces?
¿Y ese cañar de lanzas
Que amagaba tantísimas venganzas?

Ensangrentada hueste, ya no brillas,
Hecha astillas,
Tiznados tus aceros

Aparecen tan sólo inmundos cueros.
Cuéntalos, niño, ahora con ahinco;
Veinte, catorce, doce, nueve, cinco,
Cuatro, tres, dos, uno,
¡Ya ninguno!

. . . .

¿A qué llamará Nápier esfuerzo general y grande?



APÉNDICES.

NUMERO 1.

ESTADO de las fuerzas que habia en Zaragoza á principios de Junio de 1808.

	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
De cuerpos veteranos ó del ejército......	Voluntarios de Aragon que se hallaban de bandera de los dos batallones....	300	»
	Idem que estaban de partida de varios cuerpos........................	456	»
	Reclutas de los cuerpos de Voluntarios de Aragon....................	457	»
	Dragones del Rey..................	300	90
	Artilleros y zapadores.............	250	»
Del nuevo alistamiento......	Cinco tercios de paisanos reglamentados, á 1.000 hombres cada uno.....	5.000	»
	Dos tercios de fusileros, de á 1.000 hombres.....................	2.000	»
	Compañías de Obispo...............	100	»
	Total............	8.863	90

Nota. Habia en la plaza á principios de Mayo en clase de agregados, 6 coroneles, 12 graduados de coronel, 7 tenientes coroneles, 33 capitanes, 46 tenientes y 11 subtenientes. La compañía de fusileros de Aragon constaba de 5 oficiales, 11 sargentos, 21 cabos y 168 soldados. Las partidas de recluta y en comisiones se componian de 5 capitanes, 23 subalternos, 41 sargentos, 3 tambores, 70 cabos, 383 soldados y 457 reclutas. Con este pié y los que empezaron á llegar de otras provincias se formó el ejército de Aragon.

Este es el cuadro de fuerza que estampa en su *Historia de los dos sitios de Zaragoza* el Sr. Alcaide Ibieca, copiado sin duda alguna del de la seccion de Historia militar, y asombra la idea de que en una guerra nacional pueda esa fuerza considerarse como pié de un ejército que debia resistir á los de Napoleon.

NÚMERO 2.

ESTADO que manifiesta los cuerpos que se crearon en el distrito de Valencia en los momentos de la declaracion de guerra contra la Francia.

EN VALENCIA.

ARMAS.	CUERPOS.	Batallones ó escuadrones.	Fuerza total.
Infanteria de linea.	El Túria	3	1.600
	2.° de Saboya	2	1.200
	2.° de Valencia	2	1.200
	Voluntarios de Borbon	1	800
	Campo Segorbino	2	1.000
	Alicante	3	1.800
	Chelva	1	800
	Cullera	2	2.400
	La Fé	2	2.400
Infanteria ligera	Cazadores de Valencia	3	2.208
	Cazadores de Fernando VII	1	500
	Cazadores de Orihuela	3	2.208
	Tiradores de montaña	»	200
Caballeria	Cazadores de la Real Maestranza de Valencia	4	720
	TOTAL	29	19.236

EN MÚRCIA.

ARMAS.	CUERPOS.	Batallones ó escuadrones.	Fuerza total.
Infanteria de linea.	1.° de Voluntarios de Múrcia	1	800
	2.° Id. id.	1	800
	3.° Id. id.	1	800
	4.° Id. id.	1	800
	5.° Id. id.	1	800
	Voluntarios de Cartagena	3	1.500
	Peñas de San Pedro	2	1.000
Infanteria ligera	Tiradores de Florida Blanca	2	1.200
	Tiradores de Murcia	1	600
Caballeria	Cazadores de la Fuensanta	1	400
	TOTAL	14	8.400

RESÚMEN GENERAL.

En Valencia		29	19.236
En Múrcia		14	8.400
	SUMA TOTAL	43	27.636

ESTADO de las primeras divisiones que en Junio de 1808 se organizaron en los Reinos de Valencia y Múrcia.

Division organizada en Atalayuelas por el general Llamas, el 18 á 19 de Junio.

COMANDANTE GENERAL.

EL TENIENTE GENERAL, D. PEDRO GONZALEZ LLAMAS.

ARMAS.	CUERPOS.	Batallones y escuadrones.	Hombres.
Infanteria de linea.	1.° de Valencia, 1.° y 2.° Batallon	2	923
	Castilla, 1.° y 2.°	2	990
	1.° Saboya, 1.° y 3.°	2	992
	América, 1.er batallon	1	466
	Alicante, id. id.	1	770
Infanteria ligera	Cazadores de Orihuela	2	1.000
	Tiradores de Cartagena	»	100
Zapadores	Minadores (2 compañias)	»	80
	TOTAL	11	5.321
Division organizada en Valencia por el Brigadier D. Felipe Saint March.			
	Voluntarios de Borbon	1	800
	Chelva	1	800
	Campo Segorbino	2	800
	Sória, provincial	1	616
	Cazadores de Fernando VII	1	500
	TOTAL	6	3.216
Tropas que, á las órdenes de D. Pedro Adorno, se destinaron á las Cabrillas.			
	Un batallon de guardias españolas	»	400
	Un batallon de voluntarios fusileros	»	500
	TOTAL	»	900

ARMAS.	CUERPOS.	Batallones ó escuadrones.	Hombres.
	SUMA ANTERIOR.	»	900
	2.° regimiento de Valencia........	»	1.100
	1.er batallon suizo de Traxler......	»	890
	2.° regimiento de Saboya..........	»	1.020
	La Fé, 4.ª division..............	»	1.037
	Division del conde Romrré........	»	1.219
	Id. de D. Manuel Cerveró.........	»	348
	Regimiento de Liria.............	»	809
	TOTAL.................	»	7.323
Division que en Múrcia organizó el Mariscal de Campo D. Luis Villava.			
Infantería.......	Regimientos 1.°, 2.° y 3.° de Múrcia.	»	2.400
	Tiradores de Múrcia..............	»	800
	Id. de las Peñas de San Pedro......	»	1.000
	Id. de Florida Blanca............	»	1.200
Caballería........	Escuadron de la Fuensanta........	»	100
	TOTAL.................	»	5.500

NOTA.—Roca dice que hubo una compañía de granaderos de Marina.



ESTADO de las fuerzas que desde 1.° hasta el 21 de Junio de 1808, salieron de Valencia para Tortosa, Almansa y las Cabrillas, formado por el Inspector de Infantería de aquel reino, Marqués de Cruillas.

DIVISIONES.	COMANDANTES.	SOLDADOS.
Túria	Coronel, D. Vicente Genzalez Moreno	1.600
2.° de Saboya	Id. D. Bruno Barrera	1.020
2.° de Valencia	Id. D. Antonio Pinillos	984
3.ª division	Id. Conde de Romrré	865
4.ª division (La Fé)	Id. D. Mariano Ussel	1.030
5.ª division	Id. D. Manuel Cerveró	348
Tropas ligeras	Id. D. José Caro	1.744
Tiradores del Reino	Comandante, D. Mariano Aleman	564
2.° batallon de la 3.ª division	Teniente Coronel, D. Estévan Echenique.	354
Regimiento de Liria	Coronel, D. Cosme Alvarez	»
	TOTAL	8.516

NOTA.—La division del Túria se hallaba en el Ebro; la de D. José Caro salió para Almansa, y las demás para las Cabrillas. De la fuerza de la division de Don José Caro, deben rebajarse 112 plazas que se habian retirado por inútiles y cortos de talla.

Es copia del original.

NÚMERO 3.

«Gaceta de Madrid» del Martes 14 de Junio de 1808.

En el consejo pleno de hoi se han publicado la real órden y decreto que siguen:

«Ilmo. Sr.: En el decreto original adjunto, remitido á la suprema junta de Gobierno por medio del Sermo. Sr. gran Duque de Berg, Lugar-Teniente General del reino, se ha dignado S. M. I. y R. el Emperador de los Franceses y Rei de Italia nombrar rei de España y de las Indias á su augusto Hermano Josef Napoleon, actualmente Rei de Nápoles y de Sicilia; y lo remito á V. S. I. de órden de S. A. I., y acuerdo de la suprema junta de Gobierno, para que el consejo lo cumpla, imprima, publique y circule inmediatamente.

»El consejo hallará en esta superior determinacion de S. M. I. la sabiduria de su prevision y el testimonio mas evidente de sus intenciones benéficas hácia toda la nacion española.

»Declararla con efecto su Rei es decirla todo lo que debe prometerse de sus paternales desvelos; y poner sobre el trono de la España á su augusto Hermano es vincular para siempre los intereses y la gloria de la Francia con los intereses y la gloria de la misma España.

»S. A. I. y la junta, que tambien conocen que entre las qualidades que caracterizan mas particularmente á este Soberano se halla el amor á la justicia y á la beneficencia, añaden ahora á la confianza de los bienes anunciados ya á la nacion en la anterior proclama, la de verlos realizados mui luego, con otros muchos, que sin duda se ha reservado S. M. anunciar por sí mismo desde el momento que se presente á sus pueblos, y llegue á esta capital. Dios guarde á V. S. I. muchos años. Palacio 11 de Junio de 1808.=Sebastian Piñuela.=Señor decano del consejo.»

Extracto de las minutas de la secretaría de Estado.

Napoleon por la gracia de Dios, Emperador de los franceses, Rei de Italia. Protector de la confederacion del Rin etc. etc. etc.

A todos los que verán las presentes, salud.

«La junta de Estado, el consejo de Castilla, la villa de Madrid etc. etc. habiéndonos por sus exposiciones hecho entender que el bien de la España exigia que se pusiese prontamente un término al interregno, hemos resuelto proclamar, como Nos proclamamos por las presentes Rei de España y de las Indias á nuestro mui amado Hermano Josef Nappleon, actualmente Rei de Nápoles y de Sicilia.

»Garantimos al Rei de las Españas la independencia é integridad de sus estados, así los de Europa, como los de Africa, Asia y América.

»Y encargamos que el Lugar-Teniente General del reino, los ministros y el consejo de Castilla hagan expedir y publicar la presente proclamacion en las formas acostumbradas, para que nadie pueda alegar ignorancia.

»Dado en nuestro palacio imperial de Bayona el 6 de Junio de 1808.=Napoleon.=Por el Emperador, el ministro secretario de Estado, Hugo B. Maret.»

Y visto, acordó se impriman, publiquen y circulen inmediatamente la real órden y decreto en cumplimiento de lo que se previene, y en la forma acostumbrada.

Lo que participo á V. de órden del consejo para el mismo fin; y de su recibo me dará aviso.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid 11 de junio de 1808.=Don Bartolomé Muñoz.

MUMERO 4.

ESTADO de los regimientos del Ejército asturiano, con arreglo á la órden comunicada á la Inspeccion por el Excmo. Sr. Capitan general de esta provincia, copiado de los documentos facilitados por el marqués de la Romana.

REGIMIENTOS.	Jefes.	Capitanes y subalternos	Tropa.	FUERZA. — Total.	Armamento.	Vestuario.	ESTADO de instruccion.	OFICIALES que existen.	OFICIALES que faltan.
Covadonga	2	22	360	360	Completo.	Completo.	Mediana.	22	25
Fernando VII	2	36	316	516	Id.	Id.	Id.	38	9
El Infante D. Cárlos	2	37	335	335	Id.	»	Buena.	39	8
Cangas de Tineo	3	36	639	639	Id.	»	Mediana.	39	8
Castropól	3	30	348	348	Id.	Completo.	Id.	33	44
Navia	2	29	528	528	Id.	»	Id.	31	46
Infiesto	2	28	498	498	Id.	Completo.	Id.	31	47
Luanco	2	31	400	400	Id.	»	Id.	33	44
Pravia	2	31	584	584	Id.	Completo.	Id.	33	44
Salas	2	24	306	306	Id.	»	Id.	36	21
Luarca	3	26	404	404	Id.	»	Id.	29	18
Rivadesella	2	29	685	685	Id.	»	Id.	30	46
Siero	2	25	585	585	Id.	»	Id.	27	20
Grado	3	30	385	385	Id.	»	Id.	33	44
Cangas de Onis	2	20	518	518	Id.	»	Id.	22	25
Lena	3	30	214	214	Id.	»	Id.	33	45
Provincial	4	48	367	367	Id.	»	Buena.	49	28
Gijon	2	28	586	586	Id.	»	Mediana.	29	47
Llanes	2	9	420	420	Id.	»	Id.	11	36
Villaviciosa	2	33	629	629	Id.	Completo.	Id.	35	42
Totales	44	551	9.216	9.246	Completo.	6		595	347

Nota.—Estos cuerpos cada dia se van aumentando por ir reuniéndoseles los dispersos. Oviedo y Diciembre 14 de 1808.—ALVARO ARAUJO.

NUMERO 5.

PRIMERA organizacion que se dió al ejército de **Galicia** en el mes de **Junio** del año de **1808**, con expresion del destino anterior en los cuerpos que la compusieron, segun se deduce de los antecedentes que se han consultado.

Divisiones.	CUERPOS.	Batallones.	Escuadrones.	Piezas de campaña.	DESTINOS ANTERIORES DE LOS CUERPOS.
	1.° y 2.° batallon de Granaderos provinciales de la 1.ª division........	2	»	»	El 1.er bat. estaba en Astúrias.—El 2.° en Oporto y se incorporó al Ejército.
	Hibernia...............	2	»	»	2.° y 3.° bat.s estaban en el Ferrol.—El 1.° en Astúrias.
	Buenos aires...........	1	»	»	Estaba prisionero en Inglaterra y desembarcó en la Coruña.
1.ª...	Tuy....................	1	»	»	En el Ferrol.
	Betanzos...............	1	»	»	En la Coruña.
	Salamanca..............	1	»	»	En Montefaro.
	Principe...............	3	»	»	Los dos 1.os bat.s estaban en Portugal y se incorporaron.—El 3.° estaba en la Coruña.
	Rey....................	2	»	»	El 2.° y 3.er bat.s en Portugal.—El 1.° estaba en San Sebastian cuando fué ocupada la plaza por los franceses y se evadió de ella para reunirse en Julio de 1808 á su regimiento.
2.ª...	Mallorca...............	2	»	»	1.° y 2.° bat.s en Portugal y se reunieron al ejército.—El segundo estaba en Badajoz, y sobre él se organizó más tarde el 2.° regimiento de Mallorca.
	Leon...................	3	»	»	En Viana.
	Orense.................	1	»	»	En Vigo.
	Navarra................	3	»	»	En la Coruña.
	Sevilla................	3	»	»	En el Ferrol.
3.ª...	2.° de Cataluña........	1/2	»	»	En la Coruña.—El otro medio batallon estaba en Extremadura.
	Mondoñedo..............	1	»	»	En el Ferrol.
	Segovia................	1	»	»	En la Coruña.

	Marina	4	»	»	En el Ferrol.
	Voluntarios de la corona	3	»	»	2.° y 3.° bat.s en el Ferrol.—El 1.° que estaba en Portugal se incorporó al Ejército el 18 de Junio de 1808.
4.ª	Id. de Navarra	1	»	»	Estaba en Portugal la mayor parte del batallon y se incorporó al Ejército en 18 de Junio de 1808.
	Monterey	1	»	»	En el Ferrol.
	Compostela	1	»	»	En la Coruña.
	Granaderos del Ejército	2	»	»	10 compañías de diferentes cuerpos de este Ejército.
	Toledo	3	»	»	El 1.er bat. en la Coruña; el 2.° en Vivero y el 3.° que estaba en Portugal se incorporó al Ejército en 19 de Junio de 1808.
5.ª	Nápoles	3	»	»	En el Ferrol.
	Pontevedra	1	»	»	En idem.
	Lugo	1	»	»	En idem.
	Comp.ª artill.ª á caballo	»	»	4	Procedente del Ejército de Aragon.
	Granaderos del Ejército	2	»	»	Formados de 10 compañías de granaderos de diferentes regimientos de este Ejército.
	Zaragoza	2	»	»	En Portugal.—El 3.er batallon estaba en Andalucía y sirvió de base para la formacion del regimiento de América.
6.ª	Aragon	3	»	»	1.° y 2.° batallones se incorporaron al Ejército procedentes de Portugal.—El 3.° en Puente de Eume.
	Voluntarios de Barbastro	1/2	»	»	En Portugal.—El otro medio batallon estaba en San Roque.
	Id. de Gerona	1/2	»	»	Idem.
	Valladolid	1	»	»	En Ares.
	Division de artillería	»	»	6	Se incorporó el 19 de Junio de 1808.
	1.er regimiento de artillería	»	»	»	Parte en Portugal y otra en las plazas de Galicia.
	Regim.° Cab. de la Reina	»	2	»	Estos tres escuadrones con 150 caballos llegaron el 22 de Junio á Tuy, procedentes de Portugal, y se incorporaron al Ejército.
	Id. de Montesa	»	1	»	
	Una comp.ª de zapadores	»	»	»	Con el Cuartel general.
	TATAL	56 1/2	3	10	

El 27 de Junio de 1808, cuando aún no se habian incorporado todos los cuerpos al ejército, se organizó éste en 4 divisiones y una vanguardia, segun aparece en el estado siguiente:

NUMERO 6.

ORGANIZACION y fuerza disponible de las divisiones del Ejército de Galicia y de Castilla que tomaron parte en la batalla de Rioseco, ocurrida el 14 de Julio de 1808, á las órdenes de los generales D. Joaquin Blake y D. Gregorio de la Cuesta.

EJÉRCITO DE GALICIA.—PLANA MAYOR.

GENERAL EN JEFE: Teniente general, D. Joaquin Blake.
MAYOR GENERAL DE INFANTERÍA: Brigadier, D. Manuel Fabro.
COMANDANTE GENERAL DE ARTILLERÍA: Brigadier, D. Juan de Silva.
IDEM ID. DE INGENIEROS: Brigadier, D. Juan Bautista Merich.

DIVISIONES Y JEFES que las mandaban.	CUERPOS.	Batallones y escuadrones	Compañías	Jefes y Oficiales	TROPA. Veteranos	TROPA. Reclutas	TOTAL. Hombres	TOTAL. Caballos	TOTAL. Piezas	Observaciones.
VANGUARDIA. — Brigadier conde de Maceda.	Granaderos del Ejército	2	»	»	»	»	»	»	»	Estaban formados de 8 compañías de granaderos de los regimientos de Zaragoza, Mallorca, Aragon y voluntarios de la Coruña.
	Zaragoza (6 compañías)	1	»							
	Voluntarios de Gerona	1/2	»							
	2.º Voluntarios de Cataluña	1/2	»	75	1.844	277	2.121	150	6	
	Caballería de Montesa, n.º 12	1	»							
	Dragones de la Reina	1/2	»							
	4.º regimiento artillería	»	2							
	Artillería de marina	»	1							
	Zapadores	»	1/2							

1.ª DIVISION. — Mariscal de Campo, Don Felipe Jado Cagigal....	Granaderos de la 4.ª division de Provinciales.	2	»							
	Rey (2.° y 3.°).	2	»							
	Mallorca.	1	»							
	Hibernia (2.° y 3.°).	2	»							
	Buenos-Aires.	1	»							
	Voluntarios de Barbastro.	½	»	186	5.155	1.315	6.470	»	5	
	Provincial de Salamanca.	1	»							
	Idem de Mondoñedo.	1	»							
	Idem de Tuy.	1	»							
	4.° regimiento artillería.	»	1							
	Artillería de Marina.	»	1							
	Zapadores.	»	1							
4.ª DIVISION. — Mariscal de Campo Marqués de Portago....	Granaderos del Ejército.	2	»	»	[illegible]	»	»	»	»	Formaban estos dos batallones 10 compañías de granaderos de los regimientos del Príncipe, Toledo, Navarra, Sevilla y Nápoles.
	Príncipe (8 compañías).	2	»							
	Toledo (10 compañías).	2	»							
	Aragon (6 compañías del 1.° y 2.° batallon).	1	»	158	3.537	2.281	5.818	»	5	
	Provincial de Santiago.	1	»							
	4.° regimiento de artillería.	»	1							
	Artillería de Marina.	»	1							
	Zapadores.	»	1							
Afectos al cuartel general.....	Voluntarios de Navarra, perteneciente á la 3.ª division.	1	»	»	574	»	754	»	»	
	Compañía de Guias.	»	1	3	40	»	40	»	»	
	Artillería á caballo.	»	1	»	»	»	»	»	4	Afecta á la 4.ª division.
	TOTAL *de las fuerzas de este ejército que asistieron á dicha batalla.*	26	11½	432	11.330	3.873	15.203	150	20	

NOTAS. La 3.ª division de este ejército quedó en Benavente y Puente Gonzalo con 4.400 hombres y 5 piezas.
La 2.ª del mismo, con 6.400 hombres y 5 piezas, permaneció campada en el Puerto de Manzanal, á la entrada del Vierzo.

EJÉRCITO DE CASTILLA.

PLANA MAYOR.

GENERAL EN JEFE: Teniente general, D. Gregorio de la Cuesta.

DIVISIONES.	CUERPOS.	Batallones y escuadrones.....	Compañías......	Jefes y oficiales..	TROPA. Veteranos...	TROPA. Reclutas....	TOTAL. Hombres....	TOTAL. Caballos....	TOTAL. Piezas......	Observaciones.
1.ª	Regimiento de Covadonga....	2	»	»	»	1.500	3.100	»	»	
	1.er Bon. Voluntarios de Leon.	1	»	»	»	800				
	2.º idem................	1	»	»	»	800				
	Guardias de Corps...........	1	»	»	»	»	»	100	»	
	Carabineros Reales..........	1	»	»	»	»	»	160	»	
2.ª	3.er Bon. Voluntarios de Leon.	1	»	»	»	800	2.900	»	»	Bajo esta denominacion se organizaron en Castilla varios batallones compuestos de paisanos y algunos soldados cumplidos; su mando estaba por lo general confiado á oficiales retirados.
	[illegible] de Castilla..........	3	»	»	»	2.100		[illegible]	[illegible]	
[illegible]	[illegible] de la Reina....	2	»	»	»	»	»	[illegible]	»	
	Total de las fuerzas de este ejército que asistieron á dicha batalla..............	12	»	»	»	6.000	6.000	560	»	
	Idem del ejército de Galicia..	20	11½	432	11.330	3.873	15.203	150	20	
	Total de las fuerzas de ámbos ejércitos................	37	11½	432	11.330	9.873	21.203	740	20	

	Guardias de Corps..............	1	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	»	160	»	
	Carabineros Reales..............	1	»	»	»	»	»	160	»	Bajo esta denominacion se organizaron en Castilla varios batallones compuestos de paisanos y algunos soldados [illegible]
	[illegible] Voluntarios de [illegible]	1	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	»	»	
2.ª	Regt.º caballería de la Reina.	2	»	»	»	»	»	300	»	
	Total de las fuerzas de este ejército que asistieron á dicha batalla..............	12	»	»	»	6.000	6.000	560	»	
	Idem del ejército de Galicia..	25	$11\frac{1}{2}$	432	11.330	3.873	15.203	150	20	
	Total de las fuerzas de ámbos ejércitos.................	37	$11\frac{1}{2}$	432	11.330	9.873	21.203	710	20	

Nota. La fuerza del ejército de Castilla está formada de los apuntes históricos sobre las operaciones del ejército de Galicia desde su creacion en Junio de 1808 hasta que tomó el mando del mismo el teniente general marqués de la Romana, publicados por D. Joaquin Blake.

EJÉRCITO DE GALICIA. AÑO DE 1808.

ESTADO de la organizacion y fuerza disponible que tenia el **Ejército del reino de Galicia** el dia ántes de la batalla de Rioseco, ocurrida en 14 de Julio de 1808, y con la que quedó en 31 del mismo mes, despues de la incorporacion de los dispersos y de los nuevos reemplazos.

DIVISIONES.	ARMAS.	CUERPOS.	13 de Julio.		31 de Julio.		Observaciones.
			Hombres.	Caballos..	Hombres.	Caballos.	
Vanguardia....	Artillería....	Destacamentos del 4.º regimiento, 6 piezas y una compañía de artillería de marina....	»	»	»	»	
	Zapadores...	Media compañía del regimiento de zapadores....	»	»	27	»	
	Inf.ª ligera..	2.º Voluntarios de Cataluña (la mitad)...	»	»	104	»	
		Voluntarios de Gerona (la mitad)........	»	»	234	»	
		Voluntarios de Navarra (dos compañías)..	»	»	220	»	
	Inf.ª línea...	Granaderos de los regimientos de Zaragoza, Mallorca, Aragon y Voluntarios de la Corona, 8 compañías, formando dos batallones....	»	»	905	»	El 3.er Bon. en Andl.ª
		Zaragoza, 6 compañías de fusileros......	»	»	638	»	
	Caballería...	Montesa, 2.º escuadron....	»	»	130	130	
		Dragones de la Reina, 3.º id....	»	»	20	20	
		Carabineros Reales, una partida.......					
		TOTAL..............	2.412	150	2.275	150	

1.º	Artillería	Destacamento del 1.º regimiento y una compañía de artillería de Marina, cinco piezas	»	»	228	»	
	Zapadores	Una compañía del Regimiento Real	»	»	81	»	
	Inf.ª ligera	Voluntarios de Barbastro (la mitad)	»	»	464	»	La otra 1/2 en Andal.ª
	Inf.ª líneа	Division granaderos provinciales de Galicia, 2 batallones	»	»	1.228	»	
		Rey, 2.º y 3.er batallones, hasta el 28 que el 1.º se incorporó en el Ejército	»	»	1.014	»	El 1.º en San Sebastian y se incorporó el 28.
		Hibernia, 2.º y 3er batallones	»	»	698	»	El 1.º en Astúrias.
		Mallorca, 2 compañías del 1.º y 4 del 2.º	»	»	534	»	El 3.º en Extremadura.
	Provisional	Batallon de Buenos Aires	»	»	500	»	Prisioneros de los ingleses de diferentes cuerpos de infantería y caballería que formaron este batallon.
	Provinciales	Salamanca	»	»	266	»	
		Mondoñedo	»	»	463	»	
		Tuy	»	»	500	»	
		Pontevedra	»	»	500	»	Separado de la division hasta fin de mes en la columna del coronel de Orense.
		TOTAL	6.470	»	6.573	»	
2.º	Artillería	Destacamento del 1.º Regimiento y una compañía de artillería de marina, cinco piezas	»	»	270	»	
	Zapadores	Una compañía formada de individuos de la Maestranza del arsenal del Ferrol	»	»	117	»	
	Inf.ª ligera	Voluntarios de la Victoria, incorporados en fin de mes	»	»	366	»	
		TOTAL	6.100	»	753	»	

DIVISIONES.	ARMAS.	CUERPOS.	15 de Julio. Hombres.	15 de Julio. Caballos.	31 de Julio. Hombres.	31 de Julio. Caballos.	Observaciones.
		SUMA ANTERIOR	6.100	»	753	»	
2.ª	Infan.ª línea.	Navarra (10 compañías de fusileros)	»	»	1.579	»	
		Sevilla (10 id. de id.)	»	»	1.577	»	
		Nápoles (10 id. de id.)	»	»	1.960	»	
		2.º Batallon de Leon	»	»	»	»	En Val.ª do Minho (P.º)
		Segovia	»	»	574	»	
	Provinciales.	Orense	»	»	»	»	En la columna del brigadier Marqués de Valladares.
		Betanzos	»	»	460	»	
		TOTAL	6.100	»	6.900	»	
3.ª	Artillería	Destacamento del 4.º regimiento con cinco piezas y una compañía de artillería de marina	»	»	244	»	
	Zapadores	Una compañía de la Maestranza del arsenal del Ferrol	»	»	115	»	
	Infan.ª ligera.	Voluntarios de Navarra (4 compañías)	»	»	456	»	
	Infan.ª línea.	3 batallones de marina de á 4 compañías	»	»	1.794	»	
		Voluntarios de la Corona (10 compañías)	»	»	1.032	»	
	Provinciales.	Valladolid	»	»	»	»	Despues de la batalla de Rioseco, pasó al ejército de Castilla.
		TOTAL	4.400	»	3.608	»	

3.ª	Provinciales..	Monterey	»	»	552	»	Separado de la division hasta fin de mes en la columna del coronel de Orense.
		Compostela	»	»	643	»	
		Total	4.400	»	4.803	»	
4.ª	Artilleria....	Destacamento del 4.º Regimiento con cinco piezas y una compañía de artillería de marina	»	»	221	»	Estaba el 31 separada de la division.
	Zapadores....	Una compañía del Regimiento Real	»	»	76	»	
	Infan.ª ligera.	Batallon de Literarios de Santiago	»	»	»	»	No se incorporó hasta el 2 de Agosto en la division.
	Infan.ª línea.	Granaderos del ejército de los regimientos Príncipe, Toledo, Sevilla, Navarra, y Nápoles, 10 compañías formaron 2 batallones	»	»	900	»	
		Príncipe (8 compañías de fusileros)	»	»	851	»	2 compañías en Portugal en la columna del coronel de Orense.
		Toledo (10 id. de id)	»	»	1.073	»	
		Aragon (6 id. de id.)	»	»	785	»	El 2.º batallon de guarnicion en la Coruña.
		Leon, 2 compañías del 1.er batallon y todo el 3.º	»	»	»	»	En Portugal en la columna del coronel de Orense.
	Provinciales..	Lugo	»	»	492	»	
		Santiago	»	»	338	»	
		Total	5.818	»	4.736	»	

DIVISIONES.	ARMAS.	CUERPOS.	13 de Julio. Hombres.	13 de Julio. Caballos.	Observaciones.
Columna mandada por el Coronel de Orense Marqués de Valladares. Llegó por Oporto hasta cerca de Lisboa.	Infan.ª línea.	2 compañías del 1.er Batallon y todo el 3.º de Leon	750	»	Hasta 18 de Julio, hácia la Puebla de Sanábria, y luego en Portugal donde se incorporó el 3.º de Leon y las compañías de Príncipe y Montesa, en vez de Monterey y Pontevedra.
		2 compañías de fusileros del Príncipe	200	»	
	Provincial	Regimiento Provincial de Orense	590	»	
	Caballería	Una compañía de Montesa	60	60	
		Total	1.600	60	

RESÚMEN.

DIVISIONES.	13 de Julio. Hombres.	13 de Julio. Caballos.	31 de Julio. Hombres.	31 de Julio. Caballos.
Vanguardia	2.412	150	2.275	150
1.ª	6.470	»	6.573	»
2.ª	6.100	»	6.900	»
3.ª	4.400	»	4.803	»
4.ª	5.818	»	4.736	»
Totales	24.900	150	25.287	150

Habia una compañía de artilleros á caballo con seis piezas sin destino á division del Ejército.—Cada regimiento de los que tenian en el ejército dos ó tres batallones formó dos compañías de tiradores, compuesta cada una de un Teniente para mandarla, otro Teniente ó Subteniente, 2 sargentos, un tambor, 4 cabos 1.os, 4 id. 2.os y 56 soldados: en todo, 2 Oficiales y 67 plazas.—Cada batallon de Infantería de línea ó Regimiento Provincial, formó una compañía de igual fuerza. En el cuartel general habia una compañía de guías formada de soldados de todos los cuerpos con Capitan, 2 Subalternos, y 47 plazas. Habia tambien una compañía de artilleros á caballo, con seis piezas.

PLANA MAYOR DEL EJÉRCITO.

GENERAL EN JEFE.—El teniente general, D. Joaquin Blake.

Cuartel maestre general.—Lo reasumió en sí el general en jefe, teniendo por sus ayudantes, 1.os ayudantes generales.......... { El teniente coronel, D. Ramon Calvet, sargento mayor de ingenieros. El teniente coronel, D. Juan Moscoso, capitan de artillería y otros dos subalternos de nuevos cuerpos.

Mayor general.—Brigadier, D. Manuel Fabro.—Sus ayudantes.... { D. José Maldonado, capitan voluntarios de la Corona. D. Joaquin Armendariz, id. de Navarra.

Comandante general de artillería.—El brigadier, D. Juan Silva.
Idem id. de ingenieros.—El brigadier, D. Juan Bautista Meric.
Mayor general de artillería.—El coronel, D. José García de Paredes.
Idem id. de ingenieros.—El teniente coronel del cuerpo, D. José Falcó.
Intendente.—El comisario ordenador, D. Manuel de Michelena.
Teniente, el vicario general.
Primer médico.
Cirujano mayor.—D. José Manuel de Lazcano.
Auditor de guerra.—D. José Iriberri, oidor de la Coruña.

	COMANDANTES GENERALES.	Ayudantes generales en division. 31 de Julio.	Respecto á funciones del Cuartel Maestre.
De la vanguardia.	El brigadier, conde de Macedo, muerto en Rioseco......................... El Brigadier, D. Gabriel de Mendizábal..	Teniente coronel, D. Salvador Molina, capitan de Zaragoza...........	D. José Serrallac, capitan de ingenieros.
1.ª division....	El jefe de escuadra, D. Felipe Jado Cagigal. 2.º comandante, el brigadier D. Jerónimo Figueros, capitan de Guardias españolas.	D. Pedro Errarte, teniente de navío.	D. Felipe Montes, capitan de ingenieros.
2.ª.......	El mariscal de campo, D. Rafael Martinengo..........................	Teniente coronel, D. José Gonzaléz, capitan de Navarra de línea.....	D. José de Aguado, capitan de ingenieros.
3.ª.......	El brigadier de la real armada, D. Francisco Riquelme....................	D. Juan O'Ryan, capitan de voluntarios de la corona..............	D. José Velarde, capitan de ingenieros.
4.ª.......	El mariscal de campo, marqués de Portago.	D. Francisco de Losada, capitan de Toledo.......................	D. José de Castellar, capitan de ingenieros.

Cada ayudante general tenia á su inmediacion un subalterno.

NUMERO 7.

ESTADO de las tropas que en el mes de Julio de 1808, ántes de la batalla de Rioseco, tenia á sus órdenes el mariscal Bessiéres segun se deduce de la historia del Consulado y del Imperio de Mr. Thiers, comparado con la situacion que al ejército francés se dá en el cuadro publicado en París en Junio de 1808 por la imprenta imperial.

DIVISIONES.	BRIGADAS.	CUERPOS.	Batallones...	Escuadrones.	OBSERVACIONES.
Del general Mouton.	Del general Rey....	Reg. de ligeros, núm. 2....	3	»	Esta brigada fué destinada para escoltar á Madrid á José Napoleon. Todos los cuerpos de esta division habian entrado recientemente en España.
		Idem, núm. 12...........	3	»	
		Guardias de París.........	1	»	
	Del general Reynaud.	Regimiento de ligeros, número 4............	3	»	
		Idem de línea, núm. 15....	3	»	
		Guardias de París.........	1	»	
Del general Merle..	Jefes de brigada los generales Darmagnac, Gaulois, Sabatier, Ducos.....	1.° y 3.° batallones del regimiento de línea, núm. 47.	2	»	
		4.° id. del núm. 15........	1	»	
		3.° id. del núm. 70........	1	»	
		3.° id. del núm. 86........	1	»	
		4.° id. de la 1.ª legion del interior................	1	»	
		4.° id. de la 2.ª id.........	1	»	
		4.° id. de la 3.ª id.........	1	»	
		4.° id. de la 4.ª id.........	1	»	
		4.° id. de la 5.ª id.........	1	»	

División de caballería al mando del general Lasalle.....	Cuerpos de la division que mandó el general Verdier incorporados á la de Merle	»	»	La division Verdier constaba de los regimientos provisionales, números 13 al 18. Cuando el general Verdier salió para mandar el ejército que sitiaba á Zaragoza, se llevó 2.000 hombres de su division, dejando el resto con el general Bessières. Estos regimientos provisionales constaban de 4 batallones con 4 compañías cada uno. Dando á cada batallon la fuerza mínima de 320 hombres, ó sea 80 por compañía, puede suponerse que Verdier llevó consigo 6 batallones, dejando 18 con Bessières, los que debian reunir la fuerza de 5.760 hombres.
	Regimiento de caballería de cazadores, núm. 10.....	»	4	
	Id. de id., núm. 22........	»	4	
	Id. de id., núm. 26.......	»	4	
	Id. de dragones provisional, número 1.............	»	4	
	Destacamentos de granaderos y cazadores de la Guardia imperial.......	»	2	
		24	18	

NOTA.— A excepcion de la brigada al mando del general Rey destinada á escoltar la persona de José Napoleon, de los tres batallones que con el general Gaulois se retiraban de Santander y de las guarniciones de San Sebastian, Vitoria y Búrgos, á las que, segun Thiers, estaban destinados cuerpos reducidos formados por la gente de los depósitos de convalecientes y de batallones y escuadrones de marcha, toda la demás fuerza aumentada con algunos cuerpos de la Guardia, podia ser destinada á las operaciones activas.

Composicion que en Julio de 1808 tenia el cuerpo de ejército denominado de los Pirineos Occidentales al mando del mariscal Bessiéres. Está sacada de una nota, dictada por Napoleon, que formaba parte de los papeles cogidos en la batalla de Vitoria y que publica el teniente coronel Nápier en su «Historia de la guerra de la Península.»

FUERZAS ACTIVAS.

DIVISIONES.	BRIGADAS.	CUERPOS.		Hombres.	Piezas.
Division del general Mouton	*1.ª brigada.* General Reynaud	4.° regimiento de infantería ligera 15.° de infantería de línea 1.er batallon de Paris		3.000	6
	2.ª brigada. General Rey	2.° regimiento de infantería ligera 12.° id. de infantería ligera (Esta brigada estaba en Búrgos.)		2.100	6
Division del general Merle	Brigada D'Armagnac		1.800	8.400	16
	Brigada Gaulois		1.800		
	Brigada Sabatier		2.800		
	Brigada Ducos		2.000		
	Guardia	Infantería		1.900	»
		Artillería		»	6
Caballería		10.° de cazadores	450	1.850	
		22 de idem	450		
		Guardia	300		
		Escuadrones de dragones en marcha	300		
		26.° de cazadores	450		
				17.250	34

Tropas destinadas á servicios especiales.

Guarnicion de Búrgos	600



Columna del general Bonnet. Este general tendria á sus órdenes una columna móvil de 12,000 hombres para mantener la tranquilidad en Búrgos y sus alrededores. Esta columna estaba en aquella fecha compuesta como sigue:			
4.° batallon del 118	450		
3.^{er} batallon del Depósito general	450	1,500	2
2 compañías del 4.° infantería ligera	400		
Escuadron de dragones	200		
Columna de Aranda.			
Formada del 1.^{er} batallon de marcha. Puede reunirse con la columna anterior. Deben ámbas asegurar la comunicacion hasta las montañas á vanguardia de Aranda		1,000	4
Columna de Vitoria.			
El general Monthion y el coronel Barrero ocupan á Vitoria con una columna compuesta de:			
2 compañías del 45 de línea que forma un pequeño batallon	300		
2.° batallon del 12 regimiento ligero	600	1,700	2
2.° batallon del 2.° idem	600		
Un escuadron de dragones	200		
Guarnicion de San Sebastian al mando del general Thouvenot		1,000	
Fuerza total del cuerpo del mariscal Bessières		23,050	42
De cuyo total 2,250 eran de caballería.			

ESTADO de las tropas francesas que combatieron en Rioseco el 14 de Julio de 1808, formado en vista de lo que dice el general Foy en su «Historia de la guerra de España y Portugal.»

DIVISIONES.	BRIGADAS.	CUERPOS.	Batallones....	Escuadrones.	Piezas.........
Division del general Lasalle..........	»	Regimiento caballería de húsares, núm 10........	»	4	»
		Idem de cazadores, núm. 22..................	»	4	»
	Brigada Sabathier	Regimiento provisional, num. 17................	2	»	8
		Idem id., núm. 18........................	2	»	»
Division del general Merle............	Brigada D'Armagnac......	Idem de línea, núm 47........................	1	»	»
		3.er batallon suizo........................	1	»	»
		Regimiento provisional, num. 14................	1	»	8
	Brigada Ducos...........	Idem id., núm. 13........................	4	»	»
Division del general Mouton.........	»	Idem ligero, núm. 4........................	3	»	»
		Idem de línea, núm. 15........................	3	»	6
Division de reserva.	»	Regimiento fusileros de la Guardia............	3	»	»
		Escuadron de cazadores........................	»	1	»
		Idem de dragones........................	»	1	10
		Idem de gendarmes........................	»	1	»
		TOTAL..................	20	11	32

NÚMERO 8.

EJÉRCITO DE GALICIA.

Noticia de los muertos, heridos, contusos, prisioneros de guerra y extraviados que han tenido los cuerpos que se expresan en la accion del 14 de Julio de 1808, en las alturas de Rioseco.

DIVISIONES.	CUERPOS.	OFICIALES Y CADETES. Muertos.	Heridos	Contusos	Prisioneros...	Extraviados...	TROPA. Muertos.	Heridos.	Contusos	Prisioneros...	Extraviados...
VANGUARDIA....	Granaderos del ejército...	7	3	1	1	2	35	69	4	»	177
	Zaragoza....................	4	»	»	1	»	13	28	4	»	239
	Segundo de Cataluña.....	»	1	»	1	»	10	4	»	3	25
	Gerona.....................	»	»	»	»	1	5	8	»	»	29
PRIMERA.	Artillería de marina......	»	»	»	»	»	»	1	»	»	2
	Granaderos de Galicia....	1	»	»	1	»	13	20	5	6	12
	Rey..........................	1	»	1	»	»	5	26	3	»	278
	Mallorca..................	»	»	»	»	1	4	10	»	»	122
	Hibernia..................	»	»	»	3	»	8	26	3	15	207
	Salamanca................	»	1	»	1	4	9	21	15	6	166
	Mondoñedo..............	»	1	»	»	»	41	8	»	12	»
	Zapadores................	»	»	»	»	»	»	»	»	»	6
	Buenos-Aires............	»	3	»	»	»	9	7	»	»	12
	Barbastro	1	»	»	»	»	4	14	»	»	73
	Tuy........................	»	»	»	»	»	»	»	»	»	5
TERCERA.	Voluntarios de Navarra...	1	»	1	»	2	71	50	7	4	42
CUARTA..	Granaderos del ejército...	6	2	»	8	1	58	10	1	45	110
	Principe..................	1	3	»	»	»	7	2	»	7	159
	Toledo....................	»	2	»	»	»	16	19	»	»	224
	Aragon....................	»	1	1	1	1	10	42	4	13	236
	Lugo.......................	»	»	2	»	»	1	10	»	19	24
	Santiago..................	3	»	»	2	»	11	21	15	22	34
	Zapadores................	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»
Compañía de guias...........		»	»	»	»	»	»	»	»	»	9
Artillería del ejército		1	2	»	»	»	2	5	1	»	4
Caballería de Montesa.......		»	»	»	»	»	1	»	»	»	1
Dragones de la Reina.........		»	»	»	»	»	»	»	»	»	3
	TOTAL............	27	19	6	19	12	336	401	62	139	2160

PLANAS MAYORES.

Zaragoza.....	Coronel, El Excmo. Sr. Conde de Maceda......	Muerto.
Hibernia......	Teniente coronel, D. Eugenio Mac-Crohon.....	Prisionero.
	Cirujano, D. Francisco Falcó.................	Prisionero.
Aragon..	Comandante, D. Gaspar Sainz..................	Prisionero.
	Sargento Mayor, D. Francisco Posse..........	Extraviado.
Santiago......	Sargento mayor, D. Manuel Quiróga y Cormide.	Muerto.
Artillería.....	Teniente coronel, D. Rafael de Hozes..........	Muerto.

ESTADO DE PÉRDIDA DEL EJÉRCITO DE CASTILLA.

PRIMERA DIVISION....	Regimiento infantería de Covadonga.....	90
	Guardias de Corps.........................	8
	Carabineros reales.........................	40
	Artillería....................................	17
	TOTAL.............	155

NÚMERO 9.

ESTADO de la fuerza de hombres y caballos de que se componia el ejército de Aragon en la batalla de Épila.

CUERPOS.	Oficiales.	Clases de tropa.	Soldados.	Caballos.
Guardias españolas y walonas..	»	»	360	»
Fernando VII................	5	»	201	»
Voluntarios aragoneses........	3	1	63	»
Capuchinos..................	3	1	79	»
Tercio de D. Jerónimo Torres..	2	3	95	»
Compañías de Ricla..........	3	1	79	»
Miñones....................	1	»	83	»
Artilleros..................	1	»	34	»
María Luisa.................	»	»	36	»
Tarragona..................	»	»	1	»
Barbastro..................	»	»	2	»
Alistados..................	»	»	8	»
Suizos de Preux.............	2	»	79	»
Lanceros de la Almúnia.......	»	»	»	»
2.ª division del Reino.........	34	14	778	»
Dragones del Rey............	36	»	251	287
Compañías de Calatayud......	2	1	52	43
Compañía.—Partidas sueltas...	4	»	22	21
Contrabandistas..............	»	»	12	12
TOTAL........	93	18	2.235	363

Cuartel general de Épila 22 de Junio de 1808.—JOSÉ OBISPO.

Este cuadro se encuentra en la contestacion del marqués de Lazán á la Seccion de Historia militar del Ministerio de la Guerra.



NUMERO 40.

Autógrafo, cuyo original conserva en su archivo el Excmo. Sr. Duque de Zaragoza.

Nota. A los certificados que aparecen al márgen del autógrafo, hay que agregar uno que tambien existe en el mismo archivo, en que el general marqués de Lazan acredita que el dia 7 de Agosto le presentó José Monclus siete fusiles, una espada y el uniforme de un jefe francés, que dijo haber muerto junto al convento de Santa Rosa.

NUMERO 11.

FUERZA del ejército de Andalucía en su primera organizacion en Utrera.

		Caballería.	Infantería.
Vanguardia......	D. Francisco Venegas............	1.909	216
1.ª Division......	Marqués de Coupigni............	2.828	821
2.ª Division......	D. Narciso de Pedro.............	4.488	426
3.ª Division......	D. Félix Jónes..................	4.691	558
Reserva.........	D. Manuel de Lapeña............	10.466	611
	TOTAL.....................	24.382	2.632

Además se formó el pequeño cuerpo de Cruz Mourgeon, que siempre operó á vanguardia ó sobre los flancos del Ejército.

El original de este cuadro se halla en el Depósito de la Guerra, cuya seccion de Historia ha formado uno general comparativo de las fuerzas que atribuyen al ejército de Andalucía los varios y distintos escritos que se han publicado en España, Francia é Inglaterra, sobre la batalla de Bailén.

En el apéndice siguiente, se verá el estado de la fuerza que tomó parte en aquel célebre combate, con todos los detalles que ha sido posible adquirir.

La division de Granada se componia de:

Batallon de Suizos de Reding.

1.º, 2.º, 3.º y 4.º batallones Voluntarios de Granada.

Cazadores de Málaga y de Antequera, cuya fuerza puede verse en el mismo, ya citado, apéndice núm. 12.

NÚMERO 12.

ESTADO de fuerza del ejército de Andalucía, el 19 de Julio de 1808.

PLANA MAYOR.

General en jefe................. Teniente general, D. Francisco X. Castaños.
1.er ayudante general.......... Mariscal de campo, D. Tomás Moreno.
Ayudante general de Infantería.. Coronel, D. Pedro Giron.
Id. id. de Caballería........... Coronel, D. Andrés Mendoza.
Quartel-Maestre............... Coronel, D. Joaquin Navarro.
Ayudante general de Artillería.. Coronel, D. Juan Arriada.
Id. id. de Ingenieros.......... Coronel, D. Juan Bouligni.
Comandante general de Artillería. Mariscal de campo, marqués de Medina.
Id. id. de ingenieros........... Coronel, D. Bernardo de Loza.

Generales con destino al ejército.

Mariscal de campo....... D. Francisco de Vargas.
Mariscal de campo....... D. Narciso de Pedro.
Brigadier............... Marques de Gelo (1).
Brigadier............... D. Jose Augusto de La Porte.

1.ª division.

Comandante general........... Mariscal de campo, D. Teodoro de Reding.
2.º id. id.................... Brigadier, D. Francisco Venegas.
Jefe de Estado Mayor.......... Brigadier, D. Federico Abadia.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería..	Guardias walonas 3.er batallon...........	852	»
	Reina..............................	795	»
	Corona..............................	824	»
	Jaen................................	922	»
	Irlanda.............................	1.824	»
	Suizos de Reding, n.º 3.................	1.100	»
	Provincial de Jaen....................	500	»
	Voluntarios de Barbastro...............	331	»
	Voluntarios de Granada (1.er batallon)....	526	»
	Cazadores de Antequera................	343	»
	Tercio de Tejas.......................	436	»
	Suma y sigue..................	8.453	»

(1) Aquellos generales, cuyos empleos del momento se ignoran, se les ha puesto el que designa la guía del año.



ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
	Suma anterior	8.453	»
Caballería	Montesa	120	120
	Farnesio	213	213
	Dragones de la Reina	100	100
	Numancia	140	140
	Olivencia	130	130
	Lanceros de Utrera	54	54
	Lanceros de Jerez	60	60
Artillería	1 compañía de á caballo con 6 piezas	»	»
	1 id. de á pié con 4 piezas	»	»
Zapadores	2 compañías	166	»
	Total	9.436	817

NOTA.—Formaba en esta division la partida del alcalde mayor de Granada, cuya fuerza se ignora.

2.ª division

Comandante general........... Mariscal de campo, marqués de Coupigni.
2.° id. id.............. Brigadier, D. Pedro Grimarest.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería	Céuta	1.208	»
	Ordenes militares	1.909	»
	Provincial de Granada	400	»
	Provincial de Trujillo	290	»
	Provincial de Bujalence	403	»
	Provincial de Cuenca	501	»
	Provincial de Ciudad-Real	420	»
	Voluntarios de Granada (2.° batallon)	450	»
	Voluntarios de Granada (3.er batallon)	470	»
	Voluntarios de Cataluña	1.178	»
Caballería	Borbon	401	333
	España	120	120
Artillería	1 compañía de á caballo con 6 piezas	»	»
Zapadores	1 compañía	100	»
	Total	7.850	453

3.ª division

Comandante general........... Mariscal de campo, D. Félix Jones.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería...	Córdoba	1.106	»
	Batallon de Valencia	359	»
	Batallon de Campo mayor	800	»
	Provincial de Búrgos	415	»
	Provincial de Alcázar de S. Juan	400	»
	Provincial de Plasencia	410	»
	Provincial de Guadix	459	»
	Provincial de Sevilla	267	»
	Provincial de Lorca	490	»
Caballería..	Calatrava	222	192
	Santiago	86	49
	Sagunto	101	101
	Principe	300	240
	Total	5.415	582

Division de reserva.

Comandante general........... Teniente general, D. Manuel de Lapeña.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería...	Granaderos provinciales	912	»
	Africa	525	»
	Búrgos	2.089	»
	Suizos de Reding (del 2.° y 6.°)	243	»
	Batallon de Zaragoza	822	»
	Múrcia (3er batallon)	420	»
	Provincial de Sigüenza	502	»
	Compañía de Granaderos de marina	50	»
Caballería..	Dragones de Pavia	541	408
Artillería...	2 compañías de á caballo con 12 piezas	502	»
Zapadores...	1 compañía	100	»
	Total	6.676	408
	Total de las cuatro divisiones del ejército	29.377	2.260

El anterior estado es uno de los arreglados por la seccion de Historia militar en 1821, con algunas variaciones introducidas despues de bien examinados los antecedentes que se han tenido á la vista, al escribir la relacion de la batalla.

Además, formaban parte del ejército de Andalucía las fuerzas que se expresan á continuacion, cuyas cifras no han podido obtenerse.

Tropas al mando del coronel Mourgeon.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
	Tiradores de Cádiz...................... Tiradoros de España.................... Tiradores de Montoro................... Escuadron de Carmona.................. Compañías de la costa de Granada.......	150	
	Columna del Conde de Valdecañas.......	1.800	400

NUMERO 13.

Plan de operaciones y movimiento que debe hacer el ejército.

Autógrafo del 1.er Ayudante general que regaló al Depósito de la Guerra el Excmo. Sr. Teniente General, duque de Ahumada, hijo de D. Pedro Agustin Giron, Ayudante general de Infantería en el mismo ejército de Andalucía.

D de A

mobimiento del

debe hac

~~como la hacien~~

~~Como la p~~

NÚMERO 14.

Bailén 19 de Julio 1808.—Mi general y amado jefe: A mediodia, cuando empezó á calmar el fuego, se presentó un parlamentario del general Dupont. Como yo no tengo facultad de capitular ni jamás me se ha hablado de esto, envio el mismo Mr. de Villoutreys para que él diga cuanto hay sobre el asunto: miéntras tanto estaremos quietos é yo enviaré alguna agua á los enemigos en caso necesario.—No puedo extenderme más. Peña, el general, ya tiene mi aviso de mantenerse en el mismo paraje donde se halla, que creo es á media legua del ejército francés.—Siempre de V.—Theodoro Reding.

Au camp de Bailén 21 Julio 1808.—Monsieur le Gènèral: dans ce moment votre adjudant Major et un gèneral de Cavallerie sont passés par ici pour aller rejoindre et persuader le gènèral Vedel de revenir sur ses pas: cer Messieurs m' ont chargé de vous dire leurs résolution afin que vous sachiez oú ils sont; je leur ai fait donner des chevaux de poste etc. un soldat de cavallerie qui ramene un cheval de l'adjudant, me dit de leur part que le gènèral Vedel retourne aprés avoir recu votre ordre d'aujourd hui, je desire que tout celase vérifie afin de vous assurer verbalement que je suis avec la plus sincére considération.—Theodore Reding.

• Campo de Bailén 21 Julio 1808.—Mi amado general: el primer emisario que llevó la órden al general Vedel ha vuelto con este papel que original remito sin perder un momento (la carta que sigue), él mismo dice que Vedel bajará aqui al momento que su jefe se lo mande.—Siga V. bueno y créame siempre su invariable amigo.—Theodoro Reding.

Le Gèneral Vedel à reçu la lettre qui lui a eté portée par Mr. l' adjudt. Comandt. Martial Thomar ecrite par le Chef d' etat major de son excellence le Gènéral Dupont annonçant que la troupe de la Divn. est comprise dans le traité que son excellence vient de faire avec l' armée espagnole et que dans ce cas il acquiesce á toutes les conditiones du traité qú aura signé Monsieur le Gènéral Dupont.—Ste. Helene le 21 Juillet 1808.—*Le Général de Divn*, VEDEL.

Mi muy estimado General y amigo: mucho hubiera que decir sobre la capitulacion de nuestros enemigos; pero dejaremos esto para el momento que yo tenga el gusto de ver á V.: lo esencial es ahora que V. concluya con sus plenipotencias y ya no se pierda un momento en que estos hombres rindan las armas, y sean transportados á donde deben: mi parecer seria que V. con su talentaso llegase al campo de Peña, y que allí mismo en un instante tratando con el general Dupont acabase un asunto de tanta importancia. Todos estamos impacientes como llenos de confianza en que V. sabrá terminarlo en debida forma, pues la tardanza de ningun modo conviene y nos haria ridiculos á todos. Hoy en dos viajes han ido tres emisarios entre ellos el mismo General de Caballería al parecer sumamente entusiasmado contra la huida de su compañero Vedel, con segunda órden de retroceder y confiado en que lo haria; pero desgraciadamente aún nadie ha vuelto siendo asi que el 1.° salió á las seis de la mañana y los dos segundos á la una del dia.—Sírvase V. esta misma noche contestarme alguna cosa, y permítame que le diga que la Division de Jones deberia ir sin pérdida de momento á adelantarse sobre Despeña-Perros, cosa que no ha hecho Valdecañas por que siempre está en Baeza, Ubeda y Linares.—Queda de V. su afectísimo amigo que desea complacerle y S. M. B.—Theodoro Reding.—El primero que avisó que volveria Vedel es el que salió á las siete de la mañana, pero no fué más que un recado verbal por un soldado de Caballería.—Sr. D. Francisco Xavier Castaños.

Excmo. Sr.—Acabo de llegar al frente del enemigo con la Division de Vanguardia de mi mando; al momento tuve órden de anunciar mi llegada al General Reding con tres cañonazos como lo verifiqué despues de dar posicion á las tropas. En seguida de esta señal se me presentó con trompeta un Oficial francés con la solicitud de suspender hostilidades en consecuencia de haber mandado Dupont un comisionado á V. E. y de estar con el dicho General, el Sr. Reding ofreciéndonos el llevar á un Oficial nuestro á su campo para que se desengañase. En consecuencia ha pasado al Ejército contrario el Coronel de Pavia y don Pedro Agustin Giron, en cuyo acto se, nos presentó Copons, Sargento Mayor del Provincial de Málaga que venia para ratificar la verdad de estar juntos Reding y Dupont, lo que me afirmó y dijo que los franceses han quedado destruidos, que nuestra tropa ha obrado con valor y asombro del enemigo y que en consecuencia el resultado de las capitulaciones debe ser totalmente á nuestro albedrío.—Lo que comunico á V. E. para su inteligencia.—Dios guarde á V. E. muchos años. Sobre el enemigo en el Campo del Viso de Bailén, 19 Julio 1808.—Excelentísimo Sr.—Rafael Menacho.—Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Castaños.

Me hallo en la altura del Rumblar á una legua de Bailén: tengo tomada posicion, y los enemigos se hallan en Laguna que es á una media legua. Además del parlamentario que he remitido á V. E. me envia ahora el General Dupont otro diciéndome que estaba conferenciando con Reding y que si queria yo ir. He remitido al Coronel de Pavia y á D. Pedro Agustin Giron para que vean si es cierto, y porque mi tropa se halla muy fatigada y sin comer ni beber en todo el dia.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Visos de Zumaca y Julio á las 2 y 1/2 del dia 19 de 1808.—Excmo. Sr.—Manuel de Lapeña.

Excmo. Sr.—D. Pedro Agustin Giron y el Coronel de Pavia se han vuelto sin llegar á ver al general Dupont porque han encontrado al Coronel Copons que venia de Bailén y ha asegurado, y á mí igualmente, que Reding no está con Dupont, que ha pedido capitulacion desde que oyeron nuestros tiros de artillería, y creo que Reding envia á V. E. noticia de todo. Pan, vino, aguardiente pido á V. E. por Dios para mis soldados tan sufridos como dignos de la mayor consideracion.—Excmo. Sr.—Manuel de Lapeña.—Excmo. Sr. D. Francisco Castaños.

Excmo. Sr.—Esta tarde he enviado al General Dupont de parlamentario al capitan de Dragones de Pavia D. Ignacio Corral, diciéndole que mis operaciones no dependian de las del General Reding, y que si inmediatamente no se entregaba prisionero con todo su ejército no podia ménos de llevar á efecto las órdenes de mi General en jefe. No contestó pero si se incomodaron mucho los que estaban á su inmediacion: por último, instado por Corral dijo que acaba de enviar una de las primeras personas de su ejército á V. E. y que tenia tratado lo que deberia suceder. Observó Corral la escasez de los enemigos y mala situacion, y he creido deber participar á V. E. este incidente. Conservo la excelente posicion que tomé esta tarde: hace falta pan y el poco que ha venido es muy malo, y creo no ser impertinente en recordar al buen corazon de V. E. no puede el físico de estas dignas tropas continuar sus fatigas si no son alimentadas seguro de que este pais por el estado en que ha quedado nada da de sí.—Dios guarde á V. E. muchos años. Campo cerca de Bailén 19 de Julio de 1808.—Excmo. Sr.—Manuel de Lapeña.—Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Castaños.

Excmo. Sr.—En el momento que recibí la órden de V. E. envié un parlamentario á Dupont intimándole que si no se entregaba con su ejército á discrecion, al momento debian empezar mis hostilidades. La respuesta ha sido venir el General Marescot con pretension de pasar á ver á V. E. No lo he permitido y le he dicho que si traia poderes tratase conmigo porque yo de modo alguno podia

suspender mis operaciones: á esto dijo no los traia. Le repliqué que en ese caso era inútil pasase á ver á V. E y que yo no admitia otra proposicion sino la de entregarse á discrecion, y que suspenderia mi marcha si á lo ménos se entregase todo su ejército en los mismos términos que lo habia hecho su escuadra en Cádiz; apurado con mis precisas cláusulas me ha pedido volver á ver á Dupont dándome palabra de estar aqui ántes de una hora. Me ha parecido acceder á eso y le espero para si su proposicion es como V. E. me tiene insinuado dejarlo pasar á verse con V. E., si no continuar mis operaciones y obedecer á las órdenes de V. E. haciendo volver á Marescot á su campo. El ingeniero Giraldo que ha acompañado á Marescot no quiere volverse, le ha dicho que yo no podia autorizarlo, me respondió si se le admitiria, y le dije que admitiamos á los desertores, y que hiciese lo que quisiera. Está aqui, y V. E. me dirá lo que tenga por conveniente. Acaba de llegar la division de Jones. Incluyo la adjunta de Reding. Marescot convino en que Giraldo se quedase aqui.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo del Rumblar 20 de Julio de 1808.—Excmo. Sr.—Manuel de Lapeña.—P. D. Al General Marescot se le escapó en la conversacion decir que en Despeñaperros no habia en el dia tropa alguna suya. Tal vez convendria tomar á este punto sin pérdida de tiempo.

Excmo. Sr.—Por la órden de V. E. que me ha comunicado Orvegozo suspenderé el movimiento bien aproximativo que estaba ejecutando á la llegada del General Chabert á mi posicion: está completamente cercado Dupont y las dos Divisiones desean el momento de ver rendir las armas á los enemigos. Igualmente dejo en este momento pasar los víveres para el ejército francés que habia suspendido porque la experiencia obliga á desconfiar de los que tantas veces faltan á su palabra.—Incluyo á V. E. la adjunta que ha escrito el General Chabert en mi puesto, y aunque dice para Reding el sobre, creo que se equivocó al ponerlo pues me dijo era para V. E.—Permítame V. E. le repita vengan víveres para mi tropa: Lo merecen por todas consideraciones, y el pan que viene la mayor parte es podrido.—Dios guarde á V. E. muchos años. Campo del Rumblar 21 de Julio de 1808.—Excmo. Sr.—Manuel de Lapeña.—Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Castaños.

Du Quartier Gènéral de Monsieur le Gènéral Lapeña le 20 juillet 1808.—Mon Général —J'ai l'honneur de vous adresser la lettre de Monsieur le Gèneral Reding à S. E. le Gènéral Dupont D'aprės cette lettre il parait certain que le Gl. Vedel est en route pour reprendre la position qú il occupait. D' aprės cette consideration je vous invite á vouloir bien ordonner que tout mouvement militaire cesse autour de nous, et daus l'hipotese, meme oú le Gel. Vedel n'aurait pas effectué son retour quoique je sůis persuade qú il a repris son ancienne position ou qú il est en route pour la reprendre, vous ètes certainement tres conveincu de notre loyauté et vous devez en outre et re perssuadé que nous ne manquerons pas á la parole d'honneur que nous vous avons donné—Nous partons de suite pour nous rendre auprés de son E. le Gl. Dupont, je resterai peu auprès de lui et je partirai dé suite pour me rendre auprés de vous.—Monsieur le Gènéral,—j'ai l' honneur de vous saluer avec la considèration la plus distinguée =Chabert.

A son Excellence.—Monsieur le Général Reding Commandant en chef les tropes Espagnoles en Andalousie.—A Audujar.—Le Gl. Chabert.

Excmo. Sr.—Esta mañana ha habido un tiroteo bastante vivo sobre mi izquierda. El Comandante de mi vanguardia Menacho marchó al momento á instruir á las partidas de Cruz del tratado y rendicion del ejercito enemigo. Cesó inmediatamente, y sólo resultaron tres franceses muertos.—Dios guarde á V. E. muchos años. Campo del Rumblar 21 de 1808.—Excmo. Sr.—Manuel de La-

peña.—Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Castaños.—P. D. Mediante lo que acaba de decirme Coupigni he enviado á decir á Dupont será responsable si no hace que Vedel vuelva à la posicion que tenia, y adelantaré esta tarde mi posicion para estar más encima del enemigo por si el mismo Dupont quiere esta noche hacer alguna traicion. Sírvase V. E. decirme si lo aprueba, y hasta este caso permaneceré en la que estoy.

Excmo. Sr.—Por haberme presentado esta mañana al salir el sol el General Chabert la carta de Vedel, en que se conviene á cuanto ha capitulado el General Dupont, he suspendido el ataque que en excelente posicion iba á empezar, pues haya mis avanzadas, que están á tiro de pistola de los enemigos, despues de haberles desalojado, sin que hayan contestado á mis tiros, se hallan sobre los franceses, que me han pedido permiso para enterrar en su mismo terreno á un General suyo. En este caso sólo falta que V. E. con el General Chabert, acuerde la hora que deben entregar las armas. Si pudiese colocarlos por secciones, seria mejor, y cada una de éstas fuera á distintos pueblos, esto es, una á Villanueva, otra a Menjivar y otra á Calzadilla. De las demás prevenciones, de custodia, entrega de armas, y efectos, cuidaré de esto, siendo indispensable se sirva V. E. enviarme un tanto de las capitulaciones para arreglarme á ellas; Sintiera no haber acertado á llenar las intenciones de V. E., pero me ha parecido debia proceder del modo indicado, viendo la sumision del enemigo y la carta dicha. Bouligni informará V. E. respecto á que fue quien esta mañana llevó mi terminante y última resolucion.—Estas divisiones necesitan á lo menos de pan.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo del Rumblar 22 de Julio de 1808.—Excelentísimo Sr.—Manuel de Lapeña.—Excmo S. D. Francisco Xavier Castaños.

NUMERO 15.

En el archivo del general duque de Bailén existe una carta de D. José Rodriguez Muela en la que, con fecha de 11 de Noviembre de 1840, pedia al general Castaños certificase que el 19 de Julio de 1808, y en el momento en que ajustaba la capitulacion, le fueron presentados por unos paisanos de la Mancha, dos oficiales franceses que habian hecho prisioneros en su pais, con algunos pliegos, además, de que los mismos eran portadores, pliegos á consecuencia de cuya lectura, variándose las condiciones, se decidió se entregaran prisioneras de güerra, deponiendo las armas y conservando el bagaje, hasta ser trasportadas á Francia, todas las tropas imperiales de Andalucía y hasta las que se hallaban hasta Manzanares á 18 leguas del punto de la negociacion.

El general Castaños en carta del 20 de Noviembre, contestó que era cierto lo expresado y que los pliegos, conteniendo la órden del Duque de Róbigo para que la division Vedel volviera á Castilla, causaron el que se obligase á ésta á entrar en la capitulacion misma de Dupont.

El pasaporte que se dió á los manchegos al regresar á su pais decia «que habian hecho el servicio más grande que pudiera imaginarse, en obsequio de la »Independencia de la Nacion.»

NUMERO 16.

Capitulaciones ajustadas entre los respectivos Generales de los Exércitos Español y Francés.

Los Excmos. Señores Conde de Tilli, y D. Francisco Xavier Castaños, General en Xefe del Exército de Andalucía, queriendo dar una prueba de su alta estimacion al Excelentísimo Señor General Dupont, grande Aguila de la legion de honor, Comandante en Xefe del cuerpo de observacion de la Gironda, así como al exército de su mando por la brillante gloriosa defensa que han hecho contra un exército muy superior en número, y que le envolvia por todas partes, y el Señor General Chabert, Comandante de la legion de honor, encargado con plenos poderes por S. E. el Señor General en Xefe del exercito francés, y el Excelentísimo Señor General Marescot, grande Aguila de la legion de honor y primer Inspector general del cuerpo de Ingenieros, han convenido los artículos siguientes:

1. Las tropas del mando del Excmo. Señor General Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la division Vedel y otras tropas francesas que se hallan actualmente en Andalucía.

2. La division del Señor General Vedel, y generalmente las demás tropas Francesas de la Andalucía que no se hallan en la posicion de las comprehendidas en el artículo antecedente, evaquarán la Andalucía.

3. Las tropas comprendidas en el artículo segundo conservarán generalmente todo su bagaje; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viage dexarán su artillería, tren y otras armas, al exército español, que se encarga de devolvérselas en el momento de su embarque.

4. Las tropas comprehendidas en el artículo primero del tratado saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones á la cabeza de cada batallon y los soldados con sus fusiles que se rendirán y entregarán al exército español á quatrocientas toesas del campo.

5. Las tropas del General Vedel y otras que no deban rendir sus armas, las colocarán en pabellones sobre su frente de banderas, dexando del mismo modo su artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por Oficiales de los dos Exércitos, y todo les será devuelto, segun queda convenido en el artículo tercero.

6. Todas las tropas Francesas de Andalucía pasarán á Sanlúcar y Rota por los tránsitos que se les señale, que no podrán exceder de quatro leguas regulares al dia con los descansos necesarios para embarcarse en buques con tripulacion española, y conducirlos al Puerto de Roche-Fort en Francia.

7. Las tropas Francesas se embarcarán así que lleguen al puerto de Rota, y el exército español garantirá la seguridad de su travesía contra toda empresa hostil.

8. Los Señores Generales, Xefes y demás Oficiales conservarán sus armas, y los Soldados sus mochilas.

9. Los alojamientos, víveres y forrage durante la marcha y travesía se suministrarán á los Señores Generales y demás Oficiales, así como á la tropa á proporcion de su empleo, y con arreglo á los goces de las tropas españolas en tiempo de guerra.

10. Los caballos que segun sus empleos corresponden á los Señores Genera-

les, Xefes y Oficiales de estado mayor se transportarán á Francia mantenidos con la racion de tiempo de guerra.

11. Los Señores Generales conservarán cada uno un coche y un carro; los Xefes y Oficiales del estado mayor un coche solamente exentos de reconocimiento, pero sin contravenir á los reglamentos y leyes del Reyno.

12. Se exceptúan del artículo precedente los carruages tomados en Andalucía, cuya inspeccion hará el Señor General Chabert.

13. Para evitar las dificultades del embarque de los Caballos de los Cuerpos de Caballería y los de Artillería comprehendidos en el artículo segundo, se dexarán unos y otros en España pagando su valor segun el aprecio que se haga por dos comisionados Francés y Español.

14. Los heridos y enfermos del exercito francés que queden en los hospitales, se asistirán con el mayor cuidado y se embiarán á Francia con segura escolta así que se hallen buenos.

15. Como en varios parages particularmente en el ataque de Córdoba, muchos soldados á pesar de las órdenes de los Señores Generales, y del cuidado de los Señores Oficiales cometieron excesos, que son consiguientes é inevitables en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los Señores Generales y demás oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que puedan haberse quitado y entregarlos si existen.

16. Los empleados civiles que acompañan al exercito francés no se consideran prisioneros de guerra, pero sin embargo gozarán durante su transporte á Francia todas las ventajas concedidas á las tropas francesas, con proporcion á sus empleos.

17. Las tropas francesas empezarán á evacuar la Andalucía el dia 23 de Julio á las 4 de la mañana. Para evitar el gran calor se efectuará por la noche la marcha de las tropas, y se conformarán con la jornada diaria, que arreglarán los Señores Xefes del estado mayor francés y español, evitando el que las tropas pasen por las Ciudades de Córdoba y de Sevilla.

18. Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, á saber: trescientos hombres de escolta por cada columna de tres mil hombres, y los Señores Generales serán escoltados por destacamentos de Caballería de linea.

19. A la marcha de las tropas precederán siempre los comisionados francés y español, para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, segun los estados que se les entregarán.

20. Esta capitulacion se enviará desde luego á S. E. el Señor Duque de Róbigo, General en Xefe de los exércitos franceses en España, con un Oficial francés escoltado por tropa de linea española.

21. Queda convenido entre los dos exércitos, que se añadirán como suplemento á esta capitulacion los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bien estar de los franceses, durante su permanencia y pasage en España.

Convenido y hecho por duplicado en Andújar á 22 de Julio de 1808.—Xavier Castaños, General en Xefe del exército de Andalucía.—El Conde de Tilli, representante y Vocal de la Suprema Junta de España é Indias, residente en Sevilla.—Ventura Escalante, Capitan General del exército y costa de Granada.—Como testigo el General de division Marescot.—El General Chabert.

Artículos adicionales igualmente autorizados.

1. Se facilitarán dos carretas por batallon para transportar las maletas de los Señores Oficiales.

2. Los Señores Oficiales de caballería de la division del Señor General Dupont conservarán sus caballos solamente para hacer su viage y los entregarán en Rota, punto de su embarco, á un comisionado español encargado de recibirlos. La tropa de caballería de la guardia del Señor General en Xefe, gozará la misma facultad.

3. Los franceses enfermos que están en la Mancha, así como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ú otro que parezca más conveniente.

Los convalecientes les acompañarán á medida de que se vayan curando, se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia, baxo la misma garantía mencionada en el artículo 6 de la capitulacion.

4. Los Excmos. Señores Conde de Tilli, y General Castaños, Comandante en Xefe del exército español de Andalucía, prometen interceder con su valimiento para que el Señor General Excelmans, y el Señor Coronel La Grange, y el Señor Teniente Coronel Roseti, prisioneros de guerra en Valencia, se pongan en libertad, y conduzcan á Francia baxo la misma garantía expresada en el artículo anterior.

Decretado y hecho por duplicado en Andújar á 22 de Julio de 1808 de órden del General en Xefe.—Tomás Moreno, Ayudante general.

NUMERO 17.

Acta de acusacion contra los que han tomado parte en la Capitulacion de Bailén (20 de Febrero de 1812.)

De los interrogatorios de los acusados, de las declaraciones de los testigos y de las piezas del procedimiento,

Resulta:

Que el General Dupont permitió que el saqueo de Córdoba se prolongase más allá de los primeros momentos concedidos al furor del soldado;

Que no dictó órdenes para la seguridad de los fondos públicos sino tres dias despues del de su entrada en Córdoba.

Que no dispuso la entrega de todos los fondos á la caja del Pagador general;

Que evacuó Córdoba, sin llevarse todos los enfermos, áun cuando tenia ochocientos carros de equipajes;

Que puso, al levantar su campo de Andújar, demasiado cuidado en la conservacion de esos equipajes, lo que le impidió desplegar todas sus fuerzas contra el enemigo al llegar á Bailén la mañana del 19;

Que descuidó, al pedir la tregua el 19, el estipular por escrito algunas condiciones;

Que comprendió en esa tregua, en seguida, las divisiones Vedel y Dufour, para las que no habia sido ni podia ser estipulada;

Que hizo devolver al enemigo prisioneros, cañones y banderas conquistadas por la division Vedel en buena ley de guerra;

Que rechazó el 20 las proposiciones del General Vedel para entenderse con él y volver á emprender el ataque, así como las del General Privé para, sacrificando los bagajes, usar de las tropas que los custodiaban y atacar á Reding miéntras el General Vedel lo hiciese por su lado;

Que dió sucesivamente al General Vedel el 20 órdenes contradictorias, tanto para que se retirara á Sierra-Morena, como para mantenerse quieto, y para que se considerase comprendido en la tregua;

Que celebró el 20 uno con pretensiones de Consejo de guerra y permitiendo se deliberase sobre la capitulacion sin asistir el General Vedel ni Oficial alguno de su division;

Que envió plenipotenciarios para negociar la capitulacion sin instrucciones escritas y precisas;

Que autorizó en seguida, la noche del 21 al 22, á ese plenipotenciario para firmar condiciones vergonzosas y deshonrosas para los soldados franceses;

Que estipuló la conservacion de los bagajes y efectos con un esmero que parece anunciar que eran uno de los motivos determinantes de la capitulacion;

Que comprendió en esa capitulacion, sin derecho para ello, dos divisiones enteras, libres, sin compromiso y con los medios de retirarse á Madrid.

Que parece haberlo hecho á fin de obtener mejores condiciones para su propia division;

Que engañó al general Vedel, escribiéndole y haciéndole escribir el 21 por la mañana, que estaba comprendido en una capitulacion no ajustada entónces,

que no le fué comunicada hasta la noche del 21 al 22 y no se firmó sino el 22 á mediodia (1);

Que así, no solamente sacrificó la division Barbou que se hallaba á sus órdenes, y la division Vedel á la que habia perdido el derecho de dárselas, sino que tambien á las tropas que aseguraban la comunicacion con Madrid, desde Santa Elena á Mozanares;

Que ha sido causa de la pérdida de la provincia de Andalucía, y ha expuesto, abriendo al enemigo la entrada en la Mancha y el camino de Madrid, á todos los franceses que se hallaban en aquella parte de España, á ser atacados de improviso y confundidos por el número;

En consecuencia, el general Pedro Dupont, de edad de 47 años, general de Division, conde del Imperio, grande águila de la Legion de Honor, es acusado de haber comprometido la seguridad exterior del Estado, firmando una capitulacion por la cual entregó al enemigo, no sólo su propia division, sus cañones, armas y municiones, sino las posiciones, además, que ocupaba la division Vedel, sus cañones, armas y municiones, y abierto, así, la provincia de la Mancha y el camino de Madrid al ejército del general Castaños, crimen previsto por el artículo 77 del Código penal;

El general Armando Samuel Marescost, grande águila de la Legion de Honor, es acusado de complicidad;

Por haber sido uno de los instigadores y firmantes, áun cuando en calidad de testigo, de la capitulacion, y haber propuesto y redactado él mismo uno de los artículos;

El general de Brigada Teodoro Chabert, comandante de la Legion de Honor es acusado de complicidad;

Por haber discutido, fijado y firmado los artículos de la capitulacion;

El general de Division Domingo-Honorato-Antonio Vedel, Comandante de la Legion de Honor, conde del Imperio, es acusado de complicidad;

Por haber reconocido la autoridad de un general que no tenia órdenes que darle, por la sola razon de que estaba cercado por el enemigo, habia consentido en una tregua ántes de su llegada al campo de batalla y no se hallaba, de consiguiente, libre;

Por haber reconocido la tregua como extensiva á su division, cesado de combatir, devuelto los prisioneros que habia hecho y los cañones y banderas que habia cogido al enemigo;

Por no haber continuado el 21 su camino de Santa Elena á Madrid, á pesar de las cartas de los generales Dupont y Legendre con órdenes que él no debia reconocer;

El general de Brigada Francisco María Guillermo Legendre baron del Imperio, jefe de Estado Mayor, es acusado de complicidad con el general Dupont;

Por haber sido el órgano de las órdenes dadas por el citado general;

Por haber escrito el 21 de Julio al general Vedel que debia quedarse porque estaba comprendido en una capitulacion hecha cuando no fué firmada hasta el 22.

El capitan de caballería Cárlos Villoutreys, caballero de la Legion de Honor, caballero gran cruz de la Union de Babiera, es acusado de complicidad con el general Dupont;

---

(1) «Es un error, dice el general Vedel, de cuyas Memorias se ha traducido este acta, no me fué comunicada hasta la noche del 23 al 24; no podia comunicárseme ántes, no habiéndose firmado hasta el 22.»

Despach

Zaragoza … de la 5ª Compª de

Exmo Sor.

A V.E. Sup.ca Jose Monclus

Por haber fijado la tregua con Reding y Castaños, sin condiciones escritas y sin garantía;

Por haber tomado parte en la discusion y conclusion de la capitulacion;

Por haber dado en el camino de Bailén á Madrid, aviso y órdenes á los jefes, escrito al general Castaños en términos de impedir que se retirásen á Madrid y de entregar al enemigo todas las tropas que se hallaban en Sierra-Morena, Puerto del Rey y Madridejos, por haber hecho cuanto cabia en él para someter igualmente á la capitulacion un batallon que á pesar de él se evadió hácia Madrid.

El general Legendre, jefe de Estado Mayor del ejército es acusado, además, de complicidad con José Plauzoles, pagador ántes del ejército del general Dupont, y con Augier Lerembourg, pagador de la division Dupont, por haberse puesto de concierto para sustraer sumas por más de 3.000 francos del tesoro público, crímen previsto en el artículo 169 del Código penal.

En Paris, á 17 de Febrero de 1812.—Regnault de Saint-Jeand D'Angely.

NUMERO 18.

Navio de S. M.—Occeano.—Excmos. Sres.—Habiendo recibido una solicitud de la Suprema Junta de Sevilla para que fuesen concedidos por mi pasaportes para ciertos barcos que han de emplearse en conducir al puerto de Rochefort, las tropas francesas que capitularon en Bailen, debo significar á VV. EE. las órdenes que he recibido sobre el particular de los Ministros de S. M. El valor y energia de que ha dado pruebas el Ejército español conduciendo á tan glorioso fin los grandes talentos militares del general que lo mandaba, el valor, intrepidez y lealtad con que se logró esta victoria, ha excitado en el ánimo de S. M. los sentimientos de la mayor admiracion.—Sin embargo debo manifestar á VV. EE. que una capitulacion hecha con los enemigos de S. M.: y en que no ha tenido parte alguna, no puede obligar á S. M. á cumplir ninguna cláusula de ella, segun enseñan los principios establecidos en las leyes de las naciones, pues aunque S. M. el Rey ha declarado la suspension de hostilidades con los territorios de España que no estén sujetos á la Francia, y aunque S. M. ha declarado su resolucion de sostenerlos y que actualmente socorre á las provincias de España que han tomado las armas contra la Francia, S. M. no ha hecho ningun contrato con ninguna parte de España ni ésta ha hecho á S. M. proposicion que por ningun titulo ciñan el derecho que posee como beligerante independiente.—Pero áun cuando España estuviese unida con la Inglaterra por un tratado y por tanto que fuese un aliado reconocido, S. M. como una potencia beligerante con la Francia, conservaria todavia el derecho de impedir la conduccion á Francia de un enemigo que por cualquier titulo, y mediando todas las circunstancias imaginables, volveria á tomar las armas alli, y obraria hostilmente contra S. M. ó contra sus aliados.—Habiendo tratado los españoles en Bailén conducir el ejército francés á Rochefort, la execucion de semejante tratado, seria una restriccion de los derechos de S. M. como potencia beligerante é independiente.—Por lo tanto es de mi deber protestar contra el derecho que suponga España tener para considerar á S. M. como obligado por la convencion á desistir de continuar las hostilidades contra un enemigo conducido de semejante modo.—Pero no obstante este derecho legitimo que asiste á S. M. para oponerse á la ejecucion del tratado.—S. M. consideradas todas las circunstancias del caso no se opondrá á ella, bajo condicion de que se observen las cláusulas competentes á la seguridad de los dominios de S. M.—1.°—El ejército francés de Andalucía que capituló en Bailén, se embarcará en divisiones que no excedan de 4.000 hombres en cada division en barcos mercantes, desarmados, y tripulados por Españoles, para ser conducidos á un puerto de Francia que no esté bloqueado por las escuadras inglesas.—2.°—Como el puerto de Rochefort está bloqueado estrechamente por las escuadras de S. M., Consiguiente al articulo anterior no pueden pretender desembarcar en aquel puerto, pero se permitirá que los prisioneros franceses sean desembarcados en algun puerto entre Brest y Rochefort.—3.°—Que á fin de impedir que los barcos trasportes de las sobre dichas tropas capituladas sean detenidos por el gobierno frances y empleados hostilmente contra los dominios de S. M., su embarque en España se estipulará de modo que la 2.ª division no se haga á la vela de España, hasta que se haya verificado la vuelta de los trasportes de la primera y asi suce-

sivamente.—4.ª—Deberá entenderse que los prisioneros no han de trasportarse á Francia en barcos de guerra á lo que no puede acceder la Inglaterra, visto la conducta anterior de la Francia.—Estas son las condiciones, bajo las cuales S. M. se digna consentir en la vuelta á Francia de las tropas capituladas sin que se les ponga impedimento.—Naturalmente deberá ocurrírsele á la suprema Junta que en tanto que no haya un gobierno central en España y en tanto que se formen tratados recíprocos entre la Gran Bretaña y la Nacion Española, y que se arregle un sistema de conducta aun para la autoridad misma y para los muchos intereses.—La Gran Bretaña está obligada á consultar su propia seguridad y á sostener sus propios derechos; no obstante está pronta á quebrantarlos en favor de España siempre que se hallen comprometidos su honor y sus verdaderos intereses.—En tanto que éstos puedan conciliarse con la seguridad permanente é intereses del Imperio Británico, tengo el honor de remitir á VV. EE. pasaportes para los barcos españoles mercantes y desarmados que hayan de emplearse para trasportar 4.000 hombres de las tropas francesas á puertos de Francia entre Rochefort y Brest, debiendo entenderse claramente que no se permitirá de ningun modo el desembarque en algunos de los mencionados puertos y que no se embarcará mayor número que el de 4.000 hombres hasta que se hallen de vuelta los barcos trasportes de la primera division.—Tengo el honor de ser S. S. vuestro mas obediente y más humilde servidor.—Collingwood.—A los Excmos. Sres. Ministros de la Suprema Junta de Sevilla., etc., etc., etc. Es copia.—Manuel de Aguilar, Secretario.

Se mandó en 29 de Noviembre de 1808 por este mismo Sr. Secretario de la Suprema á D. José Virues.

NÚMERO 49.

Parte de la batalla de Bailén.

SERENÍSIMO SEÑOR:

Las infinitas ocupaciones y movimientos que sucesivamente se han ido multiplicando en razon de las posiciones del exército y plan de campaña, no me han permitido el que á estas horas se hayan recogido todos los detalles necesarios para informar á V. A. exáctamente de las principales ocurrencias, que han podido merecer atencion en la brillante y rápida campaña, que por ahora debemos considerar como terminada por la completa victoria, y demas consequencias de la batalla de Baylen; no obstante podré informar á V. A. de las circunstancias más interesantes, en razon de los informes y relaciones que me han pasado los Generales de la primera y segunda division Don Teodoro Reding, y Marqués de Coupigni, (cuyos originales acompaño) y por su contenido tendrá V. A. los precisos conocimientos para formar una idea de todo lo ocurrido, reservándome el remitir á V. A. en lo sucesivo las demas noticias que puedan convenir, y para lo que he dado las órdenes correspondientes á los jefes de las divisiones.

En la madrugada del diez y seis del corriente tomó sus posiciones el General Reding, para amenazar y entretener al enemigo en su posicion de Menjivar, mientras que con el grueso de las fuerzas de su mando verificaba el paso del rio á distancia de media legua, por el vado que llaman del Rincon: esta operacion se hizo con la mayor felicidad; el enemigo fué desalojado de todas sus posiciones, perseguido hasta las inmediaciones de Baylen, y batido en todas partes: su General Gobert fué muerto, y despues de haber logrado el objeto, y obtenido quantas ventajas pudieran esperarse, la division repasó el rio con el mayor órden, y ocupó su antigua posicion hasta la tarde siguiente del 17 en que libres todas aquellas inmediaciones de enemigos, y en disposicion de poderse pasar el Guadalquivir por qualquier punto, volvió á ponerse en movimiento, pasó el rio por los vados inmediatos al pueblo, tomó su posicion en las alturas que tenia sobre su frente, en donde al amanecér del dia 18 se reunió la division del Marqués de Coupigni, y ambas se pusieron en marcha para Baylen con el objeto de atacar al enemigo.

Verificada la llegada de estas divisiones á Baylen, se dieron las órdenes necesarias, y se dispusieron las columnas de ataque con direccion á Andújar; pero á las tres de la mañana del 19 en que se estaba formando la tropa para emprender la marcha, el General Dupont, que con su exército habia salido de Andújar al anochecer del dia 18 atacó á nuestro campo; y empezó el fuego de su artillería, con designio sin duda de sorprehendernos. En el momento se dirigieron con celeridad todas las tropas de las divisiones conducidas por sus jefes á los puntos atacados, auxiliados de la artillería, siendo tan vivos sus movimientos, que la primera compañía de artillería á caballo, y aun la de batalla sufrió algunas cuchilladas de los enemigos, y tomando el órden de columnas, segun los puntos que ocupaban las tropas, marchó la division de la izquierda compuesta de guardias Walonas, suizos de Reding, Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Za-

padores, y regimiento de caballeria de España á atacar las alturas inmediatas y flancos del enemigo. Despues de una resistencia muy viva fué desalojado, perdiendo dos piezas de artilleria, y habiéndose reunido los enemigos en un quadro, fué atacado con mucho ardor por el regimiento suizo de Reding, y por las reales guardias Walonas que lo sostenian. El enemigo fué enteramente roto; y tuvo que retirarse sobre el puente, cuyo movimiento le obligó á retroceder de su centro hasta mas de media legua, y reunido con una reserva que venia de Andújar, volvió á atacar dos veces este punto, siendo rechazado la primera por nuestra infanteria y caballeria, logrando solamente en la segunda volver á posesionarse del puente, de cuyo resultado siguió el General Dupont sus designios de ataque contra nuestro centro y derecha. Quando aclaró el dia nuestras tropas estaban ya en posesion de las alturas que antes ocupaban, y el enemigo emprendió sus ataques por varios puntos de la linea, teniendo la ventaja de formar sus columnas á cubierto de nuestros fuegos por la mejor posicion que ocupaban, protegido de su artilleria. En todos los puntos fué rechazado y aun perseguido, á pesar de lo vigoroso de sus ataques, que repitió sin mas interrupcion que la necesaria para replegarse y formar nuevas columnas, sin haber podido ganar terreno alguno, aunque en varias ocasiones rompió nuestras lineas con una intrepidez propia de unas tropas acostumbradas á vencer, llegando hasta nuestras baterias, que fueron servidas en este dia de un modo que asombró y aterró á los enemigos, pues no solo desmontaron al instante su artilleria, sino que desbarataban quantas columnas se presentaban. A las doce y media del dia fatigado el enemigo y desesperado por no haber podido conseguir ventaja alguna, emprendió el último ataque, en el que el General Dupont y demás Generales se pusieron á la cabeza de las columnas, y á pesar de la intrepidez y esfuerzos mas extraordinarios, los resultados fueron iguales á los de los ataques anteriores, y en este estado pidió el General Dupont entrar en capitulacion, y se suspendieron las hostilidades en uno y otro exército, quedando en sus respectivas posiciones.

El Mariscal de campo Marqués de Coupigni, jefe de la segunda division, de comun acuerdo con el General Reding, jefe de la primera, acudió con sus fuerzas á los puntos mas vivos de los tres ataques generales, y con sus conocimientos y valeroso exemplo contribuyó á los felices resultados de que vá hecha mencion.

El Brigadier D. Francisco Venegas Saavedra, jefe de la vanguardia, y situado al costado derecho, hizo en este dia servicios muy distinguidos, y contribuyó singularmente á que el enemigo fuese batido en aquel punto.

Los Coroneles D. Francisco Xabier Abadia, Mayor general de la division, D. Josef Juncar, Ayudante general de la artilleria, y D. Antonio de la Cruz, Comandante de estas armas se han hecho dignos del mayor elogio.

El Baron de Montagne, Capitan de guardias Walonas y Comandante de las partidas de guerrilla se ha distinguido extraordinariamente, y ha quedado gravemente herido por la caballeria enemiga.

El Comandante de guardias Walonas D. Josef Pul, y todos los individuos del batallon de su mando se han cubierto de gloria, y entre las diferentes acciones distinguidas que pudieran citarse, no puedo omitir la del primer Teniente Don Matias Power, que con el Sargento Mausini y quince soldados se arrojó sobre un esquadron de caballeria, y le obligó á huir.

El Coronel del regimiento de infanteria de Ordenes Militares D. Francisco de Paula Soler ha sostenido su notorio crédito, y los varios movimientos que hizo con el cuerpo de su mando, han contribuido al feliz exito con glorioso sacrificio de muchos de sus Oficiales.

Del mismo modo se ha conducido el Brigadier D. Pedro Grimarest, que con

su actividad y celo ha desempeñado noblemente sus funciones, como asimismo D. Francisco Copons y Navia.

Los Capitanes de Zapadores D. Gaspar de Goycochea y D. Pasqual Maupoey, y demas Oficiales pertenecientes á este cuerpo se han distinguido al lado de la artilleria, y durante la accion trajeron á nuestras baterias un cañon, que habia abandonado el enemigo.

D. Torquato Truxillo, guardia de Corps de la compañia Italiana, y Ayudante de campo del Brigadier D. Francisco Saavedra, se ha distinguido por su buena disposicion y extraordinaria bizarria.

Los Regimientos de Infanteria de la Reina, Irlanda Jaen de linea, Barbastro, tercio de Texas, y Cazadores de Antequera, han mantenido la reputacion que siempre han merecido. Varios otros cuerpos del exército contraxeron tambien mérito respectivo á las situaciones que les ofreció la suerte del combate, y no se nombran individualmente por no incurrir en una difusion agena de un parte militar.

La compañia de Lanceros de Jerez á las órdenes de D. Nicolas Cherif, y la de voluntarios de Utrera á la de D. Josef Sanabria han hecho servicios muy distinguidos.

Si la conducta de los Generales Reding y Coupigni es digna del mayor elogio, no lo es ménos la del Teniente General D. Manuel de Lapeña, que con su Cuerpo de reserva, y la tercera division al mando del Mariscal de campo D. Felix Jones, se posesionó la mañana del 15 de los visos de Andújar, desde cuyas alturas incomodó tanto al enemigo, que le mató mucha gente y desmontó dos piezas de artilleria, cuando su pérdida fué cortísima. La sorpresa que causó á Dupont la posicion de estas dos divisiones y el recelo de que le atacasen por el puente y vados inmediatos sin duda le hizo concebir el proyecto de abandonar la ciudad, que verificó en la noche del 18 por el camino de Baylen: noticioso de este movimiento al amanecer del 19 dió el General Lapeña las órdenes convenientes, y se puso en marcha para Andújar, y perseguir al enemigo en su retirada: nombró su vanguardia compuesta de los Batallones de Campo mayor y Valencia, Tiradores de Africa, 40 Carabineros Reales, Regimiento de caballeria del Príncipe, y 4 piezas de artilleria volante, todo al mando del Comandante del citado Campo mayor D. Rafael Menacho, y el resto de la reserva lo dividió en dos secciones, la primera al mando del Mariscal de campo D. Narciso de Pedro compuesta del Regimiento de Dragones de Pavia, y de los de infanteria de Granaderos provinciales, Africa y Zaragoza: y la segunda al del Marqués de Gelo, del Regimiento de caballeria Dragones de Sagunto, y Esquadron de Carmona, y los de infanteria de Búrgos, Cantabria, Milicias de Lorca, una compañia de Zapadores, 150 Suizos de Reding, con 4 piezas de artilleria cada una: la marcha tan rápida de estas tropas hasta alcanzar las del enemigo, el cansancio, excesivo calor, necesidad y sed que resistieron, patentiza de un modo incontrastable sus deseos de batirse; y si no tuvieron esta dicha, á lo ménos aterraron con su aproximacion al enemigo, de modo que los quatro primeros cañonazos que tiró la vanguardia, y que indicaron á Reding y Coupigni la posicion de Lapeña, obligaron á que Dupont se decidiese á capitular, para lo qual mandó varios parlamentarios de que resultó cesasen las hostilidades y quedasen los dos ejércitos en las posiciones que tenian.

Durante esta suspension el General Vedel con su division que estaba en Guarroman, hizo un movimiento sobre Baylen, faltando á las leyes de la guerra, y en conseqüencia se reunió á Lapeña el resto de la division de Jones, tomando ambas posicion de ataque sobre la de Dupont, é intimándole se rindiese á discrecion, sin dar lugar á más parlamento; pero este hizo que Vedel volviese

a ocupar el punto de donde habia salido, y se concertó la capitulacion.

El General Lapeña recomienda justamente el mérito de los Generales, Jefes, Oficiales y Soldados, que estuvieron baxo sus órdenes, y en quienes notó los deseos más vehementes de venir á las manos con el enemigo, y con lo que se hicieron acreedores al digno nombre de Españoles.

Miéntras que las cuatro divisiones obraban con arreglo al plan de ataque que se les habia prescripto el Teniente Coronel D. Juan de la Cruz, en cumplimiento de mis instrucciones, se dirigió con las tropas de su mando al N. O. de Andújar, pasó el rio por el puente de Marmolejo, y se situó en las alturas de la Sementera sobre el flanco derecho del enemigo: en esta posicion colocó por su primera linea el batallon de Tiradores de Cádiz, al mando de su sargento mayor D. Francisco O'Donnell, sobre su derecha el de Tiradores de España á las del Coronel D. Juan de Villalva; y á su izquierda el de voluntarios de Carmona al mando de su Comandante D. Josef Asmenich, dexando para cuerpo de reserva á lás órdenes del Marques de Campo-hermoso las compañías de las costas de Granada y 150 Tiradores de Montoro, que mandaba el Capitan D. Francisco Nuño. En este órden, y adelatándose los indultados de Málaga y guerrillas de cada cuerpo á reconocer los olivares de las inmediaciones, fueron atacados por los enemigos en la mañana del 16, de modo que se vieron en la necesidad de replegarse sobre los Tiradores de Cádiz que los sostuvieron bizarramente; sin embargo como las fuerzas enemigas eran muy superiores, fué preciso se replegase tambien este batallon sobre los demás cuerpos que ya le sostenian, y en cuya accion se distinguieron los Tiradores de España y voluntarios de Carmona, que á porfía se empeñaron; de modo que el enemigo tuvo que abandonar el campo de batalla, dexando más de 30 muertos, y llevándose una multitud de heridos. Por nuestra parte tuvimos 17 de los primeros y 25 de los segundos: despues de esta gloriosa accion se transfirieron las tropas á las alturas de las peñas del Moral, donde permanecieron hasta que advirtiendo abandonaba el enemigo á Andújar la noche del 18, dirigiéndose por el camino de Baylen, emprendieron su marcha á ocupar el pueblo de Baños, para comunicarse con la division del General Reding, y combinar con ella sus movimientos; pero antes de verificarlo, principiaron á oir el fuego, que por su viveza y constancia no dexó duda del encuentro de Dupont con nuestras divisiones, y desde este momento aceleró Cruz su marcha, de modo que sus avanzadas se situaron á dos tiros de fusil del enemigo, y le imposibilitaron se surtiese de agua del rio por aquella parte.

Cruz elogia con justicia los Jefes, Oficiales y tropas de su mando así por su bizarría en los combates parciales que sostuvieron, como por su constancia, sufrimiento y resignacion al excesivo calor, marchas forzadas por lo escabroso de la sierra, escasez de agua y áun de pan.

El dia 22 desfilaron delante de nuestro exército las tropas de la division de Dupont en número de 8242 hombres, rindiendo sus armas, águilas y banderas, quedando prisioneros de guerra. La division del General Vedel en número de 10.000 hombres, entregó tambien sus armas y artillería el dia 23.

La pérdida de los enemigos asciende á 2.200 muertos en el campo de batalla, y 400 heridos: la nuestra ha sido de 243 muertos, entre ellos 10 Oficiales, y 735 heridos inclusos 24 Oficiales.

Los Oficiales de mi estado mayor han llenado su deber en todos ramos y contribuido á la organizacion del ejército en el pié respetable en que se halla.

Finalmente, Serenísimo Señor, sería interminable esta relacion, si hubiese de expresar uno por uno todos los que se han hecho dignos del nombre Español: baste decir, que el enemigo se batió con ventaja en todos sentidos: 1.° por ser superior en fuerza, pues constaba de 12.000 hombres, y aunque las tropas de Re-

ding y Coupigni, únicas que entraron en funcion, componian próximamente un total de 14.000, se desmembró de esta fuerza un cuerpo considerable, que debió observar los movimientos del General Vedel, que estaba sobre Guarroman: 2.° por haber tomado posicion de ataque, cuando nuestras divisiones de Baylen entraban en el órden de marcha: 3.° por ser más numerosa su artilleria: 4.° por las incalculables ventajas que lleva consigo un ejército que ataca sobre el que es atacado, y casi sorprehendido en un movimiento de marcha: 5.° por su completa organizacion con el competente número de Generales, Jefes, subalternos, y todos los demás auxilios y requisitos de sus trenes bien acondicionados y dispuestos á todo movimiento de colunas y maniobras: y 6.° en fin por la calidad de sus tropas bien disciplinadas, aguerridas y acostumbradas á vencer. Este exercito pues tan superior al nuestro de Baylen no sólo ha sido batido y derrotado, sino que ha sido precisado á rendir las armas, experimentando la última humillacion militar, que él mismo ha hecho sufrir á todas las demás naciones de Europa; y las decantadas águilas imperiales que las avasallaron, han venido á ser trofeo del venturoso exército Español de Andalucia en los campos de Baylen. Nuestras tropas en lucha tan desigual se han hecho superiores á sí mismas con una constancia heróica, pues arrostrando peligros, fatigas, hambre y calores mantuvieron tal firmeza contra los ataques del enemigo, que cada soldado parecia haber echado profundas raices en el puesto que defendia, y demostraron tanta velocidad y ardimiento en las cargas sobre los franceses, que estos mismos no han hallado exemplo de comparacion en ninguno de los muchos ejércitos con quienes han medido sus fuerzas. El acreditado real cuerpo de Artilleria, ademas de participar de todos los afanes y triunfos referidos, ha inmortalizado su gloria con admiracion de ambos exércitos, pudiéndose asegurar que sus oportunos rápidos movimientos, y el acierto de sus fuegos (que desmontó 14 piezas al enemigo) señalaron desde luego, ó por mejor decir, fixaron desde el principio la victoria.

Tal es en compendio lo acaecido en la memorable batalla de Baylen. V. A. honró mi corto mérito confiándome el mando de unas tropas por la mayor parte visoñas; pero eran Españoles, y ya son héroes: nada me dejaron que hacer ni que desear en la batalla, y ahora me veo confuso, no hallando expresiones que basten para decir cuánto merecen de la Pátria.

Quartel general de Andújar 27 de Julio de 1808.—Serenísimo Señor.—Xavier de Castaños.—Serenísimo Señor Presidente y Vocales de la Suprema Junta de España é Indias.

PRIMERA DIVISION.

ESTADO que manifiesta los muertos, heridos, contusos y extraviados que ha tenido esta division en las acciones de los dias 16 y 19 del corriente.

REGIMIENTOS.	Muertos.	Heridos.	Contusos.	Extraviados.
Guardias Walonas	4	32	»	14
Reyna	15	29	»	16
Corona	9	6	»	20
Irlanda	16	84	»	101
Jaen de linea	17	35	»	176
Suizos de Reding	21	66	»	20
Provincial de Jaen	6	29	1	84
Artilleria	2	6	1	6
Zapadores	5	16	»	»
Barbastro	7	28	»	25
Tercios de Texas	»	11	»	13
Primer Regimiento de Voluntarios de Granada	1	11	»	20
Cazadores de Antequera	3	5	1	39
Montesa, Caballeria	»	1	»	7
Farnesio	2	4	2	26
Dragones de la Reyna	»	»	»	1
Numancia	3	20	»	4
Olivencia	6	15	»	2
TOTALES	117	398	5	594

Caballos................ 27 muertos, 26 heridos, y 30 extraviados.

NOTAS.

En la accion del 16 fueron heridos el Baron de la Barre y D. Joaquin Andrade, y en la del 19 el Capitan D. Josef Baron de Montagne y D. Cayetano Barresuchea, todos del Regimiento de guardias Walonas.

El Capitan del Regimiento infanteria de la Reyna D. Antonio Labaira fué muerto en la accion del dia 16: y herido en la del 19 el Teniente Coronel del mismo cuerpo D. Miguel de los Rios.

En el Regimiento de la Corona fué herido igualmente el 16 el Capitan Don Santos Garcia.

Los Tenientes del Regimiento de Irlanda D. Juan Monet y D. Josef Moreno, con el Subteniente del mismo cuerpo D. Francisco Carmelet lo han sido tambien el 19 del corriente.

En el mismo dia 19 fueron muertos en la accion el Coronel del Regimiento de Jaen, de linea, D. Antonio Moya y su Ayudante D. Cárlos Sevilla, y heridos el Capitan D. Juan Lazcano, los Subtenientes D. Bernardo Tortosa y D. Santiago Escario, como asimismo el Cadete D. Josef Maria Ortiz.

En la accion de dicho dia 19 fueron heridos el Capitan D. Gaspar Gurth, el Subteniente de granaderos D. Francisco de Reding, y los Subtenientes de fusileros D. Carlos Grener y D. Bonifacio Ulrerch.





D. Josef Escalera, del Real Cuerpo de Artillería, fué asimismo contuso el dia 19.

D. Melchor de Concha, Sargento mayor de los tercios de Texas, fué herido el 16; igualmente el Cadete D. Tomás García, á quien atravesó un brazo una bala de fusil.

En el dia 19 murieron el Teniente Coronel graduado D. Francisco Cornet, Sargento mayor del Regimiento de Caballería de Farnesio, y el Capitan D. Gregorio Prieto, y heridos los Ayudantes D. Josef Daguino y D. Antonio Angulo: al Teniente D. Joaquin de Tornos y D. Nicolas Cherif, que se hallaba de Comandante de la Compañía de Lanceros les fueron atravesadas las dos muñecas con una bala de fusil.

De los extraviados que resultan en la batalla del 19 se ha sabido de algunos posteriormente, que quedaron muertos á tiempo de la accion, y otros varios se retiraron heridos de la funcion, y se hallan en los Hospitales de Linares, Mártos, Ubeda y Baeza.

En el estado de la vuelta no se hace mencion de la partida del Señor Alcalde mayor de Granada, de la que resultó contuso un Capitan, murieron 4 individuos el 16: y el 19 heridos 12 y extraviados 118.—Campo de Baylen y Julio á 22 de 1808.—Francisco Abadía.

Quartel general de Andujar 27 de Julio de 1808.—Es copia.—Como primer Ayudante general,—Tomás Moreno.

SEGUNDA DIVISION.

ESTADO que manifiesta los muertos, heridos y extraviados que ha tenido esta division en la accion del dia 19 del corriente.

REGIMIENTOS.	Muertos.	Heridos.	Extraviados
Zapadores	7	3	41
Céuta	3	15	18
Ordenes Militares	56	158	108
Provincial de Granada	2	13	3
Truxillo	4	6	2
Bujalance	5	12	65
Cuenca	2	13	7
Ciudad-Real	2	6	16
Segundo Voluntarios de Granada	»	6	68
Tercero idem	1	12	36
Voluntarios Catalanes	7	23	62
Artillería	»	5	5
Caballería de Borbon	»	9	[illegible]
España	17	13	3
TOTALES	100	294	403

Caballos............ 23 muertos, 15 heridos, y 14 extraviados

Campo de Baylen 22 de Julio de 1808.—Juan Rafael Lassala.

RELACION de los señores Oficiales muertos, heridos y extraviados en la accion del 19 del corriente.

Zapadores.

Extraviados	Capitan	D. Juan Sociat.

Infanteria de Ceuta.

Heridos	Subteniente	D. Juan Capilla.

Ordenes militares.

Muerto	Cadete	D. Josef Demblans.
Heridos	Capitanes	D. Pedro Nieto.
		D. Rafael Artecona.
		D. Bartolomé Boutelou.
		D. Manuel Bulnes.
	Tenientes	D. Atanasio Rebuelta.
		D. Josef Alano. *Grado de Capitan.*
		D. Fernando Alvarez.
	Subtenientes	D. Juan Ruiz Alvarez.
		D. Pedro Berga.
		D. Diego Infante.
		D. Antonio Echesuria.
Contuso	Subteniente	D. Blas de Luna.
Extraviado	Subteniente	D. Josef Roldan.

Provincial de Bujalance.

Muerto	Subteniente	D. Josef Ariza.
Extraviado	Teniente	D. Juan de Melgara.
Contuso	Coronel	Marqués de las Atalayuelas.

Cuenca.

Muerto	Subteniente	D. Natalio Garrido.

Ciudad-Real.

Muerto	Subteniente	D. Nicolás Muñoz.
Herido	Teniente	D. Felix Perez de Guzman.
Contuso	Capitan	D. Luis Morales.

Segundo de Granada.

HERIDO..........	Su segundo Comandante el Teniente Coronel D. Manuel Torralva.

Voluntarios Catalanes.

HERIDOS.........	Tenientes......	D. Josef Gámiz. D. Francisco Moline.
CONTUSOS........	Capitanes......	D. Pedro Marco. D. Manuel Pigrado.
EXTRAVIADOS.....	Tenientes......	D. Ventura Masia. D. Josef Piseni. D. Manuel de la Mata.

Artilleria.

CONTUSO........	Teniente.......	D. Josef Escalera.

Caballería de España.

MUERTOS........	Capitanes......	D. Alonso Gonzalez. D. Miguel de San Juan.
HERIDO.........	Teniente.......	D. Josef Galet.

Caballería del Principe.

CONTUSO........	Coronel........	D. Alonso de Teran.

Campo de Baylen 22 de Julio de 1808.—Juan Rafael de Lassala.

Acabo de saber por el Capitan cajero de este Batallon, que ha llegado á esta con caudales, que el Teniente agregado D. Manuel de Lamata, de quien en el dia de ayer di á V. S. parte era extraviado, se halla en Arjona curándose de una herida en la pierna derecha, que recibió en el dia de la funcion del 19, de donde por una partida fué conducido á aquel destino.—Dios guarde á V. S. muchos años. Campo de Baylen 24 de Julio de 1808.—Juan de Bassecourt.—Señor Marqués de Coupigni.

Es copia del original. Quartel general de Andujar 27 de Julio de 1808.—Como primer Ayudante general.—Tomás Moreno.



NUMERO 20

ESTADO aproximativo del ejército de Cataluña español, á 1.° de Agosto de 1808.

ARMAS.	CUERPOS.	Fuerza.	DESTINOS.
Infantería de línea.	Reales Guardias Españolas.....	50	Rosas.
	Id. Walonas..................	50	Rosas.
	Id. id.........................	90	Tarragona
	Sória..........................	1.200	Llobregat y Tarragona.
	Granada........................	1.300	Id. id.
	Borbon.........................	600	Id. id.
	Vimpffen.......................	1.400	Id. id.
	Ultonia........................	340	Gerona.
	TOTAL...............	5.030	
Infantería ligera...	Segundo de Voluntarios de Barcelona........................	1.300	Gerona.
Tercios y compañías sueltas....	Varios cuerpos...............	6.000	En diferentes puntos.
Caballería.	Cazadores de Cataluña.........	80	Tarragona.
	Id. id.........................	90	Lérida.
	Húsares de S. Narciso.........	44	Gerona.
	TOTAL...............	214	
Artillería.	Del 1.er Regimiento...........	300	En diferentes puntos.
	Compañías fijas y nuevamente creadas.....................	400	En diferentes puntos.
	TOTAL...............	700	
Zapadores.	Una compañía.................	90	Llobregat y Tarragona.

RESÚMEN.

Infantería de línea.........................	5.030
Infantería ligera...........................	1.300
Tercios y compañías sueltas.................	6.000
Caballería..................................	214
Artillería..................................	700
Zapadores...................................	90
Total general..................	13.334



ÍNDICE DEL TOMO II.

Páginas.

CAPÍTULO I.—Operaciones preliminares de la primera campaña de 1808 en Castilla, Aragon y Cataluña.—Planes de Napoleon para sujetar á España.—Órdenes que dicta para su ejecucion.—Operaciones proyectadas en Castilla, Astúrias y Galicia.—En Aragon.—En Cataluña.—En Valencia.—En Andalucía.—Defectos de estos planes.—Sistema defensivo de los españoles.—Carencia de plan en la mayor parte de las provincias.—Accion de los generales españoles en algunas.—Primeras operaciones de la campaña.—En Logroño.—En Santander.—En Valladolid.—Ataque de Torquemada.—Combate de Cabezon.—Cuesta se retira á Rioseco y Benavente.—Lasalle entra en Valladolid.—Tres dias despues se retira á Palencia.—Merle se dirige á Santander.—Ataca á los españoles en la cordillera.—Entra en la ciudad.—El general Lefebvre sale de Pamplona en direccion de Zaragoza.—Accion de Tudela.—Acciones de Mallen y Gallur.—Accion de Alagon.—Resolucion heróica de los zaragozanos.—Estado militar de Zaragoza.—Lefebvre emprende la conquista de Zaragoza.—El puente de Lamuela.—La Casa blanca.—Prision de Sangenis.—Salida de Palafox.—Accion de las Eras.—Pérdidas de uno y otro lado.—Efecto de la accion de las Eras.—Operaciones en Cataluña.—Primera accion del Bruch.—Descripcion del terreno.—Los defensores del Bruch.—Retroceden los manresanos.—Son reforzados por los de San Pedor y Sellent y avanzan de nuevo.—Los franceses se retiran.—Entra el desórden en sus filas.—Llegan derrotados á Molins de Rey.—Marcha de Chabran á Tarragona.—Vuelta á Barcelona.—Acciones del Vendrell y de Arbos.—Segunda accion del Bruch.—Chabran es ven-

Páginas.

cido y retrocede á Barcelona.—Expedicion á Mongat y Granollers.—Situacion de Duhesme.—Expedicion á Mataró.—Siguen los franceses á Gerona.—Ataque de la plaza.—Artes de Duhesme para ganarla.—Asalto del baluarte de Santa Clara.—Es rechazado.—Duhesme se retira á Barcelona. . . . . 5 á 123

CAP. II.—Operaciones preliminares de la primera campaña de 1808 en Valencia y Andalucía.—Expedicion á Valencia.—Tropas francesas que la emprenden.—Ruta que siguen.—Pasos del Cabriel.—Posiciones de las tropas españolas en Valencia.—Accion del puente de Pajazo.—Retirada de los españoles.—Errores del general Adorno.—Accion de las Cabrillas.—Descripcion del terreno.—Fuerzas y posiciones de los españoles.—Disposiciones de Moncey y principio del combate.—Dispersion de los españoles.—Barbárie de los invasores.—Intimaciones de Moncey.—Combate de San Onofre.—Don José Caro.—Posiciones de los españoles.—Trances del combate.—Nuevas intimaciones de Moncey.—Defensas de Valencia.—Ataque de los franceses.—Por la puerta de Quarte.—Por la de San José.—Segundo ataque á la de Quarte.—Segundo á la de San José.—Accion de los de la Huerta contra la retaguardia francesa.—Últimos ataques.—Retirada de los franceses.—Campaña de Andalucía.—Fuerzas con que la emprende el general Dupont.—Marcha del ejército.—Recelos de Dupont al penetrar en Andalucía.—Preparativos militares por parte de la Junta de Sevilla.—El general Echávarri.—El brigadier Venegas.—Tropas reunidas en Córdoba.—Accion de Alcolea.—Descripcion del campo.—Disposicion de los españoles.—Disposiciones de Dupont para el combate.—Retróceden los españoles del puente.—Accion de los de Valdecañas en la izquierda del Guadalquivir.—Consejo de guerra y retirada de los españoles.—Entra en Córdoba el ejército francés.—Saqueo de la ciudad.—Efecto de los atropellos cometidos en Córdoba por los franceses.—El alcalde de Montoro.—Santa Cruz de Mudela.—Valdepeñas.—Dupont se detiene en Córdoba. . . . . 125 á 224

CAP. III.—Rioseco.—Preparativos para la eleccion de José.—Asamblea de Notables.—El obispo de Orense.—Trabajos de Napoleon en Bayona.—Llegada de José.—Su presentacion á los Notables.—Proclamas de los Notables y de José.—Constitucion de Bayona.—Primer ministerio de José.—Su entrada en España.—Ejércitos españoles.—De Castilla.—De Astúrias.—De Leon.—De Galicia.—Filangieri y Blake.—Muerte de Filangieri.—Plan del general Blake.—Lo abandona y se dirige á reunirse con Cuesta.—Estado de aquellos ejércitos.—Sus movimientos hasta Rioseco.—Movimientos de los franceses.—Batalla de Rioseco.—Ejército francés.—Ejército español.—Descripcion del campo.—Posiciones de los españoles.—Avanzan los franceses.—Ataque de la derecha.—Ataque del centro.—El regimiento de Navarra.—Ataque de la izquierda.—Retirada general de los españoles.—Atrocidades de los franceses en Rioseco.—Pérdidas de una y otra parte.—Entra José en Madrid. 225 á 312

CAP. IV.—Primer sitio de Zaragoza.—Zaragoza despues de la ac-

Páginas.

cion de las Eras.—Lefebvre intima la rendicion.—Entra en Zaragoza el de Lazan.—Defensas de Zaragoza.—Respuesta de Palafox á las intimaciones de Lefebvre.—Operaciones de Palafox.—Batalla de Epila.—Nuevas intimaciones de Lefebvre.—Verdier en el campo de los sitiadores.—Torrero.—Voladura del Seminario.—Los franceses se valen de ella para atacar la ciudad.—Ataque de Torrero.—Bombardeo del 1.° de Julio.—Asalto general del dia 2.—Entra Palafox en Zarogoza.—Ataque del castillo.—De la puerta de Sancho.—De la puerta del Portillo.—Agustina de Aragon.—Ataque del cuartel de caballeria.—De la puerta del Cármen.—De la torre del Pino.—Del convento de San José.—Reflexiones sobre el asalto del 2 de Julio.—Se apela á los sistemas regulares de ataque.—El Emperador cambia el plan dirigiéndolo hácia Santa Engracia.—Combates diarios.—Los franceses se establecen en la izquierda del Ebro.—Combates en las orillas del Gállego.—Avanzan los franceses en el frente de ataque.—Situacion crítica de Zaragoza.—Construccion de las baterías de brecha.—Nuevo bombardeo.—Asalto del 4 de Agosto.—Columnas de ataque.—Muerte de Cuadros.—Puerta del Cármen.—Barricadas de la calle de Santa Engracia.—Reducto de la Encarnacion.—Convento de Santa Fé.—Zaragoza en su último trance.—Segunda salida de Palafox.—Reaccion que se opera en los zaragozanos.—Division y marcha de las columnas francesas.—Se renueva el combate.—Victoria de los aragoneses.—Nueva faz que toma la defensa de Zaragoza.—Lefebvre apela de nuevo al camino de las intimaciones.—Avanzan los zaragozanos.—Palafox se enseñorea de la izquierda del Ebro.—Levantamiento del sitio.................................. 313 á 424

CAP. V.—Batalla de Bailén.—Primeras posiciones del ejército español de Andalucía.—Carmona.—Utrera.—Organizacion del ejército.—Los ingleses ofrecen su cooperacion.—El ejército se dirige á Córdoba.—Dupont se retira á Andújar.—Importancia estratégica de Bailen.—Impresiones de la retirada.—Estado en que se hallaba Andújar.—Expedicion á Jaen.—Situacion de los franceses en Andújar.—Murat, y despues Savary en Madrid.—Marcha de la division Vedel á Andalucía.—Queda incomunicado con Madrid.—Reflexiones de Savary respecto al ejército de Andalucía y medidas que toma para evitar un desastre.—Ejército español de Granada.—Segunda expedicion de los franceses á Jaen.—Son batidos y se retiran.—Castaños avanza sobre Andújar.—D. Juan de la Cruz Mourgeon.—Nueva organizacion del ejército.—Consejo de guerra.—Plan de campaña.—Se pone en ejecucion.—Los españoles se establecen en Menjivar.—Accion de Villanueva.—Castaños ocupa los Visos de Andújar.—Posiciones de los franceses.—Accion de Menjívar.—Efecto que produce en Andújar la llegada de Vedel.—Vacilaciones de Dupont.—Marcha de Vedel á Bailén y La Carolina.—Los españoles se dirigen á Bailén.—Batalla de Bailén.—Descripcion del campo.—Marcha de Dupont.—Choque de las avanzadas.—Línea de batalla de los españoles.—Primer ataque.—Su influencia en el éxito de la batalla.—Segundo ataque.—Tercer ataque.—La



Páginas.

caballería francesa carga sobre la izquierda española.—Una columna francesa ataca la batería del camino.—Combate en la derecha española.—Primera señal de desmayo en los franceses.—Cuarto ataque.—Quinto y último ataque.—Dupont solicita una suspension de armas.—Se presenta Lapeña á retaguardia de los franceses.—Operaciones de Vedel.—Su llegada al frente de Bailén y comunicaciones con Reding.—Vedel ataca las posiciones españolas.—Cesa el fuego.—Conducta doble de Dupont.—Preliminares de la capitulacion.—Se retira Vedel á Santa Elena.—Negociaciones de la capitulacion.—Los franceses rinden las armas.—Son dirigidos al litoral de Andalucía.—Observaciones........................ 425 á 577

CAP. VI.—Consecuencias de la batalla de Bailén.—Noticias de lo de Bailén y sus efectos en la córte de José.—Retirada general de los ejércitos franceses.—Situacion de Duhesme en Barcelona.—Accion del Llobregat el 30 de Junio.—Chabran es batido en el Congost.—Nueva expedicion á Gerona.—Operaciones del general Reille.—Segundo sitio de Gerona.—Refuerzos llegados de las Baleares á Cataluña.—El conde de Caldagués se establece en el Llobregat.—Reconquista del castillo de Mongat.—Alarmas de Lechi.—Caldagués se dirige á Gerona.—Operaciones del sitio.—Combate del 16 de Agosto.—Levantamiento del sitio.—Retirada desastrosa de Duhesme á Barcelona.—Conclusion........................ 579 á 644

Apéndices........................ 645 á 704

OBRAS DEL AUTOR.

Geografía histórico-militar de España y Portugal; obra premiada con medalla de 2.ª clase en el *Congreso internacional de Ciencias geográficas de 1875, en París*. (Dos tomos en 8.º)

Descripcion y Mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupacion militar de una parte de este Imperio. (Un tomo en 8.º)

Está escrita en colaboracion con D. Francisco Coello, autor del *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*.

Agenda militar: Recopilacion de cuantos datos y conocimientos pueden ser necesarios á los Oficiales de todas armas en el servicio de campaña. (Un tomo en 12.º)

Un soldado español de veinte siglos. Relacion verídica. (Un tomo en 4.º)

Discurso leido ante la Real Academia de la Historia, en la recepcion pública, celebrada el dia 12 de Mayo de 1872, sobre la expedicion del Marqués de la Romana al Norte de Europa.

Nieblas de la Historia pátria.—Contienen: El Tamborcillo de San Pedor.—Una intentona ignorada contra Gibraltar.—La mision del Marqués de Iranda en 1795.—El Alcalde de Montellano.—Las Zaragozanas en 1808.—El Marqués de Torrecuso.—Un proyecto estupendo.—El Alcalde de Olivar. (Dos tomos en 8.º)

